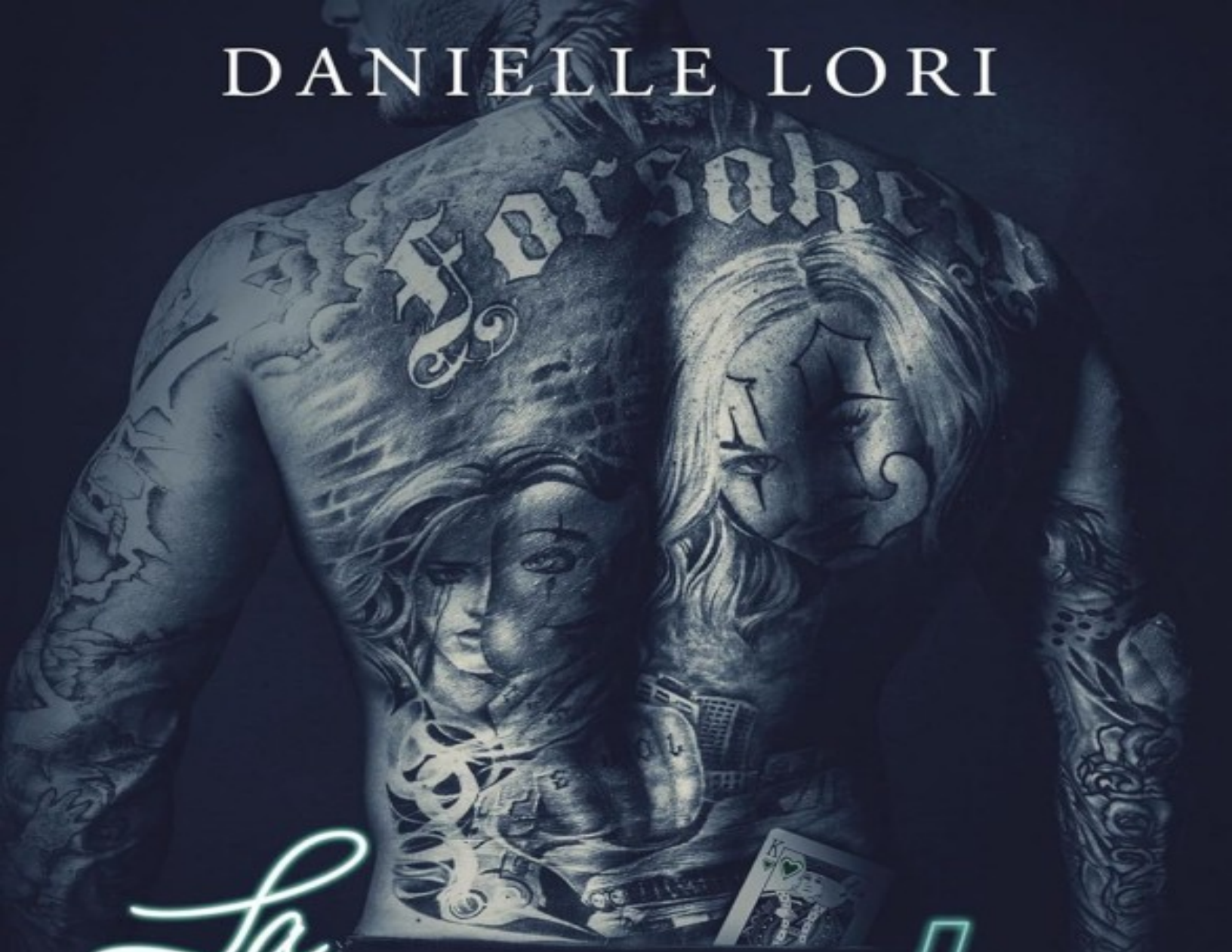
DANIELLE LORI



La TENTACIÓN más oscura

ELLA QUIERE ESCAPAR;
ÉL QUIERE VENGANZA.

CROSS BOOKS

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Lista de reproducción

Advertencia de contenido

PRIMERA PARTE
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11

SEGUNDA PARTE
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47

Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55

Agradecimientos

Créditos

LA TENTACIÓN MÁS OSCURA

Danielle Lori

Traducción de Alicia Botella y María Brotons



Para mi madre, la mujer más fuerte que conozco

Lista de reproducción

Cry Like Me - Frances
Creep - Radiohead
Slow Dancing – L.A. Mitchell
Trampoline - SHAED
Liar - Camila Cabello
Cold Little Heart - Michael Kiwanuka
I See Red - Everybody Loves An Outlaw
Señorita - Camila Cabello y Shawn Mendes
Girl - Maren Morris
Someone You Loved - Lewis Capaldi
La La Land - Bryce Vine
Dance Monkey - Tones and I

Advertencia de contenido

Este libro trata temas emocionalmente difíciles, ya sea de forma explícita o solo mencionada. Estos temas incluyen abuso sexual, abuso de animales, tráfico de personas, consentimiento dudoso y violencia doméstica.

PRIMERA PARTE

El diablo es y ha sido siempre un caballero.

Diane LaVey

Capítulo 1

fernweh
Anhelo por un lugar lejano.

Mila

Con la respiración entrecortada por la carrera, dejé caer los tacones sobre la hierba y caminé descalza por nuestro césped recortado. No me detuve hasta que subí al terraplén rocoso y sentí las frías olas lamiéndome los dedos y el bajo del vestido. Jadeé mientras el sudor brillaba sobre mi piel bajo la pesada luz de la luna. Una suave brisa me agitó el pelo e hizo susurrar las palmeras y mis mangas de encaje, pero ese paraíso me oprimía con tanta fuerza como el cinturón de Dior que ceñía mi cintura.

La carrera de ocho kilómetros no había bastado para deshacerme de la sensación irascible que se expandía en mi interior. Aunque, como siempre, el mar me calmó.

Me moría de ganas de arrancarme las perlas del cuello, de hacer trizas mi vestido como lo hicieron las hermanastras de Cenicienta, pero eso demolería una fachada que llevaba tanto tiempo manteniendo que no estaba segura de lo que había debajo. Así que, en su lugar, clavé las uñas con manicura francesa en mis palmas.

Tenía que haber algo más, otro mundo más allá de las puertas de The Moorings, pero el anhelo por una vida más allá de la opulencia encendía la culpa en mi estómago. Al contemplar la bahía Biscayne, el ancho y resplandeciente camino que llevaba hacia el infinito océano, me sentía tan anclada y a la deriva como la boya que se

balanceaba en el agua. La única diferencia era que yo flotaba en un vulgar mar de esperanzas.

Cerré los ojos y recité mentalmente: *«Je vais bien. Tu vas bien. Nous allons bien»*.

«Estoy bien. Estás bien. Estamos bien».

Apenas pude disfrutar de unos segundos a solas antes de que la presencia familiar de Ivan me acariciara la espalda. Se había puesto a mi lado y la chaqueta de su traje me rozaba el brazo desnudo.

—No puedes salir corriendo así, Mila. —El acento ruso y el énfasis hacían que su voz sonara áspera.

La imagen de Ivan con traje y malhumorado persiguiéndome por las calles de Miami me hizo gracia, pero la diversión se desvaneció con la siguiente ola que golpeó las rocas.

—Si continúas siguiéndome como un acosador, acabaré sintiendo algo por ti —respondí secamente.

Me miró.

—Sabes que es mi trabajo.

Ivan vino a casa hace años con papá después de uno de sus viajes de negocios a Moscú. Como en aquella época yo solo tenía trece años y él me sacaba ocho, me parecía el chico más guapo del mundo. Me enamoré de su acento, de su entrañable y limitado conocimiento del idioma e hice un ridículo espantoso siguiéndolo por toda nuestra gran casa colonial.

Ahora me seguía él a mí.

Tenía una mano en el bolsillo de los pantalones y con la otra me dio una cajita de terciopelo rojo.

—De tu padre.

La miré durante un largo segundo hasta que me decidí a cogerla y a abrirla. Unos pendientes azules en forma de corazón. Mi padre siempre decía que llevaba el corazón en la mano. Las piedras eran falsas. Él sabía que nunca llevaría unas auténticas, no tras ver *Diamante de sangre* de preadolescente.

No era la primera vez que me enviaba un regalo después de perderse algo importante para mí. La diferencia era que, esta vez, ya no podía ignorar por más tiempo ese presentimiento, esa sospecha incipiente.

—Espero que no te hayas hecho daño —dije.

Ivan me devolvió una mirada inquisitiva.

—Hurgar en el cajón de regalos de recompensa de papá es un trabajo agotador.

Con un suspiro, se pasó una mano por el cabello rubio.

—Está preocupado, Mila.

—Pues últimamente tiene un modo muy peculiar de demostrarlo.

—Está muy ocupado —señaló Ivan—. Ya lo sabes.

Emití un sonido evasivo. Papá debía de estar más ocupado que el presidente para poder justificar por qué no se había dejado ver en los últimos tres meses. Se había perdido las dos últimas vacaciones y ahora también mi vigésimo cumpleaños.

Cada año celebrábamos mi cumpleaños en la misma mesa del mismo restaurante de cinco estrellas sin falta. Mi padre pedía un bistec. Yo le sonreía a Enrique, el dueño y chef que nos tomaba nota personalmente desde niña, y que cambiaba el plato por otro más saludable para el corazón. Se suponía que papá debía controlar su colesterol. Yo me inquietaba y él discutía, pero, al final, acababa cediendo.

Esa noche me había quedado ahí sentada durante dos horas con Ivan y junto con mi reflejo inmaculado en el plato de porcelana hasta que la fiesta de cumpleaños de la mesa contigua estalló y destrozó mi determinación con confeti dorado. Ivan estaba charlando con una camarera en la barra cuando escapé del restaurante y corrí ocho kilómetros hasta casa.

—Nunca había pasado fuera tanto tiempo, Ivan... —Mi voz se apagó antes de que pudiera terminar la frase—. Algo no va bien.

Como de costumbre, las mismas palabras ambiguas de siempre empezaron a brotar de sus labios: «muy ocupado», «acuerdo importante de negocios», bla, bla, bla. Decidí ignorarlo y centrarme en una solitaria gaviota que se elevaba sobre el agua. Me daban envidia sus alas, el coraje para saltar del nido sin saber siquiera todavía si podría volar. Ahí estaba yo, atrapada detrás de unas puertas doradas de Dior y del deseo de aprobación de mi padre.

No me di cuenta de que me había dado la vuelta para alejarme hasta que Ivan me agarró del brazo.

—¿A dónde vas?

En mis labios flotaban las palabras «a casa», pero me salió algo completamente diferente, algo que incluso me sorprendió que saliera de mi boca:

—A Moscú.

¿El tranquilo y sereno Ivan Volkov había palidecido al oír esa palabra o había sido fruto de mi exagerada imaginación? Me soltó el brazo y su intensidad silenciosa me dejó paralizada sobre la piedra mojada.

—A Moscú —repitió lentamente como si no me hubiera oído bien.

Arqueé una ceja.

—¿La capital de Rusia? ¿Mi lugar de nacimiento? ¿El...?

—*Zamolchi.* —«Silencio»—. ¿Por qué quieres ir a Moscú?

—Mi padre prácticamente vive ahí ahora. Ya sabes que no tiene cuidado con el colesterol. ¿Y si está enfermo y no quiere que lo sepa?

—Te prometo que no está enfermo.

Al ver la sinceridad de su mirada, lo creí. Esta certeza me quitó algo de peso de los hombros, pero también añadió otro.

—¿Y si está metido en algún lío? —Había conocido a una buena cantidad de los socios de mi padre y no había ninguno con el que pudiera sentirme cómoda estando a solas.

—Y cuando estés allí, ¿qué podrás hacer tú si tiene problemas?

—Ponerme en contacto con la policía.

Ivan no parecía muy convencido. En realidad, tras observarme unos segundos, lanzó una mirada desinteresada a la bahía y soltó un suspiro. Denotaba cierta tensión, como si la idea de que acudiera a la policía rusa lo divirtiera y lo inquietara a partes iguales.

Sus ojos se fijaron de nuevo en los míos, aparentemente ajenos a la marea que le empapaba los zapatos italianos.

—No sabes cómo funcionan las cosas allí.

Apreté los dedos alrededor de la cajita de los pendientes. Eso solo era cierto porque no me dejaban ni una pizca de libertad, pero contuve el comentario.

—Si no tienes cuidado, Ivan, acabarás estallando por toda la confianza que depositas en mí.

Su expresión seca no daba señales de que estuviera a punto de estallar.

—Estamos en enero.

—¿Y?

—Cuando estuvimos en Aspen el año pasado te quejaste del frío. Estábamos a cuatro grados.

—Solo un esquimal pensaría que cuatro grados no es frío —respondí con convicción—. De todas formas, no soy tan delicada. Puedo con un simple resfriado.

Una fuerte brisa eligió el peor momento para soplar y traer un frente frío desde el Atlántico. Reprimí un escalofrío, aunque, por supuesto, Ivan se percató.

Se quitó la chaqueta del traje, me la puso en los hombros y me colocó un mechón de cabello rubio detrás de la oreja.

—Ahora ya tienes veinte años, no necesitas que papá te coja de la manita.

Su comentario me dolió, pero tampoco creía que estuviera pidiendo tanto. No quería sentarme sola delante del árbol de Navidad únicamente con él y con nuestro cocinero Borya, ambos cobrando por estar ahí. No quería sentirme como la bailarina de la caja de música de mi tocador, girando en una eterna y agotadora pirueta solo para complacer a alguien que me había abandonado.

Había una parte que ni siquiera tenía que ver con todo eso.

—¿Qué hay de tu cita de mañana?

—No quiero ir —respondí desviando mi mirada hacia la bahía.

—¿Por qué no?

Busqué una respuesta razonable, pero me quedé callada. Si le dijera la verdad, Ivan me tomaría por loca.

—A tu padre le gusta Carter.

—Pues que salga con él.

—Mila —reprendió.

Durante años, papá había insinuado que le haría muy feliz que Carter se convirtiera en su yerno. Estaba convencida de que solo era porque su padre era un viejo amigo de negocios y un famoso abogado de familias adineradas. Como siempre, había cedido ante la

insistencia de papá y con Carter compartía un noviazgo tradicional desde seis meses atrás.

—Va a hacerme la pregunta mañana, ¿no? —inquirí desmotivada.

Debería ser ridículo proponerlo teniendo en cuenta que ni siquiera éramos monógamos. Cualquiera podía acceder a la *TMZ* para averiguar con quién se había acostado el *playboy* de veinticinco años Carter Kingston. Sin embargo, iba a llevarme a The Grande, un restaurante conocido por las propuestas matrimoniales. Me imaginaba que su padre lo habría empujado a esa idea anticuada al igual que el mío lo había hecho conmigo.

Ivan no me dijo nada, pero sus ojos me revelaron todo lo que necesitaba saber.

Asentí a pesar de que por dentro la idea de decir que sí, de saber que tendría que forzarme para que esa palabra saliera de mis labios me hacía sentir atrapada en una caja de cristal que, lentamente, se iba quedando sin oxígeno, y en la que no podía más que golpear sus paredes, ahogarme, toser y suplicar aire.

Me obligué a reprimir esa sensación.

—Carter seguirá aquí cuando vuelva.

Ivan se quedó quieto un momento y decidió jugar su mejor carta:

—Sabes que tu padre no lo aprobará.

Me mordí el labio. En el pasado, cada vez que le había rogado acompañarle a uno de sus viajes de negocios, se había negado. Pero incluso de niña noté algo en su mirada, una chispa que me decía que no con más fuerza que si lo hubiera gritado. Nunca iba a tener permitido poner un pie en Rusia, eso estaba claro.

—Lo sé, pero ahora no está aquí, ¿verdad?

—No vas a ir.

Lo miré fijamente.

Ivan podía quejarse algunas veces, pero nunca me decía qué podía hacer y qué no. Siempre era «Sí, Mila», «Claro, Mila», «Como desees, Mila». Era coña. Ese era el Westley embelesado y con espada de mis fantasías. Lo que quería decir es que nunca me decía «No, Mila». Si quisiera robar un banco, me ayudaría sin rechistar. Naturalmente, después se lo contaría a mi padre, pero se pondría un pasamontañas por mí.

La sospecha que tanto me había esforzado por mantener a raya explotó como si se tratara de un globo. Se apoderó de mi corazón y me lo retorció. ¿Qué escondía papá en Rusia?

¿Otra familia?

La única razón que se me ocurría por la que podría ocultarme algo así era que no me quería en sus vidas. Y, con el tiempo, tampoco en la suya.

«Je ne pleurerai pas. Tu ne pleureras pas. Nous ne pleurerons pas».

«No lloraré. No llorarás. No lloraremos».

Las conjugaciones me fallaron y una única y molesta lágrima resbaló por mi mejilla. Ivan me levantó la barbilla y me la secó. El suave roce de su pulgar me envolvió en calidez y satisfacción. Algo llenó el espacio que nos separaba. Un magnetismo. Una atracción. Un poco de electricidad. Algunos días, cuando me sentía particularmente asfixiada, se encendía más que otros.

Ninguno de los dos lo reconocía.

Mi excusa era la adivina a la que acudí con catorce años. A esa gótica edad, le pregunté cuál era mi propósito en la vida. Frunció el ceño sentada detrás de su bola de cristal, dijo que encontraría a mi hombre predestinado y que él me robaría el aliento. Probablemente fuera la respuesta genérica que le dijese a todo el mundo, pero se me adhirió como el pegamento.

Respiraba bien cerca de Ivan.

Y con Carter solo experimentaba puro aburrimiento. Por no hablar de que era increíblemente persuasivo.

Se me estaba acabando el tiempo como los últimos granos que caen en un reloj de arena. Aun así, esperé. Esperé a algo más. A una idea tonta que me había metido madame Richie en la cabeza.

Esa era mi excusa.

Sentía curiosidad por saber la de Ivan.

Me incliné sobre el pulgar que me acariciaba la mejilla y lo miré a los ojos parpadeando suavemente.

—¿Cómo que es que nunca me has besado?

—Porque quiero seguir con vida —respondió inexpresivo.

Se me elevó la comisura de los labios. Nunca había oído a papá levantar la voz a nadie, mucho menos a Ivan, que era como un hijo para él.

—¿De verdad?

Me miró con seriedad y dejó caer la mano.

—No hablemos más de Moscú, ¿vale?

Dejé escapar un suspiro y asentí.

Lo vi recorrer el césped hasta la casa. El balanceo y la expansión del Atlántico se instalaron en mis huesos como una sensación de añoranza y aislamiento del resto del mundo.

El móvil me vibró dentro del bolsillo del vestido y me sentí tentada de ignorarlo, pero acabé mirándolo de todos modos.

> **Papá:** Feliz cumpleaños, ángel. Perdón por habérmelo perdido. Los negocios, como siempre. Lo celebraremos cuando vuelva
> a casa.

Entró otro mensaje.

> **Papá:** Diviértete mañana. Carter es bueno para ti.

Me guardé el móvil en el bolsillo y reemplacé mis pendientes por los diamantes sintéticos azules. Me los imaginé brillando como el corazón del Océano mientras el mar me arrastraba hacia abajo, suspendida para siempre entre respiraciones entrecortadas, collares de perlas y los sonidos solitarios del océano.

Eso fue lo que me convenció.

«Mañana estaría en Rusia».

Capítulo 2

resfeber
La inquietud del corazón de un viajero antes
de empezar una aventura.

Mila

Caminaba entre un montón de ropa; la mitad era bohemia y la otra mitad de una sofisticada miembro de la alta sociedad. Esta última me sentí obligada a comprarla, pero nunca la llegué a utilizar. En silencio, papá mostraba su desaprobación por todas las prendas amarillas y las más llamativas, y yo valoraba estar en paz con él.

Hasta ese momento, al parecer, atesoraba colores más brillantes que el sol en una vieja bolsa de deporte que en mis días como animadora.

Aún no estaba a salvo de The Moorings, así que me camuflé con una blusa ancha, unos pantalones pitillo de cuadros y unos botines blancos. Capté mi reflejo en el espejo: una versión más alta y menos rosa de Elle Woods en *Una rubia muy legal* me devolvió la mirada.

De camino a la puerta, me detuve para quitarme el collar de perlas y lo metí en mi joyero. Entonces le di cuerda a la bailarina, que comenzó una pirueta solitaria, antes de bajar de puntillas las escaleras a las tres de la madrugada.

Al pasar por la puerta de la habitación de Ivan, me quedé paralizada cuando un gemido muy femenino sonó al otro lado. Ivan no era un donjuán, pero tampoco era célibe. A veces, durante las ausencias de papá, bajaba a desayunar y me encontraba con una mujer semidesnuda en la cocina. Nunca llegó a molestarme, mi

enamoramiento infantil se había esfumado ya, pero, en ese momento, una llama de rechazo se encendió en mi pecho.

Ni siquiera había querido besarme porque «quería seguir con vida», ¿y ahora estaba intercambiando guarradas en ruso con una desconocida? Aunque me resultaba sobre todo molesto, estaba tan convencido de que me iba a dejar pisotear que ni siquiera se había molestado en preocuparse por mi reacción después de nuestra conversación.

Mis nervios me la jugaron mientras desactivaba la alarma de la casa esperando que Borya oyera sus suaves pitidos y saliera armado con una espátula. Respiré aliviada cuando nadie apareció, pero ese solo era el primer paso para salir de ahí sola.

Cerré la puerta principal sigilosamente, apoyé la espalda en ella y observé los movimientos del sensor en el techo del porche. Si se activaba, unas luces cegadoras se encenderían como un coro de ángeles y una estridente alarma comenzaría a sonar. El hombre de UPS nos odiaba.

Contuve la respiración con la bolsa pegada al pecho y me coloqué directamente debajo del sensor con la esperanza de aterrizar en su ángulo muerto. Empecé a sentir sudores fríos ante el oscuro y silencioso jardín.

Me tumbé boca abajo y comencé a reptar como un soldado torpe hacia los arbustos con mi bolsa, mientras recordaba el camino que había aprendido cuando era una niña rebelde y jugaba a James Bond. Aunque, por aquel entonces, el sensor era un láser que me rebanaría el brazo si se activaba, ahora eran los ojos desaprobatorios de papá los que me abrían un agujero en la espalda, lo cual me parecía aún peor.

Cuando salí al otro lado de los arbustos, me puse de pie, me sacudí los pantalones y corrí por la sinuosa calle. No confiaba en que mis seductoras artimañas femeninas me permitieran salir por la verja de nuestro vecindario privado sin que Carl, el sórdido guardia de los viernes por la noche, alertara a mi padre o a Ivan, así que me desvié para atravesar otro jardín. Lancé mi bolsa por encima de la valla y trepé para salir.

Saqué el móvil de la bolsa y pedí un coche en Lyft. Fue la espera de tres minutos más larga de mi vida. Mis latidos colisionaban unos con otros ante la idea de encontrarme con Ivan corriendo detrás de mí con los pantalones desabrochados, o recibir una muy reprobadora llamada de teléfono de papá. Pero ninguna de esas dos cosas ocurrió. Ni antes de que el coche me recogiera ni después de que me dejara en el aeropuerto.

La incertidumbre iba retorciéndome los nervios a medida que asimilaba el ajetreo de la gente y la vivacidad del aire. Todos parecían saber a dónde iban, los ojos les brillaban con sueños de vacaciones e independencia. Estaba fuera de mi zona de confort. Nunca había tenido que llevar ni siquiera una bolsa propia, mucho menos viajar sola, pero la determinación me empujó hacia el mostrador de la venta de billetes.

Por suerte, debido a una cancelación de último minuto y mi rebosante cuenta bancaria, a la que contribuía una considerable paga mensual porque papá «confiaba» en mí, pude quedarme con el último asiento libre del avión, estrujada entre dos niños que se lanzaban cacahuetes e insultos en ruso. No sabía quién era su madre, pero tenía la sensación de que era la mujer sentada al otro extremo del pasillo fingiendo que no existían.

Las luces de Miami desaparecieron de mi vista y el brillo naranja se desvaneció en un agua oscura y turbia. Teniendo en cuenta la audiencia, vi distraída un par de películas aptas para menores, a pesar de que, en sus pantallas, las cosas volaban por los aires como si los explosivos se estuvieran pasando de moda.

Doce horas después, aterrizamos en Moscú.

Al salir del avión y poner un pie sobre la frígida pasarela, empecé a tiritar. Inhalé. Exhalé. Pude ver mi aliento. Nunca en mi vida había experimentado tanto frío. Se agarró a mis pulmones y robó el calor de todo mi cuerpo con sus gélidos dedos. Quería experimentar mi lugar de nacimiento, pero simplemente debería haberme metido antes en nuestro congelador.

Cuando me detuve para ponerme el abrigo, alguien chocó contra mi espalda. Me di la vuelta con una disculpa en la punta de la

lengua, pero la pequeña anciana con un chihuahua metido en una bolsa de malla se me adelantó.

—Disculpa, querida —dijo con un acento británico—, no te había visto.

—No, discúlpeme usted. Ha sido culpa mía.

Se cerró el abrigo de pelo negro e inclinó la cabeza.

—Me resultas muy familiar. ¿Nos conocemos?

—Mmm... no lo creo.

—No... estoy segura de que te he visto en algún lugar.

Tocó su llamativo collar de oro mientras pensaba. Luego recordó algo. Algo que hizo que se llevara una mano al pecho y me mirara de arriba abajo como si fuera una prostituta.

La situación se estaba volviendo más incómoda con cada segundo que pasaba, pero antes de que pudiera decir nada, alguien pasó por mi lado en silla de ruedas y el diminuto perro que llevaba en la bolsa empezó a ladrar. Mientras intentaba tranquilizar al pequeño Rupert, le ofrecí otra torpe disculpa y me escapé rápidamente.

En la salida del aeropuerto, desdoblé una hoja de papel que me había encontrado escondida en uno de los cajones del escritorio de papá. Sintiéndome como Nancy Drew y con la ayuda de Google Translate, había descubierto que los garabatos en ruso indicaban la dirección de una casa junto con un registro de facturas que él llevaba pagando durante años. Esperaba que esta pista no fuera un callejón sin salida porque no tenía ningún otro lugar adonde ir y no estaba preparada para volver arrastrándome ante Ivan.

Le entregué el papel al conductor del taxi sin tener la más remota idea de cómo leer el extraño alfabeto. La mirada oscura del conductor se encontró con la mía en el espejo retrovisor y mantuvo el contacto visual durante el tiempo suficiente para que un suspiro de inquietud recorriera mi espalda.

Me llevó a través de una ajetreada zona industrial hasta un barrio más tranquilo con calles adoquinadas y exclusivas casas adosadas antiguas, donde aparcó frente a una casa verde lima con persianas blancas.

—*Pyat'sot rubley*. —«Quinientos rublos».

Pagué al hombre con el dinero que había cambiado en el aeropuerto.

Al salir del coche, cogí mi bolsa y me ajusté el cinturón del abrigo. Fue perfecto para el viaje de despedida del equipo de animadoras a Aspen del año pasado, pero no tan bueno para protegerme del glacial aire ruso.

La verja de hierro congelada chirrió cuando la empujé para abrirla. Recorrí el sendero agrietado evitando placas de hielo y nieve y llamé a la puerta.

Una mujer mayor de pelo rubio canoso y recogido en un moño de bailarina respondió un instante después. Se estaba secando las manos en el delantal cuando sus ojos se encontraron con los míos y sus mejillas rosadas perdieron todo el color. Abrí la boca para balbucear algo, pero no conseguí articular ni una sola palabra antes de que me diera un portazo en la cara.

Cerré la boca y sentí que permanecía al otro lado de la puerta, con la oreja pegada a la madera a la espera de que me fuera.

Cuando volví a llamar, sonó un ruido sordo acompañado de unos gritos en ruso, pero las palabras estaban demasiado ahogadas como para que las captara.

La puerta se abrió de nuevo y esta vez apareció un hombre delgado con una casaca negra. Estaba sacudiendo la cabeza y murmurando algo a su mujer convencido de que, definitivamente, estaba mal de la cabeza. Esta se escondió detrás de él con el delantal entre las manos.

Cuando su mirada se encontró conmigo, se quedó helado al igual que si acabara de ver un fantasma.

Forcé una sonrisa.

—*Zdravstvuyte*. —«Hola».

La mujer salió corriendo.

—Soy la hija de Alexei Mikhailov..., Mila —dije vacilante con la esperanza de que hablara algo de español porque yo era una enorme decepción para mi legado familiar.

Había dejado atrás mi deseo de estudiar ruso hacía años, ya que papá aseguraba que era una pérdida de tiempo, así que solo había

aprendido lo que sabía de Ivan y Borya. Esto incluía el vocabulario básico, algunas verduras y palabrotas.

Un rayo de alivio cruzó la expresión del hombre, quien soltó una incómoda risita.

—Claro, claro. Nos has dado un buen susto. —Dio un paso atrás y me hizo un gesto para que pasara—. Adelante.

Con las manos heladas en los bolsillos, entré en el vestíbulo de la casa. Me quedé inmóvil al ver que sacaba la cabeza por la puerta principal y miraba a ambos lados antes de cerrarla. ¿Estaba a punto de convertirme en la próxima estrella de la versión rusa de *Crímenes imperfectos*?

—Esto no puede ser bueno —murmuró sacudiendo la cabeza y cojeando junto a mí.

—¡Vera, *kofe*! En esta casa bebemos café soluble. Espero que no te importe.

—Claro que no.

Odiaba el café, pero me bebería cinco tazas si así lograba obtener algunas respuestas.

—Ven a sentarte.

Dejé la bolsa en el suelo y me senté en un sofá de desgastado estampado floral, mientras que él se acomodó en el sillón de enfrente. Una crepitante llama en la chimenea llenaba la habitación de una sensación de calor, cosa muy necesaria, y libros y cachivaches ocupaban todas las estanterías. El espacio estaba desordenado, pero era acogedor y cómodo.

Vera colocó dos tazas de café en la mesa de madera entre nosotros mientras me observaba con los ojos muy abiertos antes de desaparecer de la habitación como si los demonios le pisaran los talones.

Me fijé en su retirada.

—¿Hay alguna razón por la que me encuentra terrorífica?

Sacudió la mano.

—Es supersticiosa.

—No lo entiendo.

—Eres la viva imagen de Tatianna. No sabíamos que tenía una hija. Bueno, lo sabíamos, pero creíamos que había fallecido poco

después de nacer. Un problema en los pulmones nos dijo tu padre.

Siempre había sabido que mi madre murió joven, pero la única razón por la que conocía su nombre era por la única vez en la que papá se emborrachó y me dijo que me parecía mucho a su Tatianna. A menudo me preguntaba si esa era la razón por la que, a medida que crecía, cada vez pasaba menos tiempo conmigo.

—Mis pulmones están bien.

—Ya lo veo —dijo el hombre con una risita antes de dar un sorbo a su café—. ¿Qué te trae a nuestros lares?

—Tengo una misión... más o menos.

Gruñó descontento.

—¿No has oído el refrán «la curiosidad mató al gato»? Eres exactamente igual que tu madre. Algunas cosas es mejor no sacarlas a la luz.

Nunca en mi vida había oído tantas cosas sobre mi madre como en los últimos minutos. Por fin estaba consiguiendo respuestas. Y, al parecer, más preguntas.

—¿Por qué iba mi padre a decirte que estaba muerta?

Frunció el ceño.

—¿No es obvio?

No, no era obvio. Nada lo era.

Abrí la boca para hacer más preguntas...

—Bueno, ya basta. Pensaba que era posible que tu padre te hubiera enviado, pero ya veo que no. —Dejó el café sobre la mesa —. Debes irte. No podrías haber elegido un peor momento para venir aquí sola.

¿Por qué todo el mundo pensaba que necesitaba una niñera?

—Estaré bien. Sé cuidar de mí misma.

—Nadie sabe cuidar de sí mismo contra *D'yavol*.

«¿El diablo?».

—Venga, arriba. —Se levantó con una mueca y se frotó la rodilla—. Me gusta demasiado vivir como para darte asilo.

—No puedo irme todavía —insistí mientras me levantaba—. No estoy segura de por qué piensas que estoy aquí de forma ilegal, pero te prometo que tengo los papeles en orden. —Sabía que Rusia era un poco medieval, pero, por Dios, ¿de verdad ejecutaban a

gente solo por el insignificante delito de dar asilo a una chica en apuros?

—No. No hablo del gobierno, querida, sino de *D'yavol*.

Me quedé mirándolo al darme cuenta de que tal vez estaba hablando con un loco.

—Soy agnóstica —dije tontamente.

Sacudió la cabeza y murmuró algo ininteligible.

Mis ojos encontraron a Vera bajo el umbral de la puerta mirándome como si fuera un mueble que se acabara de mover por arte de magia.

Ambos estaban locos.

Soltó el delantal que estaba estrujando entre las manos y volvió a desaparecer. En busca de su cuchillo de carnicero más afilado, probablemente.

—¿Por qué aterrorizo a tu mujer solo por parecerme a mi madre?

Me miró como si yo fuera la rara.

—No solo te pareces a tu madre.

Se dirigió hacia la chimenea y tiró de una sábana blanca que cubría el retrato de encima.

—Querida, podrías ser ella.

La mujer del cuadro estaba congelada en el tiempo, apoyada sobre un gran piano. Debió de pintarse hacía una eternidad, pero podría ser yo la que estaba ahí de pie. La larga melena rubia, la forma almendrada de sus ojos, la figura esbelta y elegante, y la piel alabastrina que nunca lograría broncearse.

El parecido era tan asombroso que se me erizó el vello de los brazos. Era exactamente igual que yo y, aun así, no sabía ni lo más mínimo sobre ella. Me quedé mirando el retrato hasta que el ardor en mi corazón y en la parte trasera de mis ojos desapareció.

—Se trata de un verdadero milagro. Es lo único que te voy a decir.

Se rascó la barbilla.

—Pero una belleza así es una bendición y una maldición... —Su mirada se posó sobre la mía, algo pesado y resignado la llenaba—. Siempre termina en las manos equivocadas.

Un mal presentimiento me recorrió la columna vertebral. Mi imaginación hiperactiva proyectó una escena en mi cabeza: yo,

pataleando y gritando mientras el diablo me llevaba al infierno.

Me tragué el nudo que se me había formado en la garganta.

Me pareció insólito que hubieran dejado el cuadro de mi madre en la pared, pero más aún que lo hubieran cubierto con una sábana como al principio de demasiadas películas de casas encantadas. Aunque quizá a Vera no le gustaba el polvo, simplemente.

—¿Cuándo murió?

—No mucho tiempo después de que nacieras, si no recuerdo mal. Enfermó y no lograba mejorar. Esta era su casa. Tu padre no podía despedirse de ella, así que Vera y yo la cuidamos por él.

—¿Mi padre no vivía con ella?

Apretó los labios afligido.

—No, querida, tu padre estaba casado.

Ahí estaba. La familia secreta.

O tal vez el secreto era yo.

¿Por eso le dijo a la gente que había muerto? ¿Para poder seguir con su cómoda vida aquí sin que me interpusiera en su camino?

En realidad, sabía que eso no era cierto. Papá había estado conmigo en más vacaciones de las que se había perdido, al menos hasta este último año.

Pero sabiendo que me había ocultado algo así, que tal vez tenía hermanos y otra familia a los que nunca había tenido la oportunidad de conocer... El dolor me golpeó en el pecho con tanta fuerza que tuve que pensar en otra cosa o si no acabaría sin poder respirar. Me obligué a volver a mirar el retrato y me fijé en el vestido que debía de pertenecer al siglo XVIII.

—¿Por qué va vestida así?

Arqueó las cejas.

—¿No lo sabes? Tu madre era una cantante de ópera. Una muy... querida. La gente la recuerda, por eso tienes que regresar a casa. —Cogió mi bolsa y me acompañó hacia la puerta.

—Ni siquiera he podido beberme el café —protesté.

—No quieres el café; quieres secretos que no puedo contarte. Vete a tu casa, esté donde esté, y no vuelvas.

—¿Sabes dónde puedo encontrar a mi padre?

—Probablemente en Siberia —murmuró mientras abría la puerta y dejaba entrar el gélido aire.

—¿Por qué iba a...?

—No conozco su paradero ni su número actual, de hacerlo ya le habría alertado de tu presencia. —Lanzó mi bolsa al porche.

—¿Seguro que no me puedo quedar aquí?

—Me gusta mi cabeza allá donde está, unida al cuello.

Parpadeé.

—¿Eso es un no?

Me empujó al frío.

—Espera —jadeé mientras me daba la vuelta—. ¿Puedes al menos pedirme un taxi?

Frunció el ceño.

—Si quieres le pido a *D'yavol* que venga a por ti.

Me quedé mirándolo, pensando que tal vez debería evitar beber el agua de aquí.

Sacudió la cabeza.

—Vete a casa, Mila.

Una vez más, la puerta se cerró de un portazo en mi cara.

Capítulo 3

schlimazel
Persona que sufre mala suerte.

Mila

Mientras cerraban el pestillo, me pregunté qué había sucedido con la tradicional hospitalidad rusa. Ni siquiera me habían ofrecido nada de comer. Al haberme criado en el seno de una de ellas, sabía que eso era prácticamente una blasfemia, sobre todo al provenir de una pareja que parecía muy devota.

Con la losa del secreto de papá en el corazón y la certeza de que no era bienvenida aquí, una parte de mí quería hacerles caso y volver a casa. Pero si regresara ahora...

Soñaría.

Me haría preguntas.

Seguiría existiendo igual.

Y para variar, quería vivir. Aunque tan solo fueran unos días antes de que The Moorings me absorbiera de nuevo en su desapasionada espiral, antes de casarme con Carter Kingston, tener dos o tres hijos y ahogarme en almuerzos sociales, cárdigans de colores pastel y collares de perlas.

La puerta de hierro se mecía de un lado a otro con la brisa.

Chirrido.

Golpe.

Chirrido.

Golpe.

Me colgué la bolsa de lona en el hombro, me metí las manos entumecidas en los bolsillos y empecé a caminar con la esperanza de encontrar algún medio de transporte. Hacía tanto frío que me habría metido en el primer taxi que pasara, aunque lo condujera el mismísimo diablo.

Notaba el *jet lag* y la falta de sueño en los músculos. No había conseguido pegar ojo en el avión, sobre todo porque los dos monstruos que tenía a los lados eran las dos réplicas infantiles del conejo de Duracell.

Me saqué el móvil del bolsillo y lo encendí por primera vez desde que había aterrizado en Moscú. Vi que tenía trece llamadas perdidas y cinco mensajes de voz de Ivan.

Alguien era un poco melodramático.

Leí los mensajes que me habían enviado un par de amigas y otros de Carter recordándome y confirmando nuestra cita a las ocho, y luego, tras mi ausencia, esperando que todo fuera bien.

Lo había dejado plantado.

Debería sentirme culpable, pero tenía el pecho ligero y, por primera vez en años, respiraba con facilidad.

Carter no tenía nada malo en particular. Manteníamos una relación amistosa, puede que, si me esforzaba un poco, llegara a ser agradable. Pero llegados al momento, la última vez que puso sus labios sobre los míos me pasé todo lo que duró el beso repasando mentalmente las conjugaciones verbales en francés para el próximo examen.

Papá no sabía nada de mis clases en línea. Se enfadó mucho cuando le pedí ir a la universidad, y me fulminó con una silenciosa mirada como si le hubiera pedido ir a Corea del Norte antes de espetar: *«Nyet».* Así que pensé que lo mejor sería mantener en secreto lo de las clases.

Los primeros cuatro mensajes de voz de Ivan sonaban muy a Ivan. Eran directos, me informaban de que llegaría a Moscú a las tres de la mañana y me exigía que me quedara en la habitación del hotel hasta entonces. Sin embargo, el quinto me puso los pelos de punta.

Soltó un suspiro y luego una palabrota, seguida de un golpe al otro lado de la línea como si le hubiera dado a algo.

—No puedo creer que hayas hecho esto. Confié en que no fueras a Moscú.

—Yo no te prometí nada —murmuré para mí misma.

Se calló durante un instante y luego su tono implorante se convirtió en un montón de palabras frías y duras.

—¿Quieres saber la verdad por una vez? Vale. Si quieres seguir con tus jueguecitos y no decirme dónde estás, Mila..., soy hombre muerto.

Lo dijo tan en serio que lo creí. Al menos, por un momento. Estaba claro que Ivan no pensaba que papá fuera a matarlo. Probablemente, solo fuera un intento desesperado por evitar que averiguara que tenía otra familia secreta.

«Tarde», pensé amargamente.

Sin embargo, como era una blanda, decidí llamarlo para dejarle un mensaje y poner fin a su sufrimiento, pero me di cuenta de que no tenía cobertura. Levanté el móvil, lo puse del revés, usé todos los trucos que conocía y no sirvió de nada. Se suponía que mi móvil tenía que funcionar en Moscú, pero no sabía que habría tan poca cobertura.

Con un suspiro, me metí el móvil en el bolsillo. Alcé la vista y me detuve. Mis zapatos crujieron sobre la gravilla cuando giré lentamente en círculo. El sol se estaba poniendo, más de la mitad ya se había metido debajo del horizonte, y lo único que había a mi alrededor era un complejo de pisos en ruinas y unos cuantos edificios de hormigón.

Estaba completamente perdida.

Reprimí un escalofrío y eché a andar.

El viento silbó.

Las sombras se tornaron más oscuras.

Y, de repente, eché mucho de menos a Ivan.

Noté una sensación de hormigueo en la nuca, que me bajó por la espalda. Era la sensación de sentirse observada. Agarré la bolsa con más fuerza conteniendo el impulso de mirar hacia atrás, pero el suspense se convirtió en una ansiedad tal que me oprimió los pulmones y ya no pude resistirme.

Me seguía un hombre, no había duda alguna, acorde con su tamaño y arrogancia al andar. Vestía unos vaqueros y un abrigo oscuro, y tenía la vista fija en los guantes negros de conducir que llevaba, aunque sabía que su atención estaba puesta en mí.

Giré la cabeza hacia delante con el pecho frío.

Una ráfaga de viento me azotó la coleta y se me pasó una palabra por la cabeza. Era un susurro que te transportaba a una habitación a oscuras y te ponía la piel de gallina.

«*D'yavol*».

Miré hacia atrás. Se acercaba a cada paso, sus zancadas eran mucho más largas que las mías. Ya estaba apenas a unos metros y vi que una cicatriz irregular le atravesaba la cara, desde la oreja hasta la mandíbula. El último rayo de sol se reflejó en el cuchillo plateado que llevaba en la mano.

Volví a mirar hacia delante, respiraba entre unos jadeos que me empañaban la cara mientras se me iba helando la sangre hasta convertirse en hielo sólido. Al ver coches aparcados y luz en las ventanas de un edificio, dejé caer la bolsa y eché a correr.

Mis largas piernas siempre me habían hecho estar en primera fila cuando era animadora en el instituto, pero los pies que golpeaban el suelo detrás de mí ahora me pisaban los talones. No conseguiría llegar a la puerta principal, así que cambié el rumbo para ir a la trasera y recé por que no estuviera cerrada.

«Por favor, que se pueda abrir».

Me detuve en seco delante de la puerta y, en un instante, uno de esos guantes negros me agarró la coleta y tiró de ella. Grité de dolor mientras caía hacia atrás. Me golpeé la cabeza contra el suelo y vi un caleidoscopio de luces en mis ojos.

Unas manos ásperas me desgarraron la ropa.

—No —gemí, pero mi consciencia estaba atrapada en un lodo negro y espeso del que no podía escapar. El dolor y el aire frío me envolvieron el cuerpo y me sacaron de la oscuridad. Abrí los ojos.

Cicatriz en la cara.

Abrigo oscuro.

Unas piernas dentro de unos vaqueros a horcajadas sobre mis caderas.

—¡No!

Luché contra sus manos, pero mi cuerpo había dejado de funcionar. Me sentía como si me hubiera abierto la cabeza.

El hombre me abrió la blusa por la mitad.

—Para —sollocé.

Lo hizo.

Me llevó un momento darme cuenta de que había llamado su atención. Levantó el colgante de la estrella náutica que tenía entre los pechos y vi que estaba confundido... o asustado. Fuera lo que fuera, aproveché la distracción para arañarle la cicatriz de la cara.

Se echó atrás para cubrirse la herida con la mano y siseó:

—*Ty malen'kaya suka.* —«Zorra asquerosa».

Me escabullí de debajo de él. Me agarró por el tobillo, pero le di una patada con el otro pie y golpeé alguna parte que le hizo gruñir de dolor.

Me levanté a trompicones luchando contra el mareo que me atenazaba, pero que no pudo conmigo. Mi sudorosa mano se resbalaba en el pomo de la puerta. La abrí, entré y choqué de frente con algo sólido. Me golpeé con tanta fuerza contra él que el poco aire que albergaba en los pulmones se me escapó con el impacto. Caí hacia atrás, pero vociferando una palabrota rusa, el hombre me agarró por la cintura para sostenerme.

La puerta acababa de cerrarse de un portazo cuando una ráfaga de aire frío anunció que se había abierto de nuevo. Me liberé del agarre del desconocido y me coloqué tras él esperando ver aparecer la cara con la cicatriz, pero solo se trataba de un chico con un delantal blanco y una caja de alcohol.

—*Potrebovalos' vsego tri minuty, kak ya skazal* —dijo riendo—. *Andrei, ty dolzhen mne*... —Me vio, me miró fijamente y murmuró algo parecido a «hostia puta» en ruso.

Inhalé y di un paso atrás para observar el entorno.

Había perdido el abrigo en la calle y tenía la blusa abierta, dejando al descubierto el sujetador de encaje blanco. Me sentía como si tuviera la cabeza debajo del agua y no tenía energía para preocuparme por el aspecto.

La habitación, iluminada por una débil bombilla, estaba llena de humo. Había estanterías llenas de cajas, más cajas de madera en el suelo y tres hombres sentados ante una mesa plegable observándome en silencio. Uno de ellos sostenía un palillo entre los dientes, y otro estaba recostado en la silla con un cigarrillo entre los labios. Tenía la chaqueta del traje abierta, una camisa blanca abotonada debajo y no llevaba corbata.

Tosí con el humo que se arremolinaba en el aire.

—*Potushi sigaretu.* —«Apaga el cigarrillo».

La orden provenía de detrás de mí, del hombre con el que había chocado. Sus palabras en ruso fueron como una caricia en la espalda tan caliente como fría. Era el tipo de voz que arrastraría a una chica a la oscuridad.

El fumador se inclinó hacia delante y apagó el cigarrillo en el cenicero. En un intento por recuperar el aliento, me giré.

Aunque yo mediera descalza casi uno ochenta, mis ojos estaban apenas a la altura del botón superior de una elegante camisa negra, que se estiraba sobre sus hombros anchos y sus brazos definidos.

Levanté la mirada.

Y justo antes de que la oscuridad me atrapara y me arrastrara hacia abajo, pensé que era guapo.

Guapo como unas manos ásperas que lograban amortiguar los gritos, guapo como un rey ante el que hay que postrarse y, sobre todo, guapo como un ángel caído del cielo.

Capítulo 4

viridity
Inocencia ingenua.

Mila

Voces rusas; una preocupada y otra áspera y grave se colaron en mi subconsciente. Papá solo hablaba ruso con fluidez cuando recibía invitados rusos, pero ¿por qué estaban en mi habitación?

Era raro.

E irrespetuoso.

Suspiré y estiré los brazos para cubrirme la cabeza con la sábana y silenciar el ruido. Sin embargo, mi mano se deslizó por la textura familiar de uno de los trajes de chaqueta de papá, de lana y cachemir. Pero algo era diferente. Este olía a pino y a canela con un toque de tabaco. Había algo muy poco paternal en ese aroma y eso fue lo que me convenció de abrir los ojos.

Gemí cuando un dolor agudo me atravesó el cráneo.

—*Khorosho, ty vstala* —dijo un hombre de pelo plateado mientras acercaba la silla de cuero con respaldo alto del gran escritorio de caoba hacia mí. Gafas de montura cuadrada. Camisa blanca. Pantalones de traje negros. Un sudor frío me inundó al mirar el fonendoscopio que le colgaba del cuello.

Algunas personas sufrían pesadillas sobre caídas, quedarse desnudas en público o fantasmas. La mía era despertarme delante de un acechante médico. Eran muy fríos y profesionales, con el chasquido de los guantes de látex y el reflejo de sangre y agujas en sus ojos.

Mi dolor de cabeza empezó a latir al ritmo de mi corazón mientras me sentaba en un sofá. Un escalofrío acarició mi torso desnudo y me di cuenta de que mi blusa desgarrada estaba parcialmente cubierta por la chaqueta del traje. Me la puse y la abroché.

Mis pensamientos seguían nublados por la confusión mientras analizaba el desvencijado y masculino despacho. Se me cortó la respiración cuando mis ojos se encontraron con un hombre apoyado en el escritorio. El mismo con el que me había chocado. El hombre que apenas había podido ver antes de caer inconsciente a sus pies.

Todo me volvió a la mente.

El hombre de la cicatriz.

La casi violación.

Lo único que pude pensar en ese instante fue que, por el momento, Moscú era un asco.

El ruso de pelo oscuro me sostuvo la mirada con un interés distante en los ojos. Tragué saliva y aparté la mirada cuando el médico colocó la silla junto a mí y se sentó. Ojeé el maletín que tenía al lado con cautela, sabiendo que si sacaba una aguja correría el riesgo de volver a la calle.

Me observó más de cerca, se detuvo y ladeó la cabeza.

—*Ty vyglyadish′ znakomo. My ran′she ne vstrechalis′?*

Los pensamientos se me embarraron. Hablaba demasiado rápido como para poder descifrar ese mensaje.

El médico se ajustó las gafas mientras me escudriñaba.

—*Mozhesh′ skazat′ svoye imya, dorogoya?*

Me pareció escuchar «*imya*». ¿Quería saber mi nombre? No estaba segura, así que simplemente parpadeé.

Frunció el ceño preocupado.

—*Ty dolzhen byl otvezti yeye v bol′nitsu.*

Solo identifiqué «*bol′nitsu*». «El hospital». Sin embargo, me percaté de que sus palabras no iban dirigidas a mí, sino al único otro hombre en la habitación. El que estaba construido a base de ladrillos, contra el que había sido tan incómodo chocarme.

A primera vista, parecía un caballero, un hombre que se había escapado de una sala de juntas con vistas al resto del mundo a través de ventanales del suelo al techo. Aunque, después de

observarlo durante más tiempo del adecuado, todo en él —la forma en que se apoyaba en el escritorio, con los brazos cruzados; la forma en que las sombras luchaban en sus ojos; la tinta negra que decoraba sus dedos— gritaba lo contrario. La postura relajada de sus hombros desprendía poder, puede que incluso peligro.

Era la viva personificación de la guerra maquillada con un caro traje negro sin corbata ni chaqueta. Supe que la que llevaba puesta era la suya.

Como si pudiera sentir que lo estaba observando, el hombre atrapó mi mirada. La necesidad de mirar hacia otro lado se volvió tan fuerte que me ardía bajo la piel. Él esperaba que lo hiciera. Aunque algo desconocido y sagaz provocó que no me rindiera. Al mantener el contacto visual con él, sentí que estaba participando en un juego letal. Como la ruleta rusa. Un revólver y una bala. Un mísero parpadeo equivocado y estaría muerta. Pero también experimenté un subidón de adrenalina, tan caliente como media botella de vodka UV Blue y el sol de Miami.

—*Poprobuy po-ispanskiy* —dijo con los ojos sobre mí. «Prueba en español».

El médico frunció el ceño.

—Mi español no es muy bueno.

El otro hombre se apartó del escritorio, se acercó y se puso de cuclillas delante de mí. Su pantalón de traje besó el mío, a cuadros y pijo. Sus botas negras con puntera contrastaban con mis Rothys blancas.

Era frío y calculador, desde cómo se movía hasta cómo su mirada se posaba en mí, aunque algo muy vivo bailaba en sus ojos. Unos ojos que pude apreciar de cerca y descubrir que no eran negros, como había supuesto al principio, sino de un azul muy muy oscuro. Más oscuro que el de las piedras con forma de corazón que pendían de mis orejas.

No supe si fue un repentino aumento de mis nervios, su cercanía o el resultado de haberme golpeado la cabeza, pero las palabras brotaron de mis labios sin pensar.

—Es muy incómodo chocarse contigo —confesé con mucha seriedad, como si fuera algo por lo que debiera preocuparse.

—Me disculpo. —Un acento ruso y un toque de diversión salpicaban su voz.

Me quedé mirando sus labios, la fina cicatriz en el labio inferior y las dos ásperas palabras saliendo de ellos como el vodka sobre el hielo. Me pregunté cómo se habría hecho esa cicatriz. Me pregunté si su voz también sabría a vodka; si me quemaría la garganta y me haría arder el estómago. Me empecé a sentir... rara. Parecía que mis pensamientos no tuvieran filtro, saltaban por mi cabeza como una pelota de pimpón.

Abrí la boca para explicarme, pero lo único que salió fue:

—Eres muy ruso.

Se acarició la cicatriz del labio inferior con el pulgar.

—Tú eres muy norteamericana.

El médico se enderezó en la silla y habló, pero apenas lo escuché por encima de la presencia de este hombre, que era muy ruidosa. Era un eclipse que bloqueaba mi dolor de cabeza y, también, el sol. A pesar de que era arrollador, no me disgustaba. Era cálido. Persuasivo. Sofisticado. La escalera real en un antro de iniquidad.

—¿Sabes cómo te llamas? —tradujo.

Asentí despacio.

—Mila... Mila Mikhailova.

El médico lanzó una violenta mirada al hombre que tenía enfrente, pero o lo ignoró o no le importó, porque sus ojos permanecieron sobre los míos, sacando la curiosidad a la superficie.

—¿Y tú cómo te llamas? —pregunté con una respiración poco profunda.

Sonrió.

—Ronan.

Su nombre ganó peso en el aire hasta que el médico carraspeó y dijo algo que no pude traducir.

—¿Qué día de la semana es, Mila? —inquirió Ronan.

—No, mmm... ¿Vier...? —Me detuve cuando sacudió la cabeza con un atisbo de sonrisa. Lo volví a intentar—. ¿Sábado?

El médico emitió un sonido pensativo, no parecía muy impresionado por que este hombre me estuviera ayudando. No me sorprendió. Los médicos eran unos aburridos.

—¿Cuántos dedos ves? —tradujo Ronan.

Miré la mano que descansaba sobre su rodilla, los tatuajes de sus dedos entre el primer y el segundo nudillo. Uno era una cruz, otro un cuervo. El tercero, una carta del rey de corazones.

Tinta y *déjà vu*.

No sabía qué me estaba pasando, pero no pude evitar tocarlo deslizando el dedo índice por el tatuaje del cuervo. Las palabras murmuradas emergieron de mis profundidades empujadas por una fuerza irresistible:

—«Oscuridad, y nada más...».

La cita condensó el espacio entre nosotros, sumergido en algo tan espeso y oscuro como el alquitrán.

Me sentí absorbida por un túnel, era como cuando leía a Edgar Allan Poe bajo el escritorio de papá con la cara sucia y un flequillo desnivelado que yo misma me había cortado. Papá estaba hablando con la señorita Marta, mi profesora de la infancia, sin ser consciente de que estaba cerca. Le preocupaban mis amigos imaginarios y mi falta de amigos reales, mi introversión y mi desinterés por la escuela.

Pensaba que me pasaba algo.

Yo también lo pensaba.

Esas palabras susurradas en el pasillo se enroscaron en mi interior como una serpiente que me clavó los colmillos y esparció su veneno poco a poco con el paso de los años. Un veneno que me puso en guerra contra la aceptación.

A veces eran los pequeñas detalles los que nos definían como personas.

La mirada intensa y empática de Ronan me retorció el estómago como el chasquido de un gatillo. No esperaba que entendiera lo que había pronunciado, pero lo hizo. Supe que lo entendió.

—*Sleduyushchiy vopros* —dijo Ronan. «Siguiente pregunta».

El médico volvió a fruncir el ceño.

—*U tebya yest' sem'ya, s kotoroy ya mogu svyazat'sya?*

—¿Cuántos años tienes, *moy kotyonok*?

Por la forma en que los ojos del médico se iluminaron con disconformidad, advertí que había entendido esa frase y no era lo

que él había preguntado.

Respondí «diecinueve» antes de recordar que el día anterior había cumplido veinte.

El médico resopló con tensión.

—*Devyatnadtsat'. Yey devyatnadtsat'*. —«Diecinueve. Tiene diecinueve».

Ronan no dejó de mirarme.

—*Ya slyshal.* —«Ya lo he oído».

Apenas escuché el intercambio porque estaba intentando recordar qué significaba «*moy kotyonok*». Mi ¿qué?

—¿Te han... violado, Mila? —Vi el azul oscuro de sus ojos tornarse negro.

Por un instante, su pregunta me confundió. Una nube oscureció toda la escena en el callejón, como si le hubiera pasado a otra persona y yo simplemente fuera una espectadora. No parecía real y, cuando pensaba en ello, notaba una leve molestia, lo cual probablemente me encasillaba en la misma categoría de locura que los inquilinos de mi padre.

Sacudí la cabeza.

—Bien.

Una sencilla palabra de cuatro letras, pero se infló en el aire como si fuera lo más importante de la habitación. Su voz era áspera y suave. Serena e inquieta. Tan indulgente que se me deslizó bajo la piel y derritió la tensión de mi cuerpo como mantequilla. Apuesto a que la gente se tomaba molestias para escuchar hablar a este hombre.

—¿Te duele algo más aparte de la cabeza?

Asentí sin dejar de mirarlo.

Una sonrisa rozó sus labios.

—¿El qué?

—El costado.

Ronan se puso de pie. Mientras él y el médico hablaban, un chico, el que había visto cargando una caja de alcohol, entró en la habitación con mi bolsa de lona en las manos. La dejó caer junto al sofá y me dedicó una mirada asqueada.

Ronan le lanzó una silenciosa advertencia con los ojos. El chico tragó saliva y se dio la vuelta para salir de la habitación.

—A Kirill le gustaría examinarte, si le das tu permiso.

Asentí.

Cuando Ronan se dirigió hacia la puerta, me puse de pie luchando contra un instante de mareo ante el repentino movimiento.

—Espera —espeté—. ¿Dónde vas?

Giró la cabeza para estudiarme con ojos cautelosos.

—A darte algo de privacidad, *kotyonok*.

Me mordí el labio sin saber qué me había llevado a preguntar eso. Estaba confundida. Y odiaba a los médicos.

—Por favor, quédate.

Kirill suspiró y se pellizcó el puente de la nariz.

Tras un momento de silencio pensativo, Ronan inclinó la cabeza y volvió a su escritorio. Me sentí extrañamente consolada al ver que se quedaba.

Kirill se irguió, sacó una linterna del bolsillo de su camisa y me miró las pupilas. Escuchó mi corazón, mi respiración y me examinó la parte trasera de la cabeza. Mi mirada no paraba de desviarse hacia Ronan, quien estaba apoyado en su escritorio sin hacer nada más que observar la escena.

Cuando Kirill habló, fijé los ojos en él. Debió de percatarse dónde tenía puesta la atención durante el examen, porque tenía una expresión tensa y reprobadora.

—Necesita que te quites la chaqueta.

Aflojé mi apretón sobre la solapa y cayó por mis hombros hasta tocar el suelo. Un moratón rojo, la forma de una mano, marcaba mi cintura, lo cual explicaba por qué me dolían las costillas. Pero me centré en la sangre seca de mi vientre. Y me di cuenta de que también estaba bajo mis uñas.

Todo el calor de mi interior se volvió frío como el hielo y sentí un cosquilleo en la nuca.

No me gustaba la sangre.

Se me escapó un suspiro tembloroso. Se me revolvió el estómago. La habitación empezó a volverse borrosa. Me balanceé con la

oscuridad apoderándose de mi subconsciente, luego me arrastró hasta el fondo.

Cuando me desperté, tenía la boca seca, Kirill seguía con el ceño fruncido y Ronan estaba de cuclillas al lado del sofá.

Al darme cuenta de que me había desmayado, volví a cerrar los ojos.

De niña, sufría ataques de pánico antes de vacunarme e ir a sacarme sangre. Papá solía sujetarme mientras me pinchaban hasta que acababa desmayándome. Incluso ahora, preferiría escayolar mi propio brazo roto con cinta adhesiva antes que visitar al médico.

Ronan me ofreció una lata verde de refresco que Kirill le había dado.

—No vas a volver a desmayarte delante de mí, ¿verdad?

Me senté poco a poco, me cerré la blusa con una mano y cogí la lata con la otra. Muy poca gente conocía mi fobia. Me obligaba a ver sangrientas películas de terror para superarla, pero solo me había insensibilizado a las películas de *Saw*, y no a la vida real.

—No soy muy fan de la sangre —admití.

Me miró con curiosidad, como si hubiera dicho algo divertido.

—Interesante.

—Lo siento. Pareces un hombre ocupado y estoy segura de que te he arruinado la noche.

—Bébete el refresco, *kotyonok*.

Lo hice. Las burbujas frías le sentaron bien a mi garganta. Me relamí los labios secos y analicé la habitación, desde el ceño fruncido de Kirill, pasando por una grieta en las paredes de yeso, hasta la moqueta desgastada. No era exactamente el ejemplar despacho moderno de un ejecutivo.

—Te reembolsaré todo —dije—. El médico y...

Eché un vistazo a la lata que sostenía en la mano, lo cual hizo reír a Ronan.

—Añadiré el refresco a la cuenta —bromeó.

En ese momento, me di cuenta de que había pasado completamente por alto su traje caro y había creído que tendría apuros para pagar una visita a un médico privado. Al entender de repente que solo estaba jugando conmigo, lo miré a los ojos.

Clic.

No era el sonido de un gatillo. Era él jugando con un boli que tenía en la mano.

—*U neye sotryaseniye mozga, i ona dolzhna byt' osmotrena v bol'nitse* —dijo Kirill.

—Cree que tienes una leve contusión —tradujo Ronan—. Puede que los síntomas duren unos días.

Supuse que eso justificaba mis extraños pensamientos y comportamientos. Sin embargo, ya me sentía un poco mejor ahora con el azúcar en el cuerpo. La falta de comida y sueño seguro que no ayudaban en esa situación.

Un pálpito despertó mis pensamientos. Kirill había vuelto a decir «*bol'nitse*», ¿verdad? Debía de haberlo oído mal porque Ronan no había dicho nada sobre el hospital. De todas formas, no pensaba ir.

—¿Puedes darle las gracias de mi parte, por favor? —pregunté—. No tenía por qué venir hasta aquí solo por mí.

Ronan ladeó la cabeza un instante, clic, luego le dijo al médico:

—*Ona ne khochet idti v bol'nitsu*.

Ese era el agradecimiento en ruso más extraño que había oído nunca. «*Bol'nitsu*» debía de significar algo más.

Kirill apretó los labios antes de responder.

—Dice que alguien debería despertarte esta noche. Es el protocolo para las lesiones craneales.

—Oh.

—¿Has venido con alguien más?

Negué con la cabeza.

—Puedes quedarte aquí esta noche. Haré que alguien te despierte.

—No, no hace falta —dije—. Ya has hecho demasiado por mí.

Un destello de descontento atravesó los ojos de Ronan. La intensidad silenciosa podría haber matado a alguien que no estuviera ya acostumbrado a recibir la misma mirada de su padre.

—Te han agredido en mi callejón. Es mi responsabilidad asegurarme de que te recuperes.

No me sorprende que estuviera tan cerca de la puerta trasera. ¿Había oído mis gritos?

Mis pensamientos y mi respiración se interrumpieron cuando utilizó su boli para levantar el colgante que descansaba entre mis pechos.

—Interesante collar.

Nadie aparte de él y mi atacante se había percatado nunca de mi collar.

Jamás había visto a mi padre llevar tan poca ropa como una camiseta sin mangas y unos pantalones de traje negros. Y eso solo había ocurrido una vez, a los ocho años, y vi los tatuajes de las estrellas náuticas en cada uno de sus hombros. Por supuesto, a esa edad, quise hacerme uno también, así que me dio el collar.

—Es una cosa familiar —suspiré.

Un reflexivo «mmm» fue lo único que Ronan respondió.

Volvió a dejar el colgante sobre mi piel y el insignificante roce de su boli entre mis pechos hizo que mi pulso se acelerara. La lata de refresco se me resbaló de entre los dedos. La cogió con la mano izquierda sin dejar de mirarme.

Tras un momento de densa tensión, Kirill se puso en pie y me entregó una caja de pastillas. La miré. ¿Aquí no se extendían recetas?

—Para el dolor.

Forcé una sonrisa.

—Gracias.

Me dirigió una mirada suplicante, cogió su maletín y abandonó la habitación. No sabía que los rusos eran tan trágicos.

Ronan se levantó y dejó la lata en la mesita.

—Haré que te traigan algo de comida —me dijo mientras se dirigía a la puerta antes de detenerse delante de ella y darse la vuelta para mirarme. Iba vestido de negro de los pies a la cabeza. Su camisa. Sus tatuajes. Su pelo. Hasta el azul de sus ojos estaba sumido en las sombras a no ser que lo vieras de cerca. Podríamos pertenecer a dos mundos diferentes, mundos separados por las solitarias olas del Atlántico.

Él era el fulgor de la adrenalina, la dureza de las vías bajo unos pies descalzos y la sirena de un tren que se acerca de frente.

Y yo estaba fascinada.

Sus ojos eran ilegibles.

—Aquí estarás a salvo.

Lo creía.

Pero antes de que su oscura silueta desapareciera de mi vista, recordé lo que «*moy kotyonok*» significaba.

«Mi gatita».

Capítulo 5

wallflower
Persona tímida, torpe o introvertida.

Mila

Mastiqué una de esas pastillas con los dientes esperando encontrar alivio y busqué el móvil en la bolsa. Justo recordé que lo llevaba en el bolsillo del abrigo que se había quedado en un gélido callejón ruso. Me sorprendió que no lo hubieran encontrado, porque la bolsa estaría a un par de manzanas de distancia y el abrigo debía de estar cerca de la puerta trasera.

Oí un golpe y una pelirroja que no tendría más de diecisiete años entró en la habitación con un sencillo vestido blanco. Mantuvo la mirada baja mientras colocaba un cuenco de sopa y una rebanada de pan en una mesa auxiliar cerca del sofá. Le di las gracias y le pregunté si sabía qué hora era, pero se dio la vuelta sin responderme y salió de la habitación, así que supuse que no hablaría español. O nada en absoluto.

La sopa olía tan bien que se me hizo la boca agua, aunque parecía *solyanka,* lo cual contenía carne. Era vegana desde que vi un documental sobre el envasado de productos cárnicos en el instituto. Borya lo odiaba, pero siempre me preparaba algo especial. Sin embargo, nunca podía comer demasiado cuando estaba estresada y, ahora que estaba a solas con mis pensamientos, me pregunté si el ataque había sido casualidad o si estaba relacionado con el miedo de Ivan a que viniera aquí.

¿De verdad estaría mi padre metido en problemas? Podía ser un adúltero y hacer negocios con gente poco fiable, pero no apostaba ni bebía en exceso. Joder, ni siquiera cruzaba sin mirar. No podría respetar más la ley, aunque lo intentara. Alejé ese pensamiento. Era una mujer a solas en una zona peligrosa de Moscú. ¿Qué esperaba? ¿Un desfile hasta el Ritz?

Al dejar a un lado esa preocupación, me di cuenta de que necesitaba usar el baño.

Evitando mirar la sangre seca sobre mi piel, me cambié la blusa estropeada por una camiseta amarilla de los Beach Boys. Se oía un sonido metálico de ollas, sartenes y algunas maldiciones en ruso provenientes de una habitación iluminada al final del pasillo en penumbra, a la derecha. Era una cocina grande e industrial y me pregunté cuánto tiempo llevaba inconsciente, porque parecía que ya estaban recogiendo.

Tras encontrar el baño y hacer mis necesidades, me dirigí a la pila, donde me froté las manos y el vientre con la pastilla de jabón, y sentí náuseas al ver el rojo que caía por el desagüe. Me estremecí al pensar que mi atacante pudiera ser portador de alguna enfermedad. Aparte de la psicopatía, claro.

Me miré los ojos azules en el espejo. Siempre me había parecido que les faltaba chispa y brillo, a pesar de que un agente de modelos se me acercara un día en la calle y me dijera que eran impresionantes antes de darme su tarjeta. Me sentí intrigada. Las modelos podían viajar, ver el mundo en directo y no a través de la pantalla de televisión, pero papá descartó la idea enseguida.

Me dispuse a regresar a mi habitación temporal para pasar la noche, pero una voz —su voz— me envolvió el cuerpo y me hizo detenerme. Debería ocuparme de mis asuntos, como decía la señorita Marta cada vez que interrumpía la lección para mirar por la ventana y ver quién entraba por el camino. Pero la tentación era tan fuerte que me empujó en la dirección opuesta.

A medida que las sombras del pasillo se tornaban más oscuras, me vino una frase a la mente: «La curiosidad mató al gato».

Reprimí un escalofrío.

Había un camarero lavando vasos detrás de una barra de madera. Camisa blanca arremangada hasta los codos, tirantes y una calavera tatuada con unos huesos cruzados en el antebrazo. Me vio y se detuvo para observarme mientras se secaba las manos.

Tragué saliva y desvié la mirada de él hacia las mesas redondas y los reservados desgastados del restaurante y casi vacíos. Encontré fácilmente a Ronan, porque los tres hombres que había sentados frente a él estallaron en carcajadas por algo que les había dicho. Tenía un brazo apoyado sobre el respaldo de los asientos de un reservado y un cigarrillo en la boca. En la habitación tenue, sonaba música gitana rusa de fondo y lo vi exhalar una nube de humo con una sonrisa en los labios.

Giró la cabeza y posó sus ojos oscuros en los míos.

La voz de madame Richie me llevó de vuelta a aquella autocaravana aparcada en la feria con la calefacción demasiado alta y con un grupo de animadoras preadolescentes frunciendo el ceño detrás de mí al ver la decoración. Con los ojos cerrados, apoyó las manos en la bola de cristal violeta mientras un cigarrillo colgaba de sus labios con fragilidad. Abrió un ojo para mirarme y lo cerró de nuevo, concentrada. Mientras la bola de cristal se llenaba de humo y Dios sabe qué, frunció el ceño. Jadeé cuando me agarró la mano y tiró de ella para examinarla bien. En ese momento, detectó algo que la hizo reír. A carcajadas.

Se sentó de nuevo, apoyó el codo en la mesa y tomó una calada.

—¿Qué quiegues sabeg?

El hecho de que le diera tanta importancia a lo que me dijo debería ser preocupante, pero nunca había podido olvidar esas palabras. Quería algo más que caricias desabridas y conjugaciones francesas. Quería más que mocasines Sperry y manos suaves. Lo que quería era a alguien como este hombre, con una lengua rusa y tatuajes en los nudillos.

Mordió el cigarrillo y me guiñó el ojo.

Ese guiño formó una bola de calor en mi vientre y volví a su despacho para ponerme unos pantalones cortos. El cuenco de sopa permanecía intacto en la mesa auxiliar cuando me acurruqué en el sofá y me tapé con una nueva y misteriosa manta. No era así como

creía que pasaría mi primera noche en Moscú, y me estremecí al pensar lo mal que podría haber salido todo...

Si no hubiera sido por una estrella náutica.

Un restaurante.

Y un hombre de negro con los ojos llenos de secretos.



El olor a tabaco me despertó. Invadió mis sentidos y se mezcló con el intenso aroma masculino incrustado en las paredes.

Me senté en el sofá y me encontré con la mirada de Ronan detrás del escritorio. Me pasé los dedos tímidamente por el pelo. Me lo alisaba a conciencia, pero cada vez que dormía, los rizos rebeldes regresaban para vengarse. Eran demasiado salvajes, demasiado indomables para encajar en el moldeador en el que los obligaba a meterse.

Me tensé al darme cuenta de lo cortos que eran mis pantalones de cintura alta. Cuando hice el equipaje el día anterior, no pensé que acabaría durmiendo en el despacho de un hombre.

Él se mecía en la silla de cuero jugando con una pelota antiestrés.

La lanza.

La aprieta.

Una sonrisita.

—Tienes el sueño profundo.

No hacía falta que nadie le dijera que observar dormir a alguien era inapropiado. Ya lo sabía. Era evidente por el brillo pícaro de su mirada.

Tal vez en el fondo no fuera tan caballeroso como parecía.

El sueño profundo en el que me había sumido, después de que me despertara la pelirroja a las cuatro de la mañana, había empañado mi escaso recuerdo de él. Su presencia era más grande que la vida misma, una sombra en la que no debería haber sombra. Seguía vestido de negro de pies a cabeza y sin corbata, pero hoy tenía el pelo un poco más despeinado, como si se hubiera pasado esos dedos tatuados entre los mechones y, a juzgar por la voluta de

humo que salía del cenicero del escritorio, estaba fumándose un puro en lo que debía de ser primera hora de la mañana.

Nunca había tenido dificultades para hablar, para sacar palabras entre los labios, pero con la atención de este hombre puesta en mí, todo lo que quería decir se me quedaba atascado en la garganta. Así que, con un rubor que me molestaba especialmente, giré la cara y me callé.

Se rio entre dientes, cogió el teléfono fijo de su escritorio y marcó un número.

Gruñí mentalmente. Le parecía divertida. Mientras tanto, el mero roce de su mirada sobre mi piel me calentaba como el sol. Y su voz con ese ligero acento y un aire de hombre experimentado... podría escucharla durante todo el día sin cansarme.

Me levanté descalza, y doblé su chaqueta y la manta con cuidado, lo cual provocó un gesto en sus labios cortando por la mitad la frase en ruso dirigida a quien estuviera al otro lado de la línea. Su mirada recorrió mi piel mientras cruzaba la habitación para ver las fotos colgadas en la pared. Una mostraba a unos cuantos hombres sonriendo, pero el foco era un Ronan adolescente con un rifle en la mano y un ciervo muerto a sus pies.

No había visto un arma en mi vida.

Y tampoco era algo que deseara.

Otra foto en blanco y negro capturaba a dos niños de unos doce años o trece en la calle. Ronan tenía una mancha de tierra en la mejilla y le rodeaba el cuello a otro chico, cuyo rostro serio no miraba a la cámara. Sin embargo, se veía una diminuta parte de sus penetrantes ojos capaz de atravesar la foto.

Parecían pobres. Quizá incluso indigentes.

Mi mirada se desvió hacia Ronan, de su traje al reloj negro que llevaba en la muñeca. Yo siempre le compraba todo a papá, ya que a él no le importaba y no tenía esposa. O eso pensaba. Solo vestía lo mejor de lo mejor, así que me había vuelto experta en la ropa masculina de lujo, y este hombre llevaba un Dormeuil Vanquish.

«De mendigo a millonario...».

Me pregunté qué habría hecho para lograrlo. Resultaba evidente que estaba por encima del dueño de este restaurante, más parecido

a un cuchitril que a un establecimiento de cinco estrellas. Me pareció sorprendente, aunque también entrañable que mostrara así su pasado para que todo el mundo lo viera.

—Siéntate y come, *kotyonok.*

Me sofoqué por el cariñoso apelativo, aun sabiendo que probablemente lo había elegido porque le recordaba a algo adorable que podía acariciar. Me senté en el sofá y me tomé un cuenco de *kasha* y fruta fresca.

Ronan seguía hablando por teléfono enrollando el cable con una mano y con la pelota antiestrés en la otra, pero el calor de su mirada curiosa me abrasaba cada centímetro. Dejé el cuenco a medio comer en la mesa auxiliar y me dirigió una mirada reprobatoria. Si esa mirada hubiera sido de mi padre, me habría obligado a devorar cada migaja, pero ahora estaba probando a ser más decidida. Y no quería acabármelo.

Colgó y la habitación se sumió en un espeso silencio. Me pasé las manos por los muslos desnudos y busqué mi voz, ya que parecía desaparecer en su presencia.

—Por casualidad no tendrás mi abrigo, ¿verdad?

Por un momento no dijo nada, siguió balanceándose en la silla como el editor de un periódico demostrando su dominio.

—Tienes suerte de que encontráramos tu bolsa antes de que alguien la robara.

Eso era un no.

Me mordí el labio.

—Tenía el móvil en el bolsillo.

—¿En serio? —Eso fue lo único que dijo, no me ofreció usar el suyo.

No me apetecía continuar siendo una molestia y tampoco me emocionaba demasiado la idea de compartir lo que sucedió anoche con Ivan, así que dejé a un lado esa necesidad. Más tarde compraría un móvil desechable y le avisaría de que estaba bien.

Ronan me miró fijamente.

Lanzó la pelota.

La apretó.

Este hombre siempre hacía algo con las manos y me distraía. Tragué saliva cuando se hizo el silencio una vez más. Él parecía contentarse con quedarse ahí sentado, pero a mí el silencio se me metía debajo de la piel y me picaba el deseo de llenarlo.

Carraspeé.

—Este lugar... está bien. Es cálido y... acogedor.

No era nada acogedor para una chica como yo y ambos lo sabíamos.

Su lenta sonrisa podría arrasar ciudades enteras.

—¿Qué te hace sentir tan cómoda? Tendré que cambiarlo cuanto antes. —Me observó con una especie de oscuro interés, y otro estúpido rubor me tiñó las mejillas. Si hubiera un Dios, ya se habría apiadado de mí y habría abierto un agujero en el suelo para que me tragara. Me sentía como Duckie en *La chica de rosa* y ya sabemos cómo acabó eso.

—La música. Mi padre escucha esa música.

—Qué coincidencia —dijo Ronan arrastrando las palabras. Hablaba con indiferencia, pero también había algo que me erizaba la piel.

—Puede que hayas oído hablar de él. —Era una apuesta arriesgada, pero, como no tenía nada más, me venía bien encontrar cualquier migaja—. ¿Alexei Mikhailov?

Apretó la boca.

—No puedo decir que sí.

Me invadió la decepción.

—¿A qué se dedica tu padre?

—Es inversor.

Es lo único que sabía. Papá nunca hablaba de trabajo cuando estaba delante.

—Ah. —Tras observarme un instante, Ronan dijo—: ¿Y qué hace una animadora estadounidense sola en Moscú?

Me fijé en que en mi bolsa había estampado «CHEER».

—Era animadora en el instituto, ahora ya no.

—¿Hace un año?

—Claro que no —respondí como si se hubiera ido de mucho—. Un año y medio.

Sonrió.

—Ah, perdón.

Tras un instante de silencio, le dije:

—Los secretos de Moscú. —Las suaves palabras llenaron la habitación—. He venido a por secretos.

Me inspeccionó durante un largo rato, tanto que se me ralentizó el corazón bajo el peso de su mirada y, entonces, se levantó y rodeó su escritorio.

—¿Tienes dónde quedarte?

Negué con la cabeza.

—Le diré a Albert que te busque una habitación. —Tras eso, se encaminó hacia la puerta.

Mis buenos modales se rebelaron para no aceptar su generosidad, pero ganó la parte de mí que estaba agradecida. Todavía me dolía la cabeza y no quería vagar sin rumbo por Moscú buscando un medio de transporte y un lugar en el que quedarme. Aunque había algo más en mi interior, algo curioso, que me dejaba sin aliento y que no quería que se alejara todavía.

Me levanté y solté:

—¿Te gusta la ópera?

Se detuvo en seco y se giró lentamente para mirarme.

—¿Cómo lo has adivinado?

Me llevó un momento darme cuenta de que me estaba tomando el pelo. Abrí la boca para contestar, pero acabé mordiéndome el labio inferior para ocultar la diversión. Su mirada se posó un instante en mis labios y mi pulso estalló como un tanque de gasolina en llamas.

Tragué saliva.

—¿Sabes si hay algún teatro de ópera cerca? —No iba a regresar a casa sin averiguar más sobre mi madre y su familia. Quizá pudiera encontrar algo de información en su antiguo puesto de trabajo.

—Hay varios, pero el Moskovskiy es el más cercano.

—El Moskovskiy —repetí para recordarlo.

—Ya no está situado en la mejor parte de la ciudad.

Su restaurante tampoco lo estaba, pero no lo dije en voz alta.

Ronan me miró durante un momento y, al ver la determinación en mi rostro, algo oscuro le nubló la mirada.

—Te llevaré. Esta noche a las ocho.

A continuación, se marchó sin decir nada más y no pude evitar pensar...

Que quizá Moscú no estaba tan mal después de todo.

Capítulo 6

dépaysement
Cuando alguien cambia su entorno familiar
por uno nuevo.

Mila

—No, de verdad, puedo pagar mi propia habitación.

Albert era obviamente duro de oído, porque su expresión estoica no se alteró mientras recorríamos el pasillo del hotel con mi bolsa en su mano. Yo iba dos pasos por detrás del gigante luchando por seguirle el ritmo.

Sabía que entendía el español. De camino al hotel, toqué la ventanilla mientras admiraba las vistas y me miró a través del espejo retrovisor como si acabara de abofetear a su abuela preferida, y refunfuñó que no manchara el cristal. Sería guapo si eliminara ese ceño fruncido y no se afeitara la cabeza igual que si acabara de salir de la cárcel. Aunque, con esta actitud, podía suponer que ese era el caso.

Tras llevarme a un hotel lujoso, le entregó a un conserje con posado serio un fajo de billetes. El anciano no hizo ninguna pregunta antes de deslizar una llave brillante sobre la mano de Albert. Parecía un trapicheo de droga. O un soborno. No podía estar al tanto de las actividades ilegales de Albert, aunque aquí las cosas funcionaran de forma diferente.

—Escucha, solo quiero pagar mi habitación —dije ligeramente y sin aliento cuando, por fin, lo alcancé—. Estoy segura de que tienes

muchas otras cosas en las que gastarte el dinero. Los calzoncillos extragrandes no deben de ser baratos.

Casi le hizo gracia. ¿O era una mueca porque estaba estreñido? No podía estar segura.

—La paga el jefe —se quejó.

«El jefe» sonaba un poco demasiado formal y extraño. Pero quién era yo para decidir el término adecuado para un empleador. El único trabajo que había tenido fue en un voluntariado.

—¿Sabes qué? No tienes cara de Albert —le comenté.

Ni siquiera parpadeó.

—Solo digo que cuando alguien pronuncia «Albert» se generan unas expectativas. Un hombre mayor con una personalidad alegre, para ser exacta. Tú has destrozado esas expectativas, Albert.

Se detuvo delante de la habitación 203.

—Diría que pareces más bien un... Igor.

Frunció un poco los labios mientras metía la llave en la cerradura y empujaba la puerta para abrirla. Naturalmente, lo seguí al interior.

—Puedes mostrar tus sentimientos, Igor. Todos los tenemos.

Dejó caer mi bolsa cerca de la enorme cama.

—Por no mencionar a los hombres que lloran. Qué sexi.

La expresión asqueada en su rostro era cómica y me mordí el labio para reprimir una sonrisa mientras pasaba por mi lado de camino a la puerta.

—¿Te veré luego?

Gruñó y dio un portazo tras de sí.

Con un suspiro, me di la vuelta para inspeccionar la habitación. El despertador, junto a la cama, marcaba que solo eran las nueve de la mañana. De repente, el *jet lag* y todo lo demás me arrolló como un camión tráiler. Tenía que informar a Ivan de que estaba bien, y echaba un poco de menos su voz, pero estaba demasiado cansada como para averiguar cómo marcar su número en el teléfono del hotel, así que tendría que esperar.

Me di una ducha y me froté la piel hasta dejarla en carne viva. Envuelta en una toalla, caminé lentamente de vuelta a la habitación y rebusqué en mi bolsa algo que ponerme. Una disputa acalorada en la calle atrajo mi atención hacia la ventana. Fuera, un ciclista discutía

con un conductor de taxi contrariado, que lanzó las manos al aire cuando el repartidor adolescente arrojó un periódico sobre su coche. Empecé a darme la vuelta, pero algo me llamó la atención.

Había un coche negro aparcado a un lado de la calle. Unos dedos tatuados colgaban por fuera de la ventana, sosteniendo un cigarrillo antes de que el hombre desconocido se lo volviera a llevar a la boca. Jamás había conocido a un hombre con los nudillos tatuados antes de venir aquí.

Debía de ser una cosa rusa.

La apatía tiró de mis extremidades, así que me desplomé en la cama sin ropa y, durante tres horas, estuve muerta para el resto del mundo. Al despertar, gemí y me encontré con un mechón de pelo húmedo en la boca.

Quité las etiquetas a unos vaqueros acampanados nuevos y a una camiseta *vintage* y sonreí mientras me los ponía. Me sentaban bien, me acariciaban el cuerpo con una libertad almidonada. A continuación, me sequé y planché el pelo, me puse el brillo de labios con sabor a fresa y el grueso cárdigan que había utilizado como abrigo de camino hacia aquí.

El frío me robó el aire de los pulmones cuando crucé la calle para buscar la tienda más cercana donde poder comprarme un móvil desechable. Tal vez era por mi falta de equipamiento de invierno, pero llamaba mucho la atención. Diferentes ojos seguían mis movimientos y me silbaron dos veces. No me sorprendió habiendo crecido en Miami, pero juraría que alguien me sacó una foto.

La atención hizo que pensara en mi madre, sobre si realmente era tan famosa aquí y por qué papá me lo había ocultado. No le gustaba hablar de ella. Había asumido que le resultaba demasiado doloroso, así que nunca me atrevía a insistir en el asunto. Pero lo normal sería que hubiera compartido algo conmigo. El hecho de que era una cantante de ópera famosa, tal vez...

Con un nuevo móvil en la mano, marqué el número de Ivan.

Respondió de inmediato con voz cautelosa.

—¿Hola?

—Hola, Ivan. Soy yo.

—Mila. —Resopló—. *Gde ty, chert voz'mi?* —«¿Dónde narices estás?».

Tenía una disculpa en la punta de la lengua, pero el hecho de que el alivio en su voz fuera tan evidente, como si no tuviera nada de fe en mí, aunque ahora, por desgracia, tenía mucha razón, la detuvo en seco.

—Relájate. —Tirité y me apreté más el cárdigan—. Estoy bien.

—He estado muy preocupado por ti —soltó.

—No sé por qué. Obviamente, me las he apañado perfectamente.

«Te va a crecer la nariz».

—¿Dónde estás alojada?

El escaparate de una tienda de ropa me atrajo. Una campana sonó cuando entré y suspiré aliviada al sentir el calor.

—Para serte sincera, no estoy muy segura.

—¿Qué narices significa eso?

—Significa que no sé leer ruso, Ivan. —Me dirigía hacia uno de los burros para observar detenidamente los vestidos. No sabía si había una actuación en la ópera por la noche, pero supuse que debía vestirme para asistir a una. En mi experta opinión, mejor ir demasiado elegante que demasiado informal—. Además, dormí en un restaurante anoche y no me quedé con el nombre.

Lentamente, preguntó:

—¿Por qué dormiste en un restaurante, Mila?

Mierda.

—No tenía pensado contarte eso —dije, y antes de poder contenerme, murmuré—, debe de haber sido la contusión.

—La ¿qué?

Estaba cavando mi propia tumba.

Me mordí el labio.

—Admito que ayer no fue el día ni la situación más ideales, pero no tienen nada que ver con mi capacidad de cuidar de mí misma.

—¿De qué estás hablando?

Suspiré y me di cuenta de que tendría que contarle la verdad, porque nunca se me había dado bien mentir y, además, no había ninguna posibilidad de que se creyera la elaborada historia que mi

cerebro estaba urdiendo. Incluía un autobús y un gatito y un heroico concepto de mí misma.

—Te lo puedo contar, pero tienes que prometerme que no se lo dirás a mi padre. No quiero preocuparlo.

—Lo prometo —dijo a regañadientes.

—Bueno, si quieres que te sea sincera... digamos que me atacaron y, quizá, casi me asesinan.

Silencio.

—Pero no te preocupes. Al parecer, el hombre tenía miedo a los collares con estrellas y conseguí librarme. —Aparté uno de los vestidos del burro.

Una colorida palabrota en ruso.

—¿Dónde estás?

—Estoy de compras. —No iba a contarle mis planes para esa noche. Sabía lo bien que se lo tomarían, al menos cómo se sentiría papá cuando Ivan se chivara. A Ivan nunca le importaba con quién salía. Su indiferencia pisoteó mi primer enamoramiento y desvaneció mis fantasías, que trataban de un caballero de brillante armadura sobre un corcel que decapitaba a otros hombres solo por mirarme, creadas a partir de los libros eróticos que le robaba a la señorita Marta cuando andaba despistada. Aunque, en ese mundo de fantasía, la sangre no chorreaba como una fuente, porque esta simplemente no existía.

Mis expectativas no eran realistas, más bien un poco macabras y muy ilegales. Pero soñar era gratis.

—¿De compras? —sonó confundido.

—Sí.

—¿Te atacaron, te levantaste y te fuiste de compras?

—¿Qué quieres que haga? ¿Llorar hasta quedarme dormida?

Tal vez debería estar traumatizada, pero, por algún motivo, solo seguía enfadada por la situación. Esperaba que el hombre de la cicatriz estuviera teniendo un día de mierda.

—Mila... Quiero que mires a tu alrededor. —Un tono fatídico tiñó su voz—. ¿Hay alguien vigilándote?

Me quedé helada y se me erizó el vello de la nuca.

—¿Qué? ¿Por qué iba a haber alguien vigilándome?

—Hazlo. Pero de forma disimulada.

Con un escalofrío recorriéndome la columna vertebral, escudriñé la tienda discretamente, desde un par de mujeres hablando en el mostrador, hasta otro grupo probándose accesorios y examinando los burros con ropa. Me miraban de vez en cuando, pero solo como si fuera una turista que no encajaba. Eché un vistazo a través del escaparate, pero tampoco vi nada fuera de lo normal.

—¿Sabías que mi madre era famosa aquí? —pregunté. Tal vez tenía un grupo de fans como Charles Manson.

Suspiró.

—Lo sabías, ¿no? —lo acusé—. ¿Por qué no me contasteis algo así?

—Porque habrías empezado a meterte donde no te llaman.

—¿Cómo que no me llaman? ¡Era mi madre!

—¿Por qué no lo dices un poco más alto para que toda la ciudad pueda oírte? —me reprendió.

—¿Y qué si lo hacen?

—Quiero que te quedes en un lugar público hasta que vaya a por ti.

El tono de su voz hizo que se me secara la garganta.

—Ivan, me estás asustando.

—Bien. Ahora, dale el móvil a una de las dependientas para que pueda averiguar dónde estás.

Di un paso en la dirección del mostrador, pero algo me detuvo.

—No estoy lista para volver a casa.

—Lo importante no es lo que quie...

—No, lo que yo quiero nunca importa, ¿verdad? —Levanté la voz —. Sé que mi padre tiene otra familia. Ya no tienes que asustarme para que vuelva a casa y no descubra el secreto. Por una vez, voy a pensar en mí.

Silencio.

—Mila...

—Adiós, Ivan.

—Mila...

Terminé la llamada.

Resoplando, empujé una de las perchas del burro. Al recibir otra llamada suya, apagué el móvil y lo dejé caer en mi bolsillo, pero sus siniestras palabras seguían repitiéndose en bucle en el fondo de mi mente.

Capítulo 7

la vie en rose
La vida a través de unas gafas de cristales rosas.

Mila

Llevaba un vestido amarillo vaporoso con el corpiño ocre hecho a ganchillo. Era sencillo excepto por el centímetro de abdomen que quedaba al descubierto y la raja hasta el muslo. Unos tacones brillantes y transparentes que me subían por las pantorrillas resaltaban mi mejor rasgo. Era la reina de las coletas, pero decidí dejarme el pelo liso suelto y, como de costumbre, me maquillé de forma natural.

Terminé de prepararme una hora antes de lo necesario y me pasé el resto del tiempo mordiéndome el labio inferior y caminando de un lado a otro. Los nervios se me arremolinaban en el estómago y me daban mareos. Tendría que haber ingerido algo, pero tenía el hábito poco saludable de olvidarme de comer hasta que no me ponían el plato delante.

No creía que Ronan considerara esto una cita, aunque no pude evitar que el susurro de la anticipación me oprimiera los pulmones. Una parte estúpida y romántica de mí tenía corazoncitos dibujados en los ojos. Daba igual que pronto fuera a aceptar una propuesta anticuada de un hombre que probablemente se estuviera tirando a una rica heredera petrolera de Texas en ese mismo momento.

Ronan llamó a la puerta a las ocho en punto.

Llenaba todo el marco. Ojos oscuros, hombros anchos y suaves líneas negras. El traje le quedaba mejor que a cualquier hombre que

hubiera visto en mi vida, aunque su presencia parecía abrumar las costuras, como si apenas pudieran contenerlo.

Nos miramos mutuamente un segundo más de lo que habría sido cómodo y, cuando mi respiración empezó a ralentizarse bajo el penetrante silencio, me obligué a pronunciar una palabra.

—*Privet.* —«Hola».

Arqueó una ceja.

—¿Sabes algo de ruso?

El rubor me trepó por el cuello.

—Un poco.

Salí y cerré la puerta detrás de mí. Como esperaba, él no se apartó, así que solo nos separaban cinco centímetros. Estábamos tan cerca que no podía respirar. Tan cerca que el amarillo y el negro casi se rozaban. Tan cerca que podría besarlo elevándome ligeramente de puntillas. Con los tacones de diez centímetros, los ojos me llegaban a la altura de su boca, lo que significaba que medía un metro noventa y cinco.

—Eres una chica bastante alta —comentó mirándome.

Respiré de manera forzada.

—Gracias.

Cuando se rio entre dientes, suspiré mentalmente. Si hubiera llevado una pancarta que proclamara «¡TE QUIERO!», como una fan en el concierto de una *boyband,* no habría sido tan evidente que me gustaba.

Mientras caminábamos por el pasillo le dije:

—No hacía falta que me pagaras la habitación.

—Quería hacerlo. —Lo dijo como si cuando quisiera hacer algo fuera a hacerlo y como si no debiera cuestionarlo. Era algo intimidante, así que no insistí en el tema.

—Bueno, pues gracias... por todo.

Giró la cara hacia mí con una mirada pensativa, pero que también estaba imbuida de algo tan profundo que se me aceleró el corazón. No dijo nada más hasta que salimos, y me estremecí cuando el frío atravesó mi cárdigan.

—¿Dónde está tu abrigo?

Tendría que haber comprado uno hoy, pero la llamada de Ivan y la inminente posible cita me habían distraído.

—Lo perdí... anoche.

Sus ojos parpadearon al recordarlo y se cernió la oscuridad en ellos. Se quitó la chaqueta de lana del traje y me la puso sobre los hombros. Pesaba y olía tan bien que se me calentó la sangre hasta llegar al espacio que aguardaba entre mis piernas. Ronan llevaba una camisa y un chaleco debajo de la chaqueta, pero aun así hacia tanto frío que me ardían los pulmones con cada respiración.

—¿Y tú? —pregunté.

La diversión se reflejó en su voz:

—Como dijiste, *kotyonok,* soy muy ruso.

Qué tonta de mí al pensar que este hombre podía tener frío alguna vez. Era una fuerza de la naturaleza oscura, calentado por la testosterona y los músculos. Seguro que siempre tenía calor.

Albert estaba apoyado contra un coche en la acera fumándose un cigarrillo. Ronan abrió la puerta trasera y me tendió la mano mientras decía algo en ruso dirigido a Albert. Cuando me quedé mirándosela, se giró hacia mí. Al posar su mano sobre la mía, mi leve respiración formaba nubes de vaho. Marfil y piel bronceada. Manicura francesa y tatuajes. Suavidad y dureza. La diferencia se hizo evidente a cámara lenta. Me miró con esos ojos oscuros ligeramente entornados mientras me ayudaba a entrar en el coche.

El silencio y su presencia llenaban el asiento trasero. El brazo de Ronan rozó el mío y ese suave contacto se apoderó de todo mi cuerpo. Una corriente eléctrica burbujeaba entre nosotros como aquella lata verde de refresco.

Mantuvo la mirada fija en la ventana, pero no pude dejar de empaparme de él. La camisa y el chaleco le sentaban como una segunda piel. La tela moldeaba sus gruesos brazos y su pecho. Cada parte de él parecía dura y formidable. Un extraño calor en mi interior ansiaba pasar la mano por el abdomen de este desconocido para comprobar si estaba tan duro como parecía. Nunca había sentido una atracción como esta y mi inexperiencia amenazaba con desbordarse como una olla de agua a presión.

Durante el trayecto no me miró ni una vez. Me pregunté si sentía algo de lo que yo sentía, o si solo me veía como una carga de diecinueve años.

Nos detuvimos delante de un edificio tranquilo con puertas doradas y luz tenue. No parecía que fuera nuestro destino, pero obvié las preguntas mientras Ronan me abría la puerta. Era un centro comercial con suelos de mármol y una araña de techo resplandeciente. Estaba vacío excepto por una mujer tras un mostrador de cristal.

—Creo que está cerrado —dije en voz baja.

Elevó una comisura del labio.

—Elige un abrigo, *kotyonok.*

Lo miré un momento con la respiración ralentizada por la sorpresa. «Vamos a comprarle unos rotuladores a esta fan».

Con los tacones repiqueteando sobre el mármol, me dirigí hacia un perchero y pasé la mano por un abrigo de visón tan suave que desafió mis principios. Cualquier cosa de aquí costaría una fortuna. No me sorprendería nada encontrar tres ceros en la etiqueta.

Dándole la espalda, le dije:

—Espero que no aparezcan muchas turistas en apuros en tu puerta, porque esta experiencia te está saliendo cara.

Su única respuesta fue una sonrisa que sentí en la espalda.

Me giré para decirle que no podía aceptarlo, pero cuando nuestras miradas se encontraron mi respiración se enredó, y el espacio que quedaba entre mis latidos me quemó como un alambre al rojo vivo. Ronan tenía las manos en los bolsillos y su reloj brillaba en la penumbra. Sus ojos parecían ardientes, profundos, oscuros e intimidantes, aunque sabía que, de cerca, eran de un azul deslumbrante.

Tragué saliva.

—No puedo dejar que me compres un abrigo. Es demasiado.

Parpadeó con desagrado.

—Nadie me dice qué puedo hacer y qué no.

Lo creí con cada célula de mi ser.

¿A qué se dedicaba exactamente?

Me mordí el labio y admití:

—No me gustan las pieles.

Arqueó una ceja y dijo:

—No me digas que también eres vegetariana.

—Eh... —Le dirigí una mueca lastimosa—. Vegana.

Me miró pesadamente como si fuera un espécimen extraño de mujer. Su mirada me puso los pelos de punta, así que me distraje detenidamente con los percheros. Para mi consternación, en ninguna etiqueta ponía el precio. O para mi alivio.

Pasé la mano por un abrigo de piel falsa blanca que tenía pinta de ser el más barato y dije:

—Este.

Entrecerró los ojos (al parecer me había descubierto), pero no expresó su desacuerdo.

De vuelta al coche, noté una ráfaga helada en las pestañas. Me detuve en la acera, miré hacia arriba y vi nevar por primera vez. Era como si alguien en lo alto hubiera desgarrado un vestido de novia y dejara caer los pedazos de tul sobre el suelo. Cogí un copo con la mano y observé cómo se derretía sobre mi piel en cuestión de segundos.

Al levantar la mirada vi que Ronan me estaba observando y el calor me subió a las mejillas al sentir su atención. Reprimí el impulso un poco infantil de atrapar un copo de nieve con la lengua y seguí andando hasta el coche.

Llegamos al Moskovskiy diez minutos después. Había parejas con ropa elegante entrando por la puerta principal, cogidas de la mano. Me escocieron las palmas y el cuello cuando algunos se detuvieron para mirarnos y sus ojos en mi piel me recordaron la advertencia de Ivan. Los escalofríos me recorrieron los brazos debajo del grueso abrigo. Ronan ni siquiera se puso de nuevo la chaqueta.

Supongo que era cosa de su sangre rusa.

Entramos, observé el techo alto pintado y las molduras doradas. Era todo precioso y me pregunté si mi madre habría pisado este sitio.

—¿No has estado nunca en la ópera? —preguntó Ronan.

Negué con la cabeza.

—Nunca.

Con la mirada puesta en el candelabro, lo seguí a través del teatro, por las escaleras de mármol y un pasillo en el que un empleado con chaleco rojo nos abrió en silencio la puerta de un palco privado que ofrecía una vista perfecta del escenario. Las puertas simplemente se abrían para este hombre mientras que el resto de los espectadores tenían que usar sus propias manos para acceder al interior.

—¿Eres político? —Mi curiosidad se abrió paso en el palco, pero al pensarlo mejor no estaba segura de qué tipo de político rondaría un sórdido restaurante de una parte dudosa de la ciudad con un Audemars Piguet en la muñeca.

—No. —Sonrió.

Fue la única respuesta que recibí antes de tomar asiento. Observamos cómo llegaban y se acomodaban abajo el resto de espectadores. En el silencio cómodo, pero eléctrico, me llamaron la atención sus dedos sobre el reposabrazos, ese cuervo negro tan cerca de mi inmaculada mano. Me daba la sensación de que entendía lo que le había dicho la noche anterior y me lo confirmó cuando pronunció dos únicas palabras:

—Nunca más.

Ronan me miró y me guiñó el ojo.

Tenía tatuajes en los dedos, acababa de citar a un famoso poeta y eso me hacía sentir un calor ridículo. Tanto calor que me aparté el manto de pelo del cuello, pero el rubor solo se extendió aún más cuando su mirada dibujó una línea de fuego sobre mi piel descubierta, se deslizó por mi clavícula y se posó en el colgante de estrella que tenía entre los pechos.

Un trabajador del teatro entró en el palco y la tensión del aire se desvaneció como si de humo se tratara. Pedimos las bebidas, lo cual parecía ser un servicio del que solo nosotros podíamos disfrutar.

—Kors. Frío —contestó Ronan por los dos.

—Yo solo quiero agua, por favor —añadí.

El empleado no se detuvo y se apresuró a cumplir las órdenes de Ronan. De nuevo solos, me miró secamente.

—Estás en Rusia, *kotyonok.*

Y eso fue todo.

Acepté una copa de líquido transparente sabiendo que no era agua. En casa solo tomaba champán de vez en cuando desde que tuve un incidente con una botella de vodka UV Blue y 7UP.

Solo fueron necesarios una noche en un yate que se balanceaba sobre el agua y un desafío para saber que el alcohol y Mila Mikhailova no eran ya una buena combinación. Me quité el sencillo bañador, aprobado previamente por mi padre antes de la fiesta, y me zambullí al agua desde la proa del barco mientras las olas del Atlántico se tragaban los vítores masculinos. Ivan acabó llevándome a casa sin dejar de gruñir en todo el trayecto por lo mucho que pesaba y, cuando estuvimos allí, la reprimenda severa y sosegada de mi padre hizo que se me pasara la borrachera de golpe.

Hice girar el líquido con el ceño fruncido. Todavía me perseguía la bronca de papá, aunque supongo que consideraría que subirme a un avión rumbo a Moscú era mucho peor que bañarse desnuda.

—Eres la primera mujer a la que veo fruncirle el ceño a un vaso de vodka de mil dólares.

Se me separaron los labios por la sorpresa y al mirar a Ronan vi un brillo perezoso en su mirada. Al parecer, había comprendido que me horrorizaría saber que me había comprado algo tan caro, y más aún bebérmelo. Era su venganza por haber elegido un abrigo barato.

Lo miré fijamente al advertirlo.

Me devolvió la mirada.

—¿Siempre te sales con la tuya? —pregunté con atrevimiento.

Respondió chocando la copa contra la mía.

—*Na zdorovie.* —«Chinchín».

No iba a ganar esta vez, pero tampoco quería torturarme bebiéndome lentamente una copa de alcohol puro. La vacié de un trago.

Con la mirada puesta en el escenario, Ronan rio suavemente mientras yo tosía y me ahogaba con la garganta al rojo vivo.

Con el alcohol instalándose como fuego en mi estómago, algo mágico electrizó el ambiente y barrió el cuchicheo de la multitud cuando se abrió el telón para comenzar el espectáculo.

La ópera se llamaba *La dama de picas.* Como estaba en ruso y la conexión entre mi cerebro y mi boca se había visto afectada por la

ingesta de un alcohol carísimo, hice muchas preguntas. A Ronan no parecía importarle, a menudo me traducía lo que sucedía después de tomar un sorbo de vodka. Lo saboreaba con la lengua y con el rostro tan impasible como si fuera agua.

—Me disgustaré si no mueren todos —comenté al ver el caos del escenario.

Elevó las comisuras de los labios.

—Creía que serías el tipo de chica que siempre anhela un final feliz.

Mi final feliz lo había dictaminado una adivina loca y, lamentablemente, hacía mucho que había dejado atrás los cuentos de hadas y las supersticiones. Con la mirada fija en la función, moví el colgante de la estrella de un lado a otro. La envolvente calma del vodka en mi estómago suavizó mis palabras.

—Creo en los presentes felices. Son... auténticos. Únicos. —Dejé caer el colgante y lo miré. La calidez y la ligereza impregnaban cada célula de mi ser—. Me gusta lo único.

Estaba sentada en una butaca de terciopelo rojo en el centro de Moscú sosteniéndole la mirada a este hombre, rodeada del vibrato de una soprano, bajo los efectos del vodka y la fascinación, y estaba viviendo el mejor «presente feliz» que jamás había experimentado.

Cuanto más nos mirábamos el uno al otro, más rápido se propagaba la embriaguez por mi torrente sanguíneo. Con los ojos entornados en los suyos, apoyé la cabeza en el respaldo de la butaca.

—Tengo sed.

—Estás borracha. —Era prácticamente una acusación.

—Tú me has obligado a beber —dije riendo en voz baja.

—No creía que fueras a bebértelo como un chupito.

Sonreí al ver la expresión de sus labios.

—No siempre puedes salirte con la tuya.

La expresión que me dirigió me indicó que estaba totalmente equivocada, y ese destello brusco y autoritario absorbió la poca humedad que me quedaba en la boca.

—Mucha sed —repetí con voz suave y lánguida.

Me miró durante un instante, pensativo y con más oscuridad que una noche nublada. A continuación, me tendió su copa, que estaba llena de nuevo. Pensé que, con un chasquido de sus dedos, aparecería Perrier con una bandeja de plata, pero no iba a quejarme por tener que compartir con él. Tomé un sorbo de vodka que no me quemó tanto como su mirada. Tras devolvérselo, centré la atención en el escenario para presenciar y escuchar la hipnótica voz de Liza.

O estaba más borracha de lo que pensaba o Liza no dejaba de mirarme entre réplicas. Era preciosa, tenía una larga melena negra y aspecto exótico. Tardé un poco en advertir que no me miraba a mí, sino a Ronan.

Capítulo 8

basorexia
El deseo abrumador de besar.

Mila

Durante el interludio, uno de los empleados del teatro deslizó un trozo de papel entre las manos de Ronan. Este lo leyó y se lo guardó en el bolsillo. Puedes llamarlo intuición, pero supe que Liza había escrito la nota.

Cuando el telón se bajó y las luces se encendieron de nuevo, nos dirigimos por el pasillo hacia la salida, pero algo provocó que me detuviera. Un retrato en la pared con un llamativo marco dorado. Mi madre llevaba un elegante recogido en el pelo y sus ojos brillaban con una luz animada. Ronan esperó detrás de mí y, si se percató del asombroso parecido, no dijo nada.

Tragué saliva y lo seguí fuera del teatro.

Mi madre había actuado aquí. Ahora que estaba segura, tal vez podría volver mañana e interrogar a algunos de los empleados. Alguien debía saber si tenía familia y dónde podía encontrarla.

Llegamos al exterior antes que la mayoría de la gente y pasamos por delante de las anticuadas taquillas de venta de entradas, donde mi atención se posó sobre una anciana sentada en el suelo envuelta con una fina y harapienta manta. Sus ojos rezumaban locura y, cuando se clavaron en los míos, su ronco y aterrorizado suspiro alcanzó mis oídos.

—D'yavol.

Se me erizó el vello de la nuca y mi respiración se entrecortó. Me detuve para mirarla por encima del hombro como si un demonio con cuernos rojos fuera a aparecer detrás de mí, pero Ronan me agarró del brazo.

—Estás cortando el paso, *kotyonok*.

—Lo siento —murmuré.

Era imposible que hubiera dicho eso, ¿verdad? ¿La contusión me estaba provocando alucinaciones?

Llegamos al coche, pero vacilé.

—Lo siento —dije—. Ahora vuelvo.

Me di la vuelta y luché contra la multitud para volver a las taquillas. Cuando la anciana me vio llegar, sus ojos se llenaron de miedo. Empezó a levantarse, pero intenté tranquilizarla.

—*Nyet*... *druz'ya*. —Pensé que había dicho «amigas», pero me miró como si le hubiera dicho que éramos tíos, lo cual, por desgracia, era posible. Me agaché con mis tacones y mi abrigo de pelo delante de ella, saqué unos rublos del bolso y se los ofrecí. Deseaba poder darle todo mi dinero, pero sabía que si sacaba efectivo de un cajero Ivan me encontraría y me obligaría a volver a casa. Todavía no estaba lista para irme.

La mujer miró los rublos con cautela un instante, pero entonces, como si pensara que pudiera desaparecer, me los arrancó bruscamente de la mano. Sus manos estaban rojas y heridas y, con una ráfaga de viento, un escalofrío se apoderó de ella. Me mordí el labio mientras reflexionaba.

A la mierda.

Me quité el abrigo y se lo puse sobre los hombros. Se tragó su pequeña complexión. No sabía qué pensaría Ronan cuando se enterara de que le había dado a una indigente loca el abrigo de lujo que acababa de regalarme, pero mi conciencia no me habría dejado dormir en una cama caliente hoy mientras ella pasaba tanto frío aquí fuera.

Sus manos sucias acariciaron el pelaje blanco mientras en su rostro se dibujaba una expresión de asombro.

—Ángel —suspiró—. *Ty* ángel.

Que pensara que era un ángel me hizo sentir mejor que el comentario de *D'yavol*. Tal vez su mente continuaba atrapada en un episodio de *Sobrenatural*.

Al volver al coche, evité la mirada de Ronan, estaba nerviosa por ver cuál sería su reacción y habría deseado seguir borracha. Albert se apoyó en la puerta del copiloto mientras me observaba con ojos cautelosos y se fumaba otro cigarro.

—Eso te matará, ¿lo sabes?

Se llevó el cigarro a los labios e inhaló profundamente.

Arqueé una ceja ante el desafío.

—Sigue fumando así y les romperás el corazón a muchas chicas cuando te vayas.

Gruñó.

Por fin dirigí los ojos hacia la expresión indescifrable de Ronan. El empleado del teatro que nos había servido las copas se acercó corriendo y le susurró algo a Ronan, quien bajó la mirada. Pude detectar un atisbo de enfado en ella.

—Ahora vuelvo, *kotyonok.* —Su mirada oscura recorrió mi cuerpo, acariciando y prendiendo fuego a cada curva recubierta por la fina tela amarilla—. Espera en el coche, no llevas abrigo.

Caminó hacia las puertas del teatro con el empleado de chaleco rojo pisándole los talones como un perro faldero. Ronan destacaba entre la multitud, no solo porque la gente se abría como el mar Rojo para dejarlo pasar, sino por sus movimientos suaves y seguros al andar, como si fuera el dueño de la acera que pisaba. La imagen de su oscura silueta entre copos de nieve envió algo denso y lánguido a través de todos los nervios bajo mi piel, como el constante pitido de un corazón con soporte vital.

Sentí que temblaba y me giré hacia Albert, que puso los ojos en blanco. Claramente, no me había esforzado mucho en disimular que estaba fijándome en su jefe. Ya tenía las mejillas rojas por el frío, pero la sangre me ardía, así que me apoyé en el coche a su lado. Le rocé el brazo con el mío y me miró como si acabara de retarlo a una competición de escupitajos.

Arqueé una ceja.

—Si sigues mirándome así, acabaré pensando que estás enamorado de mí.

—Te ha dicho que te metas en el coche.

—Es terriblemente mandón, ¿verdad?

Ni lo confirmó ni lo desmintió, simplemente miró hacia delante y soltó una bocanada de humo.

—Pregunta seria —dije con urgencia—, y piensa bien la respuesta porque este es el factor decisivo para ver si tú y yo podemos ser amigos. —Tras una larga pausa para asegurarme de que entendía la gravedad del asunto, inquirí—: ¿Equipo Duckie o equipo Blane?

Sus ojos entrecerrados se clavaron en mí.

—No hablo sea cual sea ese idioma.

Sonreí.

—¿Cultura pop? Las películas de los ochenta han vuelto, deberías saberlo.

Parecía que le estuviera dando dolor de cabeza y no pude contener una risita.

Tras un momento, pregunté:

—¿Tienes novia?

—*Nyet*.

—Teniendo en cuenta tu excepcional uso del lenguaje, no entiendo cómo es eso posible.

No respondió, permaneció quieto con su increíble altura. Debía de medir más de dos metros. Toda mi vida me había sentido obscenamente alta, así que resultaba agradable ser la más bajita del grupo por una vez.

—Tengo una amiga, Emma, a la que le encantan los hombres gigantes y gruñones —le dije—. Dice que tienen el interior más dulce y blandito, y le gusta trepar por ellos como si fueran árboles.

Ni un parpadeo.

Suspiré.

—¿Me oyes bien desde ahí arriba?

Algo parecido a la diversión iluminó sus ojos y un rescoldo de éxito me invadió, así que continué.

—Vamos como voluntarias al refugio para personas sin hogar todos los martes por la tarde. —Me froté los brazos y sentí el frío

helado colarse en mis huesos al ver que la mujer loca había desaparecido como un fantasma en la noche—. Sus pasatiempos incluyen coser, hacer álbumes de recortes y los gatos. —Me reí ante la mueca de rechazo en sus labios—. Piensa que podría tejerte un jersey de Navidad con campanas colgantes.

Como si esto le hubiera resultado tentador, su fría mirada se dirigió hacia mí.

—Solo tienes que pedírmelo y os presento —dije—. Las relaciones a distancia siempre construyen los mejores cimientos para el amor.

Me miró como si realmente se lo estuviera planteando, pero preguntó como si nada:

—¿Le gusta que la ahoguen y la azoten?

Estaba intentando dejarme sin palabras y había funcionado. No pude evitar sonrojarme, lo cual, por fin, evocó en él una pequeña sonrisa. Evidentemente, avergonzarme era lo único que podía provocar una reacción a este capullo gigante.

—Mmm... no estoy segura, pero puedo preguntar.

—Hazlo. —Tiró la colilla al suelo.

—¡Oye! —me quejé—. Solo tenemos un planeta, Albert.

Se me quedó mirando como si estuviera chiflada cuando me agaché a apagarla y recogerla. Y luego, como si fuera real y objetivamente tonta cuando se la metí en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Quieres vivir en Marte? —pregunté—. Porque yo no.

—¿Estás segura de que no eres de Marte?

—Ja, ja, ja. He leído chistes mejores en el libro de chistes que nuestro cocinero Borya tiene junto al retrete.

Eso me valió una auténtica carcajada, que se serenó tan rápido como había llegado. Porque Ronan apareció detrás de mí y nos miró como si ambos fuéramos unos marcianos que lo habían hecho enfadar.

Abrió la puerta del coche y me deslicé sobre al asiento trasero. Cuando se sentó a mi lado, el silencio me oprimió el pecho. Ronan ni siquiera me estaba mirando, miraba por la ventanilla, pero su presencia me raspaba la piel. No hizo falta que dijera nada para darme cuenta de que no le gustaba que hubiera regalado el abrigo.

Tenía la sensación de que no tenía nada que ver con el dinero, sino con algo completamente distinto.

—Lo siento. —Tragué saliva—. Por lo del abrigo.

Su mirada se encontró con la mía, examinadora y atenta, y su peso aturdió mi cuerpo con una energía nerviosa.

—Te gustan mucho las disculpas.

Abrí la boca para balbucear algo, pero, consumida por la desaprobación silenciosa de este hombre que era digna rival de la de mi padre, lo único que salió fue «lo siento».

—No lo sientas —dijo—. Debería darte igual lo que piensen los demás. Confía en mí, no les importas una mierda.

Por alguna razón, sentí que sus palabras eran una advertencia.

Era un enigma insultante y vestido de Valentino... No sabía por qué encontraba atractivo lo opuesto a mí. Tal vez por la novedad y honestidad que venía con ello.

—Es una visión muy pesimista.

Reprimió una sonrisa como si lo que había dicho fuera dulce.

—Es una visión realista.

Sentí que debía demostrarle que se equivocaba, convencerlo de que no todo el mundo iba a por él. Tal vez no creyera en los finales felices, pero había visto la bondad en sus formas más puras. Había visto a un hombre quitarse la camisa para dársela a otro que la necesitaba más. Había visto a mujeres caminar kilómetros para asegurarse de que sus hijos pudieran comer. Había bondad en este mundo, y ese era un carro del que no me bajaría.

—El niño de la foto en tu despacho, seguro que a él sí que le importas.

Había algo entre ellos, dos niños sucios y sin hogar en la calle, que gritaba lealtad.

—¿Y tú a quién le importas?

No lo dudé.

—A mi padre. —Sabía que era cierto. Por muchos secretos que me hubiera ocultado y el miedo al abandono, sabía que me quería.

Ronan encontró algo desagradable en mi respuesta.

—Tienes un corazón muy blando.

No dije nada porque, por muy molesto que pudiera llegar a ser, era cierto.

—No seas así —dijo como si simplemente pudiera cambiarlo—. Los blandos son los más fáciles de romper.

Me pregunté quién le habría dado a este hombre una visión tan desencantada de la vida, quién lo había arrojado al frío de la calle. Por mucho que hubiera sufrido, seguía siendo amable y generoso y no podía evitar encontrarlo increíblemente atractivo.

—Los blandos son los más leales —precisé.

—E ingenuos.

—Si quieres decir confiados, sí.

—Quiero decir ingenuos —puntualizó de forma inexpresiva.

—No es un delito buscar lo mejor de las personas.

Albert resopló desde el asiento del conductor, al parecer estaba poniendo la oreja.

Arqueé una ceja.

—Si el mundo es tan malo, ¿por qué me ayudaste a mí, una desconocida?

Mis palabras estrangularon el aire mientras nos sosteníamos la mirada. Tenía que apartarla, debía rendirme al impulso físico de desviarla antes de que un clic o un pum sonara en mi cabeza, pero no lo hice. No quería hacerlo. De alguna forma, esto se había convertido en un reto. Y no le gustaba.

O tal vez no estaba acostumbrado.

Entrecerró los ojos.

—No juegues a juegos que no puedas ganar.

—Soy buena perdedora —dije, reacia a desistir por el momento.

—Eres la viva imagen del altruismo, ¿verdad?

—Claro que no. —Muchas cosas indicaban lo contrario, pero el argumento que se me escapó sonó superficial incluso para mis propios oídos—. A veces tomo lácteos cuando no hay otra opción.

Como si no pudiera evitarlo, se rio suavemente.

—Eso es preocupante, *kotyonok*. Creo que no voy a poder volver a mirarte igual.

Solo me quedé con que quizá quería volver a verme.

Ignoré el molesto rubor de mis mejillas, pero debió de percatarse porque su expresión se tornó seria.

—Eres demasiado buena para tu propio bien.

—Puedes coger un poco. Hay de sobra. —La oferta se me escapó sin pararme a pensar cómo podía interpretarse.

Todo el ambiente juguetón se desvaneció bajo la intensidad de sus ojos. Su mirada me quemó con el ardiente lamido de una llama. El corazón se me encogió ante la tensión y mi resistencia flaqueó. Pero, entonces, se acarició la cicatriz del labio con el pulgar y apartó la mirada.

Solté la bocanada que estaba aguantando y una sonrisa tiró de mis labios.

Ni siquiera miró en mi dirección, pero debió de sentir el triunfo porque dijo con ironía:

—No eres tan buena ganadora.

El estómago se me volvió a llenar de diversión, pero, de repente, con los movimientos del coche, empecé a sentirme mareada.

Él se dio cuenta, por supuesto.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste?

Me mordí el labio.

—Esta mañana.

Sus ojos reflejaron desaprobación, probablemente porque era la comida que ni siquiera había llegado a terminarme en su despacho.

—¿Sueles matarte de hambre?

Fruncí el ceño.

—No. Es solo que a veces se me olvida.

—¿Qué te apetece?

Nada, en realidad. Pero algo me vino a la mente.

—Patatas fritas.

Sonrió.

—Qué chica más norteamericana.

Cinco minutos después, tenía un recipiente caliente de patatas fritas en la mano. Mordisqueé los pedacitos de cielo salados con deleite. Él me observó comer con más atención de la que había puesto en la ópera, e hizo que el corazón se me incendiara en el pecho.

Le ofrecí una, lo cual le molestó.

—Deja de regalar las cosas que te compro.

Para disimular una pequeña sonrisa, mordí la patata por la mitad.

Sus ojos se desviaron a mi boca y el calor me invadió el cuerpo mientras me relamía la sal de los labios. Los iris de Ronan eran de un negro inhóspito cuando apartó la mirada.

Pasamos el resto del corto camino en silencio. Su mano descansaba sobre su muslo y nunca había analizado tanto las manos de un hombre. Estaba segura de que tocarían a una mujer con seguridad, con confianza... tal vez incluso de manera algo brusca. Con solo pensarlo, la piel que asomaba por la raja de mi vestido vibró con hipersensibilidad. Sentí escalofríos en la zona de mi pierna que rozó la suya y la mirada entornada de Ronan observó el contacto mientras un dedo tatuado daba golpecitos sobre su muslo.

La lata de refresco burbujeó.

El cuerpo se me calentó al imaginarlo deslizando la mano por la piel desnuda y bajo mi vestido. Solo la idea tuvo el efecto de una droga y una energía inquietante se expandió por mi sangre.

Aunque sabía que no me tocaría. No, no siendo tan ingenua e inocente. Sabía que, si quería que me viera de forma diferente, me tomara en serio, tenía que tomar cartas en el asunto. Debía ser atrevida, como Liza.

Saber que una nota suya descansaba en su bolsillo haciéndole probablemente una propuesta sexi y que era posible que me hubiera dejado en el coche para ir a hablar con ella me hizo sentir extrañamente... celosa. Un incómodo nudo me retorció las entrañas y ese atisbo de luz verde provocó una avalancha de valentía.

Bueno, una ligera avalancha de valentía.

Mientras me acompañaba a mi habitación, los nervios bailaban y hacían estragos en mi estómago. Tenía las manos pegajosas, así que me las sequé en el vestido.

—No me has dicho a qué te dedicas —dije de forma ausente para distraerme, ya que esa débil valentía se estaba desvaneciendo con cada paso hacia la puerta.

Estaba diciendo algo desde un paso por detrás, pero no podía oír ni una palabra. El corazón me palpitó en la garganta, la sangre se

precipitó a la superficie de mi piel y entonces lo hice.

Me di la vuelta y lo besé a mitad de frase.

Fue ligeramente descentrado. Inexperto. Nuestros dientes entrechocaron.

Me aparté para ver brillar sus ojos con una diversión mordaz mientras se secaba la comisura de la boca con un pulgar. Pero tenía demasiado calor. El breve contacto de nuestros labios me había embriagado demasiado como para sentirme avergonzada por el absoluto fracaso que había resultado.

—*Kotyonok.* —Arrastró la palabra como una advertencia sorda—. ¿Sabes lo que estás haciendo?

No.

En absoluto.

Negué con la cabeza.

Él me observó.

—¿Sueles besar a tus citas así?

Entonces, ¿sí que era una cita?

Negué con la cabeza y dije sin aliento:

—Eres el primero.

La diversión en sus ojos se convirtió en placer. Calor. Algo empapado en intensidad y satisfacción. Dio un paso adelante, me obligó a pegar la espalda contra la puerta y apoyó las manos sobre el marco por encima de mi cabeza. Mi pulso era un zumbido distante en mis oídos, abrumado por el temblor que recorría mi piel y la cercanía de su cuerpo. No lograba encontrar suficiente aire para respirar.

Su voz resonó cálida, un murmullo cortés tan cercano a mi boca que pude incluso saborearlo.

—Siempre me ha gustado ser el primero.

Entonces sus labios tocaron los míos, con suavidad, un simple suspiro. Como si fuera demasiado joven, demasiado inocente para soportar nada más.

Una ola de calor inundó mi vientre ante el insignificante roce de su boca sobre la mía. Necesitaba más.

Mucho más.

Le acaricié la cara, recorrí su mejilla con la mano hasta llegar a su pelo y tiré de él para pegar con más fuerza sus labios a los míos. No le gustó y me lo hizo saber mordiéndome el labio inferior. El roce de sus dientes me arrancó un aullido desesperado de la garganta. Pensé que iba a apartarse, y que el conflicto y mi respiración acelerada llenarían el aire entre nosotros, pero recorrió el contorno de mis labios suavemente, primero el labio superior y luego el inferior.

Cada centímetro de mí vibró bajo la superficie, revoltosa e inflamada en cada parte de mi cuerpo que tocaba el suyo. Puse los ojos en blanco, me arqueé para acortar la distancia y sentí un calor ardiente debajo de ese caro traje negro, entonces lamí el interior de su boca. Como por acto reflejo, me succionó la lengua. Calor, diminutas punzadas de calor me empezaron a consumir desde dentro.

Se apartó para decir con voz grave:

—*Ty dazhe na vkus sladkaya.*

No tenía ni idea de lo que significaba, pero no me importaba lo suficiente como para preguntar. Solo quería volver a sentir la presión de su boca contra la mía. Me dejé llevar y deslicé la lengua por la cicatriz de su labio inferior.

El lametón saturó el aire como si fuera algún pecado sucio y carnal.

Con una mirada oscura, acortó la poca distancia que nos separaba y supe que estaba perdida. Todas sus reservas se demolieron con los movimientos de nuestros labios, con sus subidas y bajadas. Cada beso era más intenso y húmedo que el anterior. Una llama me abrasó cuando arrastré las uñas redondas a lo largo de su espalda. Desde la garganta emitió un gruñido grave y el lento movimiento de su boca se endureció.

Ronan se acercó más y pegó su erección a la parte baja de mi vientre. Cuando dirigió la boca hacia mi garganta, mi cabeza chocó con la puerta y gemí. Sus manos seguían clavadas al marco de la puerta por encima de mí. Trazó un caliente y húmedo camino de besos a lo largo de mi cuello que hizo saltar chispas en mi vientre. Mi vista empezó a emborronarse y un fuerte latido palpitaba entre

mis piernas. Era una bola de fuego combustible que ardía más con cada segundo que pasaba.

Pasó los labios por mi clavícula y mordió la suave piel por encima del corpiño. Se me erizaron los pezones con la cercanía y el calor de su boca. Estaba perdiendo la cabeza en ese pasillo; de repente, sentí que haría cualquier cosa por que me arrancara el vestido, me dejara los pechos al descubierto y me los comiera.

Mis manos no podían apartarse de él, de su cara, su pelo, ahora se deslizaban por debajo de su chaleco para sentir su abdomen, que estaba tan duro como parecía.

—Tócame —supliqué.

Sus manos no se movieron de encima de mi cabeza, pero, como si supiera lo que necesitaba, colocó una pierna entre las mías. Justo contra mi clítoris. Jadeé, me balanceé sobre ella y una ola de placer descendió por mi columna vertebral, y sentí la incipiente presión de la liberación.

No era más que una necesidad ardiente, húmeda y desesperada.

Se apartó y entrecerró los ojos llenos de calor mientras observaba mis movimientos contra él. Se quedó mirando mi muslo desnudo que asomaba por la raja del vestido. La tensión iluminó la curvatura de sus hombros y los músculos de los brazos, la idea de que tal vez estuviera intentando parar solo aumentó mi deseo de continuar.

Me agarré a su pelo para volver a pegar su boca a la mía. Él se negó. Tiré con más fuerza. Hizo un sonido áspero con el pecho y sus ojos buscaron los míos, encendidos y desafiantes. Volvió a rozarme los labios, pero cuando me incliné para intensificar el beso, se alejó hasta quedar fuera de mi alcance. Para provocarme o para asegurarse de que sabía quién mandaba. Cuando esperé impaciente, me dio lo que deseaba, mordiéndome el labio inferior con fuerza antes de lamerlo.

Gemí dentro de su boca y me balanceé sobre su pierna buscando más fricción. La presión entre mis muslos crecía y crecía y seguí besándolo sin delicadeza, gruñendo desesperadamente dentro de su boca.

—Joder —rugió contra mis labios—. ¿Vas a correrte sobre mí, *kotyonok*? —Su voz con acento ruso me abrasó como la arena.

No podría decir nada aunque quisiera.

Presionó la pierna con más fuerza contra mí.

Escondí la cara en su cuello y lo mordí cuando el orgasmo arrasó conmigo como un sofocante infierno que me dejó sin aire en los pulmones. Después, me estremecí pegada a él.

Por fin me tocó, me agarró del pelo y tiró de mi cabeza hacia atrás para mirarme.

Con los párpados medio cerrados, mi cabeza se recostó sobre la puerta para descansar. Tal vez debía sentirme avergonzada por la facilidad y ridícula rapidez con la que me había llevado al orgasmo. Sin embargo, lo único que sentía era su calor corporal, lo increíblemente duro que estaba contra mí y el cosquilleo abrumador en las venas.

Se me quedó mirando durante un rato que me pareció largo. Entonces vi algo violento borrar la lujuria en sus ojos. Dio un paso atrás con los hombros tensos y me dejó fría mientras luchaba por recuperar el aliento.

—Métete dentro y cierra con llave, Mila. —Ni era amable ni era una proposición.

Me quedé mirándolo un instante y asentí sin decir una palabra.

Una vez la puerta se cerró detrás de mí, me deslicé por ella hasta el suelo, temblorosa, mientras el ardor de sus labios seguía consumiéndome la piel.

Capítulo 9

moonstruck
Romántico empedernido o soñador.

Mila

Me despertó un golpe. Gemí y me tapé la cara con la almohada cuando vi que solo eran las siete de la mañana. Me había quedado viendo comedias rusas hasta altas horas de la madrugada y aún me ardía la boca por haber tenido los labios de Ronan sobre los míos. Me fue imposible conciliar el sueño.

Todavía me costaba creer lo rápido que el beso se había ido intensificando, y que hubiera tenido un orgasmo en un pasillo público por la mera presión de su muslo. Me habría gustado pensar que era debido al torbellino de hormonas adolescentes y la lujuria que siempre había reprimido, pero sabía que era porque teníamos química. El tipo de química que chisporroteaba como el sol sobre el caliente hormigón solo por estar en la misma habitación. Y ahora sabía que él también lo sentía. Supuse que su reacción desconcertante de después se debió a que había recordado que solo tenía diecinueve años.

Como si eso fuera a servir de ayuda, planeé decirle que en realidad tenía veinte.

Como los golpes siguieron, suspiré, aparté el edredón y atravesé la habitación para abrir la puerta, esperando que Ivan estuviera al otro lado. Pero solo era un adolescente con una gran caja blanca y, sobre ella, había una bolsa de papel.

—¿Mila Mikhailova?

—Eh... ¿sí?

Me puso los paquetes en las manos y desapareció por el pasillo.

Lo observé alejarse, cerré la puerta con el pie y dejé la caja encima de la mesa. Miré primero la bolsa de papel y sonreí. El desayuno. Al abrir la caja, encontré una tarjeta.

Espero que este no lo regales.

Ronan

De ella, saqué un abrigo largo de piel sintética. Este era más suave y elegante que el anterior. Debía de ser escandalosamente caro, pero mi corazón duplicó su tamaño. Deslicé los brazos dentro del abrigo y, entre suspiros, me dejé caer en la cama, donde devoré un delicioso pastelito vegano mientras acariciaba el pelaje blanco con los dedos.

Me gustaba Ronan.

Me gustaba mucho.

El mero hecho de pensar en él hizo que me latiera el corazón a un ritmo excitante. Vine a Moscú en busca de respuestas, pero ahora quería ver hasta dónde podía llegar este sentimiento.

El pastelito me revolvió el estómago al pensar en lo que me esperaba en casa: una bronca espantosa, Carter y una vida mundana. Desearía poder evitarlo para siempre, pero ya me reconcomía la culpa por no mantener a Ivan informado. No creía que pudiera aguantar más de una semana sin decirle dónde estaba y despedirme de este atisbo de libertad, así que planeé aprovechar al máximo mis siete días en Moscú.

Salí de la cama, me duché, me puse un coqueto vestido de color limón y un par de botas altas que apenas me cabían en mi bolsa, pero que eran necesarias para subirme la moral.

Cuando pasé por el vestíbulo, saludé a la chica de detrás del mostrador con una sonrisa y un «*Zdravstvuy*».

Abrió los ojos como platos y bajó la mirada hacia el ordenador que tenía delante. Se me borró la sonrisa. Parecía que a todo el mundo le bastaba con echarme un primer vistazo para saber que no les

agradaba. Tal vez notaran que era estadounidense. ¿Tan mal estaban nuestras relaciones con Rusia últimamente?

El conserje de posado serio que había a su lado me observó en silencio. Parecía tan agradable como la señorita Trunchbull en *Matilda,* pero, al menos, reconoció mi presencia.

Salí al cielo frío y nublado.

Fue un paseo largo y el trozo de pierna que quedaba al descubierto se me entumeció a las tres manzanas, pero tenía que administrar el dinero con moderación y no quería gastarlo en transporte. Ivan se estaba comportando de un modo extraño y no sabía hasta dónde sería capaz para obligarme a volver a Miami antes de que terminara mi semana de libertad.

Moscú era una ciudad preciosa con una arquitectura rica y mucha historia. Lo contemplé todo con curiosidad y con los ojos muy abiertos. Nací aquí y al pasear por estas calles me sentía más cerca de mis raíces. Incluso el aire parecía más ligero y los pulmones se me llenaban con el sabor de la emancipación.

Tuve que pararme dos veces para preguntar direcciones, pero finalmente llegué a la ópera. El viento me azotó la coleta y me estremecí debajo del abrigo. El lugar parecía desierto, pero de todos modos intenté abrir la puerta principal.

Estaba cerrada.

La empujé con más fuerza, pero no se movió. Pegué las manos a la puerta y miré a través del cristal. El vestíbulo estaba vacío, no se veía ni siquiera un conserje barriendo el suelo. Quizá tendría suerte más tarde.

Decepcionada por no haber logrado nada, emprendí el viaje de vuelta.

A pocas manzanas, noté una sensación familiar en la nuca. Me atravesó un escalofrío incómodo, me detuve y me di la vuelta. Los peatones me esquivaban en la acera. Nadie parecía prestarme atención, así que intenté deshacerme de esa sensación de malestar.

No llegué muy lejos antes de volver a sentirla. Eché otra mirada detrás de mí y, a través de la multitud, vi una mano tatuada llevando un cigarrillo a unos labios masculinos. La imagen me recordó al

hombre que había sentado en el coche delante de mi hotel el día anterior.

Se me heló la sangre. ¿De verdad podría haber alguien vigilándome como había dicho Ivan?

«¿Por qué?».

Desfilaron cosas horribles por mi mente como el tráfico sexual, así que me metí las manos en los bolsillos y aceleré el paso. Volví a mirar hacia atrás y vi al hombre del abrigo negro fumando y siguiéndome a una distancia prudencial. Se me tensaba el pecho con cada inhalación. Conseguí llegar a la puerta del hotel y, al girarme, vi que se había ido.

En ese momento, choqué con algo duro y grité.

—Vaya.

Conocía esa voz. Me llevé una mano al corazón mientras Ronan me estabilizaba.

—¿Estás bien?

—Creía que... —Me había quedado sin aire.

Quizá ese hombre trabajaba cerca y había sido solo una coincidencia. Si hubiera querido hacerme daño, lo habría hecho cuando era un blanco fácil como en el momento en que estaba mirando un edificio vacío en una calle desierta, ¿verdad?

Me estaba volviendo paranoica. Y la culpa de eso la tenía Ivan.

—Lo siento —dije dando un paso a un lado. Mi inquietud se desvaneció con el calor de su presencia.

—¿Qué te dije sobre pedir disculpas?

Fruncí el ceño.

—He chocado contigo. Me enseñaron buenos modales.

—Por segunda vez —dijo con aire reflexivo.

—¿Qué? —Parpadeé.

—Es la segunda vez que chocas conmigo.

¿Cómo podría olvidarlo? Me dejó sin aliento. Una chispa familiar se encendió en mi interior. La voz de madame Richie retumbó en mi cabeza y un escalofrío me recorrió la piel. Confundida y ligeramente desorientada, abrí la boca para disculparme de nuevo, pero volví a cerrarla cuando vi que entornaba los ojos.

—Esta ciudad va a comerte viva.

Me lo tomé de manera literal y mi imaginación me arrojó a una escena espantosa de una horda de zombis desgarrándome la carne.

—No eres supersticioso, ¿verdad? —pregunté de repente.

Una sonrisita tiró de sus labios.

—Claro que soy supersticioso. Soy ruso.

Puse los ojos en blanco con aire juguetón.

—Genial. No me digas que tú también crees en toda esa tontería del *D'yavol.* No estoy dispuesta a empezar a creer en pieles rojas y colas bifurcadas.

Me miró fijamente y se pasó el pulgar por el labio inferior.

—Es real, *kotyonok.*

Arqueé una ceja.

—Causa estragos y roba vírgenes por las noches.

Lo dijo con tanta sinceridad que se me escapó una risita. Algo cálido y pesado se fue instalando entre nosotros con cada respiración helada.

Me observó con expresión cautelosa.

—Veo que has recibido el abrigo.

—Pues sí. Gracias. No lo merezco después de haber regalado el otro, pero te lo agradezco de todos modos.

—Sin abrigo, aquí te congelarías en cinco minutos. —Su cálida mirada se posó en mis muslos y sus siguientes palabras fueron de reproche—. Y deberías considerar ponerte pantalones también.

Miré hacia abajo y vi que, como el largo abrigo me cubría el vestido por completo, parecía que no llevara nada debajo. Tal vez mi armario no fuera muy práctico, pero era mío.

—Puede que me criara en Miami, pero nací en Moscú —le dije—. Yo también tengo algo de sangre rusa.

En cuanto esas palabras salieron de mis labios, la calidez desapareció entre nosotros como una bocanada de humo, reemplazada por algo más helado que el frío. La presión de mis pulmones aumentó a cada segundo hasta que señalé las puertas del hotel.

—¿Te gustaría... subir?

—No.

Vale. Acababa de ser rechazada...

—Entonces ¿estabas merodeando por delante de mi hotel? ¿Esperando a que una mujer desprevenida chocara contigo?

Oí un resoplido y, cuando me giré, vi a Albert fumando al otro lado de la acera.

Ronan se acercó al coche.

—Ven. Vamos a almorzar.

No era una propuesta, pero mi encaprichado corazón tiró de mí en su dirección sin una sola queja.

Se giró para mirarme.

—Pero no esperes comer patatas fritas.

—En ese caso... —Me detuve con las manos en los bolsillos del abrigo como si hubiera cambiado de opinión de repente.

Soltó una suave carcajada que me calentó el estómago como un sorbo de chocolate caliente y le dirigí a Albert una sonrisa ganadora.

—Buenos días, Igor.

Puso los ojos en blanco y se dispuso a tirar el cigarrillo al suelo, pero se quedó quieto cuando pronuncié:

—Marte.

Tras una mirada desafiante, caminó a regañadientes dos metros hasta la papelera del hotel y lo tiró dentro. Ronan arqueó una ceja interrogante ante la extraña situación.

—Es una coña nuestra —expliqué como si Albert y yo compartiéramos algo especial.

Albert no parecía estar de acuerdo y lo oí reírse mientras rodeaba el coche.

—Ya hemos hablado de esto —dije con interés—. Aquí todos nos preocupamos por ti. No tienes que ser tan tímido.

El hombre corpulento se frotó la cara para ocultar el más mínimo atisbo de sarcástica diversión antes de sentarse en el asiento del conductor. Ronan observó nuestro intercambio con una mirada inexpresiva. No le hacía gracia, eso estaba claro.

Me abrió la puerta trasera sin decir nada y tragué saliva cuando se sentó a mi lado. Olía tan bien que embriagó todos mis sentidos y trajo de vuelta el recuerdo de la noche anterior. Me pasé las manos húmedas por los muslos desnudos.

—Por cierto, tengo veinte años, no diecinueve.

Pareció divertirse ante esa confesión, como si fuera una niña que anunciara que ya tenía ocho años mostrando orgullosa la palma entera de una mano y tres dedos de la otra.

—¿De verdad?

Tragué saliva.

—Los cumplí hace unos días.

—Yo tengo treinta y dos, *kotyonok.*

Oh.

Había asumido que todavía estaría en la veintena y advertí que esto probablemente no había tranquilizado en absoluto su conciencia. De todos modos, ¿qué eran doce años? Al parecer, mucho teniendo en cuenta mi inexperiencia y sus lascivas y expertas palabras al preguntarme si iba a correrme encima de él.

Aunque mi modo de comportarme la noche anterior no tenía nada de inocente.

Se hizo el silencio. A los latidos de mi corazón les costaba encontrar su ritmo en la densa tensión, así que me distraje contemplando las vistas. Las nubes se abrieron y un rayo de sol me iluminó el rostro mientras movía el colgante de estrella de un lado a otro con aire distraído. Miré a Ronan y lo pillé observándome. Intensamente. Extrañamente. Como si yo fuera una afilada estalactita helada suspendida sobre su cabeza, pero lo distrajera su brillo.

Me pregunté qué haría si lo tocara ahora mismo. Si le pasara la mano por el muslo y siguiera subiendo. ¿Me pondría por fin las manos encima? El calor se elevó hasta la superficie de mi piel y me ralentizó la respiración. Debió de ver el fuego en mis ojos porque los suyos se oscurecieron, aunque no sabía si de lujuria o de ira.

—No deben de enseñar instinto de supervivencia en Miami.

Me tensé.

—¿Me estás advirtiendo que me aleje de ti?

Me mostró un destello de sus dientes, y luego apartó la mirada y se sacudió la pelusa de los pantalones.

—Sí. Si fuera tú, saldría corriendo ahora mismo.

Lo miré fijamente.

Sus ojos buscaron los míos y una sonrisa se dibujó lentamente en sus labios. Estaba bromeando, pero había algo en su mirada que no cedió.

Tragué saliva y volví a mirar por la ventana.

Entrar por la misma puerta principal del restaurante en el que había dormido unas noches antes era ahora una experiencia totalmente distinta. Podía estar desgastado por el tiempo y algo polvoriento, pero los deliciosos olores de bienvenida me hicieron la boca agua. A diferencia de la primera vez, ahora estaba hasta los topes.

Crucé la mirada con un hombre que reconocí de aquella noche. El fumador. Estaba apoyado en la barra con una copa llena de un líquido transparente. Tenía un brillo tan sagaz en la mirada que me heló la sangre. Debería informarme sobre las relaciones entre Estados Unidos y Rusia en cuanto tuviera oportunidad.

Ronan me quitó el abrigo y el roce de sus dedos en la tela del vestido hizo que los latidos descendieran hasta la entrepierna.

—*Zholtoye* —dijo pensativamente con la mirada fija en el vestido como si se hubiera estado preguntando qué llevaba debajo del abrigo. «Amarillo».

Se me ralentizó la respiración.

—*Tebe*... *nravitsya zheltoye?* —«¿Te gusta el amarillo?».

Levantó la mirada y sostuvo, presionó y quemó la mía mientras me arrebataba el aire de los pulmones. No llegó a responderme, pero algo me dijo que sí que le gustaba el amarillo, así como el ruso inexperto que salía de mis labios.

Nos sentamos en un reservado con poca luz y tuvimos una conversación fluida y cómoda de las que no se mantienen con un desconocido. Ronan quiso saber si iba a la universidad. En un esfuerzo por no mostrarle lo trivial que era mi vida, cambié de tema y le pregunté por él. Descubrí que se apellidaba Markov y que tenía un hermano que vivía en Nueva York con una mujer embarazada y una niña pequeña. Ronan se ponía tan sensible cuando hablaba de ellos que caí un poco más rendida a sus pies. Pronto podría moldearme como si fuera masilla.

Era un hombre blando con aspecto de duro que sacaba un cubito de hielo de un vaso de vodka de diez mil dólares y lo mordía. Esa imagen me recordó su boca sobre la mía, la manera tan obscena que tenía de besar y la ausencia de sus manos en mi piel.

Mi móvil sonaba sin parar en el bolsillo de mi vestido. Cuando vi el número de papá en la pantalla se me resbaló el teléfono y aterrizó sobre la mesa con un golpe que atrajo la atención de toda la sala.

Lo vi vibrar y vibrar haciendo temblar los cubiertos que tenía al lado, así como mi corazón. Sabía que, si respondía a la llamada, mi padre me convencería de que tomara un avión directo a casa. Hacía cualquier cosa por complacerlo, había incluso llegado a aceptar la propuesta de un hombre al que ni siquiera quería pensando que, al final, esas palabras murmuradas en el pasillo se desvanecerían, que estaría orgulloso de mí y que todo saldría bien.

Ronan arqueó una ceja.

—¿Algún problema?

Negué con la cabeza sin ganas de compartir con él lo que le ocultaba sobre mi padre y el niñero que tenía contratado. Ya tenía suficientes reservas con el tema de mi edad.

Con una mano temblorosa, apagué el móvil y me lo volví a guardar en el bolsillo. Solo quería una semana. Una semana no le haría daño a nadie.

Cuando acabamos de comer, el fumador, con una evidente aversión hacia los estadounidenses, se acercó a la mesa. No me miró, pero sentí su hostilidad en la piel. Llevaba el pelo rubio sucio y la chaqueta abierta como si acabara de echar un polvo en el baño. Puede que fuera así. Era guapo en el sentido clásico, aunque le vendría bien trabajar su xenofobia.

Le dijo unas cuantas palabras en ruso a Ronan en una voz demasiado baja para que las pudiera oír.

Ronan se levantó.

—Dame un momento, *kotyonok.*

Asentí y lo vi retirarse al pasillo trasero. Era un hombre popular.

El rubio sucio permaneció cerca de la mesa con las manos en los bolsillos y me miró como si fuera un bicho al que quisiera aplastar.

Mi máxima era «matar con amabilidad». Bueno... no siempre, pero era un precepto en el que estaba trabajando.

—*Zdravstvuy* —dije con una sonrisa—. Soy Mila.

Un escalofrío me recorrió cuando me repasó de arriba abajo y me respondió con una mirada burlona:

—Kostya. —Entornó los ojos, concentrado—. Puede que te compre cosas elegantes, pero no eres más que otra puta inútil para él. Recuérdalo.

Se me borró la sonrisa.

Nunca me habían hablado así. En casa, los insultos eran pullas sutiles a la espalda, no calumnias a la cara. Este extraño ni siquiera me conocía ni sabía que seguía siendo virgen, pero la palabra «puta» fue como un puñetazo en el estómago.

Una vez más, advertí que aquí no era bien recibida. Me hizo sentir marginada, ridícula, como si no perteneciera a este sitio. Ni a The Moorings ni aquí. El rechazo me cerró la garganta hasta que me brotaron lágrimas de humillación de los ojos. Kostya se mostró profundamente satisfecho cuando una me cayó por la mejilla.

—Discúlpame —dije agarrando el abrigo del reservado y poniéndomelo mientras me dirigía hacia la puerta.

Cuando la abrí, el viento gélido me acarició la piel. Como era de esperar, Albert estaba en la acera fumando recostado contra el coche. Frunció el ceño cuando me acerqué a él. Me apoyé a su lado y aspiré el aroma frío e industrial de la ciudad.

—Tienes la cara hinchada —comentó con aire indiferente soltando una bocanada de humo.

—Albert, a veces las chicas no queremos oír la verdad —suspiré—. Igual que cuando te preguntan si ese vestido les hace el culo gordo. No quieren que se lo digas.

Frunció el ceño.

—¿Alguien te ha dicho que tienes el culo gordo?

No, solo acaban de llamarme «puta inútil».

—Algo así.

—No lo tienes.

Solté un resoplido, divertida.

—No me mires el culo.

—Soy un hombre. Miramos.

En ese preciso momento, pasó por delante de nosotros una mujer embarazada y Albert no dudó en fijarse en su culo.

Le di una palmada en la barriga.

—Para. Está embarazada, perver.

—Eso solo significa que ha practicado sexo.

La mente masculina era todo un enigma.

—¿Qué significa «perver»? —preguntó siguiendo a la mujer con la mirada.

Me reí en voz baja.

—Ya sabes, pervertido. —Todavía parecía confundido, así que continué—: Se refiere a alguien que siempre está pensando en el sexo.

—Como cualquier hombre.

—Puede que no todos quieran amordazar y azotar a las mujeres, Igor.

Soltó otra bocanada de humo y me miró a los ojos con una expresión que me escalofrió.

—Ya no estás en Miami, rubita.

Al cabo de un momento de silencio incómodo, tendí la mano para que me diera el cigarrillo. Albert me miró con aire sospechoso y me lo puso entre los dedos. Me sentía valiente, así que inhalé profundamente, lo cual me provocó una tos tan fuerte que temí que fuera a salírseme un pulmón por la boca.

—¡Madre mía! ¡Esto es asqueroso!

Recuperó el cigarrillo.

—¿Qué esperabas?

—Tener un aspecto muy elegante —me quejé mientras tosía—. Como Holly Golightly en *Desayuno con diamantes.*

—No sé de qué hablas.

Eso fue tal ofensa que no pude ni contestar.

Me llevé una mano al pecho.

—Por Dios, ya puedo sentir el cáncer.

Se rio.

El mareo me subió tan rápido a la cabeza que me tambaleé. Albert me equilibró poniéndome una de sus enormes manazas en el brazo.

—Vaya —dije riéndome—. Creo que estoy colocada.

—Joder —se burló—. Sí que eres liviana.

Me soltó y la diversión se esfumó ante algo más tenso e inflamable, algo que podría detonar una bomba. Me flaqueó la sonrisa y me giré para ver a Ronan detrás de mí.

—*Nyet* —fue lo único que le dijo a Albert. Un «no» bien duro y severo.

Tragué saliva como si hubiera hecho algo malo.

Ronan abrió la puerta de detrás sin apartar la mirada penetrante de su chófer mientras yo subía al coche. En cuanto se cerró la puerta y se sentó a mi lado, no tenía ni idea de por qué me estaba disculpando, pero no pude evitar decir:

—Lo sie...

Me agarró por la nuca y acercó mi boca a la suya. Jadeé, el calor estalló como fuego entre mis piernas abrasando cada célula de mi cuerpo. Me derretí en su duro apretón perdiéndome por el contacto de nuestras lenguas. Se me endurecieron los pezones cuando rozaron su pecho, enviaron chispas desde ahí abajo y gemí contra su boca. Él gruñó y me mordió el labio inferior.

Deslizó la mano por mi muslo desnudo y temblé al sentir sus dedos tatuados sobre la piel. Su tacto hizo que me pusiera nerviosa con un deseo puro y jadeante. Sabía muy bien, era como una inyección de vodka directa a la sangre. Cada centímetro que subía la mano hacía que la pierna me latiera con más fuerza y sintiera un vacío en mi interior.

Temblaba de necesidad, ardía con cada roce de sus labios. Ni siquiera me importaba que Albert estuviera en el coche. Pero antes de que la mano de Ronan llegara a donde yo quería, a donde necesitaba, se quedó quieto y detuvo el beso.

—*Nyet* —dijo bruscamente ante mis labios apretándome la nuca con los dedos.

Exhalamos en la boca del otro entre suaves respiraciones y ese «no» ruso flotando en el aire. Deslizó la mano por mi muslo recolocándome el vestido y me soltó. Tenía los hombros rígidos por la tensión, pero se pasó la palma por la boca y se puso a mirar por la ventana.

La confusión se entrelazaba con el calor debajo de mi piel. No tenía ni idea de lo que acababa de pasar y el sofoco se adueñó de mis pulmones mientras intentaba recuperar el aliento.

Albert buscó mi mirada en el retrovisor con una chispa de preocupación en sus fríos ojos.

Inhalé y miré hacia fuera.

Si lo que había dicho Kostya fuera cierto, Ronan podría haberme tratado como una «puta inútil» hacía un momento. No sabía si habría tenido fuerza suficiente para detenerlo ni siquiera con Albert presente. Pero no lo había hecho. Se había parado y me había recolocado el vestido antes de que las cosas llegaran demasiado lejos.

Tras un silencioso y tenso trayecto en coche, Ronan me acompañó a mi habitación. Cuando llegamos a la puerta, me giré hacia él sin aliento, expectante. Su mirada me pesaba en la piel y me irradiaba calor desde dentro. Esta evidencia acortó la distancia entre mi abrigo sintético blanco y su traje negro de Armani. Anhelo, respiraciones suaves y dibujos de corazones.

—Gracias... por el almuerzo.

Bajó la mirada a mi boca y exhalé cuando me pasó el pulgar por el labio inferior.

—*Klubnika*.

«¿Fresas?».

Mi brillo de labios. Sabía a fresa. Su pulgar siguió rozándome ligeramente los labios hasta que se apartó y ese brusco movimiento hizo que me acalorara. Supe que, si entraba en mi habitación, le permitiría hacerme lo que quisiera.

Bien podría haberlo dicho en voz alta, porque el ambiente ardía en el pasillo.

Un destello abrasador y apacible se reflejó en su mirada, me quitó la llave de la mano y abrió la puerta.

—*Do svidaniya, kotyonok*.

Me metió la llave en el bolsillo del abrigo y observé su oscura silueta alejarse.

Capítulo 10

nazlanmak
Decir no cuando se quiere decir sí.

Mila

Estuve dos días sin ver a Ronan. Me tiré todo ese tiempo pensando en él, siendo la peor detective privada de la historia y eliminando los mensajes de voz de papá e Ivan.

La comida, vegana, muy considerado por su parte, llegaba como un reloj a mi puerta en manos del mismo adolescente con un pésimo servicio de cara al público. Esto era un alivio porque, por un lado, solucionaba el problema de mis limitados recursos económicos y, por otro, me hacía saber que Ronan no se había olvidado de mí tras el extremadamente confuso e intenso beso.

Fui al teatro de la ópera dos veces durante las horas punta, pero cada vez que interrogaba a alguien sobre mi madre se me quedaba mirando sin mediar palabra, se santiguaba o simplemente se daba la vuelta y huía. Era frustrante, por decir algo, pero al mismo tiempo... desconcertante.

Mi único alivio era que no había vuelto a ver al hombre de los tatuajes en las manos y estaba mucho más alerta cuando salía a la calle.

Cerré la puerta, acababa de llegar de hacer turismo. Se podría decir que la prioridad de encontrar información sobre mi madre se había entremezclado con la belleza de la ciudad y los pensamientos acerca de un hombre generoso. O tal vez, simplemente, estaba estancada debido a una sensación que me revolvía el estómago y

que amenazaba con abrir una caja de Pandora que nunca podría volver a cerrar.

Acababa de quitarme las botas y colgar el abrigo cuando alguien llamó a la puerta. Sabía que solo era la cena, pero me desconcertó ver a Ronan entregándomela en persona. Una sensación de calor y deseo se precipitó en la boca de mi estómago luchando contra la incertidumbre por cómo habíamos dejado las cosas dos días atrás.

—Hola —dije con una respiración forzada.

Él sonrió.

—*Kotyonok*.

Cuando le abrí la puerta, entró y su cuerpo demoledor y su presencia se tragaron todo el aire de la habitación. Entró como si fuera el dueño del lugar, y tal vez lo era. Tal vez era un exitoso hotelero. La curiosidad floreció en mí, pero no la dejé salir. Ya le había hecho preguntas sobre su trabajo y me negaba a admitir que estaba tan nerviosa pensando en besarlo que no había podido escuchar ni una palabra.

Dejó la bolsa en la mesa junto a la ventana y le dije:

—Nunca he comido tan bien como en los últimos días.

—No me sorprende, doña Patatas Fritas. —Me miró antes de desviar la mirada hacia mi vaporoso vestido de girasoles. Un poco de pierna quedaba al descubierto entre su bajo y mis calcetines altos y el simple roce de su mirada sobre esa franja de piel hizo que mis latidos descarrilaran.

Me apoyé sobre la cómoda mientras caminaba por la habitación toqueteando mis cosas. La revista *Vanity Fair* en la mesita de noche, un tubo de brillo de labios. Levantó una diadema con la punta de un dedo. Al parecer, era una criatura interesante.

—Así que aquí es donde *moy kotyonok* duerme —dijo desde los pies de mi cama impecablemente hecha.

—No es tan cómoda como el sofá de tu despacho.

Me lanzó una mirada despreocupada.

—Perece que lo echas de menos.

—Así es.

La conversación era prácticamente inofensiva, pero la insinuación se apoderó de mi garganta.

Se sentó en el sofá y me miró fijamente con intensidad. Un rayo de la poca luz del sol que se filtraba por la ventana se dispersó por su oscura silueta trajeada e hizo que el pendiente con forma de corazón que tenía entre los dedos brillara.

Me toqué las orejas y me encontré con un lóbulo desnudo.

Sonrió.

No sabía cuánto tiempo llevaba perdido el pendiente o cómo se había hecho con él, pero no dijo nada, simplemente lo hizo girar entre el pulgar y el índice. Su presencia abrumaba mis sentidos y cada bocanada era más difícil de expulsar.

—¿Estás disfrutando de tu estancia?

Tragué saliva.

—Mucho.

—¿Qué te gusta de Moscú? No pueden ser nuestras patatas fritas. —Se estaba divirtiendo.

Me mordí el labio mientras pensaba y jugueteé con mi colgante.

—La arquitectura. Los colores vibrantes y la rica historia. Me gusta oír las campanas de la capilla cada mañana y el hecho de saber que, aunque viviera aquí cien años, aun así no podría ver todo lo que la ciudad ofrece. —La habitación se aferró a mis palabras un instante, aunque ambos parecíamos saber que no había acabado.

Tal vez se cerraría herméticamente, pero necesitaba saber qué era esto. Necesitaba expulsar este sentimiento opresor y obsesivo que tenía hacia él. Necesitaba más antes de que esto llegara inevitablemente a su fin. O quizá lo que más necesitaba de él, de este hombre que parecía tan respetado, tan dominante y vivaz, era que me aceptara. Con el amarillo, la rebeldía y el corazón en la mano.

—Y tú —añadí—. Me gustas tú.

Me observó durante un largo segundo antes de que sus ojos se oscurecieran.

—¿Te excita avergonzarte a ti misma?

El rubor me trepó por el cuello y el ardiente sentimiento de vulnerabilidad tergiversó mis siguientes palabras.

—Ya deberías saber lo que me excita.

El recuerdo de estar frotándome contra su pierna hizo que saltaran chispas eléctricas entre nosotros y quemó el oxígeno de la habitación como si fuera carburante.

Con la mirada brillante entre el calor y otra completamente opuesta, se guardó mi pendiente en el bolsillo de la chaqueta y apoyó los codos sobre las rodillas.

—Al parecer, los muslos de tus primeras citas. ¿Son todas las chicas norteamericanas tan poco exigentes como tú?

Ya que estaba podría haberme llamado fácil. El resentimiento se despertó en mi interior, pero lo aplasté. Por alguna razón, estaba intentando enfadarme. Sabía que sentía la misma conexión que yo y no quería andarme con juegos, no con él, no ahora y, especialmente, no después de ser rechazada por la mitad de la ciudad.

Un zumbido constante saturaba el aire y solté mi colgante para agarrarme al borde de la cómoda.

—Puedes negarlo todo lo que quieras, pero ambos sabemos que aquí hay algo.

Entrecerró los ojos.

—Aquí no hay nada. Confía en mí, Mila, si hay presentes felices, nunca seré tuyo.

Dijo mi nombre como si fuera joven, estúpida, como si fuera demasiado inmadura como para reconocer algo tan básico como la atracción. Si estaba buscando tocarme la fibra sensible, lo había logrado. El rencor me inundó los pulmones hasta que se desbordó con una dura acusación.

—Puede que sea ingenua, pero sé reconocer a un mentiroso cuando lo veo.

Su pausa fue el único indicio de su asombro, reemplazado poco después por una lenta sonrisa.

—Entonces resulta que sí que hay algo de fuego dentro de ti.

Había mucho fuego dentro de mí, no se hacía una idea. Durante años, se había estado consumiendo en mi interior como la lava de un volcán, rugiendo y presionando las costuras de la ropa ajustada y las expectativas. Estaba tan cerca de entrar en erupción que empecé a sentir sudores fríos.

—Cuidado.

Su advertencia fue la gota que colmó el vaso. ¿Quería ver fuego?

Que así sea.

—Si el único motivo por el que has venido es para advertirme que me aleje de ti, entonces vete de aquí. —Mis palabras arañaron la atmósfera de la habitación y la liberación vibró bajo mi piel con una fría adrenalina.

Intensificó la mirada y las sombras de sus ojos emergieron a la superficie.

—Nadie me habla así.

Le había descorchado la botella en la que había estado acumulando todo durante años. Ahora ya nada podía detener mi violenta reacción. Ni siquiera la imponente y amenazante figura que descansaba en mi sofá.

—Tal vez ese sea tu mayor problema.

—*Kotyonok* —se burló, con una oscura diversión—, te preocupas de mis problemas cuando no tienes ni idea de la mierda en la que te has metido.

No sabía a qué se refería, pero sabía que no me gustaba que le hubiera dado la vuelta a la conversación para hablar de mí. Él era el mentiroso de la habitación. Y mis siguientes palabras se convirtieron en una batalla para que admitiera la verdad.

—Tú también sientes esto —insistí.

—No.

Si eso fuera verdad, no le importaría que muriera congelada en esta ciudad glacial, ¿no? Mi corazón frustrado envió una corriente de energía a través de mí. Me dirigí hacia la ventana y la abrí. Luego pasé por su lado con el abrigo que me había comprado con toda la intención de tirarlo a la acera de abajo. Pero no logré llegar tan lejos. Ya estaba de pie arrancándomelo de las manos y lanzándolo sobre la cama.

—¿Quieres jugar? —Su voz era un gruñido—. Está bien, juguemos.

Tal vez era cierto. Tal vez no enseñaban instinto de supervivencia en Miami.

Me agarró de la nuca, me dio la vuelta y pegó los labios a los míos. La ira seguía rebosando dentro de mí, así que empujé con

fuerza contra su pecho, pero fue como intentar mover una pared.

—No luches —dijo con aspereza frente a mis labios—. No ganarás.

Abrí la boca con una respuesta en mente, pero aprovechó para deslizar su lengua dentro. Y entonces me perdí en la humedad y el calor, la fiebre abrumadora que me aturdía y me palpitaba en las venas. Me puse de puntillas para darle pleno acceso; para encajar mi cuerpo con el suyo. Jadeé mientras tiraba de su chaqueta para acercarlo más.

Gruñó y deslizó las manos por la parte trasera de mis muslos. Emití un sonido de protesta contra sus labios cuando me percaté de su intención. Era ágil, pero alta, no pesaba poco, y la facilidad con la que me levantó fue increíblemente sexi.

Lo envolví con mis largas piernas y me deleité con lo bien que encajaban nuestros cuerpos. Estrujó apasionadamente la carne desnuda de mis muslos antes de soltar un sonido de enfado con la garganta, como si hubiera estado pensando en ellos demasiado y me odiara por ello. Una palma se deslizó bajo mi vestido y me agarró el culo mientras nos conducía hacia el sofá y se sentaba.

Me puse a horcajadas sobre sus muslos y nuestras bocas se separaron para que pudiera quitarme el vestido por encima de la cabeza. El suave sonido de la tela golpeando el suelo ralentizó la urgencia de nuestros movimientos.

Sentía escalofríos en cualquier zona de la piel que me miraba. El borde de encaje de mis calcetines, la poca profundidad de mi ombligo, las finas tiras de mi tanga y la forma en que mis pechos sobresalían por los bordes del sujetador a conjunto en cada respiración.

—*Idealnaya* —dijo con aspereza.

«Perfecta».

Me agarró de las caderas y sus palmas empezaron a deslizarse hacia arriba. Un suave suspiro se me escapó cuando la presión de su tacto empezó a arderme en la entrepierna. Acarició con el pulgar el moratón amarillento de mi cintura, la violencia le brillaba en los ojos. Toda la lucha de mi interior murió como una brisa contra una llama y dejó algo pesado y más suave en su lugar.

Sus delicadas caricias me envolvieron el corazón y lo acercaron más a él.

—Tú también sientes esto —suspiré sobre su boca.

Me mordió el labio inferior y dijo:

—Cállate.

Pero no había calidez en su respuesta.

Acarició las curvas desnudas de mis nalgas y el contacto piel con piel licuó todos mis nervios. Sus labios viajaron por mi garganta hasta llegar a mis pechos y me mordió la piel antes de deslizar una mano con dureza y apretar la carne.

Una sensación de placer invadió mi vientre y gemí contra su cuello.

—*Pomni*. —Pegó los labios a mi oreja—. *Ti eto prosila*.

No me dio tiempo a preocuparme por las palabras en ruso, porque me desabrochó el sujetador y me lo quitó de un tirón. Noté el peso de mis pechos cuando el aire frío los rozó y una timidez momentánea asomó su horrible cabeza. No sabía qué estaba haciendo con este hombre, si saldría de aquí de una pieza o si quería hacerlo. La idea de que tal vez esa situación fuera demasiado para mí provocó que una oleada de nervios me inundara la piel, pero su mirada nublada, casi de reverencia, mientras me acariciaba un pezón con el pulgar me devolvió la confianza.

Se inclinó hacia delante y me succionó el pezón con la boca. Gemí, eché la cabeza hacia atrás y llevé las manos a su pelo, tirando de él con cada movimiento. El calor húmedo de su boca se me metió entre las piernas cuando cambió de lado y se encendieron llamas en mi estómago.

Mis pechos no eran más grandes que mi puño, pero no parecía importarle teniendo en cuenta la atención que les prestó. Los presionó juntos para poder morder, lamer y succionar ambos a la vez. Estaba sonrojada con un rubor tan caliente, tan inestable, que no sabía si apartarlo o suplicarle que nunca parara.

Una rápida mecha ardió desde el calor de su boca hasta el material húmedo entre mis piernas que cada segundo estaba más mojado y sensible.

—Más —rogué.

Liberó un pezón rozándolo con los dientes y arrastró la boca por mi cuello.

—¿Qué quieres?

Lo que sea.

Todo.

Me deslicé sobre su erección con un sonido desesperado.

Entonces su mano apareció donde la necesitaba, acariciándome el coño con la palma y frotándome el clítoris con el pulgar.

—¿Esto?

Mi piel empezó a arder, había fuego en todas partes, desde mis orejas hasta los dedos de mis pies.

Serpenteó el pulgar bajo la tira de mi tanga y tiró un poco hacia abajo.

—*Snimi eto dlya menya*.

No sabía qué había dicho ni si realmente quería decirlo en ruso, pero a continuación pegó los labios a mi oreja para traducir la orden.

—Quítatelo para mí.

Me empezaron a temblar las manos mientras me bajaba el tanga por los muslos, removiéndome en su regazo para poder quitármelo por completo. Soltó una bocanada de aire y su mirada se ensombreció al contemplar mi parte más íntima. El deseo se me acumuló en la garganta cuando arrastró las manos por los muslos mientras me quitaba los calcetines.

—Ver tus piernas aquella mañana en mi despacho me la puso dura.

Dios, qué sexi. No tenía ni idea de que estaba sentado detrás de su escritorio con una erección. Me había encontrado atractiva desde el principio y disfruté al descubrirlo.

Pegué mis labios a los suyos, aunque solo me obedeció durante un instante para poder seguir observando mi cuerpo. Estaba completamente desnuda y él ni siquiera se había quitado la chaqueta del traje. Me pareció un espectáculo inadecuado a plena luz del día en una habitación de hotel.

—¿Te corres sobre todas tus primeras citas? —preguntó con los ojos entrecerrados pero ardientes sobre mi cuerpo.

Hasta ahora había sido sincera con él, por qué no llegar hasta el final.

—Nadie más ha hecho que me corra.

Una pausa momentánea fue mi única advertencia antes de que me agarrara del pelo y se me escapó un jadeo cuando tiró de la coleta para echarme la cabeza hacia atrás. Gemí, sumisa al agarre implacable que mantenía mi cuello inclinado hacia el techo.

—No me mientas.

Luché contra la agresiva losa de sus palabras.

—Tú eres el mentiroso, no yo.

Tras un segundo me soltó el pelo, pero mientras sus labios descendían por mi cuello, supe que no me había creído. Me presionó el clítoris con la palma de la mano ejerciendo la más sutil fricción. Su mano era ya áspera y yo no necesitaba mucho más. Me mordí el labio para reprimir un gemido.

Tal vez Carter podría haber logrado que me corriera si sus manos no fueran más suaves que las mías, aunque, pensándolo bien, probablemente no. No sentía ni una fracción de pasión con Carter comparado con esto.

Ronan observó su mano entre mis piernas y dijo con voz grave:

—Podría poner un cronómetro y hacer que te corras en menos de treinta segundos.

—¿Quieres un trofeo?

Me agarró de la barbilla y pegó mis ojos a los suyos.

—Quiero que me digas la verdad.

Por su voz y la presión de sus dedos sobre mis mejillas, esperaba que apaciguara su alma insensible en menos de dos segundos. Él ocultaba la verdad, pero esperaba que yo se la diera. Qué irónico. E irritante. Su palma empezó una tortura contra mi clítoris y se me empezó a acumular la frustración. Estaba jugando conmigo y había perdido la paciencia.

—Está bien. ¿Quieres la verdad? —solté—. Si no haces que me corra en los próximos treinta segundos, encontraré a otro que lo haga.

Su mano se detuvo y, tras un segundo que se estiró como caramelo, se le escapó una risita ronca. La oscuridad que empañó

todo el humor que hubiera en ella hizo que se me erizara el vello de los brazos.

—Tan mona... y luego toda fuego...

Me quedé sin respiración cuando me mordió la mandíbula y, al encontrarse nuestros ojos, estaban tan llenos de intensidad que me robaron el calor. Tirité mientras me acariciaba los labios con el pulgar.

—Empieza la cuenta atrás —ordenó.

—¿Qué? —jadeé.

—Empieza. La. Cuenta. Atrás.

Deslizó dos dedos a través de mi zona húmeda y los introdujo dentro de mí. Arqueé la espalda, le clavé las uñas en los hombros y gemí de placer y algo de dolor. Esto era más brusco que nada a lo que estuviera acostumbrada, pero inició un detonador en mi interior.

—Joder —murmuró—. Cuenta.

—Treinta —suspiré—. Veintinueve...

El éxtasis se desplegó en mis venas como el efecto de una droga, una droga aturdidora y desconcertante, mientras movía sus gruesos dedos hacia dentro y hacia afuera. Frotó un punto en lo más profundo de mí, una presión caliente se expandió y puse los ojos en blanco.

Ronan me azotó el culo para recordarme que contara. El inesperado azote me escoció sobre la piel, pero también envió una vibración a mi clítoris que me robó la capacidad de hacer cualquier cosa que no fuera gemir contra su cuello. A juzgar por el zumbido que vibró en su pecho, le había gustado mi reacción, aunque el sonido terminó con un tono algo cínico.

—Háblame.

No podía pensar en ninguna palabra en ese momento, así que sacudí la cabeza.

El siguiente azote no fue tan placentero. Fue una punzada de fuego que me arrancó un grito de la garganta y una fría mirada en los ojos. Pensé que quería sonreír, pero no lo hizo; solo continuó follándome lentamente con los dedos hasta que el enfado en mi mirada se convirtió en una lujuria entrecerrada.

Cuando conseguí decir «veinticinco», alivió la quemazón de mi trasero con una caricia, derritiendo así cada músculo de mi cuerpo y se tragó el suspiro que salió de mis labios. Me besó sin mucha delicadeza mientras seguía frotándome contra su mano y jadeando números sobre su boca. La inminente liberación me envolvió la columna vertebral y ni siquiera había llegado a veinte.

Nunca se hubiera creído que lograría hacer que me corriera en menos de diez segundos.

Un sudor frío se empezó a acumular bajo mi piel y le clavé las uñas en los bíceps mientras intentaba aguantar el máximo tiempo posible.

Me dio un mordisco en el cuello.

—*Malen'kaya lgunishka*. —«Pequeña mentirosa».

—Veinte.

Me estremecí con el calor bajo la superficie amenazando con manar. Ni siquiera se estaba esforzando mucho, como si supiera que no necesitaba hacerlo para ganar. Yo era la que cabalgaba sobre sus dedos. Iba en contra de mi objetivo, pero ya no me importaba. Estaba tan mojada que no quedaba ningún tipo de resistencia. Goteaba por su mano y mi pierna.

—Mira qué desastre, *kotyonok.* —Fueron unas amargas palabras entre dientes apretados.

—Lo sien... —Un jadeo cortó el resto de mi disculpa cuando sus dedos embistieron con fuerza y se curvaron contra un punto que me hizo ver las estrellas.

—Quince —me recordó bruscamente.

Sacudí la cabeza incapaz de decir nada.

Presionó mi clítoris con el pulgar y otro dedo se deslizó dentro de mí con facilidad. La presión extra fue mi perdición. Chispas de un calor explosivo estallaron, se me nubló la visión y el corazón empezó a palpitarme para seguir el ritmo a la sangre sofocante que bombeaba a través de mí.

Sus dedos se movían despacio, adentro y afuera, mientras recuperaba el aliento y el pitido en mis oídos se desvanecía. No apartó la mano hasta que me extrajo todos los latidos. Una calidez

lánguida se expandió por mi cuerpo y me sació de una forma que jamás había experimentado.

Quince segundos apasionantes.

Me había ganado y ni siquiera me importaba.

Le cubrí el cuello de besos emitiendo un suave sonido de agradecimiento. Olía muy bien, muy masculino, no como la colonia cara de Carter. El aroma embriagador me invadió como una inyección de dopamina.

—Y ahora vuelve a ser mona. —Utilizó una voz suave pero reprimida. Inclinó el cuello para alejarse de mí como si quisiera que dejara de besarle. Estaba demasiado embriagada por su calor y la felicidad postorgásmica como para parar.

Deslicé los dedos por su erección deleitándome en su grosor y dureza. Mi mano se movía con voluntad propia para sentir cada centímetro mientras mis labios y dientes dibujaban una línea a lo largo de su cuello. Un instante después, resopló y me agarró de la muñeca para detenerme.

—No puedo hacer esto mucho más tiempo a no ser que vayamos a follar.

Oh.

Las dudas cobraron vida.

¿Estaba lista para eso? Tendría que esforzarme un poco. Podía desabrocharle el pantalón y tenerlo dentro de mí en cuestión de segundos, era así de fácil. Pero algo me frenaba. El hecho de que no admitiera que él también sentía una conexión entre nosotros. Mi orgullo no me permitía entregarme entera sin recibir un pedazo de él a cambio.

Mis ojos se encontraron con los suyos y supe que había visto la resistencia detrás de ellos. Soltando un suspiro de diversión y frustración, me dio un beso en los labios antes de apartarme y ponerse de pie. Desnuda y con frío, con las nalgas todavía ardiendo, lo observé mientras se dirigía a la puerta.

—Come —me ordenó antes de salir sin una mirada de despedida.

Capítulo 11

zemblanity
El inevitable descubrimiento de algo que preferiríamos no saber.

Mila

Caminé por el pasillo con los brazos llenos de comida: palomitas, patatas y algo dulce, aunque con sal. Evidentemente, iba a tragarme mis sentimientos y la mujer del mostrador me estuvo juzgando durante todo el recorrido.

La ignoré y cogí una lata de refresco de pepino para bajarlo todo.

Después de lo de la noche anterior, la inminente condena de tener que volver a casa y ponerme el anillo con el diamante de Carter me atormentaba, pero no podía abandonar mi vida para siempre. No a cambio de una ciudad en la que no era bien recibida. Ni siquiera por un hombre que me había hecho sentir algo por primera vez en mi vida.

No era tan tonta como para creer que podía mantener la atención de Ronan durante más de una semana. La idea de no volver a verlo nunca ya me dolía como una estaca clavada en el pecho. ¿Tan horrible sería entregarle mi virginidad?

Tenía que volver a casa.

Era lo único duradero que tenía.

Apoyé la compra en el mostrador. La cajera no parecía nada impresionada por mis adquisiciones, pero no dijo nada mientras me cobraba.

Pagué con uno de mis últimos billetes de rublos pensando en ir pronto a un cajero. No podía seguir viviendo de la generosidad de

Ronan, ya no me parecía adecuado.

Al salir por la puerta, me topé con alguien.

—*Izvinite pozhaluysta* —me disculpé, y me agaché para recoger la chocolatina que se me había caído del bolso, pero me quedé helada al ver que unos dedos tatuados la atrapaban.

Estaba más que familiarizada con las manos de Ronan y estas no eran las suyas.

Se me escapó un jadeo cuando levanté la mirada hacia el rostro del hombre. Ya lo había visto dos veces. Sus ojos gélidos me rozaron la piel y expandieron su escarcha por debajo de mi ropa.

—Deberías andarte con más cuidado —dijo con un marcado acento ruso.

Tragué saliva.

—Por supuesto, me disculpo.

Miró la chocolatina que tenía en la mano y que sostenía con aire posesivo. Noté el corazón en la garganta y los pies anclados al suelo.

—Es muy tarde para una chica tan joven —dijo arrastrando las palabras, y, tras repasarme de arriba abajo, añadió—: Y tan guapa.

Solo eran las nueve y media, pero hacía horas que se había puesto el sol. Las luces exteriores de la tienda brillaban con tanta fuerza que casi me deslumbraban, pero el miedo me cubrió con su sombra.

—A estas horas hay hombres malvados por ahí. —Mantuvo la atención en la chocolatina y se tomó su tiempo para abrirla. La mordió y me miró a los ojos—. No queremos que te pase nada malo, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Pues continúa. —Me hizo un gesto para que cogiera la chocolatina, pero yo ya me estaba alejando con el peso de su mirada en la espalda—. Disfruta de la comida... Mila.

El inquietante sonido de mi nombre en sus labios me oprimió los pulmones.

Deambulé por la calle, incapaz de librarme de la presencia amenazante que había tocado mi piel. Era viernes por la noche y había mucha gente afuera, pero la multitud no sirvió para calmar mi ansiedad.

Tras detenerme en un cajero automático, tuve la suerte de dar con un taxi dejando a alguien frente al cine y me colé en el asiento trasero antes de que pudiera cambiar el letrero a «LIBRE».

El conductor escupió una retahíla de quejas en ruso (algo sobre que ya había acabado esa noche y sobre su madre), pero cerró la boca cuando le entregué un fajo de billetes. Me miró exasperado por el retrovisor cuando le di vagas indicaciones para llegar al restaurante. Nerviosa, solté el nombre completo de Ronan como si eso fuera a servir de ayuda y, sorprendentemente, así fue.

—*Vy uverenny?* —«¿Estás segura?».

—*Da?*

Murmuró algo en ruso parecido a «odio este trabajo» antes de arrancar el coche.

Con manos temblorosas, marqué el número de Ivan. Se me erizó la piel con impaciencia mientras sonaba y sonaba hasta que saltó el buzón de voz.

—Ivan... —empecé con un nudo en la garganta—. No entiendo qué está pasando, pero creo que tienes razón. Creo que puede haber alguien vigilándome. Perdón por no haberte creído... —Tragué saliva—. He... he conocido a un hombre. Se llama Ronan y tiene un restaurante. Estoy yendo allí ahora mismo. Te enviaré la ubicación cuando llegue. —Se me quebró la voz—. Estoy asustada, Ivan.

No sabía qué más decir, así que colgué.

El taxista se largó a toda prisa al bajarme, probablemente para ir a casa con su madre. La oscuridad envolvía el restaurante. Parecía que estuviera cerrado, pero la puerta estaba abierta, así que entré.

El camarero me echó un vistazo cauteloso, con un trapo sobre el hombro mientras fregaba vasos. Kostya estaba en un taburete junto al pasillo con el móvil en la mano. Cuando me vio, se me quedó mirando fijamente.

—¿Está Ronan? —pregunté.

Permaneció pensativo durante un momento incómodo, el silencio se filtró por debajo de la piel hasta que señaló el pasillo sin decir ni una palabra. El camarero soltó una maldición. Los dos hombres intercambiaron palabras, pero no me fui.

Pasé por delante de la cocina vacía y oscura. Me detuve delante del despacho de Ronan y vi que también estaba vacío, aunque me llegaron algunas voces desde el pasillo. Se me iba formando un nuevo nudo de inquietud en el estómago mientras me obligaba a avanzar hacia esa fuente de sonido. La puerta estaba entornada y la abrí lentamente.

Se me paró el corazón.

Había un hombre sentado en una silla metálica plegable con las muñecas atadas sobre una mesa ante él. Tenía el rostro negro y amoratado, y la camiseta blanca cubierta de sangre. Se me revolvió el estómago, pero la confusión y el horror vencieron al mareo que intentaba arrastrarme.

Albert estaba recostado contra la puerta del fondo fumando y observando la escena con expresión de aburrimiento. Había otros hombres en la habitación, pero solo podía mirar a Ronan.

Estaba sentado con los codos apoyados en las rodillas, mientras pasaba un dedo por el filo de un cuchillo. Cuchicheaba en español. Su voz no parecía la misma que cuando me hablaba a mí, sino que estaba teñida de oscuridad y emoción. Era el tipo de voz que se crecía con la lujuria, el dolor y el control. Desmenucé sus palabras a través del tamborileo de la sangre en mis oídos y las encajé como un rompecabezas.

Era una pesadilla hecha realidad.

Ronan estaba preguntando si alguien necesitaba un meñique. Parecía una pregunta retórica, pero algunos hombres levantaron la mano.

—Puede que se le olvide el tamaño de su polla si no tiene el dedo con el que la compara.

—Su mujer lo echará de menos —soltó uno, y su comentario provocó carcajadas cómplices en la habitación.

Ronan sonrió.

—Supongo que tendrá que buscar placer en otra parte.

Se me nubló la visión y el terror me cerró la garganta cuando se levantó y estampó la mano del hombre sobre la mesa.

—¿Últimas palabras con diez dedos?

El hombre apretó los dientes.

Ronan se rio.

—Que así sea.

Con un rápido destello plateado, el meñique del hombre rodó por la mesa y cayó al suelo con un ruido repugnante. Su gemido de dolor no ahogó mi jadeo horrorizado.

La oscura mirada de Ronan se dirigió hacia mí.

No podía respirar, me había quedado paralizada bajo el brillo cruel y despiadado de sus ojos mientras se limpiaba la sangre del cuchillo en los pantalones. Un chute de adrenalina estalló en mi interior.

Eché a correr.

Consciente de que había un hombre al final del pasillo, torcí bruscamente a la derecha hacia la cocina oscura, me escondí detrás de la encimera de acero inoxidable y pegué la espalda contra ella. Oí pisadas por el pasillo cada vez más cerca. Me resbalaban lágrimas por las mejillas y me cubrí la boca para contener un sollozo.

El miedo me oprimía los pulmones y sofocaba cada respiración antes de que pudiera inhalar.

—*Kotyonok* —me llamó con dulzura desde alguna parte de la oscuridad. No encendió las luces y supe que era porque estaba disfrutando del retorcido juego del escondite.

Gateé para alejarme de su voz.

Vi la luz de la puerta del servicio que llevaba a la barra. El pecho me subía y bajaba por la expectación. Sin previo aviso, me levanté y corrí hacia la puerta, pero no conseguí llegar antes de que unos brazos fuertes me cogieran por detrás.

Ronan me tapó la boca para ahogar mis gritos y luché contra su apretón de hierro mientras las lágrimas me nublaban la visión.

—¿A dónde vas, *kotyonok*? —me amenazó al oído—. La fiesta acaba de empezar.

Noté un agudo pinchazo en la nuca.

Algo pesado tiró de mi consciencia hacia abajo...

Hasta que todo quedó a oscuras.

SEGUNDA PARTE

¿Te apetece jugar con el diablo?

Anónimo

Capítulo 12

faodail
Un hallazgo afortunado.

Ronan

Tiré la jeringuilla vacía al suelo cuando su cuerpo cayó en mis brazos. Llevaba la inyección en el bolsillo desde que había chocado conmigo durante su primera noche aquí, solo estaba esperando el momento adecuado para usarla.

Y este no era el puto momento adecuado.

La ira envió una oleada de calor a través de mi cuerpo cuando envolví sus piernas con un brazo y la levanté con su larga coleta rubia colgando sin vida. Bajo el abrigo, llevaba una falda bohemia con una raja hasta la cadera y una especie de blusa que no le cubría el ombligo. Muy poco práctico para un invierno ruso.

Como siempre.

Su cabeza se balanceó hasta descansar sobre mí, tenía rastros de lágrimas en las mejillas. Aparté la mirada de su rostro, me di la vuelta y me encontré con Albert y su mirada cautelosa posada en la chica que llevaba en brazos. Era más frío que el hielo, pero pude asumir que la casi inexistente expresión en sus ojos eran reservas sobre lo que le podía hacer.

—Yo me la llevo —dijo.

Estaba seguro de que lo haría.

La irritación me brotó en el pecho.

—Tú limpia el desastre de Adams. El suelo está lleno de sangre.

Nunca le había ordenado que fregara un suelo, pero el hecho de que quisiera proteger a esta chica de mí... Bueno, me cabreó. Por ahora era mía y haría con ella lo que me diera la santa gana.

Su mirada volvió a recorrerla antes de que se diera la vuelta para obedecer sin rechistar.

Albert era extremadamente leal; había recibido balazos por mí. Pero en cuanto Mila pisó Moscú, me di cuenta de que no podía confiar en ninguno de mis hombres con ella. Al primer imbécil solo le ordené asustarla para atraerla hasta mi puerta, no echarle un vistazo y decidir violarla. Puede que mi báscula de la moralidad estuviera rota, pero había algo que me decía que secuestrar a una adolescente magullada con una contusión era... inapropiado. Presumía de ser un hombre justo, así que, naturalmente, su atacante estaba flotando en el río Moscova sin dientes ni dedos que permitieran identificarlo.

—Andrei —dije al pasar por su lado en la habitación trasera.

Se sacó el palillo de la boca y me siguió hasta el coche en el callejón. Deposité el paquete que cargaba en el asiento trasero. Se le subió la falda y dejó al descubierto demasiados centímetros de muslos suaves y tonificados. Esta chica tenía un serio problema con los pantalones. En lugar de disfrutar de las vistas, experimenté la urgencia de tirar de la tela para cubrirla, y me pregunté si eso era lo que se sentía al ser un ser humano decente. Era ligeramente nauseabundo.

Cerré de un portazo y me giré hacia Andrei.

—Si alguien la mira, lo matas.

Se volvió a meter el estúpido palillo en la boca con la atención pegada a las piernas de la chica a través de la ventanilla del coche.

Apreté la mandíbula.

—Eso te incluye a ti. Tengo mejores cosas que hacer que ver cómo te vuelas los sesos a ti mismo.

Me dedicó un brusco asentimiento y desvió la mirada de la ventanilla.

Volví dentro y busqué a Kostya, que estaba sentado en un taburete al final del pasillo concentrado en su móvil. Me detuve a su

lado para ver que estaba jugando al *Candy Crush.* El capullo estaba tan absorto en su jueguecito que se sobresaltó cuando hablé.

—Tienes cuatro gominolas ahí.

Me miró cautelosamente.

—*Gde?* —«¿Dónde?».

—Ahí. —Las señalé.

Deslizó la gominola roja al lugar adecuado y tragó saliva.

—Gracias, jefe.

—No hay de qué.

Entonces le di un puñetazo en la cara.

Salió volando y cayó al suelo. Le di una patada al taburete para sacarlo de mi camino, pisé su móvil y lo oí crujir mientras caminaba hacia él. Lo agarré de la camiseta antes de volver a atizarle, disfruté del ardor en los nudillos.

—Más te vale tener una puta buena razón para haber dejado que pasara —gruñí en ruso.

Le salía sangre de la nariz a chorros.

—Es venenosa. Igual que las historias sobre su madre.

—No es una buena razón. —Me saqué el arma de la cintura y le pegué al cañón a la cabeza.

Se tensó.

—Llevas demasiado tiempo jugando con ella. Todos hemos visto que te está clavando sus garras de Mikhailov.

Sí, tal vez había estado demasiado tiempo jugando, pero yo tomaba las malditas decisiones aquí.

—¿Todos? ¿Quién más ha hecho que viniera aquí hoy?

Dudó y presioné el dedo contra el gatillo.

—Vasily —soltó—. Solo la ha asustado.

El enfado me trepó por la espalda. Estaba agotando la paciencia con mis hombres en lo relativo a esta chica. Pero lo que más me enfurecía era que nadie tenía derecho a asustarla excepto yo.

—¿Crees que podrías hacer mi trabajo mejor que yo? —pregunté.

Tendría que matarme para hacer eso y ambos sabíamos que era una guerra que nunca ganaría.

Apretó la mandíbula.

—Pasha era mi hermano.

La cruda realidad era que había olvidado el nombre del niño después de meterle los dedos hasta el fondo a Mila.

Tal vez sí que era venenosa.

Había estado con bastantes mujeres increíbles, tal vez algunas más, pero esta... Era como si su cuerpo estuviera diseñado especialmente para mí. Por desgracia, debajo de esa fachada de animadora norteamericana había un anuncio de Woodstock. No tenía nada en contra del amor libre, pero mentiría si dijera que yo era alguien que iba por ahí difundiendo paz.

Uno de mis taxistas camellos había reconocido a Mila segundos después de que saliera del aeropuerto. Desde entonces, había descubierto varios de sus ridículos logros: la mejor de su promoción, capitana de las animadoras, voluntaria en un refugio para gente sin hogar. Incluso había organizado una recaudación de fondos para salvar a las ballenas jorobadas cuando tenía quince años. Por si eso no reflejaba con suficiente claridad cómo era, fue elegida como «alumna con más probabilidades de ganar un Premio Nobel» en su prestigioso instituto.

Dios se estaba burlando de mí al entregarme mi venganza en bandeja, una envuelta en perfección y respeto por el medio ambiente. Aunque no debió de contar con que Mila prácticamente me rogaría que me aprovechara de ella.

Desde el momento en que se corrió sobre mí agarrándose a mi camisa con una inocente desesperación como si fuera el único que pudiera darle placer, despertó un profundo e inquietante fuego en mi entrepierna. Mentiría si dijera que no estaba entorpeciendo mi toma de decisiones.

Detestaba lo mucho que quería follarme a la hija de Alexei, pero odiaba todavía más que me echaran en cara mis problemas.

—Fuera de mi vista. —Empujé a Kostya para alejarlo de mí—. Me das asco.

Se puso de pie, se limpió algo de sangre con el dorso de la mano y desapareció por la puerta. Me guardé la Makarov en la parte trasera de la cintura, sacudí los hombros para deshacerme de la ira y volví a la habitación trasera.

—Albert. —Chasqueé los dedos—. Vámonos.

Se levantó del suelo en el que lanzó un trapo sangriento.

Fuera, me deslicé en el asiento trasero junto a Mila y, cuando me ajusté al espacio, su cabeza acabó descansando sobre mi regazo. Tenía muchísimo pelo del color del trigo y mechas de los días de verano. Fui a acariciarle la coleta con los dedos, pero frené el impulso cuando me di cuenta de la ridiculez que había estado a punto de hacer. Llegar a los treinta me había vuelto asquerosamente sensiblero.

Unas largas pestañas rubias descansaban sobre sus mejillas sin maquillar. Tenía unos labios carnosos que estaban entreabiertos. Parecía inocente y vulnerable, igual que su madre, que había sido una viva hiedra venenosa, famosa por su voz aunque detestada por sus actividades sadomasoquistas.

Por muy ingenua que Mila pudiera parecer, era lo suficientemente astuta para ver más allá de mi fachada y citar *El cuervo*.

Una pena que su dulce corazón fuera su ruina.

Su respiración se volvió entrecortada, y se me encogió el corazón al pensar que quizá le había inyectado demasiada etorfina. Le abofeteé la cara. Se encogió como si alguien le hubiera interrumpido el sueño, y la incómoda sensación se disipó.

No me importaba esa chica.

Simplemente no me gustaba matar a mujeres.

Aunque, después de que mi hermano y yo no hiciéramos nada mientras veíamos a nuestra madre ahogarse con su propio vómito, no era exactamente una sorpresa. Algunas mujeres merecían morir. Sobre todo mi madre. Y la de Mila, ya puestos.

Albert nos llevó a la casa fuera de la ciudad. Estaba a más de una hora en coche siendo optimistas y me pregunté qué haría mi mascota si se despertaba antes de que llegáramos. ¿Lloraría? ¿Suplicaría? ¿O mostraría su lado Mikhailov?

Molesto por no poder averiguarlo, casi me arrepentí de haberla drogado. Pero no tenía la paciencia para llevar a una mujer histérica en el coche. Era el sedante o ahogarla hasta que se desmayara. La segunda era menos fiable y algo en mí no disfrutaba de la idea de oírla luchando por respirar, aunque cualquier descendencia de Alexei merecía eso y más.

Lo había expulsado de Moscú un año antes. Solo podía haber un dirigente de esta ciudad y no me gustaba compartir. Asumí que se iría a lamerse las heridas a otra parte, pero el cabrón tenía mal perder. El cuerpo mutilado de Pasha había aparecido en la puerta de mi casa tres meses atrás. Me hirvió la sangre. Todavía me sacaba de mis casillas solo de pensarlo. Era un incendio que no se apagaría hasta que tuviera la cabeza de Alexei.

No pensaba que cupiera ni una pizca de amor en su interior, pero debía de preocuparse por su hija si la había criado en secreto en Estados Unidos. Una vez él se rindiera, ella sería libre de arrastrarse de vuelta a casa. Hasta entonces...

—*Moy kotyonok*. —Le acaricié los labios entreabiertos—. Te dije que esta ciudad te comería viva.

Solo no le había dicho que yo era el dueño de Moscú y de todo lo que había en ella.

Capítulo 13

morosis
La mayor de las estupideces.

Mila

Tenía la boca seca como el algodón. Un mechón de pelo me hacía cosquillas en la mejilla. Levanté la mano para apartarlo, pero la confusión me nubló la mente al advertir que mis brazos se negaban a moverse.

Abrí los ojos como platos y parpadeé ante la luz que provenía de la televisión de la habitación que, por lo demás, permanecía a oscuras y me era desconocida. Se me encogió el corazón cuando vi que tenía las manos atadas a los reposabrazos de la silla de madera. Tiré de las cuerdas, pero un suave gemido desvió mi atención hacia el televisor que había sobre la cómoda. Observé la escena que se reproducía y la repulsión me subió por la garganta.

El gemido de la pantalla provenía de mí sentada desnuda en el regazo de Ronan, frotándome con su mano.

Nos había grabado.

El vídeo se había filmado desde lo alto de una esquina de mi habitación del hotel, con una cámara que bien podría haber estado ahí durante toda mi estancia. La humillación me revolvió el estómago y me retorció el corazón como si fuera un trapo mientras me veía correrme y temblar contra él.

Entonces el vídeo volvió a empezar.

Me gustaba Ronan.

Me importaba.

Y él solo me estaba utilizando.

Las lágrimas me emborronaron la visión y forcejeé frenéticamente con las cuerdas de mis muñecas para intentar liberarme. Me quedé helada cuando una fuerte presencia me reveló que ya no estaba sola.

Ronan estaba de pie frente a la puerta por la que entraba un rayo de luz del pasillo. Sus ojos, la amplitud de sus hombros, el negro de su ropa cara... se tragaban las sombras de la habitación.

«Oscuridad, y nada más».

Lo vi desde el principio. Algo en mi interior siempre lo había sabido.

—Solo vas a conseguir hacerte daño. Aprendí a hacer nudos en la cárcel.

La indiferencia de su voz se me instaló en las venas y me heló la sangre por completo. Me tensé cuando se acercó y desvió la mirada hacia la tele para verme rotar en su regazo.

—Habría estado mejor un vídeo tuyo montando mi polla, pero aun así es un buen espectáculo, *kotyonok.*

Este hombre no era el que llegué a conocer la semana pasada. En ese momento, me di cuenta de que su generosidad era una farsa. Solo alguien enfermizo podría tocarme y acariciarme así sabiendo que solo era un peón más de ese retorcido juego suyo. Había sido una estúpida. Una chica estúpida e ingenua que se había arrojado a los brazos de un monstruo.

Me estremecí cuando se me tensaron los músculos. Todavía sentía el pinchazo del cuello de lo que fuera que me hubiera clavado.

—¿Qué me inyectaste? —susurré con la voz temblorosa.

Se apoyó sobre la cómoda y se cruzó de brazos. Sus hombros casi tapaban toda la luz de la tele. Hacía solo un día, su tamaño y su fuerza me habían parecido atractivos. Ahora me aterrorizaban.

—Etorfina.

Me sonaba de algo y recordé dónde había oído hablar de esa sustancia: en la serie *Dexter.* Era lo que usaba para dejar inconscientes a sus víctimas antes de torturarlas. Imágenes de sierras y cuerpos desmembrados hicieron que me temblara todo,

sobre todo al recordar que Ronan le había cortado el dedo a un hombre sin vacilar.

Si quisiera mutilarme, ¿por qué necesitaba grabarnos? Y si trabajaba para una red de tráfico sexual, ¿por qué agasajarme durante tanto tiempo? Había tenido muchas oportunidades de secuestrarme, incluyendo la primera noche que había dormido en su despacho.

Nada tenía sentido y la confusión me heló por dentro.

—¿Qué quieres de mí?

—Qué pregunta tan interesante —contestó con la mirada fija en algo pequeño que hacía girar entre sus dedos. Me di cuenta de que era mi pendiente en forma de corazón—. ¿Qué crees que quiero de ti?

Lo miré fijamente con el corazón acelerado por la incertidumbre.

—No tienes ni idea —soltó con los ojos brillantes de diversión—. Parece ser que ya no hacen chicas tan listas como antes.

Era estúpida. Lo sabía y lo aceptaba. Pero oírlo de sus labios hizo que el fuego me recorriera por dentro.

—Dime qué quieres de una vez, psicópata —espeté tirando de las cuerdas de mis muñecas.

El destello de su mirada atravesó la oscuridad mientras se apartaba de la cómoda y no pude reprimir un estremecimiento cuando me agarró la cara. Hablaba en voz baja y grave y eso me asustó más que si me hubiera gritado.

—Cuidadito con cómo me hablas o pronto descubrirás lo enfermo que estoy.

Se me cortó la respiración, pero le sostuve la mirada.

Una ruleta rusa.

Un pestañeo y estaría muerta.

Tal vez fuera una muerte más rápida que la que me tenía preparada.

Sus ojos me advirtieron que no jugara a juegos en los que no podía ganar.

Los míos le contestaron que eso no era un juego, era el infierno.

Tras una tensa pausa, me soltó.

—Tú, Mila, solo eres un medio para un fin. Aunque no negaré que me lo he pasado bien. —Se giró hacia la tele cuando mis gemidos se volvieron más escandalosos—. Una *kotyonok* muy entusiasta.

Se me revolvió el estómago, pero lo peor fue el dolor que sentí en el pecho como si me hubiera arrancado el corazón de cuajo. Me había enamorado de ese hombre. Me había preocupado por él, lo había deseado, me había hecho sentir. Cerré los ojos y la risa de madame Richie resonó por todos los recovecos oscuros de mi mente, acelerándome el pulso y erizándome el vello de los brazos.

Me estremecí al notar cómo rodeaba mi silla.

—Para serte sincero, esperaba más de la hija de Alexei. Me decepciona lo fácil que ha sido.

Abrí los ojos al máximo.

—Esto es por mi padre.

Se rio y esa vibración me envió un escalofrío por la espalda.

—Que alguien le dé una medalla a esta chica.

Ronan apoyó los antebrazos sobre el respaldo de mi silla enjaulándome y observó cómo me follaba con los dedos en la pantalla. El sonido de mi respiración entrecortada y los gemidos grabados llenaban la habitación.

Se inclinó hacia mí y su voz me retumbó en el oído:

—Me pregunto qué pensaría tu padre si viera esto.

Me invadió el asco. No podía ser tan retorcido.

—¿Lo averiguamos?

Cuando puso un móvil ante mis narices, se me cayó el alma a los pies al ver la reluciente carcasa blanca. Era mi móvil. Creía que se había perdido hacía tiempo con mi abrigo, pero en ese momento comprendí que lo había tenido él desde el principio.

Abrió un borrador de mensaje dirigido a mi padre y me mostró el vídeo en el cuadro de texto.

Eso no era real.

No podía estar pasándome a mí.

El pánico se extendió por mis pulmones, arañándome y mordiéndome. Me agarré a los reposabrazos con tanta fuerza que me dolió.

—No lo hagas, por favor —supliqué.

Su pulgar flotaba sobre el botón de enviar.

—¿Y qué harás tú por mí?

Comprendí lo que insinuaba. Las lágrimas me cayeron por las mejillas, tenía el pecho agitado por la imposibilidad de la situación. Me sentía dividida en dos direcciones opuestas, pero sabía que hasta entregar mi cuerpo sería mejor que permitir que papá viera ese vídeo.

—Lo que sea —sollocé—. Haré lo que quieras.

—El problema es que ya lo he visto todo —dijo hundiendo el rostro en mi cabello. Sus palabras se habían vuelto frías e indiferentes—. Se ha pasado la novedad.

Con un movimiento de dedo, el sonido de mensaje enviado me llegó a los oídos.

Se me cayó el alma a los pies y apenas oí el «ups» que soltó como si hubiera sido un accidente antes de apartarse.

El ácido me subió por la garganta, me incliné y vomité todo lo que tenía dentro sobre la alfombra persa.

Se puso en cuclillas frente a mí y me limpió el vómito del labio inferior con el pulgar.

—¿Qué voy a hacer contigo, *kotyonok*?

Ya no era un enigma vestido de Versace impasible a la sangre de sus pantalones y con mi vómito en su mano. Era un monstruo vestido de caballero.

Dirigí mis ojos llenos de lágrimas a los suyos y dije dos palabras que no había pronunciado nunca:

—Te odio.

Sonrió.

—Has tardado mucho.

Temblé de humillación.

—¿Por qué haces esto?

Y, de un plumazo, su diversión se esfumó reemplazada por una mirada despiadada que absorbió todo el calor de la habitación. Se sacó el móvil del bolsillo trasero y me lo puso delante de la cara. Giré la cabeza, asqueada, al ver la foto de la pantalla, pero me agarró de las mejillas para impedírmelo.

Cerré los ojos con fuerza, aunque la imagen ya se me había quedado grabada en la mente.

Sangre. Mucha sangre.

Carne mutilada.

Ojos sin vida.

Era solo un niño.

—Tu padre no es inversor.

Negué con la cabeza mientras las lágrimas corrían por mi cara. No podía creer que papá fuera responsable de... eso. No era posible.

—El niño se llamaba Pasha. Era un buen niño. —Fue lo único que dijo Ronan, pero por su tono, comprendí que era importante para su negro corazón.

Abrí los ojos. A pesar de que las circunstancias no daban pie a la compasión, no pude evitar sentirla por ese niño.

—Lo sie...

No pude terminar la frase porque me dio una bofetada. No lo hizo con fuerza, pero se me giró igualmente la cabeza, porque me había pillado desprevenida. Nunca me habían pegado y me dejó sin palabras.

—Ya te lo dije, basta de disculpas —soltó con dureza.

Mi móvil sonó en su bolsillo trasero. Ronan me miró y lo dejó sonar y sonar antes de cambiar el móvil que tenía en la mano por el mío. Respondió la llamada en altavoz y se levantó.

—Alexei —dijo—. Espero que haga buen tiempo en Siberia.

—Si le has hecho daño a mi hija, te cortaré la polla y se la meteré a tu puta por la garganta.

La voz de mi padre atravesó la habitación como un cuchillo, tan áspera y desconocida que me escalofrié. Fue como una bofetada diez veces peor que la que me había dado Ronan hacía un momento.

Ronan se rio.

—Tan creativo como siempre, Alexei. Lamentablemente, como acabas de ver, mi polla está mucho más cerca de tu hija que de tu escondite.

Miré los tatuajes de los dedos de mi secuestrador y se me heló la sangre. Tenía hombres a sus órdenes, era escandalosamente rico y,

al parecer, había estado en la cárcel.

¿Cómo se decía mafia en ruso?

Bratva.

Eso explicaba los hombres extraños que entraban y salían de nuestra casa, el secretismo de mi padre sobre su trabajo, su negativa a dejarme venir a Rusia e Ivan. Explicaba la pintura roja que se filtraba por debajo... no. No podía pensar en eso. Simplemente, lo explicaba todo. Todas las sospechas que había albergado. Lo de su familia secreta ahora habría sido incluso un alivio.

—Ella no tiene nada que ver con nuestros asuntos —espetó papá.

—Semántica —replicó seco Ronan mirándome fijamente—. Podría ser la gemela de Tatianna. Debe de ser incómodo que te follaras a una mujer exactamente igual que ella.

Lo único que lo hacía incómodo era este hijo de puta sin corazón.

—Mila no se parece en nada a su madre.

—Eso sí que me lo creo —afirmó Ronan apoyándose sobre la cómoda—. He oído que era una zorra sádica.

Se me cerró la garganta.

Mentía. Tenía que estar mintiendo. Aunque no pude evitar recordar las extrañas reacciones que había visto como respuesta a su nombre, incluyendo el miedo de Vera al verme.

No. No le dejaría arruinar el recuerdo de mi madre... al menos el recuerdo que yo misma me había creado.

—Basta —gruñó mi padre—. Los dos sabemos lo que quieres. Me cambiaré por ella.

Cuando lo comprendí, el terror me oprimió los pulmones.

—No —murmuré.

Sabía qué le haría Ronan a mi padre. Sabía que no volvería a verlo nunca. La idea de tener que seguir viviendo completamente sola dejó caer una fuerte presión en mi pecho.

No sabía nada de las infracciones de mi padre, de su aterradora vida secreta, pero no podía olvidar que siempre había sido un buen padre. De pequeña, siempre me hacía trenzas en el pelo en lugar de la madre que nunca tuve. Me contaba cuentos antes de dormir, me daba un beso de buenas noches y decía que era su ángel.

—Mila... —Se oyó un suspiro cansado al otro lado de la línea. Él no sabía que estaba escuchando y la tristeza le tiñó la voz.

—Lo siento mucho, papá —sollocé.

Ronan entornó los ojos.

—No tendría que haberte ocultado mi vida secreta durante tanto tiempo. Solo quería mantenerte a salvo.

¿Por eso mintió sobre mi muerte de pequeña y no me dejó salir de Miami?

—Esto nunca tendría que haberte afectado y lo lamento muchísimo. Quiero que sepas que siempre te he querido, Mila, sin importar lo que te digan de mí. —Era la tercera vez que lo oía decirme que me quería y eso me partió el corazón.

—Por favor, papá, no lo hagas —supliqué—. Te matará.

—Ivan se quedará contigo. Le importas.

Una tensión desagradable redujo el oxígeno del aire. Ronan se pasó el pulgar por la cicatriz del labio inferior y algo oscuro se reflejó en su mirada, pero no conseguí discernirlo a través de las lágrimas.

—Esto es todo culpa mía —lloriqueé.

—No —replicó rápidamente papá—. Es mía y asumiré toda la responsabilidad.

Su tono me dejó claro que la conversación había terminado. Me mordí el labio inferior para contener una respuesta hasta que noté el sabor de la sangre. Ese sabor metálico solía provocar que me desplomara, pero, ante el horror de esta situación, no me afectó.

Ronan rompió el silencio con expresión seria.

—Todo esto es un poco melodramático.

Hasta ese momento, no supe lo que era el odio. Una bola de destrucción gigante se me infló en el pecho.

—Envíame las coordenadas para el intercambio —dijo mi padre.

Ronan se quedó callado mirándome con un brillo contemplativo y tumultuoso en los ojos.

—¿Qué? ¿No te regodeas? Qué poco propio de ti, *D'yavol.*

Se me revolvió el estómago y abrí los labios al comprenderlo.

Ronan se rio al ver mi expresión.

—No me mires como si me lo hubiera inventado yo. Prefiero que una mujer grite mi nombre de pila cuando estoy dentro de ella.

Me había equivocado. El diablo no tenía la piel roja ni la cola bifurcada. Reinaba causando estragos en Moscú con una boca sucia, una sonrisa fácil y una serpiente por corazón.

—¿Tenemos un trato? —espetó papá.

Ronan me miró largamente y su fría mirada me erizó el vello de los brazos.

—No.

—*Nyet*?

—Creo que primero me gustaría jugar un poco más con mi nueva mascota.

Le sostuve la mirada, decidida a no mostrarle el terror que sentía por dentro. Por suerte, no podía ver el sudor frío que me recorría debajo de la ropa.

Papá tenía los dientes apretados.

—Tócala y te juro que...

—Me cortarás la polla y se la meterás a Nadia por la garganta —terminó Ronan, aburrido—. Te he oído la primera vez.

«¿Nadia?».

El diablo tenía novia. Me pregunté si la tendría encerrada en el sótano o si se trataba de la cantante de ópera que hacía de Liza.

—Si te presentas en Moscú antes de que te haya invitado, te enviaré partes del cuerpo de tu hija en cajas de FedEx. *Ponimayesh?* —«¿Entendido?».

—Te enviaré de vuelta al infierno por esto, *D'yavol.*

—Me muero de ganas —contestó Ronan—. Hablamos pronto, Alexei.

Terminó la llamada antes de que mi padre pudiera responder. El teléfono volvió a sonar al instante. Colgó y me miró con tanta intensidad que me quemó la piel.

—Muy leal a tu padre —dijo fríamente, aunque sus ojos eran más oscuros que la noche—. ¿Incluso después de lo que te he mostrado?

No quería ni pensar en ese niño ni en lo que le habían hecho. Me revolvía el estómago y hacía que me lo cuestionara todo. Pero no me había dado tiempo para procesarlo y en ese momento tenía dos opciones: el diablo o mi padre. La decisión era fácil. Mi mirada ardía con esta convicción.

Tensó la mandíbula.

—Supongo que tienes más sangre de tu madre de la que pensaba.

Odiaba lo que había insinuado, que ella fuera otra cosa más que la respetable madre que murió antes de que la conociera. Era un mentiroso. Me había estado mintiendo desde que lo conocí.

Se me puso el cuerpo rígido cuando se acercó aún más. Su sombra era una presencia viva que se me metió en el pecho y me robó el aliento de los pulmones.

—No tienes por qué hacer esto —le dije.

—Te equivocas de nuevo, *kotyonok* —advirtió rodeando mi silla—. Tu padre pagará por lo que ha hecho.

Exhalé cuando tiró de mi coleta para echarme la cabeza hacia atrás y endureció la voz.

—Sudará por lo que le estoy haciendo a su preciosa hija. Y, cuando haya acabado contigo, su cabeza me servirá como decoración para la repisa de la chimenea.

Tragué saliva.

—Estás enfermo.

Me arrastró el pulgar por los labios y esparció la sangre que me había salido al morderme.

—Todos tenemos nuestros vicios, ¿no es así?

Mis ojos brillaban con desacuerdo.

—*Malen'kaya lgunishka* —dijo arrastrando las palabras—. No he olvidado lo rápido que te corriste sobre mí... por toda mi mano, de hecho. Tú misma lo dijiste, si no era conmigo, habría sido con otro. —Me agarró el pelo con más fuerza—. Con Albert, tal vez.

Me sentí asqueada.

Humillada.

Débil.

No sabía si podría sobrevivir a esto.

—Ahora que se han acabado las formalidades, ¿le mostramos un adelanto de lo que está por venir a tu padre?

Parpadeé cuando colocó el móvil delante de nosotros.

El diablo era sarcástico y un experto en tecnología. Me dolía el cuello por el agarrón despiadado de mi coleta mientras posaba para un macabro *selfi*.

—Sonríe para la cámara.
Clic.

Capítulo 14

maquiavélico
Malvado, perverso, corrompido.

Mila

—Por lo menos podrías haber intentado esforzarte —dijo Ronan como si estuviera decepcionado conmigo mientras examinaba la foto que había hecho.

Ese hombre estaba perturbado.

El diablo recorriendo las calles de Moscú.

Se volvió a guardar el móvil en el bolsillo y se puso en cuclillas delante de mí. Mientras desataba las cuerdas que me oprimían las muñecas, me acarició distraído la piel al rojo vivo. Ayer, estas pequeñas caricias me habrían convencido de que le importaba, pero tal vez ese calor era simplemente un secreto que los villanos transmitían de padres a hijos como mecanismo para atraer a sus presas antes de pisotearles el corazón bajo sus pies.

—¿Tu padre está tan demente como tú? —pregunté con una voz monótona.

Me miró con diversión.

—No estoy seguro. Nunca lo conocí. Pero, si te hace sentir mejor, mi madre era tan sádica como la tuya.

El resentimiento resplandeció en mis ojos, pero su expresión y el hecho de que estuviera lo suficientemente cerca como para volver a pegarme hicieron que reprimiera una respuesta. Su mirada me lanzó una advertencia antes de que se levantara y apagara el porno *amateur* de la televisión.

Me froté las muñecas y me puse de pie, hice una mueca ante el dolor que sentía en los músculos y lo observé con cautela mientras se apoyaba sobre la cómoda con la atención puesta en el móvil. Seguro que le estaba enviando esa estúpida foto a papá.

Podría haberme dado una bofetada mucho más fuerte; una marca roja en mi mejilla habría mejorado el *selfi*. No estaba tan convencida de que quisiera hacerme daño. Tal vez podría hacer que entrara en razón. Tal vez podría librarme de esta con el alma intacta.

Aunque, por desgracia, toda mi confianza acabó por los suelos cuando habló.

—La ropa —dijo con los ojos todavía puestos en el móvil—. Quítatela.

Me quedé mirándolo mientras se me congelaban los pulmones.

Ya había visto todo lo que tenía que ofrecer, lo había grabado para verlo cuando quisiera, pero esa no era la cuestión. Cada nervio de mi cuerpo luchó por no someterse a su voluntad. La pacifista dentro de mí quería obedecer. Mi cerebro me ordenó que me desnudara, ahora, pero mi orgullo y, por algún motivo, mi corazón, tiraban de mí en la dirección contraria.

Tragué saliva y di un paso hacia atrás. El movimiento desvió su oscura mirada hacia mí.

No le entregaría mi alma al diablo.

Si la quería, iba a tener que arrancármela del pecho.

—No.

Su mirada se endureció y sostuvo la mía mientras dejaba el móvil sobre la cómoda para dedicarme toda su espeluznante atención. Mi determinación tembló como una cuerda floja. Retrocedí hasta que mis piernas chocaron con la cama.

—*Kotyonok* —me advirtió mientras daba un paso hacia mí—, «no» ya no está en tu vocabulario. Cuando te diga que hagas algo, lo harás con una sonrisa. Si no lo haces, la situación se volverá desagradable para ti. Quítatela.

Necesitaba saber qué tenía planeado para mí. Mi imaginación era un lugar tenebroso y estaba creando miles de maneras perturbadoras con las podría saciar su venganza. La incertidumbre

me atenazaba los pulmones con fuerza. Quería ver ya su peor faceta o la ansiedad me carcomería hasta ponerme gravemente enferma.

Con el corazón palpitando contra mis costillas, le aguanté la mirada.

—No.

Me miró durante un segundo y luego me alcanzó tan rápido que un grito me trepó por la garganta.

Ronan me lanzó sobre la cama y dejó caer su cuerpo sobre el mío. Me retorcí contra él y conseguí darle un rodillazo en la entrepierna. Cualquier ser humano se habría retorcido en el suelo para agarrarse las pelotas, pero este monstruo apenas hizo una pausa, cerró los ojos y dejó que un sonido bestial se escapara de entre sus apretados dientes.

Me aproveché de la distracción y me di la vuelta para arrastrarme por la cama y alejarme de él, pero me cogió del tobillo, tiró de mí, se volvió a colocar sobre mi cuerpo y me volteó para tenerme de frente.

—Has conseguido enfadarme —bramó—. No ha sido una buena jugada.

Cuando se sentó a horcajadas sobre mis caderas, intenté tumbarlo, pero no encontré ni un centímetro de margen para maniobrar. Me abrió la blusa de un tirón. Los botones se esparcieron por toda la cama.

Era muy pesado, inamovible. Si existía un Dios, habría hecho un flaco favor a este mundo poniendo el alma de este hombre en este cuerpo.

Luché contra Ronan con todas mis fuerzas clavándole las uñas redondeadas en el cuello. Gruñó y me agarró las muñecas con una mano para colocarlas con un rápido movimiento sobre mi cabeza mientras me bajaba la falda por las piernas. Hundí los dientes en su antebrazo.

—Ten cuidado —me amenazó—, me estás poniendo cachondo.

La prueba de ello se volvió evidente y dura contra mi vientre. La idea de lo que podría hacerme una vez ganara esta lucha, y la iba a ganar, se apoderó de mis pulmones. Una gélida oleada de miedo extinguió con un débil siseo la llama que sentía en el pecho.

Me quedé paralizada, lo cual encontró divertido.

El cuerpo me empezó a temblar mientras me quitaba el resto de la ropa. Me manejó como una muñeca, dándome la vuelta para desabrocharme el sujetador y sacarme la blusa por los brazos. Me deslizó el tanga por los muslos y, por instinto, o tal vez solo para fingir que tenía algo de control, levanté las piernas para que pudiera quitármelo.

Me quedé desnuda excepto por el collar de la estrella entre mis pechos.

Sentado sobre mis caderas, con las manos sosteniéndome las muñecas por encima de la cabeza, Ronan observó mi cuerpo debajo de él. Ni siquiera parecía cansado y yo ya había dado lo mejor de mí. El resentimiento se expandió por mi pecho. Necesitaba ver una respuesta humana en él. Necesitaba saber que tenía alguna posibilidad de sobrevivir a él.

Se inclinó hacia delante y apoyó el cuerpo sobre el mío. Estaba caliente al tacto y sabía que era porque ardía con las llamas del infierno. Sumergió la cara en mi cuello y me acarició, su voz sonó áspera y reprimida.

—¿Sabes cómo doman a los halcones?

Permanecí en silencio mirando perdida hacia el techo.

Recorrió mi garganta con los labios.

—Los encierran, les tapan los ojos y les dan de comer con las manos.

—Preferiría morirme de hambre.

Su risa fue ronca, interrumpida por sus labios pegándose a los míos mientras sentía su dura erección entre las piernas. Obviamente, la novedad no había desaparecido del todo. Nuestros cuerpos encajaban como si estuvieran hechos el uno para el otro. Menudo chiste.

Quería mostrar indiferencia, pero mis nervios vibraban con ansia y cada uno de sus roces despertaba una respuesta. El mero tacto de sus botones contra mi piel desencadenó un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo.

Deslizó las piernas entre las mías, me soltó las muñecas para agarrarme los muslos y clavó los dedos en mi delicada carne,

abriendo mis piernas de par en par antes de pegar toda su erección contra mí. El roce sobre mi clítoris hizo que un rayo de calor me atravesara y penetrara el temor como un chorro de agua caliente.

Mi corazón empezó a galopar de manera extraña en mi pecho, la facilidad con la que mi cuerpo lo había recibido me revolvió el estómago. Le agarré las manos y dejó que las alejara de mis muslos, pero solo porque ya estaba donde quería, mientras soltaba una exhalación muy humana al respirar.

Por supuesto, su única debilidad mortal tenía que ser la lujuria.

Le sostuve las manos entre las mías para intentar evitar que me tocaran y trastocaran mis sentidos, aunque la acción de repente ardía con intimidad, así que las solté.

—Por favor, no hagas esto —suspiré.

No me estaba escuchando. Estaba deslizando las palmas por las curvas de mis caderas, agarrándome por la cintura y pegándome más a su erección, lo cual envió otra ola de calor a mi columna vertebral. Una neblina y algo luminoso cubrieron la oscuridad de sus ojos mientras contemplaba sus manos sobre mi cuerpo. Estaba en otro lugar, el lugar al que los vikingos iban agonizantes con sed de sangre mientras saqueaban y violaban a mujeres.

No debería haberme resistido. O tal vez no debería haberme rendido hasta el final. Pero era una lucha inútil y ridícula que nunca iba a ganar y me preocupaba por mi propia batalla: el calor de su tacto intentando nublar el rencor de mi mente.

Colocó una mano junto a mi cabeza, se inclinó hacia delante y me besó el cuello, mordiendo la piel antes de succionarla y, sin duda, dejando un chupetón para otro infame *selfi*. Se me cortó la respiración. Me agarró un pecho y lo estrujó mientras me acariciaba el pezón con el pulgar. Me rebelé ante la provocadora sensación y un conflictivo sudor frío me empezó a recorrer la sangre.

No quería esto.

Pero mi cuerpo no parecía del todo convencido cuando empezó a recorrer mi cuello con un camino de besos y me acarició los pechos con la lengua. Estaba siendo sorprendentemente delicado. Tan delicado que lo odiaba.

Quería que me hiciera daño.

Quería dolor.

Porque entonces solo podría sentir odio.

Succionó uno de mis pezones y una avalancha de fuego alcanzó la presión vacía entre mis piernas. Intenté apartarlo, pero me agarró de las muñecas, las pegó contra el colchón y las aprisionó con un agarre de hierro. Pasó al otro pecho y rozó la tensa punta con los dientes antes de succionarlo. Me mordí la mejilla para reprimir el gemido que quería escapar.

Movió la cabeza hacia abajo y el calor húmedo de su lengua se coló en mi ombligo. El cuerpo se me tensó como la cuerda de un arco cuando hundió la cara entre mis piernas e inhaló. Su aliento caliente acarició mi clítoris y una fiebre se esparció en mi interior, derritiendo la tensión de mis músculos como mantequilla.

—*Kotyonok* —dijo, y el grave zumbido de su voz hizo que todo mi sexo palpitara—. Seguro que sabes tan dulce como hueles.

Nunca habría imaginado que esta sería su intención después de ganar.

Agarrándome al edredón con cada mano, luché contra la urgente necesidad de levantar las caderas hacia la humedad y el calor. Esta era solo otra manera que había encontrado de humillarme; de utilizar mi cuerpo a su gusto mientras mi mente todavía lo odiaba.

Suplicar y luchar no lo habían detenido y, mientras el pánico se arremolinaba en mi interior, mi boca soltó las primeras palabras que logró encontrar.

—¿Qué clase de sádico eres? ¿Consideras esto una tortura?

Me besó el muslo con la boca abierta y percibí una ligera sonrisa en su voz.

—No me apetece torturarte ahora mismo. Me apetece ver lo rápido que puedo hacer que te corras con la boca.

Obviamente, estaba seguro de que podía hacerlo rápido y odiaba saber, incluso en aquel momento, que era probablemente cierto. Mi cuerpo parecía no haber olvidado que le había proporcionado placer y comida; que había evocado un deseo desesperado dentro de mí que, por fin, me había hecho sentir viva. Todavía se seguía agarrando a ello con fuerza, y no estaba dispuesto a dejarlo marchar.

La vergüenza se me expandió por el pecho y me ardió en la parte trasera de los ojos.

Lo odiaba.

Me había degradado. Utilizado. Me había desgarrado el corazón. Y cuando había conseguido lo que quería, la cabeza de mi padre, me había tirado a la basura.

Con lágrimas en las mejillas, me transporté a algún lugar lejano. Algún lugar desolado y aburrido. Debió de sentir la repentina rendición de mi cuerpo antes de poner la boca sobre mí porque levantó la mirada hacia mi rostro. Me observó durante un largo y sofocante momento y luego se apartó.

Miré hacia el techo, el cuerpo me temblaba con cada suspiro de alivio.

Cuando volvió a acercarse unos segundos después, me cogió la muñeca y empezó a atarla al cabecero de hierro. No me resistí cuando pasó a la otra. Seguro que pensaba que era patética; débil, sumisa y con lágrimas en las mejillas. Pero ya no me importaba lo que pensara.

Me agarró la barbilla y me giró la cara para que lo mirara.

—Vas a estar atada hasta que aprendas a comportarte.

Lo atravesé con la mirada. Él se dio cuenta y la tensión en el aire me taponó los pulmones, luego se disipó y acabó depositándose en el suelo tan calmada y lánguida como agua estancada. Exhalé cuando el inesperado roce de su pulgar me recorrió la mejilla. Se deslizó sobre mis labios y tiró suavemente del inferior. Una caricia suave cargada de posesión.

—No me digas que ya he roto a mi mascota —dijo pensativo.

Todas las emociones contenidas durante años de obediencia emergieron a la superficie y se me iluminaron los ojos.

—Vete a la mierda.

Sonrió.

—Descansa, *kotyonok.*

Capítulo 15

acatalepsia
La imposibilidad de comprender cualquier cosa.

Mila

No me moví cuando la puerta se cerró detrás de él. Una corriente de aire frío me tocó la piel desnuda y me provocó un escalofrío. Estaba helada y desnuda, tenía las muñecas incómodamente maniatadas por encima de la cabeza, pero, de algún modo, logré quedarme dormida.

El autodesprecio era agotador.

Me desperté con el sol oblicuo sobre mi cuerpo y una incómoda presión en la vejiga.

Por primera vez, pude ver la habitación a la plena luz del día. Estaba tumbada en una cama matrimonial con un cabecero de hierro y un edredón blanco. Unas gruesas cortinas del color de la sangre enmarcaban la ventana delante de la cual había un rincón de lectura. Era un espacio grande y transmitía una riqueza tradicional rusa. Como no había objetos personales a la vista, supuse que estaba en una habitación de invitados.

Mis ojos se posaron sobre una puerta de madera entornada que conducía a lo que esperaba que fuera un baño. Necesitaba mear y no estaba dispuesta a hacérmelo encima y agregarlo a la larga lista de humillaciones.

Tiré de las cuerdas intentando liberar las muñecas, pero estaban tan apretadas que solo conseguí rasparme la piel hasta dejármela en

carne viva. Solté un gemido de frustración y forcejeé con fuerza, dispuesta a llevarme conmigo el cabecero si tenía que hacerlo.

Cuando oí la puerta, me quedé quieta.

Había una mujer de cabello oscuro en el marco de la puerta con unos vaqueros ajustados y una camiseta deshilachada sobre la ligera curva de su vientre de embarazada. Sostenía a una niña pequeña en la cadera que llevaba una camiseta *oversize* del grupo Possessed a modo de vestido y calcetines de punto hasta el muslo. Juraría que la niña me miraba juzgándome.

Durante un incómodo momento, pensé que esa mujer podía ser la novia de Ronan con su hija, pero entonces habló:

—Por favor, dime que esto no es una especie de juego de rol pervertido.

No sabía qué decir, pero mi expresión debió de revelarle todo lo que necesitaba saber.

Suspiró y murmuró:

—Mi familia política...

Pensé vagamente que podría tratarse de la cuñada que había mencionado Ronan, pero no tuve tiempo para reflexionar al respecto, porque apareció en la puerta un hombre con un elegante traje azul y una taza en la mano.

La mujer se recolocó a la niña en la cadera, me señaló con la cabeza y dijo con voz seca:

—Christian, mira lo que ha hecho tu hermano.

Se me tensó el cuerpo por la humillación cuando me miró, aunque parecía estar evaluando más la situación que no fijándose en que estaba completamente desnuda. Tenía un rostro impresionante, tallado en hielo a la perfección, y el mero roce de su mirada me hizo recordar aquella foto del despacho de Ronan.

Él era el otro niño.

Christian apartó la mirada y dijo simplemente:

—Es una Mikhailov.

—¿Qué es Mikhailov? —preguntó la niña.

La mujer se puso una mano en la cadera.

—Por mí como si es la hija de Satán...

—Casi —respondió él.

—Satán tiene cuernos. —La niña me miró con aire de decepción—. Ella no tiene cuernos.

Dejando a un lado a la niña rarita, ¿no era el hermano de Christian al que llamaban *D'yavol*? Odiaba que todo el mundo me mirara como si fuera una especie de monstruo. Ahora que sabía a qué se dedicaba mi padre, las miradas frías y temerosas que había recibido desde mi llegada a Moscú cobraban sentido.

—No voy a dejarla así —dijo la mujer.

—Mamá, ¿es mi cangura? —susurró la pequeña.

—Canguro. Y no, *cara mia.*

—Oh. —La niña hizo un puchero—. Pues creo que deberíamos dejar que se marchara, papá.

¿Cuántos años tenía esa niña? ¿La habían criado en un nido de víboras?

El hombre no pareció muy complacido con el hecho de que tanto su mujer como su hija se aliaran contra él, pero no discutió. Agarró a la niña y se giró hacia mí con una voz más fría que un invierno ruso.

—Como toques a mi mujer, lo que te ha hecho mi hermano de repente te parecerá divertido.

Tragué saliva.

La mujer puso los ojos en blanco.

—Es algo intensito, pero tiene buenas intenciones.

Intentó cerrar la puerta, pero él la detuvo con el pie y le dedicó una mirada cargada de sentido para que la dejara abierta. Ella sonrió con aire inocente como si quisiera decirle que iba a portarse bien. Cuando él se marchó por fin, la mujer esperó impaciente repiqueteando sus tacones de aguja de leopardo hasta que estuvo lo bastante lejos y luego cerró.

—Por cierto, soy Gianna. —Caminó hacia mí—. Seguro que tienes otro nombre aparte de Mikhailov.

Titubeé sin saber qué esperar de ella, teniendo en cuenta que su marido era aterrador y su cuñado debería estar internado. Finalmente, respondí:

—Mila.

—Es un placer conocerte, Mila. —Se sentó al borde de la cama—. ¿De dónde eres?

—De Miami.

—Vaya, me encanta Miami. Tienen la mejor comida cubana que he probado —añadió divertida—. Pero tampoco es que haya estado en Cuba.

La miré fijamente. No tenía ni idea de dónde me había metido, y empezaba a dolerme la cabeza.

Gianna forcejeó contra la cuerda de mis muñecas murmurando en un idioma que me pareció italiano. Hasta ahora era la persona más amable (aunque no sabía si estaba cuerda) con la que me había topado desde que llegué a Moscú.

—Aprendió a hacer nudos en la cárcel —dije de forma monótona.

—Entre otras cosas, seguro —respondió como si estuviera molesta —. Me pregunto si hizo un trío allí.

Se rio al ver mi expresión desconcertada.

—Lo siento, solo era mi aversión a las enfermeras de la cárcel. A veces pasa. —Finalmente, me soltó una muñeca antes de pasar a la otra e hice una mueca por el dolor de músculos al bajar el brazo —. Nunca había visto a Ronan atar a una mujer a la cama solo para dejarla ahí. Espero que solo sea una fase.

Estaba empezando a comprender que por aquí la locura era la norma.

—Eso espero —repuse secamente. A continuación, añadí con una pizca de inquietud—: ¿Su novia vive aquí?

Eso le hizo gracia.

—Estoy segura de que el infierno se congelaría antes de que Ronan se hiciera monógamo. —Hizo una pausa para mirarme y sus ojos se detuvieron en mi cuello, donde sabía que tenía un chupetón —. Aunque a decir verdad... esto me hace sentir un poco optimista.

No pensaba que estuviera bromeando.

No me gustaría nada saber cómo acabó con su marido.

—Creía que Nadia era su novia —dije lentamente.

Arrugó la nariz.

—No, gracias a Dios. Sería una cuñada horrible. Ya me imagino las conversaciones durante la cena.

Sentí algo de alivio al saber que no me había tirado al novio de nadie. Esa idea agravaba la ya retorcida situación. Sin embargo, en ese momento era la menor de mis preocupaciones.

—Intento mantenerme alejada de los negocios de mi marido y su hermano, pero a veces no puedo evitar escuchar a escondidas. Ronan tiene un problema con tu padre, no contigo. —Tiró de la cuerda con una palabrota en italiano—. Seguro que no tardará mucho en ceder y resolver la situación.

Parecía indiferente al hecho de que «ceder» implicara tener la cabeza de mi padre a modo de adorno decorativo en la repisa de la chimenea de Ronan. La desesperación me oprimió los pulmones mientras miraba al techo.

—Mi padre ya accedió a cambiarse por mí.

Arqueó una ceja.

—Entonces ¿por qué todavía te necesita Ronan?

—Para torturarme.

Se rio, pero calló cuando se dio cuenta de que lo había dicho en serio.

—Bueno... eso es interesante.

Como persona cuerda, habría usado otra palabra para definir la situación.

Soltó la otra cuerda y me bajé de la cama.

—Gracias, tengo que...

—Ve. Te buscaré algo de ropa.

Por suerte, la puerta entornada sí que daba a un baño y suspiré mientras orinaba. Me lavé las manos y la cara con una pastilla de jabón y luego encontré un cepillo de dientes nuevo en el cajón que usé para quitarme de la boca el sabor ácido de la fiesta de la noche anterior.

Volví a la habitación y de repente me sentí muy desnuda.

Gianna estaba sentada en la cama con una prenda de vestir en la mano.

—Aquí tienes.

Le di las gracias antes de ponérmela. Era una camiseta negra *oversize* con la cara de Elvis Presley y me llegaba hasta la parte superior de los muslos.

—Lo siento —me dijo—. Solo he podido conseguir esta camiseta. Ronan me ha lanzado una mirada fulminante que juraba venganza.

Notó mi expresión alarmada y sonrió.

—Te prometo que ladra más que muerde.

—Le vi cortarle el dedo a un hombre y va a matar a mi padre.

—Ah. —Arrugó la nariz—. Supongo que eso no lo deja en buen lugar, ¿verdad?

«En el peor de los lugares», añadí mentalmente.

Yo era ese tipo de persona.

—Lamento lo de tu padre. De verdad. Pero has caído en el inframundo y aquí las cosas no siempre son blancas o negras.

Reflexioné acerca de sus palabras mientras se movía hacia la puerta.

—Tengo que irme. Mi marido me ha dirigido una mirada que indicaba que no íbamos a quedarnos para la cena. Lo cual es una lástima porque Polina prepara el mejor *medovik.* —Se pasó una mano por la barriga de embarazada—. De todos modos, seguro que la próxima vez que nos veamos habrá menos cuerdas y más ropa.

Parecía optimista, pero yo solo veía partes de mi cuerpo en cajas de FedEx, el ataúd de mi padre y, si salía viva de esta, un mundo en el que vivir sola. Se me cerró el estómago y noté ardor en los ojos.

Gianna me miró con compasión y, con una mano en el pomo de la puerta, dijo:

—Tú recuerda... que tienes a una diosa en tu interior. —Salió al pasillo y se giró para mirarme—. Solo tienes que encontrarla.

Capítulo 16

strikhedonia
El placer de poder decir «a la mierda».

Ronan

Me encontraba en la biblioteca sentado detrás de mi escritorio con un puro apagado en la mano. Estaba conteniendo las ganas de fumármelo, porque mi hermano ocupaba el sofá junto con Kat dormida. Siempre eran bienvenidos, los hubiera invitado o no, pero me molestaba que hubieran elegido este momento.

El silencio flotaba en la habitación con sus gélidos ojos sobre los míos. Sabía que tenía algo que decir y sabía lo que era, pero, aun así, esperé.

—Hay una chica desnuda atada a la cama de la habitación de invitados.

Se me tensaron los músculos, rebelándose ante la idea de que la había visto desnuda, una extraña reacción teniendo en cuenta que nunca me había importado compartir mujeres, ni con mi hermano ni con nadie más. Pero me obligué a relajarme sobre el respaldo de la silla y decir:

—Es mi mascota.

Asumí que el origen de la incómoda sensación era el hecho de que yo era el que había encontrado a Mila. Había dedicado todo mi empeño. No quería que nadie más fuera testigo de su sufrimiento. Era mía.

—Tu mascota parece una Mikhailov.

—Porque lo es.

—¿Su padre no ha cedido a tus exigencias?

Recorté el extremo del puro con el cortapuros.

—Sí que lo ha hecho.

Me miró con esos ojos inquisitivos. Christian, o mejor dicho Kristian, como yo lo conocía, siempre había tenido la habilidad de ver más de lo que debía. Era molesto de cojones.

—Entonces, ¿por qué sigue atada a tu cama?

Entrecerré los ojos.

—Es mi mascota.

Apartó la mirada, obviamente había visto todo lo que necesitaba.

—Más te vale hacer el intercambio.

La exasperación se me encendió en el pecho, pero seguí utilizando un tono indiferente.

—Yo no te digo cómo hacer tu fantástico trabajo de oficina, así que no me digas cómo hacer el mío.

Me sorprendía que Alexei hubiera cedido tan rápido.

Y no me gustaban las sorpresas.

Aunque algo más, algo visceral, violento, me atravesó al pensar en renunciar a Mila antes de conseguir lo que quería de ella. Tenía una idea mejor: prolongar el sufrimiento de Alexei reteniendo a su querida hija durante un tiempo. Si esto fuera un ojo por ojo, le enviaría su cuerpo mutilado. Pero no quería arruinar su piel. La quería desnuda debajo de mí, con sus uñas clavadas en la espalda mientras comprobaba cuántas veces podía lograr que se corriera. La necesidad rugía en mi interior, ardiente e implacable. Estaba seguro de que una vez obtuviera lo que quería, esta obsesión se apagaría.

Entonces podría tenerlo todo.

—Tiene un chupetón en la parte interna del muslo —mencionó Kristian como si nada.

Mi mirada podría haber matado a cualquier hombre. Le podría haber enfundado un hábito de monja a Mila en lugar de dejarla desnuda, aunque, incluso así, mi hermano seguiría con alguna observación provocativa. Ahora me estaba arrepintiendo de tener mi casa siempre de puertas abiertas para él.

—La gente normal tiene pasatiempos normales —dije—. ¿Por qué no te buscas uno que no incluya diseccionar a todos los que te

rodean?

Una sonrisa jugueteó en su mirada.

—Tú eres el doble de retorcido que yo.

—El hecho de que encuentres más preocupante que le coma el coño a una mujer y no que la tenga retenida no dice lo mismo.

—Simplemente creo que lo primero es raro en ti. E interesante.

—Crees que los publirreportajes son interesantes, así que perdóname si no me tomo muy en serio tu curiosidad sobre mi vida sexual.

Podía contar con los dedos de una mano las veces que había practicado sexo oral. Todos esos encuentros habían tenido lugar cuando era un adolescente salido; cuando no podía evitar comerme un coño si me lo ponían delante. Pero una vez me había familiarizado con ello, el deseo se esfumó con el recuerdo de mi infancia de ver el acto sexual a través de la agrietada puerta de un armario, incluyendo el trabajo diurno como prostituta de mi madre y las aberraciones enfermizas a las que ella y sus clientes sometían a mi hermano. El único culpable de que casi le comiera el coño a Mila era el hecho de que verla desnuda, atada y a mi merced me había puesto muy cachondo.

Gianna entró en la habitación y fue a por su maleta junto al sofá. Mis ojos siguieron sus movimientos mientras cogía algo del caótico montón de ropa que había en el interior. Me miró. Mi expresión se oscureció para decirle que, si vestía a mi pequeña cautiva, le enseñaría a su hija todas las palabrotas que conocía en ruso. Y entre vivir en la calle y la cárcel, conocía unas cuantas.

Me lanzó una mirada asesina y desapareció por la puerta.

—Más le vale a tu mujer no liberar a mi garantía —dije con el puro entre los dientes.

—Ni que fuera a irse muy lejos.

Ochenta hectáreas de paisajes remotos rodeaban la casa. Era un camino de cuatro horas a pie en el mejor de los casos. Incluso si Mila lograba salir de excursión bajo la nieve antes de que pudiera cogerla, tendría a los cinco mil hombres de mi arsenal pisándole los talones. Nunca conseguiría salir de Rusia.

Mi hermano trabajaba para el director corrupto del FBI y probablemente podría encontrar a Alexei si se lo pidiera. Así acabaríamos con esta pantomima. Pero esta era mi lucha, no la suya.

—¿Cómo te está tratando la vida con un solo coño? —pregunté arrastrando las palabras.

Su mirada se endureció.

Una sonrisa bailó en mis labios. Era muy susceptible a los comentarios sobre su querida mujer. Nunca le había gustado demasiado compartir, pero ahora todas las conversaciones sobre tías estaban terminantemente prohibidas. Ni siquiera parecía importarle una mierda que una mujer lo tuviera cogido por los huevos. Nunca pensé que llegaría ese día. Nuestra madre se encargó de meternos mucho odio en el cuerpo, al menos en sentido figurado. Aunque... la analogía me enterneció, y una risa oscura se formó dentro de mí.

—No me has contado mucho sobre tus últimas hazañas —dijo—. Bueno, excepto por la adolescente que tienes en la cama.

Di golpecitos en la mesa con el puro mientras le sostenía la mirada.

—He estado ocupado.

—¿Demasiado ocupado para Nadia Smirnova?

Cuando éramos más pequeños, yo era el secuaz que siempre acompañaba al ridículo de mi hermano. Siempre tenía que esforzarme un poco más con las mujeres, lo cual solo hizo que me volviera un experto en caza. Me habían bastado quince minutos para follarme a la cantante de ópera y leyenda de los azotes Nadia Smirnova, boca abajo sobre mi escritorio hacía un año. Era fácil y estaba dispuesta a todo, aunque sus celos se estaban convirtiendo en un problema y ya no me valía la pena.

—A Nadia le gusta que la abofeteen cuando se corre. Está empezando a cortarme el rollo.

—Encantador.

Me reí.

Sus ojos se posaron sobre las marcas de uñas que tenía en el cuello.

—Parece que todavía no has domado a tu mascota.

Me volví a acomodar sobre el respaldo de la silla.

—Las cosas buenas llevan tiempo.

Se puso de pie y cogió a Kat en brazos.

—Tienes la venganza al alcance de la mano. —Se detuvo delante de la puerta y se volvió para mirarme—. Te recomiendo que la cojas y dejes de jugar con la comida antes de que te muerda.

Reprimí la respuesta. Era algo sobre asegurarle que no iba a devorar a mi mascota, al menos de la manera que él estaba sugiriendo, y también que eso solo le daría más munición que usar en mi contra.

—Vamos a buscar otro sitio donde alojarnos, ya que parece que la habitación de invitados está ocupada.

—Tengo diez más. Podéis elegir.

—No estoy muy seguro de que este ambiente sea apto para familias con niños.

—Creo que es inútil proteger a Kat. Probablemente tiene varios planes para acabar con su futuro hermano. —Era una broma, pero realmente pensaba que rebajaría a su hermano al estatus de esclavo.

Kristian no la encontró divertida.

—¿Cuánto tiempo vais a estar aquí? —pregunté.

—Unas pocas semanas. Gianna quiere pasar algo de tiempo aquí antes del nacimiento del bebé.

En cuanto se fue, encendí el puro, inhalé y puse los pies sobre el escritorio.

No esperaba que Mila opusiera resistencia. Tampoco esperaba perder la cabeza una vez estuviera desnuda. Era demasiado, joder. Demasiado que tocar, demasiado con lo que jugar. Sus piernas largas y su piel suave e impecable. Su recién descubierto odio y sus ojos alterados. Quería verlos reblandecerse cuando por fin me metiera en lo más profundo de ella.

Mis pensamientos se interrumpieron cuando Viktor apareció bajo el marco de la puerta. El tatuaje de la hoz y el martillo comunista en su cabeza afeitada resplandeció bajo la luz. Se lo había hecho en la cárcel con una aguja de coser de contrabando y goma quemada del

tacón de su bota. Yo tenía más de un recuerdo del tiempo que había pasado hacinado en las celdas de Butyrka. Tinta y alianzas incluidas.

—Nikolay vuelve a ser un problema —me dijo en ruso.

Ese *vor* siempre había ganado dinero suficiente a costa de la evasión de impuestos y de un viejo concesionario de coches de segunda mano, o, mejor dicho, del prostíbulo de su sótano.

—Lo han arrestado por prostituir a una niña de doce años.

Mordí el puro con un latigazo de fuego en el pecho. Honestamente, odiaba el negocio de la prostitución. No tocaría esa industria ni con un palo si pensara que podía erradicarla de las calles de Moscú para siempre. Ni siquiera Dios podría conseguir eso, así que por qué no capitalizarla.

Pero los pedófilos... Eran lo que más detestaba. Sábanas manchadas de sangre, una colonia empalagosa y el molesto sonido metálico de las monedas sobre una mugrosa mesa plegable. En la cárcel, los marcaban con un tatuaje de una sirena, si es que permanecían fuera de mi vista el tiempo suficiente como para tatuarse antes de que los matara de una paliza con mis propias manos.

—¿Dónde está? —pregunté.

Viktor me dio el nombre de un calabozo en el que trabajaban varios policías que tenía ya comprados.

—Envíale a la mujer de Nikolay una tarjeta con mis condolencias —dije.

Viktor se marchó sin decir una palabra. Nikolay sería hallado colgado en su celda a la mañana siguiente.

Exhalé un anillo de humo mientras observaba el pendiente falso con forma de corazón que descansaba sobre mi escritorio. Mi pequeña vegana no llevaba ni pieles ni diamantes. Su tierno corazón era impensable teniendo en cuenta su apellido, pero también escondía fuego en el interior.

Quería comprobar cuánto quemaba ese fuego.

Y luego quería apagarlo.

Quería a Mila, pero la quería conmigo por voluntad propia. Sus lágrimas me enervaron. Ni siquiera la expresión de sorpresa en su mirada cuando le di una suave bofetada me sentó bien. Nadia habría

estado arrodillada a mis pies en menos de un segundo, y no me habría mirado como si hubiera estrangulado a una cría de ballena jorobada.

Al parecer, no iba a lograr someter a esta chica a base de bofetadas, lo cual hacía las cosas un poco más complicadas. Sobre todo, porque no podía soportar sus disculpas. Me recordaban que era inocente en todo esto. Hacían despertar mi conciencia, y eso no iba a funcionar.

Después de la noche anterior, sentía que no podía fiarme de mí mismo con ella, no con las marcas de sus uñas en el cuello y sabiendo que había tenido el valor de morderme. La dejaría tranquila durante unos días para dejar que el fuego se extinguiera.

Mientras tanto...

El nombre de Ivan pasó por mi mente mientras exhalaba una nube de humo blanca. Un suspiro de tensión me puso en alerta.

Una vez hubiera acabado con ella, quería encontrar al hombre que se había pedido a mi mascota.

Capítulo 17

kakistocracia
Que gobierne la peor persona del mundo.

Mila

Toc. Toc. Toc.

Estaba sentada en el asiento de la ventana y daba golpecitos al frío cristal, intentando llamar la atención del conejo solitario que había en el páramo de nieve. Se había hecho mi amigo durante los últimos cuatro días. Los cuatro días que había pasado encerrada en esta habitación.

Una mujer de mediana edad con un moño apretado, el permanente ceño fruncido y un vestido negro que parecía de época medieval me traía la comida tres veces al día.

—Puedes llamarme Yulia. Soy el ama de llaves. No me gusta el desorden. —Así se había presentado.

No contesté, preocupada al ver que la puerta constantemente cerrada por fin se había abierto. Di un paso hacia ella, pero me quedé petrificada cuando vi a un hombre en el pasillo con un rifle de asalto ante el pecho. Supuse que, si echaba a correr, me perseguiría una lluvia de balas.

Por lo que había visto desde el ventanal, estaba en la segunda planta de una casa aislada. Enorme y hecha de piedra con nada más que nieve y árboles a su alrededor. Aunque rompiera el cristal y consiguiera bajar de un salto sin romperme la pierna, dudaba que pudiera llegar muy lejos con una camiseta de Elvis como único abrigo.

El primer día rechacé todas las comidas, lo que me valió una mirada condenatoria de Yulia y una advertencia de que iba a meterme en problemas.

El segundo día, cuando rechacé el desayuno, me entregó una nota.

Cada comida que rechaces será un día más que pases en esa habitación.
Piénsatelo bien, kotyonok.

Tiré la nota por el retrete. Cuando rechacé el almuerzo, Yulia me entregó otro papel.

Solo se me ocurre que mi mascota quiere que le dé de comer con la mano.
Pero para que lo sepas, la idea de meterte los dedos en la boca me la pone dura.

Me comí la siguiente comida.

Pasé horas en ese dormitorio sin nada que hacer ni nada que ver excepto el porno casero de la televisión. Lavé toda mi ropa en el baño con una pastilla de jabón y me duché más a menudo de lo que era necesario solo por puro aburrimiento. Y tal vez por vengarme un poco de Ronan, haciendo que su factura del agua se disparara.

Pronto me di cuenta de que la soledad era la peor de las torturas. Sobre todo, cuando tenía tantas dudas. Me pregunté si papá sería el responsable de la muerte de aquel niño y, de ser así, si le daría la espalda por ello. Claramente, yo no era la persona honrada que creía ser, porque me sentía incapaz de hacerlo.

La verdad era que el amor era egoísta. Un avaricioso monstruo sin moral que corrompía mis principios fundamentales. La lealtad venía de la mano y me apretaba con fuerza la garganta.

Tanto mis pensamientos como las paredes se cerraban más con el paso de los días.

Volví a golpear el cristal y mi amigo peludito me miró y movió la nariz.

—Supongo que solo estamos tú y yo, pequeño —susurré.

En ese momento, descendió un águila desde el cielo con las garras extendidas y se llevó mi conejo. Solo quedaba un páramo de nieve desierto.



Me desperté en medio de la oscuridad con la Mujer de Negro a mi lado.

Se me escapó un jadeo de terror y me pegué al cabecero. Enfoqué los ojos en la habitación iluminada por la luna y suspiré de alivio. El fantasma solo era la flacucha ama de llaves.

—Por Dios —espeté—. ¿A ti qué te pasa?

Yulia arqueó una ceja, se movió hasta la puerta y encendió la luz. Le temblaban los hombros por una risa silenciosa. Con el corazón todavía a mil por el brusco despertar, parpadeé ante el resplandor de la luz del techo.

—Se requiere tu presencia abajo, *devushka.*

Las palabras se asentaron en mi piel como una pasta espesa y sofocante y todo se quedó en silencio. Miré el reloj de la pared y vi que eran las doce. Lentamente, dije:

—Es medianoche.

Yulia me quitó el edredón y empezó a doblarlo a los pies de la cama.

—«La pereza conduce al sueño profundo, el holgazán pasará hambre».

¿Acababa de llamarme vaga? Y, lo más importante, ¿había citado la Biblia mientras estaba sirviendo al diablo? No me detuve a reflexionar sobre su locura. Los pensamientos irónicos se alejaron flotando en un frío oleaje de ansiedad.

No había visto a Ronan desde que me había encerrado hacía días. Supuse que tenía tantas maldades de villano en la mente que se había olvidado de la cautiva que tenía en su habitación. La soledad era un alivio y un infierno al mismo tiempo.

Pero parecía que acababa de acordarse de mí.

Tal vez hubiera decidido intercambiarme por mi padre a medianoche por algún tipo de simbolismo. O tal vez fuera ahora cuando empezaba la auténtica tortura. Quizá había decidido que la mejor venganza era matarme a mí.

Mi imaginación conjuró un circo en mi cabeza y me mostró los destellos de mi muerte: Ronan empujándome a la nieve, unos dedos tatuados agarrándome el pelo y obligándome a arrodillarme, su comportamiento caballeresco y un chasquido al meterme la bala entre los ojos.

Un temblor se apoderó de mí y cogí el edredón que estaba apartando Yulia en busca de algo a lo que aferrarme.

—No voy a bajar.

Tiró del otro extremo del edredón con los ojos entornados.

—*Da, ty poydesh.* —«Sí que vas a bajar».

Volví a tirar.

—*Nyet, ya ne poydu.* —«No voy a bajar».

Me fulminó con la mirada.

—Levántate. Ya los has hecho esperar bastante.

«¿Los?».

Esa palabra me devastó en cuerpo y alma. El edredón se me escurrió de entre los dedos. Yulia lo apartó con expresión triunfal, aunque su regocijo se perdió bajo el miedo que se apoderó de mí.

Puede que Ronan no solo me matara. Quizá me haría pasar antes por todos sus hombres. Me entraron náuseas. Tantas que no podía moverme. Se me aceleró la respiración y noté una presión en el pecho. El pánico desató una tormenta en mi interior y estaba a punto de abandonar la realidad y caer en la oscuridad, pero la sensación de falta de aire se desvaneció cuando Yulia colocó una tela sedosa sobre la cama.

La miré.

Era un vestido blanco y modesto y parecía lo bastante largo para llegar hasta el suelo incluso con mi estatura, así que no debió de ser fácil de encontrar. ¿Por qué haría Ronan el esfuerzo de enviarme este vestido si sus hombres iban a quitármelo?

De un modo inquietante, se me aflojó la presión de los pulmones al pensar que quizá solo quería matarme.

Pero me negaba a morir con un Gucci.

De alguna manera, la imagen de mi cuerpo en una congelada tumba con los buitres mordiendo mi cuerpo adornado con un vestido de lujo me hizo gracia. Una carcajada histérica y desquiciada se me

formó en el estómago, me subió temblando por el pecho, y se me escapó e hizo que me brotaran lágrimas en los ojos. Yulia me miró como si estuviera a punto de ser internada. Me calmé poco a poco, me limpié las lágrimas y me dirigí hacia la puerta.

—Tienes que vestirte, *devushka.*

No me detuve.

Su voz se endureció.

—Se enfadará.

Unos días antes esa frase me habría dominado y habría controlado todos mis movimientos como si fuera una marioneta accionada por sus hilos. Ahora, con la alegría desenfadada en las venas y mi muerte en el horizonte ya no tenía poder sobre mí.

—No llevo seda —dije al pararme en la puerta para echarle un rápido vistazo al vestido—. Pero puedes quedártelo. —Me fijé en el uniforme rígido que probablemente no se quitara ni para dormir—. Parece que te vendría bien tener algo de variedad en el armario.

Su gruñido me siguió hasta el pasillo.

—¡Yo no llevo blanco!

Ese día, yo tampoco.

Si era una virgen de camino al sacrificio, iría vestida con ropa negra prestada.

Capítulo 18

fress
Comer sin reservas y a gusto.

Ronan

El sudor y la animosidad envolvían el comedor como una sombra empalagosa, aunque reinaba un silencio que permitiría oír la caída de un alfiler. O simplemente los chirridos de mi tenedor.

No era una cena a la que estuviera acostumbrado, y no debido a la presencia de dos de los hombres de Alexei, cuyos cuerpos y egos magullados estaban atados a sus sillas, sino a que prefería cenar a las ocho.

Polina entró para retirar mi plato vestida con su camisón y un gorro para dormir con adornos. No cabía duda de que la curiosidad la había sacado de la cama, no el deseo de servirme; cotillear y cocinar eran dos de sus mejores talentos. El segundo era el que la había convertido en la única mujer con la que había considerado casarme, a pesar de que me sacara veinte años y probablemente pesara más que yo. La pobreza que sufrí en la adolescencia y cuatro años de comer en la cárcel me habían enseñado a disfrutar de la comida más que la mayoría de la gente.

Cuando Polina se quedó ahí parada observando a mis invitados, le dije en ruso:

—Eso es todo.

Prácticamente salió de un respingo de su indiscreto estupor y murmuró «por supuesto» antes de abandonar la habitación con tanta prisa que se le cayó el gorro. Estiró el brazo a través de la

puerta y su mano lo buscó hasta dar con el gorro de volantes, entonces el resto de mi cocinera desapareció.

Alexander, el sobrino de Alexei, miró la escena con desdén, pero no dijo nada. Probablemente porque había sido advertido de que, si decía una palabra, le cortaría la lengua. No había nada más repugnante que escuchar cantinelas sentimentales de lealtad hacia Alexei mientras comía.

Albert estaba sentado al extremo de la mesa con los ojos fríos y los brazos cruzados. Viktor estaba junto a él, ambos lanzando a mis invitados miradas asesinas. La sobrecarga de rivalidad y testosterona estaba empezando a provocarme sed. Y aburrimiento.

Me acomodé en la silla, recorté el extremo de un puro y me pregunté si Mila se dignaría a aparecer en algún momento o tendría que arrastrarla hasta aquí. La paciencia era una virtud. Era el único motivo por el que le había dado cuatro días para jugar a la cautiva aislada en mi habitación de invitados. Claro que las circunstancias y el objetivo no eran tan virtuosos. La soledad era una forma fácil de hacer llorar hasta al hombre más fuerte.

Me encendí el puro y me pregunté si el aislamiento habría cambiado el temperamento de Mila; si habría atenuado su odio y la habría convertido en una mascota buena y sumisa. La idea me latió en la polla y una necesidad muy impaciente de saber cómo se comportaría se expandió. Encontré ambas reacciones irritantes, así que, en lugar de ceder a las ganas de ir a por ella, decidí esperar unos minutos más.

Le hice un gesto a la sirvienta que tenía al lado para que me sirviera más bebida. Como siempre, la chica se movió más sigilosamente que un ratón en una iglesia. Hasta chilló como uno cuando la agarré de su temblorosa muñeca para que no me llenara la copa de más. El sonido expresaba dolor, y sabía que no le había hecho daño.

—*Izvinite pozhaluysta* —murmuró. «Lo siento».

Mi apretón sobre su muñeca levantó un centímetro la manga de su vestido blanco, dejando al descubierto un moratón y el origen de su dolor. La solté y empezó a limpiar el vodka derramado mientras murmuraba disculpas desesperadas.

La chica, cuyo nombre debería conocer pero no era el caso, se puso una mano sobre la frente y se balanceó, claramente mareada. Sabía que la culpa la tenía la mecha corta de su padre, era uno de mis sicarios más fiables. Normalmente no me metía en los dramas familiares de mis hombres, pero le di a Viktor la orden silenciosa de que hablara con él. Las buenas sirvientas eran difíciles de encontrar y no era de mi agrado que abusaran de la mía hasta tal punto que no pudiera desempeñar bien su trabajo.

—Vete —le dije a la chica—. Ya no te necesito más por esta noche.

Salió de la habitación sin decir una palabra.

Los ojos de Alexander se llenaron de repulsión, seguro que pensó que solía dar palizas a mis sirvientas. Apenas arqueé una ceja ante la graciosa muestra de valentía. Su acompañante estaba sudando la gota gorda y solo un instante lo separaba de empezar a suplicar por su vida.

Por fin, Mila apareció bajo el marco de la puerta.

Me saqué el puro de la boca, entrecerré los ojos mientras se deslizaban por su cuerpo y la estúpida camiseta que Gianna le había dado y que casi no le cubría el culo. El Elvis sonriente en el medio era la única persona feliz en la habitación.

La ira, ardiente y embriagadora, se expandió a través de mí, aunque algo más se entremezcló con ella, algo misteriosamente satisfactorio. Puede que fuera la confirmación de que le seguían quedando ganas de luchar, aunque era más probablemente el hecho de que más tarde le azotaría el culo por esto.

—Ven aquí, *kotyonok.*

Dudó un instante antes de obedecer, pero no me miró a los ojos. Había reservado una silla para ella a mi lado, pero como había desobedecido a mi orden de vestirse y ni siquiera me había dirigido la mirada, tiré de su tenso cuerpo para acomodarlo sobre mi regazo.

La postura rígida de Mila me dijo que no podía estar más incómoda en esa posición, pero no expresó su queja. Ignorando a los hombres atados y magullados con una indiferencia que su corazón acelerado desmentía, Mila decidió que quería tomar postre.

—¿Eso es *medovi*...?

El resto de la palabra fue un chillido sin aliento cuando le coloqué mi posesiva mano sobre el coño bajo la mesa.

O era la maldita mejor provocadora del planeta o a Gianna no le gustaba prestar su ropa interior. Sentí su vulva caliente y desnuda contra mi mano y la erección que tenía desde que el culo de Mila se había apoyado en mi regazo se volvió dura como una roca.

—¿Qué llevas puesto? —le pregunté tenebrosamente al oído.

Jadeó mientras tiraba inútilmente de la mano que tenía entre sus muslos, pero aun así logró burlarse de mí con una obviedad.

—¿Una camiseta?

No podía decidir si su ironía me enfadaba o me ponía aún más cachondo.

—¿Por qué no te has puesto lo que he preparado para ti?

—No me gusta la seda —respondió con ardor.

Debería de haber sabido que no le parecería bien el abuso de los pobres gusanos de seda.

Estaba a un segundo de arrastrarla al piso de arriba y obligarla a ponerse ese vestido, pero su respuesta cambió las cosas. Tenía un buen corazón. No quería destrozarlo. Quería tenerlo en la palma de la mano.

Y ahora mismo mi mano estaba ocupada.

Le hice una caricia de advertencia. Contuvo la respiración y arqueó la espalda en un intento de zafarse de mi agarre, pero cuando se dio cuenta de que luchando no llegaría a ninguna parte, se quedó quieta y me clavó las uñas en la mano.

Una tenue chispa de intranquilidad brilló en los ojos de Albert. Los míos le dijeron que cogiera sus preocupaciones y se fuera a la mierda con ellas. Desvió la mirada hacia Alexander, cuya expresión echaba humo.

Cuando la hostilidad en la habitación se volvió demasiado abrasadora como para ignorarla, Mila por fin se fijó en nuestros invitados. Pareció dirigir su atención hacia el de la cara bonita.

—No te emociones demasiado, *kotyokok* —dije arrastrando las palabras—. Es tu primo.

Separó los labios, la tensión en mi mano se relajó y empezó a analizar la escena y a Alexander con más atención, desde las

muñecas atadas hasta el hombre sentado a su lado y el revólver que había en la mesa.

Acaricié su suave muslo con el pulgar.

—¿Qué mejor momento para una reunión familiar?

Tragó saliva y, sin disimular la repugnancia que sentía hacia la cena que había organizado, dijo:

—Un funeral sería mejor que esto.

Una sonrisa se dibujó en mis labios.

—Como podéis ver, todavía estamos trabajando en los modales de mi mascota.

A Mila no le gustó el apodo degradante o mi crítica hacia su educación, porque me clavó las uñas en la mano dejando pequeñas lunas crecientes, aunque sin sangre, tras de sí.

Tenía su pelo en la cara, rizado, indomable y expulsando un leve aroma a verano. Aunque normalmente me irritaría tener encima a una mujer resentida con aroma a inocencia y a luz del sol, todavía no me sentía así.

—¿Recuerdas lo que le dije a tu papá? —le pregunté.

Sacudió la cabeza con los ojos clavados en Alexander. Podía decir que esta era la primera vez que tenía la mano entre los muslos de una mujer mientras esta miraba a otro hombre con devoción. El hecho de que fuera su primo no ahogó la frustración que cobró vida.

Le presioné el clítoris con el pulgar y empecé a acariciarlo con movimientos circulares. Intentó ignorarme mientras su piel desnuda se cubría de escalofríos. La sutil reacción, sentir lo suave y húmeda que estaba... «Joder». Cuando seguí con los movimientos, su respiración se convirtió en pequeños jadeos y un rubor rosado trepó por su cuello. Volvió la cara contra mi cuello y susurró:

—Por favor, no.

Las delicadas palabras me recorrieron sigilosamente la columna vertebral, derritieron la ira y la convirtieron en un líquido que se enroscó en mi entrepierna. Con su atención puesta de nuevo en mí, aparté la mano. Tal vez porque «por favor» había salido de sus labios. O tal vez porque sabía que podía hacer que se corriera en una habitación llena de hombres y a algo dentro de mí no le gustaba esa idea.

—Le dije a tu papá que si lo encontraba en Moscú antes de invitarlo necesitaríamos muchas cajas de FedEx para enviarte a casa. —Le acaricié la mandíbula con un dedo—. *Ty pomnish eto?* —«¿Te acuerdas?».

Sus ojos, azules, iridiscentes y cautelosos, por fin se encontraron con los míos. Sacudió la cabeza como si se le hubiera olvidado por un despiste. Quería sonreír porque, joder, era adorable. Pero el hecho de que fuera muy raro que pensara eso de alguien que no era mi sobrina suprimió el impulso.

—Teniendo en cuenta que no he encontrado a tu papá, sino a dos de sus hombres, tenemos que replantearnos cómo actuar. —Metí la mano en el bolsillo de mi traje y dejé una bala dorada sobre la mesa —. Ya que te gustan tanto los juegos, ¿por qué no jugamos a uno al estilo ruso?

Se quedó mirando la bala durante un largo segundo antes de que Alexander interrumpiera el espeso silencio.

—Ella no tiene nada que ver con esto —espetó.

Viktor se puso en pie para cortarle la lengua a Alexander por hablar, pero lo detuve con una mano y se volvió a sentar.

Cuando me encontré con la severa mirada de Albert, me di cuenta de que todos los que estaban en esa habitación creían que Mila estaría al otro lado del cañón con unas probabilidades de una entre seis. Una risa seca me invadió al comprenderlo.

No iba a disparar a Mila.

Ni siquiera me la había follado aún.

Albert pareció calmarse ante lo que fuera que viera en mi expresión, pero yo ya no me estaba riendo. Endurecí la mirada para decirle que haría lo que deseara con Mila y él no intervendría. Mientras me sostenía la mirada, un calor oscuro y despiadado emergió ante la idea de que podría estar desafiándome. No quería enfrentarme a Albert y no porque pensara que me ganaría. No lo haría. De hecho, darle una paliza casi mortal en la cárcel después de que insultara a mi hermano a pesar de que medía diez centímetros y pesaba diez kilos más que yo fue una de las razones por las que me gané su lealtad. También era... un amigo. La palabra sonaba un

poco melodramática y amarga, pero era la más cercana que tenía para describir nuestra relación.

Cuando apartó la mirada y se rindió, sentí un destello de resentimiento hacia Mila. No solo estaba jugando con mi cabeza, sino también con la de mis hombres, así que seguí fingiendo que tal vez no viviría para contarlo solo para ver su reacción.

—¿Quieres hacer los honores, *kotyonok*?

—Espera —gruñó Alexander—. Nosotros merecemos el castigo, no ella.

—Cállate —susurró su amigo, y, si no me equivocaba, le pegó una patada a Alexander debajo de la mesa.

Mila frenó la pelea. Cogió el revólver y deslizó la bala dentro de uno de los cilindros, luego la miró como si estuviera pensando en apuntarme con ella. Con una risita, se la quité de las manos antes de que pudiera llevarlo a cabo.

Cuando apunté a Alexander con el revólver, ocurrieron dos cosas sorprendentes. El sobrino de Alexei pareció aliviado y Mila, bueno, por fin actuó como si le importara nuestro jueguecito.

—¡No! —Luchó por escapar de mi regazo, pero la agarré con fuerza, aunque fuera solo para evitar que toda la habitación viera algo que me pertenecía.

—Pensaba...

Arqueé una ceja.

—¿Pensabas qué? —Jamás me había suplicado por su vida, pero iba a hacerlo por la de dos hombres que no conocía. Ese acto estúpido y altruista fue lo más irritante que había experimentado nunca.

—Pensaba que...

—*Hvatit.* —«Basta». No podía escuchar otra palabra de su boca en ese momento. La agarré de la barbilla y pegué sus ojos contra los míos—. Tú y yo, *kotyonok*... —Le acaricié la mejilla con el pulgar y suavicé la voz—. Todavía no hemos terminado.

No parecía convencida, así que me acerqué más a ella y sellé la promesa con un breve beso. Estaba tan rígida como una estatua, pero sus labios eran suaves, maleables, cálidos y, de alguna manera, todavía sabían a fresa.

El fugaz roce de su boca sobre la mía intensificó el dolor que sentía en la polla hasta convertirlo en un brutal latido y sentí un ápice de ironía. Necesitaba un polvo si un simple beso despertaba en mí una reacción más fuerte que la lengua de una mujer sobre mi polla.

Apreté el gatillo.

Clic.

Antes de que Mila terminara su suspiro de alivio, se sobresaltó cuando disparé al hombre. El estallido reverberó en las paredes de la habitación. Salió humo del cañón y su cuerpo sin vida cayó sobre la mesa. Mila temblaba sobre mí con una mano en la boca.

—Supongo que al final sí que vamos a asistir a un funeral —dije con sequedad.

La mesa se bañó de sangre y entrecerré los ojos cuando esta alcanzó mi postre.

—Voy a... —Mila se fue apagando, su cabeza se ladeó y acabó inconsciente en mis brazos convertida en una comatosa maraña de pelo rubio y piernas.

—¿Qué cojones le pasa? —preguntó Alexander. Su mirada cautelosa se clavó en Mila y ni siquiera echó un ojo al hombre muerto que tenía al lado.

Tras ajustar el peso de Mila para que su cabeza descansara sobre mi hombro, cogí mi puro e inhalé mientras observaba su cuerpo inconsciente con una falsa mirada de preocupación.

—No estoy seguro. ¿Crees que necesita comer? —Solté una nube de humo y miré a Alexander con los ojos brillantes—. Pensaba que las mujeres Mikhailov solo necesitaban sexo para sobrevivir. —Por alguna razón, no quería que se enterara de su fobia. Esos pequeños detalles eran míos.

—Hijo de puta —escupió con furia—. Ella no es su madre.

—Ahórratelo —dije, aburrido—. Ya lo he oído antes.

—Suéltala. Puedes quedarte conmigo.

—Tentador, pero no eres mi tipo. —Le lancé una mirada a Viktor para que se lo llevara—. Desnúdalo —ordené—. Puede volver arrastrándose a Alexei como un perro apaleado. —Mirando a

Alexander a los ojos mientras Viktor lo levantaba de un tirón, le dije —: Asegúrate de contarle a Alexei lo bien que le va a su hija.

Me asesinó con la mirada.

—Vete a la mierda.

Viktor le dio un puñetazo en el estómago antes de golpear su cara bonita contra la mesa. Suspiré cuando la sangre salpicó mi trozo de tarta.

—Cuidado con los lobos —añadí mientras lo arrastraba hacia fuera —. Aunque espero que tengan mejor gusto.

—Vete a la mierda, *D'yavol*...

Viktor lo empujó fuera de la habitación.

Me acomodé en mi silla y le dirigí una mirada irritada a Albert antes de que se levantara y saliera por la puerta. Estaba exhalando un aro de humo, sintiéndome extrañamente satisfecho, cuando Mila se despertó. Sostuve el puro entre los dientes y le acerqué la tarta sangrienta.

—*Medovik, kotyonok?*

Su expresión palideció y se me escapó una suave risita, huyó de mi regazo y vomitó en la maceta de una planta.

Capítulo 19

cacoëthes
El impulso de hacer algo desaconsejable.

Mila

Con la cabeza apoyada contra la ventana, miré más allá de las telarañas y la escarcha del vidrio. La luz de la luna proyectaba un manto plateado sobre la nieve y el páramo helado brillaba como si estuviera hecho de diamantes.

Desde mi punto de vista, era como una princesa atrapada en una torre, retenida por un monstruo que disparaba a hombres en la cabeza en una mesa llena de copas de cristal y pasteles.

Tras vomitar el contenido de mi estómago en una de las macetas de Ronan y limpiarme la boca con el dorso de la mano, por alguna retorcida razón me dejó volver a mi jaula y cerrar la puerta. Después del derramamiento de sangre, me pareció lo más seguro que podía hacer. Pero tras pasar dos días más en esta habitación, ni siquiera el recuerdo de un hombre con una bala en la frente pudo ahogar mi deseo por respirar. El aislamiento comenzaba a quemarme, a burbujear, a encerrar mi cuerpo y a apretar.

Había empezado a dejar marcas para contar en el espejo del baño con un pintalabios viejo que había encontrado (supuse que de la anterior mascota de Ronan), y ya iba por el séptimo día.

Una semana entera en el infierno.

Se abrió la puerta y me recorrió un escalofrío mientras la sombra de Ronan extendía las alas sobre el suelo. Acercó una de las sillas de

madera al centro de la habitación, se sentó y apoyó los codos sobre las rodillas.

Mi mirada se desvió hacia la puerta abierta tras él. Me pregunté si su guardia seguiría apostado en el pasillo. A estas alturas, preferiría que me dispararan a quedarme encerrada con este hombre.

—¿Eres supersticiosa, *kotyonok*?

El *D'yavol* en carne y hueso me miró. No sabía que se encarnaría en un hombre vestido con trajes negros de diseño, tatuajes y una fachada encantadora. Nunca volvería a ser tan ingenua.

Miré por la ventana y dije:

—Sí. Si existe un diablo, tiene que haber un Dios.

—¿Crees que alguien vendrá a salvarte?

Se me cerró la garganta al pensar que al menos uno ya había muerto intentándolo. De repente pensé en Ivan. Lo echaba de menos. Echaba de menos su presencia segura y reconfortante. Incluso echaba de menos su falta de chispa. Ahora sabía que la química que había entre Ronan y yo solo podía ser cosa de brujería.

—Has recibido un montón de llamadas en tu móvil desechable desde que llegaste a Moscú. —Se tomó una pausa tan opresiva, paralizante y pesada que no pude evitar dedicarle toda mi atención —. Algunas de tu padre, pero sobre todo de otro número.

Me tensé ante la sutil amenaza a Ivan.

—Nadie puede salvarte de mí. —Sus ojos reflejaban indiferencia entrelazada con algo oscuro—. Ni siquiera Dios.

Las palabras se quedaron flotando en el aire agarrando cada latido de mi corazón con su advertencia.

Me repasó el cuerpo de arriba abajo, desde mis rizos rubios hasta mis piernas desnudas pasando por la camiseta. El simple roce de su mirada me abrasaba con frío y con calor y el recuerdo de su mano entre mis piernas emergió a la superficie.

Me gustaría creer que un pulgar calloso provocaría una reacción así en el cuerpo de cualquier mujer, independientemente de las circunstancias. Sin embargo, se me tensó la piel cuando pensé en sus palabras sobre que mi madre era una sádica y en el hecho de que podría haberme llevado al orgasmo incluso en esa macabra situación. Podría haberme humillado delante de esos hombres,

delante de un primo que no sabía ni que existía, pero no lo había hecho. No estaba segura de querer saber el motivo.

Con la pesada sensación de su escrutinio provocándome un calor incómodo en las venas, conseguí decir:

—Al final, el bien siempre prevalece.

Al parecer, le hizo gracia mi afirmación. Se recostó en la silla y me miró con unos ojos tan oscuros que podrían haber nacido del humo de un caldero en ebullición.

—¿Qué le hiciste a mi primo? —pregunté.

—Dejé que se arrastrara de vuelta con tu padre.

Mi expresión era de incredulidad.

—¿Por qué?

—Suerte —respondió simplemente.

—¿Haces todos tus negocios en base a la suerte?

—Algunos. —Echó un vistazo por la habitación y se deleitó contemplando su fortaleza del mal—. Un golpe de suerte me trajo hasta aquí, ya lo sabes.

—Creo que la palabra que buscas es «narcisismo».

Una chispa de humor se reflejó en su mirada.

—Eso también.

Me negaba a decir la palabra «suerte» otra vez porque, si alguien se merecía que le cayera un piano mientras caminaba por Wall Street, era este hombre. Así que decidí improvisar con un poco de sarcasmo.

—Supongo que tuviste un golpe de narcisismo cuando caí en tu guarida, ¿verdad?

—Mmm... —murmuró con voz ronca—. Supongo que sí.

Un solo parpadeo confuso de Ronan podría poner de nuevo el mundo en orden. Me tranquilizaría saber que estábamos operando en dos longitudes de onda diferentes: el bien y el mal. Pero, por supuesto, el muy capullo me entendió.

Su mirada se posó en la pequeña grieta de la ventana, la que había creado al tirar la silla en la que estaba sentado contra el vidrio en un desesperado intento de conseguir oxígeno. Yulia me había dejado la bandeja con la cena y había salido corriendo de la habitación con una mirada acusadora.

—He oído que no te gusta tu habitación.

—El alojamiento podría ser mejor.

Sonrió.

—Seguro que estarás mejor en mi habitación.

Odiaba su sonrisa, esos dientes blancos y brillantes y ese modo de fruncir los labios con superioridad. Tenía la sonrisa de un apuesto caballero, pero era una mentira. Sin embargo, lo que más odiaba de ella era que me hacía recordar cómo había caído en sus brazos y cómo había engañado a mi cuerpo para que se pusiera de su lado.

Tragué saliva.

—Mi habitación está bien.

Se rio ante mi corrección.

—No olvidemos que sentías algo por mí.

—Mejor olvidémoslo.

—Era adorable.

La irritación me recorrió la espalda.

—Como ya dijiste, podría haber sido cualquier otro. —Me encogí de hombros con aire indiferente y repetí sus palabras—. Albert, tal vez.

Con una mirada glacial, su presencia tiró de las costuras de su camisa negra. O bien era muy posesivo con sus mascotas o bien había conseguido herir su ego.

—Por lo general, tiendo a mantenerme alejada de los hombres que van por ahí cortando dedos —añadí fríamente.

—Pero sigues siendo leal a tu padre —espetó.

Ronan había encontrado un punto sensible. Había conseguido erigir muros de negación y no iba a permitir que los derribara.

—¿No tienes algo mejor que hacer? —solté—. ¿Y Nadia?

Se le encendió la mirada.

—Cuidadito.

Mi ira se ahogó bajo esa simple advertencia y miré por la ventana.

—¿Cuánto tiempo piensas tenerme aquí?

—El que me dé la gana.

—Quiero salir de esta habitación.

—Ya no estás en Kansas, Dorothy. No puedes ir a donde quieras.

Iba a volverme loca si me quedaba más tiempo atrapada entre esas cuatro paredes. Los pulmones se me taponaban por segundos y pronto ya no podría respirar. Mientras la angustia se extendía por mi interior, me obligué a pronunciar dos palabras:

—Me comportaré.

Me miró largamente con una expresión inescrutable en la mirada.

—Demuéstralo.

No quería ni plantearme cómo esperaba que lo demostrara. Había un gran abanico de opciones, todas degradantes. Le sostuve la mirada y esperé a que me dijera qué quería. Probablemente, que me arrodillara y se la chupara.

—Suplícalo.

La repulsión se expandió por mi cuerpo como si fuera ácido. Preferiría chupársela, esa humillación podía lavármela de la boca. Pero ¿suplicar? Era una vulnerabilidad que no quería ni podía darle. Las palabras eran un disparo directo al alma. Puede que no fuera libre, pero mi alma seguía siendo mía.

Lo odiaba por obligarme a hacer esto, por rebajarme a este nivel. Con ese fuego, algo caliente y extraño subió a la superficie.

Nos sostuvimos la mirada en una atmósfera tensa, él insensible y yo esforzándome por ocultar la violencia que contenía. Me bajé del asiento de la ventana deslizando primero una pierna y luego la otra y me arrodillé. Cuando me arrastré lentamente hacia él, sus ojos se entornaron con ardor y sospecha. Tan hastiado. Tan astuto.

—¿Es esto lo que quieres? —Mi voz sonaba diferente, sumergida en lencería y seducción.

Su mirada penetrante seguía cada uno de mis movimientos, sus palabras graves rezumaban placer.

—Es un comienzo.

El sonido de mis rodillas y mis manos sobre el suelo, el pulso constante de mi corazón y el dulce latido de nuestra venganza llenaban la habitación. Me arrastré entre sus piernas abiertas y froté la cara contra sus pantalones como una pobre mascota. Estaba empalmado. El muy sádico se había excitado al verme.

Tenía los dedos tatuados apoyados en la rodilla y los acaricié con la mejilla. Abrió la mano y prácticamente rugió de satisfacción

cuando me apoyé en su palma.

—Por favor —supliqué subiendo la mano por su erección hasta su pecho—. Vete a la mierda.

Lo empujé con todas mis fuerzas.

La silla cayó al suelo y el ocupante con ella. La madera se astilló bajo su peso y su gruñido resonó por toda la estancia. Con el corazón en la garganta, me levanté, pero él me agarró del tobillo y me derribó. Caí al suelo con tanta fuerza que me quedé sin aire en los pulmones.

—*Kotyonok.* —Se rio entre dientes—. La has cagado.

Me arrastró y, mientras intentaba aferrarme a la alfombra persa con las uñas, la camiseta se me subió hasta la cintura y dejó expuesta mi piel desnuda. Sabía que no podía dejar que me colocara debajo de él o la pelea acabaría. Me solté para fingir rendición y jadeé:

—¡Lo siento!

—No, no lo sientes —gruñó—. Solo sabes que has perdido.

Ronan no esperaba que opusiera resistencia. Era una cría contra un hombre curtido en batallas. Pero ahora no tenía una conmoción cerebral, sino que tenía el odio quemándome el estómago. No podía controlar esos sentimientos reprimidos y, cuando encontraban el ángulo adecuado, atacaban.

—Tienes razón —admití—. No lo siento ni un poquito.

Eché el codo hacia atrás y golpeé con fuerza. El dolor me irradió por el brazo. Él siseó, pero me agarró el tobillo con más fuerza. Ese cabrón debía de estar hecho de fuego y azufre.

De repente, me soltó. No me detuve a preguntarme por qué, sino que aproveché la oportunidad para arrastrarme hasta la puerta y levantarme.

Cuando choqué con un hombre en el pasillo, se le cayó el rifle al suelo.

—*Chto za khren* —maldijo el guardia, y me atrapó.

Una ardiente oleada de adrenalina se apoderó de mí, me redujo a carne y hueso, a una lucha por la supervivencia. Era casi tan alta como él, así que aproveché mi estatura para darle un cabezazo en la cara. Se me nubló la visión y sentí un dolor punzante atravesándome

el cráneo al oír el crujido de su nariz. Antes de que pudiera contraatacar, le di un rodillazo en la entrepierna. El guardia cayó al suelo con un gemido.

Todo pasó en unos segundos. Un instante en el tiempo hundió mi moral como si fuera el *Titanic*.

El guardia me agarró del pelo y me arrojó de espaldas contra la sólida madera. El impacto me dejó aturdida y vulnerable un momento.

—*Tupaya blyad* —siseó. —«Zorra estúpida».

Cuando mis dedos rozaron el metal frío, lo agarré con fuerza. Se sentó a horcajadas sobre mis caderas y, mientras intentaba quitarme el arma de las manos húmedas, los dedos me resbalaron. Pum, pum, pum. Los tiros atravesaron el aire, me retumbaron en las manos y en el dedo que tenía en el gatillo. Empezaron a pitarme los oídos. La electricidad estática recorrió el pasillo y mi piel.

Su cuerpo flácido y pesado cayó sobre mí, me arrebató el aire de los pulmones y el pánico se convirtió en histeria. Estaba ahogándome en una masa de extremidades inmóviles, ojos sin vida y algo rojo y pegajoso. Un grito me subió por la garganta y lo empujé. El suelo estaba lleno de sangre. Me resbalé en ella mientras me echaba hacia atrás.

Jadeando, levanté la mirada.

Ronan estaba en la mitad del pasillo con la mirada inexpresiva puesta en el cuerpo del guardia y murmuró un simple:

—Joder.

La sangre caliente me empapaba la camiseta y me goteaba por los brazos y las piernas. De algún modo, me mareé ante la imagen: la mirada en los ojos de un villano cuando advierte que ha recibido un golpe fatal. Ahora yo era la villana. El terror de lo que había hecho y el último chute de adrenalina me ayudaron a levantarme.

Ronan buscó mi mirada con una advertencia, pero yo ya me disponía a bajar las escaleras a toda prisa. Apoyé una mano sobre la pared para evitar resbalarme con la sangre. Mi mirada se posó en una salida y, cuando llegué al vestíbulo, abrí las puertas de un empujón y salí corriendo descalza al camino helado.

Me detuve en seco con la respiración agitada congelada en el aire.

Unas luces brillantes iluminaban el patio vigilado por hombres en todas las direcciones con rifles de asalto en la mano. Había pastores alemanes merodeando por la nieve atados con correas. El corazón me retumbaba en los oídos acompañado por los aullidos y ladridos de los perros que saltaban en un recinto vallado junto a un edificio anexo, perturbados por mi repentina aparición. Si intentara correr, me despedazarían.

Me brotó la primera lágrima y la desesperación tiró de mi cuerpo con tanta fuerza que caí de rodillas. No había escapatoria. No podía huir de él, quien me había hecho olvidar mi moralidad y me había convertido en alguien que no reconocía. La verdad era que no sabía quién era. Nunca lo había sabido.

Mientras el viento me azotaba el pelo, las lágrimas me caían por las mejillas y el frío hundía sus dedos helados por mi piel, me sentí más cerca de aquella chica con la cara llena de tierra y un libro de Edgar Allan Poe en la mano de lo que lo había hecho en mucho tiempo. Y eso me aterraba. Si lograba salir de esta con vida y volver a casa, me sentiría tan fuera de lugar como un copo de nieve cayendo al suelo caliente de Miami.

Me quedé quieta cuando la presencia de Ronan me tocó la espalda, preparada para que empezara la tortura. Se agachó delante de mí y me limpió las lágrimas. Sus palabras se mantuvieron firmes contra la brisa que me alborotaba el pelo.

—¿Dónde está tu Dios ahora, *kotyonok*?

Se me puso la piel de gallina, pero no era por el frío. El escalofrío era por miedo a que el diablo tuviera un lado tierno. No había nada más aterrador que un susurro que me llamaba para que entrara en la oscuridad.

A continuación, levantó mi peso muerto y me llevó de vuelta al infierno.

Capítulo 20

hagridden
Perturbado y atormentado, como por obra
de una bruja.

Ronan

Si alguien me hubiera preguntado cuál era mi plan para los próximos cinco años, no habría incluido llevar a una maldita norteamericana hasta la habitación de invitados donde la tenía secuestrada. Disponía de un área exclusiva para rehenes en el sótano. Además, nunca llevaba a mujeres en brazos a no ser que tuviera la polla ya mojada y el ángulo no fuera el correcto.

Mila permaneció en silencio mientras subíamos las escaleras. Sentía su peso sólido en los brazos. Tenía la constitución del tipo de mujeres que me gustaban, el tipo de mujeres a las que me podía follar sin miedo a que se rompieran.

Solo sentir su cuerpo contra el mío envió una oleada de sangre a mi entrepierna. Mientras tanto, el objeto de mi erección apestaba a desesperación.

Como debía ser.

Hasta me había pegado un codazo en la cara. No quería matarla, la necrofilia no era lo mío, así que, después de que me reventaran el labio y el autocontrol, la solté pensando que la presencia de Adrik con un AK-47 en el pasillo la detendría. No había contado con su habilidad para darle una paliza y quitarle la puta arma.

Curiosamente, cuando oí su grito de dolor, una ardiente y desagradable sensación se me expandió por el pecho. Solo podía

asociar ese sentimiento a las expectativas de recibir un paquete y que el repartidor lo hubiera agitado como un regalo de Navidad y estuviera roto. Adrik había jugado con mi paquete.

Puede que Mila hubiera sido criada como una norteamericana con un buen corazón, pero había quedado claro que podía ser una Mikhailov cuando lo necesitaba. Lo cual no debería ponerme cachondo, aunque después de verla escapar de mí y meterle tres balas en el cuerpo a Adrik, lo único en lo que podía pensar era en follármela directamente sobre su sangre. Era un deseo un poco retorcido, incluso para mí.

Molesto con esta chica y la constante erección que me provocaba, la dejé caer al suelo de la habitación.

Jadeó, se apartó el pelo de la cara y me lanzó una mirada de resentimiento. Contuve una sonrisa y me dirigí a la cómoda para coger las cuerdas que descansaban sobre ella. Mila se puso de pie y, con cautela, sus penetrantes ojos azules buscaron los míos.

Joder, era preciosa, incluso emulando a Carrie de Stephen King con una singular obsesión por Elvis.

Estaba cubierta de sangre y no se había desmayado. Tal vez había acabado con la fobia de mi mascota. Caminé hacia ella esquivando la silla rota que había en el suelo con las cuerdas en la mano.

Retrocedió y sacudió la cabeza.

—No.

Otra vez con esa palabrita.

Entorné los ojos.

—Ya hemos tenido esta conversación.

Sus ojos con forma de almendra se suavizaron casi suplicando y la imagen me golpeó en el pecho y en la polla al mismo tiempo. La inquietante sensación sacó la ira a flote. Había derramado mi sangre cuando estaba concentrado en su culo desnudo. Estúpido error por mi parte. Y ahora, con una sola mirada, estaba haciendo que me cuestionara mis malvadas intenciones.

Cuando se quedó ahí parada, le advertí:

—No quieres enfrentarte a mí ahora mismo.

Haría algo de lo que me arrepentiría, como herirla o follármela. Me di cuenta de que no me gustaba lo primero y no quería forzar lo

segundo.

Tras mirar al suelo por un momento, se tomó en serio mi amenaza y se dirigió hacia la cama para tumbarse sobre su espalda. Mientras colocaba las manos sobre la cabeza obedientemente, la camiseta se le subió por los muslos. Obligando a mi mirada a alejarse de la cúspide sombreada entre sus piernas, empecé a atarle las muñecas al cabecero.

Se quedó mirando el techo y no dijo ni una palabra. Sus ojos eran tan azules y claros que eran prácticamente transparentes, y ahora mismo estaban a la deriva en ese lugar ausente que tanto odiaba.

Había pasado los dos últimos días atrapado en Moscú lidiando con las desagradables obligaciones de ser *D'yavol* mientras una rubia melena salvaje y un acento norteamericano aparecían en mi mente demasiadas veces para mi gusto, incluso entre las llamadas de Yulia cada hora para informarme de las actividades de Mila. Simplemente por invadir mis pensamientos, debería dejarla a solas con su miseria. Pero necesitaba algo de ella. Algo que me calmara por ahora. Algo que me dijera que pensaba tanto en mí como yo en ella.

Con sus muñecas atadas, me senté en el borde de la cama y no pude evitar deslizar una mano por su muslo desnudo. No le había proporcionado una cuchilla por si decidía rajarse las venas, pero ahora tenía la sensación de que no elegiría tomar el camino fácil.

Había algo novedoso e inocentemente sexi en la acción de deslizar la mano sobre piel suave salpicada por pelos rubios. No había estado con una mujer sin depilar desde que era adolescente, cuando solía echar polvos con ropa contra la pared de un callejón.

—Tienes que depilarte, *kotyonok*.

—Tú tienes que meterte en tu alma oscura y buscar tu conciencia.

Me reí y deslicé la palma hacia arriba evitando el lugar donde más ganas tenía de meterme hasta llegar bajo su camiseta, donde le acaricié la cadera con el pulgar.

—No soy yo el que ha matado a un hombre, ¿verdad?

Casi me arrepentí de pronunciar esas palabras cuando una lágrima resbaló por su mejilla. Probablemente quería asistir al funeral de Adrik y disculparse con cada miembro de su despreciable familia. En

realidad, no sabía si era despreciable, pero la mayoría de las familias lo eran.

—Deja de llorar.

—No estoy llorando —insistió mientras se le escapaba otra lágrima.

Joder. Estaba cortándome el rollo.

—Ha sido en defensa propia —dije sin importarme una mierda que hubiera matado a Adrik. No necesitaba a hombres que no pudieran con mujeres compasivas—. Dilo.

—Pero...

—Dilo.

—Ha sido en defensa propia —se defendió con frialdad.

No sabía por qué le estaba ofreciendo una diminuta rama de olivo. Las lágrimas inquietantes, tal vez, pero era más bien el hecho de que había pasado mucho tiempo, si es que alguna vez había sucedido, desde la última vez que había conocido a una mujer con sentimientos. Mila era territorio desconocido para mí, a rebosar de una generosidad que no entendía. Y como un gato con un ratón, quería jugar con ella por un tiempo.

Me agarré a su cintura, que era tan estrecha que seguro que mis dedos se tocarían si la rodeara con las dos manos. Una cintura no era exactamente lo primero en lo que me fijaba de una mujer, pero desde que había desnudado a Mila en la habitación del hotel, quería sostenerla de ahí mientras me montaba, una posición que normalmente no soportaba. Atribuía el extraño deseo al hecho de que nunca hubiera tenido que esperar tanto para follarme a una mujer y los detalles más insignificantes de esta me hacían sentir como si acabara de salir de la cárcel tras estar cuatro años sin sexo una vez más.

Apoyé la otra mano junto a su cabeza y tiré de un rizo rubio con los dedos.

—Voy a poner una cruz en el pasillo como hacéis los norteamericanos en los lugares donde ha sucedido un accidente de coche. Hasta podemos esparcir sus cenizas juntos si te hace sentir mejor.

Una mirada asqueada buscó la mía y me sacó una suave carcajada.

—¿No deberías estar raptando vírgenes y aterrorizando Moscú? —preguntó.

—A no ser que me encuentre con tu papá esta noche, la ciudad está a salvo de mí. —A pesar de que esa afirmación podía ser mentira, era optimista para cosas como los negocios y los asesinatos.

Tragó saliva y volvió a desviar la mirada hacia el techo.

—Qué magnánimo por tu parte.

—Cuando dices palabras tan solemnes, se me complica hacer lo correcto —dije arrastrando las palabras antes de darle un mordisco en la mandíbula.

Soltó un suspiro tembloroso.

—No tienes remedio, ¿lo sabes?

—Yo que pensaba que solo necesitaba un poco de ayuda. —Deslicé el pulgar por debajo de la curva de sus pechos, hacia delante y hacia atrás, con caricias suaves. Sus pechos se levantaban con cada respiración y sus pezones eran visibles bajo la camiseta, lo cual me recordó lo sensibles y dulces que eran.

Deslicé los labios hasta su oreja y dije:

—Apuesto a que podría hacer que te corrieras solo chupándote las tetas, *kotyonok*.

El escalofrío que la atravesó fue la única señal de que aún me estaba escuchando, así que continué. Con la palma sobre su pecho desnudo, estrujé la suave carne y rodeé el pezón con el pulgar, luego succioné un punto en su cuello y tiré de la piel con los dientes para dejar otra marca. Su pecho empezó a moverse más rápido, pero se negaba a reaccionar a mi tacto.

No sabía por qué esta chica olía tan bien incluso cubierta de sangre, pero sentir su pecho en la mano y su leve aroma estaba empezando a emborronarme la visión. El incesante dolor que notaba en la entrepierna se intensificó mientras Mila seguía actuando tan aburrida como un baptista sentado en un banco de la iglesia.

Su apatía estaba empezando a irritarme, así que me desplacé más hacia abajo y la mordí con más fuerza. Emitió un sonido de dolor, pero cuando lo alivié con la lengua, las cuerdas se tensaron, su

cabeza cayó hacia un lado y el sutil arco que formó su cuerpo me dijo que ya no le era tan jodidamente indiferente.

Me alejé para contemplar mi obra de arte, los oscuros chupetones que le había dejado en el cuello. A pesar de que no estaba seguro de haber hecho ninguno antes de Mila, algo primitivo dentro de mí disfrutaba de marcarla como si fuera mi propio tablero de damas.

—Creo que el rojo es tu color —le dije a la chica tumbada sobre mi cama adornada con sangre y chupetones.

—Sí, claro —respondió, pero sus palabras sonaron roncas, sin calor.

Cuando por fin le acaricié el pezón y lo pellizqué, su irregular bocanada salió de entre unos labios húmedos y entreabiertos, aunque siguió intentando ignorarme con todas sus fuerzas.

—Me llamas enfermo —dije arrastrando las palabras—, pero creo que tú también eres un poco retorcida.

—No me parezco en nada a ti.

Arqueé una ceja.

—¿Estás segura?

—¿De que no soy una psicópata? Sí.

—Prefiero «sociópata», está socialmente más aceptado.

—Y esta escena grita «socialmente aceptado».

Esta chica tenía la extraña capacidad de divertirme incluso cuando estaba concentrado intentando convertirla en mi inerte y temporal esclava sexual. Y no me gustaba que la gente echara a perder mis planes.

Le deslicé la mano por el vientre, entre las piernas, y le presioné el clítoris con el pulgar ejerciendo la más mínima presión. Cerró los ojos con fuerza para intentar luchar contra la sensación, pero cuando le di algo de fricción se mordió el labio inferior con sus perfectos dientes blancos, y movió las caderas ligeramente.

La imagen hizo que una espesa ola de calor me invadiera, se enroscara en mi columna vertebral y presionara mi polla con fuerza. Estaba caliente y húmeda y, por lo que sabía, más tensa que un puño. Quería darle lo que necesitaba; introducirle dos dedos y ver cómo ponía los ojos en blanco. La idea de que me lo permitiera

acabó con todo mi autocontrol hasta que la sangre empezó a palpitarme en los oídos.

Puede que no me gustara el sexo oral o dejar que una mujer tomara el control, pero no era un amante egoísta. Aun así, jamás había mostrado tanto interés por hacer que una mujer se corriera. Ni siquiera tres mujeres a la vez me la ponían tan dura como esta chica. El hecho de que fuera la hija de Alexei solo era la guinda del nauseabundo pastel.

Tenía que ser una profesional en este acto tan inocente; atraer a hombres. Igual que su madre lo era antes de que Alexei apareciera y le metiera una bala en el cráneo.

Mila estrujó las cuerdas con los ojos cerrados mientras un rubor rosado le encendía las mejillas. Apenas la había tocado y ya estaba a punto de correrse. Solo un idiota pensaría que era el primero en lograrlo. Era muy sensible y no había ninguna posibilidad de que hubiera permanecido célibe considerando la forma en que se me había echado encima.

Detuve la mano y pregunté:

—¿Cuántos hombres han conseguido que te corras?

Inhaló profundamente, con alivio o frustración. Ni siquiera sabía si ella estaba segura, pero estaba claro que no tenía ganas de responder.

—Contéstame —exigí.

Silencio.

Era testaruda, pero yo también.

Le di un manotazo entre las piernas.

Se le escapó un jadeo antes de asesinarme con una mirada letal.

—Lo siento, ¿se supone que tenía que llevar la cuenta?

Apreté los dientes. Juré que le haría contar cada orgasmo que le provocara hasta que me suplicara que parara. Antes de que pudiera ceder al deseo de empezar en ese mismo momento y lugar, aparté la mano y me puse de pie.

—Las mascotas malas no tienen premios.

La ira apagó todo el deseo en su mirada.

—Recibirás lo que te mereces, *D'yavol*. Y cuando lo hagas, sonreiré cuando te entierren.

Joder. Qué sexi. E irritante.

Le agarré la cara.

—Si caigo, te llevaré conmigo. Tu sangre Mikhailov me mantendrá fresco en el infierno.

Un titileo inseguro atravesó sus ojos y luego miró hacia el techo, ignorándome de una manera arrogante como nadie más se atrevería. La liberé bruscamente y, con una ardiente sensación de frustración, abandoné la habitación antes de encontrarme con Yulia limpiando la sangre con una devoción obsesiva.

La mujer había llamado a mi puerta siete años atrás, impasible ante los guardias y las armas, y había anunciado:

—Me gustaría trabajar aquí.

La reconocí de dos ocasiones anteriores.

Cuando era preadolescente, nos dio a mi hermano y a mí un plato de comida caliente y un lugar donde pasar la noche tras encontrarnos durmiendo en su coche durante una tormenta de nieve. También salió en las noticias por descuartizar a su marido con un cuchillo de carnicero sin dar explicaciones, tras lo cual la encerraron una década en el manicomio. Debería haberlo pensado dos veces, pero, en lugar de ello, le abrí la puerta de par en par y dije:

—«Puedes empezar hoy».

Había demostrado ser una empleada leal, lo cual tenía un valor incalculable en esta casa.

Una vez en el porche, saqué un paquete de cigarros del bolsillo de la chaqueta de Ilya, cogí uno y me lo puse entre los labios. Había un rastro de sangre hasta la entrada al garaje, donde Albert estaba ocupado lidiando con el cuerpo.

Volví a meter la cajetilla en el bolsillo de Ilya.

—¿Mechero?

Rebuscó su Zippo y lo encendió. Prendí el cigarro, inhalé profundamente y me dirigí hacia el coche aparcado en el camino de la entrada antes de gritarle a Pavel, que estaba al otro lado del jardín.

Mi último recluta, desgarbado y menor de veinte años, vaciló.

Lo observé andar sin prisa hacia mí con el cigarro entre los labios.

—¿Tienes un palo metido por el culo o algo? —pregunté mientras exhalaba humo por la comisura de los labios—. ¿O tu novia intentó algo nuevo anoche?

Resonaron carcajadas por todo el jardín.

El chico se volvió rojo.

—No.

—Vámonos. Conduces tú. —Lancé la colilla a la nieve y me senté en el asiento trasero.

Odiaba el sabor de los cigarrillos, pero necesitaba un chute de nicotina. Saqué un chicle de canela de la consola central, lancé uno al regazo de Pavel y lo observé agarrar el volante con los nudillos blancos.

—Sabes conducir, ¿verdad?

—P-puedo apañarme —balbuceó.

Dios.

Viktor reclutaba y entrenaba a mis hombres, pero, al parecer, conducir no estaba incluido. Podría haber hecho que otro me llevara, pero decidí acomodarme en el asiento y prepararme para un viaje desagradable hasta Moscú. Pavel tenía que aprender.

Miré mi reloj y me percaté de la sangre que tenía en la mano y la camisa. El chico debió de confundir el freno con el acelerador; el coche empezó a moverse hacia delante a trompicones y luego se detuvo de forma abrupta.

Lo ignoré.

Uno de los clientes de mi madre me enseñó a conducir cuando tenía once años. Iba colocado hasta las cejas cuando me puso un arma en el muslo y me dijo que fuera a sesenta kilómetros por hora. El viaje más largo de mi vida.

Tenía una reunión con Alfonso en una hora. El último alijo de cocaína del narcotraficante colombiano estaba cortado con detergente, y una de mis prioridades era que lo que sacaba al mercado fuera puro. Un químico de Rublyovka analizaba todo mi producto en su sótano. Tenía una reunión interesante por delante, pero lo único en lo que podía pensar era en la chica atada a la cama de mi habitación de invitados.

Me acaricié el labio inferior partido con el pulgar mientras me preguntaba cómo lograría ganármela. Diamantes y pieles no iban a servir, por desgracia. Había respondido a algo de seducción hacía un momento, pero no quería obligarla a llegar al punto de simplemente necesitar acabar. Quería que me necesitara; que suplicara, viviera y respirara solo para mí.

Pensándolo bien, probablemente no tendría tiempo para todo eso, así que me conformaría con un polvo duro y consentido.

Sin estar seguro de por dónde abordar a esta chica, la emoción de la cacería se mezcló con la frustración acumulada que tensaba mi entrepierna. Tenía a muchas mujeres a las que podía llamar, Nadia incluida, pero de alguna forma sabía que no lo haría. Los únicos labios que quería sobre la polla ahora sabían a fresa.

Cuanto más me hiciera Mila esperar, más se arrepentiría.

Su móvil sonó en mi bolsillo. Lo había vuelto a encender por la mañana con ganas de alardear un poco. Cuando vi el nombre de Ivan en la pantalla, una sonrisa tiró de mis labios. Acepté la llamada y me pegué el móvil a la oreja.

—Asador de Ronan. Donde encontrará la salchicha más grande de Moscú.

—*Ty sukin syn.* —«Hijo de puta».

Me reí.

—Puta es apropiado, pero «zorra» sería una mejor descripción de mi madre.

—La has tocado —dijo entre dientes.

—¿A mi madre? —dije para esquivar su pregunta entre risas—. No. Ni siquiera a mí me atrae el incesto. —Luego añadí—: Por no mencionar que no soy muy fan de las ETS.

Emitió un sonido amargo.

—Estoy seguro de que tienes un buen historial. Te has follado a media ciudad.

—Para nada. Siempre me la envuelvo. —Y luego añadí el eslogan de un popular proveedor de servicios médicos—. «La prevención es la clave para la salud y la felicidad».

—Eres hombre muerto, lo sabes, ¿no?

—Vivir al límite siempre me provoca cosquillas en la polla.

Pavel se saltó una señal de *stop* y evitamos de milagro una colisión lateral con un camión agrícola.

—Por Dios —solté.

Agarró el volante con más fuerza.

—Joder, lo siento.

—¿Cómo la obligaste a grabar ese vídeo? —gruñó Ivan.

Todo había sido muy gracioso hasta ese momento. Me hirvió la sangre al pensar que lo había visto; que había visto el cuerpo de Mila en persona; que se la había follado.

La aversión me retorció el pecho, pero gracias a años de entrenamiento, logré que mi voz sonara indiferente.

—Buen espectáculo, ¿eh?

—Preferiría follarme el cadáver de tu madre antes que ver eso.

Bien.

Me alegraba oírlo.

Aunque ahora me arrepentía de haberle mandado ese vídeo a su padre. No pensé que se lo enseñaría a otros, pero si lo había hecho, eran hombres muertos. Era mía por ahora, cada puto centímetro de ella, le gustara o no. Me negué a analizar ese sentimiento. Ya tenía bastantes cosas que hacer.

—No lo habría hecho sin chantaje de por medio.

Era interesante que estuviera tan preocupado por si había sido consentido o no, en lugar de si ahora estaba bien. Tal vez sabía que una dura coraza de maldad protegía su tierno corazón.

—La conoces muy bien, ¿no? —pregunté.

—Mejor que nadie.

Agarré con más fuerza el ridículo móvil brillante.

—Obviamente no tan bien como crees. —La insinuación fue clara: no había sido necesario recurrir al chantaje.

—Eres un imbécil si piensas que voy a creer algo de lo que digas, *D'yavol*. —Un ápice de vulnerabilidad rozó su voz y me di cuenta, con un sentimiento de asco, de que ese hombre sentía algo por ella. Me pregunté si sería mutuo. La idea me resultó más repulsiva que ver el Hallmark Channel durante veinticuatro horas seguidas.

—Prefiero hablar de mi destreza en la cama con una taza de té en la mano, pero hoy voy a hacer una excepción. Te aseguro que Mila

no tiene quejas. —«Tenía», me corregí en la cabeza.

—Recuerda que cuando obtengas tu venganza Mila volverá a mí. Veremos quién tiene más destreza entonces.

Apreté los dientes y un zumbido homicida cobró vida bajo mi piel.

—Corre, Ivan —le advertí con una calma letal—. Corre rápido. Porque, si te pillo, te haré pedazos con mis propias manos.

Finalicé la llamada.

El muy capullo estaba en mi ciudad, pero sabía cómo jugar a mi juego. Aunque no tan bien como yo.

Lo encontraría.

Y cuando lo hiciera, tenía un hueco sobre la repisa de mi chimenea con su nombre.

Capítulo 21

abience
La fuerte necesidad de evitar a alguien.

Mila

El sol salió para llenar el espacio de rayos, muñecas atadas y castigo.

Yulia entró en la habitación vestida de negro e irradió ira cuando vio la silla rota en el suelo. Sin inmutarse al verme, se tomó su tiempo para ordenarlo todo mientras tarareaba una melodía espeluznante. Me pregunté de dónde sacaría Ronan a sus empleados. ¿Del manicomio?

La sangre seca me cubría el cuerpo como si fueran hormigas y me provocaba escozor e irritación. Pero lo peor era la culpa que intentaba que no saliera a flote. No debería sentir remordimientos por defenderme, pero seguía sintiendo esa presión en el pecho. Me preguntaba si la sangre de mi piel se convertiría en una mancha eterna de la que nunca podría librarme. Me preguntaba si ese hombre tendría una familia, hijos. Esa idea me revolvía el estómago, así que, por enésima vez, ahuyenté el pensamiento y decidí que necesitaba escapar de este sitio antes de que me tragara por completo.

Yulia estaba limpiando el polvo y me fijé en ella con un único propósito. Todas las mujeres debían de tener algo de instinto materno en su interior. Quizá pudiera apelar a su compasión y conseguir que me ayudara. Me sobresalté cuando le dio un fuerte golpe a la cómoda. A continuación, tiró al suelo una araña del

tamaño de una moneda de veinticinco centavos con una expresión de satisfacción perturbadora. Evidentemente, su lado maternal era menor que el de la mayoría, pero tampoco tenía más opciones.

—¿Tienes hijos? —pregunté.

—*Ikh slishkom mnogo*. —«Demasiados».

No era exactamente el mejor de los comienzos, pero Roma no se construyó en un día.

—¿Qué harías si alguno de ellos estuviera en mi situación?

—Les diría que a caballo regalado, no le mires el diente.

Parpadeé lentamente.

—No estoy muy familiarizada con los regalos rusos. En Estados Unidos, que te secuestren no es el equivalente a desenvolver una caja de galletas de mantequilla y la bufanda horrible que ha tejido la abuela el día de Navidad por la mañana.

Puso los ojos en blanco y fue directa a la alfombra.

—Hay cosas peores que comer gratis tres veces al día.

—¿Como estar atada a una cama y cubierta de sangre toda la noche?

—Tú solita te has metido en este lío, *devushka.*

Debe de dormir en la habitación de al lado o tener pasadizos secretos por los que espiar. Me empezaba a enfadar que me hablara como si me hubiera equivocado, pero lo peor era que una parte de mí sentía que tenía razón.

—Y me imagino que tú te quedarías aquí tumbada y lo aceptarías —repuse, incrédula.

—Eres una melodramática. El amo no es mal hombre.

Notaba un pinchazo constante en la cabeza cada vez que alguien me hablaba en esta casa que desafiaba toda la racionalidad. Lo único que le faltaba a Ronan para ser el arquetípico villano de una novela de vampiros eran los colmillos. El hecho de que Yulia fuera incapaz de verlo a pesar de que acababa de referirse a él como «amo» parecía consecuencia de un lavado de cerebro con un don sobrenatural.

—No estoy segura de cómo cortejaban los hombres en tu época, pero en este siglo esta no es precisamente la mejor tercera cita —dije tirando de las cuerdas que tenía en las muñecas.

—Estadounidenses. Sois todos unos codiciosos.

Dejé caer la cabeza sobre la almohada. Claramente, no recibiría nada de ayuda por parte de Yulia.

—Tengo que ir a mear —declaré.

—Enhorabuena.

—Vale. —Me encogí de hombros—. No me encargo yo de hacer la colada.

Me miró con los ojos entornados y le sostuve la mirada con aire desafiante. Tras un intercambio de miradas que duró más de lo que podría soportar cualquier persona en su sano juicio, Yulia se acercó a la cama y me desató las muñecas con una rapidez que daba a entender que no era la primera vez que trataba con cuerdas y mascotas.

Cuando estuve libre, me quedé mirando mi expresión en el espejo del baño. Parecía la universitaria de una película de terror sangrienta que muere la primera asesinada con una motosierra. Teniendo en cuenta que mi estupidez me había metido en esta situación... era una comparación acertada. Se me revolvió el estómago, así que abrí el agua caliente de la ducha, me desnudé y me quedé un buen rato debajo del chorro.

El rojo se iba por el desagüe y, al verlo, sentí un escalofrío en la nuca. El recuerdo me invadió como un maremoto, me arrancó el corazón del pecho y dejó que se hundiera en las profundidades del Atlántico.

Sosteniendo al señor Conejito por la oreja caída, vi el brillante coche rojo que entraba desde la ventana. Solo había visto a esa mujer un par de veces después de que papá creyera que dormía.

Fruncí el ceño al recordar que el día de antes le había dicho a un niño que era vecino mío que no tenía madre. Me miró como si estuviera tonta y luego dijo que todos tenían mamá y que, en caso contrario, eran huérfanos. Yo no quería ser huérfana.

Esa mujer tenía el pelo largo y rubio igual que yo.

Podría ser mi madre.

De repente, me entró sed y no me servía el vaso que papá me había dejado junto a la cama. Hacía tiempo que estaba ahí y probablemente estuviera lleno de polvo.

Con el señor Conejito en la mano, bajé las escaleras en camisón. Papá siempre decía que tenía un sexto sentido que le hacía saber cuándo no estaba en la cama como debía, pero solo una cría de cuatro años lo creería y el día anterior había cumplido cinco.

Me asusté cuando oí gritos desde el pasillo. Papá nunca alzaba la voz, así que debía de estar muy enfadado. Me acerqué hacia los sonidos y me detuve delante de la puerta cerrada de la biblioteca.

¡Pum!

Me dio un vuelco el corazón. Salté hacia atrás y el señor Conejito se me escurrió de entre los dedos.

A continuación, se hizo el silencio.

Salía pintura roja por debajo de la puerta y manchó mi peluche favorito. Era mío y ahora estaba estropeado. Lo recogí mientras los sollozos se abrían paso en mi garganta. Una pintura caliente me manchaba las manos y el camisón. Era un desastre y ahora iba a tener que bañarme. Se había fastidiado todo.

Se abrió la puerta de la biblioteca. Papá soltó una palabra fea y bloqueó el hueco de la puerta con su cuerpo, pero llegué a ver a su amiga dormida en el suelo con el pelo largo rubio y cubierta de pintura roja.

Papá cerró la puerta, vio mis mejillas llenas de lágrimas y me cogió en brazos.

—El señor Conejito se ha ensuciado —lloré.

—Lo arreglaremos.

Sollocé, empezaron a disminuir las lágrimas y susurré:

—Tengo sed.

—Tienes agua al lado de la cama.

—Tiene amebas. —Estaba pasando por una fase Bo de la película Señales*.*

—No sabes qué son las amebas.

Me obligó a darme un baño y me puso acondicionador en el pelo. Si no lo hacía, se me enredaban demasiado los rizos y me dolía mucho desenredarlos.

—Papá, tu amiga... ¿es mi madre?

Su expresión se suavizó.

—No, ángel.

Los párpados empezaron a pesarme cuando me envolvió en una toalla y la última imagen que vi antes de que me venciera el sueño fue la de la pintura roja por el desagüe.

Me deslicé por la pared de la ducha y el entumecimiento invadió todas mis células. Me habría gustado creer que mi mente había enterrado ese recuerdo a tal profundidad que nunca volvería a ver la luz del día en un acto de autoprotección, pero era mentira. En mi subconsciente siempre había sabido que algo andaba mal, que no todo era tan brillante como parecía, y había compensado la culpa que sentía por ignorar la verdad viviendo una vida altruista. No obstante, con las evidencias delante de las narices, no podía seguir viviendo en la feliz ignorancia.

Papá podía ser buen padre.

Pero no era un buen hombre.

Incluso en ese momento no sabía qué hacer. En este mundo, todo estaba pervertido y patas arriba y la incertidumbre de dónde estaba mi lealtad me desgarraba. Me levanté del suelo, me envolví con una toalla y salí del baño. Di un paso atrás cuando me topé con Yulia. Sin más preámbulos, me puso mi bolsa de animadora en los brazos.

—Vístete. Y luego baja a desayunar.

Titubeé mirando la bolsa que me parecía ajena en mis brazos. Una semana en esta casa y mi pasado ya parecía un recuerdo lejano. Me moría de ganas de salir de esta habitación, pero ahora ya no estaba segura de nada.

—No era una petición —espetó Yulia con impaciencia.

—¿Y si me niego? —Observé intencionadamente su diminuta figura que era fácilmente más de diez centímetros más baja que la mía y pregunté—: ¿Me vas a sacar tú en brazos?

Su expresión se endureció y, con un bufido, giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta con determinación. Iba a delatarme y lo último que quería esa mañana era que me maltratara un psicópata enorme.

—Ya voy —gruñí.

Se tomó una pausa y luego, lentamente, se giró hacia mí con una sonrisa triunfal.

—Malvada —dije a regañadientes.

Me respondió con un:

—Descarada.

Como me negaba a permitir que me rebajara al nivel de una niña de ocho años, ignoré el insulto y rebusqué en la bolsa como si ahí pudiera encontrar la llave para escapar de este lugar. Desafortunadamente, solo había una pila de ropa desordenada de colores vivos.

No había pasado tanto tiempo sin depilarme desde que tenía trece años, pero ponerme pantalones para ocultarlo sería dar a entender que Ronan había ganado una batalla no declarada. Me daba igual lo que opinara de mi apariencia y si eso desanimaba su excitación, mejor que mejor. Me puse un vestido bohemio holgado con los hombros descubiertos, e inhalé para reunir la confianza necesaria para atravesar la guarida del diablo.

Descalza, seguí a Yulia por el pasillo con un nudo en la garganta cuando pasé por delante del lugar en el que había caído el guardia. Un aroma a limón impregnaba el aire y el suelo relucía como si estuviera recién pulido. Me pregunté si Yulia se habría pasado la mañana arrodillada entre trapos ensangrentados.

Mientras bajábamos las escaleras, observé el entorno. La decoración de la casa era majestuosa, con techos altos, molduras blancas y suelos de mármol. Sin embargo, las alfombras persas, las cortinas oscuras y los muebles sin combinar le concedían un aspecto cálido y masculino. Si no fuera mi celda, casi diría que era acogedora.

Ronan estaba sentado a un extremo de la larga mesa del comedor. Estaba reclinado en su silla de respaldo alto como un rey y con unos ojos tan oscuros como su alma. Estaba segura de que si me metía en su armario me llevaría directa al infierno como si fuera una versión retorcida de *Narnia.*

Me detuve al otro extremo de la mesa con la intención de sentarme todo lo lejos que pudiera de él, aunque, con una mirada fría, Ronan empujó la silla que había a su lado con el pie.

Menudo caballero.

Preferiría saltar de la ventana de mi habitación en el segundo piso que sentarme a su lado, pero el orgullo no me permitía revelar el

temblor de las venas, así que me moví hacia él como lo hacía cada día: como si no le hubiera disparado a un hombre en la cabeza en esa misma habitación unos días atrás. Me senté y solo se oía el suave roce de mi silla contra el mármol y la intrusiva presencia de Ronan.

Una chica de cabello oscuro que tendría más o menos mi edad entró y dejó tranquilamente un conjunto de platos de porcelana en la mesa delante de nosotros. *Bliny.* Tortitas rusas servidas con mermelada fresca, mi comida favorita. Borya la preparaba en casa al estilo vegano.

Se me revolvió el estómago ante la idea de obligarme a comérmelo, pero lo intentaría. No sobreviviría a este mundo si no era capaz de adaptarme y me negaba a dejar que me devorara viva.

Hundí un tenedor en el *blin* y lo dejé caer en el plato. Ronan se recostó en su silla haciendo girar mi pendiente entre los dedos mientras me observaba echándole mermelada. Corté una tortita, pero me detuve al ver que él no se movía.

—Lo siento, ¿quieres bendecir la mesa primero?

Le hizo gracia.

—No suele formar parte de mi rutina, pero si quieres, te escucharé.

—¿Seguro que no arderás en llamas?

—Parece que lo estés deseando.

Capté la mirada de Yulia cuando entró en la habitación para regar una planta y dije:

—¿Quién soy yo para mirarle el diente a un caballo regalado?

Otro bufido.

Volví la mirada a la mesa y vi que Ronan me examinaba atentamente.

—No trates con condescendencia a mi personal, *kotyonok.*

Con cierta irritación, sentí que me acababa de reprender con razón.

—No me llames así.

—Te llamaré como quiera.

Lo miré a los ojos con amargura.

—¿Te sientes grande y fuerte al mangonearme?

—No. Se me pone dura.

Me sostuvo la mirada mientras la última palabra seguía flotando en el aire. Me negaba a demostrarle que su grosería me afectaba.

—Tengo curiosidad, ¿tu caballerosidad es innata o fuiste a clase?

Se guardó mi pendiente en el bolsillo y apoyó un brazo sobre el trono.

—¿Y qué si fuera así? ¿Vas a dejarles una mala reseña en el Yelp?

—Seguro que el Instituto Satánico para Psicópatas Locales tiene unas cuantas.

Se pasó el pulgar por la cicatriz del labio inferior mientras dejaba escapar una risita. Cuando se reía no parecía tan amenazante. Nadie diría que parecía un hombre normal, sino algo más retorcido y eterno.

Cuando la risa se desvaneció acariciando cada rincón de mi cuerpo, preguntó:

—¿Has dormido bien?

Claro que no. Estaba cubierta de sangre y culpa.

Seguro que Ronan había dormido como un bebé.

Apuñalé un trozo de *blin* y respondí con dulzura:

—Genial. Gracias.

—Se te da fatal mentir.

—No todos podemos ser tan engañosos como tú, ¿verdad? —La tortita me supo como un bocado de tierra—. Dime cuánto tiempo vas a retenerme aquí.

La llama de su mirada daba a entender que no le gustaba que le dijera qué hacer. Pasó el dedo por el borde de la taza de té emitiendo un sonido que me erizó el vello de la nuca.

—Esta fiestecita debe de tener fecha de caducidad.

Su mirada concentrada sostuvo la mía y ese sonidito siguió y siguió poniéndome los nervios de punta. Al parecer, solo iba a mirarme como si fuera una plebeya sin valor. Cada segundo que permanecía en silencio hacía que se alarmaran mis latidos hasta que no pude soportar más la tensión. Me estaba acercando a un terreno peligroso rodeando un nido de víboras para ver hasta dónde podía aproximarme antes de que me mordieran, pero el odio y una valentía imprudente me empujaban.

—Vale. No me lo digas. —Me encogí de hombros y me llevé el té a los labios—. Seguro que Albert está merodeando por aquí en alguna parte. No es que sea muy parlanchín, pero seguro que consigo hacerle hablar.

Sabía que había llegado demasiado lejos antes incluso de que levantara la mano, me agarrara por el cuello y me atrajera a él. Se me resbaló la taza y el té caliente me cayó sobre el vestido, pero solo podía sentir mis latidos bajo su apretón cuando se desvaneció el sonido que Ronan había estado haciendo con la taza.

—No me manipules —gruñó.

Tragué saliva ante la fuerza de su agarre. Podría aplastarme la tráquea si quisiera. La insinuación detrás del apretón de advertencia, que me acortó el suministro de aire, me dio a entender que me estaba permitiendo respirar, vivir, y que debería sentirme agradecida por ello.

Levanté la cabeza y lo miré a los ojos intentando expresar todo el resentimiento que sentía. Sin embargo, la incomodidad se entremezcló con algo extraño y eléctrico cuando me deslizó el pulgar por un lado del cuello. Esa acción atenuó el calor tóxico del aire y lo sofocó con un suave roce.

—Tienes muchas ganas de volver a casa... ¿Quién te espera allí, *kotyonok*?

Un pesado diamante en el dedo y una vida monótona detrás de una verja dorada que brillaba bajo el sol de Florida. A decir verdad, sin mi padre, no tenía nada en Miami, pero me negaba a confesárselo a este hombre.

Las palabras se me escaparon entre jadeos.

—Mi vida.

—Ahora esta es tu vida. —Bajó la voz a un nivel peligroso—. Te liberaré cuando haya acabado contigo... no antes.

Respiramos la furia del otro durante unos segundos hasta que me soltó. Me reprimí para no frotarme la garganta y quitarme el calor que me había dejado su mano. Congelada por la adrenalina que se desvanecía, lo observé llevarse una taza de té a la boca. Nudillos tatuados y porcelana fina. Me sentía como Perséfone cenando con

Hades, excepto que la diosa había llegado a amar al gobernante del inframundo.

Y esto no era un romance divino.

—Cuanto antes me canse de tu presencia, antes podrás despedirte de tu padre. Por su bien, si yo estuviera en tu lugar intentaría calmarme.

Ir de excursión desnuda por Chernóbil sonaba más apetecible que apaciguar a este hombre. Tenía el vestido empapado, lo más probable es que también tuviera el cuello rojo y me dolían las sienes por el odio de mi mirada. Una persona equilibrada se apiadaría de mí y me liberaría de esta macabra fiesta del té. Lamentablemente, Ronan era tan racional como míster Hyde.

—Come.

De algún modo, encontré el apetito... o al menos para fingir que lo tenía. El diablo se recostó en su silla con un Givenchy y con el iPhone en la mano y, si no me equivocaba, estaba jugando a un juego. Me imaginaba una versión retorcida del Pac-Man, pero en lugar de puntos, su *emoji* comía almas.

—Si has terminado, Yulia te acompañará a tu habitación.

En ese momento, apareció en la puerta disipando toda duda de que las paredes de esta casa estaban vivas, alimentadas por té ruso y magia negra.

Empujé la silla hacia atrás y seguí obedientemente a Yulia hasta mi habitación, donde, con un tintineo de llaves como si fuera una directora, me encerró en mi jaula.

Capítulo 22

sapiosexual
Atraído o excitado por la inteligencia de las personas.

Mila

Ronan y yo seguimos la misma rutina durante tres días.

Desayunábamos juntos como una pareja con serios problemas maritales, y luego él se iba a Moscú probablemente a manipular y desfigurar mientras yo era escoltada de vuelta a mi habitación.

En un esfuerzo por ganar algo de libertad y poder salir de esta pesadilla, me comportaba tan bien como mi boca me permitía, a pesar de que por dentro quería gritar.

Ronan, Yulia y la silenciosa sirvienta eran las únicas caras que veía día tras día, lo cual estaba empezando a volverme loca. No sabía cuándo había tenido lugar la transformación, pero ahora esperaba con ganas el desayuno, aunque fuera solo para escapar del aburrimiento devastador.

La tercera mañana, llegué a una conclusión.

—Sé lo que estás haciendo —anuncié en la mesa del comedor.

Ronan levantó la mirada del iPhone que posiblemente tenía pegado a la mano. Si el estúpido artefacto no gritaba «*Tasty!*» o «*Delicious!*» con la grave voz del Candy Crush, sonaba siempre con mensajes y correos electrónicos.

Arqueó una ceja.

—¿Y qué estoy haciendo?

—Estás intentando que coja el síndrome de Estocolmo.

Pensé que quería reírse.

—No creo que eso sea algo que se pueda coger.

—Como si necesitara lecciones de gramática de alguien que utiliza «joder» como sustantivo, verbo y adjetivo en una sola frase.

—Joder es versátil.

—No tan versátil.

Todo el peso de su mirada podría enfrentarse a una onda sísmica.

—Cuando te folle, *kotyonok*, te prometo que utilizarás «joder» más que yo en toda mi jodida existencia.

Desconcertada por sus palabras y la intensidad de su mirada, no desviar la mirada ni moverme de mi asiento se convirtió en una auténtica batalla. La soez promesa me ralentizó la respiración, pero lo que envió una irritante corriente de calor a la boca de mi estómago fue el hecho de que supiera cómo expresarse correctamente. Hasta había utilizado bien la palabra.

—¿Ha sido lo suficientemente versátil para tu gusto? —preguntó.

Su expresión hablaba por sí sola.

Ronan: 1.

Mila: 0.

Incapaz de rendirme, murmuré:

—El «jodida» ha sido un poco gratuito.

—Pensaba que eras una buena perdedora.

Reflexioné sobre su respuesta en silencio. Nunca había sido una persona competitiva, pero cada conversación con Ronan parecía una lucha que necesitaba ganar. Tal vez ser secuestrada por un mafioso ruso podía transformar a una chica, o tal vez simplemente quería ir sacando las distintas capas de mi piel para descubrir al monstruo que había debajo. No era justo que pudiera ocultarse tras una cara bonita y trajes de diseño con tanta facilidad.

Se puso de pie, se metió el móvil en el bolsillo y se abrochó la chaqueta.

—Nos vemos mañana, *kotyonok*. —Entonces salió de la habitación sin decir una palabra más, dejándome sola de nuevo como si fuera una mera espectadora de un pensamiento dentro de sus planes para dominar el mundo.

Nunca respondió a mi pregunta, pero su indiferencia y retirada invocaban la idea de que estaba equivocada; de que planear

manipular mi cuerpo y mente nunca se le había pasado por la cabeza. Ahora me sentía ridícula por haber llegado a esa conclusión. Si tanto quería acostarse conmigo, podía simplemente hacerlo. No encarnaba precisamente la definición de un hombre considerado. Tal vez no le importaba lo suficiente como para forzar la situación. Quizá estas «citas» matutinas saciaban su dosis de ridiculez con el desayuno.

Giré la cuchara en el cuenco de gachas de avena que no me había obligado a comerme. Una sensación de inquietud me revolvió el estómago. Por desgracia, no estaba segura de si era debido a la posibilidad de que Ronan estuviera perdiendo interés en mí o a que a papá le quedaban horas contadas de vida.

La parte más repulsiva de la situación no tenía nada que ver con ninguna de esas cosas. Cuando la espalda de Ronan desapareció de mi vista junto con sus «joder» y su olor a bosque, un sentimiento de soledad ocupó su lugar, una soledad que la presencia de Yulia no podía llenar.



—*Je le hais. Tu le hais. Nous le haïssons*. —«Yo lo odio. Tú lo odias. Nosotros lo odiamos». Miré hacia techo conjugando sin energía verbos en francés con la máxima alegría que pude reunir.

La puerta se abrió y, tras una breve pausa durante la cual se agachó para recoger el pomo roto de la puerta, Yulia dijo:

—Esto es una casa. No un establo.

Pensé que estaría refiriéndose a la hora que había pasado dando golpes a la dolorosamente firme puerta gritando «¡DEJADME SALIR!» a las cinco de la madrugada. Pero nadie podría estar seguro. En esta casa, tal vez se estuviera refiriendo a mis conjugaciones en francés.

La ignoré y recité con cero entusiasmo:

—*Je le déteste. Tu le détestes. Nous le détestons*. —«Yo lo detesto. Tú lo detestas. Nosotros lo detestamos».

Una cara austera se coló en mi vista del techo.

—¿Qué problema tienes?

—Tengo la regla —expliqué.

Arrugó la nariz como si fuera una criatura singular y repugnante, luego desapareció de la habitación un instante, asegurándose de echar el cerrojo detrás de ella, antes de volver con una caja de tampones que me lanzó a la cara.

—Au —me quejé mientras me frotaba la frente.

Se rio disimuladamente.

—Bruja —gruñí.

—Zorra.

Los calambres no habían podido elegir un día peor para apoderarse de mí. Por la mañana, había decidido que haría cualquier cosa por salir de esa habitación: dosificar mi sarcasmo, vender mi alma, chupársela al diablo, lo que fuera. Un día más entre tanta locura y acabaría tan chiflada como Renfield en *Drácula*. Ya era noctámbula y me estaba cuestionando mi veganismo. Al día siguiente, acabaría comiendo bichos.

Mi útero, castigándome por no haberme quedado embarazada este mes, iba a convertir controlar mi lengua en una tarea mucho más difícil. Nunca había admitido ser perfecta, pero ¿con la regla? Estaba muy muy lejos de serlo.

—Llegas tarde al desayuno, *devushka.*

—Déjame morir aquí en paz.

—Me gusta esta habitación. Vete a morir abajo.

Diez minutos después, entré al comedor con una blusa del color del sol y una falda holgada, y con Yulia pisándome los talones. Le dirigió una mirada arrepentida a Ronan por haberme entregado tarde. No me sorprendería que le hiciera una reverencia al salir.

Apenas asintió como respuesta, tenía el móvil pegado a la oreja. Me dirigí hacia mi sitio y me llené el plato de fruta. Ronan sonrió ante lo que dijo quien quiera que estuviera al otro lado del teléfono. Probablemente Nadia. Sentí un poco de lástima por ella, pero también pensé que tendría la personalidad de una estatua con cabeza de cabra.

Mientras respondía sin muchas ganas en ruso, Ronan me observó añadir tres terrones de azúcar a mi taza de té caliente. Tenía un

regusto amargo en la boca y solo algo asquerosamente dulce podría eliminarlo.

Finalmente, colgó con una despedida tierna e irritante antes de sumir la habitación en silencio. Tras un momento, dijo:

—Si querías una taza de diabetes, bastaba con pedirla.

Me mordí la lengua para no soltar la respuesta automática. «¿Crees que eso sería suficiente para acabar con mi tiempo aquí contigo?». En lugar de ello, dije cordialmente:

—Estoy bien. Gracias.

Se reclinó con algo similar a la diversión reflejado en los ojos.

—¿Has trasnochado o madrugado? —La insinuación estaba clara: había oído mis gritos y golpes en la puerta y me había ignorado.

«*Je suis calme. Tu es calme. Nous sommes calmes*».

«Yo estoy calmada. Tú estás calmado. Nosotros estamos calmados».

—Es solo que me cuesta dormir de la emoción. —El sarcasmo era un cabrón astuto que siempre me traicionaba.

—No sabía que mi habitación de invitados tenía tan buen entretenimiento. —Le brillaron los ojos—. Bueno... aparte de lo que te dejé para ver en la tele, claro. Sé que es bueno, pero deberías abrir tus horizontes y darle una oportunidad a una comedia de vez en cuando.

Ambos sabíamos que había manipulado esa televisión para que solo pudiera ver porno hasta el infinito. Una ola de frío me recorrió la piel mientras intentaba mantener a raya la creciente lava. Me negaba a volver a esa habitación. Tendría que arrastrarme entre patadas y gritos, y eso era precisamente lo que me haría si no me calmaba.

—No estoy hablando de la televisión. —Dando un sorbo al azúcar caliente de mi taza, disfruté de la sensación de ardor en la lengua. No tenía ni idea de qué me iba a inventar para explicar el desliz sarcástico, así que las palabras simplemente empezaron a salir atropelladamente—. Es solo la... esta atmósfera... —Mi mirada se encontró con Yulia en el pasillo, tarareando mientras peinaba una muñeca de porcelana que descansaba sobre una mesa ornamentada —. Es muy romántica. Un paraíso de invierno ruso, puertas

medievales muy robustas y una brecha temporal. Estoy viviendo en una película de Disney.

Tras observarme durante un largo segundo, soltó una carcajada profunda y sincera, como si no pudiera creer lo que acababa de salir de mi boca. El humor se coló en sus palabras.

—Tengo la sensación de que no estás siendo del todo sincera conmigo ahora mismo.

—No tengo ni idea de qué te ha podido dar esa impresión.

Había planeado argumentarle sobre por qué debía tener más libertad después de desayunar, pero si seguía observándome sin probar bocado el desayuno podía durar horas. Me iba a costar estar diez minutos sin provocar su enfado y, de alguna forma, el muy capullo lo sabía. Iba a alargar esto lo más dolorosamente posible.

Intenté ignorar su invasiva presencia, pero su mirada y silencio eran seres vivos, dos pequeños demonios sentados en cada uno de mis hombros.

«Je l'ignore. Tu l'ignores. Nous l'ignorons».

«Yo lo ignoro. Tú lo ignoras. Nosotros lo ignoramos».

—Tengo sed, *kotyonok*.

Con el tenedor cerca de los labios, me detuve ante el lánguido tono de su voz, que prácticamente me exigía que le sirviera. Tras un instante de incredulidad, permití que mi mirada viajara hasta el maldito holgazán, que estaba reclinado en su silla y, como sabía por experiencia, podía usar perfectamente ambas manos.

—La pereza es un pecado —dije entornando los ojos.

—La soberbia también —respondió—. De hecho, se dice que es el más mortal de todos.

Uf. Ahora tenía que servirle o sería la mayor de las pecadoras. Odiaba a quien se hubiera tomado el tiempo para enseñarle a este hombre la Biblia.

Solté el tenedor y forcé una sonrisa.

—¿Té o agua, *D'yavol*?

Con el codo apoyado sobre el reposabrazos de su silla, se acarició la mandíbula con el pulgar como si se lo estuviera pensando. Un indicio de placer resplandeció en sus ojos ante la humillante posición en la que esto me dejaba.

Mis pies descalzos empezaron a golpear el suelo bajo la mesa con impaciencia, y mi temperamento aumentaba con cada segundo que disfrutaba para tomar la maldita decisión. Su bota se colocó suavemente sobre mi pie para detener los golpecitos.

—Té.

Le serví una taza y pregunté:

—¿Azúcar?

—No.

Con un plof, el terrón de azúcar se hundió hasta el fondo de la taza y se la acerqué con la esperanza de que fuera alérgico. Justo cuando volví a coger el tenedor, abrió la boca de nuevo.

—Ahora que lo pienso, preferiría un vaso de agua.

Mi autocontrol se colapsó y las primeras palabras que se me pasaron por la mente escaparon.

—¿Por qué eres así?

Percibí una pizca de diversión, pero desapareció con mi tono irrespetuoso, sus ojos se oscurecieron y esa bota cara me pisó con un poco más de fuerza.

—Eres narcisista y lo encuentro divertido.

A pesar de que esta sentencia no tendría sentido para nadie más, logró su objetivo y llenó el espacio entre nosotros con una alerta silenciosa. Se estaba burlando de mi juego de palabras con «suerte» de nuestra otra conversación. El diablo entendía a la perfección el funcionamiento de mi caótica mente y no estaba segura de en qué lugar me dejaba eso.

Una sensación de cercanía me oprimió la garganta y retiré el pie de debajo de su bota. Seguramente acababa de desperdiciar mis posibilidades de ganar algo de libertad, y había perdido la humildad para suplicar. Tenía que replegarme antes de que unos colmillos afilados me mordieran.

—¿Puedo retirarme?

Entrecerró los ojos.

—No.

Esto era lo que pasaba cuando intentaba comportarme.

Permanecimos en un silencio tenso e incómodo durante demasiado tiempo. Estaba más que llena, así que me entretuve partiendo las

sobras de mi tostada en trocitos. Ronan ni siquiera estaba comiendo, sino leyendo sus mensajes mientras yo me veía obligada a quedarme ahí sentada como una niña después de cenar.

—¿Vas a comer? —solté—. ¿O prefieres devorar corazones humanos en privado?

Levantó la mirada hacia mí.

—Ya sabes lo que prefiero devorar en privado.

Reacia a continuar con esa conversación, cambié de tema.

—Quiero hablar con mi padre.

—Difícil.

Me empezó a hervir la sangre.

—Dime, ¿vendiste tu alma o la maldad es hereditaria?

—Los genes probablemente juegan un papel importante. Deberías saberlo. Tienes la sangre de tu madre en las venas.

Podía humillarme todo lo que quisiera, pero no le iba a otorgar el recuerdo de mi madre.

—Deja de mentir sobre ella —gruñí.

Arqueó una ceja y ladeó los labios mientras me provocaba.

—Tu madre estaba enferma, *kotyonok*. Y me refiero al tipo de enfermos que estrangulan cachorritos. Aunque, enferma o no, por lo que he oído, era un muy buen polvo...

Le tiré el té a la cara.

Todo el resentimiento acumulado estalló como un cañón de confeti sobre la expresión extrañamente calmada y furiosa de Ronan. La tensión robó todo el oxígeno de la habitación antes de que todo se volviera letalmente tranquilo. Estaba congelada en la silla con la sangre bombeando adrenalina y una fría sensación de temor.

Se secó la cara con una mano y dijo a regañadientes con una voz fría, pero refrenada:

—Te voy a dar ventaja.

Si salía corriendo, me perseguiría. Si no corría...

Me mataría.

Cosas terroríficas como cajas de FedEx me bailaron en la mente. El miedo me perforó los pulmones y me robó el aliento desde el interior. Mi silla se cayó hacia atrás cuando me levanté de un salto y

hui de la habitación sabiendo que debería haberlo hecho mientras tenía ventaja.

Capítulo 23

typhlobasia
Acción de besar con los ojos cerrados.

Mila

Tras salir huyendo con el pánico en las venas y sin sentido de orientación alguno, cerré de un portazo al entrar en el baño y di un paso atrás con el corazón en la garganta.

Ronan era un maldito tramposo. Todo el mundo sabía que había que dejar al menos una ventaja de diez Misisipi, y yo había tenido tres segundos antes de oír sus pasos pesados persiguiéndome en cuanto llegué a lo alto de la escalera. Era más rápido de lo que resultaba humanamente posible y su sombra había estado a punto de consumir la mía antes de que me encerrara aquí.

—Abre la puerta —ordenó Ronan con un tono demasiado calmado para mi gusto.

A pesar de que me conocía el contenido de este baño como la palma de la mano, rebusqué en los cajones del tocador esperando encontrar algo que hubiera aparecido por arte de magia para defenderme. Sin duda, Yulia tenía llave y estaría más que contenta de ayudar a su amo.

—Tienes cinco segundos para abrir esta puerta antes de que la eche abajo.

Lancé un cepillo por encima del hombro.

—Pues buena suerte con ello —conseguí responder con voz fría, aunque la idea me envió una oleada de incertidumbre. La puerta del dormitorio era igual que la del baño y había intentado abrirla a

patadas, puñetazos y con horquillas. Había sufrido varias heridas, pero no le había hecho ni una sola abolladura.

¡Pum!

Salté hacia atrás cuando lo único que nos separaba se abrió de golpe y se estampó contra la pared con tanta fuerza que se rompió la bisagra superior. La puerta se balanceó de manera extraña hasta que otra patada la sacó del marco y la sólida pieza de madera se estrelló contra el suelo a centímetros de mis pies con un estruendo tan fuerte que me resonó por todo el cuerpo.

Levanté la cara para mirar esos ojos negros que no tenían chispa y se me escurrió un cepillo de dientes de entre los dedos. El frío me paralizó. Lo miré fijamente con el pecho agitado esperando represalias. Independientemente de lo que tuviera reservado para mí, me negaba a suplicar por mi vida. Si el orgullo me enviaba al infierno, que así fuera. Al menos, dejaría este mundo con la dignidad intacta.

Ronan se movió hacia mí pisando la puerta caída con sus botas caras. El sonido del metal atrajo mi atención a sus manos y, cuando lo vi sacarse el cinturón de las presillas, se me cayó el alma a los pies.

Iba a azotarme como Carlo a su mujer embarazada en *El padrino.*

A la mierda la dignidad.

—¡Lo siento! —exclamé en un jadeo desigual.

—No, no lo sientes, *malen'kaya lgunishka*.

Las piernas me llevaron hacia atrás y él siguió mi huida. Mis pies se encontraron con el frío suelo de piedra de la ducha. Estaba atrapada y él se acercaba a mí con el cinturón en la mano. Debería aceptar el dolor para que me trajera de vuelta a la realidad, para recordar que su compañía no era más que un heraldo de la muerte. Sonaba bien en teoría, pero ¿en la práctica? Sonaba a que me iba a doler muchísimo.

Cogí un bote de champú y se lo tiré.

—¡Te lo merecías!

Lo esquivó, al igual que todos los demás objetos que le arrojé. Me agarró por la cintura y acercó su voz oscura a mi oreja:

—Y tú te mereces unos azotes en el culo.

Lo empujé intentando darle un rodillazo donde dolía, pero me agarró el muslo con una fuerza castigadora antes de que llegara.

—Dame otro rodillazo en los huevos y luego me aliviarás con la lengua —gruñó.

—¡Suéltame! —continué forcejeando, pero me agarraba las muñecas con firmeza para atármelas con el cinturón.

Cuando se apartó, intenté escapar, pero tiró del otro extremo del cinturón y choqué con su pecho. Lo ató a la moderna ducha de techo, sosteniéndome los brazos por encima de la cabeza.

Gimiendo, miré hacia arriba con cautela.

—¿Qué estás...? —El resto de la frase quedó silenciado en forma de grito cuando el agua fría cayó sobre mí.

Era lo bastante alta para tener ambos pies en el suelo, pero el cinturón no era lo suficientemente largo para que pudiera apartarme del chorro. Escupí y me atraganté con ese inesperado aguacero tan frío que parecía que me clavaran agujas en la piel.

—¿Qué te dije de enfrentarte a mí? —Me agarró la cara y la levantó para que pudiera mirarlo a los ojos.

Un violento escalofrío me recorrió cuando un torrente que venía directamente de la Antártida me empapó el pelo, e hizo que se me pegara el vestido al cuerpo. Parpadeé para quitarme el agua de los ojos. No sabía si era por el agua congelada o por el alivio de que no fuera a azotarme, pero se habían desvanecido mis ganas de luchar y me habían dejado temblando y sola.

—Está fría —me quejé rechinando los dientes.

—Bien. —Él también estaba bastante mojado, pero ni siquiera se estremeció. Sus dedos se tensaron en mis mejillas—. Tienes carácter, *kotyonok.* —Me sostenía la cara mientras me miraba clavando sus ojos oscuros en los míos—. No me obligues a ponerte una correa.

Después de la amenaza, debería disculparme. Debería rogarle que me perdonara y me soltara, pero las palabras que se me escaparon fueron:

—Espero que el té todavía estuviera caliente.

El pequeño atisbo de diversión de sus labios chocaba con la ira de su mirada, y su respuesta fue reflexiva, quizá incluso retórica.

—¿Qué voy a hacer contigo?

—Soltarme.

Algo sutil y conflictivo atravesó su mirada y me pregunté si ya tendría planeado liberarme pronto, si iba a cambiarme por la vida de mi padre en cuestión de días o incluso horas. La idea me oprimió el pecho y me hizo sentir sola y perdida, pero la desesperación no fue el único sentimiento que cobró protagonismo.

—Mmm... —Ese suave sonido vibró contra mis labios—. Todavía no.

Sabía que, aunque escapara de haber entretenido al diablo, sus demonios me perseguirían de por vida. Mientras me lo imaginaba alejándose sin mirar atrás, como si yo fuera un chicle en la suela de su bota indeseado y olvidado con el tiempo, algo feroz brotó en mí. Quería perseguir al *D'yavol* como él me había perseguido a mí. O quizá fuera solo una excusa por haber perdido el control de mi odio y por haber dejado que se convirtiera en humo y llamas.

Solté un suspiro tembloroso cuando me deslizó el pulgar por el pómulo. El contraste entre su ira y la caricia me descolocó, encendió un rayo de calor en mi vientre y despertó el deseo insensato de invocar su dulzura y su aprobación.

Recorrió mis labios con el pulgar como si quisiera comprobar si iba a morderlo. No lo hice. Incluso le dejé metérmelo ligeramente en la boca. El rugido de su garganta invadió el frío del aire, hizo que el agua se calentara unos pocos grados y, en ese momento, solo deseé calor.

Aunque viniera en forma de fuego del infierno.

Cerré la boca alrededor de su pulgar y tuvo que sacarlo entre mi lengua caliente y mis labios. Con una simple mirada suya, se me habían encendido las llamas y el peso de su aprobación me provocó cierto dolor entre las piernas.

El calor de mi interior contrastaba tanto con la fría tortura de mi piel que me mareé. Mucho. Ebria por un vaso de vodka de diez mil dólares a veinte pisos de altura, no pude hacer más que rendirme al tacto cuando su pulgar tiró de mi labio inferior al alejarse.

Con las muñecas envueltas en cuero y regueros de agua helada cayéndome por la piel y los labios entreabiertos, el tiempo se

ralentizó bajo la densa atracción que había entre nosotros y que sabía a ojos cerrados y a noches sin luna. Piel de marfil y escalofríos. Seda de alta calidad empapada y tatuajes. Altruismo y codicia.

La necesidad visceral de acortar la distancia me arrebató el aire, y no pude encontrar suficiente oxígeno que no estuviera contaminado por su calor y el embriagador aroma a bosque. Tenía la cabeza fuera del agua, pero me estaba ahogando, jadeaba en un intento de obtener una bocanada de aliento que sabía que este pecado no saciaría.

—Por favor, déjame salir.

Ambos parecíamos saber que mis palabras contenían dos deseos diferentes: ser liberada de este castigo glacial y de mi jaula interna.

El pulso de mi corazón y el goteo del agua llenaron un momento de denso silencio.

—Si quieres tu libertad, tendrás que ganártela. —Esta declaración degradante y sugerente debería romper el hechizo que había entre nosotros, a pesar de que el sonido de su voz (sofisticado, pero con un acento más marcado de lo habitual) se me deslizó por el cuello como una caricia. Quería perderme en ella.

—Tengo la regla —dije tontamente con la esperanza de que le resultara tan desagradable como a Carter y me salvara de este momento inmoral. Tendría que haberme imaginado que no sería el caso.

Una sonrisa tiró de sus labios.

—Nunca me ha dado miedo la sangre.

Tragué saliva.

—¿Qué quieres que haga?

—Ponte creativa.

Con un nudo en la garganta, las dudas me paralizaron. No estaba segura de qué quería de mí ni de qué podía hacer con los brazos atados por encima de la cabeza.

Esta era mi oportunidad de conseguir algo de libertad, de tener rienda suelta para idear un plan de escape, pero ¿de qué me serviría si me ahogaba primero? Supuse que tendría que aprender a nadar.

Hice lo único que podía hacer.

Me puse de puntillas y acorté la distancia que nos separaba hasta que nuestros labios quedaron a un milímetro, hasta que rocé los suyos con cada escalofrío que me recorría el cuerpo. Respiré contra su boca durante un segundo esperando su reacción, cualquier cosa que me indujera a tener la confianza para proceder, pero no sucedió nada. Frustrada y con una temblorosa oleada de timidez, pegué los labios contra los suyos.

El cinturón se aflojó ligeramente y los brazos me quedaron colgando torpemente sobre la cabeza, así que los apoyé sobre sus hombros. Sabía a canela, a corrupción y a algo tan masculino que inhalé profundamente para absorberlo. A medida que mi boca se movía contra la suya, todas mis dudas se disolvieron reemplazadas por un torrente de fuego que me abrasó hasta las puntas de los pies.

Él no me devolvió el beso. De hecho, parecía más absorto en sus jueguecitos del desayuno que ahora. De repente, necesité una reacción por su parte tanto como respirar.

Lo besé lenta y suavemente, deslicé la pierna por un lado de la suya y le envolví la cadera para acercarlo. A continuación, le lamí la cicatriz del labio inferior. Exhaló bruscamente, se metió más debajo del agua y apoyó ambas manos en la pared de la ducha a mis lados. Estaba caliente, exudaba tanto calor que me eché a temblar, y me apreté contra él para absorberlo.

La sangre me retumbaba en las venas, hervía bajo la superficie. Deslicé la lengua en su boca, la lamió con un roce de dientes y una sensación húmeda y caliente palpitó en mis entrañas. Sus labios se movieron contra los míos, respondiendo a cada inmersión y lamida con una voluntad más imperiosa. Cuando mi pierna se tensó a su alrededor para acercarlo, apartó una mano de la pared y me agarró el muslo clavándome los dedos en la carne.

Me mordió el labio inferior y yo le devolví el mordisco con más fuerza. El gruñido que reverberó en las profundidades de su pecho vibró contra mí. El deseo me inflamó el vientre y se tensó hasta convertirse en una bola que exigía ser aliviada. No era más que tacto y sensaciones flotando en una nube de lujuria tan caliente que estaba segura de que no sobreviviría si estallaba.

Profundizando el beso, solté un gemido reprimido. Se lo tragó rozando la lengua contra la mía. Consumida por el fuego y el hielo, me arqueé contra él en una necesidad desesperada de contacto, fricción y absolución.

Pero el infierno me había traído hasta aquí.

Y el infierno me sacaría.

Jugué con sus labios, los lamí, los mordí, los presioné y respiré mientras me florecía un dolor entre las piernas que haría cualquier cosa por llenarlo. A la mierda la regla. Exhalé con desesperación en su boca, me apreté contra él, mi cuerpo sonrojado contra el suyo. Su agarre se apretó en mi muslo y las reservas que tenía respecto él (la idea de que podía lastimarme o herirme, aunque no lo había hecho) solo me hicieron anhelarlo con mayor desesperación.

Gruñó enfadado cuando empecé a frotarme contra su dura longitud en un esfuerzo por aliviar el dolor, y en ese momento empujó mi pierna y se apartó.

El agua fría me mojó por dentro y por fuera, pero no me robó el calor que él había dejado atrás. Con el pecho agitado con cada respiración, lo vi apagar la ducha y liberar mis muñecas como si no hubiera pasado nada, como si a él no lo hubiera afectado mientras que yo me sentía patas arriba con un pie en el inframundo y el otro inestable.

Luego se alejó y dejó la puerta de mi jaula abierta con la posibilidad de la libertad, pero yo solo podía mirar fijamente su retirada, temblando, con las muñecas rojas y el calor de su boca todavía sobre la mía.

Capítulo 24

qui vive
Alerta o vigilancia agudizada.

Mila

—Es hora de comer. —El bajo de encaje del vestido de Yulia que llevaba dos siglos pasado de moda se meció cuando se detuvo bajo el marco de la puerta.

Estaba sentada en el diván de la sala de estar mirando ausentemente por la enorme ventana central.

—Estoy ocupada. —Revolcándome en mi propia desesperación... pero estaba ocupada de todas formas.

Entornó los ojos.

Había tirado té a la cara de Ronan y no me había matado. Ni siquiera me había dejado una cicatriz. Al menos, en el cuerpo. En cuanto a mi mente, el orgullo no me permitía pensar demasiado en ello, sobre todo, porque el ardor de su agarre y el dolor que había cobrado vida todavía no se habían disuelto. Estaban ahí, un perverso e incesante bucle de necesidad.

Ahora tenía la corazonada de que no quería torturarme físicamente, pero también estaba segura de que aplastar mi delicado corazón bajo su bota le había resultado entretenido y divertido. ¿Por qué si no iba a jugar conmigo durante tanto tiempo cuando la venganza había sido su intención desde el principio? Tal vez simplemente estaba intentando hacerse con un vídeo decente. Aunque ni siquiera había intentado entrar en mi habitación de hotel después de invitarme a comer.

—Te volverá a encerrar en la habitación —me advirtió Yulia.

Le lancé una mirada cargada de odio, me levanté y la seguí hasta el comedor mientras preguntaba:

—Yulia, ¿conocías a mi madre?

—Todo el mundo conocía a tu madre. Era famosa. —Arrugó la nariz—. No entiendo cómo Dios permitió que esa mujer tuviera tanto talento. Aunque los caminos del Señor son inescrutables...

—¿Cómo era?

—Inmoral.

Dormir pasadas las siete de la mañana era inmoral para Yulia.

—¿Puedes ser más específica?

—Fornicaba con todo lo que se movía.

—Entonces había encontrado la liberación sexual. —Estaba intentando pensar en positivo a toda costa.

Yulia se detuvo en la puerta del comedor y me dedicó una mirada severa.

—La fornicación es un pecado. Y el adulterio también. —Debía de decir eso, porque mi madre se había acostado con mi padre estando casada—. También era soberbia, avariciosa y cruel.

—Yulia —suspiré—. Simplemente estás nombrando los pecados capitales.

Arqueó una ceja.

—¿No me crees?

—Estoy intentando creerte, pero no me estás diciendo nada más, aparte de que era muy pecadora.

Entrecerró los ojos.

—Ayudaba a tu padre en el trabajo. —Inclinó la cabeza y me dedicó una mirada casi compasiva—. Aunque no creo que estés preparada para escuchar cómo.

Una energía inquietante me atravesó. La curiosidad me suplicaba que preguntara, pero mi corazón me decía que tal vez no estaba preparada en realidad. Así que me senté a la mesa donde, sola, comí *golubtsy* servida por la misma sirvienta silenciosa. Partí uno de los rollitos de col y me di cuenta de que la cocinera había eliminado los productos de origen animal. Sorprendentemente, todos los platos que me servían eran veganos.

Al terminar de comer, me dirigí hacia la entrada. Mi abrigo de piel sintética colgaba de un gancho y mis botines descansaban en el suelo, como si fuera la invitada de una noche cualquiera. Me puse el abrigo y los zapatos y salí.

Ambos guardias a cada lado de la doble puerta guardaron silencio. De hecho, toda la gente que había en el jardín dejó de hablar mientras me observaban alejarme del camino circular y andar con dificultad sobre la espesa nieve. Si corría, probablemente me dispararían en la pierna. Al fin y al cabo, no podían matar a la garantía de Ronan.

Llegué hasta el edificio anexo que servía de caseta para los perros. Al verme, estos cruzaron el recinto cercado por una valla metálica. Me detuve delante de él, me arrodillé con mi lujoso abrigo sobre la nieve y les dije lo buenos cachorros que eran. Unos cachorros con dientes muy afilados.

Cuando estuve más o menos convencida de que no me morderían, estiré el brazo a través de la valla con la palma de la mano hacia arriba. Solo uno de ellos vino a olisquearme, mientras que los otros se quedaron quietos como si no quisieran rebajarse a ser acariciados por mí. Rasqué el cuello peludo del único simpático y sonreí cuando me lamió la mano. Nunca había tenido un perro. A papá no le gustaban. Pero siempre había querido uno.

Un pastor alemán del color de la arena con expresión arisca estaba solo junto a la puerta para perros con el pelo del pescuezo erizado ante mi presencia. Me dirigí hacia él con cautela, pero guardó la distancia, moviendo el rabo y con el pelo de punta. Sintiendo que ya lo había alterado suficiente, me levanté para dar un breve paseo alrededor de la casa. Los ojos de los guardias estaban clavados en mi espalda como si estuviera en el punto de mira.

Las nubes se separaron y el sol brilló sobre la nieve. Los límites de la propiedad estaban marcados por árboles, y me pregunté cuánto tendría que andar para encontrar la civilización o simplemente una carretera con algún que otro transeúnte. Sin embargo, aunque hubiera una autopista a medio metro del jardín de Ronan, no estaba segura de cómo llegaría hasta ella. No con la vigilancia constante

durante las veinticuatro horas y unos perros que eran sin duda más rápidos que yo.

Tenía vía libre en la casa y la aproveché. Tardé horas en escudriñar cada rincón y recoveco de la primera planta, pero, por desgracia, no encontré un pasadizo secreto para poder huir.

Odiaba admitirlo, pero la realidad es que era una casa preciosa.

Las paredes estaban cubiertas de cuadros originales, todos los muebles albergaban un encanto atemporal y en cada habitación se respiraba un ambiente distinto. Desprendía una sensación de hogar, no de cuatro paredes de piedra inerte.

Y, entonces, encontré la biblioteca.

Había estanterías que llegaban hasta el techo a rebosar de libros con una variedad de lomos coloridos. Un gran escritorio de caoba ocupaba la parte delantera de la habitación y el olor a cigarrillos empapaba el aire. No sabía qué encontraba más ofensivo: que Ronan fumara junto a una estantería llena de primeras ediciones o que tuviera que compartir este espacio con él durante el tiempo que me tuviera secuestrada en su casa.

El primer libro que saqué de la estantería fue *El paraíso perdido*, de John Milton. Qué irónico. La novela reunía un conjunto de poemas que describían a Satán como arrogante y esencial para su propia caída y, al final, perdía la pelea contra Dios.

Al salir, dejé el libro sobre el escritorio de Ronan.

El único fallo evidente que tenía la casa era la falta de dispositivos electrónicos. No encontré ni un teléfono, radio u ordenador. O las frecuencias afectaban a la comunicación de Ronan con el inframundo, o se había deshecho de cualquier cosa que pudiera utilizar para pedir ayuda.

El chirrido de mi tenedor y mis pensamientos enfrentados me hicieron compañía durante la cena. Me pregunté si era tan mala persona como papá por haber ignorado la verdad y por protegerlo incluso ahora, siendo incapaz de soportar la idea de perderlo. Me pregunté a cuántos familiares no había tenido la oportunidad de conocer. Pero, sobre todo, me pregunté qué o a quién estaba cenando el diablo esta noche.

La habitación estaba tranquila y desolada sin su presencia y, de alguna forma, su ausencia solo intensificaba la inquietante sensación que provocaba en mi interior. El recuerdo de su grave sonido de aprobación me recorrió el cuerpo de arriba abajo, despertando escalofríos a su paso. Aparté el plato con frustración y recité mentalmente:

«J'ai le syndrome de Stockholm. Tu as le syndrome de Stockholm. Nous avons le syndrome de Stockholm».

Antes de que la sirvienta silenciosa pudiera llevarse mis sobras, cogí el plato, me puse el abrigo y los zapatos y salí de casa. El sol se había puesto, pero unas luces brillantes iluminaban el jardín y mi camino hacia la caseta.

Una vez más, las conversaciones de los guardias se desvanecieron en cuanto crucé la puerta. Aunque los perros distantes de repente parecían muy interesados en los *dumplings* que había sobre mi plato, cada uno se llevó uno después de lamerme los dedos. Reservé un *pelmeni* para el más tímido, que estaba solo en la esquina mirándome. Lo dejé caer junto a él, pero no se movió. Los otros perros lo evitaban, y me pregunté si sería el macho alfa de la manada o, simplemente, era temperamental.

Ruidos de pisadas crujieron en la nieve a mis espaldas.

—No te acerques a ese —dijo Albert—. No está bien de la cabeza.

El perro era probablemente el único que estaba bien de la cabeza en ese lugar.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

—Khaos.

—*Zdravstvuy*, Khaos —susurré.

Me giré hacia Albert y le golpeé el estómago con el plato vacío. Gruñó y agarró la delicada porcelana antes de que se cayera.

—He pensado que te vendría bien algo para acompañar toda esa traición —le dije dulcemente antes de emprender el camino de vuelta a la casa.

Cerca de la puerta, pasé junto a un guardia de apariencia cruel. Le dio un golpe al hombre a su lado con la culata del rifle y dijo algo que despertó una risa entre ellos. Una semana atrás, el evidente insulto me habría sentado como una puñalada en el estómago;

como si pudieran ver a través de mí todos los secretos oscuros que llevaba dentro. Ahora, en esta fortaleza del mal, esos secretos eran la única forma que tenía de aguantar. Algo dentro de mí no quería solo sobrevivir, sino crecer.

Cuando me di la vuelta para mirarlos, algo en mis ojos hizo que su risa se esfumara. Acorté la distancia entre nosotros, le arranqué el cigarro de los labios al hombre cruel y lo coloqué entre los míos. Automáticamente, el guardia a su lado me pasó un mechero.

Mantuve presionado el botón para liberar el butano detrás del hueco de mi mano y luego encendí el gas con el mechero, así que capturé la llama entre los dedos. Era un truco sencillo que un hijo único con el espíritu libre me había enseñado de adolescente, pero, a juzgar por la manera en que los guardias me observaron encender el cigarro con una bola de fuego, les debí de parecer una bruja.

Siempre había sido fan de *Prácticamente magia*. Volví a deslizar el cigarro entre los labios del guardia holgazán y, cuando se prendió fuego, maldijeron y ambos saltaron hacia atrás mientras se daban una palmada o dos en la ropa.

Entonces me di la vuelta para alejarme poco a poco bajo el frío cielo ruso, y la primera sonrisa genuina se dibujó en mis labios.

Capítulo 25

madrugada
El momento del amanecer en que la noche
recibe al día.

Ronan

Con las manos en los bolsillos, me quedé delante de la ventana de la biblioteca observando la luz que acariciaba el horizonte. El reloj del abuelo dio las ocho de la mañana, lo que indicaba que había dormido menos de tres horas desde que había vuelto la noche anterior de Moscú. Sin embargo, en cuanto se levantó el sol, también lo hice yo.

Era un animal de rutinas.

La tranquila mañana invernal permaneció en calma cuando el primer rayo del sol me rozó las puntas de las botas. Había partículas de polvo flotando en el resplandor dorado. La imagen me recordó al sol que entraba por la sucia ventana de cierto piso, al aliento helado que salía de unos labios partidos, al hambre y a moratones amarillentos a punto de desaparecer.

Cuando era pequeño, la primera luz del día implicaba que mi hermano y yo teníamos que correr por las calles y robar pasteles de panaderías locales. Kristian inspeccionaba el restaurante y yo hacía el trabajo sucio. Mi madre no era una gran cocinera. Ni una madre que alimentara a sus hijos. Cuando murió nos quedamos sin hogar y estuvimos mejor. Seguía despertándome cada mañana cargado de energía con la necesidad de buscar comida. Esa respuesta

involuntaria se llamaba trauma, pero a mí me parecía algo melodramático.

Cuando la luz iluminó una melena rubia, me recorrió una oleada de calor, se deslizó hasta solidificarse en mi entrepierna y me puso todo el cuerpo tenso. El sol naciente creó la ilusión perfecta de un halo sobre la cabeza de Mila antes de que desapareciera detrás de los árboles que limitaban mi propiedad. Por un segundo, pensé que estaba tan reprimido sexualmente que me la estaba imaginando. Solo Dios sabía cuántas veces había pensado en hundir la mano en su pelo mientras me la chupaba. No estaba seguro de que Dios lo aprobara, pero quizá debería bajar las expectativas para que todos estuviéramos felices.

Vi la falda de un vestido con girasoles, y estaba seguro de que mi mente no se imaginaría un puto patrón floral. Al parecer, Mila se despertaba igual de temprano... o tal vez solo se hubiera levantado para buscar una vía de escape. No me preocupé demasiado.

Me invadieron los recuerdos del día anterior: el sabor de su boca y el tacto de su cuerpo contra el mío. Lo único que me impidió follármela contra la pared de la ducha fue el pensamiento intrusivo de que la había engañado para que hiciera algo que sus hormonas jóvenes y volátiles no podían soportar, y que su sumisión no era auténtica.

Podía ser generoso cuando quería.

Desde entonces, esta decisión había sido como un fuerte dolor de muelas.

En ese mismo momento podría estar haciendo algo productivo, pero en lugar de eso estaba ahí plantado con la necesidad de saber qué estaba haciendo mi mascota tan temprano.

Cuando Mila pasó por detrás de un árbol y apareció devuelta, entorné los ojos antes de mirarla de arriba abajo. Estaba mojada y embarrada y llevaba el abrigo de piel de lujo que le había comprado colgando del hombro. A estas alturas, hasta una tienda de segunda mano lo tiraría a la basura. Si no estuviera seguro de que no tenía cerdos, asumiría que había estado revolcándose entre ellos. Lo más ridículo de lo que vi no tenía nada que ver con su aspecto, sino con lo que estaba haciendo.

Yulia entró en la habitación con el habitual susurro de su vestido. Antes de que pudiera anunciar que el desayuno estaba listo, le hice un gesto para que se acercara y le dije en ruso:

—Explícame esto.

Podía verlo con la misma claridad que Yulia, pero necesitaba otra confirmación.

Se tomó un segundo e inclinó la cabeza para observar la escena desde otro ángulo. A continuación, se enderezó y se cruzó de brazos.

—La muchacha está trepando por un árbol con una cría de piquituerto en la mano. Debe de estar intentando ver si puede volar.

Me pasé el pulgar por el labio inferior que se curvó con una diversión seca. Sabía que Mila no iba a dejar caer al bebé pájaro desde una rama. Sería una cría demasiado joven que había caído del nido y la estaba dejando de nuevo en su sitio.

—Las aves tienen parásitos. —Yulia arrugó la nariz—. Y más le vale no entrar en casa con todo ese barro.

—Gracias, Yulia. Enseguida bajo a desayunar.

Asintió complacida por haber sido útil y salió de la habitación.

Mila pronto tuvo público. Pavel apareció dispuesto a recogerla si caía, lo cual era gracioso teniendo en cuenta que ella era mucho más alta y que lo único que conseguiría sería que cayeran los dos. Quedaba claro que su principal objetivo era echar un vistazo a lo que había debajo de su vestido. No podía culpar al chico, pero también sentí un extraño deseo de darle un puñetazo en la cara.

Y luego estaba Albert, el más sensato, limitándose a mirar cómo subía al árbol con el pájaro en la mano. La bota de Mila se resbaló en una rama y la corteza cayó a la nieve antes de que ella pudiera encontrar otro lugar en el que apoyarse.

Empezaba a sentir picazón e incomodidad. Más le valía a Yulia no haberme puesto pimienta en el té. Sabía que era alérgico y que me saldría una urticaria peor que en un anuncio de antihistamínicos.

Me saqué el móvil del bolsillo, busqué el número de Albert y me lo llevé a la oreja.

—*Da?*

—Bájala de ahí ahora mismo —ordené en ruso.

Levantó la mirada y me buscó en la ventana.

—Lo he intentado, jefe. No me hace caso.

—¿Me estás diciendo que no puedes controlar a una puta mujer?

—No. Solamente a esta.

¿Qué cojones tenía esta de diferente? Desvié la atención al árbol para observar el ascenso de Mila. ¿A qué altura estaba el nido? ¿En el cielo? Apreté los dientes y pregunté:

—¿Por qué parece que ha estado luchando en el barro en bikini?

Titubeó durante un instante antes de admitir:

—Ha estado jugando con los perros.

La llamada se convirtió en un silencio intenso.

—Con Khaos no. —Era más un gruñido que una pregunta. Ese perro se había vuelto agresivo e impredecible y tenía que ser sacrificado.

—*Nyet.*

Me alegré de que tuviera un poco de sentido común.

—Le dije que no tocara el pájaro. Ahora la madre no volverá.

Por eso seguía respirando Khaos a pesar de que hubiera mordido a cinco de mis hombres. Albert no era capaz de matar a un puto insecto.

—Eso es un mito —le dije con impaciencia.

Se rascó la mejilla y emitió un sonido casual que parecía forzado.

—Eso es exactamente lo que ha dicho ella.

—La quiero abajo en los próximos cinco segundos —espeté, y colgué.

Lo último que quería hacer ahora era convencer a Mila de que se bajara de un puto árbol. Probablemente me insultaría y subiría aún más alto y si tenía que tocarla ahora mismo...

Albert discutió con Mila, quien se mostró vehemente en sus esfuerzos conservacionistas. Tras devolver el pájaro al nido, emprendió el descenso a tierra. El alivio duró poco cuando a tres metros del suelo se le resbaló la mano de una rama. Deslizó un pie por el árbol antes de encontrar apoyo en otra rama y, si no me equivocaba, se rio. Albert la agarró del tobillo y tiró de ella para tomarla en sus brazos y dejarla en tierra firme.

Vi a Mila sacarse agujas de pino del abrigo embarrado.

Si me dieran una celda fría y oscura ocupada por cinco hombres que querían matarme, ni me inmutaría. Pero esto... no sabía qué más hacer con ella más allá de follármela. Y todavía no habíamos llegado a ese punto, así que estaba un poco fuera de mi zona de confort.

Me sonó el móvil y lo agarré para leer el mensaje agradeciendo la distracción.

Nadia: Hace mucho que no nos vemos. ¿No me echas de menos?

Echaba de menos el sexo, eso lo tenía claro.

Capté movimiento por el rabillo del ojo y vi a Pavel acercándose a Mila. El chaval se rascó la nuca y le dijo algo. Parecía que estaba intentando hablar en español con ella. Probablemente lo hiciera fatal, aunque Mila nunca se lo diría.

Nadia: Ven esta noche. Te prepararé la cena... y el postre. 💋

Yo: Polina cocina mejor.

Nadia: ¿También te la chupa mejor?

Yo: Dame un minuto y lo averiguaré.

Nunca llegaría a eso con mi cocinera, pero sentía un hormigueo irracional debajo de la piel que se expandía por segundos.

Nadia: 😡
Nadia: ¿Y qué hay de tu norteamericana? ¿Ella también sabe hacer que te corras tan bien como yo?

Apreté los dientes. No me gustaba que Nadia hablara de Mila.

Nadia: Seguro que no.

Levanté la cara y vi a Pavel ruborizarse. Un muchacho con un AK-47 colgando del pecho.

Nadia: ¿Qué te pasa últimamente? Te pedí perdón por el último incidente...

Ese «incidente» tuvo lugar la última vez que la vi cuando destrozó su camerino en un ataque de celos, porque no acepté la rápida mamada durante el interludio que me había ofrecido en una nota.

Nadia: Anoche me acosté con alguien.

Yo: Qué sorpresa.

En absoluto.

Nadia: Bajó al pilón. 
Nadia: Por una vez estuvo bien...

Hablaba como si estuviera a dos velas, pero sabía que recibía sexo oral tanto por parte de hombres como de mujeres... y con mucha frecuencia. Solo quería verme de rodillas. Yo preferiría meter la polla en una picadora de carne.

Pavel se acercó para enseñarle algo a Mila, sostenía la cadena que llevaba colgando del cuello entre el índice y el pulgar. Ella se apartó del arma, como si el simple hecho de estar cerca pudiera hacer que se disparara. Él se había fijado en su colgante y ahora le enseñaba el suyo. Qué tierno.

Nadia: Ronan…

Mila era toda sonrisas, probablemente estuviera hablando con cariño del sádico de su padre a la única persona de aquí dispuesta a escucharla... y solo porque quería mojar la polla. La escenita estaba empezando a tocarme los huevos.

No estaba haciendo nada, pero no tenía tiempo para esto.

Golpeé el vidrio. Cuando ambos se giraron hacia mí, le dediqué una mirada fulminante a Pavel. Él tragó saliva, le dijo algo rápidamente a Mila y se alejó, dejando sola a mi cautiva embarrada asesinándome con la mirada. Sus ojos transparentes debían de estar llenos de veneno. Una sola mirada suya me atravesó el pecho y me esparció algo pesado y codicioso en él.

Mi cara le dijo: «Entra ahora mismo».

Su silenciosa respuesta no era importante porque no incluía nada sobre «someterse», «esclava» o «anal». Su mirada se intensificó

antes de obedecer y volver a entrar en la casa.

Nadia: ¿Me estás ignorando porque estás celoso?

Me pasé el pulgar por la mandíbula sin saber lo que se sentiría, pero improvisé.

Yo: Estoy que echo humo. Apenas puedo hablar.

Nadia: Eres gilipollas.

Yo: Estoy ocupado. Deja de escribirme.

Nadia: ¿Ocupado con qué?

Yo: 

Nadia: ¡ARGH!

Me senté detrás del escritorio e intenté despejarme antes de desayunar. Mi mirada se posó en un libro que había sobre la mesa y lo cogí. *El paraíso perdido,* en el que Dios ganaba y *D'yavol* perdía. Se me dibujó una sonrisita. Debería hacer que Mila me lo leyera mientras me la follaba.

Capítulo 26

nedovtipa
Persona que no capta las indirectas.

Mila

Observé a Ronan servirse leche en el cuenco de Fruit Loops. No sabía qué era más extraño: que hubiera importado el producto norteamericano o la imagen de sus dedos asesinos tatuados llevándose una cucharada de cereales de colores a la boca.

Cuando seguí mirándolo, sus ojos se clavaron en los míos, arqueó una ceja con encanto y un animado crujido de cereales y dientes empezó a sonar. La imagen era encantadora e hizo brotar una semilla de diversión en mi vientre, entonces sentí cosquillas en los labios al recordar su boca sobre ellos. Crucé las piernas ataviadas con unos calcetines altos para reprimir el calor que empezaba a sentir.

—¿Se te ha comido la lengua el gato, *kotyonok*?

Fingí desinterés ante el ridículo dicho, pero, por dentro, una energía nerviosa vibró bajo mi piel, asomándose entre la humillación del día anterior y un calor demasiado familiar que una vez había sentido por él.

—Me duele la cabeza —mentí.

—¿Quieres saber el mejor remedio que he encontrado para eso?

—¿Sacrificar a niños?

—Un buen polvo.

Me esperaba esa respuesta, pero, aun así, sus soeces palabras se deslizaron por mis venas como agua caliente.

—No tengo muy claro dónde puedo encontrar uno por aquí, por favor, ilumíname.

—¿No vamos a hablar sobre cómo te frotaste contra mi polla ayer?

Un rubor me trepó por el cuello, pero logré que mi respuesta sonara indiferente.

—Nop.

—Sobresaliente en creatividad, por cierto.

—Gracias.

Se rio y, después de que la suave carcajada llenara las esquinas de la habitación, empujó la caja de cereales y la leche de avena hacia mí.

—No tengo hambre —dije.

Entornó los ojos.

—Come.

Lo fulminé con la mirada durante un segundo, pero sabía que era una batalla que no quería empezar, así que obedecí y me serví un cuenco mientras ignoraba la estúpida sensación que surgió ante la idea de que todavía le importaba lo suficiente como para obligarme a comer. Mi corazón debería estar recluido.

Frustrada con todos estos sentimientos, decidí hacer lo mínimo y empecé a jugar con los cereales con los dedos comiéndomelos uno por uno tan lentamente como podía. Sosteniendo su mirada irritada, me metí un Fruit Loop en la boca con un pícaro crujido.

No sabía si quería sonreír o matarme.

—El último hombre que me puso a prueba como tú lo estás haciendo está flotando en el Moscova dividido en siete trozos.

Se me atragantó un trozo de cereal, pero me negaba a toser o apartar la mirada. Aun habiendo visto a Ronan matar, a veces olvidaba el tipo de hombre que era. Tal vez mi visión estaba distorsionada por los efectos secundarios del cautiverio, o por su sonrisa, su risa y su belleza. Aunque, en mi interior, sabía que no eran estas cosas.

Me obligué a tragar el cereal y me llevé otro a la boca.

—Supongo que tengo narcisismo por no ser un hombre, entonces.

—Que seas una mujer no tiene nada que ver.

El recuerdo de mi infancia de la novia de papá salió a flote y desvié la mirada con una repentina tensión en el pecho.

—No quiero un trato especial. —«No me lo merezco»—. Deberías tratarme como a cualquier otra persona que te enfade.

—Tu mentalidad de víctima me resulta nauseabunda.

—Estoy segura de que te cuesta digerir el altruismo —dije con comprensión.

—Crees que me conoces, ¿no?

—¿Mafioso carismático que, en realidad, es introvertido? ¿Depravado sexual? ¿Un villano con un pasado triste del que me niego a compadecerme? Tic, tic, tic. Si fueras una asignatura de la que me examinara, lo bordaría.

Un ápice de risa atravesó su mirada.

—No tengo ni idea de cómo se te ocurren estas mierdas.

Lo que nunca le diría es que yo también había sido siempre un poco introvertida.

—De donde yo vengo, o te hundes o nadas. Yo nadé. —Esa voz me atrapó en su red, tejida por el demonio y tan resistente como sus nudos—. No puedes decir lo mismo, ¿verdad?

Los cereales de mi estómago se volvieron amargos. Odiaba cómo desmenuzaba mis defectos, mis secretos, y luego prácticamente me los echaba en cara. Me centré en mi taza de té y di un sorbo. Arrugué la nariz ante el sabor amargo y añadí azúcar.

—¿Disfrutaste de tu día de libertad? —preguntó.

—Tú y yo tenemos diferentes definiciones de «libertad».

—Puede ser, pero la mía es la única que importa, ¿verdad?

No sabía por qué tenía que sacarme de quicio hasta hacerme sentir que iba a explotar como una caja sorpresa de juguete. Tal vez para que me portara «mal», y así tuviera una razón para castigarme y satisfacer su alma sádica.

—Puedes seguir moviéndote a tus anchas por la casa, pero no metas a mis hombres. —Una amenaza teñía su voz.

Removí el té y le dediqué una sonrisa edulcorada.

—¿Por qué? ¿Porque soy una humilde Mikhailov que no debería dignarse a hablar?

—Tú lo has dicho, no yo.

La extravagante melodía burlona del juguete de mi infancia sonó en mi cabeza mientras Ronan pulsaba el botón, no solo por el degradante tono de su voz, sino porque había olvidado lo capullo que había sido el día anterior, y no me podría haber humillado más a mí misma.

—Si me detestas tanto solo por quién es mi padre, lo siento por ti.

Me dirigió una mirada seca y divertida.

—Y lo dice alguien que se abrió de piernas para el enemigo de su padre dos segundos después de conocerlo. Tal vez la que da pena eres tú.

—Esa es tu opinión. Y es asquerosa. —Igual que este té. La amargura me dejó un fuerte regusto en la lengua.

Una volátil energía se condensó en la habitación y ralentizó los latidos de mi corazón. Había dicho que no era perfecta, y estaba empezando a descubrir que tenía un intenso temperamento y más orgullo que razón.

—Espero que utilizarme para satisfacer tu retorcido deseo de venganza no pese demasiado en tu diminuta conciencia.

—Me alegra escuchar que te preocupas por mi bienestar, pero solo para despejar las dudas... —Sus ojos se oscurecieron—. He disfrutado de cada segundo.

Una bola de odio me ardió en el estómago mientras la musiquita de la caja sonaba cada vez más fuerte en mis oídos. Entonces algo vengativo, casi sensual, se despertó para trazar los límites de mi voz.

—Creo que lo estás disfrutando más de lo que te gustaría.

Se quedó petrificado y levantó la mirada lentamente para examinarme como si fuera tóxica. De alguna forma, tragué con facilidad el té amargo bajo la fuerza de su mirada.

—Ambos sabemos que podría utilizarte como quisiera. Por desgracia para ti, tengo mejores cosas que hacer que tirarme a putas Mikhailov.

Un pum sonó en mi pecho y liberó una explosión de fuego que tintó mi visión de un rojo brumoso. El manotazo sobre su cara vibró en la habitación y me ardió en la mano, pero la imagen de su mejilla enrojecida y mirada violenta no calmaron la palpitación de sangre en mis oídos.

Estaba sumergida en llamas, arrepentimiento y confusión. Me lo había quitado todo, a mi padre, el recuerdo de mi madre, mi inocencia, y aun así no podía darle un bofetón sin que una tensa sensación de remordimiento y arrepentimiento me treparan por la garganta. La odiaba. Odiaba esta casa. Pero lo que más odiaba era lo que no odiaba.

La pelea entre los sentimientos sembró el caos en mi cuerpo y el comedor. Me puse de pie de un salto y tiré los platos de la mesa al suelo, incluido su estúpido cuenco de Fruit Loops. La delicada porcelana se rompió en mil pedazos.

Apenas me observó destrozar cada objeto rompible de la mesa y, cuando no encontré nada más que lanzar, empecé a temblar con oleadas de odio hacia mí misma sacudiéndome el cuerpo.

—¿Has terminado?

Los latidos de mi corazón se convirtieron en un lento bum-bum, bum-bum, y toda la sangre se me subió a la cabeza. Se suponía que la violencia debía ser una liberación, pero no me sentía muy bien. Se me revolvió el estómago y sentí náuseas mientras intentaba recuperar el aliento. Un destello de la lámpara del techo me quemó los ojos, envió un pitido a mis oídos y me tambaleé.

—Mila. —Ronan nunca me llamaba así, pero solo podía pensar en la tensión que sentía en los pulmones. No había suficiente oxígeno en la habitación, aunque cuando intenté moverme para encontrar aire fresco, una ola de aturdimiento se apoderó de mí y me agarré a la mesa para no caerme.

Algo no iba bien... Cuando una potente oleada de náuseas se agitó en mi interior, un ancla tiró de mi corazón hacia abajo.

El té.

Unas repentinas lágrimas me empaparon las mejillas. Mis ojos desolados se encontraron con los de Ronan y mis palabras rezumaron traición.

—Me has envenenado.

Uno de sus «joder» me alcanzó los oídos antes de que saltara de su silla y me cogiera por la cintura justo cuando mis piernas empezaban a fallar.

Con mi espalda pegada a su pecho, me metió dos dedos en la garganta. Tuve una arcada y vomité sobre su mano y el suelo de mármol. Lo volvió a hacer, y otra vez, hasta que no salía nada más, y le supliqué que parara.

Un sudor ardiente me cubría la piel, lo cual me hacía temblar. Mis extremidades estaban tan débiles como gelatina y las lágrimas me llenaban las mejillas por la presencia de sus dedos en mi garganta. Pero, al saber que no era él quien me había hecho esto, me invadió una preocupante dosis de alivio que calmó la opresión de mis pulmones.

Cuando me levantó, mis ojos se abrieron y parpadeé frente a la penetrante luz. Yulia salió corriendo de la habitación, después de que Ronan le dijera algo con un gruñido.

Había manchas de vómito de los colores del arcoíris en mi vestido de girasoles y en el traje de Tom Ford de Ronan. Me pregunté si así sería como moriría, envenenada por un té negro en brazos del demonio. Me pregunté si el infierno sería tan agradable; si tendría acento ruso, incisivos afilados y manos tatuadas.

La risa de madame Richie resonó en mi mente, un escalofrío me recorrió la columna vertebral, y me inquieté tanto que dije entre débiles gemidos:

—Con todo lo que te he vomitado encima, creía que captarías la indirecta.

—*Ne govori*. —«No hables». Fue suave pero brusco.

Me dejó en el sofá de la sala de estar. Sentí los músculos pesados y me moví para tumbarme, pero, de cuclillas delante de mí, Ronan me sostuvo el cuello para mantenerme en una posición sentada.

Yulia, cuya expresión antipática sugería que pensaba que estaba siendo dramática, le dio a Ronan un vaso de agua y una pastilla blanca que intentó meterme en la boca. Me alejé de su mano y sacudí la cabeza.

—*Voz'mi tablektu.*

La cabeza me palpitaba. No tenía energía para intentar descifrar el seco ruso.

—En español, por favor.

Una fugaz pausa en sus ojos se desvaneció con algo volátil.

—Tómate la maldita pastilla, Mila.

Ya me había drogado una vez y debería haber aprendido la lección. Aunque, con mi vómito en su camisa, mi nombre en sus labios todavía flotando en el aire y la cercanía de su mirada, dejé que me pusiera la pastilla en la boca antes de que mi dolorida garganta la tragara con un sorbo de agua.

Le sonó el móvil y se puso de pie para responder. Aproveché la oportunidad para apoyar la cabeza en el reposabrazos y cerrar los ojos para aliviar el dolor detrás de ellos. Una palmadita en la cara me hizo gemir y volver a abrirlos.

—*Ne zasypay* —me dijo.

—En español —le recordé.

Tras un segundo de toma de conciencia que me dijo que no se había dado cuenta de que había hablado en ruso, apretó los dientes y se alejó para seguir intimidando a quien quiera que estuviera al otro lado del teléfono. Me pesaban tanto los párpados que permití que se volvieran a cerrar, pero la paz fue interrumpida por otra palmada en la mejilla.

Fulminé a Ronan con la mirada lo mejor que pude.

—Para.

Con el móvil pegado a la oreja, su mirada se clavó en la mía.

—Si te duermes, te daré un azote en el culo.

Nos miramos el uno al otro durante un largo segundo. Si no me había castigado por tirarle té a la cara, no iba a hacerlo por dormirme después de ser envenenada. Aunque, por alguna razón, dejé que me amenazara y me obligué a mantener los ojos abiertos.

Tras unos momentos, me liberó de su mirada y se dirigió hacia la puerta principal. Volvió con una cara familiar: el médico que había conocido durante mi primera noche en Moscú. El que había intentado advertirme. Esta casa parecía tan remota que no tenía ni idea de cómo había llegado tan rápido. Mi imaginación creó una escena del médico subiéndose a un tren del inframundo llamado Satán Exprés. Ya nada podía sorprenderme. Mientras los dos hombres intercambiaban unas palabras en ruso, Kirill se arrodilló delante de mí, me apuntó a los ojos con una luz y me tomó el pulso.

Fue como cerrar un círculo, pero esta vez sabía que el diablo estaba en la habitación.

Cuando Kirill sacó una bolsa de líquidos intravenosos y una aguja de su maletín, la ansiedad se apoderó de mi cuerpo. Mis músculos cansados empezaron a temblar cuando me obligué a levantarme y, con un ligero tambaleo, anuncié como si nada:

—Me voy a mi habitación.

Kirill frunció el ceño y le dijo algo a Ronan, que, con una ligera sonrisa, me agarró por la cintura y tiró de mí.

Luchando débilmente contra él, dije:

—De verdad. Me encuentro bien.

Ronan me obligó a sentarme en el sofá.

—Luego hablaremos de tu costumbre de mentir. —Se agachó delante de mí y me apartó un mechón de pelo manchado de vómito de la cara sudada—. Ahora vas a dejar que Kirill te trate.

—No quiero hacer esto —dije respirando aceleradamente—. ¿Podemos hacerlo mañana?

Su mirada me indicó «no». Asintió en dirección a Kirill para que continuara antes de decirle:

—*Sdelay vse pravilno s pervogo raza.*

Kirill tragó saliva. No necesitaba entender lo que Ronan había dicho para saber que acababa de amenazarlo.

Me tensé y cerré los ojos con fuerza, pero el penetrante pinchazo de la aguja en el dorso de mi mano no hizo que mi presión arterial se desplomara como había esperado. Tal vez, ya estaba demasiado baja. O tal vez, estar secuestrada en esta casa había cambiado la percepción de mi cuerpo de lo que debía temer. No eran las agujas o la sangre. Por algún motivo, ni siquiera era el *D'yavol* ni que estuviera agachado delante de mí.

Abrí los ojos y vi que la aguja ya estaba dentro y la bolsa preparada. Un líquido frío se expandió por las venas de mi brazo. Mi mirada cansada y entrecerrada se encontró con la de Ronan, y ese momento se expandió en el tiempo y el espacio mientras mi cuerpo luchaba contra el veneno en su interior. Pero sostenerle la mirada a ese hombre era como mirar dentro de un pozo que otorgaba la

inmortalidad. Centelleaba y me llamaba a saltar a sus oscuras profundidades, y eliminar el miedo a tal vez no poder volver a salir.

—¿Voy a morir? —Las débiles palabras se me escaparon.

Su mirada se oscureció.

—*Nyet*.

Los monstruos nunca eran de fiar, pero, con algo denso llenándome el pecho, lo creí. Si alguien entendía la muerte era ese hombre de ojos negros como el carbón. Siempre que una ignorante víctima no se acercara demasiado y viera que brillaban como tanzanita.

Dejé caer la cabeza contra el respaldo del sofá. Todavía tenía vómito en la mano tras haberse limpiado en los pantalones, pero seguía con un buen aspecto, demasiado sereno para una persona real. La imagen me recordó sus palabras. «Yo nadé». Un recuerdo salió a la superficie, papá enseñándome a nadar junto a un yate en el Atlántico, después de atarme tantos artilugios para flotar que habría salido volando como un globo en un vendaval.

Una sonrisa nostálgica se dibujó en mis labios mientras preguntaba:

—¿Cómo aprendiste a nadar?

Me miró durante un segundo.

—Cuando tenía ocho años, en el asiento trasero de un coche después de que mi madre pusiera un ladrillo sobre el acelerador y me tirara al río Moscova.

La sonrisa desapareció de mi boca. Lo miré fijamente mientras sus palabras me estrangulaban con dedos fríos. No apartó la mirada. Ni siquiera parecía darse cuenta de lo terrible que era lo que acababa de decir. Gracias a Dios, Kirill interrumpió el caos que se había formado en mi mente dándome una mascarilla e indicándome que me la pusiera sobre la boca. Evitando la mirada de Ronan, inhalé el tratamiento durante unos segundos mientras el médico comprobaba mi presión arterial y hablaba con él en ruso.

De repente, me sentí demasiado cansada como para mantener los ojos abiertos, así que empecé a dejarme llevar entre la consciencia y la inconsciencia.

Me desperté con un movimiento y la suavidad de mi cama debajo de mí.

—Arriba —dijo Ronan.

Entendí la orden y levanté los brazos aturdida para que me quitara el vestido. Rompió la costura, desde el cuello hasta la manga, para poder sacármelo con la vía que llevaba en la mano. Era mi vestido favorito, pero no tenía energía para quejarme. Ni siquiera cuando me desabrochó el sujetador empapado en sudor y me lo quitó junto con la ropa interior y los calcetines.

Estaba desnuda, por dentro y por fuera. Agachado junto a mí, pasó la bolsa de líquidos a través del tirante de mi sujetador, y se me comprimió el pecho cuando vi la sutil marca en su mejilla. No pude evitar acariciarla con los dedos. Se detuvo y levantó los ojos hacia los míos.

—Lo siento —le dije—. Por haberte pegado.

Nos miramos el uno al otro durante tanto tiempo que se me cansó la mano y resbaló por su rostro. Debí de volver a dormirme. Cuando abrí los ojos, Ronan ya no estaba y Kirill leía un libro en silencio en una silla junto a mi cama.

Capítulo 27

agathokakological
Compuesto tanto por el bien como por el mal.

Ronan

Albert ocupaba la silla delante de mi escritorio en silencio, con una curiosa mirada sobre mi piel. Tenía buenos motivos para mostrarse cauteloso. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que me había enfadado tanto que me temblaban las manos. Tres meses exactamente, cuando encontré el cuerpo de Pasha mutilado por las manos de Mikhailov.

La ironía de la situación había sido una de las razones por las que me había obligado a sentarme aquí a esperar a que la ira se calmara para evitar disparar a mis hombres uno por uno y encontrar así al traidor que había entre nosotros. La otra... bueno, me provocaba incluso náuseas. Era la idea de que, eternamente, los suaves ojos de Mila se apagaran por culpa de una taza de té. Al pensar en ello, el ardor en mi pecho me recordaba a la vez que había estado luchando por respirar dentro de un viejo Volkswagen lleno de agua helada.

No estaba seguro de por qué le había contado esta historia a Mila teniendo en cuenta que ni siquiera se lo había explicado a mi hermano cuando había vuelto a casa esa misma noche goteando sobre el suelo agrietado de linóleo. No me revolvía a menudo en el pasado, pero la extraña sensación de... alivio ante el hecho de que Mila fuera a vivir me recordó a mi primera bocanada de aire después de sacar la cabeza por la superficie del Moskova.

—¿Dónde estabas? —me preguntó Kristian en ruso, mientras apartaba la mirada de la pequeña tele con antenas de orejas de conejo que teníamos en el suelo.

—Nadando —contesté.

Mamá estaba dormida en la única habitación del piso. El cabello negro le cubría la cara, le colgaba un brazo de la cama y sostenía un cigarrillo entre los dedos. Antes me parecía guapa, pero ahora, con ocho años, cuando la miraba solo podía ver cucharas plateadas quemadas, ojos vacíos y un calor en mis entrañas que se expandía más cada día.

Cogí la bolsita de crack *que había sobre la mesa y la tiré por el váter. Me costaría un infierno después, pero dudaba que fuera peor que otra noche de mi madre fumando esa porquería. La hacía volverse loca y decía cosas sin ningún sentido.*

Después de quitarme la ropa mojada, me dejé caer en el colchón manchado junto a Kristian y le quité el mando.

—No sabes nadar —dijo sin apartar la mirada de la tele.

Cambié de canal.

—Ahora sí.

—Estamos en marzo.

Mi hermano podía ser muy molesto. Me daba patadas mientras dormía, veía programas aburridos y se creía que lo sabía todo. El hecho de que la mayoría de las veces tuviera razón me irritaba aún más. También le daría una paliza a cualquier niño que fuera cruel con él. Los amigos de mamá se portaban mal con Kristian. A mí nunca me molestaban, pero, aun así, a veces notaba una roja bruma de ira en la mirada cuando estaban aquí. Esos hombres eran demasiado grandes para que pudiera hacerles algo ahora, pero algún día crecería.

—Todo está congelado todavía —añadió.

No admitiría que me había aferrado a una placa de hielo hasta llegar a la orilla, aunque Kristian me hubiera visto hacerlo. Me encogí de hombros y respondí:

—Tenía calor.

De hecho, estaba empezando a sudar por los nervios y por la piel fría. Me limpié con una mano el sudor del pecho y lo restregué en su

mejilla. Kristian me fulminó con la mirada y se frotó con la mano.

La habitación se quedó en silencio, iluminada únicamente por la tele con un altavoz roto.

—Deberíamos ir allí —comentó mirando en la pantalla una escena que tenía lugar en Nueva York—. A Estados Unidos.

Negué con la cabeza.

—Quiero quedarme aquí.

Me miró fijamente.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Dormir en este colchón toda la vida?

—No, idiota. Voy a ser como él. —Señalé a un político que acababa de salir en un anuncio de la tele.

—Es el presidente —repuso Kristian.

—Lo sé. —No lo sabía, pero me gustaba su aspecto con ropa cara y con un público escuchándolo.

Al cabo de un momento, mi hermano añadió:

—Podrías ser el presidente si quisieras.

—No quiero ser el presidente. —Apoyé un brazo sudoroso sobre sus hombros—. Voy a ser algo mejor.

—Como Dios.

La anciana que vivía al lado nos invitaba a veces a Kristian y a mí. Íbamos a tomar el té y pastas mientras nos leía pasajes de la Biblia. Demasiados mandamientos y miradas intencionadas por encima de las gafas.

—Más o menos como Dios —afirmé, y, tras un momento de silencio, esbocé una sonrisa—. Pero preferiría ser el diablo.

Tomé una calada del cigarro. Mi madre no recordó lo que había hecho hasta la mañana siguiente, cuando la policía llamó a la puerta y le preguntó qué hacía su coche en el Moskova. Soltó un montón de mentiras (y palabrotas) para salir del paso, y luego nos preparó syrniki *a Kristian y a mí. Comer de manera decente casi hizo que valiera la pena.*

—Viktor está interrogando a Anna —anunció Albert.

Lo miré fijamente sin saber quién coño era Anna.

—La chica que lleva tres años sirviéndote la comida.

—Ah —contesté—. La ratoncita.

Era la sospechosa más obvia. Sin embargo, tenía mis dudas. Solo me hacía falta entrar en la habitación en la que se encontrara para que empezara a temblar de miedo. Me molestaba mucho, e ignoraba su presencia como si fuera un perrito perdido y asustado. Si había envenenado a Mila, no lo había hecho sola.

—¿Cómo está Mila?

Entorné la mirada ante la preocupación de la voz de Albert.

—La hija de Alexei está bien.

Kirill estaba seguro de que la cantidad de veneno que había ingerido no era suficiente para llegar a un estado crítico.

Joder, menos mal que la había llamado puta. De lo contrario, podría no haber destruido el resto del veneno que había en la taza y habría perdido mi garantía. Pero la idea de que la venganza se me escapara entre los dedos no explicaba la presión que sentía cada vez que la mirada de traición de Mila se me pasaba por la cabeza.

—Sabes que este no es su sitio —dijo Albert.

La oscuridad se expandió en mi interior.

—¿Tienes una nueva habilidad para leer mentes de la que no me has hablado?

—Si Alexei no ha cedido ya, no lo hará.

Le sostuve la mirada. Solo le había contado a Kristian que su padre estaba dispuesto a intercambiarse. Si se descubriera, me haría parecer débil, como si Mila me hubiera clavado de verdad sus garras de Mikhailov. No lo había hecho. Simplemente, no había acabado con ella y sabía que, si la soltaba ahora, acabaría trayéndola a rastras de nuevo para acabar lo que habíamos empezado. Eso me parecía demasiado cercano a la monogamia para soportarlo. Por no hablar de que, probablemente, fuera mucho más difícil meterla en la cama si tenía la cabeza de su padre como centro de mesa.

—Podríamos haber seguido a Alexander —me dijo.

—No nos hacía falta seguirlo.

Arqueó una ceja, molesto.

—Alexei pronto entrará en razón —dije brevemente dando por terminada la conversación.

—Seguro que aceleraría las cosas si le enviaras un dedo o dos.

Me estaba provocando. No iba a cortarle los dedos a Mila y Albert lo sabía.

—Vete a otro sitio en el que seas más útil —repuse con una mirada severa—. Encuentra al puto topo que hay en esta casa.

Habría jurado que el muy cabrón sonreía cuando se levantó.

Ni siquiera había salido de la habitación cuando encontramos a la traidora. De hecho, se arrojó a mis pies y confesó entre un torbellino de lágrimas y palabras en ruso. La ratoncita había resultado ser un topo. Viktor estaba de pie en la puerta. Al menos, uno de mis hombres estaba haciendo algo útil.

Bajé la mirada a la muchacha temblorosa que lloriqueaba en el suelo.

—Quiero nombres —ordené en voz baja—. Los nombres de quienes te hayan ayudado. Los nombres de quienes oyeran una palabra de la conversación.

—Lo... lo hice sola —sollozó.

—Mírame —exigí, y levantó la cara enseguida—. Tarde o temprano vas a confesar la verdad. Cuanto más tardes, más tiempo tendrán mis hombres para hacer un buen uso de ti.

La verdad es que no quería torturar a esa patética muchacha, pero no había llegado a donde estaba a base de perdonar.

Anna tragó saliva, libró una batalla interna y me dio tres nombres. No los pronunció con tristeza ni lealtad, sino con miedo. A la joven la asustaba su propia sombra, así que no me impresionó.

Le hice una señal a Viktor, quien la agarró del brazo y la sacó a rastras de la habitación. Dos de los hombres que había nombrado estaban aquí, el otro (Abram, su padre) estaba en Moscú.

Otro molesto asunto familiar.

Pasha no había sido la única víctima a manos de Alexei. El tío de Abram había muerto el año anterior en un atropello con fuga. Era lo bastante mayor como para poder haber muerto de un paro cardiaco, si hubiera tenido la oportunidad.

—Encuentra a Abram —le dije a Albert, quien seguía en la puerta —. Mete a su hijo y a su sobrino en el sótano hasta entonces.

Pasaron tres horas. El sol estaba en lo alto del cielo, y ellos cuatro en fila sobre la nieve. La muchacha estaba al final mirando al suelo y

temblando bajo el sencillo vestido blanco que llevaba cada día.

—Como ya le he dicho a Albert, yo no he tenido nada que ver. —Una gota de sudor le resbalaba por la cara a Abram y brillaba bajo el sol.

Arqueé una ceja.

—Ni siquiera sabes de qué se te acusa, ¿cómo sabes que no fuiste tú?

—Porque te he sido leal desde el primer día —espetó.

—¿Quieres saber qué odio más que los traidores? —Di un paso hacia él con una pistola en las manos—. A los mentirosos.

—Nunca te he mentido. —Su mirada se desvió a la derecha justo como lo haría la de un mentiroso—. Descúbreme una mentira y te juro que dejaré que me dispares en la cabeza aquí mismo.

—Ajá... —farfullé—. Ya llegaremos a eso.

Desvié la atención hacia los otros hombres, el hijo y el sobrino. Uno acababa de salir de la cárcel por violar a un ama de casa. Si comprobara los antecedentes antes de contratar, no tendría ni a un solo hombre. Ni siquiera a mí mismo. Ambos miraron sutilmente a Abram, claramente eran los lacayos de su plan maestro.

—¿Así que no habéis tenido nada que ver con el envenenamiento de mi garantía Mikhailov en mi casa?

—¿Qué? —Abram tuvo la audacia de mostrarse sorprendido—. ¡Claro que no!

Se me escapó una risa amarga.

—Te vendrían bien unas clases de interpretación.

—No sé cómo me he visto envuelto en todo esto, pero si te dio los nombres la puta que tengo al lado deberías saber que solo quiere que caigamos con ella.

—Te refieres a tu hija —corregí mirando a la muchacha que se sostenía el vientre como si necesitara apoyo.

—No es mi hija —escupió—. Y menos después de esto.

Ignoré sus palabras.

—¿Le pegas a tu hija a menudo?

Algo en mi mirada le hizo mentir de nuevo.

—*Nyet.* Solo es una zorra a la que le gusta que le den duro.

Dejé que su ridícula declaración flotara en el aire por un momento. Mis botas crujieron sobre la nieve cuando me acerqué a la joven y me detuve ante ella.

—¿Lo eres? ¿Eres una zorra a la que le gusta que le den duro?

Negó con la cabeza sin levantar la mirada. El rostro de su padre se sonrojó y le propinó una patada en la pierna con una acusación furiosa. Con un gemido, ella cayó al suelo. Una oleada de irritación se expandió en mi interior. Le di una patada en la rodilla a Abram con tanta fuerza que se oyó un crujido y, mientras caía, le di con la bota en la cara, haciendo que se estrellara de espaldas sobre la nieve. Gruñó y empezó a brotarle sangre de la nariz.

—Si le haces esto a tu hija delante de mí, no me gustaría ver qué le haces a puerta cerrada —rugí.

—¡No le hago nada!

Su insistencia me pareció incriminatoria. Me estaba enfadando más a cada segundo que este hombre seguía siendo mi empleado.

Me agaché ante la chica, que estaba arrodillada sobre la nieve.

—¿Quién te dio el veneno?

Con las lágrimas cayéndole por las mejillas, miró en dirección a su padre. La aterrorizaba incluso ahora, con la muerte en el horizonte. Abram la miró con crueldad y se llevó una mano a la cara ensangrentada.

—Lo... ¡Lo hice so-sola! —tartamudeó.

—¿Lo ves? Ya te lo he dicho.

—Cállate la puta boca —gruñó Albert.

Me guardé la pistola en el cinturón y abrí el vestido de la chica. Los botones cayeron sobre la nieve. Lloraba, probablemente porque creyera que iban a violarla en manada hasta la muerte. Lo más evidente no era que no llevara sujetador, sino la variedad de magulladuras tanto antiguas como recientes que le cubrían el torso. Tenía una costilla inflamada, seguro que rota, y marcas de dientes en sus pequeños pechos, algunas tan profundas que le habían provocado heridas.

Podía haberse visto involucrada en el envenenamiento, pero claramente no tenía elección. Tras haber sufrido durante muchos

años a manos de mi madre, se podría decir que sentí debilidad ante la situación.

—Vete —le dije.

Levantó la mirada con confusión. Al cabo de un segundo, se levantó, se cerró el vestido y entró corriendo en la casa.

—¿Qué cojones? —espetó Abram—. ¡Lo hizo ella!

Me levanté.

—¡Es una puta! ¡Una puta mentirosa!

Apunté la pistola a la cabeza de Abram.

—Espera...

No tuvo tiempo de terminar la mentira que estaba a punto de soltar.

Uno tras otro, tres disparos atravesaron el aire como si fueran cuchillos.

Capítulo 28

clinomanía
Un deseo excesivo de quedarse en la cama.

Mila

Pensaba que Yulia era una mala ama de llaves, pero eso era antes de tenerla como enfermera. Ahuecó el almohadón bajo mi cabeza como si estuviera golpeando un trozo de masa y añadió a la receta un mechón de mi cabello.

Con una mirada rencorosa, me alejé de ella.

—Gracias, pero mi almohadón está bien.

Arqueó una ceja, antes de deslizar su malvada mirada hasta la bandeja de comida sobre mi mesita de noche.

—No tengo hambre —dije.

Me ignoró y montó un espectáculo añadiendo azúcar a mi taza de té. Como si fuera a volver a beber té en mi vida.

Llevaba dos días en la cama y, con cada segundo que pasaba, me hartaba más de ella. Lo único que me mantenía ahí era saber que alguien en esta casa me odiaba tanto como para envenenarme. Y, entonces, mis pensamientos me gritaban que era una persona horrible por lo que le había pasado a Adrik y que me lo merecía.

Mi mente era un lugar terrible.

El día anterior, Kirill me había dicho que estaba como nueva. Sin embargo, Ronan no se había vuelto a dejar ver desde que me había traído a mi habitación y me había desnudado. No sabía qué esperaba. Desde luego, no una disculpa por lo que había ocurrido. Pero un simple «me alegro de que no estés muerta» no estaría mal.

Ni siquiera me había enviado una amenazante nota misógina para que comiera.

Una vez más, parecía que ni siquiera pensaba en mí, mientras que él no paraba de aparecer en mis pensamientos como un topo saliendo de un agujero del Whac-A-Mole, sobre todo desde que me había mirado a los ojos y me había dicho que su madre lo arrojó a un río a los ocho años. Había pedido que no sintiera compasión por él, pero era difícil cuando me había echado su trágico pasado en cara. Rezaba por que Ronan no me hablara sobre cómo vive un huérfano en la calle. De lo contrario, ya podía empezar a prepararme y arremangarme antes de firmar la venta de mi alma.

Cuando Yulia levantó una cucharada de sopa y me la acercó a la boca, giré la cabeza exasperada. Había llevado sus tareas de enfermera a otro nivel solo para enfadarme. No era tetrapléjica. De hecho, lo único que podía matarme en ese momento era su atención.

La cuchara se inclinó levemente (Yulia podía ser un ama de llaves mayor, pero nunca le temblaban las manos) y un chorro de sopa caliente me mojó la camiseta. Gruñí.

—¿En seri...? —La palabra se cortó cuando me metió la cuchara en la boca.

Escupí con veneno. Con indiferencia, ella volvió a llenar la cuchara. Me quité el edredón de encima y salí de la cama de un salto con el ceño fruncido.

—Debes comer, *devushka*.

—Ya te he dicho que no tengo hambre. Y no voy a aguantar en esta estúpida cama cómoda durante más tiempo. Indícame cómo llegar a la mazmorra. Me alojaré ahí durante el resto de mi estancia. —Era *La princesa y el guisante.* Salvo que el guisante era el perturbado desaliento de saber que había sido casi asesinada y luego rápidamente olvidada por un hombre, quien me había tocado delante de una cámara oculta y le había mandado el vídeo a mi padre. La generación Z no reconocería el amor romántico ni aunque se lo pusieran en las narices.

—Actúas como si alguien te hubiera obligado a lloriquear durante dos días.

No estaba lloriqueando.

—¿Te atreverías a deambular por una casa habitada por alguien que quiere matarte?

—Soy excelente en muchas cosas, pero Dios no me creó para ser enfermera.

—No me digas.

Entornó los ojos.

—No me agrada vigilarte mientras te quejas, así que te lo voy a decir, los hombres que intentaron matarte están muertos.

Tragué saliva.

—¿Muertos?

—*Mertvy*. —«Muertos». Cogió el cuenco de sopa y dijo—: Tuve que limpiar sus sesos del camino. —Entonces dio un sorbo de la cuchara como una señorita.

Con la sangre casi congelada, conseguí decir:

—Qué agradable.

Se encogió de hombros.

—Es trabajo.

Me froté el brazo para controlar los escalofríos, además de otra sensación inquietante: una tranquilidad, una perturbada alegría por que Ronan hubiera matado a esos hombres.

Como todo lo demás, mis sentimientos estaban patas arriba en este lugar. Lo normal habría sido luchar contra ellos, obligarlos a ser algo que no eran, pero una parte de mí no tenía la energía necesaria. Otra parte de mí, la que obligaba a entrar en ropa ajustada y sentirse aceptada, ya no quería ser normal.

Toqué la piedra con forma de corazón que llevaba en la oreja, cuyo par estaba en manos del *D'yavol*, y por fin entendí las palabras de Gianna.

En este mundo, las cosas no eran blancas o negras.

De todas formas, me gustaba más el amarillo.

Ignoré a Yulia mientras pisaba a una pobre criatura que corría por el suelo, y caminé de forma ausente hacia el baño sin puerta. Me di una ducha y no sentí nada salvo curiosidad. Una curiosidad inapropiada que floreció con el recuerdo de vómito de los colores del

arcoíris, palabras accidentales en ruso y hombres muertos tirados en la nieve.



Cuando se ponía el sol, la casa tenía un cierto encanto, como el inquietante crujido de una puerta en medio de la noche, una repentina bocanada de aire apagando la llama de una vela y la sensación de ser observada a través de las grietas de las paredes. Estaba exagerando la situación considerablemente, al menos, en cuanto a los dos primeros puntos, aunque saber que el demonio podía estar paseándose por cualquier rincón amplificaba cada pequeño sonido y estar en su habitación no ayudaba.

Era sin duda la suya. Su olor estaba por todas partes y las sábanas eran negras. No debía estar ahí, pero sus secretos me habían atraído desde el pasillo tras deambular por la casa durante una hora.

Aunque era la peor idea que había tenido nunca, igual que Moscú, quería indagar en los oscuros callejones de la mente de Ronan. Y encontrar algo que me ayudara a escapar no haría daño a nadie. Un móvil, internet, una güija, cualquier cosa que me permitiera ponerme en contacto con el mundo exterior.

Rebuscando en los cajones de su mesita de noche, examiné su contenido, y lancé una caja de condones como si fuera una patata caliente. Me sorprendía que Ronan se la envolviera, esperaba que quisiera engendrar un nuevo demonio cada vez que engañara a una mujer para llevársela a la cama. Aunque ese sería el caso del hombre que pensaba que era, no del hombre que estaba empezando a conocer desayuno tras desayuno.

Aparte de los desconcertantes preservativos, lo único que encontré fueron un par de puros, su clara caligrafía en ruso sobre unos papeles que me molestaba no poder leer y más trastos inútiles.

Tras robar una cuchilla de su baño digno de la realeza, abrí la puerta de su vestidor y entré. Estaba meticulosamente ordenado: las botas caras en una hilera, filas y filas de trajes negros de lujo, y estanterías con gemelos y relojes brillantes.

Había una caja fuerte en la esquina. Meneé la cerradura. El teclado requería un código numérico para acceder, así que tecleé «6-6-6». La luz se encendió de color rojo y la caja de metal soltó un enfadado pitido.

—¿Qué estás haciendo, *kotyonok*?

Salté hacia atrás mientras un escalofrío me invadía. Lentamente, me di la vuelta para ver a Ronan apoyado sobre el marco de la puerta. Esa imagen hizo que el corazón me palpitara de forma extraña mientras la curiosidad se volvía a expandir.

Se me tensaron los dedos alrededor de la cuchilla.

—Estoy buscando la escalera al infierno.

Se rio suavemente.

—Aquí no la vas a encontrar. La tengo en el sótano.

Algo parecido a la diversión empezó a esparcirse por mi estómago, pero lo ahogué. Tal vez había decidido dejar que los sentimientos retorcidos siguieran su curso, pero reír con mi secuestrador en su vestidor sería simplemente una locura.

Ronan deslizó los ojos hasta la cuchilla que llevaba en la mano antes de entrar en el vestidor también y, aunque era del tamaño de la habitación de un niño, ahora el espacio podía competir con una caja de cartón.

Di un paso hacia atrás y lo observé con cautela mientras se quitaba la chaqueta del traje. Se me cerró la garganta cuando se sacó un arma de la cintura y la dejó sobre una estantería. La pistola simplemente se quedó ahí, a unos pocos centímetros de mí.

Si se me presentaba la oportunidad de alcanzarla, ¿lo haría? Si no lo hacía, ¿sería producto de mi propia esclavitud? ¿De la muerte de mi padre?

En ascuas e hipnotizada por ese letal trozo de metal, me sobresalté cuando empezó a hablar con una diversión desagradable en la voz.

—No estás pensando en dispararme, ¿verdad?

Deslicé los ojos hasta los suyos y me aferré a la primera respuesta que se me ocurrió.

—Depende. ¿Morirías o hace falta clavarte una estaca en el corazón? No quiero perder el tiempo.

—Una bala todavía no me ha matado, pero hay una primera vez para todo.

No era una sorpresa que Ronan no le temiera a la muerte. Incluso muerto, probablemente se sentaría en un trono hecho de calaveras y dominaría al resto de los pecadores. Aunque la idea de que este hombre, tan vivo y viril, dejara de existir me resultaba imposible y... extraña.

—¿Llorarías por mí, *kotyonok*? —Su oscura mirada me consumió mientras se desabrochaba los puños de la camisa y, por algún motivo, el recuerdo de su pulgar secándome las lágrimas se volvió tan tangible que sentí su caricia sobre la mejilla como si me hubiera tocado.

Las paredes se cerraban más con cada segundo de incierto silencio, cada vez más pegadas hasta que decidí escapar de su presencia. Solo que, cuando pasé por su lado, me agarró de la muñeca.

—No he dicho que puedas irte. —Las graves palabras me acariciaron el cuello y un torbellino de calor cobró vida en mi vientre.

Luché contra su apretón, así que, por supuesto, me acercó más. Mis pies descalzos tocaron sus botas, y mis senos se pegaron a su duro pecho. Una ola de calor me atravesó el cuerpo, que vibraba en todos los puntos que rozaban el suyo, y giré la cabeza para evitar el contacto tanto como fuera posible. Probablemente podía sentir mi corazón acelerado; las palpitaciones que enfrentaban la moralidad contra la tentación.

—Me acaban de envenenar —dije casi sin aliento—. Tal vez podrías maltratarme más adelante.

Sentí su sonrisa.

—Yulia dice que has estado haciendo rituales paganos en tu habitación.

Se llamaba yoga, pero eso él ya lo sabía.

—Miente —conseguí decir, aunque mientras asimilaba que había estado preguntando por mí, la satisfacción relajó la resistencia que estaba oponiendo.

Mi cuerpo se serenó contra el suyo y se aprovechó de ello, empujándome hacia atrás hasta que la parte trasera de mis muslos

chocó con una cómoda. Estaba atrapada entre dos objetos inmóviles y uno de ellos me abrumaba con tanto calor masculino que mis pensamientos se ralentizaron hasta detenerse. Ahora yo era solo una chica con una cuchilla en la mano, y él era solo un hombre por el que había sentido algo en el pasado.

Me agarré a la cómoda con la mano que tenía libre para estabilizarme. Me soltó la cintura y mi respiración se volvió errática cuando sus dedos me acariciaron los muslos hasta llegar a la orilla del vestido. El movimiento fue lento, tan eléctrico que no estaba segura de si podía hablar o si me oiría con la tensión que había en el aire. La mera expectación de su tacto hizo que se prendieran cerillas en cada una de mis terminaciones nerviosas.

Una áspera palma se deslizó bajo mi vestido, por la curva de mi cadera hasta alcanzar mi culo. Cuando descubrió que solo llevaba un tanga, emitió un sonido grave con la garganta y estrujó una de las nalgas desnudas. Jadeé mientras su aprobación patinaba entre mis piernas y se expandía. Su mano viajó a la parte baja de mi espalda. El movimiento me subió más el vestido y dejó solamente una fina barrera de tela entre mi vientre y el calor de su erección.

Mantuve la cabeza inclinada hacia atrás en un patético intento de guardar las distancias, pero el deseo de mecerme contra él tiraba de cada ápice de autocontrol en mi interior. La cordura me decía que, si llegaba hasta ahí con él, sería con la fuerza de un tsunami y no importaba si sabía nadar, nada me mantendría a flote.

Me acarició el cuello con los labios, encendiendo una línea de fuego a su paso.

—¿Cuánto tiempo vas a estar jugando a este juego? —Las palabras estaban envueltas en una ola de electricidad y autocontrol tan gruesa que un simple paso en falso podría prender fuego a toda la habitación.

No podía pensar. Apenas podía respirar. La necesidad de dejarme llevar se me metió en el cuerpo y me atrajo con unas extrañas palabras que decían que ahogarse era la mejor forma de partir.

Cuando me mordió el cuello, esperando una respuesta, el calor húmedo de su boca creó una cascada de placer en mi columna

vertebral. Me agarré con más fuerza a la cómoda y luché contra el gemido que se me formó en la garganta.

Una imagen apareció en mi mente, Ronan en el borde de una piscina oscura observando cómo me hundía hasta el fondo mientras mi pelo rizado flotaba resplandeciente. La estampa apeló la última pizca de resistencia que me quedaba.

Giré la cabeza para encontrarme con su mirada.

—Mientras sigas planeando matar a mi padre.

Me sostuvo la mirada durante tanto tiempo que algo en mí pensó que quizá, solo quizá, tenía algo que quería lo suficiente como para olvidar su venganza. Entonces se alejó de mí con los hombros tensos.

Exhalé con un molesto temblor sacudiéndome las venas.

—Vete. —Se dio la vuelta y siguió desabrochándose los puños como si fuera una distracción indeseada.

—Y *kotyonok*. —Una mirada entornada buscó la mía—. Si te vuelvo a ver en mi habitación, me lo tomaré como una invitación.

Le sostuve la oscura mirada durante un momento. Y luego desaparecí de su habitación, jurándome que nunca volvería a poner un pie en ella.

Capítulo 29

fasta
Devoción inquebrantable hacia un amigo,
un voto o una causa.

Mila

A la mañana siguiente seguimos con nuestras «citas» del desayuno. Sin embargo, el ambiente no sería tan tenso si hubiera una bomba de relojería junto a la tetera. No sabía que el silencio estaba a punto de detonar de una forma que haría que un explosivo auténtico fuera una alternativa mejor.

Sentí nerviosismo al recordar la noche anterior. La presión del cuerpo de Ronan contra el mío había despertado una ola de calor debajo de mi piel tan ardiente que me había pasado la noche dando vueltas en el vacío y la confusión. Incluso ahora seguía sintiendo un arrollador dolor entre las piernas.

Encogí las puntas de los pies contra el mármol, sabiendo que debería avergonzarme de esa sensación (sobre todo, por la actitud apática de Ronan, quien parecía haber olvidado por completo la noche anterior), pero me negaba a sumirme en otra espiral de culpa.

En lugar de la criada silenciosa, nos sirvió la comida otra mujer y esta no era dócil ni invisible. Podría haber sido la gemela rubia de Kylie Jenner. No me sorprendería que llevara la máscara de pestañas de su marca de maquillaje.

Dejó los platos lentamente sobre la mesa y le lanzó miraditas a Ronan después de cada uno. Él se limitó a mirar el móvil y pasarse el pulgar por la cicatriz del labio con aire pensativo.

La criada llevaba algunos botones del vestido desabrochados y mostraba su generoso escote cada vez que se inclinaba. Y se inclinaba mucho. Quería decirle que tuviera un poco de respeto por sí misma, pero no estaba segura de que le correspondiera decirlo a una chica que probablemente hubiera mantenido sexo sin protección con Ronan en la primera cita, si él se lo hubiera propuesto.

Creía que estaba ocupado denunciando publicaciones en Instagram, y que no se había dado cuenta del evidente interés de ella hasta que levantó la cara, me miró y parpadeó con malicia y diversión.

Uf.

—*Mogu ya predlozhit' vam chto-nibud' yeshche?* —le preguntó la criada con voz sensual. No me hacía falta saber ruso para entender que le había preguntado si podía «tentarlo» con algo más.

Odiaba a las rubias.

Con los ojos de Ronan sobre mí, me quedó muy claro que estaba disfrutando de cada segundo antes de responder:

—*Nyet*.

La criada siguió la dirección de su mirada y, finalmente, pareció darse cuenta de que había alguien más en la habitación aparte de Ronan. Me redujo con un solo vistazo. Evidentemente, mi pelo rebelde y mi mono corto con flores bordadas no gritaban competición exactamente. Me ericé bajo su escrutinio, pero ya estaba sacando la bandeja de la habitación, con una anhelante mirada para Ronan de camino.

Por lo general, respetaba mucho a los trabajadores, pero esa... era una barriobajera.

—¿Qué ha pasado con la otra chica? —pregunté.

Ronan me dirigió una mirada que expresaba que no era asunto mío. Al pensar que la criada silenciosa podría haber tenido algo que ver con mi envenenamiento, se me encogió el estómago. Que Ronan matara a mafiosos asesinos era una cosa, que lo hiciera con una humilde criada era otra.

—No le... No le habrás hecho nada, ¿verdad?

Entornó los ojos.

—*Nyet*.

Supuse que esa palabra era lo único que iba a decir esa mañana. Se estaba convirtiendo en una compañía peor que Khaos. El pastor alemán me gruñía cada vez que le hablaba, y me evitaba como si fuera yo la que tuviera pulgas. Debería dejar en paz al animal, pero algo detrás de su comportamiento agresivo le hacía parecer tan solo que apelaba a mi fibra marginal. Me negaba a rendirme con él.

A pesar de que Albert me había dicho que ahora vigilaban de cerca la cocina y que no volvería a encontrarme veneno en la comida, todavía dudaba en comer algo y había sobrevivido a base de las migajas de Yulia los dos últimos días. Las reservas se debían a que Ronan no había dicho ni una palabra para tranquilizarme. Teniendo en cuenta todas sus exigencias de que comiera desde que nos habíamos conocido, su actual silencio me hacía sentir como si no le importara. Quizá estuviera siendo algo melodramática, pero ya que había emprendido ese camino, lo seguiría hasta el final.

Me puse a untar meticulosamente una tostada con la mantequilla vegana que me había preparado Polina, aunque no pude evitar creer que Ronan se había dado cuenta de que solo estaba ingiriendo agua. No dijo nada al respecto.

Mientras sorbía su té, el silencio me transmitió una energía inquietante. Quería que dijera algo, cualquier cosa, para dispersar la tensión de la sala. Otro *«nyet»*, un «mascotita» degradante, o incluso un comentario grosero.

Estaba bebiendo un trago de agua cuando la puerta se cerró de golpe. Oí una voz masculina que me resultó familiar. Tardé unos segundos en reconocerla y, cuando lo hice, el vaso de cristal se me resbaló entre los dedos, se golpeó contra la mesa y resonó al caer en fragmentos al suelo.

Me levanté de un salto con el corazón en la garganta.

—Siéntate.

Apenas oí la orden de Ronan sobre el torrente de sangre de mis oídos. Mi mente me decía que le hiciera caso, pero mi cuerpo no quería cooperar. Solo podía mirar mientras Ivan entraba en el comedor con la camisa rasgada manchada de sangre, el rostro magullado y las manos atadas detrás de la espalda. La emoción de

verlo hizo que se me saltaran las lágrimas, pero la realidad de su presencia me retorció un cuchillo en las entrañas.

Albert y Viktor estaban a ambos lados de Ivan y lo sujetaban cada uno por un brazo. Los tres tenían un aspecto horrible: labios partidos, ojos amoratados y ropa ensangrentada. Albert sangraba profusamente por el costado y tenía la camisa blanca empapada.

La fría mirada de Ivan me encontró y se suavizó por el alivio antes de recorrer mi cuerpo en busca de heridas, pero los únicos heridos eran los hombres de la puerta. El estómago vacío se me revolvió al pensar que Ivan estaba intentando rescatarme de las manos del *D'yavol*, mientras yo disfrutaba del calor que me dejaban esas mismas manos.

—*Ty v poryadke?* —me preguntó Ivan. —«¿Estás bien?».

Como tenía la garganta demasiado cerrada para hablar, asentí.

—Mila —dijo Ronan en tono amenazante—. Siéntate.

La fugaz advertencia me rozó la piel, pero no podía moverme ni apartar la mirada de Ivan. El autodesprecio y el pánico me recorrían las venas y me abrumaban, aunque, cuando Ivan me indicó con la mirada que hiciera caso, me senté torpemente. La obediencia solo intensificó la tensión del aire. Cada segundo se tensaba y se estiraba hasta límites imposibles.

—*Pochemu ty zdes?* —le gruñó Ronan a Albert.

Por sus palabras cortantes y su lenguaje corporal severo, comprendí que Ivan no debería estar aquí, en la misma casa que yo. Además, Ronan sabía que lo habían encontrado y, aun así, estaba sentado a mi lado bebiendo té con aire indiferente en el desayuno. No planeaba compartir esa información conmigo.

Al parecer, Ivan tenía otras ideas.

Casi deseé vivir en la feliz ignorancia. Si algo le sucediera a Ivan, si mi impulso egoísta de venir a Moscú acabara matándolo... Mi estómago amenazó con derramar todo su contenido.

La mirada de Ivan me daba a entender que no estaba convencido de que estuviera ilesa y ahora buscaba heridas mentales en lugar de físicas.

«Estoy bien —le prometí con la mirada—. ¿Y tú?».

Al ver las lágrimas corriendo por mis mejillas, esbozó una sonrisa despreocupada con el labio partido. Esa imagen no alivió la opresión de mis pulmones. Tras un tenso instante, me di cuenta de que los hombres habían dejado de hablar y observaban nuestra silenciosa conversación.

—*Ubiraysya otsyuda* —espetó Ronan con impaciencia. —«Salid de aquí»—. Bajadlo ahora mismo.

¿Bajarlo? ¿Había una mazmorra en la casa? Se me encogió el corazón.

Ivan se sacudió las manos de los brazos y salió por el pasillo. Tan fría y quieta como un bloque de hielo, lo escruté hasta que desapareció por la esquina con Albert y Viktor siguiéndolo.

—¿Sabe a dónde tiene que ir?

No me había dado cuenta de que lo había preguntado en voz alta hasta que Ronan me contestó.

—No.

Claramente, sí que lo sabía, pero mi curiosidad se disolvió bajo la fuerte presión que sentía en el pecho. Mientras Ronan se levantaba y se guardaba el móvil con indiferencia, todo mi ser le daba vueltas a la idea de cómo disuadirlo de lo que fuera que tuviera planeado para Ivan.

—Te lo suplico —espeté.

Levantó la mirada con una expresión oscuramente divertida, pero con algo frío y aterrador en la mirada.

—No estoy seguro de que lo digas con sinceridad.

Quería gritarle que esto no era un juego, pero ya había salido por la puerta. Iba a proseguir con su día como si nada, y me abandonaría mientras moría lentamente por dentro.

Me levanté, lo alcancé en el pasillo y me puse frente a él para que me prestara toda su atención.

Se quedó quieto con un músculo tenso en la mandíbula. En ese momento, entendí que la bomba de relojería no era una advertencia mística y esquiva. Era él, tan tangible como sus ojos, su postura y su presencia. La oscuridad de su interior estaba a punto de devastar esta casa, de convertirla en piedra y ceniza, y a mí con ella. No me

importaba. No me importaba la humillación. El orgullo ya no tenía sentido... no con la vida de Ivan en peligro.

Me dejé caer de rodillas ante él con la sangre más fría que el mármol del suelo.

—Te lo suplico sinceramente —insistí mientras una lágrima me bajaba por la mejilla—. Si dejas que Ivan se marche, te juro que podrás tener lo que quieras de mí.

Ronan me tenía donde quería, como una simple plebeya a los pies de un rey, pero no había ni una pizca de placer en su mirada.

—Ya puedo tener lo que quiera de ti.

—Hay muchas cosas que no.

Me sostuvo la mirada mientras mi desesperación consumía la estancia.

—No es que tengas mucha fama de sincera, ¿verdad, *malen'kaya lgunishka*?

La frustración se apoderó de mí. Si no podía convencerlo con palabras, lo intentaría con acciones. Busqué la hebilla de su cinturón y, mientras intentaba desabrocharla, me di cuenta de que me temblaban las manos.

No tenía ni la más mínima idea de cómo practicar un buen sexo oral, pero tenía que averiguarlo porque sabía que Ronan no me guiaría. No se creía que fuera inocente en el sexo. Tenía el estómago tan revuelto que temía vomitar. Iba a fastidiarlo. Un sollozo silencioso me subió por la garganta al pensar que podía perder a Ivan, además de a mi padre.

Ronan me agarró la muñeca para detenerme.

—Por mucho que me ponga esto, creo que voy a pasar.

No estaba empalmado. Estaba enfadado... tenía un brillo despiadado y mortalmente frío en la mirada. Con un sonido grave y furioso, me apartó de su camino y se alejó por el pasillo.

Lo único que sabía en ese momento era que no podía vivir con la muerte de Ivan sobre mi conciencia.

—Si matas a Ivan, será como si me mataras a mí.

Ronan se detuvo, pero al cabo de unos segundos continuó y se alejó, dejándome en el suelo tan desolada como siempre.

Capítulo 30

súton
El final de algo.

Mila

La casa estaba tan tranquila como una tumba cuando me detuve a los pies de la escalera y me quedé mirando un elaborado tallado que disimulaba una puerta, por la cual Albert y Viktor acababan de salir antes de marcharse. Esperaba que estuviera cerrada con llave o requiriera un código especial como en cualquier película decente de espías, pero se abrió sin problema y reveló unas escaleras de cemento que bajaban al infierno.

Los nervios hicieron que me temblaran las manos mientras vacilaba en el umbral esperando escuchar los gritos de almas torturadas, pero solo me recibió un silencio y una ráfaga de aire frío. Una persona en sus cabales no bajaría, pero, al parecer, estaba perdiendo toda racionalidad, igual que el resto de la casa.

Cerré la puerta detrás de mí, me froté los brazos con un escalofrío y empecé a bajar las escaleras. Cuando llegué al final, fingí que la habitación era como cualquier otro sótano inacabado con paredes de piedra y hormigón y una humedad que espesaba el aire, pero la farsa se volvió más difícil de creer cuando vi manchas de sangre en el suelo y una hilera de celdas que cubría la pared del fondo.

Debería haberme sentido aliviada al ver que las celdas estaban completamente vacías y que no estaba durmiendo cómodamente en el piso de arriba mientras había gente pudriéndose abajo, pero no experimenté ningún tipo de alivio ante la imagen de Ivan, apoyado

contra las barras de hierro mirándome como siempre lo hacía cuando no aprobaba mi comportamiento.

—No deberías estar aquí —me reprendió.

Era raro verlo en esa mazmorra tan indiferente, conocía a este hombre desde hacía años y era extremadamente quisquilloso con sus cafés, y alérgico a la colonia barata y al tráfico.

—Nadie me ha dicho que no pueda —respondí disimulando mi incertidumbre sobre cómo le sentaría a Ronan al enterarse. No estaba preocupada por mí, sino por Ivan.

—Te lo advierto. Vuelve arriba.

De camino hacia su celda, lo ignoré y esquivé con cautela una sangrienta lona de plástico que había en el suelo.

—Mila. —Era un gruñido frustrado—. Hay sangre por todas partes. No quiero que te desmayes y te golpees la cabeza contra el suelo de cemento.

Cuando llegué junto a él, esbocé una pequeña sonrisa ante los recuerdos de él, poniéndome la cabeza entre las piernas tras muchos altercados con la sangre mientras murmuraba palabras con su acento para animarme, sobre todo, el día del desastroso incidente de la pirámide de animadoras en el que Ivan saltó una valla para protegerme, lo cual despertó la envidia de todo el equipo. Nunca había valorado su presencia lo suficiente. Me negaba a hacer lo mismo con su vida.

Pasé la mano entre dos barrotes y le limpié la sangre del labio partido. Su mano se lanzó sobre mi muñeca y la agarró mientras una repentina ola de disgusto aparecía en su mirada.

—¿Qué cojones te ha hecho?

Pestañeé.

—Nada, de verdad.

—¿Nada, de verdad?

—Bueno... —Tragué saliva—. Lo vi cortarle el dedo a un hombre, disparar a alguien en la cabeza en la mesa del comedor y, al parecer, asesinó a otros pocos en el camino de la entrada. Pero a mí me ha ido bien.

Durante un largo segundo, Ivan me miró como si estuviera loca antes de soltarme la muñeca.

—Nada de esta situación está «bien». Deberías estar en tu hogar, a donde perteneces, no... —Miró a su alrededor con asco—. Aquí.

«Aquí».

«Quédate aquí».

«Este es tu hogar».

La voz de Ivan, pasada y presente, resonó en mi cabeza y, como piezas de un puzle encajando, por fin entendí por qué nunca había sentido que The Moorings fuera mi hogar. El barrio era una jaula brillante haciéndose pasar por un paraíso, e Ivan había sido cómplice de mi confinamiento desde el principio.

—¿Se supone que Miami es mi «hogar»? —La frustración acumulada de vivir en una mentira reventó—. ¿El lugar en el que papá me dejaba durante meses para poder asesinar a personas, a niños, en Moscú?

—No sabes de qué estás hablando —respondió Ivan con ardor.

—Tal vez no. Pero sé que aquí tengo una familia, la familia que quería desesperadamente. ¿Se suponía que, en algún momento, descubriría la verdad? ¿O papá y tú teníais planeado mentirme para siempre?

Intentó disimular su expresión, pero no pudo esconder un destello de verdad en su mirada. Se suponía que debía casarme con Carter y vivir la típica vida de un ama de casa, a pesar de que ambos sabían que esto me mataría por dentro lentamente.

—Tu padre solo estaba intentando protegerte.

Había una diferencia entre preocuparse por el bienestar de alguien y simplemente mantenerlo con vida. Mi padre siempre se había ocupado de lo segundo y, aunque sabía que me quería, lo primero nunca le había importado. Noté un enorme peso en el pecho, todo el resentimiento me aplastó hasta que solo sentí el dolor que me partió el corazón en dos.

—No deberías haber venido a por mí —susurré.

—¿Crees que podría dejar que te murieras aquí?

En el momento en que había estado más cerca de morir, *D'yavol* me había salvado metiéndome los dedos en la garganta.

—No va a matarme. —De repente estaba convencida de ello—. Quiere a papá, no a mí.

Me observó con intensidad durante un largo segundo.

—Entonces se está tomando su tiempo, ¿no? —El tono de su voz se quedó flotando en el espeso aire, me estranguló hasta dejarme sin oxígeno y ralentizó los latidos de mi corazón. La inestable energía se negaba a dispersarse, incluso después de que volviera a hablar—. ¿De verdad no estás herida?

—No quiero hablar sobre mí —dije en voz baja. En este momento, mi mente no era un lugar del todo refinado. La mitad seguía en el piso de arriba, derramándose frente a los pies de Ronan en el suelo de mármol.

—Bueno, pues yo sí. Y creo que me lo debes.

Di un paso atrás al comprender la insinuación en su voz. Yo era la que lo había metido en este lío. Tal vez había firmado su certificado de defunción. Me ardían lágrimas en las cuencas de los ojos.

Suspiró.

—No me refería a eso. Debería haber sabido que te irías a Moscú. No debería haberme distraído con esa camarera.

Una risa silenciosa se me escapó mientras una lágrima me rodaba por la mejilla. Sacó la mano por los barrotes, y me la secó. Tenía los nudillos quebrados, a conjunto con su apariencia: camisa desgarrada manchada de suciedad y barro. Ni siquiera llevaba calcetines ni zapatos. Era una imagen muy rara, y emití un triste sonido entre una risa y un sollozo.

Bajó la mirada hacia la fuente de mi diversión y se rio.

—No querían que me colgara con un cordón. También me han quitado el cinturón. *Grebaniye ublyudki*. —«Malditos cabrones». Se agarró a los barrotes y analizó mi cuerpo de arriba abajo con los ojos entornados, como si estuviera intentando ver mi alma—. Pensaba que te encontraría... diferente.

Había asumido que sería un espectro de mí, no que iría vestida de amarillo sin heridas físicas a la vista.

—Admito que estar encerrada en su habitación de invitados durante interminables días fue horrible, pero, aparte de eso, no ha sido la peor de las situaciones para mí.

Su presencia rezumaba frustración.

—¿Por qué siempre tienes que restar importancia a las cosas?

—No lo estoy haciendo. De verdad que no me ha tratado tan mal.

Soltó un sonido sarcástico y se alejó de los barrotes para andar de un lado a otro.

—Has sido humillada, drogada, secuestrada, envenenada y solo Dios sabe qué más. Odiaría ver lo que consideras un maltrato.

—¿Cómo sabes todo eso?

Me lanzó una mirada oscura.

—Tengo mis recursos. —Siguió recorriendo el perímetro de su celda y añadió—: Tu fobia a la sangre. ¿Cómo es que ha desaparecido, Mila? —Su ira ardía como combustible sobre mi piel.

Me mordí el labio con nerviosismo.

—Un paseo por el inframundo, supongo.

—El cual pareces estar sobrellevando bastante bien.

Sentí que me estaba acusando de algo.

—No me mires como si me alegrara de estar en estas circunstancias, solo porque me haya ayudado a deshacerme de mi fobia. Preferiría estar desmayándome en un charco de barro en Miami que verte aquí encerrado, y saber que la vida de papá corre peligro.

—Es interesante que no hayas comentado nada sobre tu propia situación.

Me puse nerviosa.

—Claro que yo tampoco quiero seguir estando encerrada.

—Parecías estar muy... cómoda con tu secuestrador en el comedor. —Pronunció la frase casi con desprecio.

Sentí que se me cerraba la garganta.

—Era un desayuno, Ivan, no una cita íntima.

Emitió un sonido evasivo.

—Sabes que lo llaman *D'yavol* por algo, ¿verdad?

—Soy consciente. —Esta conversación no podría volverse más incómoda ni aunque me empezaran a trepar bichos por debajo de la piel. Nunca elegía las palabras adecuadas cuando estaba alterada—. No le pone azúcar al té.

Ivan me miró con expresión preocupada.

—Sé muy bien quién es, pero no voy a fingir que tú eres un santo. Trabajas para mi padre. Si quieres hablar de mi miedo a la sangre y

de cómo surgió, deberías hablar con él.

—Tu padre nunca te ha tratado mal.

—Eso no significa que no haya hecho daño a otros.

Un amargo suspiro escapó de sus labios.

—¿Estás eligiendo el bando del *D'yavol*?

—No estoy eligiendo bandos. Creo que todos sois un poco despreciables. —La cortante broma tendría que suavizar el ambiente, pero Ivan no la encontró divertida. Incapaz de soportar la seria tensión que emanaba, anuncié—: Quizá podría encontrar la llave de tu celda. —Me pregunté si Ronan tendría un perro guardián con la llave en la boca como en *Piratas del Caribe.*

—Preguntaría si te ha tocado, pero ya conozco la respuesta. De todos los hombres de Moscú, ¿tenías que follártelo a él?

Sus palabras me escocieron. ¿Había visto el vídeo? La idea me provocó náuseas, así que, en un esfuerzo por no vomitar, ignoré su pregunta.

—Quizá si hacemos palanca podríamos cargarnos esta puerta. —Miré a mi alrededor en busca de algo útil.

—¿Cómo pudiste no darte cuenta, Mila? Pensaba que eras más lista que eso.

Una chica solo puede soportar que la llamen idiota un número limitado de veces. Interrumpí la búsqueda cuando el calor empezó a treparme por el cuello.

—¿Sabes qué? Tal vez no sería tan estúpida si papá y tú no me hubierais sobreprotegido durante toda mi vida. —El sarcasmo se apoderó de mí—. Estoy segura de que en la universidad hay una asignatura llamada «Cómo no follarse a mafiosos». Si me dejarais ir...

—Esto no es una broma.

—No me estoy riendo. Quizá he cometido un error, pero papá y tú también lo hicisteis ocultándome la verdad. Si alguien no hubiera matado a ese niño, nada de esto estaría pasando.

—¿Vas a creerte todo lo que *D'yavol* te diga?

—Mi única otra alternativa es creer a alguien que lleva años mintiéndome. No tengo mucho donde elegir. ¿Hay por aquí una tercera parte a la que pueda preguntarle?

—No necesitas una tercera parte. Deberías apoyar a tu padre. A mí. —Prácticamente, echaba humo.

La cuestión era que quería ser leal. Quería un camino fácil que tomar; creer que papá era el menos malo de entre dos demonios. Pero, ahora, lo único que podía ver cuando pensaba en mi padre era a un niño mutilado y una mujer desangrándose en el suelo de nuestra biblioteca. Al cerrar los ojos, pensaba en el otro demonio... mi postura era muy compleja de entender.

Ivan debió de ver la incertidumbre detrás de mis ojos y lo enfadó. Se le tensó la mandíbula. Se me acercó antes de dirigir una rápida mirada detrás de mí, a un punto elevado de la habitación. Cuando sus ojos se volvieron a deslizar hacia los míos, algo turbio, casi retorcido, brilló en ellos. Era la primera vez que me mostraba este tipo de oscuridad, y la imagen hizo que se me erizara el vello de la nuca.

—Sé sincera conmigo. ¿No te ha hecho daño?

No entendía a dónde quería llegar, pero tuve la corazonada de que el resultado final no me iba a gustar.

Sacudí la cabeza ansiosamente.

—¿Y no lo hará? —Se aproximó más, tanto como los barrotes le permitieron. Me empezaron a sudar las manos y el corazón me latía con fuerza. Sentía que Ronan estaba detrás de mí, y me encontraba en un campo de batalla atrapada entre dos hombres que tenían la intención de matarse el uno al otro. No quería que los disparos me pillaran en el medio, pero entonces me di cuenta de que ya era tarde.

—Ivan, yo...

—Responde a la pregunta.

La indecisión me dividió en dos mitades. Mi instinto me decía que Ronan no me haría daño físicamente, pero a la vez se preparaba para una inundación que me iba a llevar por delante. No quería que Ivan se preocupara por mí, así que, aunque no lo creía del todo, susurré:

—No.

Ivan me acarició la mejilla con el pulgar. La insinuación de su roce expandió la incertidumbre que sentía en el estómago, pero la caricia

no despertó ni una porción del calor que ciertos dedos tatuados me provocaban. ¿Por qué esto no podía arder? ¿Por qué no podía desear esto?

—Si voy a morir —dijo con una oscura diversión—, que sea con una buena despedida.

No tuve tiempo para procesar su declaración antes de que me cogiera de la nuca y pegara mis labios a los suyos entre dos barrotes. El asombro mantuvo mi boca insensible durante un segundo, pero bajo su alentadora presión, mis labios cedieron y obedecieron.

Deslizó la lengua y la recibí con la mía, mientras rezaba por el calor, el dolor, la desesperación que debía sentir, necesitaba sentir. Una sensación de calor se me expandió en el estómago y me convenció para besarlo con más intensidad y deslizar las manos sobre sus hombros hasta agarrarle el pelo. Gimió y me abrazó la cintura pegándome a los fríos barrotes.

Los dedos de Ivan emanaban calor mientras viajaban a lo largo de mi cuerpo hasta mi culo, pero el contacto no prendió fuego. El beso era como unas brasas acariciadas por una brisa, incapaces de formar una llama sin gasolina.

Me inclinó la cabeza con la otra mano para profundizar el beso y saboreé un familiar toque a canela. Les gustaba el mismo chicle. Tenían una historia. La enemistad entre ellos era personal. Me pregunté cómo de bien se conocerían; si habrían intercambiado sus secretos en las calles de Moscú o en una celda parecida a esta.

Cuando se apartó, mi respiración era suave y constante, y la presión de su boca se desvaneció hasta convertirse en un mero recuerdo. La lealtad me decía que este era mi lugar, entre los brazos de un hombre con el que tanto había compartido, pero mi alma me suplicaba algo más; un fuego que se prendiera sin gasolina; Versace, tanzanitas y manos que me quitaran el aliento. Mi cuerpo no estaba sorprendido, aunque, por dentro, todo se estaba desmoronando.

Si podía anhelar al diablo, debía de haber algo de oscuridad dentro de mí también.

Capítulo 31

oenomel
Algo que combina fuerza y dulzura.

Mila

Tendría que estar cuestionándome las decisiones que me habían hecho llegar hasta aquí, buscando la llave de la celda de Ivan o haciendo cualquier cosa remotamente constructiva. En lugar de eso, estaba sentada en el comedor, mientras contemplaba el sol hundiéndose bajo el horizonte, con la Biblia en el regazo. El libro estaba en ruso, así que me resultaba incomprensible, pero no importaban las palabras. Era el apoyo divino que necesitaba, parecido a un crucifijo o un collar de ajos.

«Je hais madame Richie. Tu hais madame Richie. Nous haïssons madame Richie».

Cada día odiaba más a la adivina. Le echaba toda la culpa a ella por haber puesto en marcha algo que no podía detener. Lo de la estupidez era cosa mía, pero ella debía confesar el hechizo que me había lanzado, y que me hacía disfrutar de la asfixia y del roce de la oscuridad. A pesar de mi falta de formación universitaria, sabía que nadie en su sano juicio anhelaba tener menos oxígeno.

La puerta se cerró poco a poco, pero daría lo mismo que hubiera sido un fuerte portazo, ya que el suave clic me provocó una vibración espeluznante en las yemas de los dedos. Si lo hubiera precedido una banda de música, no habría sido más evidente quién acababa de entrar. La energía que transportaba rivalizaba con el

insidioso chillido de las películas de terror cuando un cuchillo apuñalaba a una víctima.

Ronan debía de haber tenido un mal día en el trabajo.

Con un nudo en el estómago, cogí el libro, lo abrí por una página aleatoria y fingí leer atentamente. Estaba de espaldas a la puerta, pero no me hacía falta verlo para saber que había entrado en silencio en la habitación. Su presencia me cubrió como una manta de víboras: negra, suave y con la amenaza de un mordisco.

Me pregunté si se habían agotado las vírgenes que secuestrar en Moscú. Yo no contaba, porque ya me habían raptado. En el fondo, era una puta.

Bromas aparte, en este momento me preocupaba mi bienestar.

Sentí que Ronan se movía hacia el sofá que había enfrente de mí y tomaba asiento. Me costó mucho mantener la mirada fija en las letras cirílicas que me resultaban ilegibles, pero todavía no estaba preparada para reconocer su presencia. A pesar de la humillación de esa mañana que me hacía sonrojarme ridículamente, la tensión sofocante que emanaba parecía tan acogedora como saltar al fuego.

Me di cuenta de que debía de saber que había entrado en su preciosa mazmorra y no le hacía ni pizca de gracia. Probablemente, Yulia me hubiera visto con los ojos que tenía en la nuca.

Si Ronan no me quería en el sótano, tendría que haber puesto una cerradura en la puerta.

Chin... clic. El sonido rompió el silencio y me apretó el cuello. Mi mente se esforzó por descifrar el origen del sonido, pero me obligué a pasar página con aire indiferente.

Ronan sabía que no podía leer ruso, pero aun así no dijo nada sobre el libro ridículo y traicionero que tenía en las manos. La habitación permaneció en silencio excepto por ese ruido incesante que me ponía de los nervios.

Chin... clic.

Supuse que esto era peor que la tortura china del agua. De repente, supe que continuaría con ese jueguecito durante horas hasta que llegara el momento de mi muerte. Me rendí, lo miré y pregunté:

—¿Necesitas algo?

Tenía los codos apoyados sobre las rodillas y la mirada fija en el mechero de su mano, que no dejaba de abrir y cerrar. Tenía una actitud tan fría que un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

—Dime qué haces aquí. —Su acento raspaba como un papel de lija, pero lo que me hizo aferrarme más a la Biblia fue el hecho de que había hablado con la voz de *D'yavol,* el hombre inmortal que gobernaba Moscú y que probablemente hubiera matado a animadoras norteamericanas por puro entretenimiento.

Era una orden vaga, pero, de algún modo, sabía lo que quería. Como siempre, mi espíritu anhelaba luchar contra él, aunque una vocecita en mi cabeza me advirtió que ya no era la única a la que podía aplastar con esas botas caras.

—Soy una garantía.

Chin.

—¿Una garantía de quién?

Clic.

Tragué saliva.

—Tuya.

—¿Y de quién más?

El juego de poder empezaba a hervir. Podría estar de rodillas a sus pies solo para que pudiera rechazarme de nuevo.

«Je ne suis pas fière. Tu n'es pas fière. Nous ne sommes pas fières».

«Yo no soy orgullosa. Tú no eres orgulloso. Nosotros no somos orgullosos».

Con un leve suspiro, me obligué a decir:

—Solo tuya.

—Solo mía. —Sus palabras eran como hielo y, finalmente, levantó los ojos de un negro mate inmoral hasta los míos—. Tus desgracias, tu atención, tu cuerpo... es todo mío. —Sus hirientes palabras se me clavaron en la piel y ralentizaron mi respiración—. Empiezo a pensar que voy a tener que demostrártelo.

Se me aceleró el corazón cuando comprendí de qué iba todo eso. El beso. Me vino el recuerdo de Ivan mirando algo detrás de mí antes de moverse.

Ronan y sus cámaras secretas.

No era más que una pieza de ajedrez de su vengativo juego. Mis sentimientos no importaban. Nunca lo habían hecho. El calor me invadió la espalda y agitó mi resentimiento, borrando todo instinto de autoprotección.

Dejé el libro en el sofá y me puse de pie.

—La verdad es que ahora no me interesa, tal vez mañana.

El gruñido de las profundidades de su pecho resonó en mis oídos antes de que se levantara y volcara la mesa de café. El mueble antiguo golpeó la pared y se quebró, al igual que mi compostura. Los elegantes objetos de decoración volaron, se rompieron contra el suelo y se esparcieron sobre el mármol.

Y decía que yo tenía carácter.

Con el corazón en la garganta, me quedé quieta y le sostuve la mirada. Aprovechó el espacio que había quedado libre entre nosotros para avanzar hasta mí, con la violencia furiosa reflejada en su mirada.

Algo le hizo detenerse en seco. Exhaló y se pasó una mano por el pecho de una manera tan refinada que era como si creyera que él era el calmado antes de espetar:

—Vete a tu habitación antes de que haga algo de lo que pueda arrepentirme.

Hasta un segundo antes, ahí era exactamente a donde tenía pensado ir, pero como era lo que me había pedido, ahora era el último sitio en el que quería estar. Probablemente, haría que Yulia me encerrara con llave y si tenía que soportar otro minuto de soledad acabaría explotando en confeti amarillo.

Me estaba ofreciendo una salida que debería tomar, pero mis pies se negaban a moverse, a pesar de que mi mente me decía que saliera pitando de ahí. Demasiados sentimientos en conflicto me desequilibraban. Ivan me había usado para marcarse un tanto sobre su enemigo. Ronan me había traicionado, secuestrado, rechazado y confundido. Lo miré fijamente, clavándome las uñas en las manos mientras el caos de mi interior suplicaba liberarse.

Su mirada se endureció y, con un tono amenazante, insistió:

—Vete.

Estaba advertida, así que no tenía excusa para lo que salió de mi boca. Pensándolo mejor, la culpa fue de madame Richie.

—No.

Me miró durante un segundo que me pareció una eternidad y, luego, se le escapó una risita cruel e incrédula que dejó entrever sus afilados dientes. Tras deshacerse de la carcajada desalmada con la mano, farfulló entre dientes:

—No digas que no te he advertido, *kotyonok.*

Dio una zancada, me agarró por la nuca y acercó mi boca a la suya. Ese movimiento brusco me robó el aliento, que se escapó en un siseo de dolor cuando me mordió el labio inferior con fuerza. Sin embargo, luego me calmó el dolor con un suave lamido de su lengua, y se encendió una llama que expandió fuego líquido entre mis piernas.

Si el beso era una partida de ajedrez, yo era la novata de las gafas y él, el tramposo que tiraba todas las piezas del tablero y me follaba sobre él.

En ese momento, mi mente detestaba a ese hombre. Intenté empujarlo, alejar mi boca de la suya, pero su agarre férreo no me soltó el cuello. Mi cuerpo adoptó una postura diferente. Inhaló su calor suplicando más, más intensidad, más fricción..., más de todo. La cálida presión de sus labios y el sabor de canela me enviaron un torrente de desesperación por la sangre, que me acercó tanto al abismo que un sudor frío luchó contra mi fuego interno. Deslizó la lengua sobre la mía y me provocó un dolor tan intenso en las entrañas que apagó todos los pensamientos por un febril segundo.

Con la respiración entrecortada, la lucha se ralentizó y mis manos se detuvieron en su pecho. La venganza sangraba en su beso, suave, furioso y, de algún modo, frío como su mirada, antes de dejarme de rodillas esta mañana. En ese momento no me había deseado. Solo me quería ahora para demostrar algo: que era de su propiedad y que solo él podía follar conmigo.

Justo cuando pensé que se me habían pasado las ganas de luchar, le mordí el labio con tanta fuerza que noté el sabor de la sangre y le di un rodillazo. Esquivó el golpe en la entrepierna con un gruñido y

me empujó para alejarme. Me tambaleé y la falta de su calor corporal me hizo sentir frío.

—¿Dónde está la pasión que le diste a Ivan, *kotyonok?* —preguntó bruscamente limpiándose la sangre del labio con el pulgar—. No me creo que tengas reservas sobre besar a dos hombres en un mismo día.

Un nudo de ira me presionó el pecho y me obligó a soltar el insulto:

—Solo tengo reservas para besarte a ti.

El siguiente segundo de silencio me ahogó, sus ojos no se apartaron de los míos. Tenía un músculo tenso en la mandíbula.

—Pues supongo que ambos somos unos narcisistas.

Conociendo su retorcida definición de «suerte», tragué saliva y lo miré con cautela.

—¿Qué se supone que significa eso?

Un brillo pecaminoso le robó el calor de los ojos, y habló con voz fría y apática.

—Nunca he sido de mezclar besos y sexo. —El siseo de su cinturón de Montblanc, al salir de las presillas, hizo que se me cayera el alma a los pies.

Ronan no tenía intención de que esta noche acabara con una ducha fría.

Con el corazón acelerado como los cascos de un caballo de carreras, retrocedí hasta que choqué con el sofá. La hebilla de metal cayó al suelo con un golpe metálico y me puso la piel de gallina. Me dije a mí misma que debía mantenerme fuerte y conservar mi dignidad a toda costa, pero cuando dio un paso hacia mí, solté:

—Soy virgen.

Ni siquiera lo consideró antes de echarse a reír.

—Eres una puta mentirosa.

No tendría que haberle mentido tantas veces. Ahora iba a joderme... literalmente.

—Se cree el ladrón que todos son de su condición, ¿no? —Me temblaba la voz. Con cada paso que daba hacia mí, yo daba otro en dirección opuesta hasta que me quedé detrás del sofá, con ese simple mueble como única barrera entre nosotros.

—Bueno, todavía no nos conocemos a fondo, pero pronto lo haremos.

Un fragmento de porcelana crujió bajo su bota.

—Lo dices como si fuera a ser algo inolvidable para mí —repliqué, viéndome obligada a rodear el sofá cuando empezó a hacerlo él.

—Seguro que será muy diferente de tus experiencias con universitarios llenos de granos.

La frustración me invadió la piel. Ese era exactamente el pensamiento que me había hecho caer en brazos del *D'yavol*, y me había puesto en posición de estar rodeando un sofá para alejarme de él.

—Ivan no es universitario. —Una vez más, madame Richie lanzando a Ivan a los lobos.

Entornó los ojos con una expresión peligrosa mientras apoyaba las manos en el respaldo del sofá.

—Puede que no, pero es un cobarde.

—Ni siquiera lo conoces —acusé.

La sutil mirada seca que me dirigió solo me confirmó mis sospechas de que sí se conocían, pero ese pensamiento se desvaneció cuando vi la furia de su mirada, su voz áspera.

—Vuélvelo a mencionar y dormirás fuera con los perros.

La incertidumbre me tiró de la garganta. Contrarresté una de sus largas zancadas dando unos pasos rápidos para igualarla.

—Deja de hablarme con esa dulzura —dije con la respiración entrecortada—. No creo que mi corazón pueda soportar más romance ahora mismo.

Casi me dio la impresión de que este hombre que me estaba acosando como un psicópata iba a echarse a reír, pero la oscuridad de su interior frenó el buen humor.

—Esta vez tu boquita no va a salvarte.

No sabía a qué se refería, pero tampoco me importaba. Cuando di un paso a un lado, me imitó. Irradiaba nerviosismo por cada célula y salía con palabras entrecortadas.

—Espero que normalmente tus polvos no empiecen así. Es agotador.

Arqueó una ceja, divertido.

—Es la primera vez, pero, por suerte, estoy abierto a cosas nuevas.

Era agradable que la situación le pareciera divertida cuando a mí estaba a punto de parárseme el corazón.

—Estoy segura de que hay un buen número de mujeres en Moscú que te atenderían por un módico precio.

Me miró fijamente, imitando cada uno de mis pasos.

—Si quisiera a otra, solo me haría falta un mensaje con un emoji de un melocotón para tener aquí a una mujer suplicándome que me la folle por detrás.

La sucia imagen mental que visualicé hizo que se me ruborizaran las mejillas y que sintiera calambres en el pecho. Los sentimientos eran tan opuestos entre sí que, cuando dio un paso alrededor del sofá, me tambaleé antes de darlo yo.

—No sé cómo puedes conseguir a alguna mujer después de abrir la boca.

—En un momento lo sabrás. —El peso de su mirada me secó la garganta.

Estaba empezando a marearme de moverme en círculo, sobre todo por la poca cantidad de comida que había ingerido últimamente, pero eso no detuvo el circo interminable de mi mente. Me preguntaba acerca de los emojis de melocotón y Nadia. Me preguntaba si Ronan habría ido a la ópera últimamente, si la cantante le habría dejado otra nota y si, esta vez, él habría aceptado su indecente propuesta. La idea me oprimió los pulmones y me envió una onda de incertidumbre, abatimiento e ira. Por lo que sabía, Ronan podría haber hecho un trío cada noche, y yo ni siquiera podía besar a otro hombre sin convertirlo en la peor pesadilla de una virgen.

—Guarda tu energía para la próxima desdichada que te llame la atención —dije fríamente—. Hazme caso, conmigo la desperdiciarás.

Su mirada me amenazó para que me callara lo que tenía en la punta de la lengua, pero no se me daba bien seguir órdenes.

—Hay muchos hombres en Miami. Pronto te olvidaré junto con todos los demás.

Las palabras no tuvieron tiempo de flotar en el aire. Le dio una patada al sofá, y lo hizo atravesar el suelo y golpear contra la pared. Me dejó totalmente desprotegida. Le sostuve esa mirada oscura, la frialdad del mármol bajo mis pies se extendió por todo mi cuerpo y la sangre me retumbó en los oídos.

Eché a correr hacia la puerta, pero no pude llegar tan lejos. Ronan podría haberme agarrado por el pelo y tirado al suelo como hizo el guardia, pero decidió agarrarme por el vestido. Lo lamenté más que si me hubiera herido. De repente, estaba desesperada por el dolor, por que la agonía me recordara lo poco que significaba para él antes de que me robara la inocencia y, en consecuencia, también el alma.

Cuando empezó a tirar de mí, me agarré a la mesa auxiliar y empecé a lanzar cosas en busca de un arma o, al menos, un modo de empujarlo hasta llegar al momento en que me recordara que no era más que su peón. Encontré un punto de apoyo con los dedos húmedos y, antes de que pudiera pensarlo bien, me di la vuelta y estrellé el jarrón contra su cabeza. El cristal cayó en el suelo a nuestro alrededor y la habitación quedó sumida en un silencio sepulcral.

En las películas, los hombres caían.

Ronan no cayó.

Tenía el pecho alborotado y los pies anclados al suelo cuando él cerró los ojos e inhaló bruscamente. Al abrirlos, esperaba que tomara represalias. No anticipé que fuera a cogerme por la cintura en silencio, a llevarme lejos de los cristales rotos y a echarme sobre el sofá.

Cuando su cuerpo cayó junto al mío, también lo hizo la culpa entremezclada con la pesadez de tenerlo sobre mí. Me separó los muslos con las piernas y me sujetó las manos encima de la cabeza.

Con un nudo de arrepentimiento en la garganta, murmuré:

—No voy a disculparme.

Presionó el rostro contra mi cuello y emitió un oscuro gruñido de satisfacción.

—Así que estás aprendiendo después de todo.

A medida que la adrenalina se desvanecía, me dejó sensible, expuesta, avergonzada. No quería ser de las que hacían daño a

otros, solo porque me lo hubieran hecho a mí. Algo en mi interior odiaba la idea de hacerle daño a él más que nada, a pesar de que nadie se lo merecía más.

Esos dedos tatuados podían estar reteniéndome las muñecas, pero también me habían salvado y vengado.

La culpa se hinchó en mi pecho como un globo y, de repente, solo pude ver a un niño en un coche hundiéndose en el Moskova a manos de su propia madre. Me pregunté si se habría hecho así la cicatriz del labio inferior. El hecho de que yo podía haberle dejado otra marca me hizo sentir fatal. La presión hizo que me subiera una disculpa por la garganta, pero cuando abrí la boca, me rozó los labios con los suyos y dijo:

—*Nyet*.

Nos inhalamos el uno al otro durante un segundo. La pesadez me invadía el pecho y me sumergía en unas aguas oscuras a su lado, donde yo me hundiría y él nadaría. Mi única duda era: ¿me cogería de la mano o dejaría que me ahogara?

Ya no estaba segura de que eso me importara.

Le besé el corte que le había hecho en el labio. Esta acción inundó la estancia con mi disculpa silenciosa y le sacó un ruido de la garganta que apestaba a desagrado, pero el sentimiento que crecía en mi interior me obligó a continuar.

Arrastré los labios para besarle la comisura de la boca, y luego la fina cicatriz por la que pasé la lengua suavemente. Con un rugido ronco, me agarró de la mandíbula y me levantó la cara para que lo mirara a los ojos.

—Creía que tenías reservas para besarme.

La Biblia se me clavó en la espalda. Estaba segura de que nunca había habido una señal más clara para resistir ante un pecado que las escrituras literalmente clavadas en la espalda, pero esa idea no me impidió mirar al diablo a los ojos y pronunciar una palabra que me llevaría directa a las puertas del infierno.

—Mentí.

Pasaron dos latidos, su mirada era como una noche oscura de tormenta que impregnaba el aire de electricidad.

—Es una costumbre muy fea.

—Mmm... —Es lo único que pude decir, me vibraba todo el cuerpo.

Exhalé cuando me deslizó un pulgar por la mejilla y una expresión satisfecha y malvada muy propia de él se dibujó en sus labios.

—No te preocupes, *kotyonok...* —Se inclinó y me acarició el cuello. Su cálido aliento me erizó la piel—. *Ya vyyebu vsyu lozh iz tebya.* —Sus palabras sonaron a amenaza, pero no había tiempo para pensar en ellas.

Me abrió el mono.

Los botones saltaron y se esparcieron por el suelo. Las costuras se rasgaron fácilmente en ambos muslos y solo dejó intactos los delgados tirantes.

No llevaba sujetador (lo cual era normal desde que estaba aquí) y, en cuanto el aire frío me rozó los pechos desnudos, también lo hizo él moldeando uno para ajustarlo a su mano antes de apretar.

Tenía la piel tan sensible que me retumbaba. La rudeza de su mano me hizo temblar. Ardía por todas partes, la simple fricción del Armani me empujaba a un abismo caliente e incierto. No podía hacer nada que no fuera quedarme ahí tumbada, con las muñecas sobre la cabeza donde él las había dejado.

Suspiré y apreté los dedos en el puño cuando se metió un pezón en la boca. El placer descendió y me impulsó a levantar las caderas para buscar su erección. Con un rasguño de sus dientes, se apartó y me dejó los pechos tensos y doloridos.

Mientras me bajaba el tanga, supe que no iba a haber más preliminares, sus manos se movían de manera ruda y egoísta por mi piel. Sin embargo, este hombre tenía una debilidad mortal: la neblina codiciosa de su mirada que me decía que había perdido la razón. Esa imagen debería asustarme, pero solo me hacía desear dejarlo tomar todo lo que quisiera de mí.

Con los ojos entornados, lo vi levantarme las piernas para quitarme completamente el tanga. Lanzó el trozo de tela a un lado y luego me agarró la parte inferior de los muslos para empujármelos hacia mi estómago. Me consumió el rubor al sentirme tan expuesta, pero el ardor de su mirada en mi sexo, como si no estuviera seguro de por dónde empezar, aumentó el dolor de mi interior.

Dejé caer las pantorrillas para que le tocaran el dorso de las manos y abrí las piernas instintivamente. Una mirada acalorada buscó mis ojos antes de soltarme un muslo, pasar dos dedos por mi clítoris e introducírmelos. Cuando noté que se expandía esa cálida presión, arqueé la espalda, y se me escapó un gemido entre los labios. Me agarré al cojín del sofá sobre mi cabeza, incapaz de hacer cualquier cosa que no fuera balancear las caderas contra su mano para saborear el fuego.

Ronan me soltó la otra pierna, me agarró la cara y me obligó a mirarlo.

—*Eto moye.* —«Esto es mío». Acentuó sus duras palabras moviendo los dedos en mi interior.

Se me pusieron los ojos en blanco y empecé a ver las estrellas. El placer me lamió las venas y creció hasta que solo existió esa sensación.

Jadeando, levanté la cabeza para observar su mano entre mis piernas, y volví a dejarla caer sobre el sofá con un gemido cuando me frotó el punto G. Estaba tan cerca de la liberación, tan pero tan cerca, que habría hecho cualquier cosa por llegar ahí.

—No pares —susurré.

—*Ty dash′ mne trakhnut tebya?*

No sabía qué había dicho, pero estaba segura de que no lo habría entendido, aunque me hubiera hablado en mi idioma. Solo pude cerrar los ojos y sentir la fricción hasta que acercó los labios a mi oreja y me susurró:

—*Otvet′ mne.* —«Respóndeme». Lo dijo con una voz ronca y suave, pero no dejaba de ser una orden.

No tenía aliento suficiente para advertirle que estaba hablando en ruso. Lo único que sabía era que si seguía metiéndome los dedos conseguiría todo lo que quisiera de mí: mi corazón, mi alma, mi culo... Lo que fuera. Así que esperé que buscara un sí como respuesta y asentí.

Me sacó abruptamente los dedos. Mi casi liberación se estrelló y me invadió la desesperación.

—No, por favor —supliqué abriendo los ojos—. Por favor...

Me tapó la boca con la mano y me empotró con una embestida tan fuerte que me arrancó un grito de la garganta. Fue como una lanza de fuego que ardía tanto que se me acumularon las lágrimas en los ojos. Le agarré el antebrazo en busca de algo a lo que aferrarme y le clavé las uñas en la manga de la camisa. Instintivamente, se me arqueó la espalda queriendo empujarlo, pero era demasiado pesado para sacarlo.

El corazón de Ronan latía con fuerza contra mi pecho, tenía todo el cuerpo tenso.

—*Kotyonok*... *yesli ya*... —Apretó los dientes y lo intentó de nuevo en español—. Si salgo, ¿tendré sangre en la polla?

No sabía cómo esperaba que respondiera con su mano todavía en mi boca, así que solo negué con la cabeza en una mentira desesperada. Fue el momento perfecto para que una lágrima me resbalara por la mejilla hasta llegar a su mano.

Observó la lágrima como si fuera ácido, luego apartó la mano y apoyó ambas en el sofá a los lados de mi cabeza.

—Joder —gruñó antes de cerrar los ojos y exhalar—. Por favor, Mila, dime que solo eres sentimental de cojones.

Claramente, acababa de entregarle mi virginidad al hombre más encantador de Europa.

Ronan ya sabía la respuesta, pero parecía estar buscando algo a lo que agarrarse. Una presión se extendió en mi vientre con la sensación de que esto acabaría si confirmaba que era virgen. A pesar de que esa extraña plenitud ardía dentro de mí, las paredes de mi pecho amenazaban con desmoronarse si la sacaba. No sabía si era por el dolor o por otra cosa, pero me cayó otra lágrima.

—Creo que solo me ha entrado algo en el ojo —dije temblorosa con un nudo en la garganta.

Me miró durante un instante, y dejó escapar un ruido de frustración a regañadientes. Hice una mueca de dolor cuando se inclinó hacia atrás para poder ver su grueso miembro saliendo un par de centímetros. Cuando una gota dulce se me deslizó por el muslo, me di cuenta de que probablemente encontraría la prueba de que me había desflorado.

—*Malen'kaya lgunishka*... —farfulló confirmando que estaba sangrando.

Me obligué a tragar saliva cuando se pasó una mano por la boca sin apartar la mirada de mi entrepierna. No sabía si lo fascinaba la sangre o si creía que iba a darle una reacción alérgica que arruinaría por completo la noche.

Al parecer, estaba dispuesto a arriesgarse, puesto que, con un ronco suspiro, me agarró las caderas y volvió a entrar. Inhalé y ajusté lentamente su plenitud en mi interior antes de que volviera a sacarla ligeramente. Se miró a sí mismo follándome centímetro a centímetro con una mirada que auguraba tormenta. Su agarre amenazaba con magullarme, pero con cada lento deslizamiento la sensación de mis entrañas empezó a calentarse y a hormiguear. Me removí, lo cual hizo que entrara a una profundidad que tocó un punto placentero que me arrancó un suave gemido entre los labios.

—Joder.

Ronan se apartó de mí como si quemara con un gruñido enfadado y torturado, como si fuera yo la villana de la habitación que acababa de robarle la inocencia. Me dejó ahí tumbada y desnuda, con un frío tembloroso en las venas y un vacío entre las piernas. La confusión me invadió cuando lo oí caminar hasta el otro lado de la habitación.

—No me tiro a vírgenes, *kotyonok.* —Fue una declaración gélida e inflexible.

Me estremecí como si me hubiera abofeteado. Sus palabras fueron un duro golpe teniendo en cuenta que acababa de arrebatarme algo que no podría entregarle a nadie más, y lo había rechazado como si lo incomodara. Se me encogió el corazón. No me había sentido tan vulnerable en toda mi vida. Una masa caliente y pesada me invadió la garganta.

Con las manos temblorosas, me cerré el mono roto lo mejor que pude y me senté sintiéndome tonta y asqueada. No sabía por qué me hacía esto a mí misma; por qué me importaba tanto que, incluso, conseguía acumular mis lágrimas; por qué no podía odiarlo ni siquiera ahora. En todo caso, me despreciaba a mí misma por haberle servido mi vulnerabilidad en bandeja de plata a Ronan, solo para que me rechazara como si fuera un vodka barato.

«*Je ne pleurerai pas. Tu ne pleureras pas. Nous ne pleurerons pas*».

«No lloraré, no llorarás, no lloraremos».

El orgullo me quemaba como si tuviera una úlcera en el estómago ante la idea de que Ronan pudiera ver lo mucho que me afectaba. Así que, aun mientras se me escapaba una lágrima, logré elaborar una respuesta malhumorada e inesperada.

—Quería pétalos de rosa y velas para mi primera vez, pero, vaya, ¿qué podría superar esto?

Me daba la espalda como si no quisiera ni mirarme.

—Hazme caso, te he hecho un favor.

Sinceramente, ¿qué esperaba dándole mi virginidad al hombre que me había secuestrado? El mero hecho de que esa frase existiera en mi cabeza fue un indicador suficiente de que necesitaba ayuda.

Me levanté con una burla resentida en la garganta.

—Sí. Ya puedo sentir tus buenas intenciones. Son como un cálido rayo de sol.

Soltó un suspiro oscuro y amargo, y se giró para mirarme con ferocidad.

—Te prometo que todo tu cuerpo las habría sentido con el peso del puto sol si me hubiera quedado un segundo más dentro de ti.

Le sostuve la mirada, las palabras me abrumaron, pero no pude encontrar apoyo entre la humillación y el autodesprecio de mi interior. Lo único que quería era lamerme las heridas lejos de Ronan. Era una lástima que no pudiera tragarme mis penas con un bote de helado sin la posibilidad de que metieran una cucharada de cianuro dentro. Este sitio era una mierda.

Di un paso hacia la puerta, pero me detuve en seco cuando dijo:

—No vas a salir de esta maldita habitación —soltó con aspecto de estar muy disgustado conmigo.

Iba a acabar el día con un gran complejo.

—Siéntate.

La frustración me quemó la espalda, pero sabía que, si me negaba, me empujaría al sofá. No tenía energía para enfrentarme a él ahora mismo (ya tenía bastante intentando mantener las paredes de mi pecho en su sitio), así que me senté torpemente mirando

cualquier cosa que no fuera él. Decir que la habitación estaba hecha un desastre era quedarse corta. A Yulia le iba a dar un ataque.

Me quedé mirando la pared mientras Ronan se agachaba delante de mí. Se me hizo un nudo en la garganta cuando me secó una lágrima de la mejilla. Estuve tentada de apartarle la mano, pero el calor de su caricia me abrumó y tiró de mi corazón.

—Deja de llorar —murmuró.

—No.

Me apartó la mano de la cara.

—Pues sigue llorando. No pares hasta que yo te lo diga.

De repente, las lágrimas empezaron a escocerme como si fueran de lejía, e intenté parpadear para ahuyentarlas. Emitió un sonido seco e incrédulo y me di cuenta de que estaba demasiado angustiada para advertir que estaba usando la psicología inversa conmigo. Al parecer, había adivinado que haría lo contrario de lo que me ordenara.

Se quedó callado un segundo antes de decir:

—No puedo follarte así, *kotyonok.*

No quería hablar con él ahora mismo, pero también sentía demasiada curiosidad para dejar pasar por alto esa pregunta.

—¿Así cómo?

—Como lo necesitas.

Me mordí el labio mientras la incertidumbre y mis sentimientos iban de arriba abajo como un yoyó. La confusión me superó. El momento me superó.

Finalmente, lo miré a los ojos.

—¿Puedo irme ya?

Me sostuvo la mirada durante un instante con los músculos de la mandíbula en tensión.

—*Nyet*.

Suspiré, frustrada.

—¿Qué más necesitas de mí esta noche? No me importa que me envíes cinco emojis de melocotones, no voy a entregarte también mi virginidad anal.

—Joder. —Se rio con voz ronca—. Deja de decir que eres virgen.

—¿Por qué? ¿Acaso te hace sentir culpable?

—Hace que también quiera ser el primero en tomarte el culo.

Ignorando el calor que me subió por el cuello, arqueé una ceja.

—¿Para qué si solo vas a hacerlo durante dos segundos?

Su expresión se endureció, y se me escapó una brusca inhalación cuando me agarró por los muslos y estiró para sacarme del sofá. Tuve que poner ambas manos detrás de mí para mantener una pose medianamente digna.

—No abras las piernas, *kotyonok.*

Lo fulminé con la mirada. No estaba dispuesta a dejar que el truco funcionara esta vez. La tela rasgada se abrió y reveló las curvas de mis pechos, y se me endurecieron los pezones con el aire helado. ¿Por qué siempre era yo la que estaba desnuda? De Ronan solo había podido ver unos centímetros de pene, porque el resto estaba dentro de mí.

—¿Cuánto te duele? —preguntó con voz áspera pasando la mirada lentamente por mi cuerpo desnudo hasta mis ojos.

Se me cerró la garganta cuando me di cuenta de que sí se sentía un poco culpable. Ese pensamiento me despertó una extraña sensación de consuelo, y esparció algo cálido y pesado que derritió toda la tensión de mi interior.

—Bastante —exhalé.

Murmuró algo en ruso que me recorrió la columna vertebral. Cuando me separó las piernas, las dejé abrirse.

Tocó la parte superior de uno de mis calcetines altos y gruñó:

—Putos calcetines, Mila. —Bajó uno ligeramente y me mordisqueó la piel de debajo, lo cual hizo que me recorriera un cálido escalofrío.

Se apartó y el ardor de su mirada me calentó de nuevo el sexo, haciendo que volvieran el dolor y los latidos. Todo mi cuerpo se estaba calentando, aunque la sensación se vio interrumpida por una fría oleada de timidez cuando comprendí sus intenciones.

—Espera —espeté, e intenté liberarme de su agarre, pero, como de costumbre, no se movió.

La mirada que me lanzó estaba llena de calor, y entornó los ojos en una pregunta silenciosa.

—He sangrado. —Mi cuerpo se puso tenso bajo sus manos, preparado para huir de esta embarazosa situación.

Su expresión seca me dio a entender que no había comprendido a qué me refería.

Me puse nerviosa al tener que explicarlo.

—Es... asqueroso.

Pasó un segundo y pensé que iba a echarse a reír, pero la intensidad de su mirada contuvo el humor.

—Por mucho que desee lo contrario, no hay nada en ti que pueda parecerme asqueroso.

El calor que me subió a la cara fue consumido por el fuego, cuando fue directo al dolor de mi entrepierna y lo recorrió con la lengua. La presión me molestó ligeramente, pero el calor de su boca la alivió y me envió una descarga de placer hasta las puntas de los pies.

Con la respiración entrecortada, me reacomodé en el sofá y mis muslos se abrieron con su siguiente lametazo, que se metió en mi interior. La cabeza me ladeó hacia atrás y se me escapó un gemido.

—Joder, *kotyonok. Dozhe tvoya kiska na vkus kak klubnika*.

Comprendí lo esencial de su frase, porque habló de «coño» y de «fresas». Las palabras guarras en ruso dejaron a un lado todas mis reservas. Apoyé una mano en el sofá y hundí la otra en su pelo. Le pasé las uñas por el cuero cabelludo y sentí un escalofrío en su espalda.

Estaba ignorando mi clítoris y cada lametazo lo hacía palpitar anticipadamente. Cada vez que se acercaba a donde quería, movía la cadera para guiarlo hasta ahí, pero solo llevaba su boca a mi vagina, a la que le prestaba toda la atención.

El fuego se avivó debajo de mi piel e hizo que se me ruborizara cada célula. Se me aceleró la respiración y la presión de mis entrañas empezó a acumularse y a burbujear. Su lengua subió, se acercó tanto a mi clítoris que me eché a temblar, muerta de necesidad.

—Por favor —supliqué con los dedos metidos en su pelo.

—*Nyet*.

Ronan sabía que eso me haría caer por el abismo. Quería quejarme y decirle que esto no iba de él, pero no tenía palabras para hacerlo... y tampoco quería que se acabara ya.

Deslizó la mano áspera por mi vientre y me apretó un pecho con la mano. Solté un suspiro frustrado mientras el dolor crecía en mi interior, desesperado por ser saciado.

—Más.

De algún modo, entendió lo que necesitaba y deslizó dos dedos en mi interior. De inmediato, presionó un punto que hizo que se me pusieran los ojos en blanco. El calor de su mirada me calentó la cara y un gruñido retumbó en su pecho.

—*Eta pizda byla sozdana dlya trakha*.

La presión que se expandía, el sonido de su voz... fue demasiado. El empujón final que me llevó al límite fue su lengua deslizándose sobre mi clítoris y succionando. El calor estalló y me recorrió la columna vertebral, como llamas chisporroteando en mi sangre antes de calmarse en un lánguido suspiro. Mi cuerpo palpitaba alrededor de sus dedos. Tenía el clítoris tan sensible que intenté apartarle la cabeza débilmente, pero se tomó su tiempo antes de parar.

Todo mi cuerpo seguía vibrando, la calma se apoderó de mí y me sumió en una oscuridad saciada. No sabía cuánto tiempo había pasado cuando me cogió en brazos y me llevó a mi habitación, pero me quedé dormida antes de que mi cabeza tocara la almohada.

Capítulo 32

xantofobia
Miedo al color amarillo.

Ronan

La oscuridad cubrió la habitación con su sombra, aunque un brillo dorado envolvía el cuerpo durmiente de Mila como un halo. El extraño destello podía ser un efecto de la luz, pero era una noche sin luna, es decir, no había ni una puta luz. Con una sensación molesta, me di cuenta de que tenía que revisarme la vista.

Mi mirada se entornó mientras recorría su cuerpo, desde su mejilla apoyada en una cortina de pelo rubio y largo, pasando por las leves respiraciones que le separaban los labios, hasta los movimientos ondulantes de sus pechos y la franja de piel visible que se abría camino hasta su ombligo. La imagen era el sueño de todo pintor; una chica demasiado perfecta para ser real.

Quería darle una bofetada.

Ese deseo era lo único que explicaba el ligero temblor de mis manos. Me las metí en los bolsillos, extrañado ante la sorprendente reacción teniendo en cuenta que se me cerraba la garganta con repugnancia ante la idea de hacer esa acción realidad. Aunque tal vez le iría bien una bofetada que le hiciera entrar en razón. Quizá entonces no se disculparía con hombres que la han secuestrado y la han humillado. O no se dormiría en sus brazos después de que bruscamente la desvirgaran.

No debería haber sido tan duro aun creyendo que no era virgen. Y, sobre todo, no debería haber seguido follándola después de

enterarme de la verdad, incapaz de encontrar la fuerza de voluntad para parar de inmediato. Mi conciencia se estaba pegando una fiesta con té, galletas y patéticos globos deshinchados. Era incómodo de cojones. Especialmente, porque todavía podía saborear a Mila, sentir sus dedos en mi pelo y oír el sonido de sus gemidos susurrantes. Todo ello se me clavó bajo la piel, y algo pesado se me asentó en el pecho. Como si fuera... cáncer.

Cuando se estremeció en sueños, me acerqué automáticamente para taparla, pero me detuve con un «Dios mío» que se me escapó de los labios.

Me pasé una mano por la boca mientras reconocía que Mila era tan contagiosa como su madre, por lo que había escuchado de ella. Claramente, estaba teniendo efectos dañinos en mi salud. De repente, el brillo que mis ojos habían pintado en su piel cobró un significado claro: era una señal de peligro cerca de una piscina rebosante de residuos radiactivos.

Tenía que deshacerme de ella.

La idea comenzó un tira y afloja dentro de mí; un conflicto que me tensó los músculos y empezó a jugar con cada uno de mis nervios. Mi faceta más justa me decía que Mila no pertenecía a este lugar. Aunque otra cara de mí salió a la luz y me dijo que yo le había quitado la virginidad. Era mía.

La primera mujer que había hecho que me arrodillara en más de una década resultaba ser esta, y lo único que lamentaba era que Mila pudiera correrse en un abrir y cerrar de ojos. Sabía tan bien que me habría gustado follármela durante, por lo menos, una hora. El recuerdo de ella y lo firme que estaba inundó mi pecho de calor y una sangre hirviente me subió a la superficie de la piel. Una necesidad incontrolable de deslizarme entre sus muslos y despertarla con la boca empezó a nublarme la mente y la razón.

Me di la vuelta y salí de esa maldita habitación.

Con los hombros tensos, me dirigí a la biblioteca y me serví una copa antes de sentarme detrás de mi escritorio. Meneé el vodka en el vaso mientras lo miraba reflexivo hasta que ideé un plan de acción. Ignorando los múltiples mensajes de Nadia, le escribí a Albert, cuya presencia sentí en la estancia un instante después.

—Suelta a Ivan —dije en ruso sin dejar de mirar el vaso—. Puede hacer autostop desnudo hasta Moscú.

—A los hombres no les gustará.

Bajo otras circunstancias, Ivan estaría ya a dos metros de profundidad. El día que eligió el bando de Alexei murió para mí. Habría conseguido el control de Moscú muchos años antes si Ivan no me hubiera traicionado y vendido antes de desaparecer (ahora sabía que se había ido a Miami). Disfrutaría de meterle una bala en la cabeza. Aunque un molesto peso me oprimió el pecho al pensar en lo que había sucedido esa noche y en que no estaba seguro de si me habría detenido si Mila no hubiera cedido. Puede que estuviera en un camino directo al infierno, pero nunca había forzado a una mujer. Nunca había perdido el control de esa forma. Me sentí como los clientes de mierda que usaban a mi madre. La única manera que encontré para aliviar el dolor fue soltar a Ivan, el amigo, amante o lo que coño fuera de Mila.

—Dile que informe a Alexei de que el intercambio tendrá lugar el sábado.

Albert se quedó en silencio un instante antes de responder:

—Pensaba que no había aceptado el trato.

No dije nada, pero no tuve que hacerlo. Por suerte, Albert no siguió interrogándome.

—Es lunes.

Miré hacia arriba para encontrarme con su mirada.

—¿Quién eres, el presentador del telediario? ¿También vas a informarme del pronóstico del tiempo?

—Solo me pica la curiosidad de por qué necesitas el resto de la semana para cerrar el trato.

Endurecí la mirada.

—Porque me puedo tomar el tiempo que me dé la real gana. —Y porque estaba llegando a un acuerdo con las dos partes del conflicto que despedirme de Mila había creado en mi interior.

El hecho de que fuera virgen lo había jodido todo. No tenía la paciencia para ir despacio y con cuidado, y fingir que esa mujer significaba para mí algo más que un buen polvo. Aunque la idea de

que otra persona pudiera proporcionarle eso me ardió como ácido en las venas.

Saber que había sido el primero en estar dentro de ella me hacía sentir ligeramente... egoísta, como un niño en Navidad que no quiere compartir su pistola de plástico. E igual que esa pistola sería olvidada una semana después, la avaricia irracional que sentía respecto a ella desaparecería. Entonces, obtendría mi venganza y nunca volvería a asociar el amarillo con nada que no fuera una fruta tropical.

—Estaba seguro de que querrías encargarte de Ivan personalmente.

Agarré el vaso con más fuerza mientras una oscuridad se abría paso en mi pecho. Lo único que había podido ver cuando Kostya me había puesto el vídeo de las cámaras de vigilancia en las narices habían sido las manos de Ivan sobre Mila. La cosa más repugnante que había visto en mi vida. Y exasperante. La imagen había cubierto mi visión con una niebla roja mientras la rabia me burbujeaba en la sangre. Me había visto obligado a quedarme en Moscú hasta que las llamas se enfriaran, pero, al parecer, debería haber aguantado más tiempo.

—Dile que lo mataré si le vuelvo a ver la cara —fue lo único que dije. Nunca había dicho unas palabras tan ciertas, y por esa razón ya no podía mirarlo si no quería retirar la decisión que había tomado de liberarlo.

Sin decir una palabra más, Albert desapareció para cumplir mi orden.

Ahora que me había quitado eso de en medio, me bebí el vodka de un trago y me centré en asuntos más importantes. Como qué producto limpiaría la sangre de virgen que seguía agarrada a mi polla como una abrazadera.

Capítulo 33

mamihlapinatapai
Una mirada entre dos personas que sugiere
un deseo tácito y mutuo.

Mila

—¿Dónde está? —pregunté.

Yulia estaba sentada en una mecedora cosiendo un vestido de muñeca. La mirada astuta que me dirigió tras esas gafas anticuadas me hizo sentir que estaba al tanto de todos los sucesos pecaminosos que estaban teniendo lugar en la casa, incluyendo el de la noche anterior. Bajo su mirada, me removí y choqué con un retrato enmarcado suyo en la mesita de noche.

—Sal de mi habitación antes de que rompas algo —gruñó Yulia.

Enderecé el marco.

—Esto no es una habitación, es una morgue. —Era todo tan monótono y negro que dudaba que alguien notara la diferencia si hubiera una mesa de embalsamamiento en lugar de cama. Las únicas decoraciones que animaban el espacio eran las miradas huecas de varias muñecas.

—¿Dónde está Ivan? —repetí.

Había dormido durante toda la noche y no me había despertado hasta que el sol me había acariciado la piel. Creía que había tenido un extraño sueño sexual hasta que vi mi mono desgarrado. Deseé poder decirle a la señorita Marta que estaba viviendo con uno de sus caballeros arrancadores de corpiños (con más asesinatos y menos declaraciones románticas), pero mi antigua profesora estaría

probablemente muerta. Se me estaba pegando el pesimismo de Ronan. Y también otras cosas.

No iba a analizar lo que pasó entre nosotros, porque era demasiado que procesar. Tenía otros asuntos de los que preocuparme, como el hecho de que Ivan se estuviera pudriendo en la mazmorra. Sin embargo, cuando había bajado esta mañana con un poco de comida que había robado de la cocina, había visto que la celda estaba vacía.

—No lo sé —dijo Yulia simplemente. A continuación, habló con un molesto tonito cómplice—. ¿Por qué no le preguntas al amo?

El calor me subió por la nuca.

—En primer lugar, deja de llamarlo así. Es muy raro. En segundo lugar, no voy a preguntárselo a él porque... bueno... —Me interrumpí y me puse más nerviosa cuando vi una sonrisa satisfecha en los finos labios de Yulia, y su mirada enfocada en la delgada aguja de coser.

Tenía un buen motivo para no preguntárselo a Ronan, y también era la causa de mi nerviosismo. Sin embargo, no había posibilidades de que lo admitiera. No sabía en qué punto estábamos ahora, ni cómo comportarme con él. Ya se había pasado la hora del desayuno, pero no había mandado a nadie a buscarme. Probablemente, la gemela cachonda de Kylie le estaría sirviendo un cuenco de Fruit Loops sin la menor preocupación. Seguro que se había olvidado de lo que había sucedido por la noche en cuanto se había duchado para limpiarse mi sangre de virgen.

Dejé esa horrible sensación a un lado y proseguí:

—En tercer lugar, sé que sabes dónde está Ivan, así que ¿por qué no haces caso a tu buen corazón católico y me lo dices?

—No soy católica —replicó con una mirada penetrante—. Soy ortodoxa.

—Es lo mismo.

—Eso no tiene sentido —murmuró, y volvió a centrar la atención en el dobladillo de encaje que estaba cosiendo. No pude evitar darme cuenta de que el patrón era igual que el del vestido de Yulia.

Cerré los ojos durante un instante y respiré hondo antes de abrirlos.

—Oye, si me dices dónde está, me marcharé. De lo contrario... —Con expresión calmada, me acerqué a la estantería de las muñecas y levanté una ignorando los gritos de Yulia—. ¿No es adorable? —Hice pucheros mientras la contemplaba—. Aunque no creo que el vestido negro encaje con su personalidad. Voy a buscarle algo amarillo que ponerle. —Di un paso hacia la puerta.

—Lo han soltado —gruñó.

Me detuve y me di la vuelta.

—¿Qué?

—¿Estás sorda? Han liberado al traidor.

Los latidos me retumbaban en los oídos.

—¿Por qué?

—Deja a Lada en su sitio —insistió con la mirada fija en la muñeca como si fuera su hija y yo estuviera a punto de tirarla por un puente.

—Dime por qué y lo haré.

Frunció el ceño y agitó la mano en un gesto despectivo.

—Solo es un lacayo. No es a él a quien quiere el amo.

Entorné los ojos.

—El motivo real.

Me devolvió la mirada por un instante, pero al ver que no iba a irme si no me daba lo que quería, dijo a regañadientes:

—No lo matarán a pesar de que es un traidor inútil. Estuvieron juntos en la cárcel. —A continuación, frunció el ceño con aire pensativo—. Seguramente lo habrán torturado de algún modo.

Tragué saliva con la esperanza de que Ivan siguiera conservando todos los dedos de las manos y los pies, pero saber que estaba vivo me había quitado un peso de encima. No entendía por qué lo habían capturado solo para liberarlo. Por no hablar de que, cuando había hablado con Ivan, estaba convencido de que Ronan iba a matarlo. Me daba la sensación de que había cambiado algo desde el día anterior y esta mañana, y mi mente solo podía centrarse en lo que había sucedido en la sala de estar después del atardecer.

Las preguntas se agitaron. Demasiadas preguntas. Podía exigir respuestas, aunque por la mirada que me lanzó Yulia al apuñalar el alfiletero con la aguja como si se tratara de un muñeco de vudú, supe que ya la había presionado demasiado.

Con cuidado, volví a dejar a Lada en el estante y me giré hacia la puerta.

—Gracias, Yulia.

—Vuelve a entrar en mi habitación y tendrás siete años de mala suerte.

—Cascarrabias —murmuré al salir, pero oí otro insulto como respuesta.

—Furcia.

Uf.



Me sentí aliviada al ver que el comedor estaba vacío, salvo por una bandeja llena que estaba en mi sitio de la mesa. La cogí, me calcé las botas, me puse el abrigo y salí. Los hombres ya no se mantenían callados en mi presencia, se habían acostumbrado a que me paseara por la nieve. Pavel incluso se acercó a saludarme, y me siguió hasta el recinto de los perros practicando algo del español que estaba intentando aprender. Era horrible, pero no se lo diría nunca.

Albert le gritó algo a Pavel, quien me ofreció una sonrisa de disculpa.

—Tengo que irme. El jefe va a enseñarme a... —Se rascó la cabeza con aire pensativo, y una extraña sensación de anticipación se me infló en el estómago ante la mención de Ronan, teniendo en cuenta que él era el único al que llamaban «jefe» por aquí. Como desconocía la palabra, Pavel movió las manos como si estuviera girando un volante.

—¿Conducir? —ofrecí.

—Sí. Me ha dicho que chupo culos.

Se me escapó una carcajada. Pavel probablemente debería dejar que Ronan le enseñara a conducir, pero no el idioma.

—Pues será mejor que vayas a practicar.

Se sonrojó, bajó la cabeza y se dirigió al coche.

Cuando me acerqué al recinto de los perros, le sonreí a Misha, quien iba de un lado a otro de la valla, emocionado. Era un pastor

alemán enorme con el pelaje negro y un aspecto amenazante, pero siempre me saludaba moviendo el rabo.

Albert me había dicho los nombres de los perros, y me había advertido que no les diera comida humana, porque se volverían gordos y vagos. Había perdonado ya al gigante por el papel que había desempeñado en mi secuestro, pero también pensaba tirar a la basura sus advertencias junto con sus colillas.

Arrodillada sobre la nieve con el abrigo de piel, repartí mi desayuno y bromeé:

—Pronto vais a ser todos veganos.

Xander dejó caer una fresa con una oportuna mirada de asco.

—Vale, puede que no —reí.

Habían pasado dieciocho días desde que mis vacaciones en Moscú habían dado un giro inesperado. Solo dos semanas y media, pero me parecía una eternidad. Me entristeció pensar en que echaría más de menos a estos perros que a las superficiales amistades que había hecho a lo largo de los últimos veinte años en Miami.

Khaos no estaba holgazaneando en un rincón, así que supuse que estaría dentro de la caseta, probablemente esforzándose en esquivarme. Le reservé la mejor ración de la comida, a pesar de que siempre rechazaba mis ofrendas como si fueran basura.

La nieve empezó a empaparme el abrigo, pero prefería el frío a andar de puntillas por la casa para evitar a Ronan. No obstante, en cuanto lo pensé, sentí una descarga eléctrica por la espalda que redujo los latidos de mi corazón a débiles y lentas pulsaciones.

Giré la cabeza y vi a Ronan saliendo por la puerta, con un Brioni sin chaqueta y con una pistola en la cintura. Se me formó un nudo en la garganta. Me pregunté si sería esa la pistola que quería usar para dispararle a mi padre en la cabeza. No tenía nada más que ofrecer para salvar a papá, nada que no hubiera ofrecido ya, y que hubiera sido rechazado.

La mirada oscura de Ronan se encontró con la mía, cálida como el sol y fría como una ráfaga de viento gélido. Esa mirada me recordó a la Biblia tirada, a muñecas atadas y a piel desnuda. Se me ralentizó la respiración, cada bocanada de aire era más difícil de sacar. El contacto visual empezó a quemarme, a rebuscar en los oscuros

confines de mi pecho, a colarse entre las grietas y a extenderse hacia fuera. Incapaz de encontrar el aliento o de controlar el fuego que me recorría con desenfreno, fui la primera en apartar la mirada.

Me agarré a la fría valla de alambre y noté vagamente que la nariz de Misha me rozaba los dedos mientras percibía la presencia de Ronan a mi espalda. Era frustrante que mi cuerpo se iluminara, como un espectáculo de fuegos artificiales, cuando estaba cerca y dejara a un lado todos los reparos que sentía por que pudiera asesinar a mi padre a sangre fría. Necesitaba terapia. O una iglesia. Cualquier cosa que pudiera exorcizar a los demonios que rugían ansiosos al oír su voz. Ni siquiera se estaba dirigiendo a mí, pero oír el ruso me recordó las duras palabras que me había dedicado la noche anterior, con la cabeza hundida entre mis muslos.

Cerré los ojos y me ruboricé, mi piel ardió con el contacto del aire frío. Por supuesto, salió un «joder» de sus labios, y me recordó a lo que había dicho mientras entraba en mi interior. El tono áspero de su voz me dejó una marca ardiente, que lamió el dolor de mis entrañas y dejó un vacío detrás.

Había probado el pecado y me moría por otro bocado.

Oí puertas de coche cerrándose y el sonido de los neumáticos por el camino. Dejé escapar un suspiro entrecortado. No sabía qué esperaba después de perder la virginidad, pero si esta locura era lo que todo el mundo sentía, ¿cómo podían hacer algo que no fuera procrear?

Se me estaban entumeciendo las piernas, así que le di una última caricia a Misha, me levanté con la bandeja y me dirigí hacia la caseta. Khaos estaba tumbado en una cama destrozada a la que se le salía el relleno y colgaba de la malla de alambre. Se me encogió el corazón cuando vi que le sangraba la pata y que habían caído unas gotas de sangre al suelo.

Me arrodillé delante de su caseta para verlo mejor. Tenía algo afilado clavado en la almohadilla de la pata. Me siguió con la mirada, pero no me gruñó, así que abrí la puerta y entré poco a poco, hablando en voz baja con palabras de ánimo y atenta a cualquier señal que indicara que se sentía incómodo. Se limitó a mirarme con esos ojos oscuros de acero.

Nerviosa, me quedé a cierta distancia, nunca había estado tan cerca. Hasta Albert se mantenía alejado y empujaba su cuenco de comida con el pie por debajo de la verja. La idea de estar avanzando algo con el perro hizo que se me inundara el pecho de esperanza, pero la emoción se desvaneció cuando pensé cómo podría ayudarlo. Me pregunté si alguien podría quitarle la astilla de la pata sin tener que sedarlo. Sabía por experiencia que las drogas eran horribles.

—¿Me dejas que te vea la patita, amigo?

Juraría que había visto un brillo en los ojos del perro diciendo «*nyet*», como si fuera una sirvienta invadiendo su descanso.

—¿Vas a quedarte ahí tumbado con eso en la pata para siempre?

Apartó la mirada como si yo fuera una gran pérdida de tiempo. Ese perro tenía el extraño talento de hacerme sentir inferior a él.

—Vale, no me mires —dije sorprendentemente desairada—. Pero soy yo o la etorfina, y eso deja un dolor de cabeza insoportable.

Se lamió la pata, aburrido de mis palabras. Supe que necesitaba ayuda, pero que nunca se dignaría a admitirlo. Yo compartía esa terquedad, así que sentí empatía por su situación. El hecho de estar tan cerca de él y de que no se mostrara indignado me dio el coraje para acercarme más. Me sudaban las manos y me las limpié en el abrigo.

—Puede que esto duela un poco, pero no me odies, ¿vale?

Con una inhalación agitada, agarré la astilla y se la saqué. El movimiento, el pelaje erizado y un gruñido inundaron la escena. Sucedió tan rápido que no vi las marcas de sangre de mi muñeca hasta que la visión se me empezó a nublar y el temblor me recorrió las venas.

Khaos me había mordido.

Noté que el brazo se me entumecía desde la herida. No era muy profunda, pero debía de haberme cortado una arteria, porque la sangre manaba constantemente y caía al suelo. Con un gruñido, Khaos se alejó de mí hacia una esquina del recinto.

Me empezó a palpitar la muñeca, pero, a pesar del dolor, no lo culpaba por morderme. A veces, yo misma arremetía contra el mueble con el que me había golpeado el dedo del pie. Mi creciente preocupación se debía a que no había comido nada decente en días.

Se me revolvió el estómago vacío. Mi presión arterial bajó tanto que la cabeza empezó a darme vueltas y noté que se me debilitaban los músculos. Apoyé las manos sobre el cemento frío y respiré profundamente para ahuyentar la oscuridad, pero no sirvió de nada.

Me desmayé.

Recuperé la consciencia, pero, en cuanto abrí los ojos, los cerré con fuerza al ver a Khaos sobre mí mostrando sus afilados dientes. Se me aceleró el ritmo cardiaco y el miedo se apoderó de mis pulmones.

—Por favor, no me comas —espeté como pude—. No tendré buen sabor, soy vegana.

Resopló y su cálido aliento me calentó la cara. Me temblaba todo el cuerpo mientras yacía sobre el suelo de cemento, con una bestia hambrienta de sangre decidiendo si yo era comestible. Ni un maldito perro estaba convencido de que valiera la pena el esfuerzo.

—Si vas a convertirme en un tentempié, hazlo ya. —No sabía si era el miedo a la muerte, o los bajos niveles de azúcar en sangre lo que me había obstruido la garganta con un nudo de emoción—. No me echará de menos nadie. —Acercó su nariz fría a mi mejilla—. Mi madre está muerta y, por lo visto, era una sádica. Mi padre también es una persona horrible y probablemente pronto lo torturarán hasta matarlo. Ivan me considera una traidora. —Se me escapó una lágrima—. Parece que, si salgo de aquí con vida, acabaré en la industria del sexo. —Las palabras salieron entre sollozos—. Solo ganaré unos centavos porque soy una sentimental de cojones.

Un lametón lleno de baba en la cara me sacó de mi patética ensoñación. Abrí los ojos con cautela y vi a Khaos sobre mí con expresión pensativa.

—Para que quede claro, ¿eso significa que me perdonas o que has decidido que soy el postre?

Inclinó la cabeza y luego, aparentemente aburrido de la situación, se acostó en la cama y empezó a lamerse la pata herida. Solté un pesado suspiro. Tenía relleno de la cama rota en el pelo, lágrimas en las mejillas y sangre goteando de la muñeca, pero cuando me senté junto a Khaos y me dejó acariciarle el lomo, la sensación de que tenía un propósito me llenó el agujero del corazón.

Capítulo 34

borborygmi
Los rugidos que emite el estómago.

Mila

Justo cuando llegué a la salida de la caseta, la puerta se abrió. Ante la severa expresión de Albert, di un paso hacia atrás, escondí la muñeca en la manga del abrigo y forcé una expresión inocente. Su mirada desconfiada viajó de la mía hacia la caseta que tenía detrás.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Cavar un túnel para escapar por el bosque.

O Albert estaba acostumbrado a mi ironía, o era la cautiva más patética de la ciudad. Ni siquiera sopesó la posibilidad de que estuviera intentando escapar y entornó los ojos con la mirada clavada en el único perro que había en el edificio.

—¿Y tú qué haces aquí? Pensaba que te habías ido a matar gente a Moscú. —Me dio un vuelco el estómago cuando comprendí que, si Albert estaba aquí, Ronan probablemente estaba con él. Habían salido de casa juntos. Me preguntaba si habían olvidado las llaves al inframundo y habían vuelto a por ellas.

—Así que te esperas a que nos vayamos para hacer lo que no debes.

Fruncí el ceño pensativa.

—Sí. Eso parece. —Gruñó algo en ruso y pasé por su lado—. Ahora, si me disculpas, mi plan de escape no ha dado resultado con este suelo de cemento, así que tengo que idear otro.

Solo di dos pasos en el exterior antes de que su voz hiciera que me detuviera.

—Mila. —La palabra sonó como una grave advertencia sobre mi espalda—. Estás sangrando.

Miré hacia abajo y vi unas pocas gotas de color carmesí sobre la nieve antes de cerrar los ojos. Albert me había advertido que me mantuviera alejada de Khaos. La ansiedad me retorció el estómago ante la idea de que pudiera pasarle algo por no haber obedecido.

—¿Qué ha pasado?

—Me he caído —dije débilmente.

—Te has caído.

—Ajá.

—Date la vuelta.

Vacilé mientras me mordía el labio. A Albert le encantaban los perros, aunque tenía la idea preconcebida de que eran gordos y vagos. Solo podía esperar que lo entendiera y que Khaos no sufriera un castigo.

Poco a poco, me di la vuelta y dejé que Albert me levantara la manga del abrigo. Hice un gesto de dolor cuando me rozó la herida. Analizó el mordisco en mi muñeca y suspiró.

—Te dije que no te acercaras a él, ¿verdad? —La decepción en su voz me provocó un dolor en el pecho.

—Tenía algo clavado en la pata —expliqué con voz ronca—. Se lo he quitado. No quería hacerme daño... Hasta me ha dejado acariciarlo después.

Albert sacudió la cabeza.

—Tienes suerte de que no te haya arrancado los dedos. El último hombre no fue tan afortunado.

Tragué saliva al recordar haber visto a un guardia con solo tres dedos en una mano. Los míos me gustaban donde estaban, pero ni siquiera eso me habría hecho cambiar de opinión sobre ayudar a Khaos, sobre todo ahora que había avanzado con él. Puede que me mirara como si él me estuviera haciendo un favor a mí dejando que lo acariciara, pero sabía que necesitaba la atención. Y repartir cariño era un bálsamo para mi alma.

—Entonces, ¿me crees? Solo ha sido un acto reflejo. No quería hacerlo.

—Te creo. Pero eso no cambia el hecho de que necesites puntos. —Suspiró y me soltó el brazo—. Ve a casa.

—No vas a castigar a Khaos, ¿verdad?

Me dedicó una mirada larga y trascendental.

—No.

Confiaba en él, pero de repente Albert dejó de preocuparme.

—¿Ronan está aquí?

—*Da*. En casa.

El nerviosismo que me retorcía el estómago manifestó un brote de frustración.

—¿Por qué de todos los días teníais que elegir este para volver inesperadamente? —pregunté—. ¿Una rehén no puede ni tomarse un respiro?

Su expresión era seria.

—Pavel ha pisado un bache y el coche se ha ido a la cuneta.

—Ah... —Podía imaginar la cantidad de veces que Ronan habría dicho «joder» en el accidente—. ¿Alguien ha resultado herido?

—*Nyet* —respondió. Luego, asomó una pequeña sonrisa—. Solo el ego de Pavel.

«Pobre Pavel». Aunque no pude centrarme en él durante más de un segundo antes de que las dudas crecieran junto con las palpitaciones de mi muñeca. A pesar de que una parte de mí pensaba que a Ronan le daría igual una herida insignificante, otra me decía que tal vez Khaos acabaría en la perrera.

—No vas a contarle a Ronan lo que ha pasado, ¿verdad?

Albert gruñó.

—No tientes a la suerte.

Mi esperanza se derrumbó y ardió y, con una incipiente sensación de urgencia, me di la vuelta y caminé hasta la casa, deslizándome, a través de la puerta, sobre los limpios suelos que Yulia seguía fregando junto a la escalera. Seguramente Ronan estaría en la biblioteca, así que me dirigí hacia ahí para explicarle la situación antes de que Albert tuviera la oportunidad de hacerlo.

—¡Para!

Me quedé petrificada y seguí la mirada furiosa de Yulia hasta dar con las huellas de barro que estaba dejando y la sangre que goteaba de mi abrigo.

—No te atrevas a dar otro paso —gruñó.

Me quité las botas y las lancé de una patada hacia la puerta, lo cual esparció más barro por el suelo. Yulia me gritó con indignación. Una vez más, me encaminé hacia mi destino, pero me detuve con el siguiente chillido que me alcanzó los oídos.

—¡Y el abrigo, descarada!

La asesiné con la mirada y dejé caer el abrigo sucio, que se quedó arrugado sobre el mármol. Antes de que pudiera dar otro paso, Ronan apareció por el pasillo que llevaba a la biblioteca. Yulia guardó un recatado silencio y volvió a fregar el suelo como si no hubiera estado gritándome e insultándome.

El roce de su mirada detuvo los latidos de mi corazón y me llenó de calor e incertidumbre. En un intento de disimular la herida para proteger a Khaos, me sostuve la muñeca sobre el pecho, pero no pude ocultar la sangre que se me deslizaba por el brazo. Ronan analizó la imagen mientras sus ojos se nublaban como un oscuro cielo de invierno. Tenía el presentimiento de que ya sabía lo que había pasado (y no gracias a la tecnología del siglo XXI), y lo pude confirmar solo un segundo después.

Con tranquilidad, se sacó el arma de la cintura y se dirigió pasando por mi lado hacia la puerta. Me dio un vuelco el estómago. Una sensación helada me paralizó como una descarga eléctrica y me clavó los pies congelados al suelo. En cuanto pude procesar lo que iba a hacer, me di la vuelta y corrí detrás de él. Con las prisas, casi choqué con un guardia en el porche que soltó una maldición, pero lo ignoré tanto como el frío de la nieve bajo mis pies.

—¡No! —Alcancé a Ronan y lo cogí del brazo, pero se deshizo de mi mano—. No lo hagas —supliqué. El corazón me latía con tanta fuerza que me robó el aliento. Me puse delante de él para cortarle el paso hacia la caseta, pero me empujó y continuó—. ¡Deja que me explique!

Lo agarré de la camisa a la altura de la cintura y me volví a interponer entre Khaos y él. Estaba intentando sujetar una pared de ladrillos, y solo estaba funcionando porque él lo permitía.

Ronan se detuvo, clavó su severa mirada en la mía y señaló la casa con el arma.

—Vuelve dentro.

Lo ignoré y espeté:

—¡Estaba herido! —Lo agarré de la camisa con más fuerza mientras las lágrimas me ardían detrás de los ojos—. Sabía que cabía la posibilidad de que me mordiera, pero lo ayudé de todas formas. ¡Es mi culpa, no la suya!

Ronan no me estaba escuchando. No le importaba mi explicación.

Una manta de tensión cubrió el jardín y todos los ojos se posaron sobre nosotros.

—Vuelve. Dentro. —Utilizó una voz calmada, pero con los bordes afilados, que me ordenó absoluta obediencia y distorsionó mi determinación. Su mirada me heló la sangre. Iba a hacerlo sin importar cuánto le suplicara. Iba a destruir a Khaos y a pisotear mi delicado corazón durante el proceso. Porque no tenía ningún valor para él. Igual que para mi padre, para The Moorings y para Ivan. Pero ahora que había experimentado lo que era encajar en algún sitio junto a Khaos, me negaba a dejar que Ronan me lo arrebatara.

El desprecio se apoderó de mí y prendió fuego a mis venas.

—¿Quieres mi desgracia? ¡Quédatela! —Le di un empujón en el pecho y el dolor de mi muñeca se me disparó por el brazo—. Puedes quedártela entera, pero no voy a dejar que hagas esto.

Apretó la mandíbula cuando lo volví a empujar, pero no se movió ni un centímetro.

—¡No puedes deshacerte de las cosas solo porque te hagan daño! —Empecé a jadear, la fuerza de mis sentimientos hizo que la tensión se me desplomara de nuevo, y unos puntos negros flotaron en mi visión borrosa. Una sensación de mareo hizo que mi mirada cayera hasta sus labios; hasta la fina cicatriz en el inferior. El frío que me mordía la piel me mantuvo consciente, incluso cuando me empezaron a pitar los oídos como si me estuviera hundiendo bajo el agua. Me recordó a cómo pensaba que se había hecho esa cicatriz.

Una pesadez me inundó el pecho y apagó la ira desde el interior.

—Tú me has hecho daño... —Las silenciosas palabras desaparecieron con una ráfaga de viento que creó un remolino de copos de nieve—. Y aun así te habría ayudado. Te habría salvado cuando eras un niño aun sabiendo lo que me harías...

Estaba llorando a mares, colocando mi corazón a los pies de Ronan delante de todos sus hombres, mientras su expresión sugería que le resultaría más interesante leer la sección más aburrida del periódico. Aunque algo oscuro atravesó sus ojos antes de que se deslizaran hasta mi muñeca, que palpitaba al ritmo de mi corazón. Entonces miró mis pies descalzos, lo cual me hizo dolorosamente consciente de la nieve que me ardía bajo las plantas.

Las fuertes emociones se derrumbaron y me dejaron vacía y temblorosa. Cuando me tambaleé, se guardó el arma en la cintura, me rodeó con un brazo y me levantó. Ese hombre podría disparar a la peludita mascota de cualquier ancianita sin remordimientos y, aun así, encontré consuelo entre sus brazos.

Un escalofrío me recorrió y mi congelado cuerpo absorbió el calor del suyo.

—Te odiaré para siempre si le haces daño —dije entumecida.

—Esto es un poco demasiado dramático para un martes por la mañana.

Sus palabras hicieron que me percatara con incomodidad de todos los ojos que teníamos encima. Cuando un sentimiento de vergüenza se despertó en mi interior, escondí la cara en el cuello de Ronan y murmuré:

—Ha sido un gran monólogo.

—Digno de un Oscar —respondió con un humor seco—. Con el ademán de desmayo te lo has ganado.

Cuando entramos en casa, le dijo algo en ruso a Yulia de camino al comedor, donde me puso de pie.

Estiró la mano.

—Déjame verla.

Sabía lo que me estaba pidiendo, así que me llevé la muñeca al pecho en un gesto protector.

—No es para tanto.

—Entonces deja que la vea, joder.

Suspiré y obedecí. Los ojos de Ronan sobre la herida la hicieron palpitar y me mordí el labio para disimular una mueca de dolor antes de decir:

—Supongo que no tienes una tirita por aquí.

La mirada oscura de Ronan se encontró con la mía durante un segundo con una expresión exasperada.

—Necesitas puntos.

Se me revolvió el estómago solo de pensarlo. Bastaba con una ráfaga de viento para que me desplomara; el dolor de una aguja cosiéndome la piel inclinaría sin duda la balanza.

—Quiero una segunda opinión —le dije como si acabara de recibir malas noticias de un médico.

Me dedicó una mirada severa y, cuando Yulia entró en la habitación con un kit de primeros auxilios en la mano, Ronan le dijo algo en ruso. Ni siquiera me miró la muñeca antes de anunciar:

—Necesitas puntos, *devushka*.

Fulminé con la mirada a Ronan.

—Siéntate —me pidió.

Me dejé caer en una silla.

Polina fue la siguiente en unirse a la fiesta. Lanzó una curiosa mirada hacia mi muñeca como si fuera lo más interesante que le había pasado en toda la mañana. No solía ver a la cocinera, pero sus gritos en ruso tras un estruendoso sonido metálico de ollas y sartenes eran un acontecimiento cotidiano.

Cuando colocó un plato lleno delante de mí, el estómago me rugió con fuerza. Me estaba muriendo de hambre, pero también estaba formada por kilos y kilos de cabezonería. Le di las gracias a Polina, pero no toqué la comida.

Con un ruido de frustración, Ronan me cogió la cara y la giró hacia la suya.

—Vas a comerte ese plato hasta la última miga.

Lo miré a los ojos.

—Lo haré si prometes que no le harás daño a Khaos.

—No tengo que prometerte nada.

Algo me sugería que no repartía promesas a menudo y, si lograba que me otorgara una, la cumpliría.

—Es cierto —dije suavemente—, pero te estoy pidiendo que lo hagas.

Pasó un largo segundo en el que un músculo de su mandíbula se puso a temblar mientras reflexionaba. Estaba tan cerca que sus ojos brillaban con un azul oscuro. Siempre había pensado que era increíblemente guapo, pero en ese momento la imagen me golpeó como un puñetazo en el estómago, esparciendo calor hacia el exterior. Solo la imponente presión de su mano sobre mi cara formó una red de calor entre mis venas que deslizó hacia abajo el calor que sentía entre las piernas. Separé los labios y su mirada se desplomó hasta mi boca antes de volver a levantarse hacia mis ojos.

—Tu huelga de hambre ha terminado —dijo duramente, y esperó a que obedeciera.

Asentí y experimenté una ligereza en el pecho cuando comprendí que estaba llegando a un acuerdo conmigo. Su pulgar me acarició la mejilla y la sangre me suplicó que alargara la caricia hasta llegar a los labios, que vibraron con anticipación.

—Vas a dejar que Yulia te cosa sin una sola queja —continuó.

Sin aliento, asentí.

—Y si me entero de que te vuelves a acercar a Khaos —dijo mientras me agarraba con más fuerza—, ni siquiera un río de tus lágrimas lo salvará. ¿Entendido?

Me mordí el labio, esa era la condición que menos me gustaba. Aunque mantenerme alejada de Khaos era mejor que la otra alternativa. Cuando asentí, su mano resbaló por mi cara y dejó un rastro de calor. Quería una promesa verbal, pero el sutil brillo de su mirada me pareció más que suficiente.

Acababa de llegar a un acuerdo con *D'yavol*.

Se me contrajo el corazón con toda clase de suposiciones ingenuas: tal vez esta promesa llevaría a otra; tal vez bajo el duro caparazón de Ronan había un paraíso hecho de chocolate; tal vez encontraría la salvación.

Aunque mis cavilaciones optimistas cayeron en picado cuando se fue sin despedirse.

—No vuelvas a desobedecerme delante de mis hombres en tu puta vida.

Capítulo 35

kilig
Sensación de mariposas en el estómago.

Mila

Unos dedos tatuados se deslizaron por mis piernas y la aspereza de sus manos me erizó la piel allá por donde pasaba. Se me cortó la respiración cuando me separó los muslos. Tenía la piel tan sensible que el más leve roce retumbaba bajo la superficie. Me recorrió el cuello con la boca, y se abrió camino entre mordiscos y lametazos hasta mis pechos. El vacío latía dentro de mí, suplicando presión y fricción.

Un golpe apagó la llama de mi interior como si fuera una vela.

Abrí los ojos de golpe y vi que el ruido provenía del libro que se me había caído del regazo. Exhalé un suspiro entrecortado y, con una sensación de disgusto por la ensoñación inmoral que me había absorbido, me levanté del asiento de la ventana y me paseé por la habitación.

Eran pasadas las once, pero no podía dormir. Cada vez que cerraba los ojos, la inquietud jugaba bajo mi piel y estiraba mi cuerpo delgado. La atracción de la luna ejercía su magia sobre mi estado recién profanado. Deseé que fuera solo eso, pero mis fantasías no tenían nada que ver con rituales carnales ni encuentros lésbicos en el bosque.

Todavía podía sentirlo sobre mí: en la boca, en el cuello, en la cabeza. En ese persistente dolor entre los muslos. Solo de pensarlo,

los latidos me bajaban hasta la entrepierna y se me endurecían los pezones debajo de la camiseta de tirantes.

Me estaba volviendo loca.

Cada vez más frustrada, agarré el libro y recorrí el pasillo. La casa parecía oscura y silenciosa sin la presencia de Ronan. Se había marchado a Moscú poco después de que Yulia terminara de coserme la muñeca y todavía no había vuelto. Me pregunté si estaría cenando con Nadia en ese momento, si a ella sí que la estaría follando como necesitaba. Ese pensamiento me agrió el estómago, así que lo deseché.

Bajé las escaleras que crujieron bajo mi peso. La luna proyectaba rayos plateados en la biblioteca en los que se veían las flotantes partículas de polvo. Me puse de puntillas para dejar *Las uvas de la ira* en su sitio. Justo entonces, un aroma familiar a puro, a especias y a eucalipto me embriagó los sentidos.

—*Kotyonok*.

El libro se me escurrió de entre los dedos y me di la vuelta con los latidos temblorosos. Ronan estaba sentado detrás de su escritorio, una sombra formidable bajo una nube de humo blanco.

Me llevé una mano al pecho.

—Por Dios, me has asustado.

En ese momento, advertí que ya no me daba miedo su presencia y que el monstruo al que antes temía era ahora con el que me aliviaba encontrarme en la oscuridad.

—Si no te conociera, diría que intentabas seducirme —espetó, y recorrió mis muslos desnudos con una mirada que me provocó un hormigueo cálido—. Pero ambos sabemos que tus tácticas son más atrevidas... y diría que algo torpes.

Tenía aspecto de caballero y hablaba como tal, pero cuando exhaló el humo, los zarcillos adoptaron la forma de cuernos sobre su cabeza.

Estaba hablando de la primera vez que lo besé, de que casi no le encontré la boca. Ese molesto comentario tendría que haber acabado con toda la lujuria de mi interior, pero no lo hizo.

—A tus tácticas de seducción también les vendría bien tener un poco más de tacto —le dije.

Me observó durante un instante.

—No te preocupes por mis tácticas, *kotyonok.*

Arqueé una ceja.

—Pues no te preocupes tú por las mías.

Me sostuvo la mirada y algo más oscuro que las sombras se reflejó en sus ojos. El silencio se instaló en el aire y me presionó los pulmones. Para intentar recuperar el aliento, aparté la atención de él, recogí el libro y me aseguré de que no se hubiera dañado el lomo antes de dejarlo de nuevo en su sitio.

Sentí su mirada en la espalda, en el culo y en la parte trasera de los muslos. Sus ojos me abrasaron calientes y fríos como quema un cubito de hielo sobre la piel. Pasé los dedos por los viejos lomos, incapaz de centrarme en algo que no fuera su presencia envolviéndome el cuerpo como seda negra.

El ibuprofeno que me daba Yulia cada cuatro horas me aliviaba el dolor de la muñeca, pero no conseguía detener el latido que sentía en la entrepierna. El calor de mi interior rivalizaba con el que experimenté aquella vez que Ronan me estampó contra la puerta de hotel y me presionó con el muslo.

Mi mente retrocedió y me transportó de nuevo a Moscú y a mi estancia posterior. Una pieza encajó en su lugar. Cuando me di cuenta, sentí un golpe en el pecho y aparté los dedos de los lomos. Me giré para mirarlo.

—¿Por qué jugaste tanto tiempo conmigo si sabías quién era mi padre desde el principio?

Ronan entornó los ojos, pero no dijo nada.

No le hacía falta.

Sabía por qué había esperado tanto para seguir con su plan de venganza.

Le gustaba.

Cada centímetro de mi corazón sentimental, amarillo y rebelde.



Pasó una hora desde que salí de la biblioteca y me dejé caer en la cama. Me resultaba imposible pegar ojo. Si no era mi corazón sacando conclusiones ridículas, era mi cuerpo calentándose más con cada roce de tela.

Pateé las sábanas, pero seguía sumida en una espiral de calor. Con un gruñido de frustración, rodé al otro lado. Los pantalones cortos que usaba para dormir se me subieron y me presionaron los muslos. Intenté ignorar a mi clítoris que anhelaba fricción, pero solo podía pensar en cómo me sentí cuando bajó al pilón y en la aspereza de sus manos sobre mi piel. Se me desbocó el corazón, mi respiración se volvió demasiado tensa para liberarla.

Cuanto más tiempo permanecía ahí, más ardían el fuego y el resentimiento. Ronan me había arrebatado la virginidad, me había pisoteado como si fuera basura y encima se suponía que tenía que darle las gracias. La frustración me abrasaba la nuca. Me sentía en una especie de limbo que no terminaría hasta que él acabara lo que había empezado. Y estaba segura de que no iba a sentirme así durante el resto de mi vida.

Me levanté de un salto y caminé por el pasillo con determinación. Cuando entré en la habitación de Ronan, me detuve en seco. Se me secó la boca al ver la escena: unos músculos suaves y tatuados debajo de unas sábanas negras. Dormía como cualquier ser humano: boca abajo y con un brazo debajo de la almohada.

Por un momento, me lo replanteé. Parecía enorme con tanta piel visible. Tenía las sábanas por las pantorrillas como si tuviera calor y las hubiera apartado, dejando a la vista su tonificada espalda y sus calzoncillos negros. Cualquier duda se esfumó ante la tentación de ver la tinta que escondía detrás de sus Versace.

Me acerqué hasta que me quedé al lado de esa enorme cama. Tenía el rostro vuelto hacia mí y la respiración acompasada. Su espalda estaba cubierta de tatuajes, desde letras rusas en los omoplatos hasta un tigre y un diablo con alas y cuernos.

Me resultaba extraño ver a este hombre en su estado más vulnerable. ¿Soñaba? Y si lo hacía, ¿sus sueños estaban llenos de sangre y asesinatos? Era posible que no nos volviéramos a ver, pero una parte de mí esperaba que soñara con algo amarillo.

Inconscientemente, alargué el brazo para rozar la tinta, aunque antes de que pudiera hacerlo, me vi arrojada a la cama, y con el frío de una pistola contra la sien. Se me agitó el pecho al ver a Ronan a horcajadas sobre mis caderas. Me miró durante un segundo, casi como si estuviera confundido.

Había encontrado otra debilidad.

Cuando se despertaba, era débil.

—Joder, Mila —gruñó, y tiró la pistola al otro lado de la habitación, donde se estrelló contra la pared y cayó al suelo—. Podría haberte matado.

Cuando se me pasó el *shock,* fui consciente del calor presionado contra mí, de sus piernas a horcajadas sobre mis caderas, de su torso desnudo cubierto de tinta. Mis ojos se deslizaron por su cuerpo. No tenía ni idea de por qué no se había quitado la ropa antes si quería acostarse conmigo. Me gustaría decir que era lo bastante fuerte para resistir la tentación en todas sus formas, pero... verlo con ese bóxer hizo que me entraran ganas de mover las caderas contra él y de deslizar las manos, desde sus pectorales hasta sus abdominales.

Me mordí el labio y subí mi mirada hacia la suya.

La confusión desapareció de sus ojos cuando vio mi expresión, transformándose en un calor ardiente. Apoyó una mano junto a mi cabeza y se pasó la otra por la cara antes de dejarla caer y decir bruscamente:

—Ya tengo muchos coños fáciles. No estoy de humor para otro.

Sus palabras disuadirían a cualquier mujer y la harían salir corriendo para buscar a cualquier otro. Pero yo no quería a otro. Por no hablar de que estaba totalmente empalmado. ¿Quién mentía ahora?

—Tú me has hecho esto. —Entrecerré los ojos—. Ahora, arréglalo.

Capítulo 36

noctilucous
Brillante o luminiscente en la oscuridad.

Ronan

—Cuando alguien te llama puta, te largas de su jodida cama —gruñí —. Se llama respetarse un poco a una misma.

¿Tenía que enseñarle a esta chica lo básico antes de que se volviera a Miami y dejara que otros hombres la humillaran? Solo pensar en ello encendió una violenta llama a lo largo de mi espalda, que me abrasó con la afirmación de que solo yo podía humillarla.

—No necesito tu respeto. —Su suave acento norteamericano se me coló bajo la piel, se deslizó hacia abajo y me agarró la polla igual que imaginaba que su mano lo haría.

Endurecí la mirada.

—No sabes lo que necesitas.

—Tal vez no, pero sé lo que quiero.

Estaba claro lo que era, pero no pude evitar preguntar de todas formas.

—¿Y qué quieres?

—Ahora mismo... a ti.

«Joder». No era eso lo que esperaba que dijera. Había imaginado un rubor silencioso o que me pidiera un orgasmo. No a mí, su jodido secuestrador. Y además justo después de que la insultara, lo cual había sido un acto reflejo para echarla de mi cama antes de aceptar lo que me estaba ofreciendo. No tenía reservas a la hora de asumir

riesgos. Su tierno corazón iba a matarla. Cómo había sobrevivido tanto tiempo sin perder la inocencia era un misterio para mí.

—Estás quedando en ridículo.

—No soy yo la que tiene una erección —respondió.

Un rayo de diversión me trepó por la garganta, pero contuve la risa. Estaba intentando demostrarle algo, que no debía entregarle su corazón al mundo si quería sobrevivir, y no iba a dejar que lo arruinara con su boca.

—Por esto no me follo a vírgenes. Se ponen empalagosas de cojones.

Se rio ligeramente.

—No voy a enamorarme de ti, si es lo que te asusta.

En primer lugar, «susto» era lo último que sentía cuando pensaba en follármela. En segundo lugar, ¿qué narices? Esta chica podría enamorarse incluso de una maldita roca. Entonces mis pensamientos se desviaron hacia Ivan, y las venas se me llenaron de veneno.

—¿Por qué no, *kotyonok*? —Le acaricié los labios con el pulgar, y bajé la voz hasta un tono de advertencia—. ¿Tu corazón ya está ocupado?

No estaba seguro de si quería escuchar lo que tenía que decir, así que, cuando sus labios se separaron con una leve bocanada, metí el pulgar entre ellos. Entornó los ojos mientras cerraba la boca alrededor de mi dedo. El cálido deslizar de su lengua viajó hacia abajo para solidificarse en mi entrepierna. Saqué el pulgar y me sequé la humedad en sus labios mientras absorbía toda su belleza.

La luz de la luna jugaba con su cuerpo como si la amara. Igual que las serpientes venenosas tienen rayas, Mila brillaba. Las únicas sombras que la rozaban eran las mías.

Su piel era perfecta, las ondas de su pelo se esparcían como si estuviera posando para la portada de una revista. Un top fino disimulaba los movimientos de sus pechos con cada respiración. Era difícil mirarla, pero también dejar de hacerlo. Tan delicada, tan perfecta, tan jodidamente follable.

Era una pesadilla.

Se mordió el labio, mientras su respiración se volvía más lenta con cada segundo que pasaba mirándola. Lo tenía muy fácil para acortar

la distancia que nos separaba y sentir su lengua contra la mía. No estaba en contra de besar, pero tampoco me había sentido nunca tan atraído por la idea que como lo hacía con ella.

Involuntariamente, mi mirada viajó hasta sus pezones, visibles a través del top. Los coloridos girasoles, sin ningún tipo de atractivo sexual, que lo cubrían no lograron disuadir mis ganas de romper la fina tela y succionar un pezón con la boca. Como si sus tetas no fueran lo suficientemente tentadoras, el calor de su coño prendió fuego a mi polla a través de sus pantalones. Se me tensaron los músculos mientras me resistía a frotarme contra la calidez; de quitar de en medio esos ligeros pantalones e introducirme dentro de ella. Sabía que estaría húmeda y firme, muy jodidamente firme. La sangre me rugió en los oídos y arrojó un brillo nublado sobre mi visión.

Con un gruñido de frustración, me senté en cuclillas en un esfuerzo por poner algo de distancia entre nosotros y así poder pensar. El karma me daría mi merecido si me follaba a esta chica. Sabía lo que ella necesitaba, y que yo no podía dárselo. Mi conciencia era una puta cortarrollos. Deseaba a Mila con todas mis fuerzas y el deseo se hizo conmigo, me retorció la piel y exigió que lo satisficiera. En ese punto, ya no estaba seguro de poder parar ni aunque me lo pidiera. Y esa pérdida de control hizo que, de repente, la odiara un poco.

Todos los pensamientos se congelaron cuando Mila se incorporó en la cama con un brazo mientras me acariciaba el pecho con el otro. El simple roce ardió como una línea de fuego y envió toda la sangre de mi cuerpo hacia el sur. Ambos observamos su mano trazar un camino por mis abdominales antes de detenerse en mis calzoncillos, donde me recorrió la cintura con un dedo. Cada movimiento palpitaba en mi entrepierna.

Cuando su brumosa mirada se levantó hacia la mía, un rayo de oscuridad me atravesó. La lujuria en sus ojos era toda mía. Al menos hasta el sábado. Pensar que después le daría esos ojos a otra persona hizo que la agarrara del pelo para mantener su mirada clavada en la mía. A la mierda el karma. Necesitaba acabar con esto ahora mismo.

—Quiero... —Se sonrojó e, incapaz de acabar la frase, sus dedos se metieron en mis calzoncillos para mostrarme lo que quería, pero no podía decir. Su mano rozó la cabeza de mi polla. La ligera caricia convirtió mi sangre en un fuego líquido que palpitaba ardiente y pesado dentro de mí. Pero necesitaba oírla pronunciar las palabras.

—Vas a tener que ser más específica.

—En español —susurró.

Dios mío. Por quinta vez con esta chica, no me había dado cuenta de que había hablado en ruso. La frustración me encendió la espalda.

—Sé más específica.

Mi enfado se disipó cuando su mano se deslizó dentro de mis calzoncillos sobre la longitud de mi polla. Gruñí a regañadientes. Una sensación de calor se acumuló en la base de mi columna vertebral y envió un escalofrío hacia el exterior. No había nada de práctica en su tacto, de hecho, la noté un poco insegura. No sabía si era porque había esperado mucho tiempo para llegar a este punto con ella o porque su inexperiencia me excitaba, pero, inquietantemente, su mano en mis calzoncillos me la puso más dura que nunca.

—Quiero esto —suspiró mientras envolvía mi polla con los dedos antes de empezar a acariciarla despacio desde la base hasta la cabeza. Un grave gemido me subió por la garganta. Necesitaba que me agarrara con más fuerza, pero sabía que no podía dejar que me llevara al límite todavía, así que cubrí su mano con la mía para detener el movimiento.

—No va a haber pétalos de rosa ni velas encendidas —le dije.

Arrugó los labios.

—¿Ni siquiera un...?

—No.

Percibí una pequeña sonrisa en su boca y experimenté la extraña urgencia de borrarla con un beso. Encontré ese deseo tan irritante que la agarré del pelo con más fuerza y le tiré la cabeza bruscamente hacia atrás.

Exhaló.

—Está bien.

Sentí que tenía que dejar las cosas claras, así que dije:

—No voy a follarte despacio y con cuidado.

—Jo. —Hizo un puchero—. Pensaba que íbamos a tener algo muy romántico.

Era muy difícil encontrar su ironía divertida.

—No significará nada para mí al acabar.

—Por Dios, deja de hablar —dijo con frustración—. No soy tan delicada. Fóllame como lo harías con Nadia.

Mi cuerpo entero se detuvo. El hecho de que esas palabras acabaran de salir de su boca envió una oleada de furia a lo largo de mi columna vertebral. En un segundo, la coloqué sobre sus manos y rodillas, le tiré de la cabeza hacia atrás por el pelo y presioné mi polla empalmada contra su culo.

—¿Así? —gruñí—. ¿Así quieres que te folle?

Jadeó sin poder resistir el agarre que tenía sobre su pelo antes de decir con dureza:

—Mientras esta vez dure más de dos segundos.

Estaba enfadado y excitado a partes iguales. Y no tenía nada que ver con que hubiera cuestionado mi masculinidad. A Mila parecía importarle una mierda que me la follara como a cualquier otra, mientras que yo quería prender fuego a Moscú solo ante la idea de que se estuviera imaginando a otro que no fuera yo.

Cuando le solté el pelo, exhaló y su cabeza cayó hacia delante.

—No quiero volver a oír ese nombre en tus labios.

—¿Por qué no?

—Porque no me da la gana, joder. —Porque no me gustaba. Si quería que me la follara igual que a Nadia, debería haber traído a otra mujer con ella. Y, curiosamente, no quería las manos de nadie más sobre Mila, mujeres incluidas.

Me miró por encima del hombro y la dulce expresión en sus ojos, insegura pero excitada, llevó toda mi atención a mi polla pegada a su culo. La ira se disolvió, y dejó mi cuerpo tenso y palpitante con una lujuria contenida.

Agarré sus pantalones y se los bajé antes de soltar una bocanada entrecortada ante la imagen que tenía delante. Paseando mis manos por su culo, amasé la suave carne para amoldarla a mis manos antes

de darle un azote. Mila inhaló, sus caderas se arquearon, y todo su pelo rubio le cubrió la espalda.

No pude evitar echarme hacia atrás para morder cada una de sus nalgas desnudas y darle un lametón desde el coño hasta el culo. Gimió y se meció contra mí. Quería que se corriera en mi lengua, pero solo probarla hizo que me dolieran los huevos.

Me pasé una mano por la boca en un esfuerzo por calmar la sangre que me palpitaba en los oídos. Aunque la imagen de Mila a cuatro patas hizo que mi fuerza de voluntad pendiera de un hilo. Estaba tan buena que volví a azotarle en el culo.

—Au —se quejó a medias—. Eso ha dolido.

—Me lo has pedido, *kotyonok*.

—¿Puedes ponerte con...? —Le metí dos dedos y gimió—. Oh, Dios.

Se aferró a mí con tanta fuerza que gruñí, y liberé los dedos antes de ceder a las ganas de follarla con ellos. Con un sonido de frustración y los ojos entornados, giró la cabeza para verme envolver mi erección con la mano y acariciarla.

—Vuelve a hacer eso —suspiró.

Joder. Quería verme masturbarme.

—Otra vez. —Iba a tener que luchar contra la necesidad de correrme.

Cuando froté la cabeza de mi polla contra su coño, caliente hasta casi arder, un temblor la invadió y sus dedos se agarraron a las sábanas.

—¿Estás nerviosa? —pregunté bruscamente.

—Sí.

—Bien.

Estaba tensa de cojones cuando me introduje despacio dentro de ella, tan tensa que me opuso una resistencia casi completa. Le acaricié el culo y empecé a decir cosas que no podía controlar, ni siquiera era consciente de en qué idioma estaba hablando. Podría haber sido puto chino mandarín.

—Sé que puedes conmigo, *kotyonok*... Estás muy mojada, joder... Este es el mejor coño que he visto en mi vida.

Finalmente se relajó. Estuve pendiente de su reacción mientras se la metía hasta que llegué al fondo. Joder. Cerré los ojos un instante. Se aferró a mí como un puño apretado y mojado. Cada una de mis células pedía más, pero le di un momento para adaptarse mientras le acariciaba las curvas del culo y se lo estrujaba.

Tras un momento, se balanceó contra mí y le di más, sacándola completamente antes de volver a meterla hasta el fondo poco a poco. Gimió y se apoyó sobre los codos para agarrarse con las manos al cabecero. Sabía que ese coño estaba hecho para follar, pero... Dios mío. Le azoté el culo con frustración y, cuando se tensó a mi alrededor, tuve que utilizar hasta el último resquicio de autocontrol para mantener un ritmo lento.

Me miró por encima del hombro, sus ojos se cerraban con cada lenta embestida. Dije con voz ronca:

—¿Te gusta mirar? —Antes de que pudiera responder, le di un poco más duro.

Se le cayó la cabeza hacia delante, y verla morder mi almohadón para silenciar sus gemidos envió una avalancha embriagadora hasta mi cabeza que prendió una violenta llama dentro de mí. Gruñí ante el firme agarre de su coño mientras la presión en la base de mi columna se volvía más intensa. Me perdí durante un momento mientras me la follaba con firmeza y observaba su culo sacudirse con cada embestida.

Cuando estiró el brazo y me clavó las uñas en la cintura, comprendí que era un acto reflejo de dolor y bajé el ritmo. Probablemente aún estaba dolorida de la noche anterior y estaba siendo demasiado violento. No me gustó la sensación que ese pensamiento me provocó en el pecho. Aunque lo que menos me gustó fue el hecho de que no iba a decirme que le estaba haciendo daño.

Le envolví la cintura con un brazo y pegué su cuerpo a mi pecho. Estaba jadeando; la había follado hasta dejarla ligeramente obediente y confundida. Dejó caer la cabeza para apoyarla en mi hombro. Sentí los latidos de su corazón, sus dedos agarrados a mi muñeca y su aliento contra mi cuello. No eran cosas de las que solía

percatarme y, de alguna forma, todo ello me creó un nudo detrás de las costillas.

Le acaricié lo oreja con los labios y dije con voz áspera:

—Si es demasiado, dímelo. O pararé ahora mismo.

Prefería recibir un disparo que parar en ese momento.

—Ya te he dicho que puedo soportarlo —jadeó.

—Me importa una mierda lo que puedas soportar. No me gusta provocar dolor.

—Tampoco te gusta ir despacio y con cuidado. No sé qué quieres de mí. —La inseguridad rozó su voz—. Yo quiero que te guste.

Ahora era ella la que quería complacerme. ¿Por qué tenía que ser tan generosa? Por mucho que me molestara, también fue como un golpe en el plexo solar. No lograba acertar con ella. Era demasiado buena, demasiado delicada, demasiado amarilla. Era avaricioso de narices, pero quería todo lo que pudiera darme.

Le mordí el lóbulo.

—Confía en mí, *kotyonok*, hasta follarte en cámara lenta me gustaría. —Tiré de su top—. Ahora quítate esto.

Se lo sacó por la cabeza con un movimiento que hizo que su ligero y veraniego aroma me consumiera. Olía tan jodidamente bien que le mordí el cuello y succioné, dejando detrás otra marca. Con un suspiro, giró la cabeza para facilitarme el acceso. Estrujé una de sus tetas con la mano y le dije:

—Creo que ahora me las voy a follar a ellas.

Con un gemido, su cabeza cayó sobre mi hombro cuando le pellizqué el pezón entre el índice y el pulgar. Mientras jugaba con sus tetas y le lamía el cuello, se inquietó y empezó a mecer las caderas en busca de fricción antes de levantarse, sacarme casi por completo y volver a meterme lo más profundo posible.

Gemí y dejé que me follara por un momento hasta que gimió y tembló pidiendo más.

Me acurruqué en su cuello.

—¿Quieres correrte?

—Sí —jadeó—. Por favor.

El sonido de Mila suplicando me provocó un subidón que podría competir con cualquier droga del mercado. Al menos, eso

imaginaba. No había tocado ni un solo narcótico en toda mi vida.

Le di un mordisco en el hombro y dije:

—Qué buenos modales.

Entonces le metí la mano entre las piernas. Se balanceó contra mí disfrutándome con lentos movimientos mientras le frotaba el clítoris. Sus sonidos me estaban llevando al límite. Había mucha piel y pelo suave. Y estaba por todas partes.

—Voy a...

La coloqué a cuatro patas y me la follé durante su orgasmo, sujetándole las caderas cuando sus piernas cedieron. Se estremeció y se contrajo a mi alrededor con tanta firmeza que el calor que se deslizaba por mi espalda amenazó con erupcionar. Con la respiración entrecortada, me detuve y recorrí su columna vertebral con la mano.

—Quiero correrme dentro de ti. —No tenía ni idea de que eso había salido de mi boca hasta que ya era demasiado tarde para parar.

Suspiró y me dio su consentimiento despreocupado y no verbal.

—No dejes que me corra dentro de ti —gruñí. Ni siquiera debería estar follándomela sin condón, independientemente de que estuviera limpio y ella también teniendo en cuenta su falta de experiencia.

—Llevo un DIU.

Procesé sus palabras durante un segundo antes de preguntar enfadado:

—¿Por qué? —Odiaba a los médicos. La única razón por la que llevaría un DIU era... jodidamente irritante—. ¿Ibas a darle esto a otra persona? —Le estrujé una nalga.

—No... No lo sé.

Respuesta errónea. De hecho, era tan errónea que le di un azote en el culo con la suficiente fuerza para que le dejara una marca. Gritó y arqueó la espalda antes de abrir los ojos para fulminarme con la mirada por encima del hombro. Su enfado se disipó cuando se la saqué y volví a embestirla con un ángulo que rozó su punto G. Un gemido grave le subió por la garganta. Me di cuenta de que nunca la había oído decir mi nombre. Y de repente lo necesité.

—¿Quieres más, *kotyonok*?

—Sí.

—Entonces dime quién te está follando —exigí con dureza.

—¿Acaso importa? —Intentó volver a mecerse contra mí, pero la detuve agarrándola por las caderas.

—Sí que importa.

—¿Por qué? Al fin y al cabo, solo voy a recordar tu cabecero. Es un diseño muy sexi.

Apreté la mandíbula y la tumbé sobre su espalda con tanta fuerza que rebotó. Me metí dentro de ella con una violenta embestida, coloqué las manos al lado de su cabeza y la observé poner los ojos en blanco. Me agarró las muñecas con los dedos.

—¿Es esto lo que quieres? —gruñí.

Estaba ruborizada por el orgasmo y tenía la respiración entrecortada, pero logró decir:

—Quiero velas.

Fue tan jodidamente ridículo que mi ira se disipó. Sus manos suaves se deslizaron por mis costados y se apoderaron de mis caderas para obligarme a seguir. Odiaba esta posición. Mirar a una mujer a los ojos durante el sexo era tan íntimo que me provocaba náuseas, pero Mila no me estaba mirando a los ojos; estaba mirando a donde mi polla se introducía en lo más profundo de ella. Me resultó excitante y algo... molesto que estuviera centrada en esa imagen en lugar de en mi cara.

—Muévete —suspiró.

—No. ¿Quieres tu misionero? Dime quién ha sido el primero en follarte.

—Tú.

Trazó un camino con los dedos a lo largo de mis brazos y hombros hasta llegar a mi pelo, lo cual hizo que un escalofrío me recorriera la columna vertebral.

—Mi nombre, *kotyonok*.

—Ronan.

Un gemido me retumbó en el pecho, y empecé a penetrarla a un ritmo tranquilo con largas y lentas embestidas. Se agarró a la cama debajo de ella y se elevó para besarme el pecho con el roce de sus dientes, deslizando la boca por cada parte que logró alcanzar. No logré reunir la fuerza para detenerla.

—¿Quién te está follando ahora?

Besándome la comisura de los labios, suspiró:

—Ronan.

Luego deslizó la lengua dentro de mi boca y no pude resistirme a succionarla.

La agarré del pelo y le tiré la cabeza hacia atrás para poder verle los ojos.

—¿Y quién va a follarte a partir de ahora? —Hasta el sábado. Cada parte de mí odiaba tanto la idea que la empotré con fuerza, y le extraje la siguiente palabra con un gemido.

—Ronan.

Me dejé caer sobre los codos para deleitarme en el roce de sus tetas contra mi pecho desnudo. Me envolvió las caderas con sus largas piernas y, cuando moví la pelvis para frotarle el clítoris, un suspiro de placer se le escapó.

Le recorrí el cuello con los labios.

—¿Te gusta, *kotyonok*?

Deslizó las uñas a lo largo de mi espalda como respuesta mientras meneaba las caderas contra las mías con cada embestida. Sus pequeños gemidos eran tan jodidamente sexis que la besé para saborearlos. Dio un sorbo a mi labio inferior y deslizó la lengua por mi cicatriz. Exhalé bruscamente. Cada vez que hacía eso, me hacía sentir como si me hubiera faltado algo hasta que había llegado ella para lamerme.

Sus labios eran muy suaves y los separé con los míos para deslizar la lengua entre ellos. El beso se me fue directo al pecho.

—Quiero... —Jadeó las palabras entre el roce de mis labios—. Verte. —Le succioné el labio inferior y solté la carne con un mordisco —. Correrte.

—Tú primero, *kotyonok*.

Le cogí las manos, las sostuve por encima de su cabeza y me froté contra su clítoris hasta que se hizo añicos debajo de mí. Entonces hundí la cara en su cuello y me corrí dentro de ella, mientras un fuego incandescente me invadía con tanta fuerza que mi visión se ennegreció. Me temblaban los músculos, así que me deslicé a un lado antes de aplastarla con el peso de mi cuerpo.

Recuperé el aliento durante un instante y casi me reí ante la ironía. Una virgen había hecho que me corriera con más intensidad que nunca. Cuando sentí que el colchón se movía, le agarré la muñeca automáticamente sin mirar.

—Estoy cansada —dijo Mila intentando deshacerse de mi agarre.

Deslicé la mirada hasta ella y vi que se negaba a mirarme, tenía los ojos clavados en la puerta como si estuviera deseando marcharse. No sabía por qué, pero me cabreó muchísimo. Tiré de su culo para sentarla de nuevo en la cama junto a mí. Exhaló con frustración y me percaté de que una lágrima se deslizaba por su mejilla. Sentí que la garganta se me cerraba. Sabía que Mila no sería el tipo de chica a la que le gustan los polvos de una noche. Lo sabía, y aun así lo había hecho.

—Venga —me dijo—. Dime que deje de llorar y luego deja que me vaya.

En lugar de eso, le sequé la lágrima con el pulgar. La humedad me ardió sobre la piel y expandió una presión en mi pecho que me exigió que la besara. Así que lo hice. Suspiró sobre mi boca con los labios vacilantes sobre los míos.

Me aparté para decir:

—Le diré a Yulia que busque unas velas.

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. Pensó que estaba bromeando. Cuando cogí mi móvil de la mesita de noche, entró en pánico y me agarró del brazo.

—De verdad, estoy bien —dijo mientras otra lágrima se le escapaba.

Sequé la lágrima.

—*Malen'kaya lgunishka*. —Entonces me coloqué sobre ella y le envolví la cara con las manos. Antes de que pudiera quejarse, sus ojos se posaron sobre mis hombros; sobre el tatuaje de la estrella náutica en cada uno de ellos. No podía hacer otra cosa que observarla mientras tocaba el colgante de su collar.

La luz de la luna la adoraba.

Pero no tanto como mis sombras.

—*Ti slishkom ideal'naya chto bi byt' nastoyashchey*. —Las palabras se me escaparon sin pensar y, cuando me miró con las pestañas

mojadas, lo mismo ocurrió con la traducción que le susurré al oído.

Capítulo 37

heliofilia
Deseo de permanecer al sol.

Mila

Abrí los ojos en una habitación oscura y la confusión se apoderó de mí hasta que vi las sábanas negras y recordé que estaba en la de Ronan. En su cama. Con el calor de su cuerpo en la espalda. El reloj de la mesita de noche marcaba las dos y media de la madrugada, lo cual significaba que solo había dormido treinta minutos antes de despertarme con la vejiga llena.

Las últimas horas daban vueltas en mi cabeza. Esperaba echar un polvo y que después Ronan me diera una palmada en el culo al salir. No imaginaba que me dijera que era perfecta y que me besara hasta quedarme dormida. No sabía que tenía ese lado tierno. Era mucho más de lo que pensé que me daría. Entonces, ¿por qué me sentía tan... vacía?

Por Dios, era sentimental de cojones.

En silencio, aparté las sábanas y bajé de la cama. Cuando toqué el suelo con las puntas de los pies, me giré para mirarlo. Noté un peso en el corazón al verlo.

Dormía boca arriba con un brazo encima de la cabeza. Parecía tan humano, vulnerable y guapo que me quedé sin aliento solo de mirarlo.

La risa de madame Richie resonó en mi cabeza y se me erizó la piel de los brazos. No me extrañaba que se hubiera echado a reír. El hombre que tenía predestinado era un mafioso que me había

secuestrado y que pronto asesinaría a mi padre. Mi suerte debía de ser la más interesante que había predicho en su vida.

Encontré mi ropa en el suelo y me la llevé al baño. Habría ido directa a mi habitación, pero me chorreaba el semen por los muslos. Cuando tenía las manos de Ronan sobre mí un condón era el último de mis pensamientos, aunque ahora la falta de él me llenaba de incertidumbre. Sabía que no era célibe. También sabía que usaba preservativos, los había visto en su mesita de noche. Se me revolvió el estómago al pensar en él con otras mujeres en la cama en la que acababa de acostarse conmigo. En Nadia, sobre todo. ¿Era tan dulce con ella como lo había sido conmigo? Ese pensamiento hizo que me entraran náuseas, así que decidí ignorarlo.

Después de asearme y vestirme, salí del baño. Ronan seguía durmiendo, parecía tan tranquilo que no quise despertarlo. Tampoco tenía motivos para hacerlo. Solo nos habíamos acostado, eso no significaba nada para él. No podría habérmelo dejado más claro. Era una estúpida por pensar que podía salirme con la mía y no sentir nada por él después.

Mientras me dirigía hacia la puerta, me fijé en algo plateado que brillaba bajo la luz de la luna. Todo se quedó callado en mi interior. Incluso mi corazón.

La pistola estaba en el suelo a unos metros de distancia.

Volví la mirada hacia Ronan. Mientras una sensación pesada interrumpía el silencio en mi interior, supe de repente que nunca lo delataría por lo que me había hecho. Podía no ser un buen hombre, pero el mundo no era blanco o negro. Él era todo lo gris que había entre ambos.

Me estaba enamorando de él. Perdidamente. Me preocupaba que, cuando terminara, ya no quedara nada para mí.

Volví a mirar el arma, desgarrada por el conflicto repentino que me partía por la mitad. Una parte de mí quería ignorar la posibilidad de conseguir la libertad, la otra se preguntaba si esta sería mi única oportunidad de salvar a papá... y, egoístamente, a mí misma. Sabía que no podía acabar con otra vida durante el proceso. Sabía sin ninguna duda que no podría arrebatársela a Ronan.

Pero la mayoría de los juegos se ganaban con engaños.

La luz de la luna fue como escarcha sobre mi piel cuando mis pies se movieron por voluntad propia. Me temblaron las manos cuando cogí ese objeto mortífero de metal. Pesaba mucho, tanto que quise dejarlo caer de inmediato, pero cuando mi mente me mostró una imagen de mí sola ante el ataúd de mi padre, lo agarré con más fuerza.

—*Kotyonok*.

Esa única palabra me atravesó y reinició mi cuerpo con una sacudida y un chirrido que me resonó en los oídos. Desvié la mirada hacia Ronan. Estaba sentado al borde de la cama con los brazos apoyados sobre los muslos. Sus ojos entornados bajaron a la pistola que tenía en las manos antes de buscar los míos.

—Tráela.

Me cubrió un sudor frío que me llenó de una humedad temblorosa. No me moví. No podía. La batalla que se libraba en mi interior consumía cada gramo de mi ser, me robaba el aire de los pulmones y me asfixiaba.

Endureció la mirada.

—He dicho que me la traigas.

Esto era más fácil cuando era *D'yavol* y no el hombre que me limpiaba las lágrimas. La mera idea provocó que me ardieran las cuencas de los ojos, porque sabía que, después de esto, nunca volvería a hacerlo. Pero necesitaba hacer esto ahora mismo, antes de caer tanto en sus garras que no pudiera salir.

—No puedo. —Mis palabras reflejaban la desesperación.

Se levantó y se acercó a mí, con una mirada llena de determinación. Levanté el cañón hacia su pecho. La pistola pesaba mucho, me temblaban los brazos, y el gatillo me quemaba el dedo.

—No. Por favor, no. —La sangre me retumbaba con tanta fuerza en los oídos que casi ahogaba mi voz.

Se detuvo con la mandíbula tensa.

—No puedo ser la causa de la muerte de mi padre. No puedo... —Las lágrimas me caían por las mejillas—. Deja que me marche —supliqué—. Es lo único que quiero.

Emitió un sonido oscuro e incrédulo.

—Mientes mejor de lo que creía.

—¿Qué? —Se me cerró el pecho.

—¿Este era tu plan? —gruñó—. ¿Estabas pensando en salvarle la puta vida a tu padre mientras follábamos?

Palidecí.

—No... No había planeado esto, pero, aunque lo hubiera hecho, no tienes derecho a echármelo en cara. —Estaba tan agobiada que no podía encontrar la ira. No me quedaban más emociones que mostrar —. Me mentiste. Me usaste desde el principio.

—Y lo volvería a hacer. —Esa declaración estaba llena de veneno. No creía haberlo visto nunca tan cabreado. Me aceleró los latidos y me obligó a dar un paso atrás.

—Por favor. Deja que me marche. —Sollocé—. Es lo único que quiero.

—*Nyet*.

Él no estaba destapando mi farol, pero tampoco iba a ceder. Lo que más me dolía era que pensara que de verdad podría llegar a dispararle. Esa idea casi me hizo dejar caer el arma, pero no pude hacerlo. No pretendía hacerle nada, pero era una pieza más en su tablero de ajedrez y no podía seguir viviendo mientras jugaban conmigo.

—Por favor, Ronan...

—No pronuncies mi puto nombre.

Me estremecí.

—No lo haré —prometí—. Ni siquiera tendrás que volver a verme. Solo tienes que dejarme marchar.

Durante un segundo, solo hubo lágrimas y silencio, un inmenso vacío de silencio que devastaría cualquier cosa con vida.

Y entonces desveló mi farol.

Se movió hacia mí, atravesó la distancia tan rápido que di un paso atrás y, en ese momento, mi dedo húmedo se resbaló sobre el gatillo.

Clic.

Ambos miramos la pistola antes de que la dejara caer. Ese clic se repitió en mi mente, enviándome olas cada vez más frías. Tenía los pensamientos tan confusos y el cuerpo tan entumecido que no podía sentir nada más que las palabras de mi cabeza.

Acababa de apretar el gatillo contra él.

El arma no estaba cargada.

No quería hacerlo.

Ronan dejó escapar una carcajada seca.

—Supongo que esta noche he sido demasiado narcisista.

Me agarró del brazo y tiró de mí para sacarme de su habitación y llevarme por el pasillo. Aturdida, no dije ni una palabra, incluso cuando me condujo escaleras abajo hasta la puerta de la casa. El aire frío de la noche envolvió mi piel desnuda y luchó contra el vacío de mi interior. Pero yo no sentí nada, ni siquiera la nieve bajo mis pies mientras me arrastraba por el patio.

Ronan abrió la puerta del recinto y me empujó. Solo oí sus movimientos mientras cerraba la puerta de la caseta de Khaos para que no pudiera entrar y lo último que dijo antes de cerrar la puerta de la casa de un portazo tras él fue:

—Que duermas bien, *kotyonok.*

Capítulo 38

noceur
Persona que trasnocha.

Ronan

Seguía en ropa interior y me temblaban las manos mientras me servía vodka en un vaso de cristal. El recinto en el que Mila estaba encerrada tiraba de cada uno de mis músculos como un imán. Habían pasado menos de diez minutos y cada tictac del reloj apretaba una soga invisible alrededor de mi cuello. No podía deshacerme del sentimiento. Solo había conseguido distraerlo encendiendo todas las luces de la casa y ladrando órdenes a Yulia. Quería una taza de té. Tenía que planchar mi traje. Y ¿por qué cojones había tanto amarillo en mi casa?

—Se morirá ahí fuera.

Ni siquiera oí a Albert entrar en la habitación hasta que habló. Así era como los hombres como yo acababan muertos, pero eso me importaba una mierda ahora mismo. Si la sensación fría que se me expandía por el pecho fuera algo a tener en cuenta, yo ya estaría dos metros bajo tierra.

—Sal —ordené.

—Estamos a menos de cero grados. Podría darle una hipotermia en cuestión de minutos.

Sus palabras me mordieron las venas, pero me dije a mí mismo que no me importaba. Mila había jugado conmigo. Se había metido en mi mente, me había hecho cometer estupideces impropias de mí, y me había apuñalado por la maldita espalda. En un arrebato, lancé

todo lo que había en la barra. Todo el vidrio se hizo añicos, y vi sangre goteando de mi mano, pero no sentí nada.

Me giré hacia Albert y gruñí:

—Te he dicho que te vayas a la mierda.

—¿Cómo crees que vamos a saldar nuestra venganza si se muere ahí fuera?

—Me importa una mierda la venganza —solté a regañadientes antes de comprender lo que estaba diciendo.

Albert me observó durante un segundo.

—Los hombres piensan que Alexei está volviendo a hacerse con la ciudad. Puede que pierdas a algunos si no sigues adelante con esto.

Lo último que quería era otra guerra, pero sería inevitable si no le cortaba la cabeza a la serpiente. La mayoría de mis hombres habían trabajado para Alexei años atrás. Me gustaba pensar que me eran leales, pero no podía estar seguro tratándose de criminales.

No podía pensar en ello ahora mismo. No sabía cómo se suponía que iba a pegar ojo cuando Mila estaba encerrada con los perros a menos de cero grados. No debería importarme. No me importaba. Me pasé una mano por el pelo y recorrí la habitación de un lado a otro.

—¿Qué ha hecho?

—Me ha disparado —dije fríamente.

Me observó con una expresión seca.

—No pareces herido.

—Tiro en seco. El arma no estaba cargada. —Mis armas siempre estaban cargadas. Siempre. Sinceramente, había sido un puto milagro. El destino o alguna mierda de esas.

—La tienes secuestrada para chantajear a su padre y matarlo. ¿Pensabas que te iba a dar las gracias?

No sabía lo que pensaba. Unas horas antes, había sentido náuseas al pegarle un cañón a la cabeza, y eso que había sido por accidente. El hecho de que pudiera hacer lo mismo y decir que nunca tendría que volver a verla... Jamás me había sentido tan traicionado. La había arrastrado hasta fuera sin pensar y ahora estaba sufriendo las consecuencias, el arrepentimiento retumbaba en las paredes de mi pecho.

Una parte de mí sabía que no pretendía dispararme. Pero la parte que me consumía era el hecho de que pensara que podía simplemente escapar de mí. Cuando la ira se apagó, me dejó sintiéndome vacío. Jodidamente horrible. Pensar que estaba ahí fuera, pasando frío... No podía soportarlo más.

Rozando el hombro de Albert, salí a zancadas desde la habitación hasta llegar a la puerta principal con un sentimiento inquietante ardiendo en el estómago. Mis hombres estaban fumando y se callaron cuando aparecí mientras me observaban con curiosidad dirigirme al edificio anexo, descalzo y en ropa interior. El hecho de que no hubiera podido dejarla ahí fuera durante más de quince minutos les daría sin duda algo de lo que hablar. Por lo que respectaba a mí, se podían ir a la mierda.

Cuando entré en el recinto y vi a Mila temblando tumbada junto a Misha, sentí que un cuchillo me atravesaba el pecho. Sin decir una palabra, la cogí en brazos y me encaminé de vuelta a casa.

Su piel era como hielo contra la mía, pero apenas pude sentirla a través de la sangre que me palpitaba en las venas. Sabía que la confusión era un síntoma de hipotermia, así que dije:

—Háblame, Mila. ¿Qué día es hoy?

Se estremeció sobre mí.

—En español.

Una ola de alivio me inundó cuando comprobé que seguía siendo coherente.

—Lo siento —susurró contra mi cuello—. Te juro que no quería hacerlo.

Sus palabras fueron un puñetazo en el estómago, sobre todo porque la creía. Lo sabía incluso antes de arrastrarla fuera. En realidad, no podía culparla por querer apretar el gatillo; ni que me la hubiera llevado de vacaciones. El hecho de que hubiera reaccionado de manera tan irracional y ella fuera la que me estuviera pidiendo disculpas a mí me hizo sentir que tenía las manos demasiado sucias hasta para tocarla.

No sabía cómo lidiar con la presión que sentía en el pecho, así que repetí en español:

—¿Qué día es hoy?

—No lo sé. Estoy secuestrada sin móvil ni calendario.

—Te conseguiré un calendario —le prometí.

La llevé al interior y me crucé con Yulia en el recibidor. Su mirada fría titiló con algo de preocupación cuando vio a la chica en mis brazos. Mila se estaba ganando hasta a mi ama de casa sin sentimientos.

Dejé a Mila en el suelo en mi habitación. No pensaba que tuviera hipotermia, al menos no una grave, pero aun así tenía que hacer que entrara en calor. Cuando tiré de su top hacia arriba, levantó los brazos en silencio para mí. Me agaché y le deslicé los pantalones por los muslos. Se agarró con una mano a mi hombro y levantó cada pierna para que pudiera quitarle la prenda. Un escalofrío la agitó, y la presión que sentía en la garganta se expandió, lo cual me obligó a darle un beso en la fría pierna y a decir con voz áspera:

—*Izvini*. —«Lo siento».

Recordé la última vez que había dicho eso. Tenía seis años, había tirado una taza de té de la mesa por accidente y había destrozado la raya de heroína que mi madre estaba a punto de esnifar. Me dio una bofetada tan fuerte que me golpeé la cabeza contra el frigorífico y me desmayé. Fue entonces cuando comprendí que las disculpas no eran más que palabras inútiles, aunque con Mila no era lo mismo. Y, en ese momento, le iba a dar todo lo que quisiera.

Su sutil mirada me hizo sentir como si hubiera visto el recuerdo en mi cabeza, entonces me acarició el pelo y me pidió que me levantara. La metí en la cama conmigo, donde acerqué mi pecho desnudo al suyo para pegar tantos centímetros como fuera posible de su piel congelada contra la mía, y nos cubrí con las mantas.

Suspiró aliviada ante el calor.

—Sabes que no pretendía hacerlo, ¿verdad?

Lo sabía. Ese era el problema. Saberlo me había obligado a disculparme y a sentir todo tipo de cosas extrañas.

Había deseado su cuerpo.

Pero ahora deseaba su lealtad con más fuerza todavía.

—Lo sé, *kotyonok*, duérmete.

Capítulo 39

toska
Intenso dolor del alma.

Mila

Me desperté entre sábanas negras y un aroma amaderado que me consumió todos los sentidos. Ronan estaba sentado en una silla al lado de la cama. Tenía la mirada gacha y los codos apoyados sobre las rodillas, mientras hacía girar mi pendiente en forma de corazón entre el índice y el pulgar. Ese diamante sintético simbolizaba nuestra relación: él tenía mi corazón en la palma de la mano, y lo sacaba a veces para jugar con él antes de guardárselo de nuevo en el bolsillo y olvidarlo.

Todavía no se había dado cuenta de que estaba despierta, así que aproveché la oportunidad para contemplar ese momento privado. Todavía llevaba solo los calzoncillos, su pelo adquiría reflejos azules bajo la luz del sol, y lo tenía despeinado como si se hubiera tirado toda la noche pasándose las manos por él. Era todo tinta y venganza, aunque había algo muy humano bajo esa fría armadura de acero.

En Moscú, me bailaban corazones en los ojos cuando lo veía. Ahora, en esta fortaleza rusa invernal, esa imagen me provocaba un dolor agudo en el pecho que amenazaba con partirme por la mitad.

Me pregunté si su conciencia era la responsable de que cambiara de opinión sobre abandonarme a mi suerte y dejar que muriera de frío, o si solo había sido el hecho de que no quería perder su garantía. Me había sorprendido al disculparse, a pesar de que había

sido él el que había dicho que las disculpas no servían de nada. Claramente, no podía soportar la idea de estar cerca de mí por más tiempo del estrictamente necesario para asegurarse de que no muriera.

El pendiente se le cayó de los dedos y brilló al rebotar en el suelo de mármol antes de meterse por debajo de la cama. Mi corazón desapareció en la oscuridad en la que me acechaban los monstruos de la infancia, y dejó una frialdad que se me extendió por dentro como telarañas de escarcha.

Me cubrí los pechos desnudos y me senté en la cama. Ronan subió su oscura mirada a la mía. No parecía cansado, pero algo me decía que solía pasar las noches en vela.

—Kirill ya ha venido a examinarte —dijo—. Estabas dormida.

Me pareció ligeramente interesante el hecho de que hubiera llamado al médico, nada más. Al no ver mi ropa por ninguna parte, me envolví con la sábana y me levanté.

—No era necesario molestarlo de nuevo, pero gracias.

—Gracias —repitió secamente como si fuera incapaz de decidir si le molestaba esa palabra, o si simplemente no la entendía.

—*Spasibo* —traduje al ruso, y caminé hacia la puerta arrastrando la sábana negra detrás de mí como una mujer en un luto virginal.

—Sé lo que has dicho, joder —espetó con voz ronca—. Y no he dicho que pudieras marcharte.

Obedientemente, me detuve en el marco de la puerta y me giré hacia él, dándole la bienvenida a esa sensación de entumecimiento en mi interior. Ronan podría jugar conmigo como si fuera una de las muñecas de Yulia, y yo no sentiría nada. Mi obediencia era lo que había buscado todo este tiempo, pero, por el duro brillo de su mirada, parecía que todavía no estaba contento.

Cuando se levantó y se acercó a mí, desvié la mirada hacia una esquina de la habitación, sobre todo porque mirarlo me hacía perder la compostura. Era como un manchurrón de pintura en un lienzo en blanco.

—¿Cómo te encuentras?

—Hambrienta —respondí sencillamente.

Ronan emitió un ruido de impaciencia. Ya lo tenía al alcance del brazo.

—Tus ojos, Mila —exigió.

Levanté la cara hacia él, pero miré más allá. Su atención me calentó la cara, la irritación del aire se intensificó con cada instante de silencio. A continuación, levantó el brazo y me pasó el pulgar por la mejilla.

—¿Esta mañana no hay lágrimas para mí?

—¿Quieres que las haya? —Mi tono sugería que podría convocarlas si así lo deseaba.

Se le tensó la mandíbula. Un sonido enfadado brotó de su garganta, me apartó la cara y me dio la espalda.

—¿Puedo irme ya?

Negó con la cabeza y apretó los dientes.

—Sí —declaró antes de cerrar el baño de un portazo.

Me encontré con Yulia en la puerta de la habitación. Me tendió un vaso de agua y dos ibuprofenos para la muñeca. Mientras me metía las pastillas en la boca y me las tragaba con el agua, me pareció ver un destello de ternura en su mirada. Sin embargo, desapareció con un fruncimiento de labios y las siguientes palabras que salieron de ellos:

—«Si la hija de un sacerdote se profana prostituyéndose, a su padre profana. Será quemada al fuego».

A continuación, me quitó el vaso de la mano, pasó junto a mí y se alejó por el pasillo tarareando.

Estaba viviendo un sueño. Sin duda, el año siguiente la Barbie cautiva estaría en todas las tiendas.

Tras darme una ducha caliente, fui al comedor a desayunar. Ignorando completamente mi presencia, la gemela de Kylie puso la mesa entre mensajes de texto y risitas. Solo cuando me serví una taza de té se detuvo para examinarme como si fuera una bacteria bajo un microscopio.

—Dicen que eres una Mikhailova —dijo lentamente.

Lo último que quería era una charla insustancial, pero mis modales me obligaron a responder.

—Tienen razón.

—También dicen que eres una bruja.

Solo pude esbozar una sonrisa.

—No lo pareces. —Deslizó su mirada indiferente por mi pelo mojado y por la camiseta que llevaba a modo de vestido—. Más bien una prisionera.

—Supongo que las hay de todas las formas y tamaños. —A estas alturas, ya no sabía si estábamos hablando de brujas o de prisioneras, aunque supuse que esa afirmación valía para ambas.

—Pareces... —Frunció el ceño como si le costara pronunciar esa palabra—. Amable. Pero ¿qué es lo que dicen? —Se dio golpecitos en los labios mientras pensaba hasta que chasqueó los dedos y se le iluminaron los ojos—. La cabra tira al monte.

Su emoción al usar la expresión atenuó el insulto. Al parecer, había oído rumores sobre mi madre. O mi padre. Supuse que tenía mala sangre por ambos lados, pero me quedó claro que hablaba de ella cuando su mirada se posó en el chupetón que tenía en el cuello y soltó:

—Aunque parece que ya has subido a ese monte.

Kylie era toda una cortarrollos. No contesté y decidí echarle más azúcar al té, lo que pareció molestarle.

—Debes saber que no te quiere de verdad.

Una pizca de amargura se abrió paso en mi pecho. Parecía que esa mañana todos tenían la misión de arruinar mi placentero estado de depresión.

—Eso no es asunto tuyo, pero sí, soy plenamente consciente —dije simplemente.

Ronan entró por la puerta vestido de Givenchy y, por la violencia de su mirada, había escuchado la conversación. Menudo cotilla.

Se sentó en su silla como cualquier otra mañana. Volví a ser invisible para Kylie, quien centró toda su atención en Ronan y preparó sus cosas para el desayuno. No podía ser más obvio que había esperado a que él llegara. ¿Y de verdad necesitaba tantos tenedores? Me unté una tostada con mantequilla e ignoré la escena mientras Kylie le hablaba en ruso.

—Té. Y luego sal de mi puta casa.

Mi cuchillo con mantequilla se detuvo durante un instante. Había sido un despido digno del programa *The Apprentice.* Kylie me dirigió una mirada hostil como si fuera culpa mía, le sirvió rápidamente el té a Ronan y salió de la habitación.

—¿De verdad permites que la gente te hable así? —gruñó Ronan con su mirada furiosa sobre mí. Evité mirarlo como si fuera Medusa.

—¿Así cómo?

—No juegues conmigo. —Su ira me calentó la piel—. Prácticamente, te ha llamado puta.

El hecho de que se comportara como si le importara me envió una oleada de frustración, pero si no contenía el sentimiento, temía acabar explotando como Hiroshima.

—A ti te encanta llamarme puta —repliqué con indiferencia—. Y me dijiste que no tratara con condescendencia a tu personal. Estaba haciendo lo que me dijiste.

Con un gruñido, me agarró la cara y la giró hacia la suya. No me resistí a su apretón, pero me negué a mirarlo a los ojos. El contacto visual me convertiría en piedra y luego haría que me partiera por la mitad.

—Si estás intentando complacerme ahora mismo, que sepas que estás fracasando estrepitosamente.

—Pues dime qué te gustaría que hiciera en estas situaciones y te prometo que lo haré mejor la próxima vez.

—Puedes empezar por dejar de fingir que no te importa una mierda.

Cuando me soltó bruscamente, volví la atención hacia mi plato. Sabía que hablaba de lo de la noche anterior, pero me hice la tonta.

—No me importa lo que tus sirvientes piensen de mí.

—Te lo juro por Dios, Mila. —Me arrebató el tenedor de la mano y lo dejó con sus cinco tenedores.

Rebuscando entre todos los platos de la mesa, pregunté:

—¿Tienes mantequilla de cacahuete? Me gusta más para las tostadas.

—Vas a pasar hambre hasta que hablemos de lo de anoche.

No. No iba a mantener esa conversación. El mero hecho de pensarlo hizo flaquear mi autocontrol y un demonio emocional se

expandió en mi pecho y se apoderó de mi garganta. No le daría ni una lágrima más a ese hombre.

Le sonó el móvil y, mientras lo sacaba y rechazaba la llamada, cogí un cuenco para mirar en su interior, pero fruncí el ceño al ver que era miel.

—Ya que estamos, ¿por qué no pisoteamos abejas para desayunar?

—Deja. Los. Putos. Platos. Quietos.

Estaba a punto de encerrarme con los perros de nuevo.

—No me gustan las tostadas secas —continué mirando los ingredientes—. ¿De verdad que no tienes mantequilla de cacahuete? ¿Estás intentando ahorrar o qué?

Con un tranquilo movimiento de mano, volcó la mesa entera y derribó unas cuantas sillas por el camino. Los platos, los cuencos y los cubiertos se deslizaron por la madera y se estrellaron contra el suelo de mármol. El golpe me sacudió los huesos y me quitó la insensibilidad con una fuerte marea de resentimiento.

A la mierda mi desayuno.

Mi mirada ardiente se deslizó hacia Ronan y vi que había tenido la audacia de sentarse de nuevo en su trono y recolocarse el puño de la chaqueta.

—Creo que me guardas rencor, *kotyonok.* Ya no eres tan altruista, ¿verdad?

El calor me bajó por el cuerpo como una avalancha.

—Mira quién habla —espeté, y me levanté—. Solo estoy aquí porque le guardas un gran rencor a mi padre.

—Siéntate.

—¡Siéntate tú! —Ya estaba sentado. Estaba apoltronado como si no acabara de destrozar la habitación y mi buen humor.

Golpeó el reposabrazos con el dedo tatuado y dijo sombríamente:

—Tu padre es el menor de los motivos por los que estás aquí.

Estaba demasiado desequilibrada para comprender a qué se refería y la confusión solo sirvió para aumentar la ira.

—No tendrías que haber echado a Kylie —solté fríamente—. Ella apreciaría tus evasivas y tus emojis de melocotón más que yo.

—Es una zorra manipuladora. Y no me ha gustado cómo te ha hablado.

—Por favor —resoplé dándole la espalda—. Lo que me ha dicho ella es mucho menos insultante que lo que me dijiste tú.

—¿Quieres que me disculpe por eso también?

Me giré de nuevo para mirarlo.

—¡Quiero que me dejes irme!

En el silencio que siguió, tenía el pecho agitado. Demasiado tarde, me di cuenta de que lo estaba mirando a los ojos, azules e inquebrantables. Sentí que me convertía en piedra. Se abrieron grietas en mi determinación que fragmentaron mi ira y la llenaron de una espesa emoción que no quería. El dolor volvió a mi pecho con tanta intensidad que las lágrimas que buscaban salir a la superficie me quemaron.

Me dispuse a alejarme de él entre el laberinto de sillas, pero no llegué a la puerta. Me agarró por la muñeca y me presionó la espalda contra la mesa volcada antes de apoyar las manos a ambos lados de mi cuerpo para atraparme. Por la tensión de sus hombros, parecía que ya se había hartado de mí.

—Hay muchas cosas de las que no me arrepiento, *kotyonok,* pero sí que me arrepiento de lo que hice anoche.

—Porque estuviste a punto de perder tu garantía de venganza —repliqué sin emoción alguna.

—No —repuso bruscamente—. Porque podrías haber muerto.

Quería creerle con tanta fuerza que un sudor frío me cubrió, pero su voz también tenía tanto peso que a mis pulmones les costaba encontrar oxígeno. Necesitaba aire, pero cuando intenté escapar, no me lo permitió. No podía salir de esta habitación, de esta casa, de esta vida. Su agarre en mi cintura era como el granito, duro aunque suave al tacto. Luché en vano incluso cuando su olor (un olor muy áspero y persuasivo) me llegó al corazón y me convenció de que lo último que quería era que me soltara.

—Dime qué quieres realmente de mí. Puedes tenerlo. Cualquier cosa menos dejarte marchar.

Una parte de mí quería decir que no quería nada más de él, pero era mentira. Parecía que no podía obligar a esas palabras a salir de

mis labios, ni siquiera para salvar mi propia alma. Ya era suya.

—¿Quieres vengarte y dispararme de verdad? —Se apartó y me colocó algo frío de metal en la palma de la mano—. Adelante. Esta vez está cargada.

El peso del arma liberó una presa en mi interior e hizo que me resbalaran unas ardientes lágrimas por las mejillas. Respiré temblorosamente, negué con la cabeza y dejé caer el arma al suelo.

—Eso no es lo que quiero.

—¿Un cofre del tesoro lleno de diamantes falsos? —Me secó una lágrima con el pulgar, y esa caricia me arrancó la verdad.

—Quiero importarte...

Esas palabras, densas e inesperadas, se asentaron en la sala y me resonaron en los oídos. Había tanto silencio que se habría oído una aguja caer. O un pendiente en forma de corazón.

Ronan me quitó las manos de la cara y, con un sonido áspero, se apartó de mí.

—Eres un maldito dolor de cabeza, ¿lo sabías?

Su reacción me dio de lleno en el pecho. ¿Yo era el dolor de cabeza? Era él el que se mostraba tan ardiente y gélido que me provocaba latigazos. Quizá me avergonzara de nuevo, pero al final de todo me arrepentiría si no le hubiera dicho la verdad. Lamentaría comportarme como si no me importara. Ahora lo sabía y, claramente, su mirada asqueada no significaba que pudiera tener «cualquier cosa». Estaba resultando ser un día de mierda.

—Pues supongo que, en ese caso, me quedaré con los diamantes falsos —farfullé de camino a la puerta.

—Yo alimento a mi vegana cautiva —gruñó.

La fuerza de su voz me paralizó.

—Se pasa el día haciendo yoga y jugando en el jardín y la noche, leyendo clásicos junto a la chimenea. —Su tono irónico carecía de humor.

No sabía si me estaba insultando o si me estaba mostrando que le importaba de un modo retorcido. Quería seguir oyendo más, pero solo pude darme la vuelta y acusarlo:

—Has estado espiándome.

—Cállate —espetó—. Este es mi monólogo.

Cerré la boca.

—Mantenerte aquí es una bofetada en la cara para mis hombres, pero parece que no me importa una mierda. —El contacto visual me abrasó—. Cuanto más posponga la venganza, más cerca estaré de entrar en otra guerra con tu padre. Y eso tampoco me importa una mierda.

Se me formó un nudo en la garganta al pensar que yo era la fuente de ese tipo de violencia. No tenía ni idea de que mi presencia aquí causara tantos problemas.

Entornó los ojos.

—Tú me disparas, y yo no soy capaz ni de dejarte fuera en el frío durante quince putos minutos. Así que dime, Mila, ¿quién le importa más a quién?

Las palabras se me metieron debajo de la piel, me envolvieron el corazón como si fueran un alambre de púas, y activaron una respuesta de lucha o huida en mis músculos. Reprimí el impulso de huir, incluso cuando dio un paso hacia mí y la violencia se reflejó en su mirada.

—Ibas a tomar un avión sin decirme nada, ¿verdad?

Tragué saliva. Sabía que tenía planeado marcharme después de la noche que pasé con él en mi habitación de hotel. Por algún motivo, eso hizo que se me contrajera el pecho con culpa. Ronan se acercó. Su animosidad me envolvió el cuerpo mientras sus dedos me agarraban la cara y me obligaban a exhalar de manera acelerada.

—¿Tan fácil de abandonar soy, *kotyonok*?

Se me entrecortó la respiración ante la furiosa vulnerabilidad que me permitió ver. Lo peor era que yo compartía ese temor a ser abandonada o a no ser lo bastante buena. Su debilidad me retorció el pecho. Me obligó a cambiar mi percepción de él para siempre. Nunca volvería a verlo como el monstruo que una vez pensé que era, sino como el niño que había padecido hambre y abusos y al que la peor parte de la humanidad había convertido en un hombre de corazón frío.

Me pesaba tanto el corazón que me impulsó a sostenerle el rostro entre las manos y a acercar los labios a su cicatriz. Ese suave movimiento contrastaba con el fuerte agarre que me mantenía en el

sitio. Se tensó como si no estuviera seguro de lo que estaba haciendo, como si nunca lo hubieran tocado así en la vida, como si estuviera esperando que le infringiera dolor. Su sencilla reacción fue mi perdición.

—Querías mi miseria, pero te estoy dando mi perdón —susurré con la voz espesa—. Cuando me dejes marcharme, no te delataré, a pesar de que debería hacerlo. No puedo ser quien te lleve de nuevo a la cárcel. —Inhalé de manera entrecortada—. Me largaré cuando esto acabe y no miraré atrás... y no porque te odie, porque no lo hago. Ni un poco...

Las palabras flotaron a nuestro alrededor durante un instante hasta que dijo secamente:

—Esto empieza a parecerse demasiado a una película de Nicholas Sparks, *kotyonok.* Solo quería convencerte de que me dejaras follarte otra vez.

—Soy una sentimental de cojones —contesté—. Supéralo.

Soltó una risa áspera. Cuando le pasé el pulgar por la cicatriz, lo mordió con esos dientes blancos. Siseé de dolor y lo retiré fulminándolo con la mirada.

—Y yo soy duro de cojones —espetó—. Supéralo. —El brillo de sus ojos se volvió turbulento—. Si quieres delatarme, adelante. Volvería a la cárcel por ti, *kotyonok,* pero cuando saliera, más valdría que hubiera un océano de distancia entre nosotros.

De repente, no pude ni imaginarme volviendo a The Moorings, a Carter y a los solitarios sonidos del Atlántico. Un peso me comprimió el pecho y me instó a preguntar:

—¿Por qué?

Sus dedos se tensaron en mis mejillas y, con voz dura, respondió:

—No te puedes imaginar lo que estarías liberando en Moscú tras años de celibato.

Cuando asimilé sus palabras, una oleada de celos evaporó el resto de las emociones. La idea de que estuviera con otras mujeres fue como una patada en el estómago, y mi cuerpo entero se rebeló contra ella. De repente, quería imprimirme sobre él, hacer que me recordara para siempre sin importar las consecuencias.

Lo agarré por el pelo y empujé su boca contra la mía para deslizar la lengua entre sus labios. Siseó y me levantó para que pudiera envolverle las caderas con las piernas. Nunca me había sentido tan pequeña, femenina y completa. De repente, supe que nunca volvería a sentirme así, nunca encajaría tan bien con nadie más, nunca conocería a otro hombre como este.

Más me valía disfrutar de mi presente feliz mientras durara.

Me presionó la espalda contra la mesa volcada y me lamió el paladar. Cuando lo saboreé y sentí el calor de su cuerpo, brotó el fuego en mi interior y me abrasó en fuertes rachas. Gemí contra sus labios anhelando más, todo lo que tuviera. Me apreté contra él, pero no pude encontrar la fricción que necesitaba, así que dejé escapar un ruido de frustración.

—Fóllame —susurré tirando de la hebilla de su cinturón.

Él gimió y se apartó.

—Aquí no.

—Aquí —supliqué volviendo a atravesar la distancia y mordiéndole el labio inferior—. Como quieras. Por favor.

—*Nyet.* —Intentó deslizarme para bajarme de su cuerpo, pero me sostuve con fuerza con las piernas. Sentí lo duro que estaba y disfruté de su reacción hasta que me agarró de la coleta y me echó la cabeza hacia atrás—. No me tientes, *kotyonok* —gruñó—. No soy lo bastante noble para rechazar la oferta.

—Pues no lo hagas.

Me miró durante un instante.

—Por Dios. —Con un rugido de frustración como si le doliera, me soltó—. Te he provocado un síndrome de Estocolmo.

Reprimí una sonrisa.

—Ajá —confirmé, y le lamí el cuello—. Ahora tienes que lidiar con las consecuencias.

Llevé mi boca a la suya y, tras besar sus labios faltos de interés, me devolvió el beso y deslizó su lengua contra la mía. Noté un molesto vacío entre las piernas y me froté contra él.

—Lo necesito —rogué.

Detuvo mis movimientos.

—Lo obtendrás en mi habitación donde nadie pueda entrar.

—Pues llévame a tu habitación... por favor.

Oí uno de sus «joder» y lo besé para apartar la palabrota de sus labios. Luego, deslicé la boca por su cuello lamiendo y mordiendo allá donde pudiera llegar. *D'yavol* me llevó a su habitación y el hecho de estar retenida allí en contra de mi voluntad dejó de importarme cuando supe que él llenaría el vacío de mi interior.

Al menos, en un sentido.

Capítulo 40

fosfeno
Fenómeno de los colores o «estrellas» que aparecen en la visión al frotar los ojos.

Mila

Ronan me dejó caer sobre su cama desde una altura que hizo que rebotara y se tumbó sobre mí. Me recorrió bruscamente la garganta con los labios y los dientes, y me robó un suspiro. A pesar de que estaba apoyado sobre sus antebrazos, sentía que pesaba mucho. El peso era perfecto, pero tan arrollador que un fugaz instinto de supervivencia emergió a la superficie.

Aunque olvidé toda la incertidumbre cuando me subió el vestido hasta la cintura, hundió la cara entre mis piernas, e inhaló.

—Joder, *kotyonok*. —Me apartó el tanga y deslizó la lengua dentro de mí.

Gemí, arqueé las caderas y mi mano encontró en su pelo algo a lo que agarrarse. Mis piernas se abrieron todavía más cuando me lamió el clítoris y un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Dios, sí —suspiré. Mis dedos se tensaron alrededor de su pelo para que no se moviera de ese punto, pero se deshizo de mi agarre antes de mover la boca de nuevo hacia mi entrada. Emití un sonido de frustración, que se convirtió en un gemido cuando me folló con la lengua.

Se apartó, me bajó el tanga por las piernas y lanzó la tela al suelo. Con una oscura mirada, me observó el coño durante un segundo antes de meter la cara entre mis muslos con un sonido masculino de

satisfacción, que hizo que mi cuerpo estallara en escalofríos. Cuando me succionó el clítoris con la boca, se me pusieron los ojos en blanco.

—¿Alguien más te ha hecho esto? —rugió.

Apenas pude procesar las palabras, negué con la cabeza.

Emitió un sonido satisfecho con la garganta y metió dos dedos dentro de mí.

—¿Y esto?

Jadeando, mecí las caderas contra su mano, pero se negó a darme ningún movimiento.

—¿Y esto? —repitió bruscamente.

Nunca habría imaginado que *D'yavol* sería de los que inician conversaciones durante el sexo. Aunque la persona que había entre mis piernas no era el líder ruso: era el hombre que me había robado el aliento y la virginidad (y tal vez el corazón). Sabía que no obtendría lo que quería si no respondía, así que asentí.

—¿Cuántos hombres han tenido los dedos dentro de ti? —gruñó.

Con un suspiro pesado, pregunté:

—¿A cuántas mujeres les has hecho esto?

No le gustó la pregunta. Hipócrita.

—No estamos hablando de mí.

—¿Por qué estamos hablando?

—Porque este cuerpo es mío, y necesito saber quién ha jugado con él. —Sus dedos seguían dentro de mí y me resultaba realmente difícil concentrarme.

—¿Podemos tener esta conversación después?

—*Nyet*. ¿Cuántos?

Gruñí con frustración y solté un número aleatorio.

—Diecisiete.

—*Malen'kaya lgunishka*... —Entornó los ojos—. ¿Diecisiete y ninguno logró que te corrieras?

—¿Con cuántas mujeres has estado tú? —respondí bruscamente—. Estoy segura de que necesitaría tener un rollo de una noche cada día durante diez años para poder alcanzar ese número.

Sonrió.

—Tres mil seiscientas cincuenta y dos es una cantidad que solo podría aspirar a lograr, teniendo en cuenta los años bisiestos. Si no, dos menos, así puede que tuviera más posibilidades.

¿Acababa de calcular eso en su cabeza? Dios mío, qué... sexi.

—Tengo fe en ti —le dije—. Pero ten cuidado. Puede que una de ellas acabe significando algo para ti. —Las palabras ardieron como ácido sobre mi lengua.

Me observó durante un segundo.

—*Ya dumayu uzhe slishkom pozdno dlya etogo*. —No sabía qué había dicho, pero el peso de su voz hizo que se me cerrara la garganta. Sentí esas palabras... extrañamente conmovedoras, aunque me estaba manipulando para que me rindiera mediante tortura sexual.

No quería hablarle de mi pasado. No quería pensar en Carter y en el único otro hombre al que había dejado llegar casi hasta el final. La Mila de The Moorings y la Mila tumbada en la cama de *D'yavol* eran tan diferentes que me daba miedo presentarlas, y que todo a mi alrededor se esfumara en una bola de humo.

Tras un intenso momento de contacto visual, sacó los dedos y trepó por mi cuerpo.

—Necesito saberlo, *kotyonok*. —Pegó los labios suavemente a los míos y suspiré sobre su boca mientras me saboreaba a través de su lengua. Cuando se apartó, lo agarré del pelo e intenté arrastrarlo de vuelta, pero me cogió las muñecas y las pegó al colchón a ambos lados de mi cabeza, con una mirada repentinamente seria.

—Necesito saberlo todo. Quién te ha besado. Con qué te lavas el pelo. Cuántas veces tienes que chupar una piruleta para acabártela. —Su mirada se endureció—. Y si tengo que volver a atarte para obtener respuestas, lo haré.

Acababa de amenazar con atarme y debería haberme preocupado, pero no lo hice. Mi corazón adoraba todo lo que había dicho y se me derritió en el pecho como chocolate. Era imposible enfrentarse a Ronan cuando sacaba su lado semitierno. Y no me apetecía que me volviera a atar.

—Tú primero —dije sin aliento.

Por su expresión sin entusiasmo, no pensé que fuera a hacerme caso, así que me sorprendí cuando dijo:

—¿Qué quieres saber?

Oh, muchas cosas. Aunque, ahora que tenía permiso para hacer preguntas, todas se me fueron de la mente. Resultaba difícil pensar con él sentado encima y su boca tan cerca de la mía. Si quería indagar en mi casi inexistente vida sexual, tenía que ser igual de transparente.

—¿Con cuántas mujeres has estado?

—No tengo ni idea, pero puedo decirte cuántos coños me he comido.

—¿Y?

—Cuatro.

Oh. Ese número era mucho más bajo de lo que me esperaba. Aunque, aun así, eran tres más de lo que prefería pensar. Me mordí el labio mientras me preguntaba por qué no lo hacía a menudo.

—¿No te gusta?

Una sonrisa se dibujó en sus labios y besó el hueco detrás de mi oreja.

—No está mal.

Me estremecí.

—Entonces, ¿por qué solo cuatro?

—Porque me recuerda a mierdas en las que prefiero no pensar.

El pecho se me llenó de repente de inquietud. Estaba quieto con una postura relajada mientras sus labios recorrían mi cuello y succionaban con la suficiente intensidad para dejar tras de sí otro chupetón, pero mi imaginación daba vueltas con una fría realidad que me resultaba difícil de asimilar.

—No tienes que contarme nada... pero mi cabeza se está imaginando lo peor ahora mismo.

Se rio contra mi garganta.

—Probablemente no se equivoca.

Se me tensaron los músculos.

—Ronan...

—Relájate. Nadie abusó de mí. Al menos, no en ese sentido.

Exhalé y mi cuerpo se distendió, pero seguía demasiado afectada como para disfrutar del roce de su boca. Por la breve pausa que hizo, supe que se había percatado de mi incomodidad y suspiró.

—Mi madre era una drogadicta, *kotyonok*. No me habría extrañado haber nacido igual que ella. —Deslizó los labios por mi frenético punto de pulso en el cuello como si estuviera intentando tranquilizarme—. Follaba para poder costearse sus hábitos y normalmente estaba tan colocada que no tenía ni idea de a qué estaba sometiendo a sus hijos. Mi hermano se llevó la peor parte. Yo simplemente me familiaricé mucho con lugares decentes en los que un niño de cinco años se podía esconder.

Todo mi cuerpo se congeló excepto por el ardor que sentía en los ojos.

—Tu hermano sufrió... —No pude decir el resto, pero no tuve que hacerlo.

—*Da*.

—¿Y tú tuviste que...? —«¿Mirar?».

—*Da*.

Dios mío. Estaba a punto de vomitar. ¿Cómo podía una madre hacerles eso a sus propios hijos? Pensar en la falta de amor y el miedo que Ronan y su hermano debieron de sentir me desgarró el corazón.

Tras un momento de silencio, Ronan se alejó para ver las lágrimas que me resbalaban por las mejillas.

—Joder —maldijo en voz baja—. Ya te he dicho que no me pasó nada.

Sacudí la cabeza, porque el hecho de que pudiera verlo de esa forma y mostrarse tan indiferente me decía que había experimentado cosas que nadie debería experimentar jamás.

Una lágrima me mojó los labios. La chupó y me besó, despacio y sin parar, hasta que encontré las ganas de devolverle el beso. El estrés se disipó con el tacto de su boca mientras una semilla de calor florecía.

Interrumpió el beso.

—Te toca.

¿Qué? Ah, sí. Sus preguntas.

—Mmm... dos —dije vacilante—. Dos me han tocado... así.

Emitió un sonido áspero.

—*Dyove mertvetsov*. —«Dos hombres muertos».

Fruncí el ceño.

—No voy a contarte nada si vas a matar a gente por ello. —Era curioso que tuviera que aclararlo... pero en esas estábamos.

Su mirada se oscureció.

—¿Es Ivan uno de ellos?

—No.

La expresión en sus ojos se tranquilizó.

—Está bien. Pueden vivir.

—Qué amable por tu parte —respondí de forma seca.

—Continúa.

Tras un momento de reflexión, dije:

—Cinco hombres me han besado. Cuando no estoy secuestrada, me lavo el pelo con champú de la marca Pacifica. Y tengo que chupar una piruleta trescientas ochenta y ocho veces para acabármela.

Le hizo gracia que supiera la respuesta a esa pregunta.

—Joder.

Esa simple palabra no dijo nada y lo dijo todo al mismo tiempo.

—¿Tu curiosidad ya está satisfecha? —le pregunté.

Sentí calor en su mirada, entonces me soltó las muñecas y me acarició los labios con el pulgar.

—*Nyet*.

Su tacto era ardiente y despertó un fuego dentro de mí. Mis respiraciones se volvieron entrecortadas. Me quemaba el pecho. Estaba en el fondo de una piscina con mi melena rizada flotando brillante. Y ya no me importaba si me ahogaba.

—¿Vas a follarme de una vez? —pregunté.

Me mordisqueó el cuello y gruñó:

—*Da*.

Puede que *D'yavol* me hubiera robado el aliento.

Pero yo le había entregado mi corazón.



El sudor me formaba riachuelos en la espalda, tenía el pelo mojado y pegado a la piel, y mis músculos eran gelatina, blandos y maleables mientras Ronan me ponía en todas las posturas sexuales conocidas por el ser humano. Ya habríamos gastado tres condones si los hubiéramos usado. Yo lo había intentado.

—Espera —había suspirado casi dos horas atrás antes de que Ronan me la metiera—. Condón.

—Llevas un DIU.

—Los condones no solo sirven para evitar los embarazos.

—Ya he estado dentro de ti sin protección. Si tengo algo, tú lo tienes también.

—Eso me tranquiliza.

Se rio con voz áspera.

—Estoy limpio, *kotyonok*. —Entonces me rellenó con tanta perfección que puse los ojos en blanco y mi cerebro se apagó.

Ahora estaba tumbada sobre mi espalda con las piernas sobre sus hombros mientras me follaba tan duro que lo sentiría durante una semana. Mis gemidos retumbaban con cada embestida, clavándole las uñas en sus gruesos muslos. Era menos humano y más *D'yavol* cuando follaba. Parecía tener un aguante interminable y una especie de motivación criminal, como si estuviera haciendo algo que no debía pero disfrutando de cada momento.

Bajó el ritmo y susurró:

—¿Cuántos llevamos?

Solté un gemido atormentado y dejé caer la cabeza sobre el colchón.

—No... no puedo. Otra vez no.

Bajó mis piernas de sus hombros, se apartó de encima y me empezó a morder el cuello.

—Creo que sí que puedes.

Con un suspiro, giré la cabeza para facilitarle el acceso.

—¿No tienes que irte a trabajar?

Sentí su sonrisa.

—Ahora mismo estoy cobrando por follarte.

—Pero ¿un verdadero salario?

Se rio.

—*Da*.

El sonido de su risa tuvo un fuerte impacto en mi pecho, giré la cabeza y le atrapé los labios con los míos. Gimió sobre mi boca y me folló lentamente. Mis dedos viajaron por su espalda prendados de su tacto. No pensaba que pudiera cansarme nunca, por mucho que lo tocara o por muy cerca que estuviera.

—¿Cuántos llevamos, *kotyonok*? —preguntó contra mis labios.

—Cuatro —respondí a regañadientes. Me había hecho contar cada orgasmo que me provocaba y sabía que no sobreviviría a otro—. Soy virgen. No puedo con más.

—Ya no eres virgen. Tuve la prueba de ello por toda la polla.

¿Quién decía que el romance había muerto?

Me succionó el labio inferior y lo soltó con un mordisco.

—Me has rechazado durante días. Tengo que recuperar el tiempo perdido con este coño.

—Soy demasiado joven para morir —me quejé—. Solo tengo veinte años.

Se quedó quieto y una mirada siniestramente divertida se encontró con la mía.

—Joder. Había olvidado tu edad. No me ha venido nada bien recordarla ahora mismo.

—¿Te molesta? —pregunté mientras mis uñas acariciaban su espalda de arriba abajo.

Sus ojos se quedaron a media asta.

—No lo suficiente. —Acompañó la afirmación con una profunda embestida que me hizo gemir. Una áspera palma encontró uno de mis pechos y lo apretó.

Le envolví la cadera con las piernas y suspiré cuando me succionó un pezón con la boca. Era tan fácil olvidarlo todo cuando estaba dentro de mí. Pero quería ser más que simplemente otra mujer en su cama. Quería conocerlo por dentro y por fuera. Porque era mucho más que un simple tono de blanco o de negro.

—¿Eras tan gris con veinte años? —pregunté. Esas palabras no tenían sentido, no habrían tenido sentido para nadie más, pero Ronan solo tardó un par de segundos en comprender el significado.

—*Nyet*.

Me estremecí ante la oscuridad y la verdad que albergaba su voz. Si tuviera veinte años, las cosas habrían sido muy muy diferentes. Nunca me había importado su edad, pero ahora apreciaba su experiencia todavía más.

Su boca viajó por mi cuello, dejando un rastro caliente y húmedo mientras me follaba sin prisas como si tuviera toda la semana para hacerlo.

Intenté parpadear para ver a través de la bruma de placer.

—¿Estabas en la cárcel?

—No. Salí cuando tenía dieciocho.

—¿Cuándo entraste?

—A los catorce.

—¿Qué pudiste hacer con catorce años? —pregunté horrorizada.

Sonrió contra mi cuello.

—Le corté la polla a un político y se la metí en la garganta.

Tragué saliva. No debería haber formulado esa pregunta. Mi cuerpo debería haber echado a correr tras esa respuesta. Pero ya sabía que Ronan no era un príncipe azul. Y de alguna forma también sabía que el hombre al que había matado se merecía eso y probablemente más.

Apoyó las manos una a cada lado de mí y se levantó para poder mirarme a los ojos.

—¿Qué? ¿No vas a hacer comentarios sobre mi oscura alma?

Le sostuve la mirada durante un momento antes de decir suavemente:

—No.

No parecía contento con mi respuesta.

—No deberías dejar que te follara.

Me di cuenta de que se sentía culpable por haber aceptado algo que pensaba que no merecía. Cuanto más hablaba, más me enamoraba. Debería haberme callado y haber dejado que me robara

otro orgasmo, pero de repente sentí la necesidad de darle algo que nunca le había dado a nadie más: la verdad.

—Siempre lo he sabido, ¿sabes...? Siempre he sabido el tipo de hombre que es mi padre. —Sentí que se me taponaba la garganta—. Mató a alguien, una mujer, cuando era pequeña. La vi desplomada sobre su propia sangre. Y me obligué a olvidarlo, porque no quería creerlo. Pero nunca lo he olvidado realmente; solo que se me da bien mentirme a mí misma. No soy el ángel que mi padre dice que soy... —Una lágrima se me deslizó por la mejilla—. Ni siquiera soy una buena persona.

—*Kotyonok*. —Ronan se rio—. Tengo la polla dentro de ti, y tú estás llorando por tu padre.

Sonó un poco ridículo cuando lo dijo así.

—Solo quería...

—Sé lo que estabas intentando hacer. Y es adorable. Pero sigue habiendo una gran diferencia entre tú y yo. —Los tatuajes de las estrellas náuticas en sus hombros brillaban de color negro bajo la luz del sol—. Nunca vas a pedirme más de lo que te puedo dar. —Una oscuridad le nubló la mirada y me agarró la garganta con una mano mientras me acariciaba con el pulgar un chupetón que él mismo había hecho—. Yo ya te he quitado todo lo que me puedes dar. —Le sostuve la mirada con el corazón palpitando con fuerza contra las paredes de mi pecho—. Y ahora voy a coger un poco más.

Capítulo 41

tacenda
Aquellas cosas que son mejor no decir.

Mila

Todavía tenía la respiración acelerada. Ronan acababa de bajarse de encima de mí. Esa sencilla acción me dejó fría por dentro y, para distraerme de la sensación de pesadez, necesitaba irme o entablar conversación. Me decanté por la segunda opción.

—¿A qué me dijiste que te dedicabas aquella noche cuando te lo pregunté?

—Entré en detalles sobre mi negocio de deshollinador —respondió vagamente.

Parpadeé.

—Estás de coña, ¿verdad?

—*Nyet.* —Se rio y se pasó una mano por el pelo—. Nunca pensé que una mujer se me arrojaría encima después de decirle que ganaba el salario mínimo.

Un rubor me tiñó las mejillas ya sonrojadas... incluso ahora, que yacía desnuda junto a *D'yavol.*

—No te oí.

—Ahora lo sé. Estabas demasiado ocupada reuniendo el coraje para atacarme.

—No te ataqué. —Fruncí el ceño—. Esa es una palabra muy agresiva.

Se rio.

—Aquella noche estuviste muy dulce. No esperaba que acabaras la noche prácticamente suplicándome que te follara en un pasillo público. —Tras pensarlo, añadió—: Estuve a punto de hacerlo.

Por eso me había empujado de repente. Me encantaba saber que surtía ese efecto en él, a pesar de que se suponía que debía odiarme por ser hija de mi padre.

Me giré para mirarlo y me apoyé sobre el codo.

—¿De verdad pensaste que me iba a tragar que eras deshollinador?

—No lo sé —confesó, y me miró con expresión divertida—. Me mirabas como si fuera un dios. Pienso que te habrías creído cualquier cosa que te contara, incluido lo de ser deshollinador.

Había una gran cantidad de motivos por los que nunca pasaría por un operario, y la más evidente era su riqueza. Sin embargo, decidí confirmar que no me habría creído su mentira poniendo los ojos en blanco y diciendo:

—No cabrías en una chimenea.

Se rio con ganas.

—Perdón por subestimar tus habilidades de razonamiento deductivo.

Reprimí una sonrisa.

—Disculpas aceptadas.

Mientras le sostenía su oscura mirada, la diversión se desvaneció, y un tenso silencio se abrió paso en la habitación. Me presionó tanto la piel desnuda y el corazón que sentí una necesidad repentina de espacio. No obstante, una vez más, Ronan me retuvo por la muñeca.

—¿A dónde vas?

—A mi habitación —respondí casi sin aliento.

—¿Por qué?

—Para darme una ducha. Y luego voy a buscar algo para picar, porque me has dejado sin desayuno.

—*Nyet* —fue lo único que dijo antes de soltarme.

—¿No?

—Yulia va a subir algo de comer. Y puedes ducharte en mi baño.

Fruncí el ceño.

—¿Tienes conexión telepática con tu ama de llaves?

Sonrió y señaló el móvil en su mesita de noche.

—Por suerte para ella, solo tecnológica.

No me había dado cuenta de que le había escrito, aunque tampoco debería sorprenderme, su cuerpo desnudo me distraía bastante. Muchos centímetros de puro hombre. Era perfectamente imperfecto (desde sus cicatrices a sus tatuajes toscos), un cuerpo forjado en hueso, músculo y fuego. Quería trazar cada línea de tinta de su piel con la lengua. Otro deseo me ardió en el pecho y subió a la superficie en una emoción desesperada: quería llamarlo «mío».

Me senté a horcajadas sobre sus caderas y apoyé las manos a ambos lados de su cabeza mientras respiraba pesadamente.

—A veces estoy convencida de que eres inmortal.

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Solo diabólico.

Con aire ausente, le toqué la punta afilada del colmillo. Poner el dedo cerca de la boca de *D'yavol* era un juego peligroso, pero apretó los dientes con suavidad sobre mi dedo. Lo saqué, se lo pasé por la cicatriz del labio y sentí el impulso de decir en voz baja:

—Eres mucho más que eso.

Notaba una sensación de pesadez y ligereza en el pecho al mismo tiempo. A continuación, el espeso silencio se vio interrumpido por un golpe en la puerta. Desnuda como vine al mundo, dirigí la mirada hacia el origen del ruido mientras Ronan decía:

—Adelante.

Entré en pánico, salté de la cama y me metí en el baño a la velocidad de la luz entre suaves carcajadas de Ronan. No le parecería tan gracioso si Yulia me pillara fornicando con el amo, me matara clavando una aguja en el corazón de una muñeca de vudú y destruyera sus posibilidades de venganza.

Cerré el baño de un portazo y apoyé la espalda sobre la puerta.

No tenía ni idea de qué estaba haciendo con Ronan, pero sabía que había algo en ello que me resultaba adecuado.

Por supuesto, mi mente me recordó las muchas razones por las que no debería involucrarme con *D'yavol,* entre ellas:

- Me había secuestrado.

- Tenía planeado asesinar a mi padre a sangre fría.
- La noche anterior me había enviado a dormir con los perros.

El conflicto de mi interior me carcomía. Me arrastré hasta la ducha, abrí el agua caliente y me metí debajo del chorro. Mientras el agua corría sobre mí, pensé muchas cosas, pero no llegué a nada. En todo caso, después de esta experiencia, sabía con certeza que nunca me casaría con Carter. Un matrimonio sin pasión no entraba en mis planes de futuro, y reconocerlo me quitó un peso de encima. Pero no alivió el de las otras verdades.

Incluso teniendo en cuenta las mentiras de mi padre, su carácter criminal y sus ausencias, seguía pareciéndome imposible imaginar una vida sin él. Era mi familia, mi padre, la persona a la que acudía siempre en busca de respuestas. Y cuando se intercambiara por mí, dejaría de existir. Esa idea me oprimía el pecho con tanta fuerza que estaba segura de que me saldría un moratón.

Egoístamente, me aterrorizaba estar sola. Ya no sabía qué sentía Ivan por mí y sabía que no podía pedirle que se quedara a mi lado solo porque me diera miedo estar totalmente sola... El humo del cigarrillo y la risa de madame Richie aparecieron detrás de mis ojos cerrados y me nublaron la mente con un olor a clavo y a ruina. No estaba segura de si lo que me caía por la cara era el agua de la ducha o las lágrimas cuando un brazo me rodeó la cintura. Me tambaleé ante el contacto, y no me resistí cuando Ronan me atrajo a su pecho.

El desastre acechaba desde la distancia, pero el calor de su cuerpo se llevó el frío de mi interior. Antes detestaba su tamaño y su fuerza, pero ahora me recosté sobre él sabiendo que no me dejaría caer. Todavía.

Ronan presionó la cara contra mi cuello con un grave gemido.

—*Inogda bol'no smotret' na tebya*.

No me tradujo la frase, pero tampoco hacía falta. Había entendido lo que había dicho. «A veces me duele mirarte». Ahora estaba convencida de que no era solo agua lo que me caía por las mejillas.

Todo este tiempo, este hombre había estado al otro lado del Atlántico.

Y quizá... solo quizá, mi alma siempre lo había sabido.

Capítulo 42

nefelibata
Persona que vive en las nubes de su propia imaginación.

Mila

El sol brillaba, proyectaba un resplandor detrás de mis ojos cerrados y me acunaba en la suave calidez del paraíso celestial. Aunque el dolor que sentía entre los muslos era la personificación del mismísimo harén de Satán.

Abrí los ojos y descubrí que estaba sola en la cama de *D'yavol*. Me quedé mirando el techo mientras el recuerdo del día anterior me golpeaba con fuerza.

No estaba segura de que Ronan se hubiera percatado de mi minicrisis en el baño, tal vez lo había hecho y, por eso, había tomado la iniciativa de ducharme él mismo. Me había lavado el pelo, el cuerpo... pero no la conciencia.

Mi mente funcionaba al revés y mi memoria rebobinó hasta el momento en que me había corrido con la cabeza hacia atrás bajo el agua de la ducha. Con cada embestida, me deslizaba por la pared de la ducha con las piernas agarradas a sus caderas. Respiraciones entrecortadas y palabras en ruso. Estrellas en sus hombros. Estrellas en mis ojos.

Me había apoyado sobre mis pies, dado la vuelta y puesto en cuclillas. Él se había introducido en mí desde atrás. Mi frente se había pegado a la pared mientras mis manos se deslizaban por la piedra. Su mano en mi garganta; sus labios en mi oreja.

—*Moya. Vse moya*. —«Mía. Toda mía». Unos brazos tatuados se habían pegado a la pared junto a los míos. Espuma y piel y un cuervo que decía «nunca más». Mi pecho albergaba un frágil corazón de papel que sabía que, pronto, este hombre se escaparía de entre mis dedos como otra Leonora perdida de un poema de Edgar Allan Poe.

Regresé al presente con los brazos abiertos entre sábanas negras como los de un ángel de nieve, antes de que el ayer me volviera a atrapar.

Tras la ducha, había sido incapaz de encontrar mi ropa, así que había rebuscado en el armario de Ronan y me había puesto una de sus camisetas. Habría sido una acción muy normal y cotidiana si no hubiera sentido la necesidad de examinar la tela, en busca de manchas de sangre, antes de ponérmela.

Era la hora de comer y el sexo me había dejado hambrienta. Me senté en la cama y llené mi estómago vacío con la comida que Yulia había traído, mientras Ronan se ponía un bóxer y hablaba por teléfono. Con un pensamiento masoquista, me pregunté si sería Nadia la que estaba al otro lado. Luego encontré consuelo en el hecho de que probablemente solo era un secuaz a quien Ronan le estaba ordenando que ahogara a alguna pobre alma en un retrete.

Ronan seguía hablando por teléfono cuando su mirada me encontró sentada con las piernas cruzadas en su cama, poniéndome las botas. Tras acercarse a mí con un titileo en los ojos, me robó una zanahoria del plato y me la acercó a la boca. Le dediqué una mirada seria. Si pensaba que me había provocado el síndrome de Estocolmo hasta el nivel de que le dejara alimentarme con la mano, estaba más loco de lo que pensaba.

Le mordí el dedo.

Con una risita, mordió la punta de la zanahoria y caminó hacia la ventana para seguir con su conversación. Su figura bloqueaba la luz y la sombra que proyectaba tenía alas como las del demonio tatuado de su espalda. Pero ahora su oscuridad irradiaba más calor que el sol.

Después de comer, me impacienté mientras esperaba a que Ronan terminara su llamada, así que, naturalmente, empecé a apretar los

interruptores que había en la pared junto a la mesita de noche. Una persiana empezó a deslizarse hacia abajo por la ventana. En un intento desesperado de hacer que parara y no mostrar mi inmadurez con los botones, los apreté todos. Las luces se encendieron y una música llamativa empezó a sonar. Un armario encastado en la pared se abrió para revelar una televisión de pantalla plana. Luego, la lámpara empezó a dar vueltas como una bola de discoteca y sus cristales en forma de lágrima se reflejaron en las paredes.

La situación se había vuelto curiosa...

Compungida, dirigí la mirada hacia Ronan mientras las luces brillaban de forma romántica, las persianas estaban bajadas al azar y sonaba *jazz* desde unos altavoces escondidos. Me mordí el labio para aguantarme la risa y solté:

—Ups.

La expresión seria de Ronan, como si hubiera interrumpido una reunión de directivos muy importante, solo me hizo más gracia. Devolvió la habitación a su silencioso letargo, y no pude contenerme más.

—No sabía que tenías una faceta tan romántica.

Sus labios se curvaron.

—Todo ese numerito venía con la casa.

Me reí ante su reacción.

—Debería haberlo imaginado. Había polvo en el interruptor de la lámpara. —Apoyé la cabeza en el cabecero y dije—: Espero no haber interrumpido tus planes para acabar con la idea de paz mundial para siempre. —Chillé como una niña cuando me cogió del tobillo y me arrastró por la cama.

—Creo que eso era exactamente lo que pretendías —respondió, mientras colocaba las manos a los lados de mi cabeza—. ¿O te estaba aburriendo?

Vibré bajo su cercanía cuando su calor corporal encontró la forma de colarse bajo mi piel. Cuando me lamí los labios con excitación, su mirada siguió el movimiento. Sin aliento, asentí. Entonces su boca rozó la mía tan despacio que sentí dolor en el pecho. Tan despacio que ni siquiera era un beso. Eran todas las palabras que nunca podríamos decirnos. Sus labios se alejaron de los míos, y el aire se

volvió tan pesado y espeso que sentí presión en la parte trasera de los ojos. Para esconder mi reacción, me obligué a decir:

—Espero que uno de esos botones no haya lanzado un proyectil para destruir la Luna.

Una sonrisa rozó sus labios mientras se echaba hacia atrás para mirarme desde los pies de la cama.

—Supongo que tendrás que esperar y comprobarlo.

—Sin la Luna, puede que experimentemos una era glacial.

—Y no te gusta llevar pantalones, así que no podemos permitirlo. —Me agarró del tobillo, me dio un mordisco en el empeine y succionó mi dedo gordo. Exhalé mientras, curiosamente, sentía calor en todo el cuerpo y le empujé la mejilla con el pie. Se rio.

—Los vestidos son una manera apropiada de vestir —respondí.

—Para ti, no estoy de acuerdo. —Trazó un camino de besos y mordiscos por mi pierna, y gemí cuando alcanzó el interior del muslo. Mi clítoris vibraba con deseo, pero lo que quería no tenía nada que ver con su boca entre mis piernas, y tampoco con lo que me había contado sobre su pasado, sino con que tenía un tiempo limitado con este hombre.

Lo agarré del pelo y pegué sus labios a los míos, que apenas los rozaron, pero aun así ardieron.

—¿La cama también da vueltas? —pregunté.

—Por desgracia no —respondió con humor, luego su voz se volvió áspera—. Pero sí que sacude.

El resto del día transcurrió entre sexo, comida y comedias rusas.

Y, sin duda ninguna, fue mi presente feliz favorito hasta la fecha.



Desayuné sola. Ronan debía de haberse ido a Moscú antes de que me despertara, y la falta de su presencia intensificó la inquietud que sentía en el pecho. Le había dado exactamente lo que quería, ¿así que ahora ya no tendría reservas a la hora de entregarme a cambio de mi padre?

Me mordí el labio mientras deambulaba por la casa aturdida en busca de algo que hacer, cualquier cosa que distrajera mi mente de sus horribles cavilaciones. Me detuve en seco al ver a la silenciosa sirvienta en la lavandería.

—Oh, has vuelto.

Con un violento indicio de incertidumbre en la mirada, agachó la cabeza y se centró en la colada que estaba doblando con movimientos nerviosos. Me percaté de que tenía mejor aspecto que nunca. Normalmente estaba muy pálida, muy frágil, pero hoy un brillo saludable le iluminaba la cara. Unos días atrás, Ronan me había dicho que su desaparición no era «asunto mío», y de repente comprendí que él era el responsable del cambio en su apariencia.

No tenía nada mejor que hacer, así que me acerqué, cogí una toalla y empecé a doblarla. Se tensó y siguió mirando hacia abajo, pero cuando se acercó una mano temblorosa a la mejilla me di cuenta de que se estaba secando una lágrima. Tenía que arreglar las cosas entre nosotras.

—Sé que me envenenaste —dije simplemente antes de coger otra toalla.

Se le cayó una de las camisetas interiores de Ronan mientras sus ojos rebosantes de terror se clavaban en mí.

No sabía qué le había llevado a servirme una taza llena de cianuro, pero tenía la sensación de que era uno de esos momentos grises de la vida que no se podían categorizar.

—Te perdono, ¿sabes? Pero, por favor, no lo vuelvas a hacer. Fue una mierda.

No sabía cuánto español entendía, aunque imaginé que había captado el mensaje por la mirada incrédula que me dedicó durante un largo rato mientras doblaba las toallas del baño.

—Lo siento —dijo finalmente en voz baja con lágrimas en las mejillas—. Te prometo que no lo *volverré* a hacer.

Su fuerte acento me resultó entrañable, y una cálida sonrisa se dibujó en mis labios.

—Ahora que ya nos hemos quitado esto de encima, ¿cómo le gusta a Ronan que le doblen la ropa interior?

Unos ojos llorosos se deslizaron hasta los calzoncillos que tenía en la mano y un diminuto ápice de diversión se reflejó en ellos, lo cual imaginaba que no había sucedido en mucho tiempo. Entonces cogió otro par y me enseñó a doblarlos correctamente. Ese simple momento llenó otro agujero que ni siquiera sabía que existía en mi corazón.

Capítulo 43

fudgel
Fingir trabajar y no estar haciendo nada en realidad.

Ronan

Albert agarró al banquero por el cuello de la camisa y le dio un puñetazo en la cara. Sangre y saliva volaron por el aire. Me recliné en la silla de mi escritorio y me vi un pelo rubio en la manga de la camisa. El primer impulso fue arrancármelo como si fuera una cepa de bacterias carnívoras. Era un pelo amarillo. Últimamente, ese color me oprimía el pecho a niveles ridículos.

La sensación era de karma.

Sabía que me alcanzaría. Y ahí estaba, sintiéndome incómodo por un solo pelo de Mila. Se aferraba a mí incluso cuando no estaba presente. Su olor veraniego, la sensación de sus piernas a mi alrededor, el sonido de su risa... Todo eso se me había clavado en la piel a mayor profundidad que las garras.

El puño de Albert voló. La mandíbula del banquero crujió y un diente cayó en mi escritorio.

El karma podría haberme dado algo más sencillo con lo que lidiar, como una bomba atómica inminente o un desastre nuclear. Pero no, me había castigado dándome sentimientos. Menudo cabrón.

Albert se puso a darle patadas en las costillas. El hombre intentó protegerse de los impactos con los brazos. Mala decisión. Una bota se estrelló contra su cabeza, aunque apenas presté atención, porque todavía tenía la mente atrapada entre nubes esponjosas inducidas por Mila.

Había estado dentro de ella las veces suficientes para memorizar cada centímetro de su cuerpo. En ese sentido, mi curiosidad debería estar satisfecha, aunque la satisfacción era la sensación de un trabajo bien hecho; no la necesidad imperiosa de hacerlo una y otra vez hasta mi muerte.

Los gemidos de dolor de Sergey llenaron la habitación mientras yo seguía mirando el pelo en mi manga, deleitándome con que estuviera ahí y odiándolo al mismo tiempo.

Me gustaría pensar que mi interés en Mila se limitaba a su cuerpo, pero nunca había hablado con una mujer tanto como con ella sin experimentar un aburrimiento suicida. Y, aun así, era yo el que entablaba conversación incluso con la polla dentro de ella solo para oír lo que su boca tenía que decir. La verdad era que... Mila podría tener ortodoncia y lepra y, aun así, querría follármela de todas las maneras posibles por el resto de mi vida.

Me pasé un pulgar por el labio, asimilando esa incómoda realidad mientras Albert agarraba a Sergey por el pelo y lo estampaba contra la pared. La mesa auxiliar se rompió bajo el peso del banquero.

Menos de cuarenta y ocho horas. Era lo que me quedaba hasta el trato con Alexei. Era él el que estaba condenado a muerte, pero, de algún modo, sentía que me estaba jodiendo a mí mismo. Los minutos que pasaban se burlaban de mí y me provocaban una sensación de nerviosismo bajo la piel que no podía quitarme de encima.

La cabeza de Alexei a cambio de Mila ya no me parecía un trato justo. Ella valía millones más... y la puta Torre Eiffel. Mientras la tensión se apoderaba de mi cuerpo y me abrasaba el pecho, pensé en pedir exactamente eso.

Tendría más tiempo. Más tiempo para sacarme a Mila de la sangre. Aunque, si todo seguía igual, solo conseguiría meterse más aún. Por no hablar de que esta reunión me decía que lo único que no tenía de mi lado en este momento era el tiempo.

Albert limpió la pared con la cara de Sergey. Cayeron marcos de fotos y los cristales se rompieron en el suelo. Cualquier otro día, le habría dicho algo a Albert acerca de destruir mi despacho, pero solo

podía centrarme en el recuerdo que me había dejado Mila y en que, pronto, sería lo único suyo que podría encontrar.

Me sentí como si se me clavara un hierro candente en las costillas al pensar en echarla a los brazos de los hombres de Alexei. El hecho de que Ivan fuera uno de ellos me hizo rechinar los dientes. Al parecer, los celos consistían en imaginarse a uno mismo estampando la cabeza de otro hombre contra la pared. Cinco veces. Una siniestra sensación se extendió por mi cuerpo, diciéndome que era mía, cada centímetro amarillo y dulce de su cuerpo, los corazones de sus ojos.

Albert estrelló la cara de Sergey contra el escritorio y la sangre me salpicó las manos tatuadas, las mismas que separarían la cabeza del padre de mi Mila de su cuello.

Ella me había dado su perdón.

Yo solo podía entregarle más que venganza.

Me quité el pelo de la manga y dejé que cayera en la sucia alfombra.

—¡Me reuní con él! —jadeó Sergey en ruso finalmente, encogido contra la pared por el último puñetazo que había recibido en el estómago. Lo tenía tan acolchado que me sorprendía que lo hubiera sentido.

—Me... me reuní con Alexei —repitió desviando los ojos hinchados de Albert hacia mí.

—Eso lo sabemos —espeté arrastrando las palabras, y me recliné en la silla—. Espero que ese encuentro fuera porque Alexei y tú estáis liados en secreto.

—¿Qué? —Me miró boquiabierto—. No...

—Porque si no estabais follando, me lleva a suponer que estabais hablando de negocios. —Endurecí la mirada—. De mis negocios. Entonces ¿qué es? ¿Te estabas follando a Alexei o eres una puta rata?

Por su expresión, lo había puesto en una posición imposible. Se limpió la sangre de la nariz con el dorso de la mano con la mirada fija en la salida que nunca atravesaría.

—No... no hablamos de nada, lo juro —dijo Sergey—. So-solo me hizo unas preguntas...

—Como quién iba a metérsela a quién. —Asentí como si lo comprendiera.

Se puso nervioso y farfulló:

—¡No! ¡No tuve elección! ¡Tenía una pistola apuntándome a la cabeza!

Arqueé una ceja.

—Así que tú eras el pasivo.

Su rostro magullado adquirió un tono escarlata.

—¡No follamos! ¡No soy gay! Alexei me preguntó sobre acciones y activos líquidos, y me pidió si podía redirigir parte de tu dinero a una cuenta en el extranjero. Me dijo que, si lo hacía, me daría el diez por ciento. —Tenía la respiración entrecortada y, cuando se dio cuenta de lo que acababa de confesar, le tembló la papada—. Ay, Dios mío.

Sonreí con veneno.

Sergey se sacó un pañuelo del bolsillo con las manos temblorosas y se limpió el sudor de la frente.

—¡Puedo arreglarlo! Déjame arreglarlo. Por favor... —gimió—. Tengo familia.

Alexei no iba a rendirse fácilmente. Cualquier otro asumiría que su plan maestro consistía en redirigir todos mis fondos para que no pudiera pagar a mis distribuidores y, por lo tanto, a mis hombres, lo cual destruiría su lealtad y me dejaría viviendo una vida triste y solitaria como operario. Y lo de limpiar chimeneas estaba descartado. Sin embargo, conociendo a Alexei, esta era solo una distracción molesta de las muchas que estarían por venir.

—Alexei no te ofreció el diez por ciento —declaré.

Sergey tragó saliva.

—No sé de qué hablas.

Alexei podía ser un animal acorralado en este momento, pero árbol que nace torcido nunca su rama endereza. Ese hombre se aferraba a sus centavos como si cada uno implicara un día más de vida. Su codicia era uno de los motivos por los que me había resultado tan fácil abrirme camino desde el fondo de sus filas hasta estar ahora sentado en un cómodo sillón de cuero.

—Hoy en día hacen prótesis excelentes —señalé.

Sergey me dirigió una mirada furtiva.

—No... no lo entiendo. —Estaba sudando.

Entrecerré los ojos con aire pensativo.

—Supongo que no podrás teclear igual de rápido, pero al menos podrás limpiarte el culo.

El banquero abrió los ojos como platos y se miró las manos al comprenderlo.

—E-espera...

—He leído que ahora las prótesis de manos pueden incluso jugar a piedra, papel o tijera —intervino Albert.

—A piedra, papel o pinzas —corregí mirando a Albert—. Todavía no pueden hacer la tijera.

—En ese caso, seguro que es porque no tienen a una mujer en el equipo —comentó Albert, divertido.

Me reí.

—¡Me ofreció una chica!

Devolví la atención a Sergey.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—M-me ofreció una chica.

Golpeé el escritorio con un boli para ocultar mi repugnancia y espeté arrastrando las palabras:

—Así que todavía trafica con cuerpos.

Sergey se removió, incómodo.

—¿Qué aspecto tiene esa chica? Seguro que te enseñó una foto.

Rebuscó en su cartera y sacó una foto pequeña. Fue incapaz de disimular un brillo de orgullo en la mirada al dejarla sobre mi escritorio. Me la acerqué con el dedo. Parecería una foto policial si no fuera porque salía una chica desnuda de frente que no tendría más de dieciocho años, de pie ante una pared blanca teñida de amarillo por el humo del tabaco. A pesar de su belleza, su apariencia estaba empañada por los moratones y la mirada vidriosa de la heroína.

—Definitivamente, está por encima de tu esposa.

Sergey no sabía si debería sentirse ofendido, si estaba mal decir que la esclava que había comprado era más guapa que su esposa, pero al final se lo tomó como un cumplido.

—Es de Francia... de París.

—Ah, de la ciudad del amor. Qué romántico. Aunque, con todos los golpes que le han dado, puede que no tenga muchas palabras amorosas para ti.

Se le endureció ligeramente la mirada.

—Ya aprenderá.

Sonreí.

—Tal vez, pero no le enseñarás tú.

Albert sacó su pistola y un tiro resonó en el aire. El cuerpo de Sergey cayó al suelo con un sólido golpe, con el sueño del sexo con su esclava menor de edad todavía en la mirada.

Revolví los papeles manchados de sangre, los grapé y se los pasé a Albert.

—Lleva esto al banco y dile a Leonid que necesito un banquero nuevo. —Dejé la foto de la chica sobre los papeles—. Y quema esto.

—¿Qué quieres que haga con él? —Albert empujó la pierna de Sergey.

—Úsalo como objetivo para prácticas de tiro. Dáselo de comer a los peces. Me la sopla.

—Parece ser que últimamente te la sopla todo. Bueno... menos una cosa.

Le dirigí una mirada rígida.

—¿Por qué sigues aquí? El banco cierra dentro de una hora.

Cogió los papeles del escritorio.

—Acaba de llegar el camión, pero se ve que tengo unos papeles muy importantes que entregar.

Albert me estaba regañando por estar tan distraído, pero me negaba a seguirle la corriente.

—Yo me encargaré del camión —espeté, y me levanté. Pasé por encima del cuerpo de Sergey de camino a la salida.

Entré en la trastienda y me encontré un burdel. Andrei tenía los pantalones por los tobillos mientras se follaba a una mujer contra una estantería mientras ella le rodeaba las caderas con las piernas.

Con la irritación en aumento, mi mirada se deslizó a Kostya, que estaba sentado ante la mesa de juego y se metía un puñado de cacahuetes en la boca. Su hermano pequeño Vadim observaba con los ojos muy abiertos y sin pestañear a la pareja que follaba. A su

edad, yo ya practicaba sexo, pero no era precisamente un modelo a seguir.

Antes esa escena no me habría molestado, pero ahora me recordaba al sexo con Mila. Parecía que ese día no podía pasar ni un minuto sin pensar en ella, y darme cuenta de eso me irritó aún más.

Agarré a Vadim por el cuello del abrigo y lo arrastré hasta la puerta trasera. En ese momento, advertí que conocía esos gemidos femeninos y se me escapó una risita oscura.

—Apestas a desesperación, Nadia.

—¡Seguro que tú apestas a tu norteamericana! —gritó sin aliento entre las constantes embestidas.

Kostya dejó caer unos cuantos cacahuetes y se le oscureció la expresión. Le dirigí una mirada de advertencia y señalé con la cabeza la puerta trasera, indicándole que saliera. Se levantó y se largó.

—Ella es el motivo de que me hayas estado ignorando, ¿verdad? —preguntó Nadia sobre el hombro de Andrei, de quien ahora aparentemente solo toleraba sus embestidas. A él no pareció molestarle. Aceleró el ritmo.

—Tus celos se están volviendo una molestia —respondí bruscamente.

Me sorprendió que Nadia pensara que me iba a afectar que se tirara a más gente cuando nunca me había importado una mierda. Joder, incluso la había visto con otros. O bien pensaba que mis sentimientos habían cambiado, o bien era solo un desesperado intento por llamar la atención.

—¡Hace semanas que no vienes a verme! —gimió—. ¿Qué se supone que tengo que hacer?

Me hizo gracia que pensara que esta era su mejor opción. Sostuve con más fuerza el cuello del abrigo de Vadim cuando intentó escapar para ver mejor.

—Necesitas terapia.

—¿Yo? —inquirió confundida.

Andrei gimió y llevé a Vadim hacia la puerta trasera dando por terminada la conversación.

—¡Espera! —suplicó Nadia—. Ven esta noche.

—No, gracias. —Me reí—. No me hacen mucha gracia las colas.

Se me erizó la piel al pensar en volver a follarme a Nadia. Preferiría meter la polla en cualquier agujero asqueroso que me encontrara por ahí.

Por no hablar de que, con Mila, no había usado condón y ahora me negaba a ponérmelo. Tal vez no quisiera pensar en ella, pero sabía que no tendría fuerza de voluntad suficiente para dejar de tirármela, y eso significaba que mi pene de momento tenía su nombre. Joder... Eso se parecía mucho a la monogamia. Era extraño que esa idea no me molestara tanto siempre que fuera Mila quien me esperara en la cama.

—Andrei, tienes un minuto para acabar con ella. Luego quiero que traigas aquí tu puto culo para descargar.

—Entendido, jefe.

—Ronan, espera...

La puerta se cerró de golpe detrás de mí.

Kostya ya estaba ayudando al conductor a descargar el camión lleno de carne congelada y cocaína. Solté a Vadim, quien se tambaleó en un estado de ensueño de lujuria preadolescente antes de recuperar el equilibrio.

—Mierda —murmuró, y sacudió la cabeza para despejarse—. Creo que me he enamorado.

Me reí.

—Cambiarás de opinión cuando te des cuenta de que tienes estándares. O solo uno.

—No sé qué es eso, pero cuando la he visto he sentido que me costaba respirar. Y luego he sentido... un hormigueo en todo el cuerpo.

Kostya abrió la puerta cargado con una caja.

—A mí me suena a que tienes ladillas.

Vadim frunció el ceño.

—Cállate. No tengo ladillas.

—Solo porque nunca has mojado el churro.

El chaval se puso rojo.

—Tal vez porque tengo estándares.

—Hace un segundo no sabías ni qué significaba eso.

Cogí el portapapeles del conductor, estampé mi firma y se lo devolví.

—Ahora sí —replicó Vadim obstinado—. Y me he dado cuenta de que los tengo.

—Así que protestarías si Nadia Smirnova quisiera que te la follaras cuando termine Andrei.

Vadim mostró una expresión dividida, lo cual nos hizo reír a todos.

—No hace falta que te lo plantees —intervino Kostya—. Eso no pasará. No tienes nada de lo que desean las mujeres.

—¿Y qué desean las mujeres?

Mientras escuchaba la conversación, le pedí un cigarrillo al conductor y me apoyé contra el camión.

—Dinero —dijo su hermano.

Al parecer, no era una buena noticia para Vadim, quien se miró las botas desgastadas antes de preguntar:

—¿Y qué más?

—Una polla grande.

El crío arqueó una ceja.

—Entonces tú tampoco tienes nada de lo que desean las mujeres.

Solté una bocanada de humo con una carcajada.

—Pequeño cabrón. —Kostya dejó caer la caja y corrió hacia Vadim, quien huyó a toda velocidad por el callejón insultando por el camino al pene pequeño de su hermano.

Inhalé otra calada y pensé en lo que deseaban las mujeres y en cómo había cambiado mi vida en cuanto Mila había entrado en la ecuación.

—Piérdete, niño —espetó el conductor, que cerró el camión con un clic. El intercambio fue solo como un ruido de fondo, todos mis pensamientos se iban a la cautiva que tenía en casa.

—Me muero de hambre, señor.

Mila quería velas, la paz mundial y, seguramente, muchas mascotas.

—Pues díselo a tu madre.

—¡No tengo madre!

—No es problema mío.

A Mila probablemente le gustara aún más si tuviera la polla pequeña. Seguro que le recordaría a un pajarito al que tendría que alimentar.

—¡Suéltame, gordo!

Sentí una punzada de incomodidad al pensar en que probablemente a Mila ni le importara que no tuviera ni un centavo.

—¡Seguro que tu madre es una puta! —gritó el crío—. ¡Y es tan gorda y fea que le pagan para que no se quite la ropa!

Eso finalmente hizo que mi atención volviera a la pelea que estaba teniendo lugar en el callejón. Me bajé del camión y vi al conductor arrastrando a un niño mientras este le daba puñetazos en el estómago intentando liberarse. Así que este era el niño hambriento sin madre. Y con una lengua sucia y creativa. Mordió al conductor, quien lo dejó caer al suelo con una maldición. El hombre se movió hacia él, pero mi «*Nyet*» hizo que se parara en seco.

—Mocoso maleducado —le dijo al niño antes de volver al camión.

—¡Hola, señor! —El crío me saludó y se levantó—. ¿Podría darme unas monedas?

Tendría nueve o diez años y era pequeño para su edad, pero lo que me hizo entornar los ojos fue el modo en el que se acercó con las manos ahuecadas como un huérfano de los que salen en las películas. Sabía qué iba a pasar antes de que sucediera, aunque era demasiado tarde para reaccionar.

Me apuntó con una pistola, disparó y echó a correr como un murciélago del infierno. Sentí un dolor punzante en el brazo que me hizo soltar el cigarrillo. Observé molesto la nicotina desperdiciada y al muchacho que corría por el callejón.

—No tienes buena puntería —gruñí.

Se giró y me mostró el dedo corazón de ambas manos.

Pequeño cabrón.

Andrei salió volando por la puerta con los pantalones desabrochados y la pistola desenfundada. Al ver al niño que se largaba, se dispuso a seguirlo, pero se detuvo cuando le dije:

—Déjalo.

No había sido el niño quien me había disparado. Había sido cosa de Alexei. El desprecio creció en mi pecho cuando comprendí que iba

a estar ocupado con sus mierdas todo el día.

Capítulo 44

zemlyanika
Fresas salvajes.

Ronan

Un golpecito en la mejilla me sacó de un sueño profundo.

No tuve que abrir los ojos para saber quién me había despertado. Olía a fresas. Nunca había sido muy fan de la fruta antes de ella, pero ahora el aroma me hacía sentir hambriento. Y excitado. Su cabello acarició mi pecho desnudo. Estuve a punto de agarrar unos mechones y pegar su boca a la mía, pero no tuve la oportunidad.

Me abofeteó con fuerza.

—¿Qué cojones, Mila? —gruñí, tras despertarme por completo.

Estaba tumbado en el sofá de la sala de estar con un brazo dormido colgando. Me puse nervioso al no estar seguro de cómo había acabado ahí. Cuando había dicho que estaría todo el día ocupado con mierdas de Alexei, lo había dicho en serio. Lo último que recordaba era haber lidiado con uno de mis vagones que había descarrilado, había chocado y luego había explotado. Pequeñas pastillas blancas habían caído del cielo como nieve.

Con un sonido angustiado, Mila me dio un empujón en el pecho. Apreté los dientes. Al parecer, esta noche no me iba a deleitar con su lado dulce. Intentó alejarse de mí, pero la cogí por la muñeca.

—¡No conseguía que te despertaras! —gritó sin aliento—. Pensaba... No...

La imagen de las lágrimas empapándole las mejillas me cerró la garganta. Pensaba que estaba muerto. Ni de coña caería muerto

medio desnudo y tumbado en un sofá de dos plazas. La idea me habría resultado casi graciosa si ver a Mila llorar no me hiciera sentir como una mierda. Aunque el hecho de que esas lágrimas fueran por mí me hizo sentir un calor en el pecho, que solo podía asociar con la alegría de la Navidad. Ni siquiera me gustaba la Navidad.

—Pensaba que creías que no podía morir, *kotyonok* —dije con voz áspera.

Tragó saliva.

—Hay tanta sangre...

Una luna llena iluminaba la habitación casi tan bien como la lámpara del techo. Un rastro de sangre se deslizaba por mi brazo y cubría mi pecho y sus manos. Debía de haberme quitado la camiseta para examinar los daños. Me sorprendía no haberme despertado, aunque no me había curado el disparo de bala como debería haberlo hecho. Los juegos de Alexei lo hacían imposible.

Albert me había extraído la bala y me había vendado el brazo, pero ahora estaba sangrando bastante, visto el pequeño charco que había en el suelo. El hecho de que pudiera mover bien el brazo me indicó que no estaba tan mal como parecía.

—No es toda mía. —La sangre sobre mi pecho no lo era.

—¿De quién es? —Su voz vaciló. Probablemente pensaba que era de su padre. Debería serlo. Lo habría sido.

—De un cura. —Por muy blasfemo que sonara, era un cura muy chungo contratado por Alexei.

Se mordió el labio.

—Ah.

Estaba seguro de que tendría algo más que decir una vez asimilara lo que acababa de decir, pero permaneció en silencio sentada en el borde del sofá vestida solo con una de mis camisetas. Parecía un sueño húmedo de Michelangelo. Como de costumbre, no llevaba sujetador y sus pezones eran visibles bajo la tela blanca. Al parecer, aún no me había desangrado por completo y una avalancha de sangre viajó hasta mi entrepierna.

Mejillas manchadas de lágrimas. Ojos brillantes. Unas piernas por las que moriría. Era tan hermosa que la imagen fue como un golpe en el estómago. Un vagón de tren había explotado como en una

escena de una película de acción, pero cuando las pastillas habían empezado a caer del cielo, lo único que podía ver era el recuerdo de Mila vestida de amarillo sobre la acera agrietada, cogiendo copos de nieve con la mano.

Había hombres más ávidos que yo ahí fuera, su padre incluido, pero, de repente, supe que los había vencido mientras un impaciente y codicioso calor erupcionaba en mi interior por esta chica que lloraba por mí.

Le liberé el labio de entre los dientes y le acaricié la boca con mi pulgar cubierto de tinta.

—¿Nada que decir sobre mi oscura alma?

Sus delicados ojos se clavaron en los míos.

—No.

Mi mirada se endureció cuando su respuesta envió una irracional oleada de enfado a través de mi cuerpo. Me resultaba difícil admitirlo, pero esta chica me gustaba a niveles indecentes. Me gustaba tenerla en casa, a pesar de todo el barro que traía del exterior. Me gustaba tener toda su atención y su ingeniosa lengua. Pero lo que más me gustaba era su corazón, el frágil órgano en su pecho que podía moldear a mi gusto como plastilina.

Sus lágrimas, sus ojos confiados, su puta existencia, todo me hacía imposible imaginarla alejándose de mí mientras la observaba, desde la distancia, con restos de pegajosa plastilina amarilla en la mano que no había logrado limpiar.

Le presioné los labios con el pulgar, restregando mi confusión interna por el delicado puchero que se dibujaba en su boca. Su falta de instinto de supervivencia solía divertirme; ahora, hacía que quisiera encerrarla en una habitación a prueba de balas a la que solo yo pudiera acceder. Y, por el momento, no tenía una de esas.

—*Kotyonok* estúpida. —Gruñí con frustración.

Entornó esos ojos de gata que le habían dado su apodo al principio y se liberó de mi agarre.

—Tú eres el estúpido que está aquí tumbado desangrándose.

Ahora era *moy kotyonok*, porque era exageradamente dulce hasta que sacaba las garras.

La cogí por la garganta y pegué sus labios a los míos. Exhaló sobre mi boca mientras las caricias de mi lengua interrumpían sus protestas. Apoyó las manos junto a mi cabeza en un esfuerzo por no cargarme con su peso corporal. Me habían disparado en el brazo, no en el pecho, aunque por alguna razón sentía lo contrario cuando estaba cerca de ella.

Le mordí los labios y, sintiendo que la humedad de sus mejillas me pertenecía, se me puso más dura.

—No —suspiró sobre mi boca mientras trataba de alejarse de mí, pero mi cuerpo se lo tomó en sentido figurado, como siempre, y la abracé con más fuerza mientras el caos de mi interior emergía a la superficie.

Giró la cabeza.

—Ronan... no.

—¿Qué te dije de esa palabra?

—Estás sangrando. Mucho. —Sonó tan preocupada que me relajé, pero no pude evitar recorrerle el cuello con los labios y dejar una marca en ella como solo yo sabía.

Liberé su piel con un roce de los dientes y dije:

—Es lo que pasa cuando te disparan.

—Tienes que ir al hospital. —Luchó contra mí—. En serio, ¿qué haces aquí tumbado?

—Estaba intentando echarme una siesta. Pero ahora me apetece otra cosa. —Le cogí los muslos y la senté a horcajadas sobre mí, ignorando el fuego que sentía en el brazo. El dolor no era nada comparado con la repentina necesidad física de estar dentro de ella. Por extraño que pareciera, sentía que esa necesidad no tenía nada que ver con mi polla.

—No voy a follar contigo ahora mismo.

Frotándola contra mi erección, dije:

—He tenido un día de mierda, *kotyonok*. Mejóralo.

—Voy a llamar al médico. —Intentó apartarse, pero no dejé que se fuera.

—No tienes móvil.

—Ronan..., por favor. Por favor, llama al puto médico. —Sonaba muy cercana a una nueva oleada de lágrimas. Me molestó, pero esa

sensación cálida regresó y reafirmó la comparación que había hecho antes con las vacaciones. Aunque tenía la polla dura como una piedra, así que ahora el sentimiento se parecía más a un especial navideño erótico.

—Voy a mandarle un mensaje —le dije—. Pero solo si me ayudas a matar el tiempo hasta que llegue.

La mirada poco entusiasmada que me dedicó no era habitual en una mujer a la que estaba a punto de follarme, pero aun así era adorable.

—No creo que las páginas web de médicos lo recomienden.

Me reí.

—Si tanto te gustan las páginas web de médicos, seguro que encuentras algún tutorial sobre cómo cerrar una herida de bala. Ve lavándote las manos y buscando una aguja.

Suspiró, dirigió la mirada hacia la sangre que goteaba de la venda empapada de carmesí que me cubría el brazo y cedió.

—Está bien. Pero mándale un mensaje ahora mismo. Esta situación es digna del Satán Exprés, no de un apacible paseo en coche por el campo. ¿Entendido?

Entrecerré los ojos. No estaba acostumbrado a recibir órdenes, especialmente con un puto «entendido» al final, pero el absurdo de lo que estaba diciendo anuló el enfado. Saqué el móvil del bolsillo y le envié un mensaje a Kirill, utilizando las mismas palabras que Mila había pronunciado. Se daría cuenta. O tal vez no. Lo único que me importaba en ese momento era la mujer que se deslizaba por mi cuerpo y jugaba con la hebilla de mi cinturón.

Tiré el móvil al suelo.

Mila me quitó el bóxer, me envolvió la polla con una mano y empezó a acariciarme lentamente y con apatía, como si su trabajo fuera estimular a un actor antes del rodaje de una película porno.

—Esto no está mal, *kotyonok*, pero no es exactamente lo que tenía pensado.

Me miró. Sus ojos eran una ventana a su alma. De repente supe que, si llegaba el día de mi muerte, esos ojos tendrían algo de culpa. Por algún motivo, me pareció aceptable.

—¿Me enseñas cómo te gusta? —preguntó intranquila. Luego, se tumbó boca abajo entre mis piernas y entendí su inseguridad conteniendo un gemido.

—*Da*. —Joder, *da*.

Me sentí como un adolescente a punto de recibir su primera mamada. Tenía el corazón acelerado, lo cual seguramente me estaba haciendo sangrar más, pero si no me llevaba ese secreto a la tumba sabía que Mila pararía.

Definitivamente, esto no estaba recomendado en las páginas web de médicos.

La primera caricia de su lengua sobre mi erección tuvo el efecto de un lanzallamas. El calor residual se me esparció por el estómago y me tensó los abdominales. Mi cabeza cayó sobre el sofá y apreté los dientes en un esfuerzo por no emitir ningún ruido mientras me chupaba la polla como una piruleta. Ni de coña iba a llegar a trescientos ochenta y ocho.

Cerré el puño mientras luchaba contra las ganas de deslizar los dedos entre su pelo para mantenerla firme y follarme su boca. Eso era lo que habría hecho con cualquier otra mujer, pero no podía soportar la idea de tratar a Mila como a todas las demás, ni siquiera teniendo en cuenta la forma en que me estaba torturando al lamer cada centímetro de mi polla.

Su mano libre recorrió mis tensos abdominales. Sus delgados dedos de marfil tenían un aspecto inocente. Suaves como el terciopelo. Uñas redondeadas y sin pintar. Piel impecable. Pero su tacto sobre mi estómago dejó un rastro tan ardiente como su boca. Era la primera vez que prestaba atención a los dedos de una mujer en lugar de a su boca sobre mi polla. Tal vez, sí que me estaba desangrando.

Su mirada se encontró con la mía mientras me chupaba la cabeza de la polla. Reprimí un gemido porque sabía que, en cuanto me pusiera a hablar, todo tipo de exigencias se escaparían de mi boca. Entre otras: «Ten una arcada en mi polla... Hasta el fondo, *kotyonok*... Tócame el muslo cuando necesites respirar».

La luz de la luna proyectaba un halo alrededor de cada centímetro de su cuerpo. Parecía que un ángel me estaba chupando la polla a

mí, al *D'yavol*. Sabía que el verdadero demonio nunca la dejaría marchar. Le cortaría las alas y la encerraría. Sería una buena idea si Alexei no fuera tan hijo de puta y el karma no lo estuviera jodiendo todo con sentimientos, recordándome que a Mila no le agradaría demasiado esa idea. Por mucho que apreciara las lágrimas que había derramado por mí, me escocía la piel ante la idea de provocarle más.

Parecía estar empezando a sentirse cómoda y disfrutar también. Deslizó la planta del pie por el otro tobillo mientras me torturaba con pequeños lametazos y succiones que solo me provocaban anhelo.

Levantó la mirada hacia la mía.

—Te noto muy callado. Muy... pasivo. —Inclinó la cabeza con un destello de preocupación en los ojos—. ¿Estás bien? —Tenía la impresión de que estaba a punto de tocarme la frente para ver si tenía fiebre.

No estaba siendo exigente, así que debía de estar enfermo. Dios mío.

—Estoy bien, Mila. Tú no pares de chuparme la polla, ¿vale?

Frunció el ceño.

—No me estás diciendo cómo te gusta.

—Me gusta todo. —Era parcialmente cierto. Podría simplemente suspirar sobre mi polla y lo disfrutaría. Si ese día no se hubiera ido a la mierda, podría dejar que me chupara la polla durante horas sin ninguna queja. Pero, ahora mismo, lo único que quería era correrme en esa cara preciosa.

Arqueó una ceja pícara.

—¿De verdad? Mi amiga dice que a algunos chicos les gusta con dientes.

—A este te aseguro que no.

—¿De verdad? —Me chupó la erección antes de enseñarme los dientes de una forma adorable.

Quería besarla. Quería que siguiera chupándome la polla. Lo quería todo.

Estaba intentando ser un caballero por primera vez en mi vida, pero tenía que llamarme «pasivo» y añadir dientes a la mezcla. A la mierda.

Le aparté el pelo de la cara y le ordené:

—Méteme en tu boca y succiona.

Me sostuvo el contacto visual y obedeció sin decir una palabra. Tomándome entre sus labios, se deslizó unos centímetros hacia abajo y succionó como una profesional mientras subía. La agarré del pelo para volver a deslizar su cabeza hacia abajo. Y arriba. Y abajo. Me contuve para no utilizar movimientos muy bruscos con ella. Pero cuando empezó a emitir soniditos sobre mi polla y cerró las piernas, me di cuenta de que se estaba poniendo muy cachonda. Joder. Mi autocontrol se hizo pedazos.

—Hasta el fondo, *kotyonok* —le ordené duramente.

Obedeciendo, deslizó la boca todavía más hacia abajo para alcanzar esos últimos centímetros. Tuvo una arcada antes de lograrlo. El calor que se estaba empezando a formar en la base de mi espalda se volvió más ardiente e inestable. Sabía que no tardaría mucho más tiempo.

—Relaja la garganta —dije con voz ronca.

Recorrí con el pulgar la suave columna para mostrarle lo que quería. Inhaló y, con el siguiente movimiento, se deslizó hacia abajo hasta abarcar cada puto centímetro.

—Joder, *kotyonok* —gruñí—. Esa boca dulce va a hacer que me corra.

Se apartó para dar una bocanada entrecortada. Sus ojos se llenaron de lágrimas que empezaron a deslizarse por sus mejillas. El corazón me latía con fuerza, pero le sostuve el pelo con delicadeza para que no se le pegara en la cara mientras decía con un tono áspero y profundo:

—Entonces solo me faltará correrme en tu culo.

Emitió un sonido susurrante y frotó un muslo contra el otro antes de lamerme la erección y volver a meterse toda mi polla en la boca. Gemí entre dientes. Tuvo una arcada con la garganta apretada a mi alrededor y ya no hubo vuelta atrás. El calor de mi interior erupcionó con tanta violencia que me pitaron los oídos mientras la apartaba ligeramente para correrme en su boca y no dentro de su garganta, ya que no estaba seguro de si le gustaría.

Me miró con lágrimas cayendo de sus ojos como pequeños reflejos que le cubrían las mejillas y tragó. Emití un grave sonido entre

dientes con cada una de mis células ardiendo con satisfacción y... algo más. Se limpió la boca con el dorso de la mano, su pelo era una indomable maraña de rizos que le llegaba hasta pasada la cintura. La imagen me puso patas arriba. Como si alguien me hubiera metido la mano en el pecho y hubiera arrancado mi corazón muerto.

La cogí por la nuca y pegué sus labios a los míos para darle un beso profundo, deslizando la lengua dentro de su boca. Sus dedos se agarraron a mi pelo, lo cual me provocó escalofríos. Me tragué su suspiro. Ese pequeño soplo de aire se clavó como un ancla en mi pecho vacío.

Me aparté y le limpié la humedad de las mejillas.

—Estas son las únicas lágrimas que me gustan.

Me sostuvo la mirada durante un momento, pero donde normalmente había transparencia solo encontré ese lugar ausente que tan poco me gustaba. Sabía que no era el sufrimiento lo que había hecho que levantara un muro, sino algo completamente diferente.

Le limpié otra lágrima de la mejilla y dije:

—Ahora siéntate en mi cara.

Frunció el ceño.

—No quería obtener nada a cambio. Esto... era solo para ti.

Sonreí. Era adorable. Mi perfecta pequeña mártir. Pero tenía un defecto. Chilló cuando le cogí los muslos y tiré de ella para sentarla a horcajadas sobre mi cara.

—Esto es para mí —dije con un gruñido, mientras le apartaba el tanga y succionaba su clítoris con la boca.

—Dios —gimió.

—Estás mojada, *kotyonok* —la regañé—. ¿Todo esto es solo de chupármela?

—*Da*.

Quería sonreír. Oír palabras en ruso saliendo de sus labios me gustaba más de lo que debería. La abrí con los pulgares y le di pequeños lametazos y succiones en el coño que hicieron que empezara a temblar.

—Joder —suspiró.

Me reí con voz áspera.

—Creo que soy una mala influencia.

Se agarró a mi pelo, empezó a frotarse contra mi cara y gritó cuando le di un mordisco en la zona donde el hueso de su cadera se juntaba con su ingle por ser impaciente. Suspiró cuando humedecí el área dolorida con la lengua. Luego, volví a su coño y succioné cada labio con la boca antes de soltarlos con un roce de los dientes. Apoyó la frente en el reposabrazos del sofá con un gemido.

—Ronan, voy a correrme.

—Joder, mujer —dije con voz ronca—. Ni siquiera he empezado con lo básico.

—No sé qué es lo básico, pero sé que no quiero una lección ahora mismo.

Contuve una carcajada.

—Empezaremos por la letra A.

Gruñó con frustración.

—Ronan, no... —El resto de la frase fue interrumpido por un áspero gemido que podría levantar a un muerto. Y probablemente a Yulia. Hasta los gemidos carnales de Mila sonaban inocentes. Sexis y femeninos y perfectos. Nunca me los podría sacar de la cabeza.

Dibujé una B en su clítoris con la lengua antes de empezar con la C. Sus muslos temblaban mientras balbuceaba jadeos incoherentes. Estaba muy cerca, le succioné el clítoris con fuerza, y se rompió. Deslicé los dedos dentro de ella solo para sentir sus latidos ardientes, y no los saqué hasta después de que pararan. Jadeó mientras bajaba de su subidón.

Un repentino sonido proveniente de la puerta hizo que Mila se cayera del sofá. No pude evitar reírme. Sabía que lo de ser un caballero no iba conmigo. Al ver a Kirill en el umbral de la puerta, me subí los calzoncillos. El médico se detuvo con el maletín en la mano y una flagrante expresión de decepción.

Al parecer, estaba de acuerdo con las páginas web de médicos.

—¡Me ha obligado a hacerlo! —soltó Mila desde el suelo.

—*U neye ovulyatsiya* —expliqué—. *Ona prakticheski iznasilovala menya*. —«Está ovulando. Prácticamente me ha violado».

La mirada de Kirill se estrechó con incredulidad.

—*I ty ne mog ot ne'ye otbit'sa*. —«Y veo que no has podido defenderte».

Sonreí.

—*Ona sil'neye, chem kazhetsya*. —«Es más fuerte de lo que parece».

Mila se puso de pie y me fulminó con la mirada.

—¿Ovulando? Diría que eres tú el que siempre está ovulando.

Me reí. No debía de haber entendido la parte de la «violación», de lo contrario tendría mucho más que decir. Mi diversión cayó en picado cuando recordé que solo llevaba mi camiseta.

Endurecí la mirada.

—Ve a ponerte pantalones, joder, Mila.

Me ignoró. Me ignoró por completo. Si pensaba que una herida de bala me había vuelto tan pasivo que no sería capaz de arrastrarla por las escaleras, estaba muy equivocada. Pero sus palabras me frenaron por un momento.

—¿Se pondrá bien? —preguntó.

El médico entendió el español, pero por desgracia no pudo traducir su extremadamente superflua respuesta.

—*Yesli odin vystrl v ruku ub'yet yego, ya razvedus' s lyubimoy zhenoy i trakhnu izvestnuyu shlyukhu s vich. Potom pereyedu v sibir' i budu vyrashchivat' repu, poka ne umru*.

Me reí en voz alta.

Mila frunció el ceño.

—¿Eso ha sido un no?

—Ha dicho que si un disparo en el brazo me mata, se divorciará de su amada esposa y se follará a una prostituta famosa con VIH. Luego se mudará a Siberia y cultivará nabos hasta que se muera.

Se mordió los labios para disimular una sonrisa.

—Él también cree que eres inmortal.

Quería devolverle la sonrisa, pero no lo hice. Me había librado de muchas casi muertes. Cuando era más joven, solía pensar que ni siquiera la muerte me quería. Ahora pensaba que luchar para salir del gélido Moscova me había concedido una resistencia acorazada para vivir.

—*Nyet, kotyonok*. Pero ha visto cosas mucho peores que esto.

Tragó saliva, mientras sus ojos se deslizaban por mi pecho como si estuviera viendo las cicatrices por primera vez. Algunas de las marcas eran largas y finas de cuchillas de contrabando entre rejas. Otras pocas eran redondas de disparos de bala, una en el costado, otra en la espalda, ahora una en el brazo y otra a dos centímetros del corazón, que fue la cicatriz que Mila acarició con los dedos. Su tacto era cálido, pero hizo que se me erizara la piel.

—¿Quién? —preguntó temblorosa.

Sabía que estaba preguntando quién me había disparado, quién casi me había matado. Pero algo dentro de mí se resistía a decirle la verdad. Mila quería vivir en una burbuja brillante. Una burbuja en la que su padre podría redimirse. Una burbuja en la que su carácter fuera oscuro, pero aun así brillante.

Puede que descubriera cómo hacía negocios una vez que él muriera. Que secuestraba a chicas más jóvenes que ella y las metía en la industria del sexo. Su burbuja explotaría algún día, pero no podía ser yo el responsable.

Sonreí y mentí.

—Nadie que conozcas.

Sus dedos se alejaron de mi pecho y dejaron una extraña sensación de ausencia detrás. Se apartó para dejar que Kirill me hiciera una transfusión de sangre. Le lancé una advertencia silenciosa para que no me pusiera ningún analgésico en el gotero. Odiaba cómo me hacían sentir. Al principio se quejaba, pero ahora ya estaba acostumbrado y simplemente asintió.

Mila permaneció cerca como si hubiera algo que pudiera hacer para ayudar. Antes de ella, nunca nadie se había preocupado por mí. No lo necesitaba. Aquí estaba, cuatro disparos de bala y todavía vivo. Pero Mila estaba intentando hilvanar algo de ruso para preguntarle a Kirill sobre mi estado. De repente, odiaba su preocupación. La odiaba porque me gustaba. Y eso no me traería nada bueno. Una vez se fuera, el karma me dejaría echando de menos el amor de una mujer mientras comía Fruit Loops pastosos.

Tenía que detener esta avalancha inmediatamente.

—Los dos nos hemos corrido, Mila —dije con dureza—. No sé por qué sigues aquí.

Dio un paso atrás al escuchar mis palabras y su complexión palideció. Ahora me odiaba a mí mismo. Pero ¿qué era un poco de odio añadido a la mezcla?

—Vale —murmuró—. Entonces, me voy.

Mila vaciló por un segundo antes de darse la vuelta para irse como si fuera lo último que quisiera hacer. Tampoco era lo que yo quería. Me dedicó una mirada fugaz desde la puerta que me comprimió el pecho, luego desapareció.

Me pregunté si esa misma escena se repetiría dos días después, un atisbo de su pelo rubio y un breve contacto visual antes de que una ausencia constante se asentara.



Me dejé caer sobre la cama dos malditas horas más tarde con los pantalones y las botas puestos. Kirill me había dicho que la herida se curaría bien después de ponerme una caja de antibiótico en la mano. Estaba bastante seguro de que la bala no había golpeado el hueso, solo había rasgado el músculo. Qué narcisismo había tenido otra vez. Cualquier otro día me habría sentado a disfrutar de dos dedos de vodka y un puro, pero ahora lo único en lo que podía pensar era en la expresión desolada de Mila.

La necesidad de ir a su habitación me carcomía, pero ahogué el impulso. Ya me había disculpado con ella una vez; no podía hacerlo de nuevo. Por no mencionar que era inútil hacerlo ahora, treinta horas antes de que asesinara a su padre.

Estaba seguro de que, además, no sería bienvenido y jamás había suplicado por algo, ni siquiera cuando era un niño viviendo en la calle. Simplemente conseguía lo que quería. Por desgracia, Mila no era un puñado de rublos o una hogaza de pan. Tenía sentimientos y algún tipo de poder vuduista sobre mí que no me permitía hacerle daño, ni siquiera emocionalmente, al parecer.

Nunca suplicaría.

Pero esta era la primera vez que quería hacerlo.

Me dormí pensando en encontrarme a Mila en la calle. Simplemente la recogía y me la llevaba a mi fortaleza rusa, donde le daba de comer semillas de granada para que nunca pudiera marcharse.

Un ligero movimiento del colchón me despertó. Una vez más, sabía quién era. La presión que sentía en el pecho se desvaneció cuando Mila se metió en la cama a mi lado, y apoyó un brazo en mi pecho y la cabeza sobre mi hombro.

Mi perfecta pequeña mártir en los brazos del verdugo de su padre. Tenía una tarea pendiente, y ella era la pieza de ajedrez que necesitaba para ganar.

El problema era... que iba a ser incapaz de jugar con ella.

Capítulo 45

quatervois
Una encrucijada.

Mila

Estaba ardiendo en las llamas del infierno. Era lo único que podía explicar el calor que me consumía de dentro hacia fuera. Aunque se suponía que el infierno no debería ser tan acogedor... ni oler a bosque ruso... ni quedar tan bien con un Armani.

Aunque sí que contenía un leve aroma a sangre.

Parpadeé ante el sol que entraba a raudales por la ventana. Lo único que ensombrecía la luz de la mañana era el cuerpo de Ronan que, por supuesto, era la viva encarnación del fuego del infierno.

Tenía el rostro presionado contra su pecho y estaba bastante segura de que tenía sangre sacerdotal seca pegada a la mejilla. Esa debería ser la gota que colmara el vaso de ese vis a vis desastroso, pero, de algún modo, sabía que el fallecido sería un sacerdote de mierda.

Tenía una pierna entrelazada con la de Ronan y me asfixiaba lentamente bajo su pesado muslo, el peso muerto de su brazo a mi alrededor y todo el calor. Estaba en la gloria.

Siempre me había disgustado mi altura, pero eso era antes de darme cuenta de que, si fuera más baja, nunca podría sentir tantos centímetros de piel de este hombre a la vez. La cercanía me retumbaba en la sangre y saciaba el profundo agujero de mi corazón.

—Estás bastante pegajosa ahora mismo, *kotyonok.* —Esas palabras eran ásperas, cansadas y sexis.

—Eres tú el que me está abrazando como si fuera tu peluche favorito —repliqué.

—No tengo favoritos —respondió con un deje de humor—. Todos me importan.

Mi risa se convirtió en un jadeo cuando una humana en miniatura saltó sobre mí y me arrebató el aire de los pulmones.

—*Dyadya! Dyadya!* —«¡Tío! ¡Tío!».

La pequeña estuvo saltando sobre mí como si fuera un trampolín hasta que Ronan la levantó sobre su pecho. Sobre su pecho manchado de sangre. Él llevaba pantalones y yo su camiseta, pero la escena estaba lejos de ser apta para todos los públicos. No obstante, o bien la niña no se dio cuenta de la herida de Ronan y de toda la sangre, o bien no le pareció importante. Por lo que había descubierto de ella durante nuestro primer encuentro, supuse que sería la segunda opción.

—*Moya neposlushnaya plemyannitsa* —dijo Ronan mientras le hacía cosquillas.

La niña se rio y sus trenzas negras rebotaron. Llevaba otra camiseta de un grupo musical (de Death), a modo de vestido y unos calcetines largos de gatitos.

Me apoyé en el cabecero y los observé con cierto asombro. Otra faceta de Ronan que todavía no había visto, y tenía que admitir que esa era una parte gris de él que... quería sin lugar a duda. Me había dado cuenta la noche anterior. Con sus manos en mi pelo, su sabor carnal en la boca y sus ojos en los míos. Había estado a punto de decirlo... a punto de permitir que se me escaparan esas dos palabras, pero algo les había impedido salir por mi garganta.

Lo quería.

No podía quererlo.

Así que obligué a ese sentimiento a quedarse dentro, en su sitio, y a no salir a la luz, donde no debía estar.

—¡Para! —exclamó la niña entre carcajadas de tortura mientras Ronan le hacía cosquillas en los pies. Se los olió y arrugó la nariz fingiendo que apestaban. La niña apenas podía respirar de la risa.

Nunca me había planteado lo de tener hijos, pero ver a tío y sobrina interactuar me llenó el pecho con un cálido anhelo. No obstante, este sentimiento se esfumó cuando recordé que algún día este momento de felicidad no sería más que un recuerdo, y que los hijos que pudiera tener no serían de Ronan.

Cuando terminó la tortura a base de cosquillas, la niña recuperó el aliento y se giró para mirarme. Una vez más, sus ojos oscuros reflejaron una dura crítica. Y tal vez algo de celos.

—*Dyadya,* si no es Satán, ¿quién es?

Ronan me miró de reojo con un brillo de diversión.

—Es mi criada.

Sonriente, negué con la cabeza y la niña frunció el ceño.

—¿Por qué está en la cama?

—Está intentando hacerla, pero me niego a salir y es demasiado débil para moverme.

Se rio y miró a su tío.

—Eres muy vago.

—Vago y guapo. —Le guiñó un ojo.

La niña se giró hacia mí y anunció:

—Papá puede moverlo. —Tras pensárselo mejor, frunció los labios —. Da igual.

—¿Por qué da igual? —preguntó Ronan, a quien le hacía gracia la situación—. ¿Tiene algo que ver con que tengas su móvil en la mano?

Miró el teléfono e hizo una mueca como si no le hubiera gustado la pregunta.

—Papá dice que puedo jugar al juego de las princesas si me termino el desayuno.

Sonreí.

—Y supongo que no te lo has terminado.

Arrugó la naricita.

—No me gustan los huevos. Ni las tostadas. Ni las gachas. Ni...

—Vale —se rio Ronan—. No te gusta la comida.

Contenta de que él lo hubiera entendido, asintió y agregó en voz baja:

—Puede que me guste la comida después de jugar al juego nuevo de las princesas.

Vaya. Esta pequeña iba a gobernar el mundo. Por no hablar de que aparentaba tres años, pero tenía un vocabulario de niña mucho más mayor. Se convertiría en una versión guapa y femenina de Einstein. O en una gran mente criminal.

Miraba a Ronan con unos enormes ojos oscuros a los que ni siquiera Hitler podría resistirse.

Ronan rio y negó con la cabeza.

—Vale, Kitty Kat, ¿qué necesitas de mí?

Sonrió ampliamente y le dio el móvil.

—Encuentra el juego, porfa. Podría hacerlo yo, pero papá no me quiere decir la contraseña —añadió con actitud altiva.

—Menudo tirano —espetó Ronan—. ¿Cómo se llama el juego?

—No lo sé. Salía en los anuncios que hacían después de uno de los programas de besos que le gustan a mamá.

Ronan necesitó tres intentos para adivinar la contraseña de su hermano. Empezaba a pensar que se trataba de una familia compuesta de genios. Abrió la tienda de aplicaciones y buscó juegos de princesas con esos dedos tatuados y ensangrentados.

Su sobrina miró por encima de su hombro mientras él revisaba los juegos y me sentí contenta solo de mirarlos.

—Vale, tenemos *La peluquería de las princesas* —dijo Ronan.

—Puaj.

Pasó al siguiente.

—¿*Limpieza de habitaciones de las princesas*?

La pequeña arrugó la nariz. Yo también.

—¿*El club de hípica de las princesas*?

—No, *dyadya* —se quejó—. El juego no es rosa. —Levantó las manos, frustrada—. Todo esto es rosa.

—¿*Cambio de imagen de las princesas*?

—*Nyet* —suspiró.

—Ese no era rosa —replicó él.

La niña puso los ojos en blanco.

—El fucsia es casi rosa.

Esa pequeña me hacía sentir que necesitaba trabajar en mi coeficiente intelectual.

Ronan siguió buscando por la lista de juegos antes de detenerse en uno que no tenía nada de rosa.

—¿*El reinado de terror de las princesas*?

Se le iluminó la mirada.

—¡Ese!

No pude reprimir una carcajada.

Le arrebató el móvil a Ronan y se adentró en el reino de terror de las princesas. Segundos después, se oyeron ruidos de cuchillos, gemidos de dolor y alguien gritando «¡Que le corten la cabeza!».

—Vaya, qué estampa tan agradable.

Giré la cabeza y vi a Christian en la puerta con un traje de tres piezas sin una sola arruga. Me removí algo cohibida porque me hubiera descubierto, estando por voluntad propia, en la cama de su hermano, el mismo que me dejó atada medio desnuda la última vez que Christian estuvo aquí. Sin embargo, no se mostró sorprendido ni interesado, lo cual eliminó la incomodidad.

Christian era el tipo de hombre que haría que a una mujer se le quedara la boca seca solo de mirarlo, pero, por impecable que fuera, prefería las imperfecciones de su hermano. La cicatriz del labio. Los tatuajes. El alma hastiada que solo se derretía por mí.

Christian parecía el arcángel Gabriel. Ronan era totalmente *D'yavol.* Sabía que si estuvieran a ambos extremos de un callejón y yo estuviera huyendo del peligro... me arrojaría directa a los brazos de *D'yavol.*

—Tu hija se estaba quejando del trauma emocional por el que la estás haciendo pasar —dijo Ronan—. ¿Qué tipo de tío sería si la delatara?

—Uno muy malo —dijo la niña sin levantar la mirada del juego.

Me mordí el labio para reprimir una sonrisa.

—Kat —dijo Christian a modo de advertencia.

Ella levantó la mirada sin emoción alguna.

—Papá.

—El desayuno está en la mesa.

—¿Hay tortitas?

Christian entornó los ojos. Su hija mantuvo el contacto visual. Ante mis ojos se estaba librando una intensa batalla padre-hija, y era algo hipnótico.

—Las tostadas y las gachas hacen que me duela la barriga, papá —dijo Kat en voz baja. Lo miró bajo esas largas pestañas y en ese momento fue cuando su padre cedió.

—Vale. Tortitas. Pero seguirás jugando cuando te las acabes.

Esbozó una amplia sonrisa, bajó de la cama de un salto y se arrojó a los brazos de su padre, quien la levantó y le dio un beso en la mejilla.

—Te quiero, papá.

La expresión de Christian se suavizó.

—Yo también te quiero, *malen'kaya volchitsa.*

Cuando se dio la vuelta para marcharse, Kat le rodeó los hombros con los brazos y dijo:

—Quiero trocitos de chocolate en la tortita. Y Fruit Loops. Eso me haría muy feliz, papá.

Por la expresión enamorada de Christian, quedó claro que, pasara lo que pasara, habría chocolate y cereales de colores en las tortitas de su hija.

Ronan apoyó la cabeza en el cabecero y se rio de cómo mandaba sobre su hermano, o al menos eso supuse. Christian le dirigió una mirada oscura, luego me miró a mí y de vuelta a su hermano. Ronan entornó los ojos. Se formó una sutil sonrisa en los labios de Christian y se llevó a Kat de la habitación.

Su ausencia me dejó un persistente dolor en el pecho. Pensé en mi padre y en cómo su amor nunca había sido tan profundo como el que acababa de ver en los ojos de Christian. Podía contar con una mano las veces que me había dicho que me quería. Anhelaba su afecto y rara vez me abrazaba. La culpa se abrió paso en mi pecho por pensar así. Mi padre iba a sacrificarse por mí. ¿Acaso no era esa la mayor expresión de amor?

Aun así, seguía anhelando ese tipo de amor tan expresivo que no había tenido nunca y que pronto perdería para siempre.

—Ronan —dije inquieta—. Quiero hablar con mi padre.

Me miró con el móvil en la mano. Sus ojos brillaban con un «no» rotundo.

Tragué saliva.

—Por favor... Puede que no vuelva a verlo nunca y lo necesito. —Se me quebró la voz por la emoción—. Necesito de verdad hablar con él.

Me observó durante un momento, abrió el cajón de la mesita, sacó mi móvil y me lo tendió.

—Pon el altavoz.

Exhalé, aliviada.

—Vale.

Encendí el móvil con las manos temblorosas y me asaltó una avalancha de mensajes. La mayoría eran de Carter. Había muchísimos de Carter. Ese hombre apenas me dedicaba tiempo de su día a menos que tuviéramos una cita obligatoria. Me pregunté si se habría metido en problemas con su padre por permitir que su casi prometida se desvaneciera de la faz de la tierra.

Tras buscar el contacto de mi padre, mi pulgar titubeó un instante antes de pulsar «llamar» y encender el altavoz. Me dejé el móvil en el muslo. Me daba vuelcos el estómago con cada tono de llamada. Entonces se acabaron.

—Alexei.

Tenía un nudo en la garganta.

—Papá.

Dejó escapar un suspiro de alivio.

—Mila...

Una lágrima me cayó por la mejilla. Por el rabillo del ojo, vi a Ronan ponerse de pie y acercarse a la ventana.

—Hola, papá. —No sabía qué más decir ni por qué esta situación era tan incómoda.

—¿Cómo estás?

—Bien. —Me he metido voluntariamente en la cama de tu enemigo. La culpa se hinchó en mi estómago.

—¿De verdad? ¿O solo lo dices porque ese hijo de puta está escuchando?

Se me erizó la piel al oír el insulto y el impulso de defender a Ronan me subió por la garganta, pero no sabía qué papel interpretar. Había demasiada animosidad empañando la habitación, y me sentía como si una palabra equivocada pudiera hacerla estallar.

—Está escuchando, pero te prometo que estoy bien.

Prácticamente podía oír los engranajes de la mente de mi padre preguntándose por qué Ronan me había permitido hablar con él. Esta llamada no podía beneficiarlo en ningún sentido. Papá debió de creerme porque dijo:

—*Khorosho.* —«Bien»—. Mila, hay ciertas cosas de las que tenemos que hablar. Cosas que te concernirán cuando yo ya no esté.

Otra lágrima me resbaló por la mejilla.

—Vale.

—Tienes que casarte con Carter, ángel.

A Ronan se le tensaron los hombros y se giró para mirarme, pero no pude reunir el coraje para hacerlo también.

—Sé que no era tu primera opción...

—No lo elegí en ningún momento —repliqué, interrumpiendo a mi padre por primera vez en mi vida.

Lo oí rechinar los dientes.

—Lo que quieras ahora no importa. Lo único que importa es mantenerte a salvo.

—¿Y cómo podría hacer eso Carter? Es un *playboy* profesional.

—El padre de Carter tiene una posición muy poderosa en Miami. Por eso apoyé el compromiso desde el principio. Ya estaría sellado en piedra si no te hubieras escapado a Moscú directa a los brazos de *D'yavol.* —Bajó la voz, lo cual significaba que estaba hirviendo por dentro.

Su ira era un susurro en comparación con la del otro hombre de la habitación. Ambos estaban empezando a hacerme arder de frustración y me obligaron a pronunciar las siguientes palabras:

—Entonces ¿por qué no me caso con el padre de Carter?

Se produjo una larga pausa.

—Ya está casado.

—Qué lástima. He descubierto que me van los hombres mayores que yo. —Miré a Ronan a los ojos, que le brillaban con una luz

oscura y violenta. Incapaz de resistir su intensidad, aparté la mirada.

—Papá..., no quiero casarme con Carter.

—No lo entiendes, Mila. Si no quieres vivir en la calle, te casarás con él. No quedará dinero cuando me marche. Te crie bien, pero me temo que la cagué con tus hermanos.

«Hermanos».

Había llegado a un punto en el que ya ni siquiera me sorprendía tener hermanos. En plural. Sentía que toda mi vida había sido una mentira y que ahora era cuando entraba en juego la auténtica yo.

—Se lo quedarán todo, Mila. La casa de Miami. Todo. Necesito saber que estás bien cuidada.

Me froté la piel de gallina de los muslos.

—Creía que me habías dicho que Ivan cuidaría de mí.

Se quedó callado. Tan callado que se me cayó el alma a los pies.

—Ivan tiene otras preocupaciones ahora mismo.

Lo que quería decir era que Ivan ya no quería tener nada que ver conmigo. Fue como si alguien me hubiera clavado una estaca en el corazón. Tal vez no lo quisiera en un sentido romántico, pero sí que lo apreciaba como amigo. Estaba perdiendo a mi padre y a mi mejor amigo. Sola. Ni siquiera estaba sola todavía, pero su ausencia ya me había dejado un vacío en los huesos.

—Ojalá esto fuera diferente. Pero tiene que ser así.

—Y mis hermanos... ¿no me ayudarán?

Pausa.

—Lo siento, ángel.

El corazón se me salió del cuerpo y empezó a flotar en la distancia mientras las lágrimas me caían por las mejillas. El rechazo me hundió sus garras en la piel.

—Hazlo por mí, Mila. No dejes que muera sin saber qué va a ser de ti.

No iba a casarme con Carter. Ni aunque fuera tan pobre que me tocara vivir en la calle. Nunca me sometería a la vida en la que me había sentido tan perdida. Pero tampoco tenía la fuerza suficiente para negarle a mi padre su último deseo. Aunque fuera una mentira.

—Vale —dije en voz baja—. Lo haré.

Ronan se agarró al cabecero y oí un crujido.

Papá exhaló.

—Me alegro, ángel. Ahora tengo que irme.

—Espera —espeté. La pregunta no pidió permiso, salió de mis profundidades como un volcán—. ¿La mujer que mataste aquella noche era mi madre?

No hacía falta aclarar que hablaba de la rubia que había visto sobre un charco de sangre en el suelo de nuestra biblioteca. Por el silencio espeso que se produjo al otro lado de la línea, él también sabía a quién me refería, pero no tuvo oportunidad de responder.

Ronan cogió el móvil y terminó la llamada.

Me quedé ahí sentada, entumecida, con el hielo recorriéndome las venas. Porque sabía la verdad. Sabía que mi padre había matado a mi madre. Sabía que era su sangre la que había manchado mi peluche y los recuerdos de mi infancia.

Y Ronan también lo sabía.

Capítulo 46

induratize
Endurecer el corazón para hacerlo resistente al amor.

Mila

—¿Cómo lo sabías? —le pregunté a Ronan, que se alejó de mí con las líneas de la espalda tan tensas como el granito. Sabía que le estaba preguntando sobre mi madre y cómo mi padre la había asesinado prácticamente ante mis ojos.

—No sé nada —fue lo único que dijo antes de entrar en el baño y dar un portazo detrás de él.

Me quedé mirando su ausencia y comprendí que no quería que supiera la verdad. Estaba intentando proteger la imagen que tenía de mi padre. Sabía lo mucho que papá significaba para mí y, aunque no tenía dudas de que Ronan llevaría a cabo su venganza, no quería ensuciar la imagen que tenía de mi padre.

Mi padre había matado a mi madre.

Le había disparado sin piedad en la misma casa en la que yo estaba.

Sentía un pinchazo tan agudo en el pecho que el dolor empezó a buscar agujeros por los que esparcirse. Era difícil comprender cómo el padre al que conocía y quería podía haber hecho eso, aunque, en el fondo, siempre debía de haberlo sabido. Ese descubrimiento deformó todo lo que creía entender. Pensar en ello envió fuertes palpitaciones a mi cerebro. No podía lidiar con ello en ese momento, así que exhalé profundamente y lo envié al fondo de mi mente.

Lo que salió a la superficie fue lo que Ronan estaba intentando hacer por mí. No podía actuar como si le importara ahora que amaba todos sus tonos de negro. No podía proyectar tanto gris cuando ya me estaba costando contener en el pecho mi corazón en expansión.

No podía hacerme esto.

Podía utilizarme, secuestrarme y torturarme, pero no podía actuar como si le importara. No ahora. No cuando esos corazones que me bailaban en los ojos amenazaban con caer sobre mí en forma de ladrillos.

Con el pecho ardiendo, me levanté, fui directa hacia el baño y abrí la puerta de golpe. Con la cabeza gacha, Ronan estaba bajo la ducha y el agua formaba riachuelos rojos en su piel.

—Sé que estás intentando proteger mis sentimientos —solté—. Y creo que es asqueroso.

Lentamente, me clavó una mirada oscura. Ahora estaba hablando con el *D'yavol*. Dios mío. No soltaba su gris, tampoco sus respuestas cuando no estaba interesado. Su expresión me hizo sentir indeseada, así que continué.

—Eres el peor secuestrador que he conocido en mi vida.

Le brillaron los ojos antes de que apartara la mirada para seguir limpiándose la sangre del cura del pecho.

—Lo dice la chica que ha ensuciado el nombre de todas las cautivas. Esparciendo tu luz por toda mi casa, pidiendo disculpas cada dos segundos. No olvidemos la parte en la que fuiste a la habitación de tu secuestrador y le suplicaste que te follara. Al menos no eres un cliché.

Una ola de calor me recorrió la espalda.

—Se llama síndrome de Estocolmo. ¿Cuál es tu excusa? ¿Trastorno de la Decencia del Mafioso?

Apretó los dientes y su mirada entornada se volvió a clavar en mí.

—¿El síndrome de Estocolmo es también el culpable de que hayas olvidado que estás prometida?

—Técnicamente, no estoy prometida. Y no es que surgiera de forma muy natural.

Sus ojos eran charcos oscuros.

—Con «técnicamente» quieres decir todavía.

Yo era la que tenía que estar enfadada, ¿y ahora se enfadaba él? ¿Por qué? Dudaba que su noble conciencia se sintiera culpable por haberse acostado con una mujer casi prometida. La idea de que se hubiera quejado por puro honor si lo hubiera sabido era casi cómica, pero no me quedaban ganas de reír.

Le había dado a este hombre mi virginidad y varias otras primeras veces. ¿No sabía que me atormentaría para siempre? Al parecer, no era suficiente para él. Tenía que controlarme, desde la distancia, y asegurarse de que nunca lo olvidara o lo sustituyera mientras él pasaba página con otras como Nadia. Se me revolvió el estómago solo de pensarlo y sentí náuseas.

Ronan me olvidaría con el tiempo. Y ese era el mayor rechazo de todos, el que me ardía en lo más profundo del corazón. Un orgullo punzante fue lo que me llevó a pronunciar las siguientes palabras.

—Al menos Carter no se gana la vida asesinando a gente.

Ronan emitió un sonido serio y prácticamente me enseñó los dientes.

—Vete a la mierda, Mila.

Me enfurecí.

—¡Que te den! A ti y a tu decencia. Estoy harta.

Se abalanzó sobre mí tan rápido que ni siquiera tuve la oportunidad de escapar. Ni que fuera a hacerlo. No temía al *D'yavol,* y ese era el mayor de los problemas.

—¿No quieres mi decencia? —me gruñó al oído mientras pegaba su cuerpo mojado al mío—. Pues que así sea.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral. La ira, la verdad sobre mi padre y mi madre, la ansiedad del futuro, todo era un lío; abrumador; agotador. No tenía la energía ni las ganas para luchar cuando Ronan me inclinó sobre el lavabo. El mármol se me clavó en las caderas, pero el vacío que sentía en el pecho anuló el dolor.

Ronan me bajó el tanga por los muslos, me subió la camiseta por las caderas y se metió en mí con una embestida. Emití un sonido mitad placer y mitad dolor mientras su mano me rodeaba la garganta. Las gotas de agua empezaron a deslizarse por mi clavícula como lágrimas.

Me agarré con las manos al espejo mientras me follaba con violencia por detrás, con azotes que irradiaban ira. No había ningún tipo de intimidad. Apenas algo de placer. Pero acepté su ira cuando mi corazón decidió de repente que lo necesitaba de cualquier forma que pudiera tenerlo.

Me tiró del pelo para echarme la cabeza hacia atrás y me gruñó al oído:

—*Malen'kaya lgunishka*... —«Jodidamente prometida». Las palabras fueron como una maldición, pero una sutil nota de su voz me llegó al corazón y tiró de todos los bordes desgastados. Debajo de la ira, había un ápice de vulnerabilidad.

Había encontrado otra debilidad.

Era débil cuando era abandonado.

Entre fuertes jadeos, mis dedos se resbalaron por el espejo mientras las palabras se escapaban de mi garganta.

—Yo nunca quise estar prometida.

—Bueno, enhorabuena, entonces —dijo a regañadientes—, porque nunca va a pasar.

La palabra «enhorabuena» me golpeó con una carga sarcástica de vulnerabilidad: mi padre asesinó a mi madre y pronto estaría muerto también. Enhorabuena... Ivan me odiaba. Enhorabuena... Mis propios hermanos iban a dejarme sin nada. Enhorabuena... Ronan volvería a estar al otro lado del solitario Atlántico. Enhorabuena...

Lágrimas calientes empezaron a deslizarse por mis mejillas tras la última verdad. Agaché la cabeza para que Ronan no pudiera verlas. Mis dedos se resbalaron hasta el final del espejo mientras lloraba por un futuro incierto, y por un hombre que me estaba destrozando física y emocionalmente.

Ronan se detuvo un segundo antes de levantarme la cabeza poco a poco para poder ver mi reflejo. Un espejo empañado. Lágrimas tintadas de rojo trazaban caminos por la sangre seca de mi rostro. Unos dedos tatuados me envolvieron la garganta.

—Joder. —Salió de mí, me dio la vuelta y me rodeó la cara con las manos—. ¿Te he hecho daño?

Sacudí la cabeza.

—No me refiero solo a físicamente, Mila.

Sus palabras ardieron en la parte trasera de mis ojos y volví a sacudir la cabeza.

—¿Por qué las lágrimas?

Con la garganta cerrada, simplemente levanté un hombro y me mordí el labio para reprimir las repentinas ganas de sollozar, pero la delicadeza de sus manos sobre mi cara me rompió como una presa.

Con un sonido áspero, Ronan me pegó la cara a su pecho.

—Nunca he conocido a una mujer que llore tanto como tú. Eres como un grifo. —Me dejó sollozar en su pecho durante un largo rato. Cuando las lágrimas se disiparon, preguntó—: ¿Es por tu padre?

Tragué saliva.

—En parte.

—¿Y el resto?

No quería pensar en la situación padre/madre/asesinato, así que la evité.

—Ivan me odia... —Me quedé en silencio durante un segundo, pero esperó a que continuara, de alguna forma sabía que había más —. Siempre he querido una familia... hermanos. —Mi voz estaba cargada de emoción—. Y siento que todos me odian también. —Una lágrima solitaria se derramó.

Ronan me levantó la barbilla para que lo mirara a los ojos y limpió la lágrima con el pulgar.

—Los leones no pierden el sueño por la opinión de las ovejas.

Mi cuerpo se quedó en silencio mientras cada una de mis células asimilaba sus palabras y dejaba una sensación de tranquilidad detrás. Estaba volviendo a ser decente, pero esta vez no me quejé.

Era demasiado tarde para eso.

Amaba su negro y su gris y todas las tonalidades entre medias. Lo amaba tanto que se me había incrustado en la piel. Lo amaba y, aun sabiendo que lo perdería, sentí que mi corazón se detendría si no se lo decía.

Abrí la boca con un suspiro, pero se cerró poco a poco después de ver sus ojos o, mejor dicho, después de que él viera los míos. Su delicadeza se evaporó y el frío e insensible *D'yavol* regresó. Sin decir una palabra, se alejó y me dejó fría, mojada y ahogándome bajo el peso del rechazo.

No sabía cuánto tiempo había estado ahí parada cuando me encontré con mi reflejo en el espejo. Entumecida, me giré para mirarlo de frente. Tenían que ser lágrimas residuales. O un efecto de la luz. Aunque supe que no era ninguna de esas dos cosas cuando la risa de madame Richie volvió, y retumbó en mis oídos. Sus carcajadas se convirtieron en un embrujado *crescendo* de «enhorabuena» mientras miraba mis ojos azules, que brillaban con una luz que siempre les había faltado.

Supongo que la pasión encendía chispas.

Hasta aquellas que, con el tiempo, te destruían.

El espejo se hizo pedazos con un golpe de mi mano. Resonó como notas musicales desafinadas mientras salía de la habitación.

Capítulo 47

acrasia
Falta de autocontrol.

Mila

Yulia me detuvo en la puerta del dormitorio y me miró de arriba abajo con desdén.

—Tenemos invitados —dijo con severidad—. Deberías hacer algo con tus... senos —añadió señalándome el pecho.

Miré hacia abajo y no vi ningún problema con mis tetas. Para variar, llevaba pantalones de campana de cintura alta. Se podría pensar que Yulia se lo tomaría como una victoria. Seguro que Ronan lo hacía.

Levanté la cara para mirarla de frente.

—Para que lo sepas, hace décadas que las llaman «tetas». Y, teniendo en cuenta que la última vez que tuvimos invitados estaba desnuda atada a una cama, me parece que tu petición es algo hipócrita.

Se puso ambas manos en las caderas.

—Eso sucedió en la habitación de invitados, no ibas haciendo alarde de tus senos por toda la casa.

Estar desnuda y abierta de piernas en la habitación de invitados: 👍

No llevar sujetador debajo de la camiseta en la planta baja: 👎

Tenía sentido.

Suspiré.

—¿Y qué te gustaría que hiciera con mis senos, Yulia?

—Meterlos dentro de un sujetador —respondió como si fuera algo obvio—. Y no ponerte algo transparente que solo sirva para despertar los impulsos de los hombres.

Cuando empezó a hablar sobre el soporte que necesitan los senos, levanté un dedo para callarla y le dije:

—Lo estoy considerando.

Frunció el ceño y dio golpecitos con el pie con impaciencia. Tras una pausa más larga de lo necesario, acabé bajando el dedo.

—¿Y bien? —espetó.

—No. —Pasé de largo junto a ella en dirección al vestíbulo.

—Fresca insufrible —farfulló.

—Viejo murciélago —repliqué.

Iba al comedor a desayunar, pero me detuve en el vestíbulo cuando vi a Gianna y a Kat en el sofá de la sala de estar con una bandeja enorme de comida ante ellas.

—¡Mila! —exclamó Gianna, y esbozó una sonrisa maliciosa al verme—. Te dije que la próxima vez que nos viéramos habría menos cuerdas y más ropa. —A continuación, frunció el ceño y chasqueó los dedos como si hubiera perdido una oportunidad—. Sabía que tendría que haber apostado, pero no parecías estar de humor para juegos.

Me daba la sensación de que hablaba en serio.

—Al parecer, soy una indigente, así que no habrías ganado gran cosa.

—No te preocupes. Ya le he sacado el máximo partido a la billetera de Yulia esta mañana —comentó—. No dejes que su estrategia de pobre ama de llaves te engañe, tiene una montaña de billetes de cinco mil rublos en el armario y los guarda como si fuera un trol.

A esas alturas, me creería cualquier cosa.

Me senté en el sillón frente a ella, le robé una uva del plato y encogí las piernas debajo de mi cuerpo.

—¿Quiero saber qué habíais apostado?

Gianna frunció los labios, pensativa.

—Normalmente me gusta poder jugar con la mente de la gente, pero me caes bien, así que voy a mantenerlo en secreto por ahora.

Tenía la cabeza hecha un lío, así que no me quejé.

—Gracias, supongo. —Me metí la uva en la boca.

Se rio.

Tenía un nudo en el estómago por la llamada de antes y por la escenita con Ronan, y me costó tragármela. Sin embargo, en un intento de fingir que el mundo no se estaba desmoronando a mi alrededor, me llené un platito de fruta fresca. Mientras lo hacía, me fijé en Kat, quien se estaba metiendo una tortita de los colores del arcoíris en la boca sin apartar la mirada de su demente juego de princesas.

—Tu hija es guapísima —dije con toda sinceridad, sabiendo que dejaría las mandíbulas abiertas allí por donde pasara. O rotas.

Gianna le dirigió una cálida sonrisa a Kat y le pasó una mano por la coleta.

—Me lo tomaré como un cumplido, ya que dicen que nos parecemos. Pero lo de su personalidad es culpa de su padre al cien por cien.

Salió un oportuno «¡Que le corten la cabeza!» del móvil y nos hizo reír a ambas.

Cuando la risa se desvaneció, Gianna hizo una mueca de incomodidad y se frotó la barriga de embarazada. O bien el bebé era enorme como el padre y el tío, o estaba a punto de parir en cualquier momento.

—¿Cuándo sales de cuentas? —pregunté.

—En tres semanas, pero me da la sensación de que este niño no va a salir nunca. Cuando llegue a casa mañana, tengo que empezar a hacer yoga. —Suspiró como si la idea la incomodara—. Pero no creo que eso suceda, porque me han echado de mi centro y nunca se me ha dado bien motivarme sola.

—Seguro que hay más de un centro de yoga en Nueva York.

Frunció el ceño.

—Supongo que debería haber aclarado que me han echado de todos los centros.

—Ah...

Tras una breve pausa, ambas reímos de nuevo.

Gianna irradiaba calidez y yo ya me sentía más ligera, pero cualquier posibilidad de ponerme de mejor humor se esfumó y ardió

cuando una voz conocida y sensual entró en la habitación.

—Espero no estar interrumpiendo nada.

Lentamente, deslicé la mirada hacia la puerta y vi a Nadia en carne y hueso. Tenía el pelo negro retirado a un lado con una elegante onda que le llegaba hasta la cintura. Labios de un rojo oscuro. Ojos delineados. Llevaba un vestido cruzado de color *nude* bajo un largo abrigo de visón. Me pregunté si se lo habría comprado Ronan. Esa idea me revolvió el estómago, que amenazó con expulsar todas las uvas que contenía.

La cantante de ópera era hermosa y exudaba sexo por cada poro. Era el tipo de mujer con el que se comparaban todas las demás. Bastaba un solo vistazo para sentir que te faltaba impacto. ¿Por qué iba a mirarme Ronan cuando estaba esta mujer delante? Rechacé la idea tan rápido como mi nueva familia me había rechazado a mí.

«*Je suis parfaite comme je suis. Tu es parfaite comme tu es. Nous sommes parfaites comme nous sommes*».

«Soy perfecta tal y como soy. Eres perfecta tal y como eres. Somos perfectas tal y como somos».

Sintiendo que el francés hacía su magia, miré a Gianna justo a tiempo de ver cómo ponía los ojos en blanco.

—Claro que no, Nadia. De todos modos, parece que has sido cordialmente invitada.

Noté el sarcasmo en su voz, y finalmente vi a Pavel detrás de Nadia. Se removía, incómodo. Claramente, Nadia no tenía que estar aquí, pero todo sugería que el chico no sabía cómo echarla. Él era más alto, a pesar de que ella llevaba unos tacones de aguja de doce centímetros, por lo que su obstáculo era más una batalla emocional que física.

—Ah, bien —dijo Nadia con un encantador acento ruso, y se acercó a nosotras como si bailara—. No sé cómo se me olvida lo largo que es el viaje hasta aquí cada vez que vengo. —Frunció los labios—. Aunque normalmente no estoy sola, y soy de las que piensa que el tiempo vuela cuando lo estás pasando bien.

Iba a vomitar.

Literalmente.

No iba a compararme con ella, pero aun así no podía soportar la idea de sus manos sobre Ronan. Ni las de él sobre ella. Me sentía como si me hubiera caído una roca encima del pecho. El impulso de levantarme y largarme me abrasaba los nervios, pero hacerlo solo le daría la victoria a Nadia, así que me obligué a quedarme.

Se quitó su extravagante abrigo de piel, lo dejó en el respaldo de la silla que había al lado de la mía, y se sentó con las piernas cruzadas como una reina. Una cajita de regalo cayó de su abrigo al suelo.

Gianna arqueó una ceja.

—¿Me he perdido el cumpleaños de alguien?

Nadia se rio.

—No. Vi una cosa en una tienda y me acordé de Ronan, así que se lo compré.

—Vaya, pues no nos dejes con la intriga —dijo Gianna.

—Bueno, vale. —Su tono implicaba que la estábamos presionando para que nos lo contara, cuando claramente estaba desesperada por soltarlo—. No se lo digáis, pero es una bufanda *vintage* de Louis Vuitton con los flecos deshilachados —anunció con orgullo.

Las dos la miramos fijamente. Lo único que haría Ronan con una bufanda era estrangular a alguien.

—Guau —dijo Gianna con poco entusiasmo—. Seguro que le encantará.

Nadia sonrió antes de decir.

—Por Dios, me muero de hambre. —Sin decir nada más, empezó a llenarse un plato de *bliny* que no eran de los colores del arcoíris, aparentemente ajena a la tensión del aire.

—¿Y qué te trae por aquí, Nadia? Aparte de entregar regalos. —Gianna tomó un sorbo de té—. Seguro que tu cocinero francés es tan bueno como Polina.

Nadia frunció sus perfectas cejas con preocupación.

—He venido a ver cómo está Ronan después de lo que pasó ayer. No puedo creer que ese niño tuviera el valor de dispararle. —A continuación, agregó con frivolidad—: Aunque todos sabemos que lo contrató Alexei.

Se untó una generosa cantidad de mantequilla en las tortitas.

La miré impasible mientras sus palabras me aplastaban el corazón por el hecho de que mi padre fuera el culpable indirecto de que le hubieran disparado a Ronan y por el detalle inexplicable de que estuviera con ella ayer. Si mantenían una relación tan estrecha, ¿dónde estaba por la noche cuando él se desangraba?

El incómodo silencio debió de alertar a Nadia de que había tocado una fibra sensible, aunque tampoco es que no lo supiera de antes. Me miró como si me viera por primera vez y fingió un puchero de disculpa.

—Ah, cierto, olvidaba que Alexei es tu padre. Ronan no habla mucho de ti. Me habré despistado.

Me limité a mirarla. Tenía una belleza natural, pero rezumaba la falsedad de un perfume empalagoso. Cuando se movió, me di cuenta de que se sentía incómoda bajo mi mirada.

Quizá hubiera oído lo de que era una bruja.

Apartó la mirada con una risa incómoda y agitó la mano con la que sostenía el tenedor.

—De todos modos, espero que no te ofendas. Seguro que entiendes por qué no eres el tema favorito de Ronan.

Estuve a punto de echarme a reír. Había estado rodeada de mujeres insensibles de la alta sociedad toda la vida. Yo podía ser el florero silencioso que había entre ellas, pero esa posición me había brindado la oportunidad de observar. Sabía jugar a este juego.

—No es ninguna ofensa —respondí con dulzura—. Sería una tonta si no lo entendiera.

—Muy tonta —confirmó con un deje de satisfacción.

—Aunque llevo semanas viviendo en la misma casa que Ronan, y tampoco lo he oído hablar de ti a menudo. —Fruncí el ceño, pensativa—. Ahora que lo pienso, creo que nunca. Supongo que tenemos algo en común, ¿verdad?

El tenedor con el *blin* de Nadia se detuvo a mitad de camino de su boca y me miró con los ojos entornados.

—Es normal que no comparta información personal contigo. Eres la hija de su enemigo... —Me dirigió una mirada lastimosa—. Aunque seguro que no tiene malas intenciones contigo. Supongo que es la simple relación secuestrador-cautiva, ¿no?

Gianna mordisqueó una fresa con aire distraído, disfrutando de nuestra conversación.

—No creo. —Me reí—. No estoy segura de que Ronan sepa cuál es la relación apropiada entre un secuestrador y una cautiva.

—¿De verdad? Pensé que lo tenía claro después de todos nuestros juegos.

Ignorando las náuseas que me provocaron sus palabras, adopté una expresión comprensiva.

—Puede que por eso no hable de ti. Me parece que no tiene nada apropiado que compartir. —La miré con empatía—. Seguro que es porque pareces tan vacía que no es capaz de verte a un nivel más profundo.

Esos ojos delineados escupían fuego.

—Sin ánimo de ofender, por supuesto —añadí.

Nadia dejó la taza de té sobre el platito con más entusiasmo del necesario y desvió la atención de Kat de su juego. La niña le dirigió una mirada a la cantante de ópera antes de volver al reino de terror de las princesas y dijo:

—Mamá, no me gusta esta mujer.

Esperaba que su madre la regañara, pero olvidaba que este mundo desafiaba todas las normas.

—Por mucho que aprecie tu honestidad, *cara*, una actitud pasivo-agresiva transmite mejor el mensaje —dijo suavemente—. Y también nos hace parecer mejores personas.

—¿Qué es una actitud pasivo-agresiva?

—Cariño, es lo que he estado haciendo los últimos minutos. Presta atención.

—Vale.

Nadia y yo fingimos que la conversación no había tenido lugar. Cogí unas cuantas uvas más. Ella dejó el plato medio lleno con el ceño fruncido como si no le gustara esa comida.

—¿Hay algún motivo por el que los *bliny* saben a papel? —preguntó Nadia.

—Mila es vegana —respondió Kat con orgullo.

—Eso es... adorable. —Su modo de arrugar la nariz indicaba lo contrario. Señaló la mesa con la mano—. ¿Todo esto es vegano?

—Sí —contestó Kat.

Cuando la cantante de ópera asimiló la información, una chispa de resentimiento se encendió en su mirada. Cabría pensar que tenía hambre y era alérgica a todo lo vegano, pero yo sabía qué le provocaba esa ira. Odiaba el hecho de que tuviera impacto en la casa de Ronan.

—Eso es... —Estaba tan nerviosa que pensé que iba a volver a decir «adorable», pero se detuvo y forzó una sonrisa—. Aprecio el esfuerzo humanitario —me dijo—. Pero ¿no crees que es un poco... egoísta someter a toda la casa a tus preferencias? —Colocó una mano con una manicura perfecta sobre la mía como si le preocupara —. Seguro que no te lo has planteado.

Era la primera vez que sentía el impulso de apuñalar a alguien con un tenedor. En lugar de eso, le aparté la mano antes de que se me pegara su falsedad.

—No soy yo quien los está sometiendo. ¿Recuerdas que estoy secuestrada?

Frunció el ceño.

—Está claro que el personal te tiene lástima. Piensa en los problemas que tu dieta le estará causando a la pobre Polina. Se está haciendo mayor... y cada día más gorda. —Nadia echó un vistazo a la barriga de Gianna—. Sin ánimo de ofender, por supuesto.

—¡Mamá no está gorda! —gritó Kat antes de que alguna pudiéramos intervenir—. Está gestando a mi hermano. Y tú eres una maleducada.

—Kat, ¿qué te he dicho? —Le recordó Gianna con una sonrisita.

La niña dejó de mirar a Nadia con el ceño fruncido e imitó la mirada de lástima fingida que tantas veces había observado esta mañana.

—Seguro que eres así de antipática porque tienes mucho trauma *mocional*. —A continuación, agregó—: Sin ánimo de ofender, por supuesto.

Me costó mucho no reírme sabiendo que lo del «trauma emocional» lo había sacado de lo que le había dicho Ronan un rato antes. Nadia entrecerró los ojos y estaba a punto de escupirle un

comentario borde a la niña, pero una mirada escalofriante de Gianna la hizo cambiar de opinión.

—Además, a Polina le gusta la comida vegana —agregó Kat—. Me lo dijo ella. —Kat miró a Nadia por debajo de la nariz—. Hasta *Dyadya* dice que es vegano, porque le echa mantequilla vegana a su filete.

Se me dibujó una sonrisita en los labios. Lo había visto hacerlo y lo de asumir una postura moralista, haciendo el mínimo esfuerzo, era algo muy típico de él.

Nadia puso los ojos en blanco y se miró las uñas antes de decir:

—¿Dónde está Ronan? Espero que se esté recuperando en su habitación.

Gianna y yo nos echamos a reír. Kat también lo hizo, pero me pareció que solo lo hacía por demostrar que estaba de nuestro lado. A pesar de que había recibido un disparo el día anterior, era probable que estuviera cortando leña. O haciendo cualquier cosa menos mecánica y más mortífera.

—*Dyadya* ha salido con papá —anunció Kat.

—Ah... Se me había olvidado. Dijo algo de eso cuando vino a verme anoche.

Interesante. Me pregunté si habría ido a verla después de que se la chupara y me sentara en su cara, o antes de que me durmiera con él en la cama.

—Pues supongo que me tocará esperar a que vuelva —suspiró Nadia.

Preferiría que me secuestrara el auténtico diablo antes que tener que pasar otro momento así.

—Bueno, Mila, ¿dónde tienes planeado ir después de todo esto? —preguntó fríamente.

—No lo sé. Moscú me gusta mucho, puede que me quede. —Era una mentira descarada, pero su expresión ponzoñosa hizo que valiera la pena.

—Vas. A. Quedarte. —No era una pregunta.

—Bueno, ¿por qué no?

—Eres una Mikhailova —dijo como si fuera evidente—. Este no es tu sitio.

—¿Dónde lo pone? —pregunté con el ceño fruncido—. No he visto ninguna señal que prohíba la presencia de los Mikhailov en Moscú.

Endureció la mirada.

—Él no dejará que te quedes.

—¿Quién? —pregunté haciéndome la tonta.

—Ronan —gruñó—. Para él no eres más que la garantía de su venganza. Puede que también una diversión pasajera, un juguete nuevo. Pero te aseguro que se le pasará el interés.

Dejé el plato en la mesa.

—¡¿Es que todo el mundo tiene la misión de arruinarme los desayunos?! —exclamé—. Y, para que lo sepas, Nadia, nunca he tenido intención de reclamarlo. —El último desdén de Ronan todavía me ardía en el pecho—. Por lo que a mí respecta, puedes quedártelo.

Me miró con incredulidad.

El calor que me lamía la espalda me obligó a ponerme de pie.

—Enhorabuena... El mafioso es todo tuyo. —Entorné la mirada—. Ahora lo que tienes que hacer es averiguar cómo retenerlo, porque parece que no lo estás haciendo demasiado bien.

Con las mejillas enrojecidas, se levantó sobre sus tacones de aguja. A pesar de que iba descalza, le sacaba varios centímetros. Teniendo en cuenta la expresión de su rostro cuando se vio obligada a mirarme hacia arriba, lo detestaba.

—¿Crees que no puedo retenerlo? —preguntó con desdén.

—Mamá, ¿esto es una actitud pasivo-agresiva? —susurró Kat.

—No, *cara,* es simplemente agresiva. Y ahora estate calladita y pásame una tortita.

Se me escapó una tensa carcajada.

—Déjame ver... Uno, no sabes nada sobre él. Dos, estás tan celosa que has venido a acosar a la cautiva que está a punto de cambiar por saldar su venganza. Y, tres, necesitas terapia. —Enfaticé cada punto con los dedos—. Así que no, no creo que puedas retenerlo. Pero te deseo toda la suerte del mundo.

Harta de la situación, me alejé, pero me retuvo un fuerte tirón de pelo.

Me. Tiró. Del. Pelo.

Apreté los dientes mientras me invadía una oleada de rabia. Inhalé profundamente, pero decidí tomar el camino correcto y continuar...

—Aquí eres prácticamente una esclava —lanzó Nadia con maldad —. Me gustaría tomar algo. Tráemelo.

¿Cuál era el camino correcto?

Sin pensarlo dos veces, agarré un mechón de su cabello ridículamente brillante y sacudí su cabeza a los lados. Me miró como si ella fuera la víctima antes de que un fuego cruel le llenara los ojos. Su siguiente tirón de pelo me hizo perder el equilibro y ambas caímos al suelo.

Nos estrellamos contra la mesa auxiliar y los platos cayeron al suelo. Nadia agarró un puñado de gachas y me las echó sobre la camiseta.

—No necesito terapia —gruñó.

—¡Eso es lo que dicen los locos! —Me senté a horcajadas sobre ella y le golpeé la cabeza contra el suelo.

—¡Vaya! ¡Una amazona! —gritó Nadia dándome una bofetada como si fuera una niña—. No puedo creer que él llegara a desearte.

—¡Vamos, Mila! —me animó Kat desde el sofá.

Nadia me tiró del pelo con tanta fuerza que parecía que quisiera arrancármelo y me obligó a apartarme para poder conservarlo.

—Ese emoji de la lengua era por ti, ¿verdad? —preguntó, y me dio una patada en el costado con el tacón.

—No sé de qué hablas, psicópata —rugí, y le clavé las uñas en las muñecas hasta que me soltó el pelo. Entonces, me senté sobre su espalda y le froté la cara contra las gachas del suelo.

—¡Zorra! —Se giró para no ahogarse con la comida—. Me muero de ganas de que llegue mañana.

Algo en el tono de su voz me hizo vacilar.

Se dio cuenta y se rio.

—¿No lo sabes? Mañana vas a... ¿Cómo se dice? —Fingió pensarlo, y luego dijo en tono burlón—: *Ciao.*

Una frialdad irradió de mi pecho y me consumió por completo. Apenas sentí que alguien me apartaba de Nadia.

—No, *Dyadya* —se quejó Kat—. Empezaba a ponerse interesante.

Mis pies colgaban sobre el suelo mientras Ronan me sujetaba por la cintura. Normalmente era cálido, pero esta vez su brazo me quemaba como un grillete helado. Se estaban diciendo palabras agresivas, pero el zumbido de mis oídos las ahogó. Tenía el pecho agitado por el esfuerzo, aunque la ira había desaparecido y había dejado indiferencia tras ella.

Nadia se levantó y se limpió los ojos de la cara con un malicioso brillo en la mirada.

—La chica no lo sabía. —Se rio y luego hizo pucheros—. Espero que no quisieras que fuera sorpresa.

Ronan siseó, la ira vibraba en su pecho.

Nadia me miró lanzando dagas por los ojos.

—Tendría que haberme imaginado que eras igualita que tu madre. —Captó el destello de confusión en mi mirada y se rio—. ¿No sabes lo de tu querida madre?

—*Zatknis* —gruñó Ronan. «Cállate».

—No —repliqué—, quiero oír lo que tenga que decir.

Nadia arqueó una ceja, divertida.

—¿Por dónde empiezo?

Ronan se dispuso a sacarme de la habitación, pero un volcán erupcionó en mi pecho ante las preguntas sin respuesta. Necesitaba saber la verdad. Me resistí con violencia, lo insulté y, cuando le dije que no volviera a tocarme nunca, me soltó por fin.

Nadia observaba la escena con expresión ponzoñosa hasta que me miró a los ojos.

—¿Empiezo por lo malo o por lo que es ligeramente menos malo?

—Suéltalo ya, Nadia —espetó Ronan.

—Bueno... —Se miró las uñas—. Corría el rumor de que Tatianna era una puta a la que le gustaba que le dieran duro. Y, cuando digo duro, me refiero a involucrar cuchillos y animales. —Arrugó la nariz —. Pero supongo que es conocida sobre todo por lo que hizo por tu padre. Vio a una chica guapa en la calle, la sedujo para que subiera a su Bugatti y... ¡puf! Nunca la volvieron a ver.

La miré fijamente. Tenía el corazón acelerado, pero la mente entumecida.

—Esos son los rumores... aunque dicen que en cada rumor hay una pizca de verdad. —Nadia fingió una mirada de empatía—. Lamentablemente, en el caso de tu madre, había una avalancha de verdad.

Mi padre traficaba con chicas.

Y mi madre lo había ayudado.

Sentí que me daba vueltas la habitación mientras intentaba procesar la noticia. Necesitaba espacio. De inmediato.

Ronan me dio la vuelta para que lo mirara y me limpió un poco de gachas de la cara. No podía hacerlo. No podía. Sin embargo, intentar zafarme de él fue tan inútil como siempre.

—Dime que estás bien —exigió.

—Estoy bien. Y ahora, por favor... déjame irme.

Parecía que estaba a punto de negar mi petición, pero algo en mi mirada debió de hacerle cambiar de opinión. Me levantó la barbilla y me dio un beso breve en los labios ignorando la exclamación indignada de Nadia antes de dejarme escapar entre sus dedos.

En piloto automático, subí las escaleras y capté fragmentos difusos de fondo.

—Te echaba de menos —se quejó Nadia.

—Es la última vez que te veo —rugió Ronan—. O te juro por Dios que tu carrera desaparecerá delante de tus ojos.

—Pero...

—Nada de peros. Sal de mi puta casa, Nadia. Y búscate un terapeuta, por el amor de Dios.

—¡No necesito un puto terapeuta!

Unos instantes después, estaba sentada desnuda en el suelo de la ducha dejando que el agua cayera sobre mí. Sola. El mundo era un monstruo que algún día acabaría por consumirme. Cuando Yulia se arrodilló a mi lado y empezó a lavarme como si fuera una niña, empezaron a caerme las lágrimas mientras lloraba la pérdida del padre al que creía conocer... y de su verdugo.

Capítulo 48

quel che sarà, sarà
Lo que sea será.

Mila

—Podría irme de mochilera por Europa —anuncié.

Con la cabeza apoyada en las patas, a Khaos no pareció impresionarle la idea. Lo había colado por la puerta trasera hasta mi habitación. Si esta era mi última noche aquí, no quería pasarla sola. Khaos se había apoderado de un buen trozo de mi cama y ya estaba dejando pelos por todas partes. Me encantaba.

Incluso después de enterarme de en qué consistía el trabajo de mi padre, resultaba difícil verlo como otra cosa que no fuera el padre que me lavaba el pelo cuando era niña. No podía lidiar con la idea de que mañana iba a morir y la verdad sobre mi madre, así que decidí centrarme en las cosas que podía controlar.

Tumbada boca abajo, apoyé la barbilla sobre una mano.

—Supongo que necesitaría alguna fuente de ingresos para irme de mochilera o, como mínimo, un talento y un sombrero. —Suspiré deprimida—. No tengo ninguna de esas dos cosas.

—»¿Y la universidad? —Me animé—. Podría conseguir una beca. Soy algo inteligente, al menos a la hora de estudiar. No puedo decir que sea inteligente, en ese caso no estaría aquí... Pero si obtuviera una beca que me cubriera el alojamiento y la comida vegana y, los artículos de aseo...

Khaos levantó las orejas como diciendo «buena suerte con eso».

—De todas formas, probablemente sea demasiado tarde para solicitarla. No es realista. Desde que me gradué, lo único que he hecho ha sido ver *Crímenes imperfectos* y tener sexo con un mafioso ruso. Mi solicitud sería una mierda.

Exhalé con un fuerte ruido y me pregunté qué me gustaba hacer. Sabía que había muchas cosas de las que disfrutaba, pero, cuando me paré a pensarlo, lo primero que se me vino a la mente fueron las patatas fritas.

—Tal vez me contraten en McDonald's —mencioné impasible—. Y si mis hermanos tienen la decencia de dejarme uno de los coches de papá, hasta tendré un lugar donde dormir. —Acaricié el pelo de Khaos y me acurruqué a su lado—. ¿Lo ves? —Forcé un tono optimista—. Todo va a salir bien.

—Mila. —Fue una reprimenda en toda regla.

Levanté la cabeza para ver a Ronan en el umbral de la puerta con los ojos entornados.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —pregunté mientras la vergüenza me invadía al pensar que había escuchado mi patético monólogo.

—El suficiente para saber que un mafioso no quedaría bien en tu solicitud de la beca.

Puf.

—Cotilla —murmuré.

—¿Qué te dije sobre el perro? —recordó con dureza.

—Se llama Khaos. Y ahora nos llevamos bien.

—Todavía llevas cinco puntos de cuando te mordió —dijo de forma inexpresiva.

Fruncí el ceño y me miré la muñeca.

—Cierto, ¿cuándo se supone que me tengo que quitar esto?

—Mila. —Su amable pero serio tono atrajo toda mi atención—. Ven.

Esa simple palabra se me metió en la sangre con una mezcla de agua fría y caliente. Por muy tentada que me sintiera a meterme en la cama de Ronan solo para olvidarlo todo durante un rato, mi corazón no podría soportar despedirse con el cuerpo esta noche y con la boca mañana.

No podía decir adiós dos veces.

Negué con la cabeza.

Endureció la mirada.

—No era una petición, *kotyonok.*

Con la garganta cerrada, volví a negar con la cabeza y dije:

—No puedo.

Ronan dio un paso y entró en la habitación, lo cual arrancó un rugido de la garganta de Khaos. Ronan lo ignoró.

—Vas a venir, Mila, aunque tenga que arrastrarte.

Con la tranquilidad de tener un pastor alemán enfadado junto a mí, dije:

—No. Esta noche me voy a quedar en mi habitación.

Por supuesto, Ronan se acercó a mí y no se detuvo, ni siquiera cuando Khaos se levantó sobre la cama y le enseñó los dientes con un rugido amenazante.

—Ronan, para. —Se me aceleró el corazón—. Te va a morder.

—Pararé cuando vengas conmigo.

Sin mostrar preocupación, dio otro paso y, cuando los rugidos de Khaos se volvieron letales y se le erizó el pelo del pescuezo, espeté:

—¡Está bien! Está bien, voy contigo.

Puaj. Ese hombre era insufrible.

Me bajé de la cama y acaricié el pelo erizado de Khaos.

—No pasa nada, amiguito. No me va a hacer daño. —Al menos, no físicamente. Cuando el pastor alemán se tranquilizó un poco, me giré hacia Ronan—. Iré si Khaos puede dormir aquí esta noche. Le gusta mi cama. —Hasta le había preparado un cuenco con agua y un plato de pastel de calabaza que había encontrado en la cocina.

Ronan no parecía impresionado.

—Vale. Pero cierra la puerta. Mi hermano y su familia siguen aquí. Y tu perro está pirado.

—Tú sí que estás pirado.

—Eres tú la que se metió en una pelea entre gachas.

—Me tiró del pelo —expliqué simplemente, y cerré la puerta detrás de mí.

Oscureció los ojos.

—No volverá a pasar. Nadie te tira del pelo excepto yo.

Al parecer, Ronan solo iba a fingir que mañana no fuera a suceder. La llama de resentimiento que me ardía en el interior solo reafirmó mi decisión de escapar y encontrar un lugar donde esconderme hasta que se hiciera de día. No podía dormir con Ronan. No podía soportarlo emocionalmente, físicamente, ningún «mente».

Giró hacia su habitación.

Corrí por el pasillo en la dirección opuesta.

Un áspero suspiro. Un gruñido.

—Mila. —Y luego el ruido de sus botas caras siguiéndome. Volé por las escaleras mientras pensaba desesperadamente en un lugar donde esconderme. Pasé a toda prisa por al lado de la mesa del comedor y frené en seco cuando vi a Gianna, a Christian y a Kat, disfrutando de una agradable cena en familia.

Jadeé con el pecho agitado.

Gianna disimuló una sonrisa.

—Oh, oh —murmuró Kat—. Mila se ha metido en un lío.

Ronan me cogió por la cintura y me levantó del suelo.

—Aseguraos de que probáis el *vatrushka* —dijo como si nada—. Polina hace el mejor.

Christian le lanzó a su hermano una mirada indescifrable antes de que Ronan me cogiera en brazos y me subiera por las escaleras. Podía luchar contra él, pero ahora su aroma masculino me había envuelto y había confundido a mis sentidos. Su calidez me empapó la piel y obligó a mi resistencia a derretirse.

Me dejó caer sobre su cama y se sentó a horcajadas sobre mis caderas.

—No deberías haber oído eso.

Sabía que estaba hablando de lo que Nadia me había dicho.

Tragué saliva.

—¿Porque soy demasiado débil como para soportarlo?

Me aprisionó las muñecas sobre la cabeza.

—Porque eres tan jodidamente dulce que brillas. —Su mirada se oscureció—. Y mataré a cualquiera que intente quitarte esa luz.

—No mates a Nadia.

—Eso está por ver, pero ahora... —Me recorrió el cuello con los labios—. *Ty mne nuzhna*. —«Te necesito».

Las ásperas palabras me rozaron la piel, me ardieron en el corazón y tomaron una decisión por mí. Arqueé el cuello para facilitarle el acceso y darle lo que necesitaba, aun sabiendo que sería el culpable de mi destrucción.

Capítulo 49

fanaa
Aniquilación del yo por amor.

Mila

La lluvia caía por la ventanilla del coche y emborronaba el paisaje de la Rusia remota mientras Albert nos conducía a nuestro destino. La nieve cubría los pinos, delineaba el horizonte y formaba un manto en el suelo.

El paraíso invernal se derritió y se convirtió en barro ante mis ojos.

Mi mente retrocedió una hora, a cuando Ronan me había puesto en los brazos un misterioso abrigo amarillo de piel sintética. Yo no había dicho nada, mientras él subía la cremallera y me ponía un par de botas nuevas. No me había dado cuenta de lo sucias y desgastadas que estaban las otras hasta ese momento. Se levantó, me sacó la melena de debajo del abrigo y dijo: «*Poydem*». «Vámonos».

Una vez afuera, me había girado para echarle un último vistazo a la casa y ver la amenazante fortaleza de piedra con otra luz. Ahí habitaban las excentricidades de Yulia. Ahí se encontraban los gritos y la comida casera de Polina. Ahí había sábanas negras arrugadas e inmaculadas. Ahí se rompían puertas, espejos y corazones. Y ahí también surgían chispas...

Me di la vuelta para dirigirme al coche, pero me detuve cuando apareció Yulia en la puerta. No le había dado las gracias por cuidarme en la ducha el día anterior. Ese momento podría no haber sucedido nunca, pero siempre lo recordaría.

Su permanente expresión severa no vaciló cuando cerró la puerta.

Continué el camino hasta el coche incapaz de mirar el recinto de los perros al que había devuelto a Khaos por la mañana, pero sabía que seguía ahí sentado, observándome. Me quebraría si tuviera que despedirme de él. Deseé poder llevármelo, pero no tenía ni idea de a dónde iba, mucho menos de si iba a poder cuidarlo adecuadamente.

Una lágrima solitaria se me deslizaba por la mejilla mientras veía la nieve convirtiéndose en barro por la ventanilla. Me la sequé consciente de que, si las dejaba caer, nunca se terminarían.

Ronan estaba extrañamente callado. Se pasaba el pulgar por el labio inferior y observaba el paisaje cambiante. Me pregunté si le importaría estar destrozándome la vida al asesinar a mi padre. Las acciones de papá podían ser inconcebibles e imperdonables, pero no le correspondía a Ronan juzgarlo. Me pregunté si le importaba lo más mínimo que esta fuera a ser la última vez que nos viéramos. Por su indiferencia, no creía que estuviera siquiera en sus pensamientos.

Tal vez yo solo hubiera sido una diversión pasajera que ya había terminado. Las inseguridades y los miedos causaban estragos en mi mente. Nada tenía sentido en este estado... con el pecho apretado por el terror de lo que pudiera pasar en cuanto se detuviera el coche.

Para conceder algo de alivio a mis pensamientos, pregunté:

—¿Mi padre sigue casado?

—*Da.*

—¿Y cómo es ella?

—Por lo que recuerdo, tiene agorafobia y adicción a la cocaína —respondió Ronan sin mirarme.

Ah. Parecía maja. Aunque quizá ella también tuviera algún trauma por el tipo de vida de mi padre.

—¿Cuántos hermanos tengo? —continué.

—Tres chicos.

—¿Estarán hoy aquí?

—Adrian y Dimitri seguramente sí. Dima está en la cárcel.

Cuando me imaginaba teniendo una familia, nunca se me pasaba por la cabeza que pudieran ser mafiosos. Supuse que tendría que

haber rebajado las expectativas a la hora de pensar en navidades mágicas en familia. Me había gafado a mí misma.

Ronan intercambió unas palabras con Albert en ruso. Solo capté retazos de la conversación, pero, por el tono serio, quedaba claro que estaban discutiendo los detalles del intercambio. Pensé que debería ser bastante simple. Cambiarme por mi padre. Sin embargo, cuando siguieron hablando como si se estuvieran preparando para lo peor, se me heló la sangre.

Salimos de la carretera y entramos en un terreno vacío ocupado por un par de silos. Había dos coches negros aparcados al otro lado del área, moviendo los limpiaparabrisas de un lado a otro. Me dio un vuelco el corazón mientras los neumáticos salpicaban barro.

Cuando nos detuvimos, Ronan se giró hacia mí. Me bajó la cremallera del abrigo y me metió un fajo de billetes en un bolsillo interno. Encendió mi móvil y me lo tendió. Lo observé con serenidad mientras me subía de nuevo la cremallera como si fuera una niña.

No me dijo nada, y el dolor que me partió el pecho superó todos mis miedos. Antes de que pudiera abrir la puerta, el dolor escapó de mis labios con un suspiro desesperado.

—*Proshchay.* —Pronuncié la palabra con suavidad, pero su significado tenía un toque desgarrador. Era una despedida para siempre.

Con los dedos en la manilla de la puerta, Ronan me observó un largo segundo. Prácticamente, podía ver a *D'yavol* subiendo a la superficie de su mirada. Sofisticación sin alma.

Como no respondió, se me cerró la garganta. Ronan tenía que decir algo. Tenía que hacerme saber que esto... que yo... significaba algo para él. Me merecía esas palabras, o sabía que me atormentarían para siempre.

—¿No vas a decirlo tú también?

—*Nyet*.

La respuesta fue tan gélida que el hielo me quemó la parte trasera de los ojos y derramó una lágrima hacia mi mejilla. Hasta que no la vio caer, no me fijé en la tensión de su espalda, en el tormento que tan bien ocultaba detrás de su Giovanni.

Un pulgar áspero me limpió la lágrima.

—Ya ne govoryu togo, chego ne imeyu v vidu.

A continuación, abrió la puerta, salió y me indicó que lo siguiera. Lo hice sin decir nada, mis pensamientos eran demasiado caóticos para averiguar qué decir.

Me quedé cerca de Ronan mientras se cerraban las puertas y los hombres salían. Sabía que Viktor conducía otro de los coches que nos habían seguido hasta aquí. Esperaba que fuera solo por precaución y no porque fuéramos a la guerra. Sería un blanco fácil con el abrigo amarillo.

Había seis hombres frente a nosotros, papá e Ivan en el centro. Mi padre llevaba un traje de *tweed* gris que le había regalado el año anterior. Su cabello se veía más plateado de lo que recordaba, pero no parecía haber cambiado nada más. Tenía el mismo aspecto que el padre al que siempre había conocido y amado.

Sin embargo, cuando lo miré a los ojos, se me pasaron por la mente imágenes del niño al que había torturado. Luego, de las chicas sin rostro con las que había traficado. Y el recuerdo de mi madre muerta en el suelo de la biblioteca.

—Papá, tu amiga... ¿es mi madre?

Su expresión se suavizó.

—No, ángel.

Lo cierto era que llevaba llorando a mi padre desde que era pequeña. Había llorado al padre que quería que fuera. Había llorado al amor que necesitaba recibir. Y ahora, tendría que llorar su muerte.

El viento silbaba a través de los silos mientras la lluvia golpeaba el suelo. El barro nos separaba de los hombres que se suponía que eran mi familia, los que iban a salvarme de *D'yavol.* Sin embargo, en mis entrañas sentía que pertenecía a este bando.

—No creíamos que os presentarais. Llegáis una hora tarde —dijo uno de los hombres de pelo oscuro que había junto a mi padre mientras se chasqueaba los nudillos—. Los tatuajes le subían por el cuello y tenía la nariz torcida como si se la hubieran roto varias veces.

—Es la puntualidad de la elegancia, Adrian —dijo Ronan—. No me digas que eres de los que llegan a la fiesta cinco minutos antes.

Supuse que el hombre que había hablado era mi hermano. Dudaba que fuera a verlo alguna vez con un jersey navideño.

Adrian frunció el ceño.

—Tienes suerte de que sigamos adelante con el intercambio después de que hayas usado a nuestra hermana de puta...

—*Zatknis* —gruñó papá. «Silencio».

Ronan no parpadeó a mi lado, pero irradiaba una tensión casi imperceptible.

—¿Crees que, después de matar a nuestro padre, no nos convertiremos en un problema aún mayor? —dijo otro hombre. Tenía la mirada vacía, como si hubiera visto tanta muerte que se le hubiera colado en los ojos. De algún modo, supe que era Dimitri, mi otro hermano. Otro que no se pondría un jersey navideño.

Ronan se rio.

—No podríais organizar ni un almuerzo, mucho menos un alzamiento.

Con un gruñido, Dimitri se abalanzó sobre él, pero Ivan lo detuvo. El hombre apenas me había mirado desde que había llegado. O bien se sentía culpable por haberme abandonado a mi suerte, o no era el hombre al que creía conocer.

Papá debía de tener cierto aprecio a sus hijos porque el insulto de Dimitri lo hizo hervir. Miró a Ronan con veneno.

—Tres centímetros. Tres centímetros y habrías muerto. Lamentaré esos centímetros hasta mi muerte.

Me sentía como si me hubieran transportado hasta otro mundo. Uno lleno de barro y de una gravedad tan pesada que se me desprendió el corazón. Este mundo giraba en la dirección opuesta. Y cada vez más rápido.

—En ese caso, supongo que deberías darme las gracias, porque pronto te libraré de ese lamento.

—Hemos venido a acabar con esto —espetó papá—. Así que al lío.

Ronan le tendió la pistola a Albert y papá hizo lo mismo con Ivan. Desconsolada, seguí a Ronan para encontrarme con mi padre entre ambos bandos. Mi padre no me miró a los ojos. No me importó. Este mundo pesaba mucho y era inestable.

Cuando Ronan me miró, dejó de girar. Sus ojos me mantuvieron firme. Azul oscuro. El color del pendiente en forma de corazón que llevaba en la oreja. Y llenos de cosas por decir. No quería apartar la mirada, pero me vi obligada a hacerlo.

Una explosión me hizo retroceder y el suelo tembló. Con una maldición, Ronan me empujó tras él. Pedazos del silo volaron por el aire y cayeron al barro pedazos ardientes. A continuación, una explosión más cercana atravesó el aire y estuvo a punto de hacerme perder el equilibro. Me zumbaban los oídos, me toqué uno y me di cuenta de que me salía sangre. Desorientada, parpadeé a través del humo espeso.

El mundo daba vueltas entre llamas.

Ambos silos ardían y una explosión más pequeña envió fragmentos afilados de metal por los aires. Ronan me agarró y me protegió la cabeza de la metralla que caía. El humo se disipó lo suficiente para ver a mi padre y el destello plateado de un arma apuntando a la espalda de Ronan.

—¡No! —La palabra me desgarró el cuerpo. Podía soportar el dolor.

Pero Ronan no.

Ronan nunca.

Mi corazón tomó la decisión por mí. Lo empujé justo cuando sonó un chasquido.

Entonces todo se quedó en silencio.

El humo se disipó.

La metralla dejó de caer.

Este mundo no daba vueltas.

Hacía frío, no se oía nada, y estaba muy oscuro.

Capítulo 50

absquatulate
Marcharse sin decir adiós.

Mila

Solía pensar que Ronan dejaría que me ahogara; que me observaría hundirme mientras mi pelo rizado brillaba en la superficie. Pero, al final, había sido su voz la que me había sacado de la oscuridad.

—*Prosnis'*, Mila. —«Despierta»—. Joder, *prosnis'*.

Ronan me había exigido muchas cosas desde que nos habíamos conocido, me había dado muchas órdenes que confiaba en que cumpliría, pero esta petición mostraba una grieta de vulnerabilidad. No era una orden en absoluto. Era una necesidad.

Había encontrado otra debilidad.

Yo lo volvía débil.

Con una inhalación entrecortada, luché por abrir los ojos. Me obligué a hacerlo y vi que estaba tumbada en el suelo de un coche en marcha que vibraba debajo de mí. Amarillo y rojo. Mi nuevo abrigo estaba arruinado, toda la piel sintética estaba cubierta de ríos de sangre. Había vendas empapadas en carmesí a mi alrededor. Mi camiseta estaba abierta por la mitad y la imagen del agujero expulsando sangre en mi estómago me mareó tanto que casi me vuelvo a desmayar. Aunque la voz de Ronan gritándole algo a Albert me devolvió a la realidad.

Levanté la mirada hacia Ronan, que abrió otra gasa estéril con los dientes y la utilizó para presionarme la herida. Me tensé a la espera

de sentir dolor, pero solo sentí una punzada en el estómago mientras unos temblores empezaron a sacudirme todo el cuerpo.

Nuestras miradas se encontraron.

La ruleta rusa.

Un pestañeo y...

Echaría de menos verlo.

Una mirada oscura y torturada me sostuvo la mía durante un largo momento. Finalmente, pareció entender que estaba despierta y más lejos de la puerta de la muerte de lo que él había imaginado. Manteniendo la presión sobre mi herida, se apoyó en el asiento trasero, descansó sobre un codo y dejó caer la cabeza contra el pecho con los ojos cerrados.

—*Ona ne spit* —exhaló con voz áspera—. Joder. *Ona ne spit*.

—Ya casi estamos —anunció Albert desde el asiento de delante.

Esperaba sentir mucho dolor después del disparo, pero sentía un cosquilleo por todo el cuerpo como si me hubieran inyectado lidocaína.

Cuando Ronan abrió los ojos, se me clavaron con furia.

—*Zachem ty eto sdelala?* —dijo a regañadientes—. *Zachem?*

—¿En español? —dije en voz baja.

—¿Por qué cojones has hecho eso, Mila? —preguntó con un áspero gruñido—. ¿POR QUÉ?

—No eres inmortal —susurré con la garganta cerrada—. No quería que murieras.

Me miró con una mezcla de incredulidad, ira, y algo indiscernible.

—No puedes sacrificarte por mí. —Apretó la mandíbula—. No puedes morir por mí, *kotyonok*. —Me crucificó con la mirada—. Si uno de nosotros muere, seré yo. ¿Entendido?

No lo entendía, así que sacudí la cabeza.

—Entonces permíteme que te lo aclare —dijo mientras las sombras en sus ojos resplandecían—. Tú sobrevivirías sin mí. Pasarías página. —Su tono se endureció—. Yo no puedo imaginar un mundo en el que tú y todo tu puto amarillo no existáis. Así que, si mueres, me llevarás contigo. Tu sacrificio no significará nada, *kotyonok*. NADA.

Una lágrima se me deslizó por la mejilla y una sensación de frío empezó a invadir mis temblores. Mi médula se estaba convirtiendo

en hielo y me estremecí violentamente.

—Tengo mucho frío, Ronan... —Sentí que los párpados me pesaban, así que cerré los ojos.

—*Nyet* —gruñó Ronan agarrándome la cara—. No cierres los putos ojos.

—Estoy muy cansada —murmuré mientras el letargo tiraba de cada uno de mis músculos—. Creo que no...

—Si mueres, Mila —dijo con dureza—, enviaré a Khaos a una perrera clandestina.

Se me aceleró el corazón.

—No te atreverías.

—Claro que sí.

Entonces el coche se detuvo y Ronan no perdió ni un segundo. Me cogió en brazos y entramos en el hospital. Vi a los médicos y enfermeras correr hacia nosotros y lanzar preguntas en ruso. No podía asimilar nada salvo la amenaza que Ronan acababa de hacerme mientras una fría ligereza me consumía, se me clavaba, tiraba de mí e intentaba arrastrarme hacia abajo.

—No le hagas eso a Khaos —supliqué débilmente interrumpiendo a los médicos.

—No mueras y no sucederá —respondió mientras seguía a los médicos por el pasillo.

No estaba siendo justo.

—Ronan... —Una lágrima se deslizó por mi mejilla.

La secó y dijo con un tono áspero:

—Esa es la condición. Tú eliges.

¿Cómo iba a elegir no morir? Tal vez había llegado mi hora y ni siquiera *D'yavol* podía frenar al destino. Puede que nunca hubiera tenido la familia o el amor que siempre había deseado, pero, al menos, podía decir que me había esforzado en encontrarlos.

Ronan me tumbó en una camilla y una enfermera me metió a toda prisa en el quirófano. Cuando un cirujano intentó evitar que Ronan entrara, este sacó la pistola y apuntó a la cabeza del médico.

—*Yesli ona umret, ty tozhe umresh* —gruñó. «Si ella muere, tú mueres».

El cirujano tragó saliva, se apartó de su camino y señaló cortésmente una zona en la que Ronan podía quedarse.

Una enfermera me colocó una máscara en la cara para dormirme. Intenté quitármela, pero le costó poco mantenerla en su sitio mientras me hablaba en ruso. El gas empezó a apagar mi consciencia poco a poco. Aunque cuando me encontré con los ojos de Ronan, supe lo que tenía que decir.

«*Ya lyublyu tebya*».

«Te quiero».

Al final, solo logré articular una palabra con el miedo a no volver a despertar.

—*Proshchay*...

Lo último que escuché antes de que la anestesia hiciera efecto fue:

—Que le den a tu *proshchay*, Mila.



Bip.

Bip.

Bip.

Los pitidos constantes que me sacaron de un confuso sueño me alertaron de que no había muerto. O Satán tenía un sentido del humor enfermizo.

Mi cuerpo estaba en un estado sereno e indoloro, pero vacilé a la hora de abrir los ojos mientras mi imaginación se volvía loca. Tal vez los cirujanos habían tenido que amputarme una extremidad. Tal vez estaba paralizada. Tal vez estaba despertando de un coma después de tres años. Por desgracia, lo que vi fue peor que lo que mi cabeza había imaginado.

Alexei Mikhailov y *D'yavol* en la misma habitación.

Papá ocupaba la silla junto a la puerta, llevaba un traje del color del carbón y tenía un ojo morado. Estaba mirándose las manos e irradiaba una sensación de remordimiento. No sentí nada cuando lo miré. Ni nostalgia. Ni respeto. Ni afecto.

Todo lo que había hecho había tintado la imagen que tenía de él. En realidad, nunca había planeado sacrificarse por mí. La llamada telefónica solo había sido otra mentira y otra manipulación para hacer creer a Ronan que se había dado por vencido. Mi padre había elegido meterme en medio de su guerra sin preocuparse por el hecho de que podría pasarme algo. Y así había sido.

Daba igual si vivía o moría, no iba a volver a llorar por él.

Mi mirada se deslizó hasta Ronan, que estaba sentado junto a mi cama con un Tom Ford y los ojos cansados. Me observaba en silencio. De alguna forma supe que había permanecido a mi lado durante todo el tiempo que había estado inconsciente. Este hombre al que una vez había odiado se había convertido en el hombre al que amaba.

Ronan estaba equivocado.

No podía soportar la idea de vivir sin él.

Me aterrorizaba este amor que rozaba la dependencia. La devoción era una luz brillante que me reconfortaba el alma, pero también me hacía sentir vulnerable, como si mi pecho fuera a explotar si lo quería un poco más.

No me arrepentía de haber recibido ese balazo por Ronan, pero el hecho de que casi hubiera muerto me había obligado a mirar la vida desde otra perspectiva. La realidad era que nunca había vivido de verdad. No había experimentado nada más allá de una verja dorada cerrada, el interior de una mansión rusa y enamorarme.

Si no me encontraba a mí misma, solo sería amor.

Sabía lo que debía hacer, pero solo pensar en ello me retorció el corazón. El hecho de que estuviera a punto de atacar una de las debilidades de Ronan me dio ganas de vomitar. Era el hombre más fuerte que había conocido y, aun así, no podía soportar la idea de hacerle daño.

—Supongo que Khaos no tendrá que ir a la perrera —dije finalmente con un tono áspero, que disimuló el dolor que sentía en el corazón.

La cabeza de mi padre salió disparada hacia mi voz y su mirada se llenó de alivio.

La expresión estoica de Ronan no se inmutó. Me dio un vuelco el estómago cuando comprendí que también sabía a qué conclusión había llegado.

—¿Cuánto tiempo he estado dormida? —pregunté.

—Tres días —dijo Ronan sin mostrar ninguna emoción.

Mi padre se puso de pie, se acercó a la cama y me cogió de la mano en la que tenía la vía.

—Lo siento mucho, ángel. Lo sien... —Se quedó sin voz—. Nunca me perdonaré por esto.

Miré su mano sosteniendo la mía, incapaz de recordar la última vez que me había tocado por voluntad propia. Lo único que hubiera bastado para ganarme su afecto habría sido un disparo de su propia arma.

Entumecida, aparté la mano.

—Te perdono, papá.

Sus ojos doloridos se encontraron con los míos.

—Siempre me he preguntado cómo pude tener una hija tan compasiva como tú.

—Soy compasiva, papá, pero no olvido. No te odio, ni por lo que le hiciste a mi madre ni por mentir ni por ser un padre ausente ni por ponerme en esta situación. —Mi voz estaba extrañamente calmada —. Pero no lo olvidaré.

Asimiló mis palabras en silencio.

—Siempre serás mi padre... pero creo que es mejor que cada uno se vaya por su lado. —Me sorprendió poder decir esas palabras sin mostrar ningún tipo de emoción. Aunque no era la misma chica que se había subido a un avión hacia Moscú con esperanza en los ojos.

Pareció un poco afectado, pero, luego, asintió con frialdad.

—Si es lo que deseas.

—Lo es.

Sin decir una palabra más, mi padre se dirigió hacia la puerta.

—¿Por qué lo hiciste? —espeté.

Se detuvo y su cuerpo se tensó. Sabía que le estaba preguntando por qué había matado a mi madre. Su pausa creó un silencio incómodo en la habitación, como si estuviera pensando si debía decirme la verdad. Al final, sí que lo hizo.

—Estaba embarazada de otro hombre.

Entonces salió de la habitación y de mi vida tras dejarme paralizada con su respuesta.

«Te pareces mucho a mi Tatianna...».

Su Tatianna.

Mi padre se preocupaba por mí, pero nunca me había querido de verdad. Simplemente, simbolizaba su tóxica obsesión con una cantante de ópera famosa. Sentí que me había abandonado muchos años atrás, pero, al darme cuenta de ello y verlo alejarse, supe que se cerraba una etapa y un trozo de vidrio me atravesó el corazón. El caos en mi pecho dio pie a mis siguientes palabras.

—Si te das prisa, puede que lo alcances en el aparcamiento.

—Paso —dijo Ronan, con un tono burlón.

—Ahora sabe que no vas a hacerme daño. Has perdido la ventaja.

—Lleva aquí todo el día —soltó Ronan—. Si quisiera matarlo, ya podría haberlo hecho varias veces.

Dirigí la mirada hacia él. Verlo me llenó de un espeso deseo que me recorrió las venas: el deseo de que me tocara, me abrazara, me demostrara que le importaba. Aunque recordar que nada de eso era posible fue como un puñetazo en el estómago.

Tragué saliva.

—Entonces, ¿ya no buscas venganza?

Apretó los dientes.

—¿Crees que ahora mismo estoy pensando en venganza?

—Le has pegado —dije para provocarlo.

—Era necesario para recuperar la concentración.

—Concentración para observarme dormir.

—Sí —gruñó.

Su respuesta podría haber sido divertida, pero el corazón me ardía mientras luchaba contra la decisión que acababa de tomar. Nerviosa, me centré en juguetear con la cinta adhesiva que mantenía la vía pegada a mi mano.

—Si ahora mismo no estás pensando en venganza, ¿en qué estás pensando?

—Estoy esperando.

Lo miré.

—¿A qué?

Entrecerró los ojos.

—A que me hagas el discurso de que me perdonas, «pero es mejor que cada uno se vaya por su lado».

Aparté la mirada incapaz de ver la tormenta que se formaba en sus ojos. No le gustaba que lo abandonaran, pero parecía que todo el mundo que le importaba lo hacía. Y saber que solo era otra de esas personas me cortó la respiración y me provocó ardor en la parte trasera de los ojos.

Cuando se levantó y dejó un pendiente con forma de corazón en la mesa auxiliar, empecé a sentir pánico en el pecho. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué estaba haciendo esto? Cuando se dirigió hacia la puerta, mi corazón me gritó que lo detuviera. «Para. Por favor, para...». Pero tenía la garganta cerrada y no pude articular palabra.

Ronan se detuvo en el umbral de la puerta durante un segundo. Giró la cabeza para encontrarse con mi mirada y prometió:

—Esto no es un *proshchay*.

Recibir un balazo no podía competir con el dolor de verlo alejarse de mí. Fue un dolor que empezó en mi corazón en forma de latido brusco y sangriento antes de agarrarse a las paredes de mi pecho.

No era un *proshchay*.

La promesa no importaba en ese momento.

Quería que volviera. La desesperación me ardía en la sangre y me pedía que corriera tras él y le dijera que solo había sido un error.

Tiré frenéticamente de la vía que tenía en la mano mientras el dolor me atravesaba y enviaba sollozos a mi garganta que me destrozaban el pecho.

No era un *proshchay*.

Cuando saqué la vía, la caótica energía en mi interior se desvaneció y me dejó tan agotada que solo pude cubrirme la boca mientras un mar de lágrimas me inundaba las mejillas. Ignoré el agudo pinchazo en mi estómago. Una máquina empezó a pitar y me alertó de que pronto aparecería una enfermera, pero no me esperaba un perro.

Khaos saltó sobre la cama y se tumbó a mi lado. Entre sollozos, le acaricié el pelo, lo abracé con fuerza y dije:

—No es un *proshchay*...

Capítulo 51

lacuna
Un espacio en blanco, algo que falta.

Ronan

La herida de bala en el brazo me palpitaba y me manchaba la camisa de sangre. Me saltaría algún punto cuando le di un puñetazo a Alexei. Y luego a Albert, quien se limitó a abrirme la puerta del coche después de que Mila me despidiera de su vida. No sabía cómo deshacerme de la sensación irritable y tensa que tenía debajo de la piel si no era con violencia, y ni siquiera eso pudo aliviar el doloroso vacío de mi corazón.

Sentía que me estaba robando algo.

Podía soportar el dolor.

Pero no el robo.

—He vuelto por un asunto «importante» solo para verte reflexionar en silencio sobre tus decisiones vitales —dijo mi hermano en ruso, sentado en el sofá de mi despacho—. ¿Te importaría compartirlas?

No sabía cómo explicar ese sentimiento de otro modo, así que me recosté en el asiento y dije:

—Me ha robado.

Arqueó una ceja.

—¿Tu mascotita?

—Se llama Mila —gruñí.

Kristian tomó un sorbo de vodka e intentó ocultar una sonrisa.

—¿Qué se llevó? Tienes unas copas de cristal muy bonitas.

No sabía por qué había abierto la boca. Claramente, todo esto quedaba fuera de mi zona de confort, y mi hermano lo estaba disfrutando durante cada segundo. Entorné los ojos y di golpecitos en el escritorio con el bolígrafo mientras esa incómoda sensación me arañaba el pecho.

Mi hermano me observó con expresión seria.

—Puede que pienses que yo me llevé la peor parte cuando éramos pequeños, pero has olvidado que tú te pasaste años encerrado en un armario y que recibiste palizas de nuestra madre y sus clientes.

Arqueé una ceja.

—¿Ahora te apetece rememorar el pasado?

—Me parece que ya es hora de hacerlo, ¿no crees?

—No.

—Puede que esté algo desconectado de las emociones humanas, pero al menos las entiendo.

Lo fulminé con la mirada.

—Lo entiendo todo perfectamente.

—Dice el hombre que justifica el amor no correspondido por la chica Mikhailov como si fuera un robo.

Que me acusara de sentir «amor» me hizo sentir... incómodo, así que cambié de tema.

—En primer lugar, aquí no hay nada no correspondido. —De ser así, ya me habría asegurado de que cambiara—. En segundo lugar, he visto el Hallmark Channel. El amor no funciona así.

Kristian se rio.

—Pensé que tendría que darle a mi hermano consejos sobre sexo; no sobre amor.

—Creo que lo del sexo lo tengo controlado, pero gracias.

Miró fijamente el vaso de cristal y removió el vodka.

—Amé a Gianna años antes de que me mirara siquiera. El amor no son corazones y flores. A veces es una mierda.

—Me lo estás vendiendo de puta madre —espeté secamente.

—No me hace falta vendértelo, ya estás hasta las trancas de la hija de Alexei Mikhailov.

No sabía qué decir, así que no dije nada.

—Sé que te culpas por lo que me pasó. —El silencio estaba cargado—. Te sientes tan culpable por esa mierda que no te permites preocuparte por otras personas... Porque, si no pudiste proteger a tu propio hermano, ¿por qué deberías merecer relaciones más profundas? Bueno, pues tienes que superarlo de una puta vez.

A veces, odiaba su percepción poco natural. Otras veces, me facilitaba las cosas porque yo nunca habría dicho esa mierda en voz alta.

—Tengo la sensación de que debería estar tumbado en el sofá de un psicólogo.

—Aparte de eso, tienes un montón de problemas emocionales provocados por el trauma, por si quieres entrar en ellos.

Le dirigí una mirada que le decía que podía irse a la mierda.

Él sonrió.

—En todo caso, tendría que haber estado más pendiente de ti. Yo era el hermano mayor. No tendría que haberme largado en cuanto me soltaron, sobre todo teniendo en cuenta lo jodido que estabas.

—Esto es muy terapéutico, de verdad.

—Bien. Ahora puedes dejar de golpear a gente y empezar a ensayar cómo vas a decirle a Mila que la quieres.

Me reí.

—Lamentablemente, aquí no hay espejo y necesito verme durante los ensayos.

—Por cierto, bienvenido al club —dijo con entusiasmo—. Me moría de ganas de verte pillado.

Joder.

Siempre había evitado la palabra «amor» como si fuera la peste, pero ahora que mi hermano me había metido esa idea en la cabeza, se había infectado.

Todas esas palabras sin sentido que habían salido de mi boca cuando había creído que Mila podría morir eran ciertas. Me había enfrentado a la muerte más veces de las que podía contar, pero sabía que la recibiría con agrado si era para salvarla a ella. Le había advertido sobre su altruismo, y ahora parecía que estaba totalmente dispuesto a sacrificarme por su vida.

La chica empalagosamente dulce con un gran corazón y debilidad por el color amarillo había llenado de algún modo un espacio en blanco en mi interior. Y no soportaba la idea de pensar en ella en otro sitio que no fuera conmigo.

Pros: mis vasos de cristal estaban a salvo.

Contras: podía no ser correspondido.

No tuve más tiempo para pensarlo, la puerta se abrió de golpe. Mi hermano y yo observamos en silencio a Kostya mientras arrastraba una cabeza cortada y la tiraba al suelo. Rodó como una bola de bolos antes de perder impulso y detenerse en medio de la habitación.

—¿Qué cojones es eso? —pregunté, exasperado. Ya tenía el despacho hecho un desastre.

Kostya respiraba con dificultad y estaba cubierto de sangre de pies a cabeza. Goteaba desde el cuchillo que tenía en la mano hasta el suelo. La agitación me invadió. A estas alturas, ya necesitaba una alfombra nueva.

—Dimitri Mikhailov.

Lo miré sin comprender, aunque, por dentro, estaba a punto de matarlo con el cuchillo que tenía en la mano.

—¿Tienes problemas de oído? —gruñí—. ¿O es que eres un puto estúpido?

Había ordenado a mis hombres que se mantuvieran alejados de los Mikhailov. El deseo de venganza se había esfumado cuando Mila había estado a punto de morir. Las represalias habían dejado de ser una opción después de verla desangrándose. La necesitaba conmigo, viva, y sin esas lágrimas que me hacían sentir indefenso y que lamentablemente significaban que no podía volver a secuestrarla.

Que matara a su padre podría alejarla para siempre, pero me negaba a aceptarlo. Sin embargo, no creía que Alexei fuera a dejar pasar por alto el asesinato de su hijo. Me invadió la furia al pensar en el impacto que eso causaría. No podría recuperar a Mila mientras estuviera en guerra con su padre.

Kostya apretó los dientes, pero el dolor se reflejó en su mirada.

—Dimitri fue quien mató a Pasha bajo las órdenes de Alexei. Y como lo único que has hecho tú ha sido follarte a su hija, me he hecho cargo del asunto.

Sonreí, pero la sonrisa no tenía nada de amistoso. No quería matar a Kostya y dejar a Vadim con dos hermanos muertos, pero no parecía haber otra opción.

El cuchillo se le resbaló entre los dedos y dijo con voz pastosa:

—Pasha era mi hermano... —Una única lágrima le cayó por la mejilla ensangrentada—. Tenía que hacerlo. Y estoy dispuesto a aceptar el castigo.

Estaba dispuesto a morir por su hermano. Eché un vistazo al mío, quien me miraba con expresión seca y divertida. Quería saber cómo iba a lidiar con esto, porque tanto él como yo habríamos hecho lo mismo por el otro.

Albert apareció en la puerta con una mirada oscura en el ojo que le había dejado morado un rato antes. Había aceptado el puñetazo como si fuera un simple «gracias» antes de traerme de vuelta a casa.

—Tenemos visita —dijo.

No le hizo falta decirme quién había venido.

—Danos un minuto —respondí antes de mirar a Kostya con severidad—. Esta vez la has jodido. Vuelve a desobedecerme o a hablar de Mila así y acabaré contigo del modo más doloroso que se me ocurra.

Kostya tragó saliva.

—Y ahora lárgate —gruñí—. Estoy tan cabreado contigo que si viene Alexei a matarte se lo permitiré.

No hizo falta que se lo dijera dos veces. Desapareció por la puerta y dejó un rastro de sangre como si fueran migas.

Un momento después, volvió Albert con Alexei e Ivan. Se me tensaron los hombros al ver al padre de Mila. Había estado a punto de matarlo cuando se había presentado en el hospital... Y no por Pasha, sino por Mila. Ella había entrado tambaleándose en mi restaurante un mes antes y me había cambiado la perspectiva sobre todo.

Alexei se detuvo en la puerta y observó largamente la cabeza de su hijo en el suelo, con una mezcla de dolor y rabia en la cara. Ese hombre parecía haber envejecido veinte años en un solo día.

No dijo nada mientras se movía para sentarse en el sofá enfrente de Kristian. Alexei siempre había expresado la decepción que sentía por sus hijos. Lo había visto una vez dispararle a Dimitri en el muslo por fastidiarla. Esperaba venganza por simples principios, no esperaba que ese hombre se cubriera el rostro con las manos y...

Alexei Mikhailov estaba llorando.

Era incómodo de cojones.

Busqué a mi hermano con la mirada y señalé la cabeza de Dimitri para decirle que hiciera algo con ella... como darle una patada y meterla detrás del sofá. No lo hizo. Me miró secamente y tomó un sorbo de vodka.

Mientras Alexei se tomaba su momento, Ivan se apoyó en la pared y me fulminó con la mirada.

—Cuánto tiempo sin verte —espeté en ruso, y luego fruncí el ceño —. Aunque no hace tanto que estuviste en mi casa y te fuiste desnudo arrastrándote de vuelta con tu amo... —Entorné la mirada —. Y no podemos olvidar aquella otra vez en la que estuviste a punto de matar a Mila cuando intentaste acabar conmigo. Aparte de eso, sí que hacía tiempo.

Endureció la mirada.

—Si no hubieras secuestrado a Mila, no habría estado en esa posición.

Era frustrantemente cierto.

—Puede que no, pero todos sabemos en qué posición la querías tú. Aunque preferirías tirarte a Alexei antes que a su hija. Y tampoco hubieras tenido ninguna oportunidad con ella.

Estaba convencido de que Alexei reaccionaría con esas palabras, pero el hombre seguía sumido en su dolor.

Ivan le lanzó una mirada cautelosa a Alexei antes de decir:

—Tuve muchísimas oportunidades, pero no estaba interesado.

Me reí. No podía tenerla, así que ahora no le interesaba.

—¿Sabes? Me recuerdas a una puta de dos caras. Empiezo a preguntarme si tienes pene siquiera.

—¿Por elegir el bando de Alexei? Me llamas puta a mí, pero tú eres tan rencoroso como una de ellas.

Sin inmutarse por el insulto, mi mente se desvió al pasado.

—Siempre supe que algo andaba mal contigo... ese torpe solitario que se sentaba al lado de la basura en la cárcel. Acusado de asesinar a tu abuela. A tu puta abuela. Las noticias la pintaban como una ancianita adorable, pero tú convenciste a todo el mundo de que era malvada... —Me recosté en mi silla—. Sí que era una ancianita adorable, ¿verdad?

Un fuego asesino se encendió en su mirada.

—¿Qué hizo? ¿Olvidó quitarle la corteza a tu sándwich de mantequilla de cacahuete?

—Vete al infierno, *D'yavol.*

Kristian y Alexei nos observaban ahora en silencio, pero seguí porque tenía mucho que decir.

—Cuando te tomé bajo mi protección, te gustaba lo que a mí me gustaba. Podría haber dicho que me gustaba meterme pepinos por el culo y tú habrías dicho que a ti también. Era la hostia de molesto, pero me eras leal hasta el extremo. Aunque no lo eras de verdad, ¿no?

El cuello de Ivan se volvió rojo.

—Y no me arrepiento de haberte jodido. Lo haría otra vez sin pestañear.

—Lo sé. Porque eres una puta serpiente y puedes revelar tu verdadera personalidad psicópata bajo el mando de Alexei. Le encantan los hombres desquiciados. Tendría que habérmelo imaginado. Yo también trabajé para él. —Había hecho muchas cosas bajo las órdenes de ese hombre en las que ya no soportaba pensar.

Desvié la mirada hacia Alexei, quien me estaba observando. Me pregunté si me estaría matando mentalmente y si él también estaría recordando el pasado. Quizá estuviera pensando en Mila y en cómo ahora estaba totalmente sumergido en su vida, le gustara o no.

Kristian parecía contento con su vodka, aunque sabía que estaba preparado por si las cosas se ponían feas.

Ivan dejó escapar un amargo suspiro de diversión.

—Me llamas serpiente a mí, pero fuiste tú quien secuestró a una mujer inocente, joder. —Entrecerró los ojos—. Ni de coña va a quedarse contigo. No es tan estúpida —espetó.

—Te pones muy agresivo por una mujer a la que supuestamente ni quieres —farfullé—. Déjame adivinar... Alexei te prometió a Mila cuando la secuestré. Y después cambió de opinión y pensó que Carter sería mejor, al fin y al cabo. Y lo aceptaste porque te basta con lamerle el culo.

El destello sombrío de los ojos de Ivan lo confirmó.

—Aunque seguro que te dio un premio de consolación... una chica de su red de tráfico para apaciguarte. ¿La cortaste en pedazos como hiciste con tu abuela?

Ivan se abalanzó sobre mí, pero se detuvo cuando Kristian sacó el arma y le apuntó a la cabeza.

—Sí. Si fuera tú, yo no lo haría.

Alexei se puso de pie. Aparte de en el hospital, era la primera vez que lo veía tan pasivo y derrotado. A estas alturas, la venganza no era un problema. Ese hombre se estaba matando lentamente a sí mismo.

Me miró con rencor.

—Has asesinado a mi hijo.

Arqueé una ceja.

—Tú estuviste a punto de matarlo cuando estranguló a una de tus chicas caras hasta matarla. —Me encogí de hombros con indiferencia —. Así que no pensé que fuera un gran problema.

Echaba chispas por los ojos.

—Ahora tienes a mi hija en tus manos, así que no me queda más remedio que acabar con esto ahora mismo. No puedo perderla a ella, aparte de a Dimitri, con más guerra.

No tenía exactamente a su hija... aunque él debía de asumir que ella había elegido mi bando al recibir la bala por mí. Ese pensamiento me hizo recordar el momento en el que me di cuenta de lo que había hecho, y se me encogió el pecho. Si hubiera muerto y se hubiera llevado todo su sol con ella... joder. La idea hacía que me entraran náuseas y que lo viera todo rojo al mismo tiempo.

—Es una buena excusa, Alexei, pero ambos sabemos que has perdido facultades. Si Moscú no fuera mía, sería de otro.

Se le tensó la mandíbula, reprimió una réplica y se giró hacia la puerta.

—Ven, Ivan.

Mientras Ivan recogía la cabeza cortada y seguía a su amo como un perrito faldero, dije fingiendo preocupación:

—Podría reconsiderar tu proceso de contratación.

—Vete al infierno, *D'yavol* —espetó Alexei.

—¿Podéis ser un poco más creativos? —contesté, molesto—. Ya estoy harto de vuestros insultos.

Cuando ambos se fueron, Kristian dijo:

—Bueno, eso ha sido inesperado.

Estaba de acuerdo. No había muerto ni una sola persona.

Me levanté y rodeé el escritorio.

—¿A dónde vas? —preguntó Kristian.

—A ensayar —anuncié, y salí.

Me di cuenta de que Mila podría necesitar algo de espacio. No me gustaba la idea. De hecho, cada célula de mi ser exigía que la arrastrara de nuevo a mi cama, a donde pertenecía, solo para saber que era mía. Pero tenía que lidiar con su secuestro, con la amenaza de matar a su padre y con una serie de delitos graves.

Podía ser paciente cuando quería algo de verdad. Pero a ella no la quería, la necesitaba.

Si eso era a lo que llamaban amor, lo haría mío.

Nunca hacía nada a medias.

Capítulo 52

rubatosis
La inquietante percepción de los latidos de tu propio corazón.

Mila

Debería haber sabido que deshacerme de Ronan no iba a ser tan fácil. Puede que no estuviera en la misma habitación de hospital que yo físicamente, pero su presencia estaba en todas partes.

Después de que los médicos me examinaran, a menudo me imaginaba que salían corriendo de la habitación con el móvil en la oreja para informarlo de mi estado. Solo *D'yavol* recibiría ese tipo de apresurada y nerviosa respuesta.

El primer día que pasé consciente en el hospital, un chico me trajo una mininevera llena de platos veganos, una bolsa de comida de perro y una nota:

Come.
Ronan

Un par de semanas atrás habría puesto los ojos en blanco ante esa orden, pero esta vez se me dibujó una sonrisa en los labios y sentí que me palpitaba el corazón.

Ronan había amenazado a alguien para que Khaos pudiera quedarse conmigo, y lo sabía porque el retrato de un perro en la universal señal roja de prohibido el paso decoraba la pared fuera de mi habitación. El gesto me había llenado de alivio, porque no creía estar preparada para quedarme a solas con mis pensamientos en esos momentos. Khaos era lo único que me mantenía de una pieza.

La mayoría del personal se alejaba del sin duda temperamental pastor alemán, pero una enfermera, que rondaba los sesenta años y no se andaba con tonterías, había tomado la iniciativa de sacarlo para que fuera al baño y hasta me había reñido a mí después de que él le rugiera, lo cual había confundido lo suficiente al perro como para no volver a resistirse.

El segundo día, el chico me trajo un ordenador portátil nuevo con todas las temporadas de *Crímenes imperfectos* y una nota.

Si quieres saber cómo matar a alguien y salir impune, solo tienes que preguntar.

Ronan

El tercer día, el chico me trajo champú y gel de Pacifica y, por supuesto, una nota.

Deja de discutir con las enfermeras.

Ronan

Esta vez, sí que puse los ojos en blanco. No solo mis médicos estaban informando a Ronan, sino que al parecer mis enfermeras estaban chismorreando sobre mí. Me había negado a ducharme después de que un miembro del personal me leyera los ingredientes en la parte trasera de su champú. El bote estaba básicamente lleno de un diminuto animal asesinado. Cuando por fin me lavé el pelo con Pacifica, el corazón me empezó a latir con pequeñas pulsaciones de anhelo.

El cuarto día, el chico me trajo dos maletas llenas de ropa. Vestidos, jerséis, ropa interior, zapatos... Era como tener un nuevo armario al completo.

Hay tres pares de pantalones bajo todo ese amarillo. Póntelos.

Ronan

Ya le gustaría.

Aunque me sentía más que aliviada al poder salir de la bata del hospital. Mi herida se había curado lo suficiente y podía llevar ropa

holgada sin preocuparme por la irritación. Los médicos, y al decir «médicos» me refería a diez de ellos, estaban satisfechos con mi estado y me dijeron que podrían darme el alta en un par de días. Por mucho que quisiera abandonar el hospital, los nervios me revolvieron el estómago al pensar en lo que haría al salir.

El quinto día, el chico me trajo otro paquete. Un *déjà vu* me provocó escalofríos en los brazos cuando abrí la caja. Contenía otro abrigo amarillo de piel sintética con «*kotyonok*» bordado en el cuello.

Ensúcialo. Pero NUNCA más con sangre.

Ronan

Me lo puse y me dejé caer en la cama igual que lo había hecho un mes atrás en una situación completamente distinta, mientras el corazón me latía con fuerza. Hundí la nariz en el pelo con la esperanza, la necesidad, de que oliera a Ronan. No fue el caso. Y cuando el dolor que sentía en el pecho se elevó para quemarme los ojos, Khaos me acarició con la cabeza. Me acurruqué a su lado y le susurré a él y a otra persona que no podía escucharme:

—*Ya lyublyu tebya*. —«Te quiero».

El sexto día, el chico me trajo un iPhone nuevo, mi pasaporte, mi documento de identidad, una cantidad obscena de efectivo y un billete de avión a Miami para el día siguiente. Me temblaba la mano cuando cogí la nota y la leí. Una única lágrima cayó y emborronó la tinta.

Esto NO es un *proshchay*.

Ronan

El séptimo día, me dieron el alta. Las enfermeras recogieron mis cosas mientras yo permanecía sentada en la cama con las rodillas contra el pecho, esperando. Esperando a que el chico llegara y me diera algo más de Ronan. Cualquier cosa.

Pero nunca llegó.

Con el corazón pesado y latiendo rebelde en mi pecho, di un último vistazo a mi habitación del hospital antes de salir. Un coche me recogió y me llevó al aeropuerto mientras yo me movía en piloto automático, incapaz de hacer nada con dos direcciones opuestas tirando de mi cuerpo.

Me dirigí al embarque del avión a Miami y me quedé congelada en la puerta con latidos tan fuertes que me impedían dar otro paso.

—*Devushka, vy zaderzhivayete ochered* —me dijo una azafata. Cuando la miré perpleja, debió de darse cuenta de que no entendía mucho el ruso. Aunque no entenderla no era lo que me había dejado petrificada—. Está taponando la fila —repitió suavemente en español.

Con la garganta cerrada, obligué a mis pies a recorrer el pasillo con Khaos siguiéndome. Él tenía su propio asiento. No estaba segura de si eso estaba permitido, pero a Ronan le iba lo de romper las reglas.

Le dejé a Khaos el asiento junto a la ventanilla. Al fin y al cabo, era su primer viaje en avión. Apoyé la cabeza sobre su pelaje suave y me negué a llorar, a pesar de que el intenso dolor que sentía en el pecho iba creciendo a medida que nos alejábamos de Moscú.

Capítulo 53

saudade
Un anhelo nostálgico por estar cerca de algo
o de alguien que está lejos.

Mila
Cuatro meses después

El aire cálido y húmedo entraba en el estudio por las puertas abiertas de la terraza y agitaba las cortinas transparentes. Bajo el porche había una playa de arena con agua azul cristalina y palmeras que se balanceaban con el viento.

Belice era precioso.

Un paraíso en la tierra.

No obstante, incluso desde ahí, mis pensamientos atravesaban el océano Atlántico. Me preguntaba cómo sería Rusia en verano. Mi mente se imaginaba el país eternamente cubierto de hielo y nieve. Aun así, Moscú me llamaba mientras la brisa del paraíso me acariciaba el pelo.

—¡Venga, vamos! —Flora dio una palmada en el aire y su poncho con patrón tribal se levantó y dejó ver los leotardos que llevaba debajo—. Carlos estará aquí en diez minutos y sabéis lo mucho que odia esperar.

La estilista que estaba detrás de mí puso los ojos en blanco y me echó un espray en los rizos voluminosos.

Cuando llegué a Miami cuatro meses antes, volví a la casa en la que había crecido, a pesar de que Ronan me había dado dinero

suficiente para comprarme un pequeño bloque de apartamentos si quería. Pero me sentía obligada a hacer algo antes de marcharme para siempre de The Moorings.

Al atravesar la puerta, me encontré una casa vacía y llena de polvo. Todos los muebles estaban en el mismo sitio, pero los recuerdos se habían silenciado, era como si se hubieran marchado con Borya y las criadas.

Dibujé una línea con el dedo en la barandilla mientras Khaos y yo subíamos las escaleras. Cuando llegué a mi habitación, cogí la cajita de música con la bailarina y le hice dar una última pirueta. Luego tiré el regalo de cumpleaños de mi padre por el balcón. La caja se rompió, la melodía terminó con una última nota triste y la bailarina dejó de girar para siempre.

De todos modos, nunca había querido ser bailarina.

Llegué a la puerta para marcharme, pero me detuve cuando vi una tarjeta pequeña en el cuadrado libre de polvo donde estaba antes la caja de música. Era la tarjeta que me había dado aquel agente de modelos por la calle hacía años. La había escondido después de que mi padre se negara a dejarme trabajar de modelo y luego la había olvidado.

La cogí y me la metí en el bolsillo.

Se suponía que era difícil entrar en la industria del modelaje. No obstante, o había sido muy narcisista o había sido intervención divina porque ahora estaba ahí, haciendo de modelo para una campaña de productos veganos. Solo aceptaba reuniones y contratos de empresas y diseñadores con conciencia humanitaria (cosa que mi agente odiaba), pero parecía que esa nueva chispa en la mirada me sentaba bien.

Meses antes, creía que a estas alturas estaría prometida con Carter o incluso casada siendo un ama de casa infeliz. No estaba segura de cómo se habría tomado la noticia de que no iba a pasar nada de eso, pero cuando me topé con él la semana anterior recogiendo comida para llevar, dejó caer los tacos como si verme le provocara un ataque al corazón y se marchó rápidamente en la dirección opuesta.

No era exactamente la reacción que esperaba... pero me valía.

Nada de Carter. Nada de trabajar en la industria sexual. Nada de vivir de limosnas. Todos esos miedos se habían evaporado, pero había un temor de otro tipo que seguía consumiéndome.

Cerré los ojos mientras una de las maquilladoras me aplicaba máscara en las pestañas.

—¡Por Dios, no! —exclamó Flora—. ¿No has recibido las indicaciones de hoy?

La maquilladora frunció el ceño.

—Sí. Hoy toca *clean look.*

Flora arqueó las cejas por encima de sus gafas redondas de los años sesenta.

—¿Y la máscara de pestañas negra para una chica rubia te parece *clean look*? A mí me grita «guarrilla de puticlub». Ya tiene aire de guarrilla, no necesitamos potenciarlo.

«¿Aire de guarrilla?».

Flora me señaló la cara.

—Arréglalo. Arréglalo antes de que llegue Carlos. —A continuación, se fue a molestar a otra persona.

Veinte minutos después, llevaba un bañador atlético y estaba en una terraza con unas vistas perfectas del océano.

Clic... clic... Gruñido.

—Necesito que seas más sexi —espetó Carlos—. No que parezca que te estás reservando para el matrimonio.

Vale... Un momento antes, parecía una «guarrilla». Por no hablar de que era complicado sentirse sexi con un bigote de leche, sosteniendo una taza de leche de almendras.

Clic.

—No, no, no. —Carlos se frotó las sienes—. Por favor, dime que has practicado sexo alguna vez.

A veces me cuestionaba la profesión, pero en general me encantaba promover mi estilo de vida vegano y los ingresos eran lo bastante sustanciales para que pudiera marcar la diferencia en alguna parte.

—Sí, he practicado sexo. —Unas pocas veces...

—¿Sexo del bueno?

—Sí. —El calor me subió por el cuello porque sabía adónde quería llegar y yo no quería llegar ahí—. Pero ¿puedo hacer una pregunta?

—No.

La hice de todos modos.

—¿Por qué un anuncio de leche de almendras tiene que ser sexi?

Suspiró, irritado.

—El sexo vende, querida.

—Pero estoy pensando en los niños... ¿No querrían que sus padres les compraran esta leche si me vieran feliz al beberla, y no... cachonda?

Carlos me miró secamente.

—Tienes suerte de tener el aspecto perfecto para este anuncio. De lo contrario, te habría echado ya de la terraza.

Suspiré.

—Y ahora piensa en el mejor polvo que hayas echado.

Uf.

Exhalé profundamente, cerré los ojos y pensé en esas manos tatuadas junto a las mías en la pared de la ducha. Pensé en la boca de Ronan en mi cuello y en su plenitud dentro de mí. En su mano en mi cuello. *Vse moya.* En cómo me abrazaba. En su olor y su sabor. Lo recordé. Y una bola de fuego erupcionó en mi interior.

Abrí los ojos.

Clic.

El silencio se instaló en la terraza mientras el anhelo me atravesaba. Esperaba que Carlos hubiera sacado la toma porque ya no quería estar ahí.

—Vaya, chica... —murmuró Carlos—. Definitivamente, lo tenemos. Pero ahora quiero oír la historia.

Todos me miraron mientras se me partía lentamente el corazón. Dejé la taza de leche y abandoné el set. Cogí el bolso, salí del estudio, tomé una bocanada temblorosa de aire fresco y me dirigí a la villa que iba a compartir con un par de modelos durante dos días.

Me habría gustado que Khaos estuviera conmigo, pero unas ridículas leyes de cuarentena para mascotas lo habían impedido, así que se había quedado con Emma, que seguía trabajando de voluntaria conmigo en el refugio para personas sin hogar. Esperaba

que Khaos no se hubiera comido a alguno de sus gatos. Estaba a punto de llamarla cuando me vibró el móvil en el bolso. Lo saqué.

Papá: La casa de Miami acaba de salir
al mercado. Si hay algo que quieras conservar, deberías
pasarte a recogerlo
la semana que viene.

Era lo primero que me decía mi padre desde que se había marchado del hospital. Cuando había dicho que no quería mantener el contacto, lo había dicho en serio. Esa relación siempre me había hecho más mal que bien, y los cuatros meses que había pasado sin su presencia me habían quitado un enorme peso de los hombros. Era la decisión adecuada. Independientemente de quién fuera mi madre como persona, no podría volver a mirar a mi padre sin ver su cuerpo sin vida con un hermano o hermana en su interior al que nunca conocería.

Yo: Ok.



A la mañana siguiente, volé a Miami.

Había alquilado un piso en el centro, pero todavía tenía que amueblarlo con algo más que un colchón. Sabía que no iba a quedarme en Miami, pero todavía no estaba segura de cuál era mi lugar.

En el fondo, lo sabía.

Había tenido mucho tiempo para pensar los últimos cuatro meses, y ahora comprendía perfectamente cuál era mi sitio y qué quería. A pesar de que no había sabido nada de Ronan desde su última nota. La inseguridad se había instalado en mi pecho y me hacía creer que él ya no sentía lo mismo por mí y que quizá sí que hubiera sido un *proshchay.*

Preferiría vivir con un poco de esperanza que con el rechazo absoluto.

Un taxi me recogió en el aeropuerto y le di la dirección de Emma mientras la ansiedad se apoderaba de mí. La noche anterior Emma

me había dicho que todo iba a la perfección, pero su voz destilaba nerviosismo y se oían siseos de fondo. Definitivamente, tenía que buscar un sitio mejor en el que dejar a Khaos cuando estuviera fuera.

Miré por la ventana distraídamente, pero lo que vi me erizó el vello de los brazos, y espeté:

—Para aquí.

Por la mirada que me lanzó por el retrovisor, el taxista debió de pensar que estaba loca, pero se detuvo a un lado de la carretera y me dejó bajar después de entregarle cierta cantidad de dinero.

Crucé la calle y caminé hacia la zona de césped en la que parecía que se estaba instalando la feria. Los feriantes me dirigieron miradas extrañadas mientras montaban las carpas, descargaban las atracciones y amontonaban los peluches de premio en los estantes de las casetas de juegos.

La autocaravana tenía exactamente el mismo aspecto que hacía seis años: descolorida por el sol por fuera, con una siniestra puerta roja y cortinas de cuentas moradas.

Subí las escaleras de metal con convicción y llamé. No hubo respuesta, así que volví a llamar. Se oyeron gruñidos y maldiciones desde el interior, y luego se abrió la puerta y apareció madame Richie con un camisón y un cigarrillo encendido en la mano.

—¿Qué *quiegues*?

—Un reembolso —exigí.

Puso los ojos en blanco, señaló con el dedo el cartel de diseño rudimentario que había pegado a la puerta y que decía «NO SE HACEN REEMBOLSOS» con brillantes letras rojas.

—Adiós.

Intentó cerrarme la puerta en las narices, pero la mantuve abierta con el pie.

—Tu señal debería tener una advertencia que diga que, una vez entras, no saldrás nunca. —Gruñí—. Me has atormentado más que cualquier película de terror que haya visto. Más que las de *Saw.* —No pestañeó—. Y exijo que me devuelvas el dinero. Ahora mismo.

Tenía la respiración agitada después del discurso, pero era una confrontación que llevaba mucho tiempo esperando.

—¿Te he *atogmentado*? —Tomó una calada, exhaló el humo lentamente y dejó que la puerta se abriera mientras entraba en la autocaravana—. Pasa. Vamos a *discutig* lo del *gueembolso*.

Solo quería que me devolviera mis cincuenta dólares como si el reembolso pudiera borrar su presencia de mi vida, pero parecía que no iba a conseguirlo todavía, así que la seguí dentro a regañadientes.

Madame Richie se sentó a la mesa redonda de la esquina y me miró prolongadamente.

—Ah, *cgeo* que *guecuegdo* tu *caga*.

La miré poco impresionada.

—Eso espero, porque me parece que yo no te olvidaré en la vida.

—Esto es *magavilloso paga* mi ego. —Parecía realmente encantada cuando me señaló la silla que había enfrente de la suya con el cigarrillo—. Siéntate.

Titubeé. Esta mujer era un fantasma que me había perseguido durante años y no estaba segura de querer sentarme con un fantasma.

Arqueó sus oscuras cejas maquilladas.

—*Quiegues* un *gueembolso*. Siéntate.

La última vez que estuve aquí, era una animadora ingenua de catorce años. Madame Richie podía haberle dado a mi joven cerebro algo que absorbió como una esponja, pero ahora ya no era esa chica. Y, maldita sea, quería ese reembolso, así que tomé asiento frente a ella.

—Vas a *teneg* que *guecogdagme* qué te dije.

—Dijiste que encontraría a mi hombre predestinado y que me robaría el aliento.

Parpadeó con sus pestañas postizas. A continuación, echó la cabeza atrás y se rio con ganas con el cigarrillo entre los dedos. Esta vez, su risa no me molestó. Mi enfado aumentó cuando se rio con tanta fuerza que le cayó una lágrima por la mejilla, porque las sospechas que siempre había albergado se encendieron delante de mí como luces de neón.

Apreté los dientes.

—¡Lo sabía! Sabía que era una de tus respuestas genéricas.

De repente, se puso seria, aunque todavía estaba luchando contra la risa mientras se secaba una lágrima con los dedos arrugados por el sol.

—Me acojo a la quinta enmienda.

—Claro que sí —gruñí.

Echó la ceniza del cigarrillo en una taza de café.

—No puedo *devolvegte* el *dinego*, *pego* como te *atogmenté* tanto, puedo *hasegte* otra *lectuga*.

Fruncí el ceño.

—¿Te has vuelto loca? ¿Por qué iba a querer otra lectura cuando la última no fue auténtica, y encima me arruinó la vida?

—¿Cómo sabes que no *ega* auténtica si te ha *atogmentado*? Puede que *fuega* el destino.

Destino. Por favor. Madame Richie solo tuvo suerte.

Inhaló, y surgió humo entre sus labios cuando susurró:

—Ese es el *tgato*. Lo tomas o lo dejas.

Quería sacar un cierre de esta visita.

Quería irme sin su risa en la cabeza.

—Te *sugiego* que lo tomes —añadió—. No veo *gandesacontesimientos* en tu *futugo*.

Madame Richie me estaba tentando con una zanahoria colgada de un hilo. O más bien con un excremento de perro, pero supuse que estaba en un momento tan extraño de mi vida que me interesaba oír el cuento genérico que fuera a inventarse.

—Bien —respondí. A continuación, entorné los ojos—. Pero nada de risa esta vez. Ni una sola risita —advertí seriamente.

Era evidente que eso era exactamente lo que quería hacer, pero se contuvo apretando los labios.

—Pues vamos allá.

Movió la bola de cristal cubierta con una tela hasta el centro de la mesa y la destapó con una floritura. La verdad era que sabía interpretar bien el papel.

Me miró largamente y luego fijó la mirada en la bola de cristal con concentración. Inclinó la cabeza. Esta vez no apareció humo como sí

lo hizo en la anterior. Probablemente, no había tenido tiempo de preparar los trucos, ya que me había presentado sin avisar.

Levantó la cabeza, tomó una calada y espetó:

—Estás *embagasada*.

La miré secamente.

—Si estuviera embarazada, mi barriga sería como una pelota de baloncesto ahora mismo.

Frunció los labios.

—*Podgía* ser un bebé pequeño.

—No. —¿Un bebé de Ronan? Sí, claro.

—Vale la pena *compgobaglo.* —Se encogió de hombros.

Movió la bola de cristal a un lado.

—No veo *gan* cosa, así que voy a *pgobag* con las *cagtas*.

No sabía por qué seguía ahí más allá de por hacerla trabajar por el tormento que me había causado.

Madame Richie barajó las cartas de tarot con el cigarrillo en los labios.

—¿Qué *quiegues sabeg*?

El *déjà vu* se deslizó por mi piel como si fuera electricidad y me erizó el vello de la nuca. Hacía seis años me había preguntado exactamente lo mismo, pero en lugar de responder a mi pregunta con algo legítimo, me había dado una respuesta aburrida sobre encontrar a un hombre. Decidí preguntarle lo mismo otra vez.

—Quiero saber cuál es mi propósito en la vida.

Arqueó una ceja como si le pareciera una pregunta tonta, tomó una carta de la parte superior de la baraja y la puso boca arriba sobre la mesa.

La miré fijamente y se me cayó el alma a los pies.

El diablo.

Una bocanada de humo de madame Richie rodeó la carta y, con aire divertido, dijo:

—Bueno... esto es *integuesante.*

Con toda la calma, me levanté y me dirigí a la puerta.

—*¡Segán sincuenta dólagues!* —gritó.

Capítulo 54

Raison d'être
Una razón para existir.

Mila

Pedí un coche de Lyft para recoger a Khaos de camino a The Moorings. El pelo de la dulce Emma estaba alborotado en todas direcciones cuando me dijo amablemente:

—Tal vez este no es el mejor lugar para él.

Khaos se sentó a mi lado con aire inocente, pero un gato que lo fulminó con la mirada había perdido un mechón de pelo.

Le pedí mis más sinceras disculpas a Emma, sintiéndome fatal por haber dejado a Khaos con ella. Aunque sabía que lo pasaría mal en una guardería para perros. No tenía ni idea de qué haría con él la próxima vez que tuviera que irme, pero tenía dos semanas para pensar en ello antes de mi siguiente sesión de fotos internacional en Jamaica.

De camino a The Moorings, pensé en madame Richie y su estúpida carta de tarot. Intenté descifrar cuántas probabilidades había de que sacara esa carta. Imaginé todo tipo de locuras, como que llevaba años observándome desde detrás de los árboles y había sacado el diablo para perturbarme.

Frustrada con mis ensoñaciones, exhalé y me dije a mí misma que solo había sido una coincidencia. Una peculiar coincidencia... Pero me negaba a seguir dándole vueltas.

Khaos y yo nos detuvimos frente a la puerta de la casa de mi infancia. No me emocionaba mucho estar de vuelta, pero necesitaba

coger cosas importantes como mi diploma del instituto, mi certificado de nacimiento, otros premios de los que estaba orgullosa... y tal vez unos cuantos pares de zapatos.

Cuando entramos por la puerta principal, comprendí que se había cortado la electricidad. No había luz. Ni agua. Y lo peor: no había aire acondicionado. La casa irradiaba calor bajo el ardiente sol de verano.

Saqué una botella de agua del bolso y le serví un cuenco a Khaos. Jadeando, se dejó caer en el frío suelo de piedra, no estaba acostumbrado a las altas temperaturas de Miami.

Encontré una caja de cartón, tiré todos los papeles que había dentro y la llené con todo lo que quería conservar. Cuando terminé, bajé las escaleras y le dije a Khaos:

—Vamos. Puedes darte un baño en la bahía para refrescarte.

Como si hubiera entendido mis palabras, se levantó de un salto moviendo el rabo.

Peleando contra la caja para poder abrir la puerta, cavilé en voz alta:

—Quizá deberíamos mudarnos más al norte, a un lugar más frío. ¿Qué te parece Nueva York?

Khaos no parecía impresionado.

—¿Chicago? —le pregunté mientras cerraba la puerta detrás de nosotros—. ¿O Aspen?

—¿Por qué no Moscú? —El familiar acento ruso se me deslizó por la columna vertebral y sacudió los latidos de mi corazón.

La caja se me escurrió. Todo lo que había dentro cayó al suelo, pero solo podía pensar en la presencia que había detrás de mí. El pulso me palpitaba en la garganta. No podía ser él, no aquí en The Moorings, donde miraba hacia Rusia desde la bahía soñando con algo que aún no sabía si existía.

Casi sin aliento, me di la vuelta.

Ronan estaba delante de un coche negro aparcado junto a la acera. Vestido de Oxxford. Manos en los bolsillos. Su pelo brillaba de color azul bajo el sol de Miami, aunque la luz no alcanzaba a sus ojos cubiertos por unas pestañas oscuras. Lo llamaban *D'yavol*, pero

en ese momento lo encontré tan perfecto que podría haber un halo sobre su cabeza.

Las olas rompían contra las rocas, pero no era un ruido solitario... no con este hombre en mi lado del Atlántico. Esos corazones de mis ojos se fundieron en uno y explotaron en mi pecho.

Ni siquiera pensé.

Atravesé el jardín corriendo y salté a sus brazos, le envolví la cintura con las piernas y el cuello con los brazos. Tuvo que dar un paso hacia atrás para no perder el equilibrio.

Se rio con voz áspera.

—No me esperaba esta respuesta. Hasta había ensayado.

Hundí la cara en su cuello mientras todo el cuerpo me temblaba. Me sentía tan bien, tan cómoda, tan tranquila que me ardían los ojos. Mis mejillas se empezaron a llenar de lágrimas y la felicidad en mi pecho explotó como un globo.

—Joder —gruñó mientras sumergía una mano temblorosa en mi pelo y me acariciaba la nuca—. *Ya skuchal po tebe*. —«Te he echado de menos».

—*Ya tozhe skuchala po tebe* —susurré entre lágrimas antes de alejarme para verle la cara. —«Yo también te he echado de menos».

—Tu ruso ha mejorado.

—He estado estudiando. —Esperando. Soñando.

Me secó algunas lágrimas mientras permanecía agarrada a él, me negaba a volver a dejarlo escapar.

—Eso ayudará —dijo firmemente.

—¿Por qué? —pregunté mientras mis lágrimas amainaban.

—Porque te vienes a casa conmigo.

Arqueé una ceja.

—¿Como tu cautiva?

Esa expresión malvada tan propia de él rozó su mirada y entonces pronunció tres palabras que detuvieron mi corazón de golpe.

—*Kak moya zhena*. —«Como mi mujer».

Me quedé mirándolo durante varios segundos mientras una explosión de pensamientos y sentimientos me abrumaba. Me deslicé por su cuerpo hasta pisar tierra firme y di un paso atrás para pensar mirando a todas partes menos hacia Ronan. Albert estaba en el

asiento del conductor del coche. Me preguntaba si sabía que su jefe se había vuelto loco. Khaos se acurrucó junto a mi pierna y le lanzó a Ronan una expresión desconfiada.

—Guau —conseguí decir finalmente mientras volvía a dirigir la mirada hacia Ronan—. Eso es un gran salto. Normalmente, el orden es cautiva, sirvienta, conocida odiada, amante seducida...

—Todo eso suena genial —me interrumpió—, pero he tenido cuatro meses para pensar en esto y sé lo que quiero. —Sus ojos se oscurecieron como si ese tiempo hubiera sido peor que el que pasó en la cárcel.

—Y quieres una mujer —dije lentamente.

—Podría comprarme una mujer de un catálogo si quisiera —respondió bruscamente—. Te quiero a ti. Y si no puedo tenerte como mi cautiva, quiero la segunda mejor opción.

Una risita nació en mi garganta porque... bueno, así no era como había imaginado que me pedirían matrimonio. Aunque estaba segura de que era mejor que la idea que se le habría ocurrido a Carter.

—Que es tenerme como mujer —dije como si hubiera comprendido su idea.

—*Da*. Hay vínculos legales involucrados.

—Ah. Ya lo entiendo. —Me reí—. Y como tu teórica mujer, ¿tengo derecho a moverme libremente por la casa?

Entornó los ojos.

—No hay nada «teórico».

—Vale, pero quiero saber cómo funcionaría esto. ¿Puedo ver la tele o tengo que pedirte permiso antes?

Se rio.

—Obviamente, tienes algunos traumas que resolver.

—Puedes considerarte el culpable —respondí antes de tragar saliva —. Pero no sé qué pensar de esto... Es una locura, Ronan.

Me cogió por la garganta y me levantó la cabeza para mirarme a los ojos.

—*Ty svela menya s uma. I teper tebye nuzhno razbiratsa s posledstviyami*. —«Me volviste loco. Y ahora tienes que lidiar con las consecuencias».

Estaba utilizando la misma excusa que yo había utilizado en el pasado, así que ni siquiera podía quejarme. Me gustaba tanto oírlo hablar en ruso que se me derritieron las entrañas, pero no podía distraerme. Tenía que pensar.

—En español.

—*Nyet*. No puedo decir esto en español. —Pude ver destellos en conflicto en su mirada, como si no le estuviera resultando fácil expresarse.

—¿Decir el qué?

El fuego, la agitación, la verdad en su mirada me lo dijeron todo, y el corazón me empezó a flotar en el pecho.

Le acaricié la cicatriz del labio inferior con el pulgar.

—*Ya lyublyu tebya*... ¿Esas palabras? —Entonces comprendí que probablemente nunca las había dicho. Hasta habría apostado a que tampoco las había escuchado. Se me contrajo el pecho solo de pensarlo.

—*Ya lyublyu tebya* —dije suavemente—. Mucho.

Su agarre sobre mi garganta se apretó posesivamente mientras mi caricia sobre sus labios se volvía más suave. No necesitaba oír las palabras de su boca. No quería hacerlo sentir obligado a decir algo con lo que no estaba cómodo.

—No tienes que decir nada que no quieras...

—Joder, mujer. —Tiró de mí y me besó profundamente solo para hacerme callar, creo. Aun así, suspiré sobre su boca mientras el calor se expandía hasta mis pies. Quería más, pero se apartó y me acarició los labios con los suyos.

—*Ya lyublyu tebya. Tak sil'no chto ne mogu dumat' kogda ty daleko ot menya*. —«Te quiero. Tanto que no puedo pensar cuando no te tengo cerca».

Meses atrás, no creía en los presentimientos. Pero muchas cosas me habían convencido de lo contrario. Tal vez también me equivocaba con los finales felices. Tal vez sí que existían. Pero no con un caballero de brillante armadura, sino con el villano.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla y rocé sus labios con los míos.

—Sí.

Me inclinó la cabeza hacia atrás para mirarme a los ojos.

—¿Sí qué?

—Sí, seré tu mujer.

Gimió con satisfacción y me besó con tanta pasión que me dejó sin aliento. Estaba ardiendo en el jardín y no era por el calor de Miami. Me aparté entre jadeos para decir:

—Pero tengo algunas condiciones.

Con una ligera sonrisa, esperó a que continuara.

—Lo de la tele. Quiero poder verla cuando quiera.

Se rio.

—Eres una dura negociadora.

—Y ahora tengo trabajo. Soy modelo de...

—Lo sé.

Arqueé una ceja, y mi presentimiento se asentó y explotó mi burbuja. Tenía dudas sobre cómo había logrado entrar en la industria del modelaje tan rápido, pero desaparecieron con un fugaz destello en sus ojos.

—Pensaba que había sido por intervención divina —refunfuñé—. Ahora sé que fue por intervención diabólica.

Se rio.

—¿De verdad no te molesta lo del modelaje?

—No me gusta la idea de que el mundo vea tu cuerpo. —Entrecerró los ojos—. Y si alguien te dice que tienes que rebajar tu culo de peso, habrá una nueva cara en la lista de personas desaparecidas. Pero si te gusta lo que haces, me parece bien.

Luché por no sonreír.

—Ha sido una respuesta más agresiva de lo que esperaba, pero de algún modo más pasiva también.

—No podrás llamarme pasivo cuando estemos en la calle y recuerdes que me has hecho esperar cuatro meses.

Arqueé una ceja.

—Yo no te he hecho esperar.

—Teóricamente —respondió—. Calculé cuánto tiempo necesitaría una mujer lejos de su secuestrador antes de que este le pida matrimonio.

Me reí.

—¿Y llegaste a cuatro meses?

Se pasó el pulgar por los labios hinchados.

—Los resultados no fueron concluyentes, así que decidí esperar hasta que no pudiera más.

Apoyé la cara contra su pecho y disfruté de ese olor que tanto había echado de menos. No pude evitar volver a decirlo.

—*Ya lyublyu tebya*.

Hizo un sonido de satisfacción.

—*Ya byl tyoim pervym I ya budu tvoim poslednim*. —«Fui tu primero y seré tu último».

—¿No quieres saber si he estado con alguien después de ti?

—Ya lo sé. —Respondió con tanta confianza que sirvió de confesión.

—¿Quién me ha estado vigilando? —lo acusé—. Habría visto a Albert. Es más grande que un árbol.

—Viktor. —Ronan no parecía arrepentirse ni un poco de haber estado vigilándome.

—¿Y qué habría hecho Viktor si me hubiera ido a casa de un modelo?

—Tirarlo al océano —dijo enfadado.

—¿Y qué hay de ti? —pregunté nerviosa. No quería saberlo, pero necesitaba saberlo—. ¿Has estado con alguien más?

—No. Me has jodido de verdad.

Una sensación de alivio me inundó y empapó mi corazón.

—Siempre tan romántico.

—¿Alguna condición más?

Me mordí el labio mientras pensaba.

—¿Qué pasará con mi padre? Solo he recibido un mensaje suyo, pero, aparte de eso, no mantenemos el contacto. Pero podría dar con él si quisiera y no quiero que me pidas que lo haga. Nunca.

—Tenía un gran discurso preparado para esto, *kotyonok*, pero lo has estropeado viniendo a por mí.

—Tú eres el que ha volado hasta mí —respondí.

Sonrió, luego se puso serio y me acarició la mejilla con el pulgar.

—Nunca volveré a utilizarte. Me arrepiento de haberlo hecho. Por lo que a mí respecta, Alexei puede vivir su vida como dueño de

alguna triste ciudad en Siberia. ¿Ya hemos acabado?

—Sí —suspiré.

—Entonces, vámonos a casa.

Cogió mi caja y entrelazó los dedos con los míos de camino al coche mientras Khaos nos pisaba los talones. Entonces supe que seguiría a ese hombre hasta las ardientes puertas del infierno si simplemente iba de su mano.

Capítulo 55

scintilla
Un pequeño destello o chispa, algo diminuto,
un rastro apenas visible.

Mila

Ocho horas después, miraba por la ventanilla del *jet* privado.

—Ronan..., ¿han construido hace poco una Torre Eiffel en Moscú?

—Nunca permitiría ese tipo de turismo romántico en mi ciudad.

—Ah —murmuré—. Entonces ¿por qué estoy viendo la Torre Eiffel ahora mismo?

—Estamos en París —contestó con indiferencia.

Así había sido su actitud todo el vuelo: indiferente. Eso, junto a las exclamaciones de «*Delicious!*» que salían de su móvil, me estaba volviendo loca. Albert no era mejor compañía. Estaba hojeando la *Cosmopolitan* en la primera fila de asientos del avión.

Había estado cuatro meses sin ver a Ronan y llevaba ocho horas ardiendo, esperando que me besara, me tocara y me arrastrara a la cama convenientemente instalada en la parte trasera. Pero no había hecho nada de eso. Cuando me había cansado de esperar, me había sentado a horcajadas sobre él, le había pasado los labios por el cuello y le había acunado la erección mientras se ponía aún más dura bajo mi mano.

Había pensado que por fin me estaba acercando a donde quería, pero entonces me había empujado del sofá y había dicho:

—Me estoy reservando para el matrimonio, *kotyonok.*

Lo había fulminado con la mirada.

A él le había parecido divertido.

Frustrada, me había levantado y me había sentado en el sofá frente a él. Me quedaría en compañía de Khaos. Él también parecía aburrirse conmigo, pero al menos toleraba mi presencia.

—Estás adorable cuando haces pucheros —había comentado Ronan.

Lo había mirado con una ceja arqueada.

—Y tú estás insoportable cuando te haces el caballero.

Me había dirigido una mirada cargada de significado, pero no había logrado descifrarla.

Después de eso, no nos habíamos dicho nada más hasta que me había dado cuenta de que no estábamos en Moscú, lo que creía que era nuestro destino. Quería saber por qué estábamos en París, aunque reprimí las preguntas consciente de que Ronan seguramente me diría que estábamos ahí para hacer turismo.

Había un coche esperándonos cuando bajamos del avión. Khaos saltó al asiento delantero en cuanto Ronan abrió la puerta.

Ahogué una carcajada.

—Parece que te va a tocar ir detrás conmigo. Espero que eso no ponga a prueba tu voto de celibato.

Ronan me dirigió una mirada sombría, pero se sentó en el asiento trasero sin quejarse. Mientras Albert nos llevaba a una ubicación secreta, ignoré a Ronan como había hecho él conmigo, aunque se volvió mucho más difícil cuando me puso una mano en el muslo desnudo y me subió lentamente el vestido para ver qué llevaba debajo. Supuse que me estaba prestando más atención de la que creía. Sabía lo que iba a encontrar.

Nada.

Todo el mundo sabía que con una tela tan fina se marcaban las bragas.

Ronan hizo un ruido áspero y me apretó la parte posterior del muslo antes de bajarme de nuevo el vestido.

—Más te vale rezar por que no haga viento.

—Estamos en París, encajaré bien.

No se mostró impresionado, así que besé la irritación de sus labios.

Mientras recorríamos las calles de París, me senté al borde del asiento para admirar las vistas. No había estado nunca en la ciudad y, a pesar de que estaba entusiasmada por volver a Moscú, visitar París era una experiencia que no iba a rechazar.

Un restaurante no era precisamente el destino que esperaba. Sí, tenía hambre, pero no quería sentarme a comer sin saber por qué estábamos aquí. Albert se quedó en el coche con Khaos y yo seguí a Ronan al interior. La impaciente pregunta estaba a punto de escaparse entre mis labios, aunque una mujer cerca de la ventana me llamó la atención.

Me miraba pálida como la nieve. Era preciosa, incluso rondando los setenta y vestida con un soso uniforme blanco que daba a entender que probablemente fuera una criada. Las lágrimas le caían por las mejillas mientras me observaba.

Con una sensación de incomodidad invadiéndome, dije:

—Ronan...

Me cogió de la mano y fuimos a su mesa.

—*Mon Dieu* —murmuró antes de levantarse y ponerme las manos en la cara—. *Si belle. Tellement comme ma Tatianna*... —«Es como mi Tatianna».

Se me retorció el corazón al comprenderlo.

Era la madre de Tatianna.

Mi abuela.

Me tomó entre sus brazos y sollozó. La conmoción se desvaneció bajo su suave abrazo. Todas las veces que había soñado, deseado y necesitado ese afecto familiar se me pasaron por la cabeza como si fueran diapositivas, cada imagen se desvanecía mientras mi pecho era cosido de nuevo con aguja e hilo. Ni siquiera conocía a esta mujer, pero me caían las lágrimas por el dolor del pasado y el alivio de dejarlo ir.

Se apartó para mirarme, con un brillo maravillado en sus ojos húmedos.

—Seguramente, estarás en *shock.*

Asentí con un nudo en la garganta.

—Yo también. —Exhaló profundamente para recomponerse—. Por favor, siéntate conmigo. Será un placer conocerte y responder a

todas tus preguntas.

Nerviosa, miré a Ronan, quien me preguntó:

—*Ty khochesh', chtoby ya ostalsya?* —«¿Quieres que me quede?».

No estaba segura de por qué hablaba en ruso, ni de si se había dado cuenta siquiera de que lo había hecho. Las dudas se reflejaron en su mirada y me dio la sensación de que podía pensar que ya no lo necesitaba ahora que me había reencontrado con mi familia. Se equivocaba. Pero esto era algo que tenía que hacer sola, así que negué con la cabeza y hablé en ruso, esperando que eso lo tranquilizara.

—*Ne ukhodi daleko.* —«No te vayas lejos».

Me dirigió una larga mirada antes de acercarse a la barra.

Cuando me senté frente a mi abuela perdida, ella me miró durante un buen rato y se le escapó otra lágrima.

—Lo siento. Te pareces tanto a Tatianna que me impresiona.

—Lo entiendo.

—Probablemente, ya te habrás dado cuenta de que soy... era la madre de Tatianna. Me llamo Estelle.

Lo único que pude decir fue:

—Soy Mila.

—Lo sé. —Miró a Ronan en la barra—. Ese hombre me contactó y me habló un poco de ti. Hasta hace poco, desconocía tu existencia. —Jugaba con la servilleta, nerviosa—. Estoy enfadada por haberme perdido tanto de tu vida, pero también me siento bendecida por haberte encontrado finalmente.

—¿Tatianna nunca te habló de mí?

Frunció el ceño.

—No. Mi hija se marchó de casa a los dieciséis, supongo que en busca de algo mejor. Nunca volví a verla... Bueno, no es cierto. La vi en algunas revistas. —Me dirigió una sonrisa triste—. Pero me parece curioso que hayas hablado de ella como si no la conocieras.

Tragué saliva.

—No la conocí. La vi visitar a mi padre algunas veces cuando era pequeña, pero nunca llegué a conocerla.

Negó con la cabeza.

—Ay, Tatianna. *Comment as-tu pu faire ça à ta fille?* —«¿Cómo pudiste hacerle esto a tu hija?»—. Hay algo que debes saber sobre tu madre. Parecía sana por fuera, pero por dentro... no estaba bien. —Se secó las lágrimas con la servilleta—. A Tatianna... le faltaba algo en su interior. No era capaz de amar como los demás... De hecho, no estoy segura de que fuera capaz de amar en absoluto. Es posible que no estuviera presente en tu vida, pero te prometo que su decisión no tuvo nada que ver contigo.

Pensaba que no me afectaba el hecho de no saber mucho sobre mi madre, pero en ese momento me di cuenta de que necesitaba escuchar eso. Parecía que mi madre era toda una psicópata. No sabía cómo procesar esa información, así que observé a los transeúntes por la ventana.

—Te pareces tanto a Tatianna que cuando has entrado he pensado que era ella. Pero, ahora que me fijo, veo que eres muy diferente a tu madre.

Volví a mirarla.

—¿En qué sentido?

—Bueno, para empezar, nunca vi llorar a Tatianna. Ni siquiera cuando se hacía daño de pequeña.

—A mí me han llegado a decir que soy un grifo.

Se echó a reír.

—Eso lo has heredado de mí. Lloro a la mínima.

Sonreí.

—¿Tienes buena relación con tu padre? —preguntó.

Me removí en el asiento y se me tensó el pecho. No podía contarle que mi padre había asesinado a su hija embarazada. Si lo supiera, ¿me despreciaría? Se me revolvió el estómago.

Me mordí el labio.

—Siempre me ha tratado bien, pero...

—No hace falta que digas más.

Arqueé una ceja.

—Esas revistas me mostraron mucho más que las fotos de Tatianna. Sabía que las compañías que frecuentaba no eran las más adecuadas. —Titubeó y añadió—: Tu padre en particular.

Me pregunté si sabía que el hombre que me había traído aquí era *D'yavol* en persona. Podía decir lo que quisiera de mi padre, pero sabía que defendería a Ronan aunque eso implicara perder esta reconexión.

Sentía que el secreto me estrangularía si no lo sacaba de mí.

—No estoy segura de cómo se informó de su muerte, pero no fue un suicidio.

Me dirigió una mirada solemne.

—Lo sé, querida. En cuanto Tatianna se marchó de casa, supe que no volvería. —«Viva» era la palabra que faltaba—. Si sabes más que yo sobre su muerte, no hace falta que me lo expliques. De hecho, no quiero que lo hagas. He tenido mucho tiempo para llorarla. He hecho las paces con su fallecimiento y no quiero revivirlo.

Exhalé mientras me invadía el alivio. Quizá ya tuviera una idea de lo que pasó. Quizá las revistas de cotilleos dieron en el clavo.

—¿Sabes? Llevo años recitando mentalmente en francés, y ahora todo tiene sentido.

—Claro que sí. Eres medio francesa. —Se rio y desvió la mirada hacia la barra—. Bueno, háblame de este hombre con el que has venido.

Miré por encima del hombro y vi a Ronan apoyado sobre la barra mirándome fijamente. Había una mujer intentando hablar con él, pero no creía que fuera a salirle bien. Me giré de nuevo hacia Estelle.

—Creo que vamos a casarnos.

—¿Crees? —Se rio—. ¿No deberías saberlo?

—No lo sé. Es... complicado. —Lamentablemente, no había una palabra mejor para describir nuestra situación—. Está yendo todo muy rápido.

—¿Sabes? Cuando vi a tu abuelo por primera vez, supe que me casaría con él al instante. —Se le iluminó la mirada con una sonrisa —. Acababa de entrar como técnico en el hotel en el que sigo trabajando. Sé que parece una tontería, pero, con la primera mirada que le dirigí, me pareció etéreo... casi como si fuera demasiado perfecto para ser real. —Bajó la mirada—. Falleció hace unos años de cáncer, y ahora lo único que deseo es haberme acercado antes a

él. Malgastamos mucho tiempo bailando alrededor del otro. Si eso es lo que sientes por este hombre, no pierdas el tiempo. No se puede recuperar. —Ver sus lágrimas hizo que empezaran a caer también las mías.

—Lamento mucho lo de tu marido.

Se rio.

—Preveo muchas lágrimas en nuestro futuro, pero hagamos que sean de felicidad.

—Me gusta esa idea.

Se levantó.

—Voy a llegar tarde a trabajar, pero te prometo que seguiremos en contacto. Puede que mi piso sea pequeño, pero siempre tendrás una habitación disponible si la necesitas.

Me levanté y acepté su abrazo.

—Muchísimas gracias.

Se retiró, me pasó los dedos por la mejilla y susurró:

—*Ma petite fille.* —«Mi querida nieta»—. Quizá tu padre no fuera capaz de amarte como tendría que haberlo hecho, pero yo siempre lo haré. —Me besó las mejillas—. *Je t'aime, Mila.*

Una lágrima se me resbaló por la mejilla.

—*Je t'aime.*



De la mano de Ronan, salí del restaurante y tomé una bocanada de aire. Me sentía más ligera de lo que me había sentido en años.

Me giré y abracé a Ronan.

—Gracias por hacer esto por mí.

—De nada, *kotyonok.* —Me levantó la barbilla para mirarme a los ojos—. ¿Cómo ha ido?

—Bien. Tenemos una gran probabilidad de tener hijos psicópatas, pero aparte de eso, genial.

Se rio.

—Bien. Así tendrán más probabilidades de sobrevivir a Kat.

Al darme cuenta de que estábamos interrumpiendo el paso, me separé de él y eché a andar por la acera, ignorando el coche que nos esperaba.

—¿A dónde vas?

—A hacer turismo. Puede que a comprar. —La felicidad me florecía en el pecho y giré como un cliché andante—. A donde París me lleve.

Miró el vuelo de mi vestido con los ojos entornados.

—Será mejor que no te lleve a Barbès.

Supuse que sería una zona con mala reputación. Y como Ronan había estado ignorándome durante ocho horas, pensé que era la oportunidad de devolvérsela.

Me detuve y fruncí los labios.

—Barbès suena bien. ¿Quién sabe? Puede que acabe allí. —Me encogí de hombros con una sonrisa traviesa y continué andando por la acera.

Ronan dejó escapar un gruñido frustrado, le dijo algo a Albert y me siguió.

—Qué narcisista, tienes muy creído que no te voy a volver a secuestrar.

—Mientras hablamos estoy preparando mis gritos falsos y mis súplicas.

Se rio.

—Me preocupa más lo que nuestros hijos vayan a heredar de ti que no lo de tu madre.

—¿De verdad quieres hijos? —pregunté.

Se pasó un pulgar por el labio inferior.

—*Da.*

—¿Muchos?

—Todos los que tú quieras.

Arqueó una ceja.

—Quiero tener la casa llena.

—Puedo quitarte el DIU en este mismo callejón y empezamos ya mismo.

Fingí planteármelo.

—Tentador. Pero voy a dejarlo en manos de profesionales. —Incliné la cabeza—. Creía que te estabas reservando para el matrimonio.

Me dirigió una mirada profunda y reflexiva, pero no contestó. Fruncí el ceño. Desde el vuelo, no entendía nada de su comportamiento. Quizá hubiera perdido del todo la cabeza.

Me detuve para mirar un escaparate. Era una *boutique* de artesanía y los colores del interior me atraían.

—¿Ronan?

—¿Mila?

—Quiero entrar ahí.

Se rio.

—¿Es una declaración inducida por el trauma?

Me giré para mirarlo.

—Es solo que no quiero que te aburras mientras voy de compras.

—Tú ya eres entretenimiento suficiente. Es como ver el circo.

Lo empujé con aire juguetón y entré en la tienda.

La dependienta y propietaria era una experta mujer india que no tuvo reparos en decirme qué me sentaría bien y qué no. Hasta Ronan negó con la cabeza con ella cuando salí del probador con un vestido de color melocotón.

Compré tres bolsas de vestidos, zapatos y joyas artesanas. Se produjo una larga discusión a la hora de pagar que a la propietaria le pareció muy divertida. Ronan me dio una tarjeta de crédito negra. Lo quería, pero no quería que gastara su sucio dinero. Al final ganó él, pero solo porque me dijo que podía donar todo lo que ganaba haciendo de modelo para salvar crías de ballenas jorobadas si le dejaba pagar a él todo lo demás. Como sabía que me encantaban los animales, no me sorprendió.

Me empujó literalmente hasta la siguiente tienda. Observé la lencería de las estanterías y le dirigí una mirada poco impresionada.

—¿Para qué necesito esto si te reservas para el matrimonio?

—Porque vamos a casarnos hoy.

Lo miré fijamente. Parpadeé. Me recompuse.

—Pero estamos en París... ¿no odias el romanticismo y todo eso?

Se rio.

—*Nyet.* Tendremos una boda tradicional rusa cuando lleguemos a casa.

¿Era lo único que pensaba decirme sobre esa idea extremadamente descabellada?

—Ronan...

Las sombras de su mirada entraron en acción, me agarró del cuello, me acercó a él y me susurró con voz ronca al oído:

—La próxima vez que te folle, necesito saber que eres mía. Y te necesito esta noche.

Exhalé bajo su intensidad. Supuse que eso explicaba todo el rollo de reservarse para el matrimonio. Recordé las palabras de Estelle. Ronan no era tan sencillo como un técnico, pero cuando él estaba cerca, parecía que no importaba nada más. Lo quería en todos los sentidos en los que pudiera tenerlo, pero lo que más quería era darle lo que él necesitaba.

—Vale.

Se le iluminaron los ojos con satisfacción. A continuación, me dio un beso en los labios y me soltó justo cuando llegó la dependienta.

—*Puis-je vous aider à trouver quelque chose?* —«¿Puedo ayudaros a encontrar algo?».

—*Quelque chose de sexy et de jaune. Et pas de soie* —dijo Ronan. «Algo sexi y amarillo. Y nada de seda».

Por supuesto, Ronan hablaba francés.

Media hora después, salí de ahí con más lencería de la que podría ponerme nunca. Cargados de bolsas, caminamos por la calle hasta que Ronan me obligó a detenerme delante de una joyería.

—No quiero un anillo —le dije.

—Vas a llevar anillo —replicó—. Y no tiene por qué ser un diamante, puede ser cualquier otra piedra.

—No hay ninguna piedra que esté totalmente libre de conflictos.

—¿Por qué eres tan *hippie*?

—¿Y tú por qué eres tan mafioso?

Ya estaba entrando, así que, a regañadientes, lo seguí. Mientras Ronan estaba siendo prácticamente asaltado por dos vendedoras, miré dentro de las vitrinas y examiné los anillos.

Señalé un anillo de compromiso negro de hombre.

—*Celui-là, s'il-vous-plaît.* —«Ese, por favor».

El hombre de detrás del mostrador lo sacó de la cajita.

Ronan apareció junto a mí.

—No creo que ese sea de tu estilo, Mila.

—No lo es. Es para ti.

—Lo suponía. Pero tienes que elegir algo para ti, o lo haré yo.

Le dirigí una deslumbrante sonrisa.

—Se me ocurre algo mejor que un anillo.

Se produjo un intercambio de miradas de al menos treinta segundos hasta que Ronan cedió, compró el anillo que había elegido y me siguió a la calle.

Me detuve delante de un estudio de tatuajes.

—*Nyet.* —Fue una negación brusca.

Fruncí el ceño.

—Ni siquiera sabes qué quiero todavía.

—Quieres un tatuaje y eso no va a pasar.

—¿Tú tienes un millón y yo no puedo tener ninguno?

—Sí.

Con un suspiro, le tomé la mano y pasé el dedo por el cuervo tatuado.

—Quiero esto. En el dedo anular.

Pensé que le gustaba la idea, pero no me quedé para averiguarlo. Abrí la puerta y entré. Desde ahí, se encargó Ronan. No me hizo falta decir ni una palabra mientras él hablaba con el tatuador y le mostraba lo que quería. No amenazó al hombre, pero su tono era lo bastante intimidante para que el tatuador no fallara ni una sola línea.

Cuando salimos del estudio, le mostré a Ronan mi nuevo tatuaje, y le pregunté:

—¿Te gusta?

Su mirada era oscura, pero sus palabras fueron suaves.

—*Mne nravitsya.* —«Me encanta».

Me puse de puntillas y lo besé con tanto amor que pensaba que me ahogaría, aunque sabía que él nunca me soltaría la mano. Cuando me aparté, vi un destello de luz gris en las sombras de los

ojos de Ronan. Duró un único instante antes de desaparecer, pero lo fue todo para mí.

Me pasó el pulgar por los labios.

—*Ty byla sozdana dlya menya*. —«Estás hecha para mí».

Lo creí con todas mis fuerzas.

—*Dazhe ocean ne mog razdelit' nas* —susurré bajo la presión posesiva de su pulgar en mis labios. «Ni el océano podría separarnos».

Sonrió.

—Ni siquiera el infierno, *kotyonok.*

Aquella noche, nos casamos en París con un cuervo en mi dedo. Aunque, en el fondo, sabía que este hombre no había sido mi «nunca más».

Era mi «para siempre».

FIN

Agradecimientos

Pensaba que escribir este libro había sido difícil, pero parece que esta parte es la más intimidante, porque tengo que dar las gracias a muchísima gente. Sin su ayuda, probablemente *The Darkest Temptation* no estaría aquí y, si lo estuviera, ganaría un premio al peor libro de D. L. Estas personas salvaron mi 2020.

Kaitlin, una vez llamé a tu repentina aparición en mi bandeja de entrada «intervención divina», y lo sigo manteniendo. No tengo palabras para lo perspicaz que eres. Eres realmente preciosa por dentro y por fuera, y tienes conocimientos al nivel de Einstein sobre cómo escribir una historia. Este libro es mucho mejor gracias a ti. Y siento decirte que ya nunca vas a poder deshacerte de mí. 🙃

Mina, sinceramente, siento que tengo que pagarte por todo tu apoyo. (*Cheque hacia Martoba*). Lo has dado todo como beta, y no puedo agradecértelo lo suficiente. Siempre has sido una fan increíble, pero ahora te considero una gran amiga. 🖤

Tawni, mi hermana de otra madre. Has estado conmigo desde el primer libro, y sé que nunca habría llegado tan lejos sin ti. También sé que te seguiré llamando por Facetime cuando menos te lo esperes hasta que sea vieja y canosa, así que siempre te estaré vigilando.

Lana, Alina y Dina, teníais mucho trabajo por delante con mis traducciones al ruso. No puedo imaginar lo que Ronan diría sin vuestra ayuda. Muchas gracias.

Hannah, Joan, Kelly y Ratula, habéis sido los mejores betas a la hora de lidiar con mi falta de profesionalidad, que incluye pero no se limita a mandaros un capítulo a la semana durante un año. Gracias por quedaros hasta el final, y ayudarme a conseguir la mejor versión de este libro.

Alice, gracias por ser la mejor asistente personal. Estaría perdida sin ti.

Bryony, todavía me pregunto por qué me aguantas. No cumplo tres cuartos de los plazos, te contesto a los correos una semana después, y luego necesito las correcciones de inmediato. 🙈 Eres una editora fantástica, y estoy muy agradecida por lo bien que pules mi escritura.

Juli y Zainab, gracias por el trabajo de corrección que hacéis. Y Nicole, que es una gran amiga y tuvo que corregir *La tentación más oscura* a última hora, *lol*.

Sarah, siempre haces un trabajo increíble para mis portadas. Y Stacey, no podría imaginar trabajar con ningún otro maquetador.

A todos los blogueros e *instagrammers* que me ayudan a promover mi libro, me dejáis sin palabras. No tenéis ni idea de cuánto hacéis por mí y lo increíble que es despertarse y ver vuestras reseñas y montajes. No estaría aquí sin vosotros.

Una mención especial a Bee y a Silver. No solo tenéis muchísimo talento, además sois personas increíbles. Es un verdadero honor tener fans así. 🖤

Gracias a todos los lectores que han elegido este libro y le han dado una oportunidad. Puede que sea una escritora, pero vosotros me hacéis una autora.

Con cariño.

Besos y abrazos,

Danielle

La tentación más oscura
Danielle Lori

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *The darkest temptation*
© del texto: Danielle Lori, 2020
© de la traducción: Alicia Botella y María Brotons, (Prisma Proyectos, S.L.)

© Diseño de la cubierta: Sarah Hansen @okaycreationssh

© Editorial Planeta S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2025

ISBN: 978-84-08-30365-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



Una corte de hielo y estrellas (Edición española)

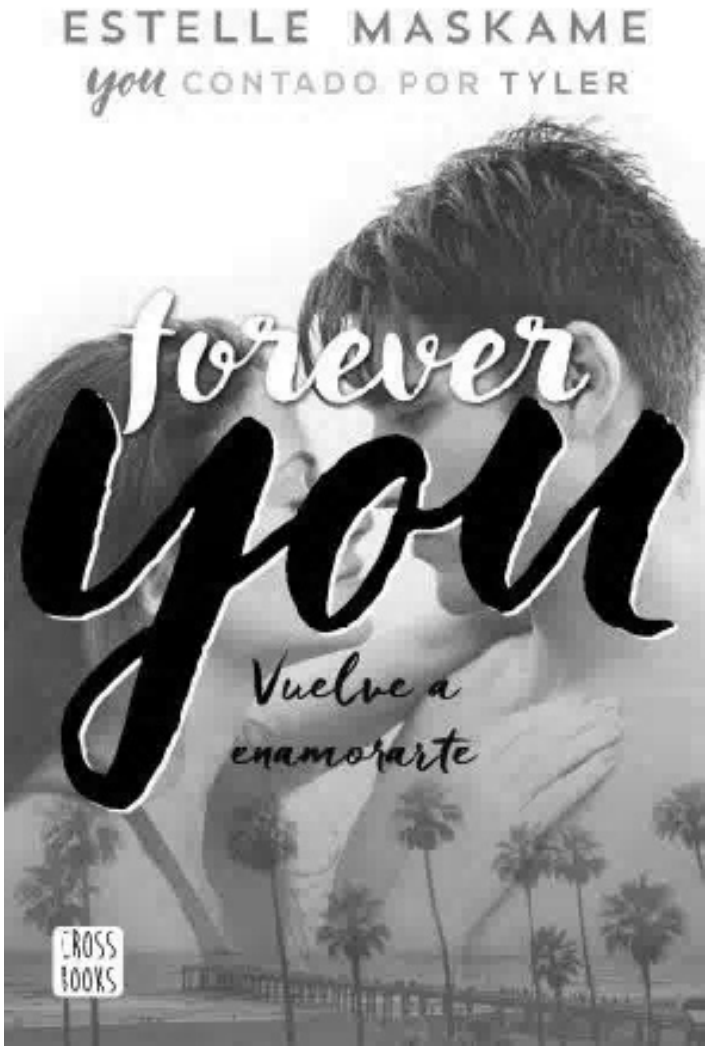
Maas, Sarah J.
9788408210207
272

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un cuento de hadas nunca había sido tan *sexy*. ¡Déjate seducir por la saga del momento! (Libro 4)

Feyre, Rhys y su círculo más íntimo de amigos están muy ocupados reconstruyendo la Corte Noche y el vasto mundo que la rodea. Pero el
solsticio de invierno finalmente se acerca, y con él, parece que llegará
cierto alivio ganado con mucho esfuerzo. No obstante, esta atmósfera
alegre y festiva no conseguirá detener las sombras del pasado que acechan
sin dar tregua.
Mientras Feyre está a punto de vivir su primer solsticio de invierno como alta lady, descubre que sus seres queridos tienen más heridas de
las que había imaginado: cicatrices que marcarán de manera irrefrenable
en el futuro de su corte… Una corte que sufre las consecuencias de una guerra devastadora.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Forever You

Maskame, Estelle
9788408204718
544

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La gente cree que Tyler lo tiene todo... aunque él sabe que no tiene nada.

Una novia alucinante, un coche imponente, una vida llena de fiestas y admiración: parece que no le falta ni un detalle para una vida deslumbrante. Pero Tyler se siente roto, y sólo él sabe el motivo. Una realidad dramática que oculta a todo el mundo, aunque esté destrozándole por dentro. Hasta que Eden aparece y todo estalla en mil pedazos. Ella es la única capaz de ver más allá de las apariencias, de atravesar la imagen de chico malo, de descubrir su vulnerabilidad. Y eso es algo que Tyler no se puede permitir...

Descubre los secretos más profundos de Tyler. Emociónate de nuevo con You.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Heartstopper 4. Más que palabras. Edición especial

Oseman, Alice
9788408245070
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Únete al fenómeno que ha inspirado la serie de Netflix.

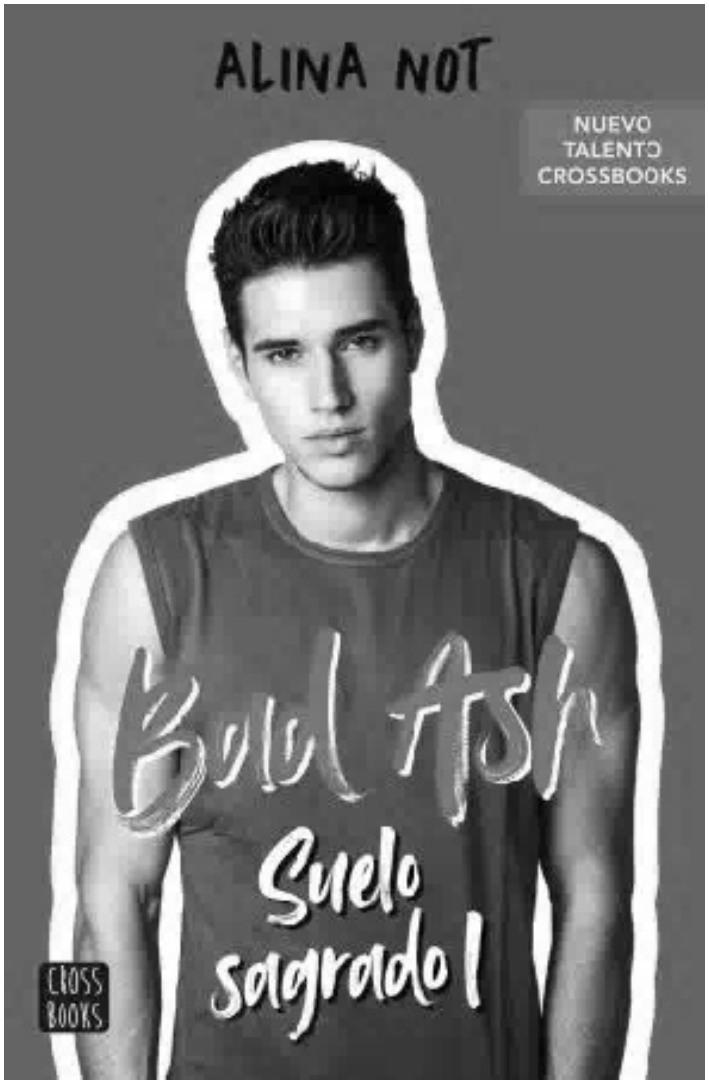
Edición especial con material inédito

Charlie nunca pensó que podría gustarle a Nick, pero resulta que ahora son **pareja**. De forma oficial. Pero no solo eso, también cree que está preparado para decirle esas dos palabras que le provocan vértigo: **te quiero**.

Nick siente lo mismo que Charlie, pero también tiene un montón de pensamientos rondándole la cabeza: además de plantearse decirle a su padre que tiene novio, cree que Charlie tiene un **trastorno de la alimentación**.

Las semanas pasan y, en este nuevo curso escolar, Charlie y Nick están a punto de aprender **qué significa el amor**.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Bad Ash 4. Suelo sagrado 1

Not, Alina
9788408263227
448

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Únete al fenómeno romántico hace que salten chispas. ¡La historia sigue 4 años después!

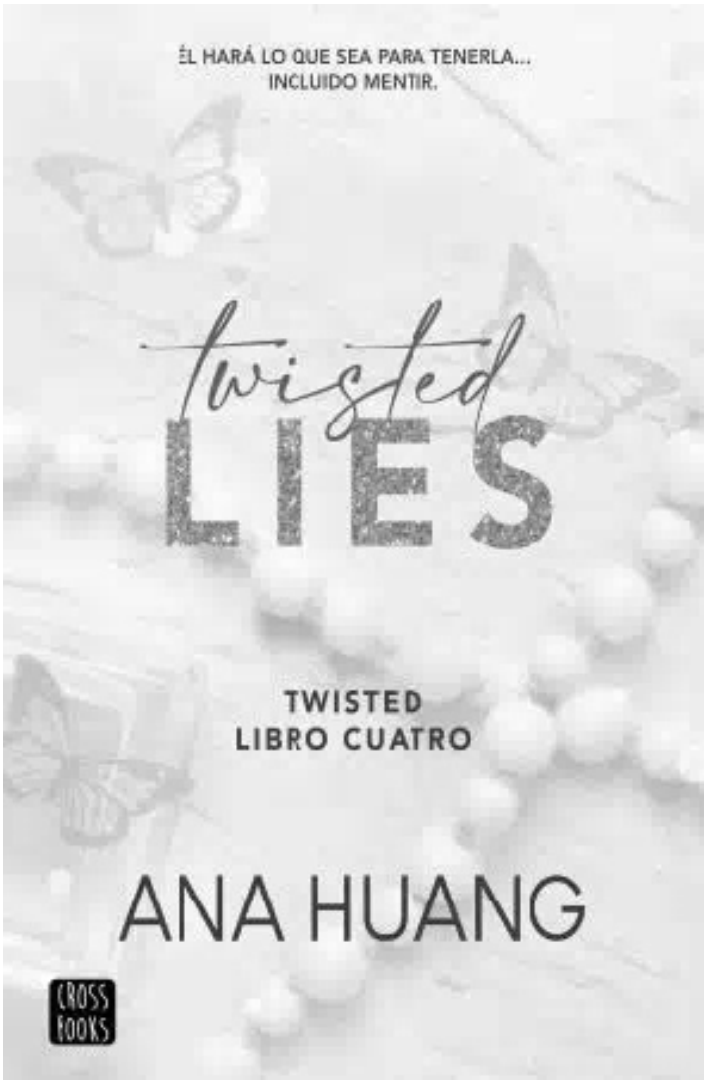
Ashley y Cam se habían hecho mil promesas antes de irse a la universidad. Y, aunque todo el mundo decía que una relación a distancia no funcionaría, ellos confiaban en que su amor podría con todo, porque... de eso va el amor, ¿no?

Ahora, cuatro años más tarde, una única promesa sigue vigente entre los dos: la de olvidarse el uno del otro.

Cuando una reunión de viejos amigos hace que sus caminos vuelvan a cruzarse, será el momento de demostrar si las promesas siguen teniendo valor... o si no fueron capaces de cumplir ni una sola.

Y, a lo mejor, encontrarán respuesta a la pregunta que siempre marcó sus vidas: ¿realmente el amor puede con todo?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Twisted 4. Twisted Lies

Huang, Ana
9788408285519
672

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Déjate seducir por la saga MÁS EXPLOSIVA.

Más de 3 millones de lectoras ya han caído en la tentación de Ana Huang.

Él hará lo que sea para tenerla… incluido mentir.

Encantador, peligroso y lo suficientemente inteligente como para ocultarlo, a Christian Harper le resulta poco útil la moral y aún menos el amor, pero no puede negar la extraña atracción que siente hacia la mujer que vive justo un piso debajo de él. Ella es el objeto de sus deseos más oscuros, el único rompecabezas que no puede resolver. Y cuando surge la oportunidad de acercarse a ella, rompe sus propias reglas para ofrecerle un trato imposible de rechazar. Todos tenemos un punto débil. Ella es el suyo.

Su obsesión.

Su adicción.

Su única excepción.

Dulce, tímida e introvertida a pesar de su fama en las redes sociales, Stella Alonso es una romántica que mantiene su corazón a buen recaudo. Entre sus dos trabajos, tiene poco tiempo y ninguna gana de iniciar una relación. Pero cuando una amenaza del pasado la lleva a los brazos (y a la casa) del hombre más peligroso que jamás haya conocido, caerá en la tentación de permitirse sentir algo por primera vez en mucho tiempo. Porque, a pesar de la naturaleza fría de Christian, él la hace sentir completa cuando están juntos.

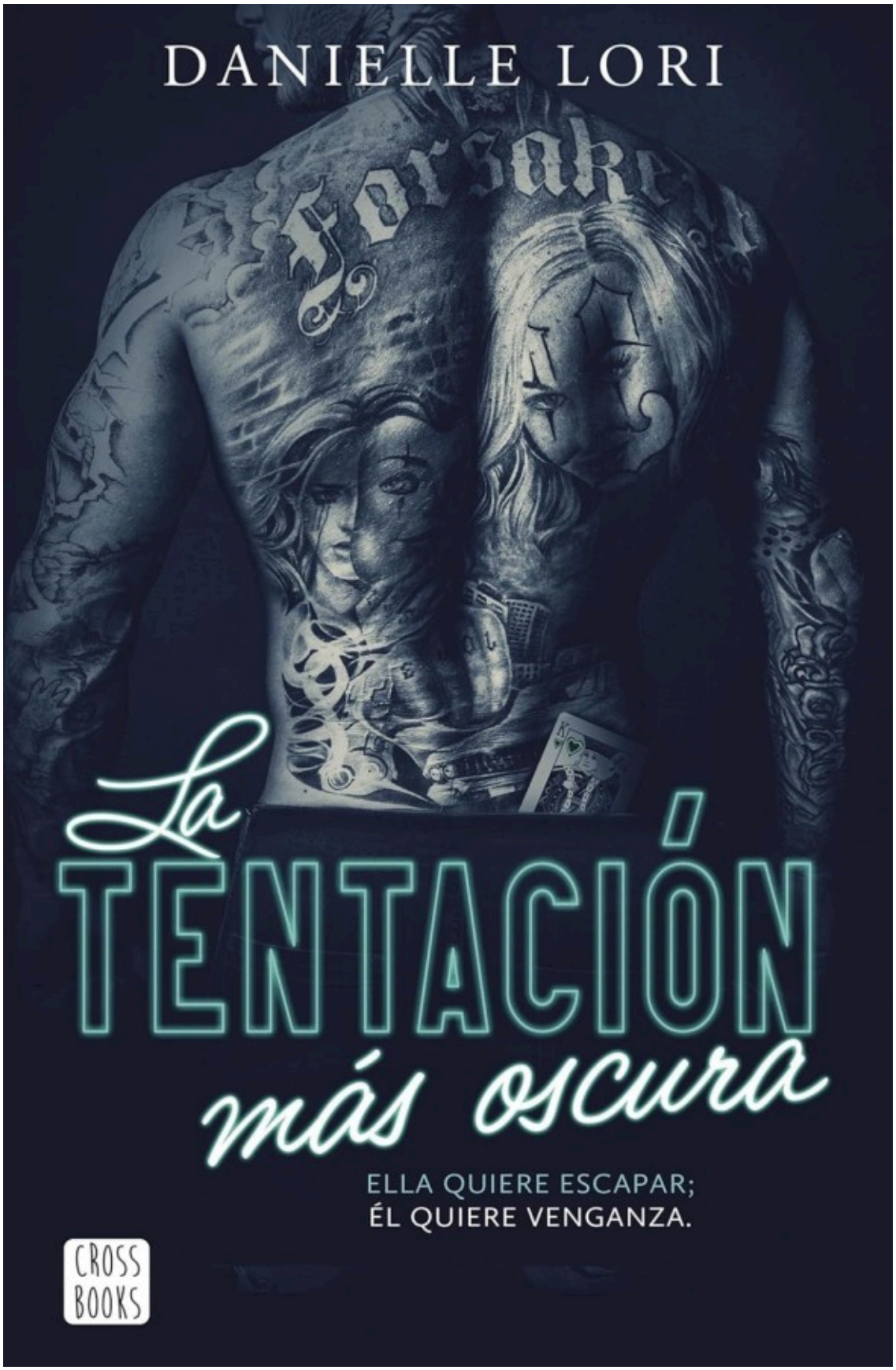
Apasionada.

Protegida.

Anhelada.

El suyo es un amor amenazado por mentiras y secretos... y cuando las verdades por fin salgan a la luz, podrían destrozarlo todo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


DANIELLE LORI
La TENTACIÓN más oscura
ELLA QUIERE ESCAPAR;
ÉL QUIERE VENGANZA.
CROSS BOOKS